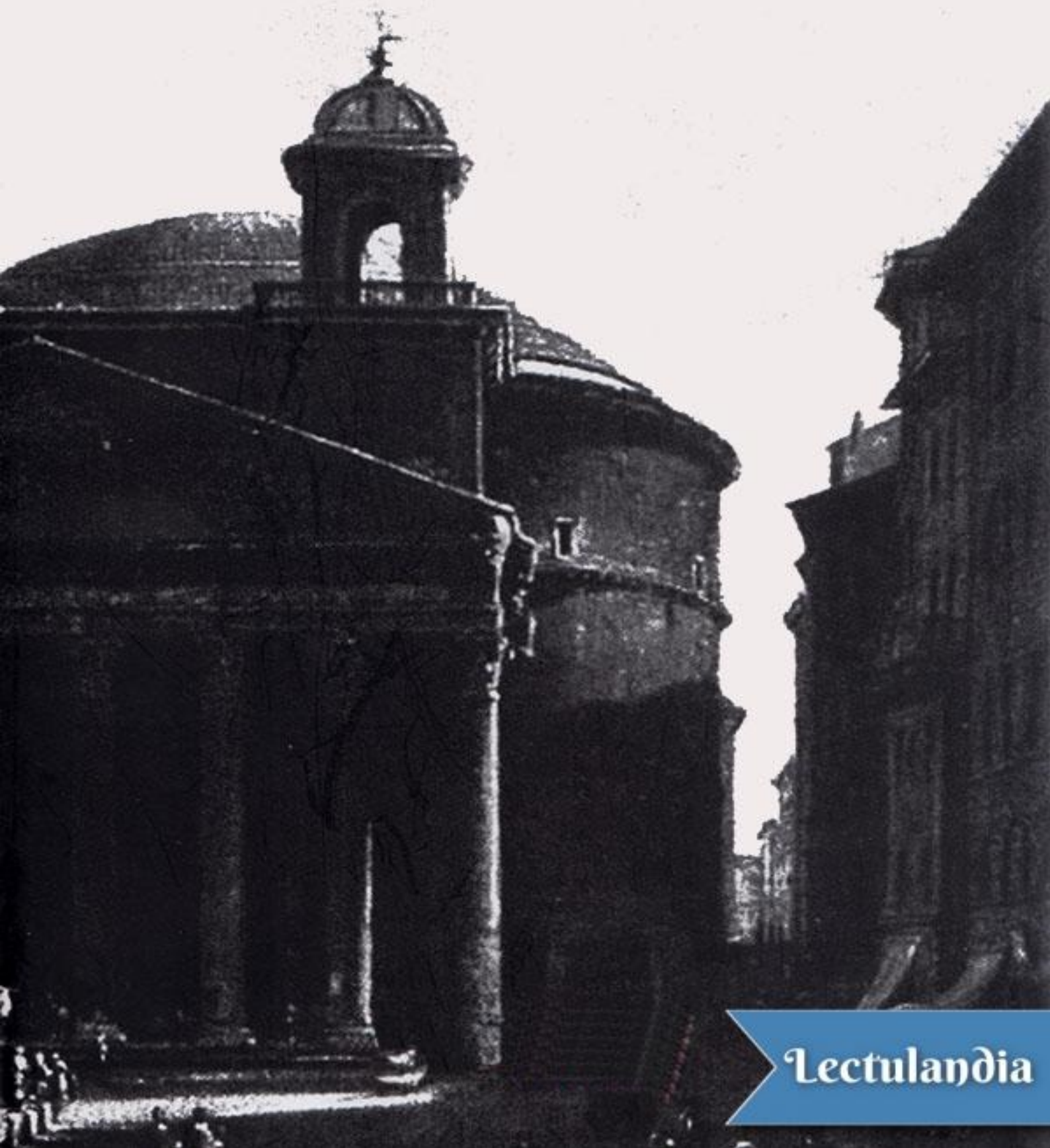


se

Zola  
Roma



Lectulandia

Esta novela de la serie «Las tres ciudades» («Lourdes, Roma, París») publicada en 1896, es un testimonio original e incomparable de la Italia de finales del XIX. Zola se sirve del protagonista, Pierre Froment, para mostrarnos las múltiples facetas de Roma, ciudad del arte, laberinto de intrigas, de odios y de ambiciones de toda índole, mundo en el que impera lo venal y la pompa, habitado desde hace siglos por dos sociedades que conviven juntas, el mundo blanco y el mundo negro. Zola utilizó para documentarse el diario de su estancia en Roma en 1894, unos cuatrocientos folios de anotaciones recogidas día a día, y las más de mil páginas de apuntes sobre la ciudad, extraídas de unos trescientos volúmenes sobre Italia y el Papado. Todo ello otorga a la novela un sello de innegable autenticidad.

**Lectulandia**

Émile Zola

**Roma**

**Las tres ciudades - 2**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 24-06-2019

Título original: *Rome*

Émile Zola, 1896

Traducción: Miguel Gadea Vernalte

Cubierta: El Panteón de Agripa con los campanarios de Bernini, añadidos en el s. XVII y derribados en 1893

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## I

**E**l tren fue llegando, con retrasos cada vez mayores, a las estaciones que median entre Pisa y Civita-Vecchia. Iban a ser las nueve de la mañana cuando el abate Pierre Froment entró en Roma, tras un fatigoso viaje que había durado veinticinco horas. Saltó con agilidad del vagón, cargado con una maleta, que era todo su equipaje, y se abrió paso entre la muchedumbre, haciendo a un lado a los mozos de cuerda que se ofrecían solícitos. Desde su llegada le devoraba la impaciencia, quería sentirse solo, poder contemplar al fin la ciudad. Apenas salió de la estación, en la piazza dei Cinquecento, subió a uno de los cochecitos descubiertos que estaban en línea a lo largo de la acera, y depositó junto a su asiento la maleta, después de indicar al cochero la siguiente dirección:

—Via Giulia, palazzo Boccanera.

Era lunes, 3 de septiembre, en una mañana de cielo despejado, deliciosamente tibia y suave. El cochero, que se había dado cuenta, por el acento, de que se trataba de un sacerdote francés, esbozó una sonrisa. Era un hombrecito achaparrado, de mirada viva y blanca dentadura. Sacudió el látigo sobre su enjuto caballo y el vehículo arrancó con esa ligereza propia de los coches de alquiler de Roma, tan limpios y tan alegres. Casi enseguida, una vez que hubieron bordeado los jardines de la pequeña plaza cuadrada, y desembocado en la de las Termas, se dio el cochero media vuelta, sonriendo siempre, y le señaló con el látigo unas ruinas.

—Las Termas de Diocleciano —chapurreó en su detestable francés de cochero obsequioso que busca hacerse simpático a los forasteros, a fin de ganárselos como clientes.

El vehículo descendió a trote largo desde las alturas del Viminal, en donde se halla emplazada la estación, cuesta abajo, por la empinada via Nazionale. Y de allí en adelante se repitió sin interrupción la maniobra: el cochero volvía la cabeza frente a todos los monumentos que se cruzaban en su camino, y se los señalaba con idéntico gesto. En aquel trozo, en que la calle tenía gran anchura, no se veían más que edificios nuevos, detrás de los cuales ascendían,

en cuesta, verdes plantaciones y jardines de entre los que surgía, en altura, un interminable edificio completamente liso y amarillo, con aspecto de convento o de cuartel.

—El palacio real; el Quirinal —dijo el cochero.

La semana que medió desde que Pierre tomó la resolución de emprender el viaje, se la había pasado estudiando la topografía de Roma con la ayuda de planos y de libros. Aquellas explicaciones no le sorprendían, porque hubiera sido capaz de orientarse por sí mismo, sin preguntar a nadie su camino. Sin embargo, los altibajos repentinos, el continuo surgir de colinas, en las que se escalonaban, formando terraza, algunos barrios, lo tenía desconcertado. Pero el cochero alzó la voz, que parecía disimular una ligera ironía, y extendió su látigo con gesto más amplio al señalar a mano izquierda un edificio enorme, cuyos revoques parecían estar húmedos todavía; una muestra gigantesca de arquitectura de confitería, sobrecargada de esculturas, frontispicios y estatuas.

—La Banca Nazionale.

Continuando el descenso, al desembocar el coche en una plaza triangular, se quedó Pierre absorto al levantar la vista y distinguir al borde de un muro enorme y liso, un jardín colgante que elevaba hacia la transparencia del cielo la línea elegante y enérgica de un pino centenario. Y sintió todo el orgullo y toda la gracia de Roma.

—La villa Aldobrandini.

Cuando estuvieron todavía más abajo, surgió ante su vista una visión fugaz que acabó de excitar su entusiasmo. Otra vez hacía la calle un brusco recodo. De pronto, en una esquina, se abrió una oleada de luz. Era una plaza blanquísima, en pendiente; una especie de pozo de sol, que desbordaba una enceguecedora polvareda de oro. En el resplandor matinal se elevaba una gigantesca columna de mármol, que aparecía dorada por el lado en que la bañaba desde siglos y siglos la luz del amanecer. Y se sintió sorprendido cuando el cochero se la señaló, porque Pierre no se la había imaginado de esa manera, en una hondonada deslumbradora, circundada de sombras.

—La columna de Trajano.

Al llegar al final de la pendiente, doblaba por última vez la via Nazionale. Y otra vez volaron los nombres al compás del trote ligero del caballo: el palacio Colonna, cuyo jardín se halla bordeado por esbeltos cipreses; el palacio Torlonia, medio derruido para ser reconstruido con mayor pompa; el palacio Venezia, severo e imponente, con muros almenados, trágicamente adusto, como una fortaleza medieval que hubiese quedado olvidada allí, entre la vida burguesa contemporánea. La sorpresa de Pierre iba en aumento, frente

al aspecto inesperado de todo aquello. Pero su emoción fue verdaderamente violenta cuando el cochero le señaló triunfalmente con el látigo el corso, y se encontró con una calle larga y angosta, que tenía apenas la anchura de la calle Saint-Honoré, de París, blanca de sol en el lado izquierdo, negra de sombra en su lado derecho, y allá, al final, la lejana piazza del Popolo, que producía el efecto de una estrella encendida. ¿Y era el Corso el corazón de la ciudad, el célebre paseo, la arteria a la que afluía toda la sangre de Roma?

El carruaje avanzaba ya por el corso Vittorio Emanuele, prolongación de la via Nazionale, que son los dos tajos con que se ha cortado de parte a parte la ciudad antigua, desde la estación hasta el puente Sant Angelo. El ábside redondo del templo del Gesù aparecía envuelto en el oro de la alegría matutina. La calle se estrechaba entre la iglesia y el macizo palacio Altieri, que no se habían atrevido a derribar, y se penetraba en un espacio de sombra, húmedo y glacial. Pero más allá, frente a la fachada del Gesù, en la plaza, surgía de nuevo el sol, deslumbrante, y extendía sus tapices de oro; mientras que, a lo lejos, al final de la via Aracoeli, sumida también en sombras, se erguían unas palmeras bañadas en sol.

—Allá, al fondo, el Capitolio —dijo el cochero.

El sacerdote se inclinó vivamente. Pero sólo vio, al extremo de aquel pasillo en tinieblas, una mancha verde. La brusca alternancia de luz ardiente y sombra helada lo tenían sumido en profundos estremecimientos. Frente al palacio Venezia, frente al Gesù, había sentido sobre sus hombros el peso helado de toda la cerrazón de los tiempos antiguos; pero, a continuación, al desembocar en una plaza o al ensancharse las calles de construcción moderna, le parecía resurgir de nuevo a la luz, sentía la tibia caricia y la alegría de la vida. Por entre los tejados se precipitaban los rayos de sol, recortando con nitidez las sombras violáceas. Y entre fachada y fachada, una banda de cielo muy azul y aterciopelado. Le parecía paladear en el aire que respiraba un sabor especial, un sabor indefinido, de fruta en sazón, que no hacía sino acrecentar la fiebre de haber llegado que le consumía.

El corso Vittorio Emanuele es, a pesar de su irregularidad, una via moderna muy hermosa; a Pierre le daba la sensación de encontrarse en una gran ciudad de cualquier parte del mundo, con sus grandes edificios con pisos de alquiler. Pero volvió a caer en su asombro al cruzar por delante de la Cancillería, la obra maestra de Bramante, el monumento más típico del Renacimiento romano, y volvió a pensar en los palacios que acababa de entrever, en aquella arquitectura sobria, colosal y maciza, en aquellos inmensos cubos de piedra, que parecían hospitales o cárceles. Jamás hubiera

imaginado que los palacios de Roma fuesen así: edificios sin gracia ni fantasía, sin magnificencia exterior. Aquello era, desde luego, de una gran belleza, que ya llegaría a comprender a fuerza de reflexión.

El carruaje se desvió de pronto del concurrido corso Vittorio Emanuele y se metió por tortuosas callejuelas, en las que se hacía difícil el paso. Todo se sumió otra vez en la calma; era el desierto, la vieja ciudad amodorrada y fría, en cuanto se salía de la claridad solar y del ajetreo de la ciudad nueva. Repasó con la imaginación los planos que había consultado antes de llegar, y pensó que debían estar ya cerca de la via Giulia; y su curiosidad, que había ido *in crescendo*, lo aguijoneó con más violencia, hasta convertirse en sufrimiento y en desesperación, porque por ahora ya no podría ver más cosas, en su deseo de verlo todo de una vez. El estado febril en que vivía desde que había emprendido el viaje, el asombro repetido que experimentaba al no encontrar las cosas tal y como él las había imaginado, las violentas sorpresas que habían sacudido su fantasía, daban mayor ímpetu a su afán; le dominaba un ansia irreprimible de saciarse. Acababan de dar las nueve y tenía por delante toda la mañana para presentarse en el palacio de los Boccanera. ¿Por qué no había de hacerse llevar en el acto al sitio clásico, a la cumbre desde la cual se distinguía toda Roma, expuesta a la vista en sus siete colinas? Una vez que se apoderó de él esta idea, se convirtió en tortura, y acabó por ceder.

El cochero no volvía ya la cabeza, y Pierre tuvo que levantarse para darle en voz alta la nueva dirección.

—A San Pietro in Montorio.

El cochero se quedó al principio como quien ve visiones, sin acabar de comprender. Gesticuló con el látigo, como queriendo decir que estaban al otro lado, muy lejos. Pero viendo que el sacerdote insistía, volvió a sonreír complaciente, moviendo amistosamente la cabeza ¡Magnífico! También a él le agradaba la idea.

El caballo arrancó a paso más ligero que antes, por entre un laberinto de calles estrechas. Pasaron por una que parecía ahogada entre dos altas murallas, por las que penetraba la luz como en una trinchera. De pronto, salieron a pleno sol y atravesaron el Tíber por el antiguo puente de Sixto IV; aguas arriba y abajo del mismo se alineaban los nuevos diques, y el horror de revoques nuevos de una multitud de flamantes edificios. En la otra orilla también aparecía destripado el Trastevere. El coche empezó a ascender por la cuesta del Janículo, siguiendo una ancha avenida que tenía inscrito en grandes chapas el nombre de Garibaldi. El cochero mostró por última vez su gesto



orgullosa de buena persona cuando pronunció el nombre de aquella avenida triunfal.

—Via Garibaldi.

El caballo había acortado el paso. Pierre, poseído por una impaciencia infantil, se revolvía en el coche para ver, a medida que la ciudad se iba mostrando a sus espaldas, descubriéndose a cada paso más y más. La ascensión era larga; nuevos barrios surgían constantemente, hasta las más alejadas colinas. Ante la creciente emoción que hacía palpar su corazón, cayó Pierre en la cuenta de que estaba malbaratando su deseo, al desmenuzarse así, en aquella conquista lenta y parcial del panorama. Le pareció mejor recibir la impactante imagen de una vez, ver Roma entera de un solo golpe de vista, abarcar la ciudad santa en un abrazo. Tuvo la fuerza de voluntad de no volverse a mirar hasta haber llegado a la cima, a pesar del impulso contrario de todo su ser.

Hay en la lo alto una ancha explanada. Allí está la iglesia de San Pietro in Montorio, edificada, según se dice, en el sitio mismo en que San Pedro fue crucificado. La plaza está pelada y rojiza, como cocida por el sol abrasador del verano; un poco más lejos, detrás, caen a borbotones las aguas claras y susurrantes del Acqua Paola por los tres surtidores de la fuente monumental, en una frescura inextinguible. A lo largo del pretil que bordea la terraza, que cae a plomo sobre el Trastevere, hay siempre una hilera de turistas, inglesas enjutas y alemanes cuadriculados, boquiabiertos de admiración, cada cual con su guía en la mano para orientarse entre los monumentos.

Pierre salió ágilmente del coche, dejando su maleta encima del pescante y dando a entender por señas al cochero que le esperase. Éste fue a alinearse junto a los demás carruajes y permaneció con aire filosófico en su asiento, a pleno sol, cabizbajo como su caballo, resignados uno y otro de antemano a la prolongada espera de costumbre.

Y, entretanto, Pierre, de pie junto al pretil, enfundado en su estrecha sotana negra, apretando nerviosamente sus manos desnudas, quemadas por la fiebre, miraba y miraba, con el alma en los ojos. ¡Roma, Roma! ¡Ciudad de los Césares, ciudad de los papas, la Ciudad Eterna, que ha conquistado por dos veces el mundo, la ciudad predestinada con la que él soñaba ardientemente desde hacía meses! ¡Por fin la tenía ante él, la abarcaba con la mirada! Las tormentas de los días anteriores habían amortiguado los ardores del mes de agosto. Y aquella admirable mañana septembrina lucía su frescor en un firmamento de azul tenue, immaculado, infinito. Roma se zambullía en una atmósfera de deleite; era una Roma de ensueño que parecía evaporarse al

contacto del claro sol de la mañana. Sobre los tejados de los barrios bajos flotaba una neblina azulada, apenas perceptible, de una transparencia de gasa; mientras la inmensa Campaña y los montes lejanos se perdían en el rosa pálido. Al principio no distinguió nada, no quería fijar su atención en los detalles, se entregaba a Roma entera, al coloso viviente, tumbado allí, ante él, sobre aquel suelo formado con las cenizas de las generaciones pasadas. Los siglos habían ido remozando su gloria, como si le inyectasen la savia de la juventud eterna. Pero lo que más embargaba su ánimo, lo que hacía que su corazón palpitase con mayor fuerza, con violentos latidos, durante su primer encuentro con Roma, era que tropezaba con la ciudad que había deseado, con una Roma juvenil y mañanera, de una alegría fugitiva, casi etérea; una Roma que se abría sonriente a la esperanza de una vida sin cesar renovada, en el alba purísima de aquel día tan bello.

Entonces, Pierre, inmóvil y de pie, cara al panorama sublime, con las manos apretadas y febriles siempre, rememoró en pocos minutos los tres últimos años de su vida. Año terrible el primero, el que había pasado en el encierro de su casita de Neuilly, con puertas y ventanas cerradas, soterrado allí como un animal herido, agónico. Había regresado de Lourdes con el alma muerta, sangrándole el corazón; en su interior no quedaban más que cenizas. Sobre las ruinas de su amor y de su fe había caído la noche del silencio. Fueron pasando días y días, sin que sintiese latir sus venas, sin percibir una claridad que iluminase las tinieblas de su abatimiento. Vivía mecánicamente, esperando que resurgiese dentro de él el valor necesario para apegarse a la existencia, en nombre de la razón soberana, que le había impulsado a sacrificarlo todo. ¿Por qué no tenía él más aguante y valor? ¿Por qué no adaptaba tranquilamente su vida a sus nuevas creencias? Ya que se resistía a colgar los hábitos, por conservarse fiel a un amor único y por la repulsión que le inspiraba el perjurio, ¿por qué no se consagraba al cultivo de alguna de las ciencias propias de un sacerdote, a la astronomía, a la arqueología, por ejemplo? Alguien lloraba dentro de él; su madre, seguramente; era una ternura inmensa y desatinada que no se había podido satisfacer con nada hasta entonces, que se abandonaba a una desesperanza continua al ver que no había manera de sentirse ahíta. Era la desazón constante de su soledad, la llaga que no se cicatrizaba, porque la reconquista de su razón estaba impregnada de dignidad y de altivez.

Hasta que la casualidad, cierta tarde otoñal en que el cielo tenía una tristeza de lluvia, le hizo relacionarse con un sacerdote anciano —el abate Rose—, vicario de Sainte Marguerite, en el barrio de Saint-Antoine. Fue a

visitarlo, en el agujero húmedo que ocupaba en un entresuelo de la calle de Charonne: tres habitaciones, que había transformado en asilo, para recoger en él a los chicos abandonados que encontraba en las calles cercanas. Desde aquel instante cambió la vida de Pierre, surgió un interés nuevo y omnipotente, se fue convirtiendo en el colaborador, cada día más entusiasta, del anciano abate. La distancia a recorrer desde Neuilly a la calle de Charonne era muy larga. Al principio iba solamente dos días por semana; pero luego se tomó aquella molestia todos los días. Marchaba de mañana y no regresaba a su casa hasta la noche. Como las tres habitaciones resultaban ya insuficientes, terminó por alquilar todo el primer piso, y se había reservado en él una habitación, en la que llegó a quedarse a dormir con frecuencia. Se gastaba sus pequeñas rentas en socorrer de esta manera urgente a la infancia desvalida. El anciano abate, encantado, conmovido ante la abnegación del joven providencial, le abrazaba entre lágrimas, le llamaba hijo del Dios bondadoso.

Entonces fue cuando Pierre supo lo que era la miseria, la miseria pérfida y atroz; por espacio de dos años la tuvo a su lado, vivió en su compañía. Trató relación con ella por medio de aquellas criaturas que él recogía en el arroyo o que le llevaba el espíritu caritativo de las gentes de la vecindad, desde que su asilo fue conocido en el distrito. Rapazuelos, niñas, gente menuda que se había quedado en la calle mientras sus padres y sus madres trabajaban, se emborrachaban y morían. En muchos de los casos, el padre había fallecido y la madre se había lanzado a la prostitución, el alcohol y el vicio habían penetrado en el hogar con la falta de trabajo; entonces la carnada se echaba al arroyo, los más pequeños sucumbían de hambre o de frío en el quicio de alguna puerta; los mayorcitos alzaban el vuelo hacia los campos del vicio o el crimen. Cierta noche, en la misma calle Charonne, había sacado de debajo de un carro de carga a dos rapazuelos, dos hermanos, que no acertaron siquiera a decirle de dónde venían, dónde habían vivido. Otra noche regresó al asilo llevando en sus brazos a una niña, angelín rubio que apenas tendría tres años; la había encontrado sobre un banco, sumida en llanto, diciendo que su mamá la había dejado allí. Andando el tiempo, y por el conducto de aquellos pajarillos desmedrados y hambrientos arrojados del nido, no tuvo más remedio que conocer a los padres, pasó de la calle a las zahúrdas, penetró cada día más en aquel infierno y acabó por conocer su espantosa monstruosidad. Su corazón sangró, enloquecido por terrores angustiosos y por el sentimiento de lo inane de su caridad.

¡Cuántos viajes espantosos hizo durante aquellos años que trastornaron por completo su alma, a la dolorida ciudad de la miseria, al abismo sin fondo

del rebajamiento y del sufrimiento humano! En el distrito mismo de Sainte Marguerite, en aquel barrio de Saint-Antoine, tan activo y trabajador, tropezó con casas sórdidas, con callejuelas enteras de casuchas sin luz ni ventilación, húmedas como bodegas, en las que se hacinaba y sucumbía, intoxicada, toda una población de pobres gentes. A lo largo de las escaleras bamboleantes, resbalaban los pies en la basura amontonada. La falta de todo, traducida en suciedad y en la más abyecta promiscuidad, se repetía de piso en piso. Las ventanas no tenían cristales; el viento soplaba con furia; la lluvia entraba a oleadas. Eran muchos los que dormían sobre el suelo desnudo, sin quitarse jamás la ropa. Ni muebles, ni ropa de cama; aquellas gentes vivían al estilo del animal salvaje que satisface sus necesidades y apetitos como puede, al azar de sus instintos y de la aventura. En aquellos cobijos vivían, en completa mezcolanza, personas de todos los sexos y de todas las edades; toda una humanidad caída en el animalismo por culpa de la carencia de todo lo indispensable; por una indigencia que llegaba al extremo de disputarse a dentelladas las migajas barridas de la mesa de los ricos. Pero el resultado de semejante degradación del ser humano ya no era el salvaje, que vive libre y desnudo, cazando y comiendo su presa en los bosques primitivos: era el retorno del hombre civilizado a la vida animal, con todas las taras de su degeneración, mancillado, desfigurado, a pesar de vivir en medio del lujo y de todos los refinamientos de una ciudad que era la reina del mundo.

Pierre tropezaba en todas las casas con la misma historia, que empezaba siempre entre juventud y alegría; hombre y mujer se sometían valerosamente a la ley del trabajo. Llegaba luego el cansancio. ¿A qué conducía el trabajar y trabajar, si jamás serían ricos? El marido empezaba entonces a beber, creyendo conseguir así su parte de felicidad; la mujer abandonaba los cuidados de la casa y, a veces, se dedicaba también a beber, dejando que los hijos campasen por sus respetos. El deplorable medio ambiente, la ignorancia y la promiscuidad completaban la obra. Pero, la mayor parte de las veces, el gran culpable era el paro, que no se conforma con vaciar la hucha de las economías, sino que agota asimismo las energías, acostumbrando a las gentes a la pereza. Los talleres permanecen vacíos durante semanas enteras, los músculos de los brazos se ablandan. Y resulta imposible encontrar el más pequeño trabajo en aquel París en que todo el mundo parece devorado por la actividad. Y, cuando llega la noche, regresa el hombre a su casa llorando. Ha ido por todas partes ofreciendo sus brazos y ni siquiera ha conseguido que lo admitan para barrer las calles, porque son muchos los que aspiran a tal empleo, y hacen falta recomendaciones. ¿No resulta monstruoso el que ande

un hombre buscando trabajo para poder comer, en las calles de la gran ciudad llenas del brillo y del estruendo de los millones, y que no lo encuentre, y que se quede sin comer? Y tampoco la mujer come, y tampoco los hijos comen. Y llegaba entonces la más negra miseria, el embrutecimiento, y la rebelión después, la ruptura de todos los lazos sociales por la fuerza de aquella injusticia atroz de la que se sienten víctimas las pobres gentes, a las que su debilidad condena a muerte. ¿Sobre qué montón de harapos, en qué rincón de buhardilla iría a morir el trabajador anciano, desgastado por cincuenta años de rudo trabajo durante los cuales no había podido ahorrar ni una moneda? ¿No sería mejor rematarlo de un mazazo, como se hace con una bestia agotada cuando le llega el día de no comer, porque ya no puede trabajar? Casi todos terminaban yendo a morir al hospital. Algunos desaparecían sin dejar rastro, arrebatados por las aguas fangosas del arroyo. Cierta mañana, en el fondo de una cabaña hedionda, sobre un montón de paja podrida, encontró Pierre a uno de éstos, muerto de hambre; estaba abandonado allí desde hacía una semana, y las ratas le habían devorado la cara.

Pero su compasión se vio desbordada una de las noches del último invierno. Los sufrimientos de la pobre gente se hacen horribles durante el invierno, sin fuego en el cobijo miserable en donde penetra la nieve por todas las rendijas. El Sena arrastra pedazos de hielo, la tierra está cubierta de nieve, las industrias se ven forzadas a parar. En las aglomeraciones de los traperos, en paro forzoso, vagan de un lado a otro, en bandadas, descalzos y casi desnudos, los niños; tienen hambre y tosen, y la tisis se los lleva con sus ráfagas siniestras. Pierre tropezaba con familias, mujeres con cinco y seis hijos, que permanecían apretujados unos contra otros para conservar el calor y que no habían comido en tres días. Pero la noche terrible fue aquella en que Pierre penetró, el primero, después de atravesar un pasadizo sombrío, en una habitación de pesadilla, en la que acababa de suicidarse una madre con sus cinco hijos pequeños, desesperada y hambrienta. Fue un drama de miseria que dio escalofríos a todo París durante algunas horas. No había allí ni rastro de muebles, ni una mala sábana; todo había ido a parar, pieza tras pieza, a las casas de compraventa. Sólo quedaba el hornillo con el carbón que todavía despedía humo. La madre había caído muerta encima de un jergón con restos de paja, mientras daba de mamar a su hijo pequeño, un bebé de tres meses; en el extremo del pezón brillaba una gota de sangre, y el bebe, muerto, alargaba todavía hacia ella sus labios ávidos. También dormía allí su sueño eterno, una junto a otra, las dos niñas, preciosas chiquillas rubias de tres a cinco años. Uno de los dos chicos mayorcitos había sucumbido acurrucado contra la

pared, con la cabeza entre las manos, mientras que el otro había agonizado en el suelo, haciendo esfuerzos violentos, como si se hubiese ido arrastrando a gatas para abrir la ventana. La gente de la vecindad, que acudió a las llamadas de Pierre, relató la histeria, horrenda y vulgar: la ruina lenta; el padre que no lograba encontrar trabajo, que se abandonaba poco a poco a la bebida; el casero, cansado de esperar, amenazaba con el desahucio, y la madre acababa por enloquecer, se resolvía a morir y arrastraba en su resolución a toda su nidada, mientras el marido iba y venía, de un lado al otro, desde por la mañana, inútilmente, en busca de trabajo. El pobre hombre llegó en el momento mismo que entraba el comisario de policía, que había ido a levantar el acta. Y cuando vio aquello y acabó de comprender, se desplomó como un buey apuntillado, y rompió a gemir con una especie de aullido inacabable, con un ulular de muerte que dejó aterrados y llorosos a todos los habitantes de aquella calle.

Aquel grito espantoso de una raza condenada a muerte, que se extingue en el abandono y el hambre, lo llevaba Pierre en el fondo de sus oídos, en el fondo de su corazón. Aquella noche no pudo tragar bocado, ni conciliar el sueño. ¿Era, pues, posible un hecho tan odioso como aquél, la completa desnudez, la miseria atroz que arrastraba a la muerte, en medio del inmenso París ahito de riquezas, ebrio de goces, que tiraba por puro capricho millones a la calle? ¡De un lado fortunas enormes, la satisfacción de tanto inútil capricho, vidas desbordantes de toda clase de satisfacciones! ¡De otro lado, la pobreza descarnada, sin pan siquiera, sin esperanza de ninguna clase; madres que mataban a sus bebés porque sus senos, agotados, sólo manaban ya sangre! Y se rebeló. Llegó a tener conciencia de que nada se conseguía con la caridad. ¿Qué se adelantaba con todo aquello, con asilar a los pequeños, llevar socorros a los padres y prolongar los padecimientos de los viejos? El edificio social estaba podrido en la base, iba a derrumbarse todo él en el fango y en la sangre. Tan sólo un gran acto de justicia podía barrer el mundo antiguo para reconstruir uno nuevo. Y en aquel instante vio con toda claridad que el resquebrajamiento era irreparable, que no había remedio para aquel mal, que el cáncer de la miseria era mortal de necesidad, y comprendió a los que preconizaban la violencia, y se aprestó a recibir el huracán devastador y purificador, a ver la tierra regenerada por el fuego y por la espada, como en los tiempos en los que el terrible Jehová saneaba las ciudades malditas por medio del incendio.

Pero el abate Rose le oyó sollozar aquella noche y subió para sermonearle paternalmente. Era un santo, dotado de una bondad y de una fe infinitas. ¿A

qué desesperarse? ¿No tenían a mano el Evangelio? ¿No era suficiente para salvar al mundo la máxima divina: «Amaos los unos a los otros»? La violencia le inspiraba horror, y solía afirmar que, por muy extenso que fuese el mal, quedaría vencido cuando la Humanidad se decidiese a volver hacia atrás, a las épocas de humildad, de sencillez y de pureza, cuando los cristianos vivían como hermanos inocentes. Pintaba con rasgos encantadores la sociedad evangélica, y hablaba de su rebrote como de cosa indudable, con ingenua alegría, como si hubiese de realizarse de un momento a otro. Y Pierre, que sentía necesidad de librarse de la pesadilla atroz que había presenciado durante el día, acabó por sonreír y por recrearse con aquella leyenda consoladora. Estuvieron hablando hasta muy avanzada la noche, y reanudaron su conversación sobre el mismo tema los días siguientes, porque era el tema preferido del anciano abate, y siempre aportaba algún detalle inédito; hablaba de que, en breve, reinaría el amor y la justicia, y se expresaba con la convicción conmovedora del hombre bondadoso que está seguro de que no ha de morir sin antes ver a Dios en la tierra.

Entonces se realizó en Pierre una nueva evolución. La práctica de la caridad en aquel barrio pobre le había llevado a una situación de ánimo que se traducía en inmensa ternura: sentía desfallecer su corazón, desatinado, dolorido a la vista de la miseria que él no podría remediar jamás. Y se daba cuenta de que, a veces, cedía la resistencia de su razón bajo el despertar del sentimiento; era un retorno a la niñez, a la necesidad universal de ternura que había heredado de su madre; imaginaba alivios quiméricos, esperaba que alguna potencia desconocida acudiese en su ayuda. El recelo, el rencor que le inspiraba la brutal realidad, acabó por lanzarlo de lleno en el ansia, cada vez mayor, de que la salvación se produciría por el amor. Era ya hora de conjurar la catástrofe espantosa e inevitable, la guerra fratricida de clases que había de arrastrar al mundo caduco, condenado a desaparecer bajo la montaña de sus crímenes. Y como estaba convencido de que la injusticia había llegado al colmo, y que iba a sonar la hora de las venganzas, en que los pobres forzarían a los ricos al reparto, se recreó desde entonces soñando con una solución pacífica, con el beso de paz entre todos los hombres, con el retorno a la moral pura del Evangelio, tal como había sido predicada por Jesús. Al principio, le asaltaron, mortificantes, algunas dudas. ¿Sería, en efecto, posible semejante rejuvenecimiento del antiguo catolicismo? ¿Habría manera de devolverle la frescura y el candor del cristianismo primitivo? Se aplicó a estudiar, a leer, a interrogar, cada vez más apasionado por aquel grave problema del socialismo católico. Era un tema que se debatía ruidosamente desde hacía ya algunos

años. Pierre, que se estremecía de amor hacia los desvalidos y que se hallaba dispuesto a creer en el milagro de la fraternidad, perdía poco a poco los escrúpulos de su inteligencia, llegando a convencerse de que Jesucristo iba a descender al mundo por segunda vez para rescatar a la Humanidad doliente. Y aquella creencia acabó por tomar netamente cuerpo en su espíritu, y se convirtió en la certidumbre de que el catolicismo, depurado, remontando otra vez a sus orígenes, era el único pacto, la ley suprema que podía salvar a la sociedad actual, conjurando la crisis sangrienta de la que se sentía amenazada. «¡Hace falta una nueva religión! ¡Hace falta una nueva religión!», era el grito que había estallado en su alma, desde lo más profundo de su ser, cuando se marchaba de Lourdes, dos años antes, indignado ante toda aquella baja idolatría, con la fe muerta para siempre y con el alma, no obstante, desasosegada por el ansia eterna de lo sobrenatural que aqueja al hombre. Hoy creía haber descubierto ya aquella nueva religión, mejor chicho, aquella religión renovada que había de servir para la salvación de la sociedad y que utilizaría para la felicidad humana, la única autoridad moral que permanecía en pie, la organización antiquísima de la maquinaria más maravillosa que se ha forjado jamás para gobernar a los pueblos.

Hubo dos hombres, aparte del abate Rose, que ejercieron gran influencia sobre Pierre en aquel período de lenta formación que atravesó. Trabajando en una fundación caritativa tuvo ocasión de entablar relaciones con monseñor Bergerot, obispo al que el papa acababa de elevar al cardenalato, como recompensa por su vida de caridad admirable, a pesar de la sorda oposición que le hacían los que le rodeaban, porque adivinaban en el prelado francés un espíritu libre que regía su diócesis paternalmente. Pierre se inflamó aún más con el contacto de aquel apóstol, de aquel pastor de almas, uno de los jefes sencillos y bondadosos con que él soñaba para la comunidad futura. Más decisiva aún para su apostolado fue su relación con el vizconde Philibert de la Choue en las asociaciones católicas de obreros. Era el vizconde uno de los agitadores más activos del socialismo católico francés; hombre guapo, de continente marcial, de rostro alargado y noble, pero algo estropeado por su nariz aplastada y demasiado corta, que parecía denotar el fracaso final de un carácter poco equilibrado. Poseía grandes propiedades rústicas, una verdadera fortuna, aunque se aseguraba que ésta había quedado reducida a la mitad, debido a su desgracia en algunas empresas agrícolas. Había hecho esfuerzos para implantar en su provincia granjas modelos, en las que había puesto en práctica sus ideas de socialismo cristiano; tampoco en ellas parecía sonreírle el éxito. Pero le había servido al menos para hacerse elegir diputado, y como



tal hablaba en la Cámara y exponía el programa del partido en largos discursos, que obtenían gran resonancia; era, por otra parte, hombre de actividad infatigable, organizaba peregrinaciones a Roma, presidía reuniones, daba conferencias y se entregaba, sobre todo, al pueblo, afirmando en la intimidad, que únicamente ganándose al pueblo podía la Iglesia asegurarse el triunfo. Por esto fue por lo que ejerció una influencia considerable sobre Pierre. Éste admiraba en él las cualidades de que se sentía desprovisto, el espíritu de organización, la voluntad algo confusa del luchador, aplicada por entero a crear de nuevo en Francia la sociedad cristiana. El trato con el vizconde sirvió de gran enseñanza a Pierre, aunque siguió siendo el hombre todo sentimiento, el soñador que en sus fantasías remontaba el vuelo hasta la ciudad futura de la felicidad universal, sin preocuparse de las realidades de la política. El vizconde, por el contrario, tenía la pretensión de dar cima al derrumbamiento de las ideas liberales del 89, sirviéndose de las desilusiones y de la indignación de la democracia para realizar aquella vuelta hacia el pasado.

Pierre vivió algunos meses en completa felicidad. No ha habido nunca neófito que se entregase tan por completo a labrar la felicidad de los demás. Fue un puro amor, se consumió en el fervor de su apostolado. En presencia de aquellas gentes desdichadas que veía en sus visitas, de aquellos hombres en paro forzoso, de aquellas madres y niños sin pan, sentía crecer la certidumbre de que era inminente el nacimiento de una nueva religión que pondría fin a las injusticias, que acabarían con aquel mundo dominado por la rebelión. Y Pierre estaba firmemente resuelto a trabajar por aquella intervención de los poderes divinos, por el renacimiento del cristianismo, poniendo todas sus fuerzas en la tarea de precipitar su advenimiento. Su fe católica seguía muerta; ya no creía en los dogmas, en los misterios, en los milagros. Sólo una esperanza subsistía dentro de él: que la Iglesia se hallaba todavía en condiciones de ser la bienhechora de la humanidad, tomando a su cargo el irresistible movimiento democrático moderno, para evitar a las naciones la catástrofe social que las amenazaba. Desde que se había propuesto la misión de llevar el Evangelio al corazón de las gentes hambrientas y en sorda rebeldía de los barrios bajos, había vuelto la quietud a su alma. Actuaba, y así sentía menos el horrible vacío que había traído al volver de Lourdes; ya no se planteaba cuestiones, y por eso no le devoraba ya la angustia de la incertidumbre. Continuaba diciendo misa con la serenidad de quien cumple un deber corriente. Y hasta llegó a pensar que semejante misterio, que todos los misterios y todos los dogmas no pasaban de ser símbolos, ritos necesarios

a la humanidad durante su infancia, y que serían dejados de lado cuando aquélla creciese, se depurase, se instruyese, hasta ser capaz de mirar cara a cara la verdad en toda su desnudez.

Dominado por las ansias de ser útil, por los ardientes impulsos de pregonar a gritos su fe, se encontró Pierre un buen día sentado a la mesa escribiendo un libro. La cosa se había producido con absoluta espontaneidad, aquel libro era como un grito de su corazón, independiente de toda pretensión literaria. Cierta noche de insomnio, surgió de pronto el título con caracteres llameantes sobre las tinieblas de la habitación: *La nueva Roma*. Este título lo condensaba todo. ¿No era, en efecto, de Roma, la eterna y la santa, de donde debía de partir el rescate de los pueblos? Allí se encontraba la única autoridad que había sobrevivido; sólo en la tierra sagrada en la que había brotado el viejo roble del catolicismo podía rebrotar su rejuvenecimiento. Y en dos meses escribió aquel libro que venía preparando desde hacía años sin darse cuenta, porque a ello le conducían sus estudios sobre el socialismo contemporáneo. Sentía dentro de sí una especie de hervor de poeta, algunas de sus páginas se le antojaban dictadas en sueños por una voz interior y lejana. Más de una vez el vizconde Philibert de la Choue, cuando Pierre le leía las páginas que había escrito el día anterior, le daba su aprobación calurosa, considerándolas desde el punto de vista del propagandista, afirmando que el pueblo necesitaba ser arrastrado por el sentimiento, y que se debía componer canciones piadosas, aunque amenas, para que fuesen cantadas en los talleres. Por su parte, monseñor Bergerot, sin entrar a examinar el libro desde el punto de vista del dogma, se sintió profundamente conmovido por el soplo ardiente de caridad que brotaba de cada una de sus páginas, y hasta llegó a cometer la imprudencia de enviar al autor una carta de aprobación, autorizándole a emplearla como prefacio para su libro. Y aquel libro, que había aparecido en el mes de junio, había sido puesto en el Index por sentencia de la congregación, y para defenderlo acababa de llegar a Roma el joven sacerdote, sorprendido y entusiasmado al mismo tiempo, abrasado por el ansia de hacer triunfar su fe, resuelto a defender su causa ante el Santo Padre, porque se hallaba convencido de que no había hecho otra cosa que desarrollar sus mismas ideas.

Mientras Pierre rememoraba los tres últimos años de su vida, permanecía inmóvil, de pie junto al pretil, de cara a esta Roma tan soñada y tan deseada. A espaldas suyas llegaban y marchaban bruscamente los carruajes uno tras otro, desfilaban los ingleses enjutos y los macizos alemanes, después de haber consagrado al panorama clásico los cinco minutos que marcaba la guía;

entretanto, el cochero y el caballo de su carruaje seguían esperando obsequiosos, doblando la cabeza bajo el peso del pleno sol que iba tostando la maleta que había quedado abandonada en el pescante. Pierre experimentaba la sensación de que iba adelgazando dentro de su negra sotana, como atraído, inmóvil e ingrátido, por aquel espectáculo sublime. Había perdido peso desde que volvió de Lourdes, su cara parecía haberse derretido. Ahora que su madre se superponía en él a todo lo demás, resultaba como achicada su frente espaciosa y vertical, la frente de pensador que había heredado de su padre; por el contrario, la boca bondadosa, un poco gruesa, la barbilla fina, de ternura infinita, dominaban en su rostro, eran la expresión de su alma, que ardía al mismo tiempo en la llama caritativa de sus ojos.

¡Con qué mirada tierna y ardiente contemplaba Pierre a la Roma de su libro, a la nueva Roma con la que había forjado su ideal! Le había maravillado al principio la visión panorámica del conjunto, envuelto en la atmósfera ligeramente velada de aquella mañana admirable; pero luego distinguió los detalles, fue fijando su atención en cada uno de los monumentos. Y al identificarlos experimentó una alegría infantil, porque se había dedicado largos ratos a estudiarlos en los planos y en colecciones de vistas fotográficas. A sus pies se extendía el Trastevere, en el arranque mismo del Janículo, todo un caos de casas rojizas que ocultaba el curso del Tíber bajo las tejas comidas por el sol de sus viejas casas. Le sorprendía un poco aquella visión aplastada de la ciudad contemplada desde lo alto de la terraza, como nivelada por una perspectiva a vista de pájaro; las famosas siete colinas resultaban ligeras protuberancias, un oleaje perceptible apenas en medio de un mar libre de fachadas. Aquello que se ve a lo lejos, a mano derecha, mancha de violeta oscuro que se destaca sobre las lejanías azuladas de las colinas Albanas es, sin duda, el Aventino, con sus tres iglesias semiocultas entre verdes frondosidades; y aquello es el Palatino, destronado, encuadrado en la franja negra de una hilera de cipreses. A sus espaldas se esfuma el Celio, dejando ver solamente los árboles de la villa Mattei, empalidecidos por la polvareda de oro que esparce el sol. Dos pequeñas cúpulas y el esbelto campanario de Santa María Maggiore señalaban la cima del Esquilino, allá enfrente, en el lejano límite de la ciudad; en las alturas del Viminal sólo distinguía, sumido en claridad, un amontonamiento confuso de bloques blanquecinos, surcados por pequeñas franjas oscuras, que eran, sin duda, las construcciones nuevas, y que semejaban una cantera de piedra abandonada. Durante largo rato estuvo buscando el Capitolio, sin llegar a dar con él. Orientándose cuidadosamente, acabó por convencerse de que distinguía su

campanario, allí, delante de Santa María Maggiore; era aquella torre cuadrada, tan sencilla que se confundía entre los tejados de los alrededores. A continuación, hacia la izquierda, venía enseguida el Quirinal, que se podía identificar por la ancha fachada del palacio real, aquella fachada de hospital o de cuartel, de un amarillo crudo, lisa y agujereada por infinidad de ventanas uniformes. Al ir a contemplar su visión circular, quedó petrificado por una súbita visión. Fuera de la ciudad, por encima de los árboles del jardín Corsini, surgía la cúpula de San Pedro. Parecía haberse asentado sobre la verde vegetación; sobre el fondo azul límpido del firmamento. La linterna de piedra que corona la cúpula, blanquísima y de una claridad deslumbradora, parecía colgar de aquél.

Pierre no acababa de saciarse, y su mirada iba y venía sin cesar de un extremo a otro del horizonte. Se recreaba con los nobles dentellones, con la digna esbeltez de los montes de la Sabina y de las colinas Albanas, salpicados de villas, que cerraban el horizonte como una muralla. La Campaña romana surgía aquí y allá en desgarrones inmensos, desnuda y majestuosa, como desierto en que reina la muerte, de un color verde glauco de mar embalsado. A fuerza de mirar, acabó por distinguir la torre achatada y redonda del sepulcro de Cecilia Metella; una línea delgada y pálida, detrás de la torre, indicaba la antigua via Appia. La lisa superficie de yerba estaba salpicada de restos de acueductos, del polvo amontonado de aquellos mundos que se habían venido abajo. Miraba otra vez más cerca, y surgía de nuevo la ciudad, la mezcolanza de construcciones que iba descubriendo sin plan fijo. Aquí cerca, el enorme cajón leonado del palacio Farnese; lo reconocía por su galería orientada hacia el río. Un poco más lejos, una cúpula poco elevada, visible apenas, era sin duda, la del Panteón. Aparecían luego, en saltos bruscos, los muros reblanqueados de San Pablo Extramuros, semejante a una granja colosal, las estatuas que coronan San Juan de Letrán, esbeltas, delgadas como insectos; y todo un pulular de cúpulas, la del Gesù, la de San Carlos, la de San Andrés del Valle, la de San Juan de los Florentinos; e infinidad de edificios más, radiantes de recuerdos, el castillo Sant'Angelo, cuya estatua centelleaba, la villa Medici, que sobresalía sobre toda la ciudad, la explanada del Pincio, en la que ponían su blancura los mármoles entre el escaso arbolado, las grandes umbrías de la villa Borghese, completamente al fondo, cerrando el horizonte con sus cúspides de verdor. Buscó en vano el Coliseo. Sin embargo, el vientecillo que soplaba del norte empezaba a disipar suavemente las neblinas del amanecer. De entre las lejanías vaporosas se iban destacando netamente barrios enteros, como los promontorios en el mar

bañado por el sol. De trecho en trecho, entre el amontonamiento confuso de los edificios, brotaba violentamente un lienzo de muralla blanca, llameaba una hilera de cristales, se extendía la mancha negra de un jardín, todo ello con un sorprendente vigor de colorido. Y todo lo demás: el batiborrillo de calles, plazas, los islotes incontables, sembrados en todas las direcciones, entremezclándose, esfumándose en la gloria palpitante del sol, mientras las altas humaredas blancas ascendían de los tejados y cruzaban lentamente la infinita pureza del firmamento.

Pero muy pronto, obedeciendo a un secreto instinto, Pierre sólo puso atención en tres puntos del inmenso panorama. Al fondo le producía emoción la franja de esbeltos cipreses que bordeaban la altura del Palatino; detrás de ella no veía nada, los palacios de los césares habían desaparecido, se habían desplomado, habían sido arrasados por el tiempo; y al evocarlos ahora Pierre, se alzaban como fantasmas dorados, vagos y temblorosos, envueltos en la púrpura de aquella mañana espléndida. Sus miradas iban de allí a San Pedro; aquí sí que permanecía erguida la cúpula, bajo ella se abrigaba el Vaticano, pegado al costado del coloso; y Pierre le encontraba un aire triunfal, color de cielo, tan sólido y grandioso como un rey gigante que reinase sobre la tierra, al que se veía desde todas partes, eternamente. Y desde el Vaticano llevaba los ojos al otro monte, al Quirinal, y el palacio del rey se le antojaba un simple cuartel, achatado y vulgar, enjalbegado de amarillo. Y en aquel triángulo simbólico, en aquellos tres picachos que se entremiraban por encima del Tíber, se encerraba para Pierre toda la historia secular de Roma, con sus constantes trastornos, con sus resurrecciones sucesivas: la Roma antigua que se ensanchaba, hasta llegar a la madurez, en un amontonamiento de palacios y de templos, flor monstruosa del poderío y esplendor del imperio; la Roma papal, que había triunfado durante la Edad Media, que se había enseñoreado del mundo, que había cargado sobre la cristiandad el peso de aquella iglesia colosal en que resplandecía de nuevo la belleza; la Roma actual, la que Pierre desconocía, porque no le daba importancia, y que con su palacio real, tan pobre y tan frío, le hacía el efecto de una tentativa burocrática y molesta, de un ensayo de modernismo sacrílego a expensas de una ciudad única, que se debía haber reservado para el ideal del porvenir. Pierre procuraba eludir aquella impresión casi molesta, no quería fijar su atención en ese barrio completamente nuevo, en la pequeña ciudad sin color, ciudad todavía en construcción pero que ya resaltaba junto a San Pedro, a orillas del río. Pierre continuaba soñando con su nueva Roma aun estando como ahora frente al Palatino aniquilado, reducido a cenizas seculares, y a la cúpula de San Pedro,

a cuya sombra impenetrable dormía el Vaticano, y frente al palacio del Quirinal, reconstruido y repintado, que reinaba como buen burgués sobre los barrios nuevos que surgían por todas partes, destripando la ciudad vieja de rojos tejados, que aparecía deslumbrante, iluminada por el purísimo sol de la mañana.

*La nueva Roma*, título de su libro, surgió con caracteres centelleantes ante los ojos de Pierre, y entonces se dejó llevar por otro ensueño, y después de haber rememorado su vida, rememoró su libro. Lo había escrito en un acceso de entusiasmo, sirviéndose de notas recogidas aquí y allá. Fatalmente, tuvo que dividirlo en tres partes: el pasado, el presente y el porvenir.

El pasado comprendía la historia extraordinaria del cristianismo primitivo y la lenta evolución que lo había transformado en el actual catolicismo. Demostraba Pierre que, bajo la envoltura de toda evolución religiosa, se esconde un problema económico, y que, a fin de cuentas, el mal eterno, la lucha eterna ha sido siempre la de pobres y ricos. Ya entre los judíos surge la lucha de clases, en cuanto renuncian a su vida de nómadas, conquistan Canaán y establecen la propiedad privada. Hay ya ricos y pobres: salta en el acto la cuestión social. La transición había sido brusca, y las cosas empeoraron con tal rapidez, que los pobres, que se acordaban todavía de la edad de oro de la vida nómada, sintieron el aguijón de la miseria y plantearon sus reivindicaciones con mayor violencia. Los profetas, hasta llegar a Jesús, son simplemente rebeldes que salen de entre el pueblo doliente, y que pregonan a voz en grito sus sufrimientos, imprecando a los ricos y profetizándoles toda clase de males como castigo de sus injusticias y su falta de corazón. Y Jesús no es más que el último de esos profetas, el que surge como la reivindicación viviente del derecho de los pobres. Los profetas, socialistas y anarquistas, habían predicado la igualdad social y habían abogado por la destrucción del mundo, si no se convertía a la justicia; también Jesús trae a los desvalidos el odio al rico. Toda su doctrina es una amenaza contra la riqueza, contra la propiedad, y si por el Reino de los Cielos que él prometía se entiende que la paz y la fraternidad llegarían a reinar sobre la tierra, ese Reino vendría a ser, a fin de cuentas, el retorno a la edad de oro de la vida pastoril, el ideal de la comunidad cristiana que parece haber sido realizado por los discípulos que le sucedieron. Cada una de las iglesias que se fundaron durante los tres primeros siglos parece haber sido un ensayo de comunismo, una verdadera asociación, cuyos miembros lo ponían todo en común, a excepción de la mujer propia. Basta leer a los apologistas y a los primeros padres de la Iglesia; el cristianismo era entonces únicamente la

religión de los humildes y de los pobres, una democracia, un socialismo que luchaba contra la sociedad romana. Y esta sociedad se derrumbó carcomida por el dinero, sucumbió por efecto de la especulación, de las casas de banca podridas, de los desastres financieros, mucho más aún que ante la oleada invasora de los bárbaros o el sordo trabajo de termitas de los cristianos. En la raíz de todas las cosas encontramos siempre la cuestión del dinero. Se vio palpablemente una vez más cuando el cristianismo, que había triunfado al fin, gracias a una serie de coincidencias históricas, sociales y humanas, fue declarado religión del Estado. Aquél se vio forzado a ponerse del lado de los ricos y de los poderosos, a fin de asegurar completamente su victoria. ¡De qué sutilezas, de qué sofismas se valen los padres de la Iglesia para llegar a descubrir en el Evangelio de Jesús la defensa! Esto constituía para el cristianismo una necesidad política de vida o muerte; sólo a semejante precio podía convertirse en catolicismo, en religión universal. Se articula entonces la formidable máquina, el arma de conquista y de gobierno: en lo más alto, los poderosos, los ricos, que tienen obligación de repartir lo suyo con los pobres, pero que no lo hacen; y abajo los pobres, los trabajadores, a quienes se enseña la resignación y la obediencia, reservándoles el Reino de los Cielos como compensación divina y eterna. Monumento admirable que ha durado siglos y siglos, teniendo por base las seguridades del más allá, la sed inextinguible de inmortalidad y de justicia que devora al hombre.

Para contemplar esta primera parte de su libro, la historia del pasado, había trazado Pierre a grandes rasgos un estudio del catolicismo hasta nuestros días. En primer término figuraba San Pedro que, impulsado por una inspiración genial, llegó a Roma, inquieto e ignorante, para que resultasen realizados los oráculos antiguos que habían anunciado la eternidad del Capitolio. Venían luego los primeros papas, que eran simplemente jefes de asociaciones funerarias, y se iba avanzando lentamente hacia el advenimiento del Papado todopoderoso, en sus luchas de conquista jamás interrumpidas y que abarcaban todo el mundo, en un esfuerzo incansable para satisfacer sus ideales de dominio universal. Creyó por un momento durante la Edad Media haber alcanzado la meta de sus aspiraciones, hacer del papa el soberano y dominador de todos los pueblos. ¿No se alcanzaría la verdad absoluta con aquel concepto del papa pontífice y rey de este mundo, reinando sobre los cuerpos y sobre las almas de todos los hombres, como reina Dios mismo, de quien es aquél el representante? Semejante ambición total y desmesurada, de una lógica perfecta, había sido realizada por Augusto, emperador y pontífice, dueño del mundo; y fue precisamente esa imagen gloriosa de Augusto, que

renacía sin cesar de entre las ruinas de la antigua Roma, la que obsesionó constantemente a los papas, fue la sangre de Augusto la que latió en sus venas. Pero como al derrumbarse el imperio romano se había desdoblado el poder, no hubo más remedio que compartirlo con otro, dejando al emperador el poder temporal y quedándose únicamente con la prerrogativa de consagrarlo, por delegación divina. El pueblo pertenecía a Dios, el papa se lo entregaba al emperador en nombre de Dios, y podía volver a quitárselo; para ello disponía sin limitaciones del arma terrible de la excomunión, que le daba una soberanía superior, que era el camino por donde el Papado llegaría a la posesión real y definitiva del imperio. En una palabra: el pleito eterno entre el papa y el emperador era el pueblo, a quién pertenecía éste, la masa inerte de los humildes y de los que sufren, el gran ser viviente y mudo que sólo de vez en cuando daba suelta por medio de sordos gruñidos a su incurable dolor. Disponían de él como de un niño, para el bien suyo; y era indudable que la Iglesia ayudaba a la civilización, prestaba servicios a la humanidad, porque repartía grandes limosnas. En los conventos al menos resurgía una y otra vez el ideal antiguo del comunismo cristiano: la tercera parte de las riquezas que se recogían se destinaba al culto, otra tercera parte a los sacerdotes y la tercera parte a los pobres. ¿No se llegaba de este modo a una gran simplificación de la vida, a que la existencia de los fieles se deslizase libre de deseos terrenales, en espera de los goces inauditos del cielo? ¡Dadnos el mundo entero, haremos tres particiones de los bienes de la tierra y ya veréis cómo reina la edad de oro entre la resignación y la sumisión de todos!

Pero Pierre mostraba enseguida al Papado presa constante de los mayores peligros, en cuanto terminó su omnipotencia del medievo. Estuvo a pique de ser arrastrado por el lujo del Renacimiento, por aquel hervor de savia viva que estallaba de la naturaleza eterna, a la que había despreciado y amortajado durante siglos. Pero más peligrosos aún resultaban los sordos despertares del pueblo, del gran mudo, cuya lengua parecía que se empezaba a soltar. La Reforma había estallado como protesta de la razón y de la justicia, como un llamamiento a las verdades evangélicas que se había procurado ocultar; y para salvar a Roma de la total desaparición hubo que recurrir a la ruda defensa de la Inquisición, al trabajo lento y obstinado del Concilio de Trento, que reafirmó el dogma y fortificó el poder temporal. Entonces se inician los dos siglos de paz y de eclipse del Papado, porque las sólidas monarquías absolutas que se habían repartido a Europa entre sí podían prescindir del papa, no se echaban ya a temblar cuando éste blandía el rayo de sus excomuniones, porque éstas eran inocuas, y si reconocían al papa era como a un maestro de



ceremonias encargado de determinados ritos. Se había producido un desequilibrio en la posesión del pueblo: aunque los reyes recibiesen todavía al pueblo como don de Dios, el papa no podía hacer otra cosa que dejar constancia de semejante donativo de una vez para siempre, y ya no intervenía para nada ni en ninguna ocasión en el gobierno de los Estados. Jamás se ha encontrado Roma tan distante de la realización de aquel su ensueño secular de dominio universal. Y cuando estalló la Revolución francesa se pudo sospechar que la proclamación de los derechos del hombre iba a matar al Papado, depositario del derecho divino sobre todas las naciones por delegación de Dios. Eso explica la inquietud del primer momento, la ira, la defensa desesperada que se inició en el Vaticano contra la idea de libertad, contra ese nuevo credo de la razón libertada y de la humanidad que recobraba el dominio de sí misma. Era el desenlace aparente de la larga pugna entre papas y emperadores por la posesión del pueblo: el emperador era barrido, y el pueblo, que de allí en adelante podía disponer libremente de sí mismo, tenía también la pretensión de hacer a un lado al papa, y esta solución imprevista parecía destinada a dar en tierra con todo el histórico andamiaje del catolicismo.

La primera parte del libro de Pierre terminaba con un llamamiento al cristianismo primitivo, poniéndolo en parangón con el catolicismo actual, que equivale al triunfo de los ricos y de los poderosos. ¿No había ido reconstruyendo la Roma católica, a través de los siglos, mediante sus actuaciones políticas inspiradas por el lucro y el ansia de poder, aquella misma sociedad romana que Jesús había venido a destruir? Era de una ironía lamentable el comprobar que, al cabo de mil ochocientos años de Evangelio, se hundía otra vez el mundo en la especulación, entre casas de banca corrompidas y desastres financieros, entre la injusticia, que producía espanto, de unos cuantos hombres ahítos de riquezas y rodeados por millares y millares de hermanos suyos que se morían de hambre. Había que empezar de nuevo la tarea de salvar a los miserables. Pero todas esas cosas terribles las decía Pierre en páginas tan dulcificadas por la caridad, tan empapadas de esperanza, que todo peligro revolucionario estaba ausente de ellas. Por lo demás, él no dirigía ataque alguno al dogma. Su libro no era otra cosa que el grito de un apóstol, por su forma sentimental de poema en el que ardía absorbente la llama del amor al prójimo.

Venía luego la segunda parte de la obra, el presente, el estudio de la sociedad católica contemporánea. Y al llegar a ese punto, había trazado Pierre un cuadro horrendo de la miseria de los pobres, de esa miseria de gran ciudad,

que él conocía perfectamente, porque había tocado con sus propias manos la llaga envenenada, y éstas goteaban sangre todavía. La injusticia había llegado a extremos intolerables, la caridad resultaba impotente y toda esperanza se apagaba en el corazón de la gente del pueblo por lo atroz de sus sufrimientos. Si la fe había muerto en el alma de Pierre, era ante el espectáculo monstruoso que ofrecía la cristiandad, corrompida por toda clase de abominaciones, desatinada por los odios y las venganzas. Y a continuación de aquel cuadro de una civilización carcomida, al borde del derrumbamiento, reanudaba Pierre el hilo de la Revolución francesa, de las inmensas esperanzas que la idea de libertad había aportado al mundo. La burguesía, el gran partido liberal, había tomado a su cargo el hacer la felicidad del mundo así que estuvo el Poder en sus manos. Y lo más lamentable del caso es que ya está visto, después de un siglo de experiencia, que la libertad no ha podido proporcionar a los desheredados de este mundo una suma mayor de felicidad. Se marca una desilusión en los dominios de la política. En el mejor de los casos, aunque el tercer estado se declara satisfecho desde que tiene el mando, el cuarto estado, el proletariado, no ha dejado de padecer y continúa exigiendo la parte que le corresponde. Les han dicho que son libres, les han otorgado la igualdad política, pero todo ello no pasa de ser un donativo irrisorio, porque ahora, como en los tiempos en que eran siervos, sólo tienen libertad para morir de hambre. De ahí es de donde han nacido todas las reivindicaciones socialistas; el problema aterrador cuya solución es una amenaza de desaparición para la sociedad actual, quedó planteado desde entonces entre el capital y el trabajo. Cuando desapareció del mundo antiguo la esclavitud, para dejar sitio al sistema del salario, se produjo una revolución inmensa; y no cabe duda de que la idea cristiana fue uno de los factores poderosos que contribuyeron a destruir la esclavitud. Hoy se trata de sustituir el régimen del salario por algún otro sistema, tal vez por la participación del obrero en los beneficios. ¿Por qué el cristianismo no ha de intentar dejar sentir de nuevo su influjo? El advenimiento inminente y fatal de la democracia representa la iniciación de una nueva era de la historia humana, es la creación de la sociedad del día de mañana. Roma no podía desinteresarse, el papa mismo tendría que tomar partido en la lucha si no quería desaparecer como un engranaje que llega a ser completamente inútil.

Ésos eran los orígenes de la legitimidad del socialismo católico. La Iglesia estaba obligada a aportar su solución frente a las sectas socialistas que se disputaban por hacer la felicidad del pueblo, cada una con su respectiva solución. Y ese era el momento en que surgía la nueva Roma, y en que la

evolución adquiriría nueva amplitud, en un rebrote de ilimitada esperanza. Era evidente que no había en los orígenes de la Iglesia católica nada que fuese opuesto al principio de la democracia. Para llegar al establecimiento de la comunidad universal bastaría con reanudar la tradición evangélica, con volver a ser una vez más la Iglesia de los humildes y de los desvalidos. La Iglesia es de esencia democrática, y si al convertirse el cristianismo en catolicismo se ha puesto del lado de los ricos y de los poderosos, no ha hecho con ello sino obedecer a la necesidad de defenderse para subsistir, sacrificando su primitiva pureza. Por eso, si hoy se apartase de las clases dirigentes, condenadas a desaparecer, y retornase al pueblo humilde de los desvalidos, no haría otra cosa que acercarse a Cristo, rejuveneciéndose, purificándose de las concesiones políticas que se ha visto obligada a hacer. La Iglesia ha sabido en todos los tiempos adaptarse a las circunstancias, sin renunciar en nada a su ideal absoluto: se reserva su soberanía total, se limita a tolerar lo que no puede impedir, y espera pacientemente, aunque tenga que dejar pasar siglos, el minuto en que volverá a ser la señora absoluta del universo. ¿No iría a sonar ahora ese minuto supremo, durante aquella época crítica que estaba a punto de iniciarse? Nuevamente se entablaba entre todos los poderes la lucha por la posesión del pueblo. Todos los gobernantes quieren hacerse con él, quieren reinar por él y, si fuese preciso, con él, desde que la libertad y la instrucción han convertido al pueblo en una fuerza. El porvenir está en el socialismo, ése es el nuevo instrumento para reinar; y todos se han hecho un poco socialistas: los reyes, que ven que su trono se bambolea, los líderes burgueses de las repúblicas llenas de inquietud, y los agitadores ambiciosos que sueñan con el Poder. Todos coinciden en afirmar que el Estado capitalista equivale a un retorno al paganismo, al mercado de esclavos; todos hablan de que hay que hacer pedazos la atroz ley de hierro, el trabajo convertido en mercancía sometida a las leyes de la oferta y de la demanda, el salario calculado de acuerdo con lo estrictamente necesario al obrero para no morir de hambre. En el plano inferior de la sociedad el malestar es cada vez mayor; los trabajadores viven en una agonía de hambre y desesperación, mientras en lo alto vuelan las discusiones interminables, se entrecruzan los sistemas y se desgasta la buena voluntad de muchos en esfuerzos para aplicar remedios ineficaces. Todo eso viene a ser el pataleo, la desbandada loca que precede a las grandes catástrofes. Y en esos momentos, pugnando con todos los demás, entra a su vez en la liza el socialismo católico, con tanto fervor como el socialismo revolucionario, y se esfuerza por obtener el triunfo.

Venía a continuación un detenido estudio de los perseverantes esfuerzos que había realizado en toda la cristiandad el socialismo católico. Lo que más llamaba la atención era el hecho de que cuando se ensayaba la propaganda en países que no habían sido conquistados todavía por el cristianismo, adquiría la batalla caracteres más violentos y la victoria era mayor. Por ejemplo, allí donde el socialismo católico tenía frente a él al protestantismo, se lanzaban los sacerdotes a la pelea con entusiasmo extraordinario y disputaban a los pastores protestantes el dominio sobre el pueblo, a fuerza de golpes de audacia y de teorías democráticas llenas de atrevimiento. En Alemania, país clásico del socialismo, fue el señor Ketteler uno de los primeros que se atrevió a hablar de imponer contribuciones especiales a los ricos, y logró crear, andando el tiempo, una extensa agitación que hoy dirige todo el clero, gracias a numerosas asociaciones y publicaciones periódicas. Monseñor Mermillod, en Suiza, defendió con tal valentía la causa de los pobres, que hoy los obispos forman casi causa común con los socialistas demócratas, a los que esperan, sin duda, convertir el día del reparto. En Inglaterra, país en el que el socialismo penetra con gran lentitud, obtuvo el cardenal Manning considerables victorias, tomó a su cargo durante una huelga famosa la defensa de los obreros, y dio origen a un movimiento popular señalado por frecuentes conversiones. Pero donde el socialismo cristiano obtuvo sus mayores triunfos fue en América, en los Estados Unidos, en aquel ambiente de plena democracia que impulsó a obispos como monseñor Ireland a ponerse a la cabeza de las reivindicaciones obreras: parece que estuviera germinando allí toda una iglesia nueva, confusa todavía y desbordante de savia, arrebatada por una esperanza desmesurada, como si se encontrase en la aurora del cristianismo rejuvenecido del porvenir. Si de allí pasamos a Austria y a Bélgica, naciones católicas, vemos que el socialismo católico se confunde en la primera con el antisemitismo, mientras que en la segunda carece de sentido preciso. Y si descendemos a España, observamos que el movimiento se detiene y hasta llega a esfumarse, lo mismo que en Italia, a pesar de que uno y otro son viejos países de fe. España aparece entregada por completo a las violencias de los revolucionarios, mientras sus tercios obispos se limitan a fulminar a los descreídos como en tiempos de la Inquisición. Italia, inmovilizada en la tradición, sin iniciativa posible, reducida al silencio y al respeto, se agrupa en torno de la Santa Sede. En Francia, sin embargo, la lucha continúa siendo viva, pero es, sobre todo, una lucha de ideas. Allí se hacía la guerra contra la Revolución, y parecía que hubiera bastado con restablecer la antigua organización de los tiempos monárquicos para que

retornase la edad de oro. De ahí que se plantease como problema único, como la panacea capaz de curar todos los males del proletariado, la cuestión de las corporaciones obreras. Pero no había unidad de opiniones ni mucho menos. Unos, los católicos, que rechazaban la injerencia del Estado, los que preconizaban una acción puramente moral, defendían las corporaciones libres. Los demás, la gente joven, los impacientes, los decididos a la acción, exigían que fuesen obligatorias, que tuviesen capital propio, que fuesen reconocidas y protegidas por el Estado. El vizconde Philibert de la Choue era quien había hecho una campaña más ardorosa, por medio de la palabra y por medio de la pluma, en favor de las corporaciones obligatorias; y la gran pena que abrigaba en su alma era el que no había conseguido aún que el papa se pronunciase abiertamente sobre si las corporaciones debían ser abiertas o cerradas. Al oírle, parecía como si se encerrase en ello la suerte de la sociedad, la solución tranquila de la cuestión social o la catástrofe espantosa que había de arrasarlo todo. En el fondo, y aunque no lo confesase, el vizconde había ido a parar al socialismo de Estado. Pero, aunque estuviesen en desacuerdo, la agitación era muy grande, se hacían ensayos poco afortunados, se fundaban cooperativas de consumo, sociedades de casas obreras, bancos populares, tentativas más o menos disimuladas de retorno a las primitivas comunidades cristianas. Y día a día, en medio de las confusiones del momento, en la turbación de las almas y entre las dificultades políticas que atravesaba el país, sentía el partido católico militante que se fortalecían sus esperanzas de crecimiento, hasta recuperar la ciega certidumbre de que pronto llegaría a reconquistar el gobierno del universo.

La segunda parte de este libro acababa con un cuadro del malestar intelectual y moral en que se debate el mundo a fines del presente siglo. Si la masa de los trabajadores sufre porque se siente defraudada en el reparto de la riqueza y exige que se haga uno nuevo que asegure por lo menos el pan cotidiano, tampoco el grupo selecto parece satisfecho, y se lamenta del vacío en que lo ha sumido su razón libertada y su inteligencia abierta a todos los horizontes. Es la famosa quiebra del racionalismo, del positivismo y de la ciencia. Los espíritus devorados por el ansia de absoluto se fatigan de este andar a tientas, de la lentitud de una ciencia que sólo admite las verdades demostradas; les asalta de nuevo la angustia del misterio, no pueden conciliar el sueño si no hacen antes una síntesis total e inmediata; y caen de rodillas en mitad del camino, rendidos, alocados ante la idea de que no podrán saberlo todo jamás, y prefiriendo antes que eso a Dios, a la revelación de lo desconocido, al que se llega mediante un acto de fe. En efecto, hoy por hoy, la

ciencia no puede saciar, ni nuestra sed de justicia, ni nuestras ansias de seguridad, ni la idea ancestral que tenemos de la felicidad, en el más allá, en toda una eternidad de placeres. Hasta ahora no ha conseguido sino deletrear el mundo, y no nos ha traído a cada uno de nosotros más que la solidaridad austera de la obligación de vivir, de que seamos simples factores del trabajo universal. Se comprende perfectamente la rebelión de los corazones, el echar de menos el cielo cristiano, poblado de hermosos ángeles, rebosante de luz, de música y de perfumes. ¡Besar a nuestros muertos, seguros de volvernos a encontrar con ellos, para volver a vivir en su compañía una gloriosa inmortalidad! ¡Tener esa certidumbre de una justicia suprema para poder soportar la odiosidad de la existencia terrestre! ¡Poder matar así la espantosa idea del aniquilamiento, escapar al horror de la desaparición del yo, tranquilizarse de una vez con la inquebrantable creencia que posterga hasta el día siguiente al de la muerte la solución feliz de todos los problemas del destino! Sueños son éstos que constituirán durante mucho tiempo todavía el ideal de los pueblos. Y ésta es la explicación de que, en este fin de siglo, a consecuencia de la tensión excesiva de los espíritus, y como consecuencia también de la turbación en que se encuentra la humanidad, que lleva en gestación un mundo inminente, se haya despertado el sentimiento religioso, inquieto, atormentado por el ansia de ideal y de infinito, y que exija una ley moral y la certidumbre de una justicia trascendente. Las religiones pueden desaparecer, pero el sentimiento religioso creará otras nuevas, aun bajo el dominio de la ciencia. ¡Una religión! ¡Una religión nueva! ¿Por qué no había de serlo el viejo catolicismo, renaciendo en este mundo contemporáneo en el que todo parecía preparar este milagro, reverdeciendo y desplegando una inmensa floración cargada de promesas?

Finalmente, Pierre había explicado en la tercera parte de su libro, en frases de apóstol inflamado, cómo entendía el porvenir, lo que sería aquel catolicismo rejuvenecido, que traería a las naciones la salud y la paz, la edad de oro ya olvidada del cristianismo primitivo. Y empezaba por trazar un retrato conmovido y glorificador de León XIII, el papa ideal, el que estaba llamado por el Destino a salvar a los pueblos. En sus ansias abrasadoras de que surgiese un pastor que acabase con aquella miseria, se lo había imaginado, lo había visto así. No tenía el retrato un parecido perfecto con el modelo, pero resultaba el salvador que hacía falta, el hombre de caridad inagotable, de gran corazón y de gran inteligencia, tal como Pierre lo soñaba. Sin embargo, Pierre se había documentado, había estudiado las encíclicas, la imagen respondía a realidades concretas: la educación religiosa que había

tenido el papa en Roma, su corta nunciatura en Bruselas, su largo episcopado en Perusa. La dualidad de su temperamento se manifiesta desde que León XIII asciende al Papado, que había quedado en difícil situación a la muerte de Pío IX; es el guardián inflexible del dogma y el político flexible, decidido a llevar la conciliación hasta el último límite posible. Rompe decididamente con la filosofía moderna y se remonta, saltando el Renacimiento, hasta el medievo, restaura en las escuelas católicas la filosofía cristiana según el espíritu de Santo Tomás de Aquino, el doctor angélico. Una vez que ha puesto de esta manera el dogma al abrigo de todo peligro, vive en perfecto equilibrio, da seguridades a todas las potencias, se esfuerza por aprovechar todas las ocasiones. Dando pruebas de una actividad extraordinaria, llega a reconciliar a la Santa Sede con Alemania, se acerca a Rusia, contenta a Suiza, manifiesta desear la amistad de Inglaterra, escribe al emperador de China pidiéndole que proteja a los misioneros y a los cristianos de su imperio. Andando el tiempo intervendrá en Francia y reconocerá la legitimidad de la República. Desde el primer momento se descubre en sus actos un pensamiento, el pensamiento que hará de él uno de los más grandes papas políticos; y es preciso decir que ése es el mismo pensamiento secular del Papado: la conquista de todas las almas, Roma centro y señora del universo. No tiene sino una voluntad, una sola finalidad: trabajar por la unidad de la Iglesia, atraer a ella las comuniones disidentes para hacerla invencible en la lucha social que se prepara. En Rusia trata de hacer reconocer la autoridad moral del Vaticano; en Inglaterra se esfuerza por hacer deponer las armas a la Iglesia anglicana, para atraerla a una especie de tregua fraternal; pero es sobre todo en el Oriente donde aspira a llegar a un acuerdo con las iglesias cismáticas, a las que trata como a simples hermanas separadas, cuyo retorno al hogar ansia su corazón de padre. ¿Qué fuerza victoriosa será la de Roma el día que llegue a reinar sin discusión sobre los cristianos de toda la tierra?

En ese momento es cuando surge la idea social de León XIII. Cuando era nada más que obispo en Perusa llegó a escribir una carta pastoral en la que manifestaba un vago socialismo humanitario. Pero en cuanto se ciñe la tiara cambia de opinión y lanza anatemas contra los revolucionarios, cuya audacia tenía por entonces aterrorizada a Italia. Pero casi enseguida se domina, ante la lección de la realidad, y comprende el peligro mortal de dejar en manos de los enemigos del catolicismo las doctrinas socialistas. Presta oídos a los obispos populares de los países en que ha de propagarse el catolicismo, suspende su intervención en las disputas irlandesas, retira la excomunión que había lanzado sobre los Caballeros del Trabajo, en los Estados Unidos, prohíbe que

se lleven al Index los libros avanzados de los escritores socialistas católicos. De esta evolución hacia la democracia queda rastro en sus encíclicas famosas: *Imortale Dei*, acerca de la Constitución de los Estados; *Libertas*, acerca de la libertad humana; *Sapientiae*, acerca de los deberes de los ciudadanos cristianos; *Rerum novarum*, acerca de la situación del obrero. Esta última parece haber sido la que más había rejuvenecido a la Iglesia. El papa levanta en ella acta de la miseria indebida en que viven los trabajadores, lo excesivo de las horas de trabajo, de lo escaso del salario. El derecho a la vida es común a todos los hombres y todo contrato arrancado por el hambre es injusto. En otro pasaje declara que no se debe tolerar que el obrero indefenso sea sometido a una explotación cuya finalidad es transformar en riqueza para unos pocos la miseria de la mayoría de los hombres. Como no tenía más remedio que permanecer en terreno algo vago en las cuestiones de organización, se limita a dar vuelos al movimiento corporativo, colocándolo bajo el patronato del Estado; y después de haber restablecido la idea de la autoridad civil, vuelve a colocar a Dios en su lugar supremo, espera principalmente la salvación de las medidas morales, retornando al respeto tradicional de la familia y de la propiedad. Aquel gesto del augusto vicario supremo de Cristo, tendiendo públicamente su mano generosa a los humildes y a los pobres, le parecía a Pierre la señal segura de una nueva alianza, la anunciación del nuevo reinado de Jesús sobre la tierra. De allí en adelante el pueblo sabía que no se encontraba desamparado. ¡Qué figura más gloriosa había sido desde entonces la de León XIII! Su jubileo sacerdotal y su jubileo episcopal fueron celebrados con gran pompa, con el concurso de una muchedumbre inmensa; los presentes que recibió fueron innumerables, y todos los soberanos le dirigieron cartas llenas de halagos.

Pierre había tratado luego la cuestión del poder temporal, cosa que le pareció que podría hacer con entera libertad. No ignoraba, desde luego, que el papa sostenía en su pleito con Italia sus derechos sobre Roma con la misma obstinación que el primer día; pero se imaginaba que eso no era sino una actitud obligada, impuesta por razones políticas y que desaparecería en cuanto llegase la hora propicia. Estaba Pierre convencido de que ese respeto que inspiraba el Papado, superior al de tiempos pasados, y esa mayor amplitud de su autoridad, ese puro resplandor de omnipotencia moral que de él emanaba, lo debía precisamente a la pérdida del poder temporal. La historia de quince siglos estaba llena de errores y de conflictos ocasionados por la posesión del pequeño reino de Roma. Constantino sale de Roma en el siglo IV, y en el Palatino desierto quedan solamente algunos funcionarios de quien nadie se



acuerda; sin esfuerzo alguno se apodera el papa del poder y la vida de la ciudad y se traslada al palacio Letrán. Pero han de pasar otros cuatro siglos para que Carlomagno reconozca los hechos realizados, haciendo donación formal al papa de los Estados de la Iglesia. Desde ese instante no cesa la guerra entre el poder espiritual y las potencias temporales, guerra a veces latente y a veces aguda, que se lleva a sangre y fuego. En el estado actual de Europa, armada hasta los dientes, no parece razonable el soñar con que el Papado reine en un retazo de tierra, expuesto por ese mismo hecho a toda clase de vejámenes, y teniendo necesidad del apoyo de un ejército extranjero. ¿Qué sería del Papado si llega la degollina que todos tememos? ¿No está mucho más seguro, más elevado y más digno, libre de toda preocupación terrenal, reinando sobre el universo de las almas? El Papado, que en los primeros tiempos de la Iglesia era local, puramente romano, se fue luego haciendo internacional, y ha llegado en nuestros tiempos a constituir la más universal de las asambleas, porque en ellas tienen asiento miembros de todas las naciones. ¿No está a la vista que el papa, apoyado en los cardenales, se ha convertido en la más grande de las autoridades internacionales, y que su poder ha aumentado desde que se ha desembarazado de los intereses monárquicos, desde que habla en nombre de la humanidad, sobreponiéndose hasta a la misma idea de patria? Ahí es donde se encierra la solución que se ha venido buscando a fuerza de guerras: dar la realeza temporal de todo el mundo al papa, o dejarle únicamente la potestad espiritual. Representante de Dios, soberano absoluto e infalible por delegación divina, no puede hacer otra cosa que permanecer encerrado en el santuario desde el momento en que, además de señor de las almas, no lo reconocen los demás pueblos como señor único de los cuerpos, como rey de reyes.

¿No resulta sorprendente este nuevo retoñar del Papado en los campos fertilizados por la Revolución francesa, este posible encaminarse hacia el poder? Desde hace siglos y siglos, la voluntad de dominio es la que mantiene en pie al Papado. Está ya solo, frente al pueblo; los reyes han sido derribados, ¿por qué no se han de entregar a él los pueblos, ya que están libres para entregarse a quien les plazca? La degeneración que se observa en la idea de libertad permite abrigar toda clase de esperanzas. El partido liberal parece haber sido derrotado en el campo de la economía. Los trabajadores, descontentos del 89, se quejan de que se ha agravado su miseria, se agitan, buscan como desesperados el bienestar. Por otra parte, los regímenes nuevos han acrecentado el poderío internacional de la Iglesia; los católicos tienen gran número de representantes en los Parlamentos de las repúblicas y de las

monarquías constitucionales. Parece como si todo se conjurase para ayudar a esta buena suerte extraordinaria del catolicismo, que envejecía y que recobra nuevo vigor juvenil. La ciencia misma, acusada de estar en quiebra, con lo que se libra el *Syllabus* del ridículo, tiene conturbadas a las inteligencias y reabre el campo ilimitado del misterio y de lo imposible. Y no falta entonces quien exhuma una profecía hecha en otro tiempo: la del Papado reinando sobre toda la tierra el día que se pusiese a la cabeza de las democracias, después de realizar la unión de las Iglesias cismáticas de Oriente a la Iglesia católica, apostólica y romana. Con seguridad que se había llegado a la plenitud de los tiempos, desde el momento que el papa, haciendo de lado a los ricos y a los poderosos de este mundo, dejaba en su destierro a los reyes lanzados de sus tronos, y se alineaba, como Jesús, con los trabajadores sin pan y con los mendigos que vagaban por los caminos. Quedaban todavía algunos años de espantosa miseria, de confusión alarmante, de horribles peligros sociales, pero luego hablaría el pueblo, el gran mudo a quien todos habían manejado hasta entonces a capricho, y retornaría al redil, a la Iglesia unificada de Roma, para evitar la destrucción que amenazaba a las sociedades humanas.

Y Pierre daba fin a su libro con una evocación fervorosa a la nueva Roma, a la Roma espiritual, que reinaría pronto sobre los pueblos reconciliados, haciendo que fraternizasen en una nueva edad de oro. Hasta preveía Pierre el fin de todas las supersticiones, y, sin darse cuenta, sin atacar directamente a ningún dogma, exponía sus ensueños de amplificación del sentimiento religioso, que se libertaría del rito para entregarse por entero a la satisfacción única de la caridad humana; como todavía no había cicatrizado la herida de su viaje a Lourdes, no había podido resistir al impulso de dar una satisfacción a su corazón. Aquella grosera superstición de Lourdes constituía sin duda el síntoma abominable de una época en que el sufrimiento resultaba intolerable. El día que se conociese y practicase por todos el Evangelio no emprenderían los que sufren un viaje tan largo, realizado en condiciones de tragedia, para ir a buscar un alivio ilusorio; entonces tendrían la seguridad de encontrar ayuda, consuelo y curación en sus mismas casas, entre sus propios hermanos. Tenía lugar en Lourdes un inicuo transvase de fortuna, era aquel un espectáculo horrendo que hacía dudar de Dios, era la piedra de escándalo que desaparecería de la sociedad verdaderamente cristiana del porvenir. Todo el libro desembocaba en aquella sociedad, en la comunidad de cristianos, en el ansia ardiente de su próximo advenimiento. ¡El cristianismo, que había de volver a ser la religión de justicia y de verdad que había en otros tiempos, antes de dejarse conquistar por los ricos y los poderosos! ¡Reinarían los

humildes y los desvalidos, se repartirían los bienes de este mundo, sometidos únicamente a la ley igualitaria del trabajo! ¡Y el papa se alzaría sobre la federación de los pueblos, soberano de paz, sin otra misión que la de ser la regla moral, el lazo de caridad y de amor que une a todos los seres! ¿No equivalía eso a la inminente realización de las promesas de Cristo? Iban a cumplirse los tiempos, y la sociedad civil se adaptaría tan perfectamente a la sociedad religiosa, que ya no serían ambas sino una sola. Sería la era de triunfos y de felicidades que habían predicho todos los profetas, ya no habría luchas, cesaría el antagonismo entre el cuerpo y el alma, se establecería un admirable equilibrio, que acabaría con todos los males, estableciendo en la tierra el reino de Dios. ¡La nueva Roma, centro del mundo, de la que saldría para el mundo la nueva religión!

Pierre sintió que le subían las lágrimas a los ojos, y extendió los brazos, con gesto inconsciente, sin caer en la cuenta del asombro de los ingleses enjutos y de los obesos alemanes que desfilaban por la terraza. Y los tendió hacia la Roma real que se extendía a sus pies, bañada en los rayos de un sol magnífico. ¿Se prestaría ella a sus ensueños? ¿Encontraría en ella, como había soñado, el remedio para nuestras impaciencias y para nuestras inquietudes? ¿Era posible que se renovase el catolicismo, que retornase al espíritu del cristianismo primitivo, que se convirtiese en la religión de la democracia, en la fe que espera, para apaciguarse y poder vivir, el mundo moderno trastornado y en peligro mortal? Se sentía Pierre lleno de un ardor generoso, lleno de fe. Se representaba al bueno del abate Rose llorando de emoción al leer su libro; oía las palabras del vizconde Philibert de la Choue, que le aseguraba que un libro como aquel equivalía a un ejército poderoso; hacía hincapié sobre todo en el juicio aprobatorio del cardenal Bergerot, de ese apóstol de caridad inagotable. ¿A qué se debía que la Congregación del Index amenazase con prohibir su libro? Ésta era la pregunta que se hacía Pierre en los últimos quince días, desde que le advirtieron oficiosamente que se presentase en Roma si quería defenderse. Pierre no adivinaba cuáles podían ser las páginas a que se refería la condenación. En todas ellas le parecía advertir la llama del cristianismo más puro. Por eso llegaba ahora vibrante de entusiasmo y de energía, sentía prisa de verse postrado ante el santo padre, de colocarse bajo su augusta protección, para asegurarle que ni una sola línea de su libro había sido escrita sin buscar inspiración en el espíritu suyo, sin más voluntad que la de hacer triunfar su política. ¿Era posible que se condenase un libro en el que Pierre, con entera sinceridad, creía haber exaltado a León XIII, colaborando con él en su obra de unificación cristiana y de paz universal?

Pierre permaneció todavía un instante apoyado contra el pretil. Llevaba allí casi una hora, sin llegar a saciar su vista con la grandeza de Roma. Hubiera querido poseerla en el acto, con todos los secretos que ella le ocultaba. ¡Qué no daría él por abrazarla, por conocer, por saber en ese mismo instante la palabra de verdad que buscaba en ella! Iba a vivir otra experiencia, después de la de Lourdes, más trascendental y más decisiva. Tenía la certidumbre de que saldría de la aventura fortalecido para siempre o fulminado para siempre. No buscaba ya Pierre la fe ingenua y total del niño, sino la fe superior e intelectual, la que sabía elevarse por encima de los ritos y de los simbolismos, para trabajar por la realización de todo el bienestar posible de la humanidad, partiendo de la necesidad que ésta tiene de certidumbre. Sentía en sus sienes los latidos del corazón: ¿qué le contestaría Roma? El sol había ido haciéndose cada vez mayor; sobre los horizontes en llamas se destacaban los barrios altos con líneas más vigorosas. A lo lejos, las colinas se recubrían de oro, se teñían de púrpura, mientras que las fachadas más próximas se delineaban con toda claridad, con sus millares de ventanas siluetadas con nitidez. Pero todavía flotaban algunas neblinas matinales, y parecía como si ascendiesen de las calles bajas cendales transparentes, que llegaban a las cimas, las envolvían y se evaporaban luego en el firmamento ardiente, de un azul infinito. Creyó, por un momento, que había desaparecido el Palatino; apenas si distinguía la oscura franja de cipreses, como si se hubiese escondido en el polvo mismo de sus ruinas. El Quirinal había desaparecido por completo, el palacio real parecía haberse parapetado detrás de la niebla, tan pobre era el aspecto de su fachada achatada y desnuda, tan esfumado se veía a lo lejos, que ya no le distinguía; por el contrario, a su izquierda, por encima de las copas de los árboles, la cúpula de San Pedro se había hecho todavía mayor, envuelta en el oro límpido y puro del sol, abarcando todo el firmamento, dominando a la ciudad entera.

¡Cuántas limitadas esperanzas despertaban en él su primer encuentro con Roma, aquella Roma del amanecer, en la que, abrasado por la fiebre del primer momento, no había visto siquiera los barrios nuevos, en aquella Roma que se le antojaba palpitante de vida, igual a la de sus ensueños! Y al contemplar en ese hermoso día, de pie, envuelto en su delgada sotana negra, le parecía que brotaba de todos los tejados un grito de redención, que de aquella tierra sagrada, dos veces soberana del mundo, surgía una promesa de paz universal. Era la tercera Roma, la Roma nueva, que enviaría su ternura paternal por encima de las fronteras a todos los pueblos, para reunirlos, después de consolarlos, en un común abrazo. La veía, la sentía

completamente rejuvenecida, con la dulzura de la infancia, cubierta por un cielo purísimo, como visión fugitiva en la frescura del amanecer, en la inocencia fervorosa de sus ensueños.

Pierre se apartó por fin del sublime espectáculo. El cochero y el caballo, cabizbajos, a pleno sol, no se habían movido de su sitio. La maleta, caldeada por el astro que calentaba de firme, ardía encima del asiento. Pierre subió de nuevo al coche, y volvió a dar la dirección:

—Via Giulia, palazzo Boccanera.

## II

**L**a via Giulia, dibuja una línea recta de cerca de quinientos metros desde el palacio Farnese hasta la iglesia de San Juan de los Florentinos, a esas horas se encontraba bañada por la claridad solar, que se extendía como una alfombra de un extremo a otro, blanqueando los adoquines cuadrados de su pavimento sin aceras; el coche volvió a cruzarla casi en toda su longitud, entre los viejos edificios grises, que parecían adormilados y vacíos, con sus anchas ventanas enrejadas, con sus pórticos profundos, por los que se entreveían patios sombríos que daban la impresión de pozos. Esta calle, que había sido trazada por el papa Julio II, que soñaba con verla bordeada de magníficos palacios, era la más regular y bella de toda Roma en su época, y durante el siglo XVII había servido de corso. Aquel barrio hermoso y antiguo, sumido en el silencio y en la soledad del abandono, transpiraba una especie de suavidad y discreción clericales. Y las viejas fachadas se sucedían unas a otras, con sus persianas cerradas, aquí y allá una reja en que habían florecido las plantas trepadoras, los gatos sentados en la puerta de la calle, y las tiendas oscuras, instaladas donde antes estaban las dependencias, con humildes comercios soñolientos; los transeúntes eran escasos: burguesas activas y atareadas, desvalidas mujeres que llevaban a rastras a sus hijos, un carro cargado de heno y tirado por una mula, un fraile imponente, envuelto en su sayal pardo, un ciclista que se deslizaba silencioso, y cuya máquina centelleaba con los rayos del sol.

El cochero se volvió en su asiento, señaló un gran edificio cuadrado en la esquina de una callejuela que bajaba en cuesta hacia el Tíber:

—Palazzo Boccanera.

Pierre levantó la cabeza. Aquel edificio severo, ennegrecido por el tiempo, de una arquitectura completamente lisa y maciza, le produjo una ligera opresión. Fue construido hacia el año 1540 por Antonio da Sangallo, al igual que el palacio Farnese y el palacio Sacchetti, próximos a él, y, siguiendo la tradición, el arquitecto se sirvió para construirlo, como había hecho con el palacio Farnese, de piedra robada en el Coliseo y en el Teatro de Marcelo. La

fachada que daba a la calle, muy espaciosa y cuadrada, tenía siete ventanas y constaba de tres pisos, el primero de los cuales era muy alto y noble. Las altas ventanas del entresuelo, cerradas con enormes rejas salientes, por temor sin duda a que le pusiesen cerco, mostraban por toda decoración las grandes ménsulas de su base y los áticos que les servían de corona, y que, a su vez, se apoyaban en ménsulas más pequeñas. Sobre la puerta monumental que servía de entrada, y que estaba formada por dos hojas de bronce, debajo de la ventana central, se exhibía soberanamente el balcón. Y como remate superior de la fachada, un entablamento suntuoso, cuyo friso ostentaba una gracia y una pureza admirables en sus adornos. Tanto el friso como las ménsulas y los áticos de las ventanas y las jambas de la puerta eran de mármol blanco, pero éste se encontraba tan deslucido, que se confundía con la piedra por su falta de pulimento y su color amarillo. A derecha e izquierda de la puerta se veían dos bancos antiguos, también de mármol, sostenidos por grifos; y embutida en la pared, en una de las esquinas, una fuente admirable renacentista, hoy seca ya, formada por un Amor cabalgando sobre un delfín, pero tan gastado por el tiempo, que sólo a duras penas se distinguían sus rasgos.

Las miradas de Pierre se dirigieron hacia un escudo de armas esculpido sobre una de las ventanas del piso bajo: era el escudo de armas de la familia Boccanera, un dragón alado que lanzaba llamas por la boca. Pierre pudo leer claramente la divisa, que permanecía intacta: *Bocca nera, Alma rossa*, boca negra, alma roja. Encima de otra ventana, y formando juego con el escudo, había una de las capillitas, que abundan todavía en Roma: la Santa Virgen vestida de satén con una lámpara ardiendo delante de ella en pleno día.

El cochero, como de costumbre, iba a meterse en el pórtico, ancho y sombrío; pero el joven sacerdote, dominado por una súbita timidez, le detuvo.

—No, no entre usted. No hace falta.

Bajó del coche, pagó al cochero y se metió, cargado con su maleta, por la galería, y llegó al patio central sin encontrar alma viviente.

Era un patio cuadrado, espacioso, rodeado de un pórtico, al modo de los claustros. Bajo los arcos melancólicos, adosados a la pared, se veían restos de estatuas, mármoles procedentes de excavaciones, un Apolo sin brazos, una Venus de la que sólo quedaba el tronco; entre los guijarros que servían de pavimento, como un mosaico blanco y negro, crecían malas hierbas. Daba la impresión de que el sol no llegaba nunca hasta el pavimento, enmohecido por la humedad. Allí reinaba la oscuridad, el silencio, con una grandeza de muerte y una tristeza infinita.

Sorprendido Pierre por la soledad del palacio mudo, miraba por todas partes, queriendo dar con alguien, con el portero, con una persona de la servidumbre; le pareció haber visto cruzar una sombra, y se decidió a salvar otra galería que desembocaba en un pequeño jardín que daba al Tíber. La fachada de aquel lado, desnuda, sin adornos, presentaba solamente las tres hileras de sus ventanas simétricas. Pero a la vista del jardín, completamente abandonado, sintió una opresión todavía mayor. Grandes boj es amargos habían crecido en el centro, en el interior de un estanque terraplenado. Entre los hierbajos que crecían por todas partes, los naranjos de fruto dorado señalaban el trazado de las primitivas avenidas que habían bordeado. Adosado a la muralla del lado derecho, entre dos laureles enormes, había un sarcófago del siglo II, con dos faunos, que violaban a las mujeres en una bacanal desenfundada, una de tantas escenas de amor frenético con las que la Roma de la decadencia solía adornar las tumbas; aquel sarcófago de mármol, resquebrajado, verdoso, hacía las veces de pilón, y recibía el hilillo de agua que caía desde un gran mascarón trágico, pegado al muro. Antiguamente, del lado del Tíber, se extendía una especie de galería de pórticos, formando terraza, desde la que se bajaba al río por una escalera doble. Pero los trabajos que se hacían en los muelles iban levantando el nivel de la ribera, y la terraza resultaba ya más baja que el nuevo suelo, lleno de escombros y de piedras de sillería abandonadas aquí y allá, entre un caos lamentable de capas de tierra gredosa, que tenía revuelto todo el barrio.

Esta vez tuvo Pierre la certeza de que había distinguido la silueta de unas faldas. Volvió al patio, y se encontró frente a una mujer que debía frisar en los cincuenta, pero que no tenía una sola hebra blanca, de aspecto alegre, muy vivaracha, más bien baja de estatura. Sin embargo, su cara redonda, de ojos claros y pequeños, había dibujado un gesto, que parecía de desconfianza, al ver al sacerdote.

Pero Pierre se dio a conocer inmediatamente, recurriendo a las pocas palabras de incorrecto italiano que conocía.

—Señora, soy el abate Pierre Froment...

Pero la señora no le dejó continuar, y le contestó en perfecto francés, pronunciado con el acento algo craso y pegajoso de la Île-de-France:

—Sí, sí, señor abate, estoy enterada, estoy enterada... Le esperaba, he recibido ya instrucciones.

Y como Pierre se la quedó mirando boquiabierto, le dijo:

—Es que soy francesa... Llevo veinticinco años por estas tierras y todavía no he podido hacerme a su condenada jerga.



Pierre recordó entonces que el vizconde Philibert de la Choue le había hablado ya de aquella criada, Victorine Bosquet, oriunda de La Beauce, de Auneau, que había ido a Roma cuando tenía veintidós años acompañando a su señora, enferma de tuberculosis, que había muerto repentinamente, dejando a Victoria desamparada, como si se encontrase en medio de un país de salvajes. De ahí que se entregase en cuerpo y alma a la condesa Ernesta Brandini, de la familia Boccanera, que acababa de dar a luz, y que la había recogido de la calle para ocuparla como doncella de su hija Benedetta, con el propósito de que le facilitase el aprendizaje del francés. Los veinticinco años de permanencia en aquella casa la habían elevado hasta la categoría de ama de llaves; pero continuaba siendo la misma mujer sin instrucción, tan reacia al don de lenguas, que sólo había conseguido en todo ese tiempo chapurrear un italiano execrable, propio para las necesidades del servicio en sus relaciones con el resto de la servidumbre.

Victorine preguntó con su franca familiaridad:

—¿Cómo sigue el señor vizconde? Es un hombre de extraordinaria afabilidad, y cuando se hospeda aquí, en los viajes que hace, nos causa un gran placer... Estoy enterada de que la princesa y la condesa han recibido ayer una carta suya en la que anunciaba su llegada.

En efecto, era el vizconde Philibert de la Choue quien había arreglado todo para la estancia de Pierre en Roma. Ya no quedaba de la antigua y vigorosa raza de los Boccanera más que el cardenal Pío Boccanera, su hermana la princesa, solterona, a la que todos llamaban respetuosamente donna Serafina; su sobrina Benedetta, cuya madre, Ernesta, había fallecido después de su marido, el conde Brandini, y, finalmente, el príncipe Dario Boccanera, cuyo padre, el príncipe Onofrio Boccanera, había fallecido; la madre, perteneciente a la familia Montefiori, se había vuelto a casar. El vizconde resultaba pariente lejano de esta familia, debido a la casualidad de un matrimonio; su hermano más pequeño se había casado con una Brandini, hermana del padre de Benedetta, y con este título de tío, aceptado complacientemente, se había hospedado varias veces en el palacio de la via Giulia en vida del conde. Había tomado gran afecto a la hija de éste, especialmente después del drama íntimo de su boda equivocada, que la joven pretendía que se anulase. Desde que Benedetta se había instalado otra vez al lado de su tía Serafina y de su tío el cardenal, el vizconde solía escribirle con frecuencia, y le enviaba libros franceses. Entre los que le había enviado figuraba el de Pierre, y así se fueron enzarzando las cosas; se cruzaron cartas, y cierto día le anunció Benedetta en una suya que el libro había sido

denunciado a la Congregación del Index, aconsejando al autor que se presentase en Roma y ofreciéndole galantemente hospitalidad en el palacio. El vizconde, al que sorprendió la noticia tanto como a Pierre, no alcanzó a comprender aquello; pero consiguió que su amigo se decidiese a emprender el viaje por razones de buena política y porque ardía en deseos de que Pierre saliese triunfante, considerando su victoria como propia. Era, pues, comprensible el azoramiento de Pierre, que caía en una casa desconocida y se veía envuelto en una aventura heroica, cuyos móviles y detalles ignoraba.

Victorine exclamó de pronto:

—Pero le estoy haciendo perder el tiempo, señor abate... Voy a acompañarle hasta su habitación. ¿Dónde tiene el equipaje?

Pierre le mostró la maleta, que había dejado por fin en el suelo, y le dijo que, como creía poder despachar su asunto en quince días, se había limitado a coger una sotana y algunas mudas interiores. Victorine pareció sorprendida, y exclamó:

—¿Quince días? ¿Le parece a usted que le bastará con quince días? Bueno, bueno, eso ya lo verá usted.

Llamó a un lacayo zanquilargo, que al fin había aparecido por allí.

—Giacomo, suba esto a la habitación roja... ¿Quiere usted seguirme, señor abate?

Aquel encuentro imprevisto con una compatriota, tan despierta y bondadosa, en el patio de aquel sombrío palacio romano había reconfortado y alegrado a Pierre. Y mientras caminaban por las galerías le iba diciendo que la princesa había salido, y que la contessina, como continuaban llamando en la casa a Benedetta cariñosamente, a pesar de su casamiento, no había salido aquella mañana de sus habitaciones por encontrarse algo indispuesta. Pero, volvía a repetir, que ella ya había recibido instrucciones.

La escalera estaba en uno de los ángulos del patio, bajo el pórtico: era una escalera monumental, de escalones anchos y bajos, tan poco pronunciada, que cualquier caballo hubiera podido subir fácilmente por ella; pero sus paredes de piedra estaban tan desnudas de todo adorno, sus rellanos estaban tan vacíos y eran tan majestuosos, que parecía descender de las altas bóvedas una melancolía de muerte.

Cuando llegaron al primer piso se sonrió Victorine al fijarse en la emoción que embargaba a Pierre. El palacio daba la sensación de estar deshabitado; de sus salones cerrados no salía el más leve rumor. Victorine señaló con un simple gesto una gran puerta de roble que había a mano derecha.

—Su Eminencia ocupa aquí el ala derecha del edificio que da al patio y al río. Eso no es ni la cuarta parte del piso... Todos los salones de recepción que daban a la calle han sido cerrados. ¿Para qué cargar con el cuidado de una nave así si no servía de nada? Lo primero que se necesita para llenarla es gente.

Continuaba subiendo con paso ágil, impermeable al ambiente, sin duda porque era profundamente distinta de él. Llegados al piso segundo, siguió diciendo:

—Mire, aquí a la izquierda, están las habitaciones de donna Serafina, y a mano derecha, las de la contessina. Éste es el único rincón de la casa que parece tener calor de vida... A propósito, hoy es lunes, y la princesa recibe esta noche. Ya verá usted qué recepción.

Y luego, abriendo una puerta que daba a otra escalera muy estrecha, agregó:

—Nosotros tenemos las habitaciones en el tercero... ¿Me permite el señor abate que vaya delante?

La gran escalera de honor terminaba en el segundo piso. Victorine le explicó que al tercero se subía únicamente por aquella escalera de la servidumbre, que descendía hasta la puerta que tenía el palacio en la callejuela lateral que iba a parar al Tíber, lo que proporcionaba una gran comodidad, porque era una puerta privada.

Cuando llegaron al tercer piso siguió Victorine por un pasillo, y volvió a señalar otras puertas.

—Ésta es la habitación de don Vigilio, el secretario de Su Eminencia... Ésta es la mía... Y ésta será la de usted... El señor vizconde no quiere otra cuando viene a pasar algunos días a Roma. Dice que aquí está más libre, que puede entrar y salir cuando le place. Ya le daré también una llave de la puerta de calle... Ya verá qué vistas más soberbias.

Entraron en el cuarto, que se componía de dos piezas, un salón de bastante amplitud, tapizado de papel rojo con grandes ramajes, y un dormitorio, que lo estaba de papel gris de lino, salpicado de flores azules descoloridas. Pero el salón estaba situado en un ángulo del edificio, y daba a la callejuela y al Tíber; Victorine se dirigió inmediatamente a las dos ventanas, una de las cuales dejaba ver a lo lejos el río, mientras que la otra se abría sobre el Trastevere y el Janículo, al otro lado de la corriente, aguas abajo.

Pierre, que había seguido a Victorine, exclamó:

—¡Ah, sí, es una vista muy agradable!

Giacomo, que no se daba prisa, llegó tras ellos con la maleta. Eran las once pasadas. Viendo entonces Victorine que el sacerdote estaba fatigado, y dándose cuenta de que después de un viaje como aquél estaría desfallecido, se brindó a servirle inmediatamente el almuerzo. Como no tendría ocasión de saludar a las señoras antes de la noche, en la cena, le quedaría toda la tarde para descansar o para salir a la calle. Pierre protestó, diciendo que saldría, que él no era capaz de perder así toda una tarde; pero aceptó el almuerzo, porque, efectivamente, estaba muerto de hambre.

Sin embargo, Pierre tuvo que aguardar media hora larga. Giacomo, que servía bajo la inspección de Victorine, era un hombre cachazudo. Victorine, que desconfiaba de él, no se apartó del viajero hasta que comprobó que no le faltaba nada.

—¡Qué gentes éstas, señor abate, y qué país! No se puede imaginar usted cómo son. Aunque viviese yo cien años entre ellos no podría acostumbrarme... ¡Pero es tan hermosa y tan buena la contessina!

Y Pierre se quedó atónito cuando Victorine, al mismo tiempo que le ponía en la mesa una fuente de higos, llegó a decir que una ciudad en la que no había más que curas no podía andar bien. Victorine le azoraba de nuevo, incrédula, tan activa y tan alegre.

—¿De modo que usted no es religiosa?

—No lo soy, señor abate. A mí que no me den curas. En Francia, siendo yo pequeña, ya tuve ocasión de conocer a uno. Aquí, andando el tiempo, he visto y conocido demasiados... Esto no lo digo por Su Eminencia, que es un santo varón digno de todos los respetos... Saben, además, en esta casa que yo soy una mujer seria: nunca he cometido una tontería. ¿Por qué se iban a meter conmigo en esta casa, si saben el cariño que tengo a mis señores y que cumplo escrupulosamente con mis obligaciones?

Y se echó a reír con una risa franca.

—Quiero decirle la verdad. Al informarme de que íbamos a tener por huésped a un cura, como si no tuviésemos ya bastantes, anduve refunfuñando de lo lindo... Pero usted me da la impresión de ser un joven sincero, y creo que nos llevaremos admirablemente... No sé por qué me dejo ir de esta manera de la lengua. Tal vez sea porque viene de Francia, o tal vez porque la contessina se interesa tanto por usted... Bueno, usted me perdonará, señor abate, ¿no es así? Y hágame caso: descanse hoy, no cometa la tontería de echarse a recorrer la ciudad de estas gentes, porque yo no he visto por ningún lado esas maravillas que cuentan.

Al verse solo, se sintió Pierre aplanado bruscamente por efecto de la fatiga que había ido acumulando durante el viaje, y que se había intensificado a lo largo de una mañana de entusiasmo febril. Se encontraba mareado y atontado por el almuerzo no previsto, de dos huevos y una chuleta; se tumbó en la cama sin desnudarse, con propósito de descansar una media hora. Tardó en dormirse, pensando en los Boccanera, cuya historia conocía en parte, y cuya vida íntima le hacía pensar, abultada por las sorpresas del primer momento, por el paseo a través del palacio solitario y silencioso, de una grandeza descalabrada y melancólica. Pero sus pensamientos fueron enturbiándose y cayó dormido, rodeado de una multitud de sombras, trágicas unas, gratas las otras, de rostros borrosos que clavaban en él sus ojos enigmáticos, girando en remolino por la región de lo desconocido.

La familia Boccanera contaba entre sus miembros con dos papas: uno durante el siglo XIII y el otro en el siglo XV, y de estos dos hombres elegidos, señores todopoderosos, había recibido la familia su fortuna, inmensa en otro tiempo, grandes fincas del lado de Viterbo, varios palacios en Roma y una multitud de objetos de arte como para llenar con ellos varias galerías, y cantidades de oro como para colmar sus sótanos. Los Boccanera pasaban por ser los más piadosos de todo el patriciado romano, los de fe ardiente, los que siempre había puesto su espada al servicio de la Iglesia, los más creyentes; pero también los más violentos, los más batalladores, los que siempre estaban guerreando, tan bravíos, que se habían convertido en un proverbio, la cólera de los Boccanera. Y de ahí provenía su escudo de armas, el dragón alado que vomitaba llamas, la divisa altanera y vehemente que hacía un juego de palabras con su nombre: Bocca nera, Alma rossa, boca negra, alma roja, la boca oscurecida por un rugido, el alma llameante como una hoguera de fe y de amor. Corrían todavía acerca de ellos ciertas leyendas de pasiones arrebatadas, de actos de justicia terribles. Se refería la historia del duelo de Onfredo, el miembro de la familia Boccanera, que hacia mediados del siglo XVI había hecho levantar el palacio actual en el solar de una antigua mansión que había hecho derribar. Supo Onfredo que su esposa había consentido que el joven conde Costamagna la besase en la boca, y le hizo raptar cierta noche, ordenando que le llevaran a su casa atado de pies y manos; cuando estuvo allí le obligó a confesarse con un fraile. Luego cortó las ligaduras con un puñal, derribó las lámparas, y gritó al conde que guardase el puñal y que se defendiese. Durante casi una hora, en la oscuridad más completa, encerrados en aquella sala llena de muebles, se buscaron el uno al otro los dos hombres, se esquivaron, se abrazaron mientras procuraban apuñalarse mutuamente.

Cuando se consiguió echar abajo las puertas se les encontró entre charcos de sangre, entre mesas derribadas y sillas rotas; Costamagna había perdido la nariz, tenía los muslos hechos tiras por treinta y dos heridas, y Onfredo, por su parte, había perdido dos dedos de la mano derecha y tenía los hombros que parecían una criba. Pero se dio el caso, que parecía un milagro, de que no murieron ninguno de los dos. Cien años antes, en aquella misma orilla del Tíber, una mujer de la familia Boccanera, una niña que apenas había cumplido dieciséis años, la hermosa y apasionada Cassia, dejó a toda Roma atónita de espanto y admiración. Estaba enamorada de Flavio Corradini, hijo de una familia rival y odiada; su padre, el príncipe Boccanera, se había negado con rudeza a consentir el casamiento, y su hermano mayor, Ercole, tenía hecho el juramento de matar a Flavio si le sorprendía alguna vez con su hermana. El joven iba en una barca a verla; Cassia se juntaba con él bajando por la escalerilla de la terraza que daba al río. Ercole, que los espiaba, saltó una noche a la barca y clavó a Flavio un cuchillo en mitad del corazón. Lo que luego pasó logró aclararse más tarde: Cassia, al ver lo sucedido, loca y rugiendo desesperada, resuelta a hacer justicia y a no sobrevivir a su amor, se arrojó sobre su hermano, agarrotó en un abrazo irresistible al asesino y a la víctima e hizo que zozobrase la lancha. Cuando se encontró los cadáveres, Cassia continuaba estrechando a los dos hombres, y aplastaba entre sus brazos desnudos, que conservaban su nivea blancura, las caras de los dos, una contra otra.

Pero aquellas épocas habían quedado atrás. En la actualidad parecía que la violencia de la sangre se había apaciguado en los Boccanera, subsistiendo únicamente la fe. También se había ido deshaciendo su gran fortuna, en medio de la decadencia lenta que viene condenando a la ruina desde hace ya un siglo al patriciado romano. Tuvieron necesidad de vender las tierras, el palacio se fue quedando vacío y cayó paulatinamente en el tren de vida mediocre y aburguesado de los nuevos tiempos. Pero los Boccanera, por lo menos, se negaban obstinadamente a toda alianza matrimonial con gentes extrañas, orgullosos de la pureza de su sangre romana. La pobreza no significaba nada, aquello satisfacía su orgullo inmenso, llevaban una vida apartada, sin dejar escapar una queja, envueltos en el silencio y en la oscuridad en que se extinguía su raza. El príncipe Ascanio, que había muerto el año 1848, había tenido de su esposa, perteneciente a la familia Corvisieri, cuatro hijos: Pío, el cardenal; Serafina, que no había querido casarse para seguir al lado de su hermano, y Ernesta, que no había tenido más que una hija. No quedaba, pues, más que un solo heredero del nombre: el hijo de Onofrio,

el joven príncipe Dario, que tenía actualmente treinta años. Si él moría sin dejar sucesión tenían que desaparecer aquellos Boccanera, tan enérgicos, que habían llenado la historia con sus hazañas.

Dario y su prima Benedetta se habían querido desde la infancia con una pasión sonriente, profunda y espontánea. Habían nacido el uno para el otro, imaginábanse que su venida a este mundo no podía tener más finalidad que la de que fuesen marido y mujer, así que llegasen a la edad de contraer matrimonio. Cuando el príncipe Onofrio, hombre que gozaba en Roma de gran popularidad por su carácter simpático y que gastaba a capricho su pequeña fortuna, andaba por los cuarenta años, se decidió a contraer matrimonio con la hija de la Montefiori, la marquesita Flavia, cuya espléndida belleza de Juno doncella le había hecho enloquecer. Entonces se fue a vivir a la villa Montefiori, que era la única riqueza, la única posesión que tenían estas damas, y que estaba situada hacia Santa Inés Extramuros: un extenso jardín, un verdadero parque, plantado de árboles centenarios, en medio de los cuales se alzaba la villa, pobre edificio del siglo xvii, que se caía a pedazos. Se hablaba bastante mal de ellas; la madre había venido a menos desde que se había quedado viuda, la hija era demasiado hermosa, con unas maneras excesivas de conquistadora. Por eso, Serafina, mujer muy rígida, y el hermano mayor, Pío, que entonces era solamente camarero secreto participante del Santo Padre, canónigo de la Basílica vaticana, desautorizaron formalmente un matrimonio como aquél. La única que mantuvo relaciones con su hermano, al que adoraba por su simpatía y agrado, fue Ernesta; de ahí que, andando el tiempo, consistiese su mejor distracción en ir de cuando en cuando con su hija Benedetta a pasar el día en la villa Montefiori. ¡Qué días más agradables fueron para Benedetta y para Dario, de diez y quince años, respectivamente; qué días llenos de ternura fraternal, corriendo por el jardín tan espacioso, casi abandonado, con sus pinos, sus bojés gigantescos, sus macizos de verdes robles, entre los que se perdían como en un bosque virgen!

El pobre corazón de Ernesta había tenido una vida de ardor y de sufrimiento a fuerza de contenerse. Había nacido con un ansia inmensa de vivir, tenía sed de sol, de pasar su existencia a pleno día, libre y activa. Era conocida por sus grandes ojos claros, por el óvalo encantador de su rostro, todo bondad. Como todas las jóvenes de la nobleza romana, era muy ignorante; había aprendido lo poco que sabía en un convento de religiosas francesas; se había hecho mujer enclaustrada en el oscuro palacio de los Boccanera; no conocía del mundo sino lo que veía durante el paseo que daba todos los días en coche, acompañada de su madre, por el Corso y por el

Pincio. Cuando llegó a los veinticinco años, cansada ya y abatida, contrajo matrimonio, según era costumbre, casándose con el conde Brandini, último vástago de una familia muy noble, muy numerosa y pobre. Por eso tuvo que ir a vivir en el palacio de la via Giulia, en el que se acondicionó un ala entera del segundo piso para que pudiese instalarse el joven matrimonio. Y todo siguió igual. Ernesta siguió viviendo en medio de aquella sombra fría, en aquel pasado muerto, que sentía pesar sobre su alma como la losa de un sepulcro. Por lo demás, tanto él como ella formaban una pareja muy honorable. El conde Brandini ganó pronto fama de ser el caballero más tonto y más altanero de todo Roma. Era de los que toman la religión al pie de la letra, formalista e intolerante, y le llegó el día del triunfo, porque consiguió ser nombrado gran escudero de Su Santidad, al cabo de incontables intrigas y de sordas maniobras, que duraron diez años. Desde ese momento pareció que entraba en el matrimonio, al mismo tiempo que el cargo, toda la tétrica majestad del Vaticano. Todavía resultó soportable aquella vida para Ernesta durante el Papado de Pío IX, hasta el año 1870: no se privaba de abrir las ventanas que daban a la calle, recibía abiertamente la visita de algunas amigas y aceptaba invitaciones para acudir a algunas fiestas. Pero el palacio de la via Giulia quedó convertido en un sepulcro el día en que Roma fue conquistada por los italianos, y el papa se declaró en situación de prisionero. Se cerró, se echaron los cerrojos y se clavaron los batientes de la puerta principal como señal de duelo; durante doce años entró y salió todo el mundo por la escalera pequeña que daba a la puerta de la callejuela. Quedó prohibido también que se abriesen las persianas de la fachada. Era el enfado, la protesta del mundo ensotonado; el palacio quedaba sumido en una inmovilidad de muerte; era la reclusión total, la renuncia a toda recepción; apenas si los lunes se deslizaban por la estrecha puerta entreabierta unas pocas sombras: los familiares de donna Serafina. Y desde ese momento, durante doce años lúgubres, la joven esposa lloró todas las noches, como pobre criatura que agoniza oculta en su desesperación de verse enterrada viva.

Ernesta tenía ya bastantes años cuando dio a luz a su hija Benedetta; había cumplido los treinta y tres. Al principio la niña le sirvió de distracción, pero luego volvió a caer en el engranaje aplastador de su existencia, y se vio obligada a mandar a su hija al Sacro Cuore della Trinità dei Monti, colegio de religiosas francesas con las que se había educado ella también. Cuando Benedetta salió de allí era ya una señorita de diecinueve años, que hablaba francés, conocía la ortografía, un poco de aritmética, el catecismo y algunas páginas confusas de historia. Y las dos mujeres prosiguieron viviendo de la



misma manera, una vida que trascendía a gineceo oriental; jamás salían con el marido y padre; pasaban los días reclusos en aquellas habitaciones cerradas, y por toda alegría disponían diariamente del obligado paseo al Corso y al Pincio. En las relaciones dentro de la familia imperaba la obediencia más absoluta; las dos mujeres tenían que plegarse, sin rebeldía posible, a la voluntad del conde, que conservaba toda la autoridad y la potestad de la jerarquía familiar; y también tenían que obedecer, además del conde, a donna Serafina y al cardenal, defensores severos de las viejas costumbres. El cargo de gran escudero daba al conde muy poco trabajo desde que el papa dejó de salir fuera del Vaticano, porque las cuadras fueron reducidas de una manera considerable; pero, a pesar de todo, acudía puntualmente al Vaticano, aunque sus funciones habían quedado reducidas a simple formulismo, dando en todo instante muestras de un celo lleno de devoción, como si con ello quisiese mantener una protesta constante contra la monarquía usurpadora que se había instalado en el Quirinal. Acababa Benedetta de cumplir los veinte años. Su padre, al regresar cierta noche de una ceremonia que había tenido lugar en San Pedro, llegó a su casa tosiendo y acometido de temblores. Murió ocho días después a consecuencia de una pulmonía. Y las dos mujeres experimentaron una sensación de libertad, y su luto, sin ellas confesárselo, les pareció una salida del cautiverio.

Ernesta sólo tuvo desde ese instante un pensamiento: salvar a su hija del horrendo emparedamiento, de aquella sepultura. Ella había vivido en un insoportable hastío, pero ya era tarde para cambiar de vida. Lo que estaba resuelta a evitar era que Benedetta tuviese que vivir a su vez aquella vida contra natura, recluida voluntariamente en una tumba. Es de notar que en algunas familias patricias surgían rebeldías por el estilo, y empezaban a marcar una aproximación al Quirinal después del enfado de los primeros tiempos. ¿Por qué habían de empeñarse en la misma disputa que sus padres los hijos, ávidos de acción, de libertad y de aire libre? Y aunque el mundo blanco y el mundo negro no hubiesen llegado a fusionarse, se dibujaban ya matices de transición, se realizaban imprevistos cruzamientos. A Ernesta le tenía sin cuidado la cuestión política; es más: para ella no existía; lo que ella ansiaba ardientemente era que su raza saliese al fin de aquel odioso sepulcro, de aquel palacio Boccanera, sombrío, mudo, en el que sus alegrías de mujer se habían ido congelando y muriendo paulatinamente. Era demasiado lo que ella había sufrido en sus sentimientos de joven, de enamorada y de esposa, dominándola un sentimiento de ira, pensando en su vida fallida, malbaratada en una imbécil resignación. Por aquella época tuvo que elegir nuevo confesor,

y esto influyó aún más en su resolución. Ernesta seguía siendo muy religiosa, cumplidora de todas las prácticas piadosas, dócil a los consejos de su director. Para gozar de una libertad más completa abandonó al padre jesuita, confesor elegido por su mismo marido, y tomó por director al abate Pisoni, cura de una pequeña iglesia que había allí cerca, Santa Brígida, en la piazza Farnese. Era éste un hombre de cincuenta años, muy afectuoso y benigno, de sentimientos caritativos poco comunes en la región romana; la arqueología, el amor a las piedras antiguas, le habían convertido en un patriota entusiasta. Se decía que, a pesar de su insignificancia, había sido en más de una ocasión el intermediario entre el Vaticano y el Quirinal en varios asuntos delicados; desde que llegó a ser el confesor de Benedetta se complacía en hablar a la madre y a la hija de la grandeza de la unidad italiana, del dominio triunfal que ejercería Italia el día en que el papa y el rey llegasen a un acuerdo.

Benedetta y Dario se querían como el primer día, sin prisas, con el amor fuerte y tranquilo de los enamorados que están seguros de estar destinados el uno para el otro. Pero entonces ocurrió que Ernesta se metió violentamente entre ellos, oponiéndose con obstinación a su matrimonio. ¡No, Dario, no! ¡No podía ser! Era primo, el último del apellido Boccanera, y encerraría también él a su hija en el oscuro sepulcro del palacio de los Boccanera. Era la prolongación del enterramiento, la agravación de la ruina, la misma orgullosa miseria, el eterno enfurruñamiento que deprime y atonta. Ella conocía perfectamente al muchacho, sabía que era egoísta y débil de carácter, que era incapaz de pensar y de actuar, que su destino era el de enterrar a su raza con la sonrisa en los labios, dejando que cayesen sobre su cabeza las últimas piedras de la casa sin hacer esfuerzo alguno para fundar una familia nueva; y lo que Ernesta quería era intentar otra fortuna distinta, que su hija se renovase, se enriqueciese, expansionase su vida entre la de los vencedores y poderosos del porvenir. Y desde ese momento se obstinó la madre en hacer feliz a su hija, aun a pesar suyo, y le contó todo lo que ella había llorado, y le suplicó que no repitiese su lamentable experiencia. Sin embargo, la madre habría fracasado en sus propósitos, estrellándose contra la voluntad apacible de la joven, que se había entregado para toda la vida, si ciertas coincidencias especiales no la hubiesen puesto en contacto con el yerno de sus sueños. En villa Montefiori precisamente, donde Benedetta y Dario se habían hecho novios, conoció Ernesta al conde Prada, hijo de Orlando, uno de los héroes de la unidad italiana. Llegó con su padre desde Milán cuando tuvo lugar la ocupación, y entró en el Ministerio de Hacienda como simple empleado, mientras su valeroso padre, que fue nombrado senador, vivía muy

modestamente de una corta renta, último resto de la fortuna que había derrochado en servicio a la patria. Pero la magnífica locura guerrera del antiguo compañero de Garibaldi se había trocado en el hijo en terrible apetito de botín el día después de la victoria, y llegó a ser uno de los verdaderos conquistadores de Roma, uno de los hombres de presa que se dividían en pedazos la ciudad y la devoraban. Metido en grandes especulaciones de terrenos, y ser, a lo que se decía, rico ya, acababa de asociarse con el príncipe Onofrio; le había vuelto los sesos, inspirándole la idea de vender el extenso parque de la villa Montefiori para construir en él un barrio entero de casas nuevas. Afirmaban otros que Prada era ya el amante de la princesa Flavia, que era todavía una espléndida mujer, aunque le llevaba nueve años. En efecto, había en Prada una violencia de apetito, un ansia de rapiña en la conquista, que le hacía despojarse de todo escrúpulo en presencia de la propiedad o de la mujer de los demás. Desde su primera entrevista, quiso que Benedetta fuese suya. Pero a ésta no había que pensar en tenerla como querida; era preciso casarse con ella; no titubeó ni un momento, rompiendo en el acto sus relaciones con Flavia, acicateado bruscamente por el hambre de aquella virginidad pura, de aquella sangre patricia antigua que circulaba por un cuerpo tan adorablemente juvenil. Cuando cayó en la cuenta de que la madre, Ernesta, se había puesto de su parte, pidió la mano de la hija, seguro de triunfar. El hecho causó una gran sorpresa, porque le llevaba Prada quince años a Benedetta; pero era conde, su apellido era ya histórico, amontonaba millones, estaba bien visto en el Quirinal y tenía de su parte todas las ventajas: Roma entera se apasionó por aquella boda.

Benedetta no llegó a explicarse nunca, andando el tiempo, cómo acabó por dar su consentimiento. Desde luego que, seis meses antes o seis meses más tarde, hubiera sido imposible el matrimonio, debido al horrendo escándalo que produjo en todo el mundo negro. ¡Una Boccanera, la última de la antiquísima familia papal, entregada a un Prada, a uno de los expoliadores de la Iglesia! Fue preciso que proyecto tan disparatado surgiese en un momento especialísimo y pasajero, cuando se realizaba un esfuerzo supremo para llevar a cabo un acercamiento entre el Vaticano y el Quirinal. Corrían voces de que al fin triunfaría la inteligencia, que el rey estaba dispuesto a reconocer al papa la propiedad soberana de la ciudad Leonina y de una estrecha franja de territorio que iba de Roma al mar. Desde ese instante se convertía la boda de Benedetta y de Prada en una especie de símbolo de la unión y de la reconciliación nacionales. Aquella hermosa joven, el lirio puro del mundo negro, venía a ser el holocausto a que se mostraba dispuesto, la

prenda que entregaba al mundo blanco. No se habló de otra cosa durante quince días; la gente discutía, se enternecía, esperaba. Pero la joven no comprendía esa clase de argumentos; escuchaba solamente la voz de su corazón, y no podía disponer de él, porque ya lo había entregado a otra persona. Tenía que soportar, desde la mañana a la noche, las súplicas de su madre, que le instaba a que no rechazase la fortuna que se le presentaba, la vida que se le brindaba. Hacían fuerza especialmente sobre ella los consejos del confesor, el bondadoso abate Pisoni, cuyo ardor patriótico se multiplicaba en aquella ocasión. Le hacía sentir todo el peso de su fe en los destinos cristianos de Italia; daba gracias a la Providencia por haber elegido a una de sus ovejas para apresurar el acuerdo que activaría el triunfo de Dios en el mundo entero. Se puede asegurar que fue la influencia de su confesor una de las causas decisivas que la decidieron, porque era una mujer muy piadosa y tenía devoción especial a la imagen de una Madonna que había en la pequeña iglesia de Farnese, y a la que iba a rezar todos los domingos. Le produjo gran impresión un hecho que le refirió el abate Pisoni: cada vez que éste se arrodillaba frente a la Virgen para suplicarla que inspirase a su penitente la conformidad con aquella boda redentora, la llama de la lámpara que ardía delante de la imagen se volvía blanca, según decía el abate Pisoni. Así fue como actuaron las fuerzas superiores, y Benedetta accedió a los deseos de su madre. El cardenal y donna Serafina la habían combatido; pero, al surgir la cuestión religiosa, la dejaron hacer a su capricho. Benedetta había crecido en medio de una pureza y de una ignorancia absolutas, desconociéndose a sí misma, tan ajena a la vida, que el matrimonio con otro hombre distinto de Dario equivalía para ella a la ruptura de una promesa de existencia común mantenida durante mucho tiempo, sin que significase para su carne y para su corazón ninguna clase de violencia física. Lloró mucho, y acabó, cierto día de laxitud, casándose con Prada, porque ya no se sentía con fuerzas para resistir a su familia y a todo el mundo, consumándose de este modo una boda de la que toda Roma había sido cómplice.

Pero la gran sorpresa tuvo lugar el día mismo de la boda. ¿Demostró tal vez Prada, el Piamontés, el italiano del norte, hijo de conquistadores, la brutalidad propia del invasor? ¿Pretendió tratar a su mujer de la misma manera que había tratado a la ciudad, como dueño que no da espera a sus impacencias? ¿O fue, tal vez, que Benedetta se vio sorprendida por la realidad carnal y la juzgó demasiado vejatoria por parte de aquel hombre, a quien no amaba y se rebeló? Nunca lo explicó claramente. Pero se encerró en su habitación, corrió los cerrojos de la puerta y se negó obstinadamente a

consentir que su marido volviese a poner allí los pies. Prada, enloquecido por semejante resistencia, debió multiplicar durante un mes las tentativas furiosas. Aquello era un ultraje para él; su orgullo y su apetito habían quedado en carne viva; juraba que domaría a su mujer como se doma a un potro salvaje, a latigazos. Pero toda aquella furia sensual de hombre fuerte se quebraba contra la voluntad indomable que había brotado de pronto, en una sola noche, bajo la frente estrecha y encantadora de Benedetta. Habían despertado dentro de ella los Boccanera: se negaba, tranquilamente, y nada del mundo hubiera sido capaz de obligarla a querer, ni siquiera la muerte. Y aquel brusco conocimiento de lo que era el amor la empujaba otra vez hacia Dario, con la certidumbre de que era a él sólo a quien ella debía entregar su cuerpo, porque sólo a él se lo había prometido. Desde que se había realizado la boda, que aceptó resignado, como si se tratase de un fallecimiento, viajaba el joven por Francia. Benedetta no se anduvo con tapujos: le escribió que regresase y tomó de nuevo el compromiso de no pertenecer a otro hombre sino a él. Por otra parte, también fue intensificándose su religiosidad; el empeño de conservar su virginidad para el amante elegido se mezclaba, en sus prácticas piadosas, con el pensamiento de la fidelidad a Jesús. Se había despertado en ella un corazón ardiente, de mujer apasionada, dispuesta a sufrir el martirio por la fe jurada. Cuando su madre, desesperada, le suplicaba, con las manos juntas, que se resignase a cumplir con los deberes conyugales, le contestaba que ella no debía nada, puesto que al casarse lo ignoraba todo. Además, los tiempos cambiaban, el acuerdo entre el Vaticano y el Quirinal no se había llegado a realizar, y los periódicos de ambos bandos reanudaban con nueva violencia su campaña de insultos. Aquella boda triunfal, por la que todos habían trabajado, como por una prenda de paz, se derrumbaba en medio de la catástrofe y no era más que una ruina entre tantas otras.

Aquello mató a Ernesta. Se había equivocado; su existencia fallida de esposa que no había conocido alegrías, acababa en aquel supremo error que había cometido como madre. Lo peor de todo era encontrarse aislada, cargando con la responsabilidad íntegra del desastre, porque tanto el cardenal, su hermano, como donna Serafina, su hermana, la abrumaban con sus reproches. Y, como único consuelo, se encontraba con la desesperación del abate Pisoni, al que aquello había herido doblemente, por la pérdida que suponía de sus esperanzas patrióticas y por el sentimiento de haber colaborado en semejante catástrofe. Una buena mañana encontraron el cuerpo de Ernesta, frío y exangüe, en el lecho. Se dijo que había muerto de un ataque al corazón, aunque, en realidad, bastaban para explicar aquella muerte las

penas, porque Ernesta sufría de un modo horrible, pero discretamente, sin dejar escapar una queja, como había sufrido durante toda su vida. Benedetta llevaba un año ya de casada, sin querer entregarse a su marido, pero negándose a abandonar el domicilio conyugal, esperando evitar de esta manera a su madre el terrible golpe del público escándalo. Entretanto, su tía Serafina empezaba a hacer sentir su influencia sobre Benedetta, haciendo nacer en ella la esperanza de que tal vez fuese posible anular su matrimonio, a condición de que lo pidiese de rodillas al Santo Padre; y, al cabo, fue llevando el convencimiento a su ánimo, desde que Benedetta, accediendo a sus consejos, tomó por confesor al que lo era de donna Serafina, al jesuita padre Lorenza, dejando al abate Pisoni. Este padre jesuita, que apenas habría cumplido treinta y cinco años, era hombre serio y afable, de mirada serena, y estaba dotado de una gran fuerza de persuasión. Benedetta no se decidió a hacerlo hasta después de la muerte de su madre; sólo entonces volvió al palacio Boccanera, para ocupar el mismo apartamento en donde había nacido y donde acababa de fallecer su madre. E inmediatamente se inició el proceso de anulación de matrimonio por medio de una primera diligencia hecha ante el cardenal vicario, que tiene a su cargo la diócesis de Roma. Estaba en boca de todos que la condesa no se resolvió a dar este paso hasta que obtuvo una audiencia secreta del papa, quien le demostró la más viva simpatía. El conde Prada habló al principio de que iba a obligar judicialmente a su mujer a reintegrarse al domicilio conyugal. Pero luego, a instancias de su padre, el anciano Orlando, al que había afectado profundamente el suceso, se limitó a aceptar la discusión delante de las autoridades eclesiásticas, exasperado más que nada por el hecho de que la demandante alegaba que el matrimonio no había sido consumado a consecuencia de la impotencia del marido. Es éste uno de los argumentos más decisivos que acepta como válidos el Tribunal de Roma. El abogado consistorial, Morano, una de las autoridades del foro romano, pasaba pura y simplemente por alto en su alegato que la causa única de aquella impotencia era la resistencia de la esposa; y sobre este punto delicado y escabroso se entabló un debate tan enmarañado, que no parecía posible que se llegase a poner en claro la verdad. Las dos partes daban, en latín, detalles íntimos, y aducían el testimonio de amigos y de la servidumbre, que había presenciado determinadas escenas, y relataba las peripecias de un año de cohabitación. Y, para terminar, el documento más decisivo consistía en un certificado, firmado por dos comadronas que, después de haber examinado a la joven, llegaban a la conclusión de su absoluta virginidad. El cardenal vicario, actuando como obispo de Roma, había en consecuencia

pasado el proceso a la Congregación del Concilio, lo que ya significaba para Benedetta un principio de éxito. Así estaban las cosas: Benedetta esperaba que la congregación dictaminase definitivamente, con la esperanza de que la anulación religiosa sería luego un argumento decisivo para obtener el divorcio por lo Civil. La contessina había reanudado su vida de soltera en el frío apartamento en que acababa de morir su madre, Ernesta, sumisa y desesperada. La joven se mostraba muy tranquila y serena en su amor; había jurado que no entregaría su cuerpo a ningún hombre más que a Dario, y que a éste no se lo entregaría sino después de que el sacerdote los hubiese unido santamente ante Dios.

Daba la coincidencia de que también Dario habitaba, desde hacía seis meses, en el palacio Boccanera, como consecuencia del fallecimiento de su padre y de la catástrofe que le había llevado a la ruina. El príncipe Onofrio que, aconsejado por Prada, había vendido la villa Montefiori en diez millones a una compañía financiera, se había dejado envolver por la fiebre de especulación que abrasaba a Roma, en vez de limitarse prudentemente a guardarse en el bolsillo sus diez millones. Se lanzó al juego, comprando de nuevo sus propios terrenos, y acabó perdiéndolo todo, arrastrado por el crac formidable que se tragaba la fortuna de la ciudad entera. Arruinado completamente, y hasta lleno de deudas, no suspendió por eso el conde sus paseos de hombre apuesto y simpático por el Corso, hasta su muerte por accidente, sobrevenida a consecuencia de una caída del caballo. Once meses después de su fallecimiento, su viuda, la siempre hermosa Flavia, que se las había arreglado para salvar del desastre una villa de moderna construcción y cuarenta mil francos de renta, se casó con un atractivo joven, diez años menor que ella, suizo, llamado Jules Laporte, exsargento de la guardia del Padre Santo, corredor clandestino luego de un negocio de reliquias, y, finalmente, marqués de Montefiori, porque, al ganar a la mujer, se había ganado también el título, por un breve especial del papa. La princesa Boccanera había vuelto a ser la marquesa Montefiori. Entonces el cardenal Boccanera, ofendido, exigió que su sobrino Dario fuese a vivir a su lado, en un pequeño apartamento del primer piso del palacio. El orgullo del apellido sobreviviría dentro del corazón de aquel santo varón, que parecía muerto para el mundo; sentía una ternura especial hacia aquel muchacho frágil, último vástago de su raza, el único en quien podía reverdecer el viejo tronco. Tampoco se mostraba hostil a su matrimonio con Benedetta, a la que también profesaba un afecto paternal. Era tan altivo y estaba tan convencido de la religiosidad de los dos jóvenes, que al llevarlos a vivir a su lado despreciaba las habladurías abominables que

los amigos del conde Prada hacían circular en el mundo blanco desde que primo y prima vivían bajo el mismo techo. Donna Serafina protegía a Benedetta, del mismo modo que él protegía a Dario, y en el palacio espacioso, ensangrentado en otras épocas por trágicas violencias, vivían solitarios los cuatro, con sus pasiones amortiguadas ya, últimos moradores de un mundo que se derrumbaba, en el dintel de un mundo nuevo.

Cuando el abate Froment se despertó bruscamente, con la cabeza pesada, después de todas aquellas pesadillas, observó con desconsuelo que el día estaba ya cayendo. Miró rápidamente el reloj y vio que marcaba las seis. Había calculado descansar todo lo más una hora y, sin embargo, se había pasado seis durmiendo bajo el peso de una fatiga irresistible. Y aun después de despertarse, permanecía en cama, quebrantado y como vencido aun antes de haber empeñado combate. ¿A qué se debería esa postración, ese desánimo sin causa aparente, ese escalofrío de duda que había caído sobre él mientras dormía, sin saber por qué, y que había dado en tierra con sus entusiasmos de aquella mañana? ¿Tendría alguna relación con los Boccanera ese súbito desfallecimiento de su alma? En la negrura de sus sueños había entrevisto unas figuras turbias e inquietantes, y su angustia no pasaba; volvía a evocarlas ahora, poseído del malestar de lo desconocido, azorado al despertar en el interior de una habitación extraña. Ya no le parecía tan razonable lo sucedido, no se explicaba por qué había sido Benedetta quien había escrito a su tío Philibert de la Choue para encargarle que le dijese que su libro había sido denunciado a la Congregación del Index. ¿Qué interés podía ella tener en que viniese el autor a Roma para defenderse? ¿Con qué finalidad había extremado su amabilidad hasta insistir en que se hospedase en su palacio? En una palabra: su estupor provenía de verse allí, como un extraño, dentro de aquella habitación, en un palacio, cuyo silencio de tumba percibía Pierre a su alrededor. Sus miembros estaban aniquilados, tenía el cerebro como vacío, pero había recobrado bruscamente la lucidez, comprendía que se le escapaba el sentido de algunas cosas, que tras la sencillez aparente de la realidad se escondía una verdadera complicación. Pero todo fue como un relámpago; la sospecha se borró, se levantó violentamente, sacudió su inacción y echó al crepúsculo melancólico la culpa de ser la causa única de ese escalofrío y de esa desesperanza que le avergonzaba.

Entonces se puso Pierre a examinar las dos habitaciones, para salir de la inactividad. Estaban amuebladas con sencillez, casi con pobreza; sus muebles eran de caoba, no hacían juego unos con otros, y databan de principios de siglo. Ni la cama, ni las ventanas y puertas tenían colgaduras. El piso, pintado



de rojo y encerado, estaba desnudo; únicamente se veían pequeñas alfombras delante de las sillas. Esa desnudez y frialdad tan burguesas acabaron por traer a su memoria el recuerdo de la habitación en que, siendo niño, dormía, en Versalles, en casa de su abuela, que poseía allí un pequeño comercio durante el reinado de Luis Felipe. Había en la pared, entre grabados infantiles y sin valor alguno, un cuadro antiguo que le interesó. A la débil luz del crepúsculo se distinguía apenas una figura de mujer, sentada sobre un basamento de piedra en el umbral de un edificio severo; parecía que la habían echado a la calle. Los dos batientes de bronce parecían haberse cerrado para siempre, y ella permanecía en aquel sitio, envuelta en una simple tela blanca; en los macizos escalones de granito podían verse algunas prendas de vestir, tiradas al azar, con rudeza. Tenía los pies desnudos, desnudos también los brazos; escondía el rostro entre sus manos, convulsionada por el dolor; las ondas de una admirable cabellera de oro leonado la envolvían y ahogaban. ¿Qué dolor innominado, qué horrenda vergüenza, qué execrable abandono ocultaba de aquel modo aquella mujer rechazada, obstinada en su amor; aquella mujer en cuya historia se quedaba uno pensando indefinidamente, con el corazón angustiado? A pesar de su miseria y del lienzo que le caía en pliegues desde los hombros, daba la sensación de ser joven y adorablemente hermosa; sin embargo, su amor, su infortunio tal vez, acaso su pecado, quedaba en el misterio. A menos de que se tratase de un simple símbolo de todo lo que se estremece y llora, sin mostrar el rostro, ante las puertas de lo invisible, cerradas para siempre. Se quedó contemplándola durante largo rato, y llegó un instante en que se imaginó que distinguía sus rasgos, que expresaban una pena y una pureza celestiales. Pero todo eso no era más que ilusión. El cuadro había padecido gran deterioro; estaba ennegrecido, abandonado. Pierre se preguntaba quién sería el maestro desconocido que había pintado aquella tabla que le conmovía de tal manera. En el muro lateral estaba colgada una Virgen, copia mala de un lienzo del siglo XVIII; la vulgaridad de su sonrisa le produjo irritación.

El día iba cayendo cada vez más. Pierre abrió la ventana del salón y se apoyó en ella. De frente, al otro lado del Tíber, se alzaba el Janículo, el monte desde el que esa mañana había contemplado Roma. Ésta no era ya, en la turbia hora del momento, la ciudad todo juventud y ensueño, envuelta en el sol mañanero. Descendía la noche como una llovizna de ceniza gris; el panorama se difuminaba, borroso y tétrico. A lo lejos, hacia la mano izquierda, le parecía vislumbrar otra vez el Palatino, por encima de los tejados; y al fondo, a mano derecha, se alzaba siempre la cúpula de San

Pedro, color de pizarra sobre el cielo de plomo; a sus espaldas, invisible para él, también el Quirinal se hundiría en la bruma. Transcurrieron así algunos minutos y, de pronto, se emborronó todo, se dio cuenta de que Roma se esfumaba, se desvanecía en una inmensidad desconocida para él. Se apoderaron nuevamente de su ánimo la duda y la intranquilidad, y fue tal su malestar, que tuvo que retirarse de la ventana; la cerró y tomó asiento, dejando que las tinieblas le sumergiesen en una oleada de tristeza infinita. Y su ensoñar desesperado duró hasta que se abrió la puerta suavemente y los destellos de una lámpara alegraron la habitación.

Era Victorine, que entraba con precaución, llevando la luz.

—¿Se ha levantado usted ya, señor abate? Vine a eso de las cuatro, y no he querido despertarle. Ha hecho muy bien en dormir hasta quedar satisfecho.

Y como Pierre se quejase de que estaba aterido y sentía escalofríos, Victorine se alarmó.

—No vaya usted a coger esas antipáticas fiebres. Sepa que los alrededores de este río no tienen nada de saludables. Don Vigilio, el secretario de Su Eminencia, tiene las fiebres, y yo le aseguro que la cosa no tiene ninguna gracia.

En vista de aquello, le aconsejó que se volviese a acostar y que no bajase. Ella presentaría a la princesa y a la contessina sus disculpas. Pierre acabó por dejarla decir y hacer, porque no se sentía con voluntad para nada. Sin embargo, siguiendo sus consejos, cenó una menestra, una ala de pollo y algunas confituras que le subió Giacomo, el ayuda de cámara. Le sentó admirablemente; se sintió restaurado hasta el punto de no querer acostarse y de tomar la firme resolución de presentarse a cumplir con las señoras de la casa esa misma noche, dándole las gracias por su bondadosa hospitalidad. Haría acto de presencia, puesto que donna Serafina recibía el lunes.

—Hace usted lo correcto —le contestó Victorine—. Si se siente bien, eso le servirá de distracción... Lo mejor será que don Vigilio, vecino suyo, venga por usted a las nueve y le acompañe. Espérole.

A las nueve en punto dieron en la puerta unos golpecitos discretos. Pierre acababa de lavarse y de ponerse la sotana nueva. Entró en el cuarto un sacerdote pequeño, tendría apenas treinta y cinco años, enjuto y débil, de rostro alargado y apergaminado, color de azafrán. Desde hacía dos años le devoraban todos los días y a la misma hora los accesos de fiebre. Pero en aquel rostro amarillento brillaban, cuando él mismo no amortiguaba su fuerza, dos ojos negros, a los que asomaban las llamaradas que ardían en su alma.

Hizo una reverencia y se limitó a decir en un perfecto francés:

—Señor abate, aquí me tiene usted, don Vigilio, estoy por completo a sus órdenes... ¿Quiere que bajemos ya?

Pierre fue tras él, después de darle las gracias. Y ya no dijo nada más don Vigilio, contentándose con responder por medio de sonrisas. Bajaron por la escalera pequeña y llegaron al piso segundo, saliendo al amplio rellano de la gran escalera de honor. Pero se quedó sorprendido y experimentó cierta tristeza ante la pobreza del alumbrado; muy de trecho en trecho, algunos picos de gas, de esos que se ven en los hoteles de clientela turbia, y cuyas manchas amarillentas eran como puntos en las tenebrosidades de aquellos corredores interminables. Todo era gigantesco y fúnebre. En el rellano mismo, al que daba la puerta del apartamento de donna Serafina, frente al de su sobrina, no había nada que indicase la recepción que se celebraba aquella noche. La puerta seguía cerrada, y no salía de las habitaciones el más ligero ruido que rompiese el silencio de muerte que ascendía de todo el palacio. El mismo don Vigilio fue quien, después de una discreta reverencia, dio vuelta al manillar de la puerta, sin llamada alguna.

La antecámara, espaciosa habitación de paredes desnudas, pintadas al fresco, con cortinajes rojo y oro, drapeados simétricamente al estilo antiguo, todo alrededor de la habitación, estaba iluminada por una sola lámpara, colocada sobre la mesa. En las sillas se veían abandonados varios abrigos de hombre y de señora; los sombreros respectivos estaban amontonados sobre una consola. Un criado, sentado y apoyando las espaldas en la pared, dormitaba.

Don Vigilio se hizo a un lado para que Pierre entrase delante en el salón, que era una habitación tapizada de brocatel rojo, en la que reinaba la penumbra y que Pierre creyó solitaria. Pero se encontró frente a la negra silueta de una mujer enlutada, cuyos rasgos no pudo distinguir en el primer momento. Por fortuna, oyó que su compañero decía, al mismo tiempo que se inclinaba:

—Contessina, tengo el honor de presentarle al abate Pierre Froment, que ha llegado de Francia esta mañana.

Pierre permaneció unos momentos a solas con Benedetta en mitad del salón desierto, iluminado por la luz mortecina de dos lámparas cubiertas con pantallas de encajes. En ese instante llegó hasta él un ruido de voces que venían del salón contiguo, un gran salón, cuya doble puerta, abierta de par en par, formaba un rectángulo de claridad más viva.

La joven se mostró desde el primer instante sumamente acogedora, y le trató con una perfecta sencillez.

—Señor abate, me alegro mucho de que haya venido. Temí que su indisposición fuese algo preocupante; pero ya veo que se ha restablecido completamente, ¿no es cierto?

Pierre la escuchaba, subyugado por su voz lenta, ligeramente pastosa, en la que la pasión contenida parecía convertirse en medida y razón. La tenía por fin ante su vista, con su cabellera abundante y oscura, la piel blanquísima, de una blancura de marfil. Era carirredonda, de labios un poco gruesos, nariz finísima, rasgos faciales de una delicadeza aniñada. Pero lo que en ella tenía vida más intensa eran los ojos, inmensos, de una profundidad infinita y misteriosa. ¿Dormía? ¿Soñaba? ¿Escondía, tras la inmovilidad del rostro, la tensión ardiente de las grandes santas y de las grandes enamoradas? Blanca, joven, serena, sus movimientos eran armoniosos, sus andares eran reflexivos, nobles, rítmicos. Llevaba en las orejas dos gruesas perlas, de admirable pureza, que procedían de un collar célebre que poseía su madre y que todo Roma conocía.

Pierre pronunció sus excusas y dio las gracias.

—Señora, yo no sé lo que decir; hubiera querido expresarle esta misma mañana la emoción que me produce su excesiva bondad.

Vaciló antes de llamarla señora, recordando la causa alegada en su instancia de anulación de matrimonio. Pero era evidente que todos la trataban así. Por lo demás, su rostro conservó la tranquilidad y benevolencia, y se apresuró a tranquilizar a Pierre.

—Haga cuenta de que está en su casa, señor abate. Me basta con saber que nuestro pariente, el señor de la Choue, le quiere a usted y que se interesa en su obra. Ya sabe que siento por él un gran cariño...

Su voz denotó un ligero embarazo, porque acababa de ocurrírsele que de lo que debía hablarle era del libro, causa única del viaje y de la hospitalidad que le habían brindado.

—En efecto, fue el vizconde quien me envió su libro. Lo he leído y me ha parecido magnífico. Me ha dejado confusa. Pero yo soy una pobre mujer ignorante, y con seguridad que no he comprendido todo; usted me explicará sus ideas, ¿no es así?

Y Pierre leyó entonces en aquellos grandes ojos transparentes, que no conocían la mentira, toda la sorpresa, toda la emoción de un alma de niña que se encontraba frente a problemas inquietantes que nunca se le habían ocurrido. ¿No era, pues, ella quien se había entusiasmado y quien había querido tenerle cerca para apoyarle y participar en su victoria? Otra vez le asaltó la sospecha, ahora con toda claridad, de que había allí una influencia

secreta, alguien que movía todos los hilos con fines ignorados. Pero le dejó encantado el encontrar tanta sencillez y franqueza en una persona tan hermosa, joven y noble, y bastaron aquellas palabras para que quedase conquistado. Iba a decirle que dispusiese de él por completo, pero en ese momento fue interrumpido por la llegada de otra mujer, también vestida de negro, cuya silueta, alta y fina, se dibujó con gran relieve en el cuadro luminoso de la puerta del salón contiguo, abierta de par en par.

—Pero, dime, Benedetta, ¿no han dado orden a Giacomo de que subiese a ver? Don Vigilio acaba de llegar, nuestro huésped debe estar solo. Eso no es correcto.

—Pero, tía, si el señor abate se encuentra aquí.

Y se apresuró a hacer las presentaciones.

—El señor abate Pierre Froment... La princesa Boccanera.

Se saludaron ceremoniosamente. Aquella dama andaría por los sesenta años, pero iba tan ajustada que, vista por la espalda, se la hubiera podido tomar por una mujer joven. Ésa era, por lo demás, su única coquetería; los cabellos blanquísimos, abundantes y firmes todavía; sólo tenía negras las cejas, encuadradas en su cara alargada, de grandes arrugas, en la que sobresalía la gran nariz, signo de energía, de la familia. No había sido nunca una mujer hermosa, y se quedó soltera. La elección del conde Brandini, que se había inclinado por su hermana Ernesta, más joven que ella, la había herido en lo más vivo, y desde entonces había tomado la resolución de no buscar más alegrías que las de satisfacer el orgullo hereditario del apellido que llevaba. Los Boccanera había tenido ya dos papas en la familia, y ella tenía la esperanza de no morir sin ver a su hermano el cardenal haciendo el número tres. Se había convertido en su secretaria; no le había abandonado ni un solo momento, velando por él; aconsejándole, gobernando la casa de una manera admirable, realizando milagros para ocultar la ruina lenta que iba derrumbando los techos sobre sus cabezas. Todos los lunes, desde hacía treinta años, recibía a algunos de sus íntimos, gente del Vaticano; pero lo hacía por alta política, para conservar la categoría de salón del mundo negro, una fuerza y una amenaza.

Por la acogida que le hizo, adivinó Pierre enseguida cuan poco pesaba él en su ánimo, simple cura extranjero, que ni siquiera tenía la categoría de prelado. Y esto volvía a producirle asombro, planteándole de nuevo la cuestión enigmática: ¿por qué le habían invitado y qué papel hacía él en aquel mundo que estaba cerrado a los humildes? Sabía Pierre que ella era una mujer exageradamente religiosa, y le pareció que si le recibía era únicamente por

consideración al vizconde, porque tampoco ella supo decir más que estas frases:

—Tenemos un verdadero placer en recibir buenas noticias del señor de la Choue. ¡Qué magnífica peregrinación nos trajo hace dos años!

Penetró delante de Pierre en el salón contiguo e introdujo al joven. Era una habitación cuadrada y espaciosa, tapizada de antiguo brocatel amarillo, dibujado con grandes flores de estilo Luis XIV. El techo, muy elevado, tenía un maravilloso revestimiento de madera tallada y pintada, simulando arcones con rosetones de oro. Pero el mobiliario era desparejo. Altos espejos, dos soberbias consolas doradas, algunos hermosos sillones del siglo xvii; todo el resto era lamentable: un pesado gueridón estilo Imperio, que había caído allí no se sabía de dónde; artefactos heterogéneos procedentes de algún bazar, fotografías del peor gusto esparcidas sobre los mármoles valiosos de las consolas. No se veía ninguna pieza artística interesante. Colgadas en las paredes, algunas telas, mediocres todas ellas, con excepción de un primitivo delicioso, de autor desconocido, que representaba la escena de la Visitación, del siglo xiv; la Virgen era muy menuda, y tenía una pureza delicada de niña de diez años, mientras que el ángel, enorme, magnífico, la envolvía en una oleada de amor sobrehumano y ostentoso. Frente a este cuadro había un antiguo retrato de familia; representaba a una joven muy hermosa, tocada con un turbante, pensó que sería el retrato de Cassia Boccanera, la joven apasionada y justiciera, que se había hundido en el Tíber con su hermano Ercole y con el cadáver de su amante, Flavio Corradini. Cuatro lámparas alumbraban con su gran resplandor tranquilo el salón ajado, que parecía teñido de amarillo, como en una melancólica puesta de sol, y lleno de solemnidad, desierto y pelado, sin un ramo de flores.

Donna Serafina hizo en el acto la presentación de Pierre con una sola frase. Las conversaciones cesaron bruscamente; se hizo el silencio, y Pierre sintió que todas las miradas se fijaban en él, como en una persona rara, cuya llegada se les había anunciado y que esperaban con expectación. Habría allí a lo sumo diez personas, y entre ellas se encontraba Dario, de pie, conversando con la princesita Celia Buongiovanni, que había ido acompañada por una anciana señora, pariente suya, que conversaba, a media voz, con un prelado, monseñor Nani, sentados los dos en la penumbra de un rincón. A Pierre le llamó, sobre todo, la atención el oír el nombre del abogado consistorial, Morano, porque el vizconde había creído oportuno, antes de que saliese para Roma, ponerle al corriente de la posición particularísima que ocupaba en la casa, para evitarle de este modo equivocaciones. Morano era, desde hacía ya

treinta años, el amigo de donna Serafina. Esta relación, culpable en otro tiempo, ya que el abogado estaba casado y tenía hijos, se había ido convirtiendo con los años, al quedarse viudo, en algo que todos excusaban y aceptaban, como uno de tantos emparejamientos naturales consagrados por la tolerancia mundana. Muy devotos, tanto él como ella, habían tenido buen cuidado de asegurarse las indulgencias necesarias. Allí estaba Morano, en el sitio que ocupaba desde hacía más de un cuarto de siglo, junto a la chimenea, aunque no ardiese en ésta todavía el fuego invernal. Una vez que donna Serafina hubo cumplido con sus deberes de señora de la casa, fue a sentarse también junto a la chimenea, frente a Morano.

Y mientras que Pierre tomaba asiento al lado de don Vigilio, que permanecía sentado, callado y discreto, prosiguió Dario contando en alta voz la anécdota que refería a Celia. Era un joven guapo, de estatura mediana, esbelto y elegante; lucía toda su barba oscura, tenía el rostro alargado y la enérgica nariz de los Boccanera, pero sus rasgos parecían como suavizados y ablandados por el secular empobrecimiento de la sangre.

—¡Es una verdadera belleza, una maravilla! —repitió con énfasis.

—¿De quién se trata? —interrogó Benedetta, acercándose.

Celia, que tenía cierto parecido con la Virgencita del primitivo que pendía de la pared encima de su cabeza, se había echado a reír.

—Figúrate, querida. Se trata de una pobre joven, de una obrera que ha visto hoy Dario.

Dario no tuvo más remedio que volver a repetir su relato. Pasaba por una callejuela estrecha, hacia la piazza Navona, y se encontró de pronto ante una muchacha de unos veinte años, fuerte y hermosa, que lloraba con desconsuelo, desplomada en las gradas de un portal. Dario se acercó, movido por su belleza, y ella le dio a entender que trabajaba en aquella casa, en la que había una fábrica de perlas de cera; pero que se había producido un paro, que el taller había tenido que cerrar sus puertas y que ella no se atrevía a volver a su propio domicilio, en el que reinaba la mayor miseria. Y mientras derramaba lágrimas abundantes, clavaba en él unos ojos tan hermosos, que Dario acabó sacando de su bolsillo algún dinero. Ella, entonces, se puso en pie de un salto, llena de rubor y confusión, y ocultó las manos en la falda, negándose a tomar el dinero y diciéndole que fuese con ella hasta su casa y que, en todo caso, el dinero podía dárselo a su madre. Y se dirigió apresuradamente hacia el puente Sant'Angelo.

—¡Era una belleza, una verdadera belleza! —repetía con expresión de arrobamiento—. Más alta que yo, delgada dentro de su aspecto vigoroso, con

un cuello de diosa. Un tipo clásico, una Venus de veinte años; la barbilla algo ancha, boca y nariz de una corrección absoluta de línea, y ojos... ¡unos ojos purísimos, rasgados!... La cabeza a pelo, con sólo el pesado casco de sus negros cabellos, facciones deslumbradoras, como iluminadas por un rayo de sol.

Todos se habían puesto a escucharle, embelesados, porque la pasión de la belleza es cosa que todos los habitantes de Roma llevan en el corazón.

—Cada vez escasean más estos bellos ejemplares de jóvenes del pueblo —dijo Morano—. Se puede hoy recorrer todo el Trastevere sin dar con uno. Sin embargo, esto que nos cuentas demuestra que queda por lo menos una muestra.

—¿Y cómo se llama tu diosa? —preguntó sonriendo Benedetta, tan embelesada y divertida como los demás.

—Se llama Pierina —contestó Dario, sonriendo también.

—¿Y qué ha sido de ella?

El rostro vivaz del joven tomó de pronto una expresión de miedo y desasosiego, como el de un niño que tropieza en medio de sus juegos con un bicho antipático.

—No hablemos de eso. He tenido un verdadero disgusto... ¡Miseria, una miseria que revuelve el estómago!

La siguió por curiosidad y llegó tras ella hasta más allá del puente Sant'Angelo, en el barrio nuevo que se está construyendo en los terrenos junto al castillo; subieron al primer piso de una de las construcciones abandonadas, sin acabar de secarse y en ruinas ya, y se dio de manos a boca con un espectáculo horrendo que todavía le daba arcadas. Una familia entera: el padre, la madre, un tío anciano y enfermo, los hijos, muriendo de hambre, todos entre suciedad y roña. Procuraba describir el cuadro con expresiones de la mayor dignidad, y parecía como si quisiese apartar de sí la horrenda visión con un gesto asustadizo de sus manos.

—En una palabra, salí de estampida y os aseguro que no pienso volver por allí.

Hubo un movimiento general de cabezas en medio del silencio frío y embarazado que reinó en la habitación. Morano lanzó, a modo de conclusión, una frase amarga, acusando a los expoliadores, a la gente del Quirinal, de ser la causa única de la miseria de Roma. Y como demostración, citaba los rumores que corrían de que había el propósito de elevar al cargo de ministro a un intrigante como el diputado Sacco, que se hallaba comprometido en toda



clase de aventuras sospechosas. Sería el colmo de la impudicia, equivaldría a la seguridad de una bancarrota inminente.

Sólo Benedetta, que había fijado su mirada en Pierre y que se había acordado de su libro, exclamó en voz baja:

—¡Pobre gente! Es una pena. ¿Por qué no ir otra vez a visitarlos?

El relato de Dario había conmovido profundamente a Pierre, que al principio se sentía fuera de ambiente y escuchaba distraído. Aquello le traía el recuerdo de su propio apostolado en medio de las miserias de París; se enternecía compasivo, viendo que, apenas ponía el pie en Roma, tropezaba con sufrimientos más o menos iguales. Espontáneamente, rompió a hablar, y exclamó en voz muy alta:

—Sí, señora. Iremos juntos; usted me dejará que la acompañe. Estos problemas me apasionan.

Estas palabras concentraron en él la atención de todos. Empezaron a hacerle preguntas, y se dio cuenta de que les preocupaba su primera impresión, el concepto que había formado de su ciudad y de ellos mismos. Le recomendaron, sobre todo, que no juzgase a Roma por las apariencias. ¿Qué efecto le había producido? ¿Qué visión de ella había tenido? ¿Qué juicio le había merecido? Pierre se excusó de no poder dar contestación a tales preguntas, porque no había visto nada, puesto que no había salido de casa en todo el día. Pero, a pesar de ello, insistieron con mayor ahínco, y experimentó la sensación inconfundible de que pretendían influir en su ánimo, de que realizaban un esfuerzo conjunto para despertar en él la admiración y el cariño a su ciudad. Le aconsejaban, le conjuraban a que no se dejase llevar por desilusiones inevitables; le instaban a que persistiese, con la seguridad de que Roma acabaría revelándole su alma.

—¿Cuánto tiempo calcula usted, señor abate, que podrá permanecer entre nosotros? —le preguntó con acento cortés una voz de timbre aterciopelado y límpido.

Era la de monseñor Nani, que alzaba por vez primera la voz, desde la penumbra en que estaba sentado. Le había parecido varias veces a Pierre que el prelado no apartaba de él sus ojos azules, llenos de vivacidad, mientras hacía como que escuchaba la pesada charla de la tía de Celia. Pero, antes de contestar, se fijó Pierre en su sotana orillada de escarlata, en la banda de seda color violeta que ceñía su cintura, en su aspecto juvenil, a pesar de que había cumplido los cincuenta; en sus cabellos, que seguían siendo rubios; en su nariz, recta y fina; en la línea purísima y enérgica de su boca, en sus dientes, de una blancura admirable.

—Quince días, monseñor, o, a lo sumo, tres semanas.

Todos los concurrentes lanzaron exclamaciones de asombro. ¿Cómo? ¿Sólo tres semanas? Tenía, por lo visto, la pretensión de empaparse de Roma en tres semanas. Eso no se conseguía ni en seis meses, ni en un año, ni en diez. La primera impresión era, por lo general, desastrosa, y sólo se dominaba al cabo de mucho tiempo.

—¡Tres semanas! —repitió con aire desdeñoso donna Serafina—. ¿Hay posibilidad en tres semanas para conocerse y amarse? Sólo los que han acabado por conocernos, vuelven a nosotros.

Nani había empezado por sonreír, sin protestar, como los demás. Hizo con su mano delicada, que traicionaba su origen aristocrático, un pequeño ademán. Y al ver que Pierre, todo modestia, manifestaba que él había venido a Roma para realizar determinadas gestiones y que se marcharía en cuanto las hubiese terminado, monseñor Nani, sonriendo siempre, dijo a modo de conclusión:

—No me cabe duda de que el señor abate permanecerá más de tres semanas. Espero que tengamos la suerte de que resida mucho tiempo entre nosotros.

Estas frases dejaron turbado al joven sacerdote, aunque el prelado las pronunció con tranquila cortesía. ¿Qué era lo que éste sabía? ¿Qué intención encerraban sus palabras? Se inclinó hacia don Vigilio, que seguía a su lado sin abrir la boca, y le preguntó en voz muy baja:

—¿Qué cargo tiene monseñor Nani?

El secretario no contestó inmediatamente. Su cara febril se encendió todavía más. Sus ojos ardientes giraron, hasta estar seguro de que nadie le miraba. Y luego bisbiseó:

—Asesor del Santo Oficio.

Bastaba este dato, porque Pierre no ignoraba que el asesor, que asistía a las reuniones del Santo Oficio sin despegar los labios, se dirigía, una vez acabada la reunión, todos los miércoles, a las habitaciones del Santo Padre para darle cuenta de los asuntos que se habían tratado esa tarde. Aquella audiencia semanal, las horas pasadas con el papa, en una intimidad que permitía borrar todos los temas, conferían al tal personaje una situación especialísima; le daban un poder considerable. Por otro lado, se trataba de una función cardenalicia; el asesor ascendía de allí a cardenal.

Monseñor Nani, que producía la impresión de ser una persona muy sencilla y amable, seguía mirando al joven sacerdote con expresión tan alentadora, que no pudo menos Pierre que ir a tomar asiento junto a él, en la

silla que, por fin, había dejado libre la tía de Celia. ¿No equivalía a un presagio de victoria el haberse encontrado el primer día con un poderoso prelado, cuya influencia podría abrirle todas las puertas? Y se sintió conmovido cuando monseñor Nani le preguntó, a las primeras palabras y con acento de interés y benevolencia:

—¿De modo, hijo mío, que ha escrito usted un libro?

Pierre entonces, poseído de entusiasmo, sin hacer caso del lugar en que se encontraba, puso al descubierto su alma, relató la iniciación de su amor ardiente viviendo entre los que sufren y entre los pobres, expuso en voz alta sus ensueños de un retorno a la comunidad cristiana, se exaltó hablando del rejuvenecimiento del catolicismo, que se convertiría en la religión de la democracia universal. Poco a poco fue alzando otra vez la voz, y todos los que estaban en aquel severo salón antiguo se pusieron a escuchar, en medio de una sorpresa creciente y de un frío de hielo, del que Pierre no se daba cuenta.

Monseñor Nani cortó al fin su discurso, con su eterna sonrisa, que había perdido ya su deje irónico.

—Todo eso es muy hermoso, querido hijo, muy hermoso; es digno de la imaginación pura y noble de un cristiano... ¿Pero qué propósitos tiene usted de inmediato?

—Presentarme enseguida al Santo Padre para defenderme.

Se oyó una risita general, ahogada inmediatamente, y donna Serafina expresó el común sentir, exclamando:

—No es tan fácil como eso el entrevistarse con el Santo Padre.

Esto hizo que Pierre se exaltase.

—Pues yo tengo una gran confianza en que lo veré... ¿No he hecho otra cosa que expresar ideas tuyas? ¿No he defendido otra cosa que su política? ¿Puede él consentir que se condene un libro como el mío, inspirado, según yo creo, en lo mejor de sus propias doctrinas?

—Claro que no, claro que no —se apresuró a contestar Nani, como si temiese que aquel entusiasmo juvenil le hiciese violentar las cosas—. El Santo Padre tiene una inteligencia elevadísima. Habrá que conseguir que le reciba... Pero, querido hijo mío, no se exalte usted de ese modo, reflexione un poco, espere que llegue el momento...

Y luego agregó, volviéndose hacia Benedetta:

—¿No es cierto? Su Eminencia no ha visto aún al señor abate. Convendría que se dignase recibirle mañana mismo, para dirigirlo con sus sabios consejos.

El cardenal Boccanera no subía nunca a las recepciones que se celebraban los lunes en las habitaciones de su hermana. Pero estaba en el pensamiento de todos, como señor y soberano ausente.

—Es que yo temo —contestó titubeando la contessina— que mi tío no comparta las ideas del señor abate.

Nani volvió a sonreírse.

—Precisamente por eso, le diré cosas que le conviene oír.

Y en el acto quedó arreglado con don Vigilio que éste inscribiría al cura francés para que fuese recibido en audiencia a las diez de la mañana.

En ese instante llegó un cardenal, vestido con los hábitos de calle, faja y medias rojas, toga negra con ribetes y botones rojos. Era el cardenal Sarno, una visita muy antigua de la familia Boccanera. Todos los concurrentes escuchaban en silencio, con deferencia y obsequiosidad, las explicaciones que daba por su tardanza. Había estado trabajando hasta muy tarde. A Pierre le produjo una decepción muy viva. Era el primer cardenal que veía, y lo encontraba falto de majestad, del aspecto decorativo externo con que él se los representaba. La parecía pequeño, algo contrahecho, el hombro izquierdo más alto que el derecho, el rostro gastado y basto, la mirada apagada. Le daba la impresión de un anciano empleado de sesenta años, atontado por medio siglo de estrecha burocracia, deformado y apelmazado a fuerza de pasarse la vida en el sillón del escritorio. En realidad, toda su historia podía resumirse así: hijo enfermizo de una modesta familia burguesa, educado en el Seminario Romano; andando el tiempo, profesor de Derecho canónico durante diez años en aquel mismo seminario; después, secretario en la Propaganda, y, finalmente, y desde hacía veinticinco años, cardenal. Acababa de celebrar su jubileo cardenalicio. Había nacido en Roma, y no había pasado fuera de Roma un solo día de su vida; era el tipo perfecto del sacerdote que se ha criado a la sombra del Vaticano y se juzga dueño del mundo. Aunque no ocupó cargo diplomático alguno, había servido tan señaladamente a la Propaganda, gracias a su hábito y método para el trabajo, que le nombraron presidente de una de las dos comisiones que se han dividido el gobierno de los grandes países occidentales no convertidos todavía al catolicismo. Por eso se podía encontrar el mapa inmenso de la cristiandad en el fondo de aquellos ojos apagados, dentro de aquel cráneo aplastado, de expresión obtusa.

Hasta el mismo Nani se levantó, dominado por un respeto confuso hacia aquel hombre desconocido y terrible, cuyas manos llegaban hasta los más apartados rincones de la tierra, a pesar de que no salía jamás de su escritorio.

Sabía que era capaz de trastornar imperios, a pesar de su aparente nulidad, gracias a su lento trabajo de conquista metódica y organizada.

—¿Se ha curado ya Su Eminencia de ese catarro que nos traía afligidos a todos?

—No, no; continúo tosiendo todavía... La culpa la tiene un pasillo dañino. En cuanto salgo de mi despacho, siento las espaldas heladas.

A partir de ese momento se sintió Pierre como perdido, y comprendió toda su insignificancia. Se olvidaron hasta de presentarle al cardenal. Tuvo que permanecer cerca de una hora mirando y observando. Entonces aquel mundo envejecido le fue pareciendo infantil, como si hubiese vuelto a una niñez lamentable, su altanera reserva dejaba entrever una verdadera timidez, una inconfesada desconfianza que era producto de una gran ignorancia. La conversación no se generalizaba, porque nadie se atrevía a generalizarla; y Pierre oía cómo todo eran habladurías pueriles e inacabables en los rincones, la chismografía de la semana, los rumores minúsculos de las sacristías y de los salones. La gente se trataba muy poco y las aventuras más insignificantes tomaban proporciones enormes. Y, al cabo, tuvo la sensación clarísima de que había sido transportado a un salón francés del tiempo de Carlos X, en alguna de nuestras grandes ciudades episcopales de provincia. No se sirvió ninguna clase de refrigerio. La anciana tía de Celia había acaparado para sí al cardenal Sarno; éste no le contestaba, limitándose a mover la barbilla de tiempo en tiempo. Don Vigilio no había despegado los labios en toda la noche. Nani y Morano habían ligado una larga conversación en voz baja; donna Serafina, que se inclinaba hacia ellos para enterarse de lo que decían, hacía gestos pausados de aprobación con la cabeza. Hablaban, sin duda alguna, del divorcio de Benedetta, porque de vez en cuando fijaban su mirada en ella con aire pensativo. Y en toda la espaciosa habitación, bajo la claridad adormilada de las lámparas, parecía que la vida se hubiese refugiado en el grupo juvenil que formaban Benedetta, Dario y Celia, que parloteaban a media voz y ahogaban a veces las risas.

Pierre se quedó de pronto sorprendido por el parecido que le encontró a Benedetta con el retrato de Cassia que colgaba de la pared. La misma delicadeza infantil, la misma boca apasionada e idénticos ojos infinitos, en una misma carita redonda, rebosante de salud y buen sentido. No le cabía duda de que allí se ocultaba un alma recta y un corazón ardiente. Más tarde le asaltó el recuerdo de un cuadro de Guido Reni, la cabeza adorable y cándida de Béatrice Cenci, pareciéndole que el retrato de Cassia no era sino una reproducción exacta. Aquel doble parecido le emocionó, hizo que mirase a

Benedetta con una secreta simpatía, como si la viese ya víctima de una fatalidad violenta, propia de su país y de su raza. Sin embargo, ¡qué tranquila, resuelta y resignada era! Además, Pierre no había sorprendido durante toda la velada entre ella y Dario gesto alguno de cariño que traspasase los límites de lo fraternal, que naciese de otro sentimiento que del buen humor, especialmente por parte de Benedetta, en cuyo rostro se dibujaba la expresión de clara serenidad de los enamoramientos elevados y a plena luz. Dario le cogió las manos un instante, bromeando, y las estrechó entre las suyas; rompió a reír nerviosamente, y sus ojos despidieron leves chispazos por entre las pestañas; pero ella retiró sus dedos sin prisa alguna, como si se tratase de un juego entre dos camaradas. Saltaba a la vista que ella le amaba con todo su ser, para toda la vida.

Cuando Dario se esfumó, después de mirar su reloj y de ahogar un ligero bostezo, diciendo que tenía que reunirse con unos amigos que tenían una partida de juego en casa de una dama, Benedetta y Celia fueron a sentarse en un canapé, junto a la silla de Pierre, y éste sorprendió, sin querer, algunas de sus frases confidenciales. La princesita era hermana mayor del príncipe Matteo Buongiovanni, que estaba casado con una inglesa, de apellido Mortimer, que le había llevado cinco millones de dote, y con la que tenía cinco hijos. Por lo demás, la familia de los Buongiovanni era una de las pocas del patriciado romano que se sostenía todavía rica y enhiesta, en medio de las ruinas del pasado que se venía abajo por todas partes. También ellos contaban con dos papas en su familia, lo cual no había sido obstáculo para que el príncipe Matteo se adhiriese al Quirinal, aunque sin resentirse con el Vaticano. Su padre era americano, y como ya no corría por sus venas la sangre pura romana, demostró ser un político más flexible, y era, según voz corriente, sumamente avaro; luchaba por ser uno de los últimos en conservar la riqueza y la omnipotencia de antaño, aunque se daba cuenta de que estaba irremisiblemente condenada a desaparecer. Y precisamente en aquella familia tan orgullosa y soberbia, que continuaba envolviendo a la ciudad con su magnificencia, acababa de surgir una aventura que levantaba un sinfín de habladurías. Celia se había enamorado bruscamente de un joven teniente, con quien no había cruzado jamás la palabra; los dos enamorados, que se veían a diario en el Corso, intercambiaban miradas, eso era todo. La joven poseía una voluntad tenaz, y, después de haber declarado a su padre que no admitiría otro marido que aquél, esperaba impertérrita, segura de que le darían al hombre que ella había elegido. Lo peor del caso era que el teniente, Attilio Sacco, era

hijo del diputado Sacco, un arribista despreciado por el mundo negro, que le consideraba como vendido al Quirinal y capaz de cualquier fechoría.

—Morano habló hace un momento para mí —murmuraba Celia a la oreja de Benedetta—. Te digo que sí; cuando ha vapuleado al padre de Attilio, al tratar de la formación de ese ministerio del que se habla... Ha querido darme una lección.

Las dos jóvenes se habían jurado un cariño eterno desde que se educaron en el Sacro Cuore della Trinità dei Monti. Benedetta, que llevaba cinco años a Celia, se mostraba maternal.

—Veo que ya no eres una chica juiciosa y que continúas acordándote de ese hombre.

—¡A ver, querida mía, si también tú me vas a dar un disgusto!... Attilio me gusta, y quiero que sea mío. Quiero que sea mío, ¿lo oyes?, y no ningún otro. Lo quiero, será mío, porque me ama y le amo... Así de simple.

Pierre la miró sorprendido. Era como un lirio cándido y sin abrir, con unas facciones tiernas y virginales. Frente y nariz de una delicadeza de flor, boca de inocencia con labios que se cerraban sobre la blancura de los dientes, ojos como agua de manantial, transparentes e insondables. Y ni un temblor siquiera en las mejillas, que tenían la brillantez del satén, y nada de inquietudes ni curiosidades en la mirada ingenua. ¿Reflexionaba? ¿Estaba enterada? ¡Nadie podía decirlo! Era la virgen, en todo lo que esta palabra tiene de temible incógnita.

—Querida mía —siguió diciendo Benedetta—, no vayas a repetir mi lamentable historia. La tentativa de casar al papa con el rey es un fracaso.

—Es que tú —contestó Celia con tranquilidad—, no amabas a Prada, mientras que yo estoy enamorada de Attilio. La vida consiste en eso precisamente: en amar.

Aquella frase, pronunciada con toda naturalidad por esta chiquilla ignorante, produjo tal turbación a Pierre, que sintió que las lágrimas se le subían a los ojos. ¡Justamente! El amor era la solución de todas las disputas, la alianza entre todos los pueblos, la paz y la alegría en el mundo entero. Pero donna Serafina, que adivinaba el tema de la conversación de las dos amigas, se había levantado. Y dirigió una mirada a don Vigilio, mirada que éste comprendió, porque se acercó a Pierre y le dijo por lo bajo que era ya hora de retirarse. Daban las once. Celia se retiró acompañada por su tía. El abogado Morano quería con toda seguridad quedarse unos momentos con el cardenal Sarno y con Nani para tratar en familia de alguna dificultad que parecía presentarse, entorpeciendo el asunto del divorcio. Benedetta salió también al

primer salón, y después de besar a Celia en ambas mejillas se despidió de Pierre con mucha afabilidad.

—Mañana contestaré al vizconde y le diré que estamos encantados de tenerle a nuestro lado, por mucho más tiempo de lo que usted cree... No se olvide de bajar mañana a las diez a saludar a mi tío el cardenal.

Cuando llegaron Pierre y don Vigilio al piso tercero, llevando cada uno en la mano una bujía que les había entregado el criado, y ya iban a separarse frente a las puertas de sus habitaciones, no pudo resistir Pierre el deseo de dirigir a don Vigilio una pregunta que le traía desasosegado.

—Este monseñor Nani parece una persona influyente, ¿verdad?

Don Vigilio se quedó nuevamente azorado y se limitó a abrir los brazos cuanto daban de sí, como para abrazar el mundo. Pero luego le relampaguearon los ojos y pareció que se dejaba llevar a su vez por la curiosidad y dijo, eludiendo contestar:

—Usted debe de conocerlo, por lo visto.

—¿Yo? De ninguna manera.

—¿Qué me cuenta?... ¡Pues él sí que le conoce perfectamente! El pasado lunes le oí hablar de usted de una manera tan concreta, que me pareció que se hallaba al corriente de los más minuciosos detalles de su vida y de su carácter.

—Ni siquiera había oído yo pronunciar su nombre hasta ahora.

—Entonces él ha tomado informes acerca de usted.

Don Vigilio saludó y entró en su habitación. Pierre, que se quedó sorprendido al encontrar abierta la puerta de la suya, vio salir de ella a Victorine, con el aspecto sereno y activo que le era habitual.

—¡Oh, señor abate! Quise cerciorarme de que no le faltaba nada. Tiene usted ya bujías, agua, azúcar y cerillas... ¿Qué acostumbra a tomar por las mañanas? ¿Café?

—No. Leche sola con un panecillo.

—¡Perfectamente! A las ocho, ¿va bien?... Pues que usted descanse y duerma tranquilo. Las primeras noches que yo dormí en este viejo palacio anduve bastante preocupada con los aparecidos. Pero no pude echar el ojo a ninguno. Está visto que, cuando se muere, la satisfacción que se experimenta es demasiado grande para que uno se moleste andando de aquí para allá.

Pierre se encontró solo, al fin. Se sentía feliz al poder aflojar la tensión de su espíritu, desembarazándose del desasosiego que le producía lo desconocido, y aquella reunión, aquellas gentes, que tan pronto se apelotonaban como se esfumaban en su cerebro, a modo de sombras, bajo la luz mortecina de las lámparas. Los aparecidos suelen ser gentes que han



muerto hace ya tiempo y cuyas almas en pena vuelven a este mundo para amar y sufrir en el corazón de los vivos. A pesar de todo lo que había dormido aquella tarde, se sentía fatigado como nunca, hambriento de sueño, y su cabeza estaba llena de dudas y confusiones; le asaltaba el temor de no haber llegado a comprender nada de todo aquello que había visto. Y al desnudarse, fue tal su sentimiento de asombro, por encontrarse en aquel sitio, por dormir en aquella cama, que llegó a creer por momentos que era otra persona. ¿Qué opinión se habían formado de su libro? ¿Por qué le habían hecho acudir a aquella fría mansión, en la que adivinaba hostilidad? ¿Querían ayudarle o buscaban la manera de vencerle? Y ya no veía en el resplandor amarillento del salón, resplandor de ocaso, más que las figuras de donna Serafina y del abogado Morano, a uno y otro lado de la chimenea, y la cabeza serena y apasionada de Benedetta, detrás de la cual asomaba el rostro sonriente de monseñor Nani, con sus ojos astutos y su boca de hombre enérgico e indomable.

Se acostó, pero volvió a levantarse, porque se ahogaba; sentía una necesidad tan imperiosa de aire fresco y puro, que fue a la ventana, abriéndola de par en par y recostándose en ella. Pero la noche tenía la negrura de la tinta china; el panorama se había sumergido en tinieblas. Y la niebla había ocultado las estrellas del firmamento y la bóveda opaca gravitaba con una pesadez de plomo. Enfrente de Pierre, las casas del Trastevere dormían hacía largo rato; ni una sola de sus ventanas estaba iluminada, y a lo lejos, como una chispa de fuego perdida, titilaba un solitario pico de gas de alumbrado. Buscó en vano el Janículo. Las profundidades de aquel piélago vacío se habían tragado todo: los veinticuatro siglos de Roma, el antiguo Palatino y el moderno Quirinal, la cúpula gigantesca de San Pedro, borrada del firmamento por aquella inundación de sombras. Tampoco veía a sus pies, ni aun siquiera lo oía, al Tíber, río muerto de una ciudad muerta.

### III

**A** la mañana siguiente, a las diez menos cuarto, bajó Pierre al primer piso del palacio con objeto de acudir a la audiencia del cardenal Boccanera. Acababa de despertarse completamente animado, dominado nuevamente por el entusiasmo ingenuo de su fe. Habían desaparecido por completo de su espíritu aquel extraño abatimiento de la víspera, las dudas y suspicacias que le dominaron en su primer contacto con Roma, en medio de la fatiga de la llegada. Era un día hermoso, el cielo estaba despejado y su corazón volvió a latir con impulsos de esperanza.

La puerta de la antecámara del cardenal, de doble batiente, que daba al espacioso rellano de la escalera, estaba abierta de par en par. El cardenal, uno de los últimos del patriciado romano, había hecho cerrar los salones de gala que daban a la calle y que se iban deshaciendo de viejos, pero se había reservado el apartamento que tenía destinado a recepciones uno de sus tíos abuelos, cardenal también, que vivió a fines del siglo XVIII. Estaba formado por cuatro habitaciones enormes, de seis metros de altura, que daban a la callejuela que iba a parar en cuesta abajo hacia el Tíber. Allí no penetraba jamás el sol, porque lo impedía la muralla de las casas de enfrente. La instalación conservaba, pues, todo el esplendor y fastuosidad de los príncipes de otros tiempos, grandes dignatarios de la Iglesia. Pero como no se había llevado a cabo ninguna reparación ni se tomaba cuidado alguno, las colgaduras estaban rasgadas por todas partes, el polvo iba carcomiendo los muebles e imperaba una completa despreocupación que parecía ser fruto de la voluntad altanera de detener la marcha de los tiempos.

Pierre experimentó un ligero estremecimiento al entrar en la primera habitación, que servía de antecámara a la servidumbre. En otros tiempos había siempre allí, en servicio perpetuo, dos gendarmes pontificios, de gran gala, entre una verdadera nube de lacayos; pero en la actualidad sólo había un criado, que subrayaba con su presencia de fantasma la melancolía de la espaciosa sala, medio sumida en tinieblas. Pero lo que mayor sorpresa producía a la vista, frente por frente de las ventanas, era un altar cubierto de

rojo y sobre el cual se alzaba un dosel tapizado también de rojo, que tenía bordadas las armas de los Boccanera, el dragón alado echando llamas por la boca, con la divisa *Bocca nera, Alma rossa*. También estaba allí el gran capelo rojo del tío abuelo, un antiguo capelo de gala, y los dos almohadones de seda roja, junto con las dos antiguas sombrillas que llevaban los cardenales en la carroza siempre que salían, y que ahora estaban colgados en la pared. Y, en medio del silencio absoluto que allí reinaba, parecía percibirse el murmullo discreto de las polillas, que roían desde hacía un siglo todo aquel pasado muerto, que hubiera caído deshecho en polvo con un solo golpe de plumero.

La segunda antecámara, en la que solía estar en otros tiempos el secretario, era tan espaciosa como la primera, pero no había nadie en ella; Pierre tuvo que atravesarla y penetrar en la tercera, la antecámara de los nobles, para tropezar con don Vigilio. Habiendo reducido el personal de servicio a lo estrictamente indispensable, prefirió el cardenal tener a su secretario al alcance de la mano, en la puerta misma de la antigua sala del trono, donde ahora recibía en audiencia. Don Vigilio, tan enjuto, tan amarillo y temblequeante de fiebre, estaba allí como perdido, frente a una mesa pequeña, negra, cargada de papeles. Alzó la vista del legajo en cuyo estudio estaba concentrado y, al distinguir al visitante, le dijo en voz tan baja que era apenas un murmullo en medio del silencio:

—Su Eminencia se encuentra ocupado... Tenga la amabilidad de esperar.

Y volvió a sumirse en la lectura, sin duda para evitar todo intento de conversación.

Pierre no se atrevió a sentarse y se dedicó a examinar la habitación. Parecía estar más desvencijada aún que las dos anteriores; su tapizado de damasco verde, raído por los años, daba la impresión del musgo que va perdiendo su color sobre la corteza de los árboles añosos. Sin embargo, el techo seguía conservando su magnificencia y suntuosidad decorativa, formando un ancho friso, cuyos dibujos, pintados y dorados, servían de marco al Triunfo de Anfítrite, obra de un discípulo de Rafael. Y, siguiendo la costumbre antigua, el birrete se encontraba en aquella habitación, sobre una credencia, a los pies de un gran crucifijo de ébano y marfil.

Cuando se fue haciendo a la semioscuridad, se fijó en un retrato reciente del cardenal. Estaba representado de pie, en hábitos de gran gala, sotana de muaré rojo, roquete de puntillas y capa regia sobre los hombros. Aquel anciano de setenta años, de elevada estatura, conservaba dentro de sus hábitos eclesiásticos su aspecto altivo de príncipe; estaba limpiamente afeitado, y sus cabellos se conservaban tan blancos y tupidos, que le caían en bucles sobre

los hombros. Tenía las facciones dominadoras de los Boccanera, la nariz pronunciada, la boca grande, los labios delgados, en un rostro alargado, cortado por anchas arrugas. Pero lo más característico de su raza eran los ojos, que iluminaban el rostro pálido, ojos muy oscuros, llameantes de vida, bajo unas cejas espesas que se habían conservado completamente negras. Con la cabeza, coronada de laurel, habría evocado la imagen de un emperador romano, soberanamente hermoso y señor del mundo, como si corriese por sus venas la sangre de Augusto.

Pierre conocía su vida, y aquel retrato se la recordaba. Había sido educado en el Colegio de Nobles. Sólo una vez salió Pío Boccanera de Roma, siendo muy joven, elevado apenas al diaconado, y fue para dirigirse a París en carácter de vicedelegado, con objeto de entregar un birrete. Su carrera eclesiástica se fue desarrollando de manera magnífica; los honores salían a su encuentro con toda naturalidad, como cosa debida a su nacimiento: fue consagrado por mano de Pío IX, después fue nombrado canónigo de la Basílica vaticana y camarero secreto participante, luego, con posterioridad a la ocupación italiana fue nombrado Mayordomo y, finalmente, el año 1874, fue elevado a cardenal. Desde hacía cuatro años era camarlengo, y se murmuraba que León XIII le había elegido para semejante cargo de la misma manera que, años atrás, le eligiera Pío IX a él, con el propósito de apartarle de la sucesión al trono pontificio. Pero al nombrarle a él había pasado el cónclave por encima de una tradición, y no era probable que la infringiese por segunda vez. Aquella sorda lucha que en el anterior reinado habían mantenido el papa y el camarlengo continuaba ahora, porque este último se mantenía a un lado, condenando la política de la Santa Sede, manteniendo en todo opiniones radicalmente opuestas a las del papa, y esperando en silencio su muerte, que le daría poderes interinos hasta que fuese elegido el nuevo papa, corriendo a su cargo la obligación de convocar el nuevo cónclave y de velar por el buen despacho transitorio de los asuntos eclesiásticos. ¿No se adivinaba detrás de aquella frente severa y en el mismo centelleo de aquellos ojos negros la ambición del Papado, la ilusión de repetir la aventura del cardenal Pecci, camarlengo y papa? Para su orgullo de príncipe romano sólo existía Roma, y casi tenía a gala el desentenderse por completo del mundo moderno. Por lo demás, daba pruebas de una gran religiosidad, de una devoción muy austera, de una fe total e inquebrantable, incapaz de la más pequeña duda.

Un leve bisbiseo sacó a Pierre de sus meditaciones. Era que don Vigilio le invitaba a sentarse, con gesto circunspecto.

—Tal vez tenga que esperar mucho, puede tomar usted un taburete.

Dicho esto, se dedicó a cubrir con su escritura fina un pliego de papel amarillento. Pierre, maquinalmente, por instinto de obediencia, tomó asiento en uno de los taburetes de roble que había alineados a lo largo de la pared, frente al retrato. Volvió a sumirse en una especie de desvarío; se imaginó que renacía súbitamente a su alrededor la fastuosidad principesca de uno de aquellos cardenales de otros tiempos. En primer lugar, y para celebrar su nombramiento, era costumbre que todo cardenal celebrase festejos públicos y recepciones, habiendo quedado memoria de algunos de esos festejos como modelo de magnificencia. Las puertas de los salones de recepción solían estar abiertas de par en par durante tres días, y allí entraba todo el que quería; los ujieres lanzaban de un salón a otro los nombres de los visitantes, patriciado, burguesía, gente menuda, toda Roma, en fin, y el nuevo cardenal acogía a todos con una bondad soberana, como un rey magnífico a sus súbditos. Era todo un despliegue real; hubo cardenales que arrastraban en sus desplazamientos un acompañamiento de más de quinientas personas, y que tenían en su casa no menos de dieciséis oficios, viviendo en medio de una verdadera corte. Y más recientemente aún, cuando la vida se fue simplificando, los cardenales tenían derecho, cuando se trataba de príncipes, a sostener un tren de lujo de cuatro carruajes, atalajados con caballos negros. Iban delante cuatro lacayos, con librea bordada con sus armas, portadores del capelo, de los almohadones y de las sombrillas. Iba, además, acompañado del secretario, vestido con manto de seda violeta, del caudatario, revestido de la crocchia, especie de dulleta hecha con lana color violeta, y del gentilhomme, ataviado a lo Enrique II, que portaba el birrete entre sus manos enguantadas. Aunque el tren de casa había quedado muy reducido, comprendía aún entonces al auditor, encargado del trabajo de las congregaciones, el secretario empleado únicamente en el despacho de la correspondencia, el maestrecámara, que hacía la presentación de los visitantes, el gentilhomme portador del birrete, el caudatario, el capellán, el mayordomo de casa, el ayuda de cámara, sin contar con una nube de lacayos, cocineros, cocheros, palafreneros, todo un pueblo que llenaba con su rumor los palacios inmensos. Y Pierre llenaba con el pensamiento las espaciosas antecámaras que precedían al salón del trono con todas aquellas gentes, con la oleada de lacayos vestidos con libreas verdes adornadas de pasamanerías de blasones, con todo aquel mundo de abates y de prelados con manteos de seda, que volvían a recobrar vida ante sus ojos, poniendo bajo los artesonados vacíos, en la penumbra que iluminaba Pierre con su antiguo esplendor, el ajetreo de sus pasiones y de su magnificencia.

Pero, en la actualidad, muy especialmente después de la entrada de los italianos en Roma, casi todas las fortunas de los príncipes romanos se habían derrumbado, desapareciendo la fastuosidad de los altos dignatarios de la Iglesia. Y el patriciado, arruinado, se apartaba de los cargos eclesiásticos de escasa remuneración y de gloria mediocre, abandonándolos a la ambición de la pequeña burguesía. El cardenal Boccanera, que era el último príncipe purpurado descendiente de la antigua nobleza, sólo disponía para mantener su rango de unos treinta mil francos, a saber: veintidós mil que le producía el cargo, y lo que le proporcionaban algunas otras funciones remuneradas. No hubiera podido desenvolverse con tan escasos medios sin la ayuda de donna Serafina, que acudió con las migajas que quedaban de la antigua fortuna patrimonial que el cardenal había cedido en otro tiempo a sus dos hermanas y al hermano. Donna Serafina y Benedetta vivían independientes en sus habitaciones, teniendo mesa, servicio y gastos aparte. Sólo vivía con el cardenal su sobrino Dario, y no daba jamás ni una comida ni una recepción. Su gasto mayor consistía en el mantenimiento de un solo carruaje, la pesada carroza de dos caballos que le exigía el ceremonial, porque a un cardenal le está prohibido andar a pie por las calles de Roma. Pero tenía la ventaja de que el cochero, antiguo servidor suyo, le economizaba un palafrenero, porque nunca consintió en que nadie más que él cuidase del carruaje y de los dos caballos negros, que también se habían hecho viejos en la casa. Los lacayos eran dos, padre e hijo, este último nacido en el palacio. La mujer del cocinero hacía también de ayudante de cocina. Pero donde mayores recortes se hicieron fue en la servidumbre de la antecámara de los nobles y en la primera antecámara; todo el personal de otros tiempos, tan brillante y nutrido, se reducía ahora a dos curas modestos, don Vigilio, que hacía de secretario y era al mismo tiempo auditor y mayordomo, y el abate Paparelli, caudatario, que servía también de capellán y de ayuda de cámara. Allí donde bullía en otros tiempos una multitud de servidores de todas clases, llenando con su esplendor los salones, sólo se veían ahora dos modestos ensotanados de negro, que iban y venían sin ruido, dos sombras discretas que se perdían en la espesa sombra de aquellas habitaciones muertas.

Ahora sí que comprendía Pierre la altiva despreocupación con que el cardenal dejaba que el tiempo acabase su obra de ruina en el palacio de sus antecesores, al que no le era posible devolver la vida gloriosa que había tenido en otros tiempos. La mansión, edificada precisamente para esa clase de vida, se derrumbaba, entre sombras y soledad, sobre la cabeza de su último dueño, que no tenía suficientes servidores para poblarlo, y que tampoco podía

encontrar dinero suficiente para pagar las reparaciones que necesitaba. Y puesto que el mundo moderno se mostraba hostil, puesto que la religión había dejado de ser la soberana, puesto que la sociedad no era ya la misma y se caminaba hacia lo desconocido, en medio del rencor y de la indiferencia de las nuevas generaciones, ¿no era preferible dejar que el mundo antiguo cayese hecho polvo, manteniendo el orgullo obstinado de su gloria secular? Únicamente los héroes saben morir de pie sin ceder nada del pasado, fieles a la misma fe hasta rendir su último aliento, manteniendo la dolorosa valentía y la tristeza infinita de quien asiste a la lenta agonía de su Dios. En aquel gran retrato del cardenal, en su rostro pálido, altivo, obstinado y valiente, se leía esa energía obstinada de dejarse sepultar bajo los escombros del viejo edificio social antes que cambiar uno solo de sus sillares.

Pero el leve roce de unos pies que caminaban furtivamente, parecidos al pataleo de un ratón que corre, sacó de sus imaginaciones al cura francés, haciéndole volver la cabeza. Acababa de abrirse debajo de las colgaduras una puerta, y Pierre vio, sorprendido, que se detenía ante él un abate de unos cuarenta años, bajo de estatura y voluminoso, que tenía todas las trazas de una solterona vestida con faldas negras, muy avejentado, con la cara fofa y surcada por arrugas profundas. Era el abate Paparelli, el caudatario, mayordomo también, y que estaba encargado, como tal, de hacer la presentación de los visitantes; al ver a Pierre se acercó a interrogarle, pero enseguida intervino don Vigilio, poniéndole al corriente de todo.

—¡Ah! Muy bien, muy bien. De modo que es el abate Froment, a quien Su Eminencia se dignará recibir... Habrá que esperar, habrá que esperar.

Y dicho esto se dirigió hacia la segunda antecámara, en la que solía estar por regla general, caminando silenciosamente y balanceándose a derecha e izquierda.

Aquella cara de vieja beata, empalidecida por el celibato y por la práctica de hábitos demasiado extenuantes, disgustó a Pierre; y como don Vigilio, fatigado y febril, no había reanudado el trabajo inmediatamente, se aventuró a hacerle algunas preguntas. ¡Oh! El abate Paparelli era un hombre de mucha fe, que se mantenía por pura modestia en un cargo humilde, junto a la persona de Su Eminencia. Por lo demás, el señor cardenal sabía apreciarlo en todo su valor, y a veces se dignaba dar oídos a sus opiniones. Había en los ojos febriles de don Vigilio una sorda ironía, una cólera disimulada. Y, entretanto, continuaba examinando a Pierre, tranquilizándose poco a poco, conquistado por la evidente rectitud de aquel extranjero, que no parecía pertenecer a

ninguna banda. Y acabó sobreponiéndose a su desconfianza constante y morbosa, llegando hasta entablar conversación por breves momentos.

—En efecto, en efecto, la tarea es a veces bastante dura y copiosa... Su Eminencia forma parte de muchas congregaciones: el Santo Oficio, el Index, los Ritos, la Consistorial. Y todos los legajos tienen que pasar por mi mano, para despachar los asuntos de su incumbencia. Estudio los asuntos, hago un informe y le desbrozo el trabajo... Eso sin contar con que toda la correspondencia tiene que pasar también por mis manos. Por fortuna, Su Eminencia es un santo y no anda en intrigas, ni en favor suyo ni en favor de otros, y esto hace que podamos vivir un poco aislados.

Pierre sentía vivo interés por todos estos detalles íntimos de la existencia de uno de los príncipes de la Iglesia, tan poco conocidos y tan deformados a veces por la leyenda. Se enteró de que el cardenal se levantaba a las seis de la mañana, lo mismo en invierno que en verano. Decía misa en su capilla, que estaba en una habitación muy reducida que tenía por todo moblaje un altar de madera pintada, y en la que no entraba nunca nadie. Por lo demás, su apartamento particular se componía de un dormitorio, un comedor y un despacho, habitaciones todas muy modestas y reducidas, que se habían construido dividiendo por medio de tabiques un gran salón. El cardenal vivía allí muy retirado, sin lujo alguno, como hombre sobrio y pobre. Tomaba a las ocho para desayunar un vaso de leche fría. Y, a continuación, si era día de sesión, acudía a las congregaciones de las que formaba parte; cuando no, se quedaba en casa para dar audiencias. Almorzaba a la una y hacía la siesta a continuación, hasta las cuatro y aun hasta las cinco durante el verano; la siesta en Roma es el momento sagrado durante el cual no se atreve un criado ni siquiera a llamar a la puerta. Después de la siesta, si hacía buen tiempo, daba un paseo en carruaje por el lado de la antigua via Appia, y regresaba a la puesta del sol, cuando las campanas tocaban el Ángelus. Finalmente, después de recibir visitas entre siete y nueve de la noche, cenaba, penetraba en sus habitaciones, y ya no volvía a salir de ellas, trabajaba a solas o se acostaba. Los cardenales van a visitar al papa dos o tres veces al mes, en días fijos, para los asuntos del servicio. Pero hacía ya un año que el camarlengo no había sido recibido en audiencia particular, lo que equivalía a un signo de desgracia, a una demostración de guerra que daba pábulo a las conversaciones del mundo negro, conversaciones en voz baja y con cautela.

—Su Eminencia es hombre un poco rudo —proseguía diciendo con entuusiasmo don Vigilio. Estaba encantado de soltar la lengua, de abandonar un momento la tensión de su espíritu—. Sin embargo, hay que ver su sonrisa



cuando su adorada sobrina, la contessina, baja a darle un beso... Sepa usted que si le reciben bien se lo tendrá que agradecer a la contessina.

En ese instante los interrumpieron en su conversación. Llegaba ruido de voces desde la segunda antecámara. Don Vigilio se levantó vivamente y saludó con una profunda inclinación al ver que entraba un señor grueso, vestido con sotana negra y banda roja a la cintura, cubierta la cabeza con sombrero negro con cordones rojo y oro; el abate Paparelli le acompañaba haciendo una verdadera exhibición de humildad reverente. Don Vigilio hizo también un signo a Pierre para que se pusiese de pie, y acertó a susurrarle en voz baja:

—El cardenal Sanguinetti, prefecto de la Congregación del Index.

Entretanto, el abate Paparelli se prodigaba, todo atenciones, repitiendo con un acento de beatífica satisfacción:

—Están esperando a Su Eminencia reverendísima. Tengo órdenes de hacerle pasar inmediatamente... Su Eminencia el Gran Penitenciario ha llegado ya.

Sanguinetti, elevando la voz y marcando bien los pasos, exclamó con brusca familiaridad:

—Bueno, bueno; a mí me ha impedido venir antes toda una caterva de gentes importunas. Nunca puede hacer uno lo que quisiera. Pero ya estoy aquí.

Era un hombre de sesenta años, grueso y rechoncho, carirredondo y sanguíneo, de nariz enorme, labios gruesos y ojos vivaces que estaban constantemente en movimiento. Pero más que nada sorprendía por su aspecto de juventud activa, casi turbulenta; sus cabellos eran todavía negros, y apenas si entre ellos se distinguía alguna hebra de plata, cuidadosamente peinados de manera que cayesen sobre las sienes formando bucles. Había nacido en Viterbo y había seguido las clases en el seminario de dicha ciudad antes de trasladarse a Roma para dar fin a sus estudios en la Universidad Gregoriana. Su hoja de servicios eclesiásticos demostraba de una manera elocuente la rapidez con que había hecho carrera y la flexibilidad de su inteligencia: empezó como secretario de la nunciatura en Lisboa, fue nombrado luego obispo titular de Tebas y se le encargó una misión delicada en el Brasil; nada más regresar del Brasil fue nombrado nuncio en Bruselas, y de allí pasó a Viena. Finalmente, fue ascendido a cardenal, y acababa de obtener además el obispado suburbicario de Frascati. Hombre ducho en los negocios, concedor práctico de toda Europa, el único cargo que se le podía hacer era el de su ambición no disimulada, el de que no dejase en ningún momento de intrigar.

Aunque en algún tiempo hubiese dado pruebas de buena disposición al Quirinal, se afirmaba ahora que pertenecía al partido de los irreconciliables, y que exigía de Italia la devolución de Roma. En sus ansias furiosas de ser el papa futuro, saltaba de un partido a otro, procurando atraer a las gentes al precio de mil molestias para luego abandonarlas. Por dos veces se había indispuesto con León XIII, pero luego había hecho acto de sumisión por creerlo de buena política. La verdad era que, siendo candidato declarado a la dignidad papal, se desgastaba con sus constantes esfuerzos, se metía en demasiadas cosas, no dejaba en paz a nadie.

Pero Pierre sólo había visto en él al prefecto de la Congregación del Index, y un solo pensamiento le emocionaba: el pensar que era este hombre quien iba a decidir la suerte de su libro. Por eso, cuando desapareció el cardenal y volvió Paparelli a la segunda antecámara, no pudo contenerse, y preguntó a don Vigilio:

—Por lo visto, existe una gran amistad entre Sus Eminencias los cardenales Sanguinetti y Boccanera.

La boca del secretario se contrajo con una sonrisa y llameó en sus ojos una ironía, que no fue ya capaz de disimular:

—¡Oh! Tanto como eso, no... Se visitan, cuando no tienen más remedio.

Y explicó a continuación que al cardenal Boccanera le guardaban siempre ciertos miramientos a causa de su nobleza de nacimiento, y que siempre que se ofrecía algún asunto grave, como ocurría ahora, y era necesario celebrar alguna reunión con independencia de las sesiones de costumbre solían casi siempre hacerlo en casa de aquél. El cardenal Sanguinetti era hijo de un oscuro médico de Viterbo.

—No, no... La verdad es que Sus Eminencias no son amigos. Es muy difícil congeniar cuando no se tienen ni las mismas ideas ni el mismo carácter. Y, sobre todo, cuando uno sirve de estorbo al otro.

Al decir estas últimas palabras bajó la voz, como si hablase para sí mismo, y esbozó una leve sonrisa.

—Por lo que veo, se reúnen con objeto de tratar algún asunto de la Congregación del Index —dijo Pierre.

Don Vigilio estaba con seguridad al tanto del objeto de la reunión, pero se limitó a contestar que, si se hubiese tratado de cosas de la Congregación del Index, la reunión se habría celebrado en casa del prefecto de la congregación. Pierre no pudo reprimirse y le preguntó sin rodeos:

—Usted estará seguramente al corriente de mi asunto, del de mi libro, ¿no es así? Como Su Eminencia forma parte de esa congregación y los

expedientes pasan por sus manos, es posible que pudiese darme algún informe que me fuese útil. Yo estoy a ciegas, y tengo verdadera prisa por saber algo.

Pero don Vigilio se sintió de pronto acometido por su azoramiento e inquietud de siempre. Y empezó por decir, balbuceando, que todavía no había visto aquel expediente, lo cual era cierto.

—Le aseguro que no estoy al corriente de nada, porque no ha llegado todavía a nuestras manos ningún documento.

Y como viese que el cura francés iba a insistir, le hizo señal de que callase, y se puso otra vez a escribir, lanzando miradas furtivas hacia la segunda antecámara, como si temiese que el abate Paparelli estuviese escuchando. Sin duda alguna, se había excedido en palabras. Y se pegó a la mesa, formando un solo cuerpo con ella, esfumándose en la oscuridad de aquel rincón.

Entonces Pierre, invadido nuevamente por todas aquellas escenas desconocidas de las que se veía rodeado, por la tristeza y la modorra secular de aquellos objetos, volvió a caer en su anterior desvarío. Pasaron minutos interminables, eran ya cerca de las once. Al fin, le despertó el ruido de una puerta y el de unas voces. Se inclinó respetuosamente cuando pasó el cardenal Sanguinetti, que se retiraba acompañado por otro cardenal, muy alto y muy asarmentado, de rostro pálido y alargado de hombre ascético. Pero ni el uno ni el otro parecieron haber fijado su atención en aquel sencillo cura extranjero, que se inclinaba de ese modo a su paso. Conversaban en alta voz, con familiaridad.

—¡Ya lo creo! Hoy hace más calor que ayer; hoy no sopla la brisa.

—Esto quiere decir que mañana tendremos sirocco.

Se hizo de nuevo el silencio solemne en la espaciosa habitación envuelta en sombras. Don Vigilio seguía escribiendo sin interrupción, ni siquiera se percibía el ruidito de su pluma al correr sobre el duro papel amarillento. Se oyó el tintineo de una campanilla rajada, y el abate Paparelli acudió desde la segunda antecámara, penetró para volver a salir casi enseguida del salón del trono, hizo señal a Pierre de que le siguiera y le anunció con su vocecita clara:

—El señor abate Pierre Froment.

El salón, muy espacioso, estaba también en ruinas. Bajo el techo admirable, de madera tallada y dorada, el brocatel que tapizaba las paredes, y cuyo dibujo consistía en grandes ramas de palmeras, se caía a pedazos. Se habían hecho algunas reparaciones, pero el desgaste ponía manchas de tono pálido en el rojo oscuro de la seda, que había tenido en otros tiempos una magnificencia deslumbradora. Lo más raro que había en el salón era el

antiguo trono, el sillón de terciopelo rojo en el que solía sentarse el Santo Padre cuando iba de visita a casa del cardenal. Sobre él se alzaba un dosel, también de terciopelo rojo, y bajo el dosel se veía un retrato del papa reinante. Y, de acuerdo con el protocolo, el sillón estaba vuelto contra la pared, para indicar que nadie debía usarlo. Fuera de esto, el único mobiliario del espacioso salón consistía en algunos canapés, sillones, sillas y una magnífica mesa Luis XIV, de madera dorada con cubierta de mosaico, que representaba el rapto de Europa.

Pero Pierre sólo vio en el primer momento al cardenal Boccanera, que estaba de pie junto a otra mesa que le servía de escritorio. Vestido con una sencilla sotana negra, orillada de rojo y con botones rojos, le pareció a Pierre mucho más imponente y altivo que en el retrato en traje de ceremonia. Los mismos cabellos blancos cayéndole en bucles, la cara alargada, cortada por anchos surcos, la misma nariz gruesa y los mismos labios delgados, e iluminando todo el rostro, los ojos ardientes, bajo la sombra de las pobladas cejas, que seguían conservando su negrura. Pero del retrato no se desprendía la fe soberana y tranquila que irradiaba de aquella figura elevada, con la certidumbre absoluta de quien sabe donde se encuentra la verdad y está totalmente resuelto a no apartarse nunca de ella.

Boccanera no se había movido, miraba fijamente, con sus ojos negros, al visitante que avanzaba. El sacerdote, que ya conocía el ceremonial, se arrodilló y besó la gruesa esmeralda que llevaba en su anillo el cardenal. Éste le hizo levantar enseguida.

—Sea bienvenido entre nosotros, querido hijo... Mi sobrina me ha hablado de usted con tanta simpatía, que me hace recibir su visita con verdadero placer.

Tomó asiento al lado de la mesa, sin invitarle todavía a tomar asiento, y continuaba examinándole, mientras hablaba con su voz lenta y llena de cortesía.

—Tengo entendido que ha llegado ayer por la mañana, estará muy fatigado, ¿no es así?

—Su Eminencia es excesivamente bondadoso conmigo... En efecto, estoy cansado; pero es tanto por efecto de las emociones que por el cansancio. ¡Es tan trascendental para mí este viaje!

Pareció que el cardenal no quería entablar desde el primer momento conversación alguna acerca del tema trascendental.

—Lo comprendo. Parece que no, pero hay una buena distancia desde París a Roma. Hoy se realiza el viaje con bastante rapidez. ¡Qué diferencia con

otros tiempos!

Su voz se hizo cada vez más pausada.

—Una sola vez he ido a París, hace mucho tiempo, creo que hace cincuenta años, y sólo pasé allí una semana... Es una población muy grande y hermosa, desde luego. Las calles están siempre llenas de gente muy bien educada; es un pueblo que ha hecho cosas admirables. Ni aun en las tristes circunstancias actuales es posible olvidar que Francia ha sido la hija mayor de la Iglesia... Después de aquel único viaje mío no he vuelto a salir de Roma.

Acabó su pensamiento con un ademán de sereno desdén. ¿Qué utilidad se sacaba de aquellas correrías por el país de la duda y de la rebeldía? ¿No bastaba con vivir en Roma, la Roma que regía al mundo, la ciudad eterna, que volvería a ser la capital del mundo cuando llegasen los tiempos profetizados?

Pierre, que le escuchaba en silencio y que evocaba en él al príncipe violento y pendenciero de otros tiempos, reducido ahora a aquella sotana sencilla, le encontró hermoso, poseído de la orgullosa convicción de que Roma se bastaba a sí misma. Pero aquella obstinación en no querer enterarse, aquella resolución de no dar a las demás naciones otro trato que el de vasallaje, le produjo cierta inquietud, porque al pensar en sí mismo tuvo que acordarse de cuál era el motivo de su viaje. Y en un momento en que se hizo una pausa en la conversación le pareció oportuno volver a entrar en materia por medio de unas palabras de homenaje.

—Antes que nada, he querido presentar mis respetos a Su Eminencia, porque es Su Eminencia mi única esperanza, y espero que se dignará aconsejarme y dirigirme.

Entonces, Boccanera le invitó con un gesto de la mano a que tomase asiento frente a él.

—Ciertamente, querido hijo, que no he de negarle mi consejo. Todo cristiano que desea obrar rectamente tiene derecho a mi consejo. Pero haría usted mal en contar con mi influencia: carezco de toda ella. Vivo completamente apartado, y no puedo ni quiero pedir nada... Pero esto no es razón para que conversemos un poco.

Y prosiguió hablando, y abordó la cuestión francamente, sin andarse con rodeos, con el ánimo entero y resuelto de quien no se asusta de responsabilidades.

—Usted ha escrito, según yo tengo entendido, un libro que se titula *La nueva Roma*, y ha hecho este viaje para defenderlo, porque lo tiene a examen la Congregación del Index... Yo no lo he leído todavía. Ya se dará cuenta de que no puedo leerlo todo. Me limito a leer los libros que me envía la

congregación, de la que formo parte desde hace un año. Y hasta suelo a veces limitarme al informe que me redacta mi secretario... Pero mi sobrina Benedetta lo ha leído y me ha asegurado que no carece de interés, que al principio la sorprendió y que después le produjo profunda emoción... Le prometo, pues, que lo leeré, y que examinaré con el mayor interés los pasajes en que se os censura.

Pierre aprovechó la ocasión para iniciar su defensa. Creyó que lo mejor que podía hacer era dar referencias suyas en París.

—Su Eminencia comprenderá todo mi asombro al enterarme de que mi libro era perseguido... El señor vizconde Philibert de la Choue, que se digna testimoniarme alguna amistad, me repite una y otra vez que un libro como el mío equivale a todo un ejército en favor de la Santa Sede.

—¡Ya! ¡De la Choue, de la Choue! —repitió el cardenal con un mohín de bondadoso desdén—. Ya sé que de la Choue pretende ser un buen católico. Ya sabe usted que está algo emparentado con mi familia. Y cuando se hospeda en nuestro palacio me es muy grato recibir su visita, con la condición de no hablar de ciertos temas, en los que jamás llegaríamos a ponernos de acuerdo... Pero, en resumidas cuentas, el catolicismo de ese buen señor de la Choue, con sus corporaciones, sus círculos de obreros, su democracia descarada y su vago socialismo, no es más que literatura.

Aquella palabra produjo impresión en Pierre, porque se dio cuenta de toda la ironía desdeñosa que encerraba, y que le alcanzaba también a él. Por eso se apresuró a nombrar a la otra persona que era garante suyo, y que juzgaba que gozaría de una autoridad indiscutible.

—También Su Eminencia el cardenal Bergerot se ha dignado aprobar por completo mi obra.

La expresión del rostro de Boccanera cambió bruscamente. Ya no indicaba censura burlona ni la compasión que despierta en presencia de los actos inconsiderados de un niño, destinados a un fracaso irremediable. Una llama de ira iluminó los ojos oscuros, y todo el rostro se endureció con una resolución combativa.

—No cabe duda —contestó con voz pausada— que el cardenal Bergerot goza en Francia de una gran fama de hombre piadoso. En Roma le conocemos muy poco. Yo no le he tratado personalmente más que en una ocasión: cuando vino para recibir el capelo. Y por eso no me permitiría adelantar un juicio acerca de él, si sus últimos escritos y acciones no hubiesen contristado mi alma de creyente. Por desgracia, no soy yo el único que se encuentra en

este caso; aquí, en el Sacro Colegio, no encontrará usted a nadie que le defienda.

Se detuvo, y luego dijo con voz cortante:

—El cardenal Bergerot es un revolucionario.

Esta vez quedó Pierre por un momento mudo de sorpresa. ¡Dios Santo! ¡Revolucionario aquel pastor de almas, tan bondadoso, de caridad inagotable, que sólo soñaba con que Jesús volviese otra vez al mundo para que reinasen al fin la justicia y la paz! Según eso, las palabras no tenían en todas partes el mismo sentido. ¿Qué religión era esta que consideraba la religión de los pobres y de los dolientes como un amor condenable, como una simple insurrección?

Sin comprender todavía del todo, tuvo la sensación de que sería incorrecto e inútil el entablar discusión, y sólo se preocupó ya de dar detalles de su libro, de explicarlo y demostrar su inocencia. Pero el cardenal le interrumpió desde las primeras frases.

—No, no, querido hijo. Esto nos ocuparía demasiado tiempo, y yo quiero leer los pasajes en cuestión. Por lo demás, existe una regla absoluta: todo libro que afecta a la fe es pernicioso y condenable. Supongo que su libro será profundamente respetuoso con el dogma.

—Así lo creo, y le aseguro a Su Eminencia que no he pretendido hacer con él obra de negación.

—Perfectamente, y si esto es cierto, tal vez pueda ponerme de su lado... Pero si no es así, sólo un consejo puedo darle: que retire usted mismo su obra, que la condene y la destruya, sin esperar a que la sentencia de la Congregación del Index le obligue a ello. Es el mismo autor del escándalo quien debe suprimirlo y expiarlo, cortando en su propia carne. El único deber del sacerdote es la humildad y la obediencia, el total aniquilamiento de su ser en la voluntad soberana de la Iglesia. Además, ¿para qué escribir? El solo hecho de expresar la propia opinión equivale ya a rebelarse, es siempre el diablo quien nos pone la pluma en la mano para tentarnos. ¿Para qué correr el peligro de condenarse, sucumbiendo al orgullo de la inteligencia y del dominio?... Su libro, hijo mío, no es otra cosa que literatura, literatura nada más.

Repetía el cardenal con tal desprecio esta palabra, que no pudo menos Pierre que sentir la angustia de las pobres páginas de apóstol que había escrito, y que ahora iban a caer bajo la mirada de aquel príncipe convertido en santo. Le escuchaba y veía al mismo tiempo cómo se agigantaba, y el temor y la admiración de Pierre eran cada vez mayores.

—Hay que tener, hijo mío, fe; la fe total, desinteresada, la que busca la felicidad en el creer por el creer. ¡Qué sosiego le invade a uno cuando se inclina delante de los misterios, sin intentar comprenderlos, con la tranquila seguridad de que, por el solo hecho de aceptarlos, se está ya en posesión de lo cierto y definitivo! ¿Qué mayor satisfacción intelectual puede haber que esta que proporciona lo divino al apoderarse de la razón, disciplinándola y colmándola, dejándola para siempre ahíta y satisfecha? Fuera de esta explicación de lo desconocido por medio de lo divino, no puede encontrar el hombre una paz duradera. Si se quiere que la verdad y la justicia reinen en este mundo, hay que fundarlas en Dios. El que carece de fe es un campo abierto a todos los desastres. No hay liberación ni apaciguamiento fuera de la fe.

Pierre permaneció callado unos momentos ante aquella figura que se alzaba ante él, gigantesca. En Lourdes sólo había podido ver a la Humanidad doliente que se precipitaba en pos de la curación del cuerpo y del consuelo del alma. Aquí tropezaba con el creyente intelectual, con la inteligencia que siente ansias de certidumbre y que se recrea saboreando el refinado placer de no sentir ya la duda. Nunca hasta entonces había escuchado aquel grito de alegría que brotaba de un vivir en la obediencia, sin la inquietud del más allá de la muerte. Pierre tenía noticias de que la juventud de Boccanera había sido bastante borrascosa, con crisis de sensualidad en que llameaba la roja sangre de sus ascendientes, y se quedaba admirado en presencia de la majestuosa calma que, gracias a la fe, había acabado por producirse en aquel vástago de una raza violenta, cuya única pasión seguía siendo el orgullo.

—Sin embargo —se arriesgó al fin a decir, con gran modestia—, aunque la fe sea lo esencial e inmutable, sus formas varían... Día a día evoluciona todo, el mundo se transforma.

—¡Eso no es cierto! —exclamó el cardenal—. El mundo permanece inmóvil, y será siempre el mismo... Patalea, se extravía, se lanza por las rutas más odiosas, y un día y otro hay que volverlo a traer al camino recto. Ésa es la verdad... ¿No es cierto que, si han de cumplirse las promesas de Cristo, tiene que volver a su punto de partida, a la primera inocencia? ¿No es cierto que el fin de los tiempos tiene que coincidir con el día triunfal en que los hombres hayan entrado en posesión de toda la verdad, de la que nos ha traído el Evangelio?... ¡No y no! La verdad se encierra en el pasado, y si no queremos extraviarnos, tenemos que guiarnos siempre por el pasado. Esas novedades tan bonitas, esos espejismos del cacareado progreso, no son más que los lazos en que nos espera la perdición eterna. ¿A qué conduce el seguir buscando, el



exponernos a toda clase de peligros de caer en el error, cuando hace ya dieciocho siglos que ha sido dada a conocer la verdad? La verdad reside únicamente en el catolicismo apostólico y romano, obra de una larga serie de generaciones. ¡Qué locura más grande el intentar modificar lo que ha sido creado por tantos espíritus eminentes, por tantas almas piadosas que lo han convertido en el más admirable de los monumentos, en el instrumento singularísimo de orden en este mundo y de salvación en el otro!

Pierre no quiso ya hacer objeciones. Ya no le era posible dudar de que tenía ante él a un adversario implacable de las ideas que le eran más queridas. Se inclinó, respetuoso; se quedó frío al sentir en su cara la brisa, el vientecillo lejano que le traía el frío mortal de los sepulcros. Pero el cardenal, de pie, irguiéndose en toda su estatura, proseguía hablando con voz obstinada, en la que repercutía su altiva resolución.

—Y si fuese cierto, como lo pregonan sus enemigos, que el catolicismo está herido de muerte, deber suyo es morir de pie, en toda su gloriosa integridad... Óigame bien, señor abate: ni una sola concesión, ni un solo paso atrás, ni una sola debilidad. Es como es, y no puede ser de otra manera. La certidumbre divina, la verdad total, no puede modificarse; la más pequeña piedra que se arranque al edificio no puede menos que acarrear derrumbamientos... Por lo demás, todo esto que le digo es de una evidencia completa. Cuando en una casa vieja se hace funcionar la piqueta con el pretexto de ejecutar reparaciones, las cosas no hacen sino empeorar. Las grietas aumentan. Si fuese cierto que Roma corre peligro de venirse abajo, no servirían todos los remiendos y revocos sino para apresurar la catástrofe inevitable. Y, en vez de morir a lo grande, con impasibilidad, tendríamos la más despreciable de las agonías, la muerte del cobarde que forcejea y pide perdón... Por mi parte, yo espero. Estoy convencido de que se trata únicamente de horrendas mentiras, porque el catolicismo no ha sido nunca tan sólido, porque su eternidad arranca del único manantial de vida. Pero si el firmamento se viniese abajo algún día, me encontraría aquí, en medio de estos viejos muros que se desmoronan, bajo estos techos antiguos, cuyas vigas están roídas por la polilla, y aquí, de pie, entre los escombros, rendiría mi espíritu, recitando por última vez el Credo.

Su voz se había ido haciendo más pausada, y se había teñido de una tristeza altanera; cuando habló del palacio en que vivía, ahora silencioso y solitario, perdiendo cada día un poco más de vida, hizo con la mano un gesto amplio. ¿Era eso tal vez un presentimiento involuntario, el vientecillo helado que venía de las ruinas y que soplaba en las sienas del cardenal? Eso

explicaba el abandono que reinaba en los amplios salones, las colgaduras de seda cayéndose a pedazos, los escudos de armas ajados por el polvo, el capelo rojo roído por la polilla. Había una grandeza desesperada y magnífica en aquel príncipe y cardenal, en aquel católico intransigente que se envolvía así en las sombras cada vez más intensas del pasado, desafiando con temple de soldado el derrumbamiento inevitable del mundo antiguo.

Pierre, atónito, iba a despedirse; pero se abrió en ese instante una portezuela que estaba tapada por las colgaduras. Boccanera hizo un brusco ademán de impaciencia.

—¿Qué hay? ¿No me pueden dejar en paz ni un momento siquiera?

A pesar de esta protesta, el abate Paparelli, el caudatario obeso y dulzón, se adelantó, con toda tranquilidad. Se acercó al cardenal que, al verle, se había tranquilizado, y murmuró, muy por lo bajo, a su oído algunas palabras.

—¿Qué cura?... ¡Ah, sí! Santobono, el cura de Frascati. Ya recuerdo. Dígale que no puedo recibirle ahora. Paparelli volvió a tomar la palabra, con su voz afeminada. Pierre consiguió pescar algunas palabras: un asunto urgente, el cura tenía que marcharse enseguida, sólo tenía que decirle algunas palabras. Y Paparelli, sin esperar la autorización, introdujo a su protegido, al que había dejado detrás de la pequeña puerta. Y a continuación se retiró, con la tranquilidad del subalterno que tiene conciencia de su omnipotencia, a pesar de la pequeñez de su cargo.

Pierre, al que habían dejado olvidado, vio entrar un sacerdote desgarbado, de facciones duras, hijo de campesinos y hombre también de campo. Sus pies eran descomunales; sus manos, asarmentadas; el rostro, curtido y lleno de costurones, estaba iluminado por unos ojos negros y llenos de vivacidad. Se conservaba muy vigoroso, a pesar de sus cuarenta y cinco años, y daba la impresión de un bandido disfrazado, con su barba de varios días y la sotana desproporcionada con que cubría sus miembros descarnados y huesudos. Pero la expresión de su rostro no tenía nada de bajeza, sino que era más bien altiva. Llevaba un cestillo, cubierto cuidadosamente con hojas de higuera.

Santobono se arrodilló inmediatamente y besó el anillo; pero lo hizo con rapidez, como un acto corriente de cortesía. Y luego dijo, con la respetuosa familiaridad de la gente de pueblo frente a los grandes:

—Su Eminencia reverendísima me perdonará mi insistencia. Hay gente esperando, y yo no hubiera conseguido que me recibiese, de no habersele ocurrido a mi antiguo camarada, Paparelli, la idea de hacerme venir... Tengo que pedir a Su Eminencia un gran favor, un favor que me llegaría al alma... Pero, permítame antes que le presente este pequeño obsequio.

Boccanera le escuchaba con semblante grave. Le había tratado bastante en otros tiempos, cuando iba a veranear a Frascati, a la villa principesca que poseía la familia, edificio del siglo XVI, reconstruido, con un parque maravilloso, desde cuya terraza se divisaba la Campaña romana, inmensa y pelada como el mar. La villa había sido enajenada, y en sus viñedos, que habían correspondido a Benedetta, había empezado a edificar el conde Prada, antes de la instancia de divorcio, todo un barrio nuevo de casitas de recreo. En aquellos tiempos solía el cardenal, en sus paseos a pie, dignarse entrar a descansar unos momentos en casa de Santobono, que tenía a su cargo una antigua capilla consagrada a Santa María de los Campos, fuera de la ciudad. Adosada a la capilla había una especie de choza en ruinas, en la que vivía el cura. Pero su mayor encanto era el huerto, cerrado con tapias, que aquél cultivaba con todo el afán de un verdadero campesino.

—Como todos los años —dijo, a tiempo que colocaba el cestillo sobre la mesa—, he querido que Su Eminencia saborease mis higos. Son los primeros de la estación y los he cogido esta misma mañana para Su Eminencia. ¡Cómo solían gustarle, en los tiempos en que se dignaba venir a comerlos del mismo árbol! Recuerdo que me decía que no había en el mundo una higuera que diese higos como aquéllos.

El cardenal no pudo contener una sonrisa. Le gustaban con pasión los higos, y la higuera de Santobono gozaba de reputación en toda la comarca.

—Muchas gracias, mi querido Santobono. Veo que no olvida usted mis pequeños vicios... Veamos en qué puedo servirle.

Había recobrado su seriedad, porque recordaba las antiguas discusiones que solía tener con el cura aquel, y sus divergencias de criterio, que llegaban hasta a ponerlos a mal. Santobono, que había nacido en Nemi, región agreste, y que pertenecía a una familia de gentes de carácter violento, habiendo muerto su hermano mayor de una cuchillada, profesó siempre ideas ardientemente patrióticas. Se contaba de él que había estado a punto de alistarse con Garibaldi, y que sólo a duras penas se consiguió que no enarbolase en su casa la bandera de la unidad italiana el día que los italianos entraron en Roma. Su ideal entusiasta era el ver a Roma convertida en señora del mundo, lo que se realizaría el día en que el papa y el rey uniesen sus esfuerzos, después de haberse reconciliado. El cardenal le tenía por revolucionario peligroso, por uno de los sacerdotes renegados que ponen en peligro al catolicismo.

—¿En qué puede servirme Su Eminencia? ¡Vea Su Eminencia el gran favor que puede hacerme! —exclamó Santobono con acento apasionado y

juntando sus manos asarmentadas. Pero, de pronto, pareció recobrase, y preguntó:

—¿No le ha hablado de mi asunto a Su Eminencia reverendísima, Su Eminencia el cardenal Sanguinetti?

—No. El cardenal me dijo simplemente que usted me visitaría, que tenía que hacerme una petición.

El semblante de Boccanera se ensombreció, y sus facciones se hicieron más duras. No ignoraba que Santobono se había convertido en cliente de Sanguinetti desde que éste había sido nombrado obispo suburbicario y pasaba semanas y semanas en Frascati. Todos los cardenales que son candidatos al Papado suelen tener a su sombra gentes así, que apuestan la ambición de su vida a la elección de su favorito: si éste alcanza la dignidad papal, si ellos le han servido de ayuda, entran en el acto en la gran familia pontifical. Se decía que ya en otra ocasión había sacado Sanguinetti a Santobono de un mal paso; se hablaba de un chiquillo merodeador al que este último había sorprendido cuando escalaba la tapia de su huerto y que había muerto a consecuencia del correctivo, demasiado violento, que le había administrado Santobono. Pero es preciso hacer constar en honor de nuestro cura, que en su abnegación fanática por el cardenal entraba por mucho la esperanza de que llegase a ser el papa esperado, el papa predestinado a convertir a Italia en la gran nación soberana.

—He aquí la desgracia que me ocurre... Ya conoce Su Eminencia a mi hermano Agostino, que fue por espacio de dos años jardinero en su villa. Se trata con seguridad de un hombre sumamente cortés y cariñoso, de quien nadie ha tenido queja alguna... Pues bien, sin que nadie acertemos a explicarnos el caso, ha tenido un percance: ha matado, en Genzano, a un hombre, de una cuchillada, cierta noche en que andaba callejeando. Me encuentro profundamente contrariado, y daría gustoso dos dedos de la mano por sacarle de la cárcel. Me ha parecido que Su Eminencia no se negaría a darme un certificado haciendo constar que ha tenido a Agostino a su servicio y que no ha tenido jamás motivos de queja a propósito de su carácter.

El cardenal protestó rotundamente:

—Es que los he tenido, y era tal su irritabilidad de carácter que tuve que despedirle por eso precisamente, porque se peleaba a todas horas con el resto de la servidumbre.

—¡Qué dolor me causa Su Eminencia con esas palabras!

Por lo visto, ya no es mi hermano el que había sido siempre. Pero todo tiene arreglo, ¿no le parece? Su Eminencia puede darme un certificado,

disponiendo oportunamente las frases. ¡No tiene Su Eminencia idea de la buena impresión que produciría en los jueces un certificado de Su Eminencia!

—Me lo imagino, ¡cómo no! —contestó Boccanera—. Pero no se lo daré.

—De modo que ¡Su Eminencia me lo niega!

—En redondo. Sé que es usted un sacerdote de absoluta moralidad, que cumple su santo ministerio celosamente y que, de no mediar sus ideas políticas, no habría pero que ponerle. Sin embargo, en este caso, su cariño fraternal lo ha inducido a error, porque yo no puedo mentir para serle agradable.

Santobono le contemplaba estupefacto y no acertaba a comprender que un príncipe, que un cardenal todopoderoso se detuviese ante obstáculos tan insignificantes, puesto que se trataba de una simple cuchillada, del percance más vulgar y corriente en aquellas comarcas, todavía salvajes, de los Castillos romanos.

—Mentir, mentir —murmuró—; no es mentir el decir únicamente lo bueno de una persona, cuando tiene su lado bueno, como mi hermano Agostino. En un certificado todo depende de las frases que se empleen.

Se emperraba en aquella combinación, y no le cabía en la cabeza que hubiese quien se negase a llevar el convencimiento al ánimo de los jueces, mediante una manera ingeniosa de presentar los hechos. Cuando se convenció de que no conseguiría nada, hizo un ademán de desesperación y se dibujó en su cara terrosa una expresión de odio, mientras llameaba en sus ojos negros la ira, difícilmente contenida.

—Está bien, está bien. Cada cual ve la verdad a su manera. Volveré a casa de Su Eminencia el cardenal Sanguinetti a contarle lo que me ha ocurrido. Ruego a Su Eminencia reverendísima que no me guarde rencor por haberle molestado inútilmente... Es posible que los higos no estén completamente en sazón; pero allá, hacia fines de temporada, cuando estén completamente maduros y azucarados, me permitiré enviarle otro cestillo... Mil gracias y mil felicidades a Su Eminencia reverendísima.

Se retiraba sin volver la espalda, y su gran silueta huesuda se doblaba en dos cada vez que saludaba. Pierre, que había seguido la escena con vivo interés, creyó encontrar en Santobono al característico clero bajo de Roma, del que le habían hablado tanto antes de que emprendiera el viaje. No era el tipo del «scagnozzo», el cura harapiento y famélico, emigrado de su provincia a consecuencia de alguna aventura escabrosa y que caía en las calles de Roma en busca del pan cotidiano, a aumentar la turba de mendigos de sotana que perseguían como una fortuna las migajas de la Iglesia, disputándose, voraces,

las misas que caían al azar, y codeándose con el pueblo bajo en el interior de las tabernas de peor fama. Tampoco era el tipo de cura de las campiñas lejanas, totalmente ignorante, poseído de supersticiones groseras, campesino con los campesinos, tratado como un igual por sus ovejas, las que, en su profunda religiosidad, no le confundían jamás con el Dios bondadoso y se ponían de rodillas ante la imagen del santo de su parroquia, pero no se arrodillaban ante el hombre que vivía del santo. El sacerdote que tenía en Frascati una pequeña prebenda llegaba a cobrar hasta novecientos francos; pero no tenía que comprar más que el pan y la carne, porque podía cosechar vino, frutas y legumbres de su huerto. Era un cura que no estaba desprovisto de instrucción, sabía algo de teología y de historia, especialmente de la historia de las pasadas grandezas de Roma, y esto había hecho que su patriotismo se inflamase con el loco ensueño de que a Roma renacida, capital de Italia, le aguardaba muy pronto el dominio universal. Pero este modesto clero romano, entre el cual había muchos ejemplares llenos de dignidad e inteligencia, se hallaba separado por un foso infranqueable de los altos dignatarios del Vaticano. Todo lo que no alcanzaba por lo menos categoría de prelado, era como si no existiese.

—Doy mil gracias a Su Eminencia reverendísima y hago votos por que todo le salga a la medida de sus deseos.

Una vez que Santobono se hubo retirado, se acercó de nuevo el cardenal a Pierre, que también le saludó con una reverencia, preparándose a retirarse.

—En resumen, señor abate, no veo muy bien el asunto de su libro. Vuelvo a repetirle que no sé nada en concreto y que no he recibido el expediente. Pero, sabiendo lo que se interesa por usted mi sobrina, he hablado unas palabras con el cardenal Sanguinetti, prefecto del Index, que ha estado aquí hace un momento. Él no sabe mucho más que yo, porque el expediente no ha salido todavía de entre las manos del secretario. Pero me ha asegurado que la denuncia procede de personas de categoría que ejercen una gran influencia y que las denuncias se refieren a numerosas páginas, señalándose en ellas gran número de pasajes muy inconvenientes, tanto desde el punto de vista de la disciplina como del dogma.

El joven sacerdote, muy impresionado por aquella idea de que había enemigos ocultos que le perseguían desde sus escondrijos, exclamó:

—¡Denuncias! ¡Denuncias! ¡Si Su Eminencia supiera cómo me ahoga esta palabra! ¡Denunciado por crímenes, desde luego involuntarios, porque yo sólo he buscado ardientemente el triunfo de la Iglesia!... No me queda, pues, otro recurso que el de arrojarme a los pies del Santo Padre y defenderme ante él.

Boccanera se irguió bruscamente. Un pliegue de dureza cruzó su frente espaciosa.

—Su Santidad lo puede todo, puede incluso recibirnos, si ése es su gusto, y absolvernos... Pero, hágame caso; yo vuelvo a aconsejarle que retire usted mismo su libro, que tenga el valor de destruirlo, nada más, antes de lanzarse a una lucha en la que caerá deshecho vergonzosamente... En fin, reflexione usted.

Pierre se arrepintió inmediatamente de haber mencionado su propósito de visitar al papa, porque se dio cuenta de que aquel llamamiento a la autoridad soberana había herido al cardenal. Por lo demás, y sin género alguno de duda, este último sería un adversario de su libro; todo lo que a Pierre le quedaba era hacer valer la influencia de las personas que le rodeaban para conseguir que permaneciese neutral. Le había hablado con claridad y franqueza, sobreponiéndose a las oscuras intrigas que Pierre empezaba a adivinar en torno a su libro. Por eso le saludó con todo respeto.

—Quedo muy agradecido a Su Eminencia, y le prometo que reflexionaré acerca de todo lo que ha tenido la gran bondad de decirme.

Pierre vio que había en la antecámara cinco o seis personas que habían ido llegando durante su conversación con el cardenal, y que estaban esperando. Entre ellas había un obispo, un prelado y dos damas de edad. Al acercarse a don Vigilio, antes de retirarse, experimentó la viva sorpresa de encontrarlo en conversación con un joven alto y rubio, francés, que, al verlo, exclamó todo sorprendido también:

—¿Pero cómo es eso, señor abate? ¡Usted en Roma! El sacerdote se había quedado un instante indeciso.

—Perdóneme, señor Narcisse Habert, pero no había caído en la cuenta. Y la verdad es que no tengo excusa, porque no ignoraba que está usted agregado a la embajada desde hace un año.

Narcisse, delgado, esbelto, muy elegante, tenía el cutis muy claro, los ojos de un azul pálido, casi malva; la barba, rubia, finamente rizada; llevaba el cabello ensortijado, cortado sobre la frente, a la moda florentina. Perteneía a una familia de magistrados, gente rica y de un catolicismo militante, y tenía un tío en la diplomacia; esto había sido lo que decidió su carrera. Por lo demás, Roma era para él el lugar indicado, porque tenía parentesco con poderosas familias romanas: era sobrino, por alianza, del cardenal Sarno, una de cuyas hermanas se había casado en París con un tío suyo, notario de profesión; era primo hermano de monseñor Gamba del Zoppo, camarero secreto participante, hijo de una tía suya que se había casado en Italia con un

coronel. Por esa razón le habían enviado como agregado a la embajada cerca de la Santa Sede, y en ella se le toleraban sus andanzas, algo extravagantes, y su constante pasión por el arte, que le llevaba vagabundear por todo Roma. Por lo demás, era persona muy atenta y de una completa distinción; agréguese a esto que tenía, en el fondo, un gran sentido práctico que le orientaba admirablemente en las cuestiones de dinero. Y también le ocurría, como aquella mañana, el tener que ir a casa de un cardenal, con su expresión de fatiga y de misterio, para tratar, en nombre del embajador, de asuntos importantes.

Condujo enseguida a Pierre hasta la embrazadura de una ventana, para poder hablar con toda comodidad.

—No se puede usted imaginar, señor abate, la satisfacción que siento por este encuentro. ¿Recuerda nuestras charlas cuando nos conocimos en casa del cardenal Bergerot? ¿Cómo le indicaba yo ciertos cuadros y miniaturas de los siglos XIV y XV que le convenía conocer, a propósito de su libro? Pues sepa que, desde ahora, me apodero de su persona para llevarle a visitar Roma como nadie habrá podido visitarla. Yo lo he visto todo, lo he husmeado todo. ¡Verdaderos tesoros, verdaderos tesoros! Aunque, a fin de cuentas, todo se resume en una sola obra, y se acaba por volver siempre a lo que constituye nuestra pasión. Esa obra es el Botticelli de la Capilla Sixtina. ¡Eso sí que es grande! ¡El Botticelli!

Su voz se apagaba, subrayada por un ademán brusco de admiración. Pierre tuvo que prometerle que se dejaría guiar por él y que le acompañaría a la Capilla Sixtina.

—Seguramente —dijo al fin Pierre—, que no sabrá usted por qué me encuentro aquí. Están persiguiendo mi libro, lo han denunciado a la Congregación del Index.

—¿Su libro? —exclamó Narcisse—. ¡Eso no es posible! Hay en su libro páginas que trascienden al encantador San Francisco de Asís.

Y entonces se ofreció cortésmente para servirle.

—A propósito: nuestro embajador le será de gran utilidad. Es la mejor persona del mundo, afabilísimo, encantador y poseído de la característica honradez francesa tradicional... Se lo presentaré esta tarde o, a más tardar, mañana por la mañana, y puesto que usted parece desear una audiencia del papa, procurará obtenérsela... Pero debo advertirle que la cosa no suele ser nada fácil. Aunque el Santo Padre siente por él un gran afecto, son tantos los rodeos en que hay que andar, que más de una vez ha fracasado.



La verdad era que Pierre no había pensado en servirse del embajador, porque se hallaba poseído de la ingenua idea de que los sacerdotes acusados que acudían a defenderse encontraban todas las puertas abiertas. Quedó encantado con el ofrecimiento de Narcisse, y le dio las más expresivas gracias, dando ya por obtenida la audiencia.

—Por lo demás —continuó diciéndole el joven—, si se nos presentan algunas dificultades, ya sabrá usted que yo tengo parientes en el Vaticano. Y no me refiero a mi tío el cardenal, que no nos serviría para nada, porque vive encerrado en su despacho de la Propaganda y se niega a realizar ninguna gestión. Pero mi primo monseñor Gamba del Zoppo es un hombre encantador que vive en la intimidad del papa y que, por su cargo, está a su lado a todas horas. Si hace falta, yo se lo presentaré y se las arreglará con toda seguridad para convenir la entrevista, aunque sea una persona que, a veces, anda con remilgos para no comprometerse... En una palabra, y no hablemos más del asunto: usted se pone en mis manos en todo y para todo.

Pierre, aliviado y feliz, exclamó:

—Mi querido señor, acepto con toda el alma su ofrecimiento y no puede figurarse el alivio que me proporciona. Desde que llegué no he encontrado en todo el mundo más que motivos de desánimo, y es usted la primera persona que me devuelve un poco de energía, encarando el problema al estilo de Francia.

Y bajó la voz para contarle su entrevista con el cardenal, su certidumbre de que no había de ayudarle en nada, los datos desagradables que le había dado el cardenal Sanguinetti, y, finalmente, la rivalidad que percibía entre los dos cardenales. Narcisse le escuchaba sonriente y se dejó llevar también por la tendencia al comadreo y a las confidencias. El mundo negro se encontraba revuelto desde hacía tiempo por aquella rivalidad, por aquel disputarse prematuramente la tiara que uno y otro ambicionaban con ansia. Nadie podría decir a ciencia cierta de dónde arrancaban los hilos de la vasta intriga, que tenía interioridades de una complicación increíble. A bulto, era cosa sabida que Boccanera representaba la intransigencia, el catolicismo, libre de toda permisividad con la sociedad moderna, que esperaba impávido el triunfo de Dios sobre Satanás, la recuperación del reino de Roma para San Pedro, el arrepentimiento de Italia dispuesta a hacer penitencia por el sacrilegio cometido. Sanguinetti, por el contrario, hombre muy flexible, muy político, abrigaba, según era voz corriente, proyectos tan nuevos como atrevidos, aspiraba a una especie de federación republicana, bajo el protectorado augusto del papa, de todos los antiguos y pequeños estados italianos. En una palabra:

se trataba de la lucha entre dos ideas opuestas: la que busca la salvación de la Iglesia por medio del respeto íntegro a la tradición y la que comprende que si la Iglesia no se dispone a evolucionar de acuerdo con los tiempos que vienen, está condenada fatalmente a morir.

Pero esto se hallaba tan rodeado de misterio, que al fin las gentes se decían que si el papa actual vivía algunos años más, no serían ni Boccanera ni Sanguinetti sus sucesores.

Pierre interrumpió bruscamente a Narcisse.

—Y a monseñor Nani, ¿lo conoce usted? Ayer noche tuve ocasión de hablar con él... A propósito, ahí lo tiene.

Efectivamente, Nani, sonriente como siempre, con su cara sonrosada de prelado bondadoso, entraba en la antecámara. Su sotana fina y su banda de seda violeta brillaban con un lujo discreto y suave. Se mostraba muy cortés con el abate Paparelli, que le seguía con muestras de humildad, suplicándole que se dignara esperar a que Su Eminencia estuviese en disposición de recibirle.

Narcisse se puso serio, y murmuró:

—Monseñor es hombre al que es necesario tener por amigo.

Conocía su historia, y se la refirió a media voz. Había nacido en Venecia y era hijo de una familia noble arruinada, que contaba con dos héroes entre sus ascendientes. Después de hacer sus primeros estudios con los jesuitas, vino a Roma a estudiar filosofía y teología en el Colegio Romano, regentado por los jesuitas. Se ordenó de sacerdote a los veintitrés años y fue destinado inmediatamente a Baviera, como secretario particular del Nuncio. De allí fue, como auditor de nunciatura, a Bruselas, y luego a París, donde habitó por espacio de cinco años. Todo parecía predestinarlo a la diplomacia: sus brillantes comienzos, su mente despierta, una de las más completas y mejor dotadas inteligencias; pero, de pronto, es llamado a Roma y, una vez allí, se le confía el cargo de asesor del Santo Oficio. Se afirmó por aquel entonces que todo obedecía a deseos explícitos del papa, que le conocía bien, y que quería tener en el Santo Oficio un hombre de su absoluta confianza, afirmando que sus servicios serían mucho más valiosos en Roma que en la Nunciatura. Nani, que era ya prelado doméstico, había sido elevado hacía poco tiempo a la dignidad de canónigo de San Pedro y protonotario apostólico participante, y estaba en camino de ascender a cardenal, no bien encontrase el papa a otro asesor favorito que le agradase más.

—Monseñor Nani —prosiguió diciendo Narcisse— es un hombre superior, que conoce admirablemente su Europa moderna, y agregue usted a

eso que es un sacerdote santo, creyente sincero, servidor de la Iglesia, de una abnegación absoluta, de una fe sólida, sin dejar de ser un hombre político despierto, aunque esa fe difiera de la estrecha y sombría fe del teólogo, que nosotros conocemos bien en Francia. Le será a usted difícil al principio llegar a la comprensión de las cosas y de las gentes de aquí. Dejan a Dios en el santuario y ellas reinan en nombre suyo, porque están convencidos todos de que el catolicismo es la más perfecta organización humana del gobierno de Dios, la única perfecta y eterna, y que fuera de ella todo es mentira y peligros sociales. Nosotros, en nuestras intestinas querellas religiosas, andamos todavía discutiendo furiosamente la existencia o no existencia de Dios; pero ellos no toman siquiera en consideración esa posibilidad de que haya gentes que discutan a Dios, desde el momento en que ellos son los ministros delegados por Dios; y se dedican por completo a su papel de ministros a los que nadie tiene derecho a desposeer, puesto que ejercen el poder para el mayor bien de la Humanidad, y concentran toda su inteligencia y toda su energía en mantenerse en su posición de señores respetados de todos los pueblos. Piense usted en que un hombre como monseñor Nani, que ha andado mezclado en la vida política en todo el mundo, se encuentra desde hace diez años en Roma y tiene a su cargo las funciones más delicadas, e interviene en los asuntos más variados, todos ellos de la más alta importancia. Tiene siempre la vista sobre la Europa entera que desfila por Roma; está al tanto de todo, mete la mano en todo. Pues, con todo esto, es hombre de una amabilidad y discreción admirables, y nadie puede afirmar que no camina, con su paso ligero, hacia la más alta de las ambiciones: la tiara soberana.

¡Otro candidato más al Papado!, pensó Pierre, que le había escuchado con gran atención, porque la figura de Nani le interesaba, le producía una especie de turbación instintiva, como si detrás de su cara sonrosada y sonriente hubiese adivinado un sinnúmero de cosas temibles. Por lo demás, no supo comprender bien las explicaciones de su amigo y volvió a sentir azoramiento ante aquel mundo nuevo, que echaba abajo todas sus previsiones de una manera inesperada.

Monseñor Nani, que había visto a los dos jóvenes, se adelantó hacia ellos con la mano extendida y con grandes muestras de cordialidad.

—¡Hola! Señor abate Froment, me alegro mucho de volver a verle, y no le pregunto si ha descansado bien porque en Roma se duerme siempre bien... Buenos días, señor Habert, ¿cómo le ha ido a usted desde el día en que le vi en contemplación ante la Santa Teresa de Bernini, obra que tanto admira?... Veo que se conocían ustedes ya. Eso está bien. Señor abate, tengo que decirle

que el señor Habert es uno de los admiradores más entusiastas que tiene nuestra ciudad y que él sabrá conducirlo a hermosos lugares.

Y a continuación le preguntó con gran afectuosidad por la entrevista que Pierre había celebrado con el cardenal. Escuchó muy atentamente su relación, movió la cabeza al escuchar ciertos detalles y se hizo fuerza en algunos momentos para disimular su fina sonrisa. No se maravilló de la seriedad con que lo acogió el cardenal, ni de la certidumbre que el sacerdote había sacado de que no le serviría de apoyo en nada, porque parecía que ya se esperaba semejante resultado. Pero, al enterarse de que Sanguinetti había estado allí aquella misma mañana y que había manifestado que el asunto del libro de Pierre encerraba suma gravedad, perdió un momento su reserva y se expresó con inesperada vivacidad.

—La verdad, hijo mío, es que yo he llegado un poco tarde. En cuanto tuve noticia de que se iba a perseguir vuestra obra, corrí a ver al cardenal Sanguinetti para decirle que se iba a hacer al libro una publicidad formidable. ¿Hay sentido en esto? ¿Qué se va ganando con ello? Estamos ya enterados de que es usted de temperamento un poco exaltado, de alma entusiasta y propenso a la lucha. No habríamos adelantado nada echándonos como enemigo a un sacerdote joven, que podría rebelarse y declararnos la guerra con un libro del que se han vendido ya algunos millares de ejemplares. Por mí, no se habría hecho nada. Y debo decir que el cardenal, que es hombre inteligente, compartía mi opinión. Alzó los brazos al cielo, se puso furioso y empezó a decir que no le consultaban jamás, que ya estaba cometida la tontería y que era absolutamente imposible ya detener el proceso, puesto que ya había tenido entrada oficial en la congregación, como consecuencia de varias denuncias de gran autoridad, que se fundamentaban en razones muy graves... En fin, como me dijo el cardenal, la tontería estaba cometida, y he tenido que pensar en seguir otro camino.

De pronto cortó la frase, porque acababa de ver como los ojos ardientes de Pierre se clavaban en los suyos, esforzándose por comprender. La cara de monseñor Nani se tiñó de rosa un poco más, y, sin dejar transparentar su contrariedad por haber hablado más de lo debido, siguió diciendo, con absoluta naturalidad:

—Sí, he tenido que pensar en poner en juego toda mi influencia, que es pequeña, para ayudarle a salir de las dificultades en que tendrá que verse por culpa de este asunto.

Pierre se sintió arrebatado por un soplo de rebelión, porque experimentó una vaga sensación de que aquello era como si estuviesen jugando con él.

¿Por qué se iba a privar de hacer una afirmación de su fe, si esta fe era completamente pura, limpia de todo interés personal, encendida en la llama de la caridad cristiana?

—Jamás me avendré a retirar ni a suprimir yo mismo mi libro, como me lo han aconsejado. Sería yo entonces un cobarde y un falsario, porque no lamento haberlo escrito y no me desdigo de nada. Yo creo que mi libro aporta un poco de verdad, y por eso no puedo destruirlo sin cometer un crimen contra mí mismo y contra los demás... ¡No haré eso nunca, sépalo usted, nunca!

Hubo un breve silencio que interrumpió Pierre, agregando a renglón seguido:

—Quiero hacer esta declaración postrado a los pies del Santo Padre. Él me comprenderá y me dará su aprobación.

Nani había dejado de sonreír, y su rostro adquirió inmovilidad e impenetrabilidad. Parecía estudiar con curiosidad la súbita violencia del sacerdote, y luego procuró calmarla a fuerza de serena benevolencia.

—Claro está, claro está... La obediencia y la humildad encierran inestimables consuelos. Pero, en fin, comprendo que aspire usted, antes que nada, a hablar con Su Santidad... Y después, usted lo pensará, ¿verdad?, lo pensará.

Y volvió a demostrar su gran interés por la petición de audiencia. Se lamentó mucho de que no se le hubiese ocurrido a Pierre hacer la petición desde París, aun antes de llegar a Roma; ésa hubiera sido la manera más segura de que se la concediesen. En el Vaticano no eran partidarios del barullo, y en cuanto corriese la voz de que el joven sacerdote francés se encontraba en Roma y los móviles de su viaje, todo se echaría a perder.

Pero en cuanto Nani se enteró de que Narcisse se había ofrecido a presentar a Pierre al embajador de Francia ante la Santa Sede, dio muestras de inquietud, y exclamó:

—No, de ninguna manera; no hagan eso, porque cometerían la mayor de las imprudencias... En primer lugar, se expondrían a poner al embajador en situación molesta, porque en esta clase de asuntos su actuación es siempre delicada... Y, suponiendo que fracasase, cosa que yo temo, ya no habría nada que hacer, y no le sería posible intentar la obtención de la audiencia por otros conductos, porque sería lastimar el amor propio del señor embajador el acceder a la petición de otras personas.

Pierre miró con angustia a Narcisse; éste movía la cabeza con expresión de inseguridad y de molestia. Y acabó por decir en voz baja:

—En efecto, hace poco solicitamos una audiencia para un personaje político francés y nos la negaron, y esto nos produjo bastante desagrado. Monseñor tiene razón: hay que dejar a nuestro embajador en reserva, para recurrir a él en el caso de que nos fallen todos los demás recursos.

Y, al observar la desilusión de Pierre, siguió diciendo con gran cortesía:

—Visitaremos, pues, en primer lugar, a mi primo, que está en el Vaticano.

Nani se quedó mirando otra vez al joven, sorprendido y alerta otra vez.

—¿En el Vaticano dice usted? ¿Usted tiene un primo en el Vaticano?

—Claro que sí... monseñor Gamba del Zoppo.

—¡Gamba!... ¡Gamba!... ¡Ah, sí, ahora caigo!... ¿De modo que había usted pensado en Gamba para influir en el ánimo del Santo Padre? Sí, tal vez, hay que intentarlo, hay que intentarlo...

Repitió varias veces la frase, como si tomase tiempo para reflexionar y medir su alcance. Monseñor Gamba del Zoppo era un buen hombre, que no representaba papel alguno, y cuya cualidad se había hecho proverbial en el Vaticano. Entretenía al papa con sus chismorreos; le adulaba mucho, y a éste le agradaba pasearse por los jardines apoyándose en su brazo. Y durante estos paseos era cuando conseguía de él toda clase de pequeños favores. Pero era un hombre de extremada cobardía, y era tal el miedo que tenía a comprometer su influencia, que no se arriesgaba a hacer ninguna petición sin haber antes sopesado cuidadosamente los posibles riesgos que corría.

—Sí, después de todo, no es una mala idea —dijo finalmente Nani—. ¡Eso es, eso es! Si Gamba se empeña, es capaz de obtener la audiencia... Yo mismo me encargo de verle y explicarle el asunto.

Y para terminar, se extendió en consejos de extrema prudencia. Se atrevió a decir que había que recelar de las personas del séquito del Santo Padre. ¡Una verdadera pena! Su Santidad era todo bondad y creía ciegamente en la bondad ajena; por eso no había sabido elegir sus familiares con el buen juicio que hubiera debido hacerlo. Nunca estaba uno seguro de la persona a quien se dirigía, y en cualquier momento se podía caer en una trampa. Y llegó a dar a entender que había que abstenerse de ir directamente a Su Eminencia el secretario de Estado, porque tampoco tenía libertad de movimientos, siendo como era el centro de toda una red de intrigas complicadas, que paralizaban su acción e inutilizaban sus mejores impulsos. Al oírle hablar así, suavemente, con unción perfecta, aparecía el Vaticano como un país guardado, por dragones celosos y traidores, un lugar en el que, antes de franquear una puerta, arriesgar un paso o exponer un miembro, era preciso cerciorarse con mucho cuidado de que no se corría peligro de muerte.

Pierre continuaba escuchándole, y se iba quedando cada vez más helado, y de nuevo le aguijoneaba la incertidumbre.

—¡Dios Santo! —exclamó—. ¿Cómo voy a orientarme?... Me descorazona usted, monseñor.

Reapareció en los labios de Nani la sonrisa cordial.

—¡Descorazonarle yo, hijo mío! Sería para mí un verdadero disgusto... Quiero únicamente repetirle que no se precipite, que reflexione. Sobre todo, nada de nerviosismo. No hay ninguna prisa, se lo juro, porque hasta ayer no ha sido nombrado el consultor que ha de presentar un dictamen sobre su libro, y, por consiguiente, tiene usted por delante un mes largo... Procure aislarse de las gentes, viva sin que nadie sepa que está usted aquí, recorra tranquilo Roma. Es la mejor táctica, si quiere que su asunto vaya bien.

Y tomando una mano del sacerdote entre sus dos manos aristocráticas, regordetas y suaves, auguró:

—Piense usted en que tengo mis motivos para hablarle de este modo... Con mucho gusto me habría ofrecido, y lo habría tenido como un honor, a conducirlo yo mismo a presencia de Su Santidad. Pero no quiero intervenir todavía, porque tengo la sensación de que sería contraproducente en este momento... Más adelante, ¿me comprende?, más adelante, si nadie lo ha conseguido, me encargaré yo de la audiencia. Se lo prometo formalmente... Entre tanto, yo le ruego que se abstenga de repetir sus frases acerca de una nueva religión, frases que se encuentran, por desgracia, en su libro y que yo mismo le he oído pronunciar ayer noche. No puede haber una nueva religión, mi querido hijo; no existe más que una religión eterna, sin renunciaciones ni concesiones: la religión católica, apostólica y romana. Además, no haga tampoco intervenir a sus amigos de París, y tampoco confíe con exceso en el cardenal Bergerot, cuyo elevado espíritu religioso no es suficientemente apreciado en Roma... Le aseguro que le estoy hablando como amigo.

Después, al advertir que se encontraba desorientado, medio vencido ya y sin saber de qué lado debía iniciar sus gestiones, lo animó de nuevo:

—Vamos, todo se arreglará, todo acabará de la mejor manera posible, en bien de la Iglesia y en provecho de usted mismo... Y perdóneme, pero tengo que marcharme. No puedo aguardar más, renuncio a ver hoy a Su Eminencia.

El abate Paparelli, que Pierre había creído ver rondando a sus espaldas, siempre al acecho, acudió precipitadamente y juró a monseñor Nani que sólo había dos personas antes que él. Pero el prelado, con mucha afabilidad, le aseguró que volvería, y que el asunto que tenía que tratar con Su Eminencia no corría ninguna prisa. Y se retiró, saludando a todos con gran cortesía.

Casi enseguida le tocó el turno a Narcisse. Antes de entrar en el salón del trono, dio un apretón de manos a Pierre y repitió:

—Entendido, entonces. Mañana iré al Vaticano a ver a mi primo y, en cuanto tenga una contestación, sea la que sea, le avisaré... Hasta muy pronto.

Habían dado ya las doce y sólo quedaba allí una de las dos señoras ancianas, que parecía haberse dormido.

Don Vigilio continuaba escribiendo en su mesita, llenando hojas y hojas de papel amarillo con su letra apretada. De vez en cuando sus ojos negros se alzaban del papel, recelosos siempre, como para cerciorarse de que ningún peligro le amenazaba.

Pierre permaneció todavía un rato, inmóvil, en la amplia embrazadura de la ventana, envuelto en el sombrío silencio que reinó de nuevo en la antecámara. Su pobre naturaleza de hombre entusiasta y sensible se sentía profundamente angustiada. ¡Qué sencillas veía las cosas cuando salió de París! Le acusaban injustamente, y él marchaba a defenderse, y en cuanto llegase se arrojaría a los pies del Santo Padre, que le escucharía con indulgencia. ¿No era el papa la religión viviente, la inteligencia que comprende y la justicia que hace que reine la verdad? ¿No era, sobre todo, el Padre, el delegado del todo lo perdonó, de la divina misericordia, que tenía siempre extendidos los brazos para recibir a todos los hijos de la Iglesia, hasta a los más culpables? ¿No tenía obligación de dejar sus puertas abiertas de par en par, a fin de que pudiesen llegar hasta él sus más humildes hijos, para contarle sus preocupaciones, confesarle sus faltas, darle razón de su conducta y beber en el manantial de la bondad eterna? Pero he aquí que desde el día mismo de su llegada se cerraban violentamente las puertas y caía en medio de un mundo hostil, plagado de celadas y cortado por precipicios. Y todos le gritaban que estuviese en guardia, como si adentrándose por allí corriese los mayores peligros. Ver al papa resultaba una pretensión exorbitante, una empresa tan difícil, que requería poner en actividad todos los intereses, pasiones e influencias del Vaticano. Y todo era dar consejos, discutir recursos habilidosos, idear tácticas, como generales que conducen un ejército al triunfo, y todo era surgir una y otra vez complicaciones, entre mil intrigas, cuyo pulular misterioso se adivinaba en la oscuridad. ¡Santo Dios! ¡Qué diferente era todo esto de lo que Pierre había esperado, al imaginarse que la casa del pastor estaba abierta en mitad del camino para todas las ovejas, lo mismo para las dóciles que para las que se habían extraviado!

Pero lo que empezaba a asustar a Pierre era el barruntar confusamente que entre aquellas tinieblas se agitaba un espíritu de malignidad. ¡El cardenal



Bergerot era tildado de revolucionario, y resultaba tan sospechoso que le aconsejaban que no volviese a tomar su nombre en boca! ¡Recordaba el mohín despectivo que hizo el cardenal Boccanera al hablar de su colega! ¡Por otra parte, monseñor Nani le aconsejaba que no pronunciase aquellas palabras de nueva religión, como si no resultase clarísimo para todos que aquellas palabras significaban únicamente el retorno del catolicismo a la pureza del cristianismo primitivo! ¿Era, pues, ése uno de los crímenes que había sido denunciado a la Congregación del Index? Empezaba a sospechar quiénes eran los denunciadores, y le invadía el temor, porque ahora se daba cuenta de que en torno suyo se desenvolvía un ataque subterráneo, se realizaba un esfuerzo de gran amplitud para derribarle y suprimir su obrar. Sospechaba de todo cuanto le rodeaba. Tomó la resolución de recogerse por espacio de algunos días, para examinar y estudiar a al mundo negro de Roma, que resultaba completamente inesperado para él. Pero su fe de apóstol se rebelaba, jurando, como acababa de decir a Nani, que no cambiaría nada, que no suprimiría ni una página, ni una línea de su libro, que lo defendería a plena luz, como testimonio inquebrantable de su fe. Aunque el Index lo condenase, Pierre no se sometería, no retiraría nada. Y si no había más remedio, saldría de la Iglesia, iría hasta el cisma, continuaría predicando la nueva religión, la Roma verdadera, tal como él empezaba a entreverla vagamente.

Don Vigilio, entretanto, había dejado de escribir y contemplaba a Pierre con una mirada tan fija, que este último se decidió a acercarse para despedirse. Pero el secretario, dejándose llevar por la necesidad de confiarse a alguien, a pesar de sus recelos, le dijo en voz baja:

—Ya se habrá dado cuenta de que no le traía otro móvil que el de hablar con usted, para conocer el resultado de su entrevista con Su Eminencia.

Ni siquiera fue necesario que mentase el nombre de monseñor Nani.

—¿Le parece a usted?

—No me cabe la menor duda... Y si usted quiere guiarse por mis consejos, le diré que obraría usted muy cuerdamente haciendo enseguida y por propia voluntad lo que él desea, porque tiene la seguridad absoluta de que, a fin de cuentas, será eso lo que haga.

Estas palabras acabaron de confundir y de exasperar a Pierre. Se retiró haciendo un gesto de desafío. Ya se vería si obedecía o no. Las tres antecámaras que atravesó de nuevo le parecieron ahora más oscuras, más vacías, más muertas. Al atravesar la segunda le saludó el abate Paparelli con una reverencia muda; el lacayo que estaba en la primera antecámara dormitando no pareció siquiera verle. Bajo el baldaquino, entre las borlas del

gran capelo rojo, tejía su tela una araña. ¿No se ganaría con meter la piqueta en todo aquel pasado podrido, que se estaba reduciendo a polvo, a fin de que entrase libremente el sol y devolviese a la tierra en que se asentaba toda la pureza y la fecundidad de la juventud?

## IV

En esa misma tarde se le ocurrió a Pierre, puesto que era libre para hacer de su tiempo lo que quisiera, comenzar sus correrías por Roma con una visita en la que tenía gran interés. Apenas apareció su libro, recibió de Roma una carta que le había emocionado e interesado; era del anciano conde Orlando Prada, héroe de la independencia y de la unidad italiana, quien, aunque no lo conocía personalmente, le escribió por propio impulso, no bien leyó por primera vez su libro. Eran cuatro páginas de protesta ardorosa, un grito de la fe patriótica que ardía aún con ímpetus juveniles en aquel anciano; le acusaba de haber olvidado en su libro a Italia y exigía que Roma, la Roma nueva, perteneciese a Italia, unificada al fin y libre. Con ese motivo cruzaron entre ellos algunas cartas, y el sacerdote, sin ceder nada de su ideal del neocatolicismo que había de salvar al mundo, empezó a tomar afecto a Prada que le escribía aquellas cartas en que ardía un amor tan grande por la patria y la libertad. Le había anunciado su viaje, prometiendo ir a visitarle. Le embarazaba un poco el hecho de haber aceptado la hospitalidad en el palacio Boccanera, y se le hacía cuesta arriba ir, ese mismo día, después del cariñoso acogimiento que le había hecho Benedetta, a visitar al padre del hombre de quien ella había huido y de quien pedía el divorcio, sin antes advertirla del paso que iba a dar. Y mucho más teniendo en cuenta que el viejo Orlando vivía con su hijo en el palacete que este último había hecho levantar en lo alto de la via Venti Settembre.

Pierre empezó, pues, por confiar sus escrúpulos a la misma contessina. Sabía ya por el vizconde Philibert de la Choue que ésta conservaba una ternura filial, mezclada de admiración, hacia el héroe. Por eso, cuando, después del almuerzo, le explicó el compromiso en el que se encontraba, exclamó ella inmediatamente:

—¡Vaya usted enseguida, señor abate! Ya sabe que el anciano Orlando es una de nuestras glorias nacionales, y no le extrañe oírme hablar así, porque toda Italia, por cariño y gratitud, le llama así familiarmente. Yo me he educado entre unas gentes que le odiaban, que le daban el calificativo de

Satanás. Pero cuando tuve ocasión de conocerlo, no pude menos que sentir afecto por él; es el hombre más bueno y justo que existe en el mundo.

Y mientras hablaba se dibujó en sus labios una sonrisa, en tanto que sus ojos se humedecían con lágrimas discretas. Se acordaba, sin duda, del año que había pasado allí, en aquella casa de violencias, en la que sólo había pasado horas agradables cuando estaba al lado del anciano. Luego agregó, bajando la voz y con acento trémulo:

—Ya que va usted a verle, dígame de mi parte que sigo queriéndole y que, suceda lo que suceda, no olvidaré jamás sus bondades.

Mientras iba en coche hacia la via Venti Settembre, evocó Pierre toda la vida heroica del viejo Orlando, que había hecho que le refiriesen. Era una zambullida en plena epopeya, en el ambiente de fe, bravura y desinterés de otras edades.

El conde Orlando de Prada, perteneciente a una noble familia milanesa, sintió desde muy joven un odio fogoso contra el extranjero. No había cumplido apenas los quince años y ya formaba parte de una sociedad secreta, que era una ramificación del antiguo carbonarismo. Aquel odio contra el dominio austríaco tenía orígenes muy lejanos, porque procedía de las rebeliones de otros tiempos contra la servidumbre, de aquellas épocas en que los conspiradores se reunían en medio de los bosques, en viejas chozas abandonadas; y había contribuido a exasperarle el ideal secular de ver a Italia libertada, devuelta a sí misma, para que al fin volviese a ser la gran nación soberana, digna hija de los antiguos conquistadores y dueños del mundo. Era un sueño magnífico y fervoroso el libertar de aquel largo yugo de oprobio al país glorioso en otro tiempo, a aquella Italia desmembrada, dividida en retazos, presa de una multitud de tiranuelos, invadida constantemente y convertida en posesión de las naciones vecinas... Derrotar al extranjero, arrojar a los déspotas, despertar al pueblo de la profunda miseria de su esclavitud, proclamar a Italia libre y una, tales eran las ansias que atizaban en la juventud italiana un ardor inextinguible, y a impulso de ellas estallaba de entusiasmo el corazón del joven Orlando. Su adolescencia transcurrió en medio de una santa indignación, dominada por la orgullosa impaciencia de derramar su sangre por la patria y de morir por ella si no lograba libertarla.

Orlando vivía retirado en su antigua mansión familiar de Milán, estremecido bajo en yugo, perdiendo los días en inútiles conspiraciones. Tenía veinticinco años y acababa de contraer matrimonio cuando le llegó la noticia de la fuga de Pío IX y de la revolución de Roma. Entonces lo abandonó todo bruscamente, casa, esposa, para correr a Roma, como si

percibiese la llamada de su destino. Era la primera salida que hacía por esos mundos para conquistar la independencia. ¡Cuántas y cuántas veces volvería a echarse al campo, sin cansarse jamás! Entonces fue cuando conoció a Mazzini, y aquella figura mística de republicano unitario despertó sus entusiasmos. Llegó a soñar, también él, con una república universal, y adoptó la divisa mazziniana «Dios y el pueblo», tomando parte en la procesión que atravesó con gran pompa una Roma conmocionada. Era una época de grandes esperanzas, acuciada por la sensación de que era preciso renovar el catolicismo. Se vivía en espera de un Cristo humanitario, que se encargaría de salvar al mundo por segunda vez. Pero uno de aquellos capitanes de otras épocas, Garibaldi, que se hallaba en la aurora de su gloria épica, se apoderó muy pronto por completo del joven, convirtiéndole de allí en adelante en un simple soldado de la libertad y de la unidad. Orlando le adoró como a un Dios, combatió a su lado como un héroe, tomó parte en la victoria de Rieti sobre los napolitanos, le acompañó en su retirada de patriota obstinado, cuando acudió en socorro de Venecia y se vio obligado a retirarse de Roma a la llegada del ejército francés que mandaba el general Oudinot, que venía a reponer a Pío IX. ¡Aventura magnífica, de bravura loca! Porque Venecia había sido proclamada república, como en otros tiempos, por Manin, otro gran patriota y mártir, que resistía desde hacía meses a los austríacos. ¡Y Garibaldi, por su parte, al frente de un puñado de hombres, marcha a libertarla, fleta trece barcas de pesca, deja ocho entre las manos del enemigo, se ve forzado a retornar a los valles romanos, pierde allí de una manera lamentable a su esposa, Anita, cuyos ojos cierra antes de emprender el viaje a América, en donde había vivido ya, en espera de que sonase la hora de la insurrección! ¡Tierras de Italia, volcán en cuyo interior rezongaba el fuego del patriotismo, que producían en todas sus ciudades hombres valerosos y creyentes, que se resquebrajaban por todas partes con estallidos de rebelión! ¡Tierras de Italia que, en medio de constantes fracasos, avanzaban firmes e invencibles hacia el triunfo!

Orlando regresó a Milán, junto a su mujer, y allí vivió dos años, escondido, roído por la impaciencia del glorioso porvenir, que tanto se hacía esperar. Un suceso dichoso vino a aplacar su fiebre: tuvo un hijo, Luigi; pero el nacimiento del hijo costó la vida a la madre y dejó al padre sumido en duelo. No pudiendo permanecer por más tiempo en Milán, en donde le vigilaba la policía, que andaba siempre al acecho, y resultándole ya insoportable vivir bajo la dominación extranjera, se decidió Orlando a vender los restos de su fortuna y se retiró a Turin, viviendo allí en compañía de una

tía de su difunta mujer, que se encargó de cuidar al niño. El conde de Cavour, que reunía las dotes de un gran político, trabajaba ya por la independencia, preparando al Piamonte para el papel decisivo que estaba llamado a desempeñar. Eran aquellos los tiempos en que el rey Vittorio Emanuele acogía con elogiosa campechanía a los refugiados que llegaban de todas las partes de Italia, aun a aquellos cuyo republicanismo conocía, aunque se tratase de hombres comprometidos en las insurrecciones populares y huidos de la justicia. El sueño de llevar a cabo la unidad italiana en provecho de la monarquía piamontesa arrancaba de muy lejos en la ruda y astuta casa Saboya, que lo llevaba ya muchos años madurando. Orlando sabía quién era el amo con quien se alistaba; y es que ya entonces era antes patriota que republicano, y había perdido la fe en una Italia rehecha bajo la bandera de la república, colocada bajo los auspicios de un papa liberal, tal como Mazzini llegó a imaginársela en algún tiempo. Obstinar-se en perseguir aquella quimera equivalía a sacrificarle numerosas generaciones. Y Orlando no quería morir sin haber antes dormido en Roma como conquistador. Quería ver a su patria reconstruida y en pie, ocupando su puesto bajo el sol, aunque para ello tuviese él que sacrificar su libertad. Por eso se alistó, febril y contento, en la guerra de 1859. ¡Cómo palpitaba su corazón, hasta querer saltársele del pecho, cuando, después de Magenta, hizo su entrada en Milán junto al ejército francés, en aquel mismo Milán del que había huido ocho años antes, proscrito y desesperado! El Tratado de Villafranca, firmado después de Solferino, fue una decepción amarga para él: Venecia quedaba fuera, Venecia seguía cautiva. Sin embargo, había sido reconquistado el Milanesado, y también la Toscana y los ducados de Parma y Módena votaban su anexión. Era, por fin, como si se hubiese formado el núcleo del astro; la patria se iba reconstituyendo en torno al Piamonte victorioso.

Al siguiente año volvió Orlando a lanzarse en plena epopeya. Había regresado Garibaldi de sus dos estancias en América, aureolado por una verdadera leyenda: hazañas de paladín en las pampas del Uruguay, una travesía extraordinaria desde Cantón a Lima. Reapareció el año 1859, para combatir, adelantándose al ejército francés, rechazando a un mariscal austríaco, apoderándose de varias ciudades: Como, Bérgamo, Brescia. De pronto corrió la noticia de que había desembarcado en Marsala con sólo mil hombres, los «Mil de Marsala», el ilustre puñado de valientes. Orlando combatió en primera fila. Palermo resistió tres días y fue tomado por asalto. Llegó a ser el lugarteniente favorito del dictador, le ayudó a organizar el gobierno, atravesó luego el estrecho en su compañía, hizo su entrada triunfal

en Nápoles a la derecha del mismo, después de la fuga del rey. Todo aquello era una locura de audacia y de valentía, el estallido de lo inevitable, y circulaban toda clase de leyendas sobrehumanas: que Garibaldi era invulnerable, que su camisa roja le protegía mejor que la más sólida de las armaduras, que derrotaba a los ejércitos enemigos como un arcángel, con sólo que blandiese su espada flamígera. Los piemonteses, por su parte, habían invadido los Estados romanos, después de derrotar al general Lamoricière en Castelfidardo. Junto al dictador estaba Orlando cuando aquél hizo renuncia del poder, firmando el decreto de anexión de las Dos Sicilias a la Corona de Italia. Y también tomó parte con él en la desesperada tentativa, iniciada al grito violento de «¡Roma o la muerte!», y terminada trágicamente en Aspromonte: el pequeño ejército fue dispersado por las tropas italianas, Garibaldi resultó herido, cayó prisionero y fue expulsado otra vez a la soledad de su isla de Caprera, donde vivió, de allí en adelante, como un simple campesino.

Orlando vivió durante los seis años siguientes en Turín, de donde no salió ni cuando se eligió a Florencia como nueva capital. El Senado aclamó a Vittorio Emanuele como rey de Italia; y, efectivamente, Italia estaba ya rehecha, faltándole sólo Roma y Venecia. Parecía que se hubiese cerrado la era de los grandes combates, que la epopeya hubiese tocado a su fin. Venecia iba a ganarse mediante una derrota. Orlando tomó parte en la desgraciada batalla de Custozza, donde recibió dos heridas, aunque fue mayor la herida que recibió en su corazón al creer que Austria volvía a ser la triunfadora. Pero esta última nación resultaba en aquel mismo momento derrotada en Sadowa, y perdía Venecia. Orlando no dejó de estar en Venecia cinco meses más tarde, en las alegrías del triunfo, cuando Vittorio Emanuele hizo su entrada entre las frenéticas aclamaciones del pueblo. Ya sólo restaba apoderarse de Roma. Toda Italia se sentía empujada hacia ella por una impaciencia febril, y únicamente se contenía por el juramento que la nación amiga, Francia, había hecho de sostener al papa. Garibaldi soñó con renovar por tercera vez las proezas legendarias y se lanzó sobre Roma, obrando con entera independencia, como capitán que va en busca de aventuras iluminado por el patriotismo. Y por tercera vez participo Orlando en aquella locura de heroísmo, que estaba destinada a quebrarse en Mentana, frente a los zuavos pontificios, que contaban con la ayuda de un pequeño ejército francés. Herido otra vez, regresó a Turin casi moribundo. No había más remedio que resignarse, con el alma trémula, porque la situación era insoluble. De pronto resonó el trueno retumbante de Sedán, y Francia fue aplastada; quedaba

expedito el camino de Roma. Orlando, que se había encuadrado en el ejército regular, figuraba entre las tropas que tomaron posiciones en la Campaña romana, para garantizar la seguridad de la Santa Sede, según rezaba la carta que Vittorio Emanuele escribió a Pío IX. Por lo demás, todo se redujo a un simulacro de combate: los zuavos pontificios del general Kanzler se vieron obligados a retirarse, y Orlando fue uno de los primeros en penetrar en la ciudad por la brecha de la Puerta Pía. ¡Veinte de Septiembre! ¡El día más feliz de su vida, día de frenesí, de triunfo completo, en el que se realizó el ideal mantenido durante tanto, años de luchas terribles, al que habrá sacrificado su tranquilidad, su riqueza, su inteligencia y su carne!

Vinieron luego diez años más de felicidad, en la Roma reconquistada, en aquella Roma adorada, adulada y mimada como la mujer en que hemos cifrado todas nuestras esperanzas. Esperaba que ella inyectase a la joven nación un gran vigor nacional, produciendo una maravillosa resurrección de fuerza y de gloria. Aunque había sido en tiempos republicano y soldado rebelde, tuvo que adherirse al régimen, y se vio obligado a aceptar el cargo de senador. ¡Si hasta el mismo Garibaldi, que era como su Dios, iba a acabar visitando al rey y tomando asiento en el Parlamento! Mazzini fue el único que se encastilló en su intransigencia y no quiso a Italia independiente y unificada si no había de ser republicana. Otra razón pesó también sobre Orlando para decidirle a dar aquel paso: el porvenir de su hijo Luigi, que iba a cumplir dieciocho años al día siguiente de la entrada en Roma. Aunque se conformase él con las migajas de su antigua fortuna, gastada en provecho de la patria, soñaba con un magnífico porvenir para aquel hijo suyo adorado. Se daba perfecta cuenta de que había terminado la era heroica, y quería hacer de él un gran político, un gran administrador, un hombre útil a la nación soberana del porvenir. Y pensando en su hijo no desdeñó el favor real, ni la recompensa de sus largos años de sacrificios, resuelto a instalarse en la nueva situación, para ayudar a Luigi, para vigilarle y dirigirle. ¿Tan viejo y tan acabado estaba ya, por lo demás, que no había posibilidad de hacerse útil en la tarea de organizar, como lo había sido en la de conquistar? Colocó al joven en el Ministerio de Hacienda, porque le admiró la viveza e inteligencia que demostraba en las cuestiones de negocios, y barruntando tal vez que la batalla iba a darse de allí en adelante en el terreno de las finanzas y de la economía. Y se dedicó otra vez a vivir en el terreno del ideal, conservando siempre su fe entusiasta en un porvenir espléndido, rebotante de esperanzas desmedidas, viendo cómo se duplicaba la población de Roma, cómo surgían barrios nuevos en un alocado



retoñar, cómo se convertía otra vez ante sus ojos de amante complacido en reina del mundo.

Pero, de pronto, quedó fulminado. Una mañana, bajando las escaleras, se sintió atacado de parálisis: sus dos piernas quedaron como muertas, le pesaron como si fuesen de plomo. Hubo que volver a subirle a su cuarto, y ya no pisó otra vez la calle. Acababa de cumplir cincuenta y seis años, y llevaba catorce sin moverse de su sillón, clavado en una inmovilidad de piedra, él, que tanto había corrido incansable por los campos de batalla de Italia. Inspiraba profunda lástima el derrumbamiento de aquel héroe. Y lo peor del todo fue que el viejo soldado tuvo que asistir como testigo, desde el cuarto en que se encontraba prisionero, al lento desmoronamiento de todas sus esperanzas, y una horrible melancolía se apoderó de su ánimo, envolviéndole en el temor inconfesado del porvenir. Ya no le cegaba la borrachera de hombre de acción, y a fuerza de pasar días y días meditando, acabó por verlo claro. La Italia que él hubiera querido ver potente y triunfadora, gracias a su unidad, actuaba alocadamente, corría a la ruina, tal vez a la quiebra. La Roma, a la que había considerado siempre como capital indispensable, como la ciudad gloriosa y sin par que necesitaba el que había de ser pueblo-rey en el porvenir, parecía resistirse a su papel de gran capital moderna, era pesada como cosa muerta, y gravitaba con todo el peso de los siglos sobre el pecho de la joven nación. Además, su hijo, su Luigi, era para él un motivo de desconsuelo; rebelde a toda dirección, convertido en uno de tantos hijos voraces de conquistadores, que se precipitaban sobre la ralea, sobre aquella Italia, y aquella Roma, que se le antojaban codiciadas por su padre con el único objeto de que él las saquease y engordase a costa de ellas. Se opuso inútilmente a que abandonase el Ministerio de Hacienda para lanzarse en la especulación desenfrenada de solares y de inmuebles, que había surgido de aquel ramalazo de locura de los barrios nuevos. Pero, a pesar de todo, continuaba adorándole, y no tenía más remedio que callar, sobre todo desde que había salido airoso de las más atrevidas operaciones financieras, como la transformación de la villa Montefiori en una verdadera ciudad, negocio colosal en el que se habían arruinado grandes capitalistas, y que a él le había producido varios millones. Orlando, silencioso y desesperado, se había obstinado en no querer ocupar más que una habitación reducida en el palacete que Luigi Prada había hecho construir en la via Venti Settembre, y allí iba acabando sus días, con un solo criado, no admitiendo de su hijo más que su hospitalidad, y viviendo pobremente de su modesta renta.

Al llegar Pierre a la nueva via Venti Settembre, que seguía por la ladera del Viminal, hasta cruzar su cima, se quedó sorprendido por la pesada suntuosidad de los nuevos palacios, que revelaban el gusto hereditario por lo desmesurado. La calle ancha y triunfal, las dos filas de fachadas interminables y blancas, envueltas en el oro viejo y en la púrpura del cálido atardecer, pregonaban las orgullosas esperanzas de porvenir que abrigaba la nueva Roma, el ansia de soberanía que había hecho brotar del suelo aquellos edificios colosales. Pero, sobre todo, permaneció con la boca abierta frente al Ministerio de Finanzas, gigantesco apelmazamiento, cubo ciclópeo en el que se amontonan las columnas, balcones, frontispicios y esculturas, todo un mundo desmesurado, alumbrado en un día de orgullo por la locura de las piedras. Enfrente, algo más arriba, antes de llegar a la villa Bonaparte, se alzaba el palacete del conde Prada.

Pierre pagó al cochero y permaneció indeciso unos momentos. Como la puerta se encontraba abierta, Pierre entró en el vestíbulo; pero allí no había nadie, ni portero ni criado. Esto le decidió a subir al primer piso. La escalera, monumental, con el pasamanos de mármol, era una reproducción en pequeño de la escalera de honor del palacio Boccanera; la misma fría desnudez, amortiguada por una alfombra y por pequeñas mamparas rojas que resaltaban violentamente sobre las blancas paredes estucadas. En el primer piso se encontraban los salones de recibir, que tenían una altura de cinco metros; Pierre distinguió por una puerta entreabierta dos salones contiguos de una fastuosidad enteramente moderna, adornados con profusión de colgaduras de terciopelo y de seda, con muebles dorados y altos espejos en que se reflejaba el amontonamiento fastuoso de las consolas y de las mesas. Pero no se veía a nadie, no había un alma en la mansión que parecía abandonada, y en la que no se descubría la mano de una mujer. Estaba a punto de volver a bajar, para tocar el timbre, pero, al fin se presentó ante él un lacayo.

—Deseo ver al señor conde Prada.

El lacayo escrutó en silencio al curita y se dignó preguntarle:

—¿Al padre o al hijo?

—Al padre, al señor conde Orlando Prada.

—Perfectamente. Suba usted al piso tercero.

Después de una pausa, agregó, a manera de explicación:

—Es una pequeña puerta, a mano derecha del descansillo. Llame usted con fuerza, si quiere que le abran.

Efectivamente, Pierre tuvo que llamar dos veces. Acudió a abrirle un viejecito enjuto, de continente militar, un antiguo soldado del conde que había

continuado a su servicio. Para disculparse por la tardanza en abrir le dijo que en aquel momento estaba arreglando las piernas de su señor. Se apresuró a anunciar al visitante. Éste atravesó una oscura antecámara y se quedó sorprendido ante el aspecto de la habitación en que entró, relativamente pequeña, sin un adorno, completamente blanca, tapizada únicamente con un papel de tono suave con florecitas azules. Detrás de un biombo, una sencilla cama de hierro, la cama de un soldado; y ningún mueble más, tan sólo el sillón en que el enfermo pasaba sus días, y junto al sillón una mesa de madera negra, llena de periódicos y de libros, y dos viejas sillas de paja para uso de los escasos visitantes. Algunos anaqueles, adosados a la pared, hacían de biblioteca. Pero la ventana de la habitación, desprovista de cortinas, amplia y luminosa, daba sobre el más admirable de los panoramas que ofrecía Roma.

Luego desapareció ante la vista de Pierre la habitación y ya no vio más que al viejo Orlando. Le invadió una emoción súbita y profunda. Estaba frente a un viejo león, magnífico todavía, muy fornido, muy robusto. Un enmarañamiento de cabellos blancos sobre una cara de rasgos potentes, boca gruesa, nariz voluminosa y aplastada, grandes ojos negros llameantes. Larga barba blanca, vigorosa y juvenil, rizada como la de un dios. En aquel mascarón leonino se adivinaban las terribles pasiones que lo habían agitado; pero todas ellas, las carnales lo mismo que las intelectuales, habían hecho erupción en forma de patriotismo, de loca bravura, de amor desordenado por la independencia. El viejo héroe fulminado conservaba todavía el busto recto y erguido, y estaba clavado allí, en su sillón de paja, con las piernas muertas, enterradas, tapadas por una manta negra. Únicamente los brazos y las manos daban señales de vida. Únicamente en la cara centelleaba la fuerza y la inteligencia.

Orlando se había vuelto hacia su criado, limitándose a decirle bondadosamente:

—Batista, puedes retirarte. Vuelve dentro de dos horas.

Luego, mirando cara a cara a Pierre, exclamó con voz que, a pesar de sus setenta años, continuaba siendo sonora:

—Al fin cae usted por aquí, señor Froment, y vamos a darnos el gusto de hablar a nuestras anchas... Hágame el favor, coja usted esa silla, siéntese ahí, frente a mí.

Pero no le había pasado inadvertida la mirada de sorpresa que el sacerdote había dirigido a la desnudez de la habitación, y agregó campechanamente:

—Tendrá usted que perdonarme el que le reciba en mi celda. Vivo aquí lo mismo que un monje, como viejo soldado en su retiro, apartado ya de la

vida... Mi hijo me da constante guerra, empeñado en que me traslade a una de las hermosas habitaciones de los pisos inferiores. ¿Para qué? No me hace ninguna falta, no me gustan los colchones de pluma, porque mis viejos huesos están acostumbrados a descansar en la tierra dura... Además, ¡hay que tener en cuenta la magnífica vista de que disfruto desde aquí! Es Roma entera la que se entrega a mí, ahora que yo no puedo ir hacia ella.

Y señalar la ventana con un ademán le sirvió para ocultar su embarazo, el ligero sonrojo que le invadía cada vez que tenía que disculpar a su hijo, porque no quería decir la verdadera razón, el escrúpulo de probidad que le hacía empeñarse en vivir con pobreza.

—¡Pero si está muy bien! ¡Si esto es magnífico! —exclamó Pierre, queriendo serle agradable—. Estoy encantado yo también, verdaderamente encantado, de conocerle personalmente, de estrechar esas manos valerosas que han realizado tantas proezas.

Orlando hizo un nuevo gesto como de quien pone de lado los tiempos pasados.

—¡Bueno, bueno! Todo eso pasó, está ya enterrado... Hablemos de usted, querido señor Froment, de usted que es el presente, y hablemos pronto de su libro, que es el porvenir... ¡Si usted supiese qué cólera despertó en mí su libro, su «Nueva Roma»!

Pero lo decía riendo, al mismo tiempo que tomaba en las manos el libro, que estaba allí mismo, sobre la mesa. Con su mano de coloso dio unos golpes sobre las tapas:

—No puede usted hacerse una idea de los sobresaltos indignados con que lo leí... ¡El papa, vuelta al papa, siempre el papa! ¡La nueva Roma para el papa y por el papa! ¡La Roma triunfadora del futuro gracias al papa, posesión del papa, confundiendo su gloria con la gloria del papa!... Pero ¿y nosotros? ¿Y la Italia? ¿Y todos los millones que hemos gastado para convertir a Roma en una gran capital?... ¡Es preciso ser francés, y francés de París, para escribir semejante libro! Pero, amigo mío, por si usted no lo sabe, Roma es hoy la capital del reino de Italia, y en Roma vive el rey Umberto, rey de los italianos, pueblo que significa algo y que está muy resuelto, créamelo, a conservar para sí a Roma, la gloriosa, la resucitada.

Pierre se echó, a su vez, a reír, ante aquel ardor juvenil.

—Muy bien, muy bien; todo eso ya me lo había escrito usted. Pero, desde el punto de vista en que yo me coloco, no tiene importancia. Italia es sólo una nación, una parte de la humanidad, y yo quiero el acuerdo, la fraternidad de todas las naciones, la reconciliación de la humanidad, creyente y feliz. ¿Qué

importa la forma de gobierno, monarquía o república? ¿Qué importa la idea de la patria, unida e independiente, cuando no haya más que un pueblo libre, alimentado de justicia y de verdad?

Orlando sólo fijó su atención en una frase de todo aquel párrafo entusiasta. Y contestó, con aire soñador:

—¡República! En mi juventud fui partidario fervoroso de ella. Luché por la república, conspiré con Mazzini, que era un santo, un creyente; se estrelló contra lo absoluto. Pero después, ya ve usted, no hubo más remedio que aceptar las necesidades prácticas, y hasta los más intransigentes se vieron obligados a sumarse a la corriente general. ¿Sería hoy la república nuestra salvación? En todo caso, se diferenciaría muy poco de nuestra monarquía parlamentaria, ya ve usted lo que pasa en Francia. Siendo esto así, ¿para qué correr el riesgo de una revolución que haría que el poder cayese en manos de los extremistas, de los anarquistas? Ése es el temor que todos sentimos, y eso explica nuestra resignación. Sé perfectamente que hay gentes que ven la salvación en una federación republicana, integrada por todos los antiguos Estados republicanos, que formarían otras tantas repúblicas, presididas por Roma. El único que saldría ganando con esta aventura sería el Vaticano.

No es que yo diga que trabaja en ese sentido, pero sí afirmo que contempla sin desagrado una eventualidad así. Pero es un sueño, nada más que un sueño.

Y siguió hablando con su alegría habitual, y hasta con tierna ironía.

—¿A que no sospecha usted qué es lo que me ha encantado de su libro? Debo decirle que, a pesar de todas mis protestas, lo he leído dos veces... Pues que es un libro que lo hubiera podido escribir Mazzini. Sí, señor. He vuelto a encontrar en él toda mi juventud, todas mis alocadas esperanzas de los veinticinco años, la religión de Cristo, la pacificación del mundo por el Evangelio... ¿No sabía que Mazzini quiso, mucho antes que usted, la renovación del catolicismo? Dejaba a un lado el dogma y la disciplina, y se quedaba únicamente con la moral. Y ésa era la nueva Roma, la Roma del pueblo en la que se asentaría la Iglesia universal, en la que se fundirían todas las Iglesias del pasado: Roma, la Ciudad eterna, la predestinada, la madre y la reina que volvería a dominar para hacer la felicidad definitiva de la humanidad... ¿No le parece curioso que el neocatolicismo actual, el vago despertar espiritualista, el movimiento en favor de la comunidad y de la caridad cristiana, que tanto ruido mete, no sea otra cosa que el retorno a las ideas místicas y humanitarias de 1848? ¡Pero yo, que he sido testigo de todo, yo, que he creído y he luchado, sé que ese alzar el vuelo por los espacios

azulados del misterio nos ha llevado a un completo desastre! Y ya no tengo confianza, se lo aseguro.

Y al ver que Pierre se iba a exaltar y a contestar, le contuvo:

—No diga nada, déjeme acabar... Yo quiero únicamente convencerle de que nosotros no teníamos más remedio que apoderarnos de Roma para convertirla en la capital de Italia. Sin Roma no había nueva Italia posible. Ella era la antigua gloria, en el polvo de sus ruinas contenía la potencia soberana que nosotros pretendíamos restablecer, ella daría a sus dueños fuerza, belleza, eternidad. Situada en el centro del país, en su mismo corazón, estaba destinada a ser su misma vida en cuanto la despertásemos del prolongado sueño de sus ruinas... ¡Cómo la hemos deseado, en medio de nuestras victorias y de nuestras derrotas, durante los años de horrible impaciencia! Yo la he querido y ansiado más que a ninguna mujer, con la sangre ardiente de mis venas, y me desesperaba, pensando en ella, al verme envejecer. Y cuando ya la hemos hecho nuestra, hemos dado en la locura de quererla fastuosa, inmensa, dominadora, igual a las demás grandes capitales de Europa, Berlín, París, Londres... Mírela usted, ella es todavía mi único amor, mi único consuelo, ahora que estoy ya muerto y sólo vivo por los ojos.

Y volvió a señalar con el gesto la ventana. Bajo el cielo inmenso se extendía Roma hasta lo infinito, envuelta por el sol oblicuo en púrpura y oro. Allá a lo lejos, los árboles del Janículo cerraban el horizonte con su verde ceñidor, verde límpido de esmeralda; mientras que la cúpula de San Pedro, más hacia la izquierda, se vestía con la palidez azulina del zafiro, amortiguada por la brillantez excesiva de la luz. Venían luego los barrios bajos, la vieja ciudad rojiza, que parecía como recocida por siglos y siglos de estíos ardientes, tan agradable a la vista, tan hermosa con la vida profunda del pasado, formando un caos inacabable de tejados, torres, campanarios y cúpulas. Pero en el primer plano, bajo la ventana, se extendía la ciudad nueva, la que se venía construyendo desde hacía veinticinco años, un amontonamiento de cajones de albañilería, grises todavía, que ni el sol ni la historia habían adornado aún con su púrpura. Y sobre todo, los tejados del colosal Ministerio de Hacienda eran como estepas desastrosas, inacabables y descoloridas, de horrible fealdad. La mirada del viejo soldado de la conquista se fijó un buen día en aquella desolación de las nuevas construcciones.

Hubo unos momentos de silencio. Pierre se había dado cuenta del ligero escalofrío de tristeza oculta, inconfesada, y aguardaba cortésmente a que hablase.

—Perdóneme que le haya interrumpido —dijo Orlando—. Es que yo creo que no hay modo de que hablemos útilmente de su libro en tanto que no haya visto y estudiado de cerca a Roma. Usted ha llegado ayer, a lo que parece. Recorra la ciudad, inspeccione, pregunte, y ya verá cómo cambian muchas de sus ideas. Espero sobre todo que me diga qué impresión le produce el Vaticano, ya que usted ha venido únicamente para ver al papa y para defender su libro contra el Index. ¿Para qué vamos a ponernos hoy a discutir, si es la realidad misma la que ha de llevarle a modificar ciertas ideas mucho mejor de lo que yo podría hacerlo con los más bellos discursos?... Queda convenido que usted volverá por aquí, y entonces hablaremos con pleno conocimiento de causa, y tal vez lleguemos a ponernos de acuerdo.

—Desde luego —dijo Pierre—. Mi visita de hoy no tiene más finalidad que testimoniarle mi gratitud por haberse dignado leer mi libro con interés, y saludar al mismo tiempo a una de las glorias de Italia.

Orlando no escuchaba ya, estaba como absorto, sin apartar sus ojos de Roma. No quería entablar conversación, pero entregado como estaba a su secreta inquietud, siguió, a su pesar y como en involuntaria confesión, diciendo en voz baja:

—No cabe duda de que hemos ido demasiado de prisa. Entre los gastos hechos había algunos cuya utilidad era indiscutible: los puertos, las carreteras, los ferrocarriles. También era indispensable armar al país, y yo no he censurado los grandes gastos militares... Pero ha venido luego el aplastante presupuesto de la guerra, de una guerra que no se ha producido, y cuya espera nos ha dejado arruinados. Yo he sido siempre un amigo de Francia, y no le echo en cara el no haber comprendido la situación en que nos encontrábamos, que nos iba la vida en nuestra alianza con Alemania... ¡Y los mil millones que se ha tragado Roma! Aquí es donde se ha desencadenado la locura, haciéndonos pecar de entusiasmo y de orgullo. He sido uno de los primeros que, en mis horas de reflexión de hombre aislado y bien intencionado, me he dado cuenta de la sima, de la espantosa crisis financiera, del déficit en que iba a hundirse la nación. Se lo dije a gritos a mi hijo y a todos cuantos venían a visitarme. Y todo ¿para qué? No me hacían caso, estaban enloquecidos, comprando, revendiendo y construyendo, viviendo en plena especulación y quimera. Ya lo verá usted, ya lo verá. Lo peor del caso es que nosotros no tenemos, como tienen ustedes, en la densa población de los campos una reserva de dinero y de hombres, un ahorro, dispuesto siempre a llenar los huecos abiertos por las catástrofes. Entre nosotros es todavía nula la ascensión del pueblo, y no se regenera la sangre de la sociedad mediante una aportación

continua de hombres nuevos; el pueblo es aquí pobre, no tiene hucha alguna que vaciar. La miseria es espantosa, hay que decirlo. Los que tienen dinero prefieren comérselo poco a poco en las ciudades antes que arriesgarlo en empresas agrícolas e industriales. Las fábricas surgen lentamente, la tierra se cultiva en todas partes por los métodos bárbaros de hace dos mil años... Y Roma, la Roma que no ha hecho a Italia, sino que ha sido hecha por Italia su capital, a fuerza de no tener más deseo ni más anhelo que éste; Roma, que no es todavía más que el espléndido adorno de la gloria de los siglos; Roma, que no nos ha proporcionado todavía más que el brillo de ese adorno, con su población de los tiempos papales bastardeada, muy orgullosa y muy perezosa. La he amado demasiado, la amo demasiado para lamentarme de vivir en ella. ¡Santo Dios!, cómo nos ha enloquecido, qué de millones nos ha costado y cómo nos abruma con su peso triunfal... Observe, observe.

Y al decir esto señalaba los tejados grises del Ministerio de Hacienda, la inmensa estepa desolada, como si advirtiese allí la cosecha de gloria cortada en flor, la desnudez espantosa de la bancarrota inminente. Sus ojos se velaban de lágrimas, que procuraba contener; mostraba una magnífica desesperanza, una inquietud dolorosa, con su enorme cabeza de león canoso, impotente ya, inmovilizado en aquella habitación pelada y clara, de una pobreza tan altanera, que parecía una protesta contra la riqueza monumental de todo el barrio. ¡En eso había venido a parar la conquista! ¡Y precisamente cuando ya él estaba fulminado y no era ya capaz de dar nuevamente su sangre y su alma!

—¡Sí, sí! —exclamó por último—. Mientras se trataba de hacer a nuestra patria independiente y unificada lo dábamos todo: el corazón y el pensamiento, y hasta toda la existencia. Pero vaya usted a despertar entusiasmos entre las gentes habiéndoles de reorganizar las finanzas, hoy que ya la patria es una realidad. Eso no puede constituir un ideal. Y por eso, mientras los viejos vamos sucumbiendo, no ha surgido entre los jóvenes ni un solo hombre.

Se calló bruscamente, un poco abochornado, sonriéndose de su exaltación.

—Perdóneme. Ya me desaté otra vez, soy incorregible... Entendido; variemos de tema, ya tendremos tiempo de volver sobre éste cuando haya visto usted todo.

Y a partir de ese momento se deshizo en amabilidades. Pierre comprendió que estaba pesaroso de haber hablado con exceso, por la misma campechanía seductora y por el cariño irresistible en que le envolvía. Le rogaba que permaneciese mucho tiempo en Roma, que no formase juicio acerca de ella con precipitación, y que tuviese la seguridad de que Italia, en el fondo, amaba



a Francia; y también él hacía hincapié en que se amase a Italia, y experimentaba una verdadera ansiedad con sólo pensar en que pudiera haber gentes que no la amasen ya. El sacerdote advirtió, como había advertido la víspera en el palacio Boccanera, que se hacía una especie de presión sobre él para obligarle a admirar y a querer. Italia, como mujer que no está segura de la plenitud de su belleza, que duda de sí misma y siente susceptibilidades, se preocupaba de la opinión de los visitantes, esforzándose a pesar de todo por retener su amor.

Mas cuando Orlando se enteró de que Pierre se hospedaba en el palacio Boccanera, se volvió a exaltar, e hizo un gesto de viva contrariedad, porque en ese preciso instante llamaron a la puerta. Y al mismo tiempo que gritaba que pasasen detuvo a Pierre.

—No, no se marche, quiero enterarme...

Entró en la habitación una señora que pasaba ya de los cuarenta, pequeña y regordeta, bien parecida aún, con una sonrisa llena de encanto y facciones menudas ahogadas en grasa. Era rubia, y tenía los ojos verdes, de una limpidez de agua de manantial. Vestía bien, llevaba un vestido de seda, de una elegancia sobria, y producía la impresión de ser persona agradable, modesta y prudente.

—¿Eres tú, Stefana? —exclamó el anciano, dejándose besar.

—Sí, tío; pasaba por aquí y me he decidido a subir para saber cómo seguías.

Era la señora Sacco, sobrina de Orlando, nacida en Nápoles, pero hija de una mujer del norte, que se había casado con el banquero Pagani, que se arruinó más adelante. Stefana se casó, cuando ya estaban arruinados, con Sacco, que era entonces un simple empleadillo de Correos. Sacco se empeñó inmediatamente en la empresa de volver a levantar la casa de su suegro, y se lanzó a los negocios más peligrosos, complicados y feos, que le condujeron de una manera imprevista a la Cámara, como diputado. Vino a Roma para conquistarla también, y desde entonces tuvo su mujer que ser una colaboradora de su voraz ambición, vistiendo bien y abriendo un salón. Aunque no se movía ella aún con perfecto desembarazo, le prestaba servicios nada despreciables: era muy económica, muy prudente, y administraba la casa como una buena ama; poseía todas las excelentes y sólidas cualidades que había heredado de su madre, y que contrastaban maravillosamente con la turbulencia y desigualdad de carácter de su marido, en quien ardía la Italia meridional con la voracidad insaciable de sus pasiones.

Aunque el viejo Orlando sentía profundo desprecio por Sacco, conservaba, no obstante, cierto cariño a su sobrina, en la que advertía las cualidades de su raza. Le dio las gracias, y se puso enseguida a hablar acerca de una noticia que habían dado los diarios de la mañana, porque sospechaba que el diputado había enviado a su mujer para conocer la opinión que él tenía.

—¿Y qué me cuentas de ese ministerio del que se habla?

La señora de Sacco había tomado asiento, no parecía tener prisa y echó un vistazo a los periódicos que había sobre la mesa.

—No hay todavía nada; los periódicos han hablado demasiado pronto. Sacco ha sido llamado por el presidente del Consejo, y han mantenido una conversación. Pero mi marido está indeciso, porque teme que no está preparado para la cartera de Agricultura. ¡Si se tratase de la de Hacienda!... Por lo demás, antes de decidirse en uno u otro sentido lo habría consultado con usted... ¿Usted qué opina, tío?

Éste le cortó la palabra con un ademán violento.

—¿Yo? Yo no quiero mezclarme de ninguna manera en esas cosas.

Aquella rápida ascensión de Sacco, un aventurero, un condimentador de negocios, que siempre había pescado en aguas turbias, era para Orlando un sacrilegio, el principio del fin. También se desconsolaba cuando se ponía a pensar en su hijo Luigi. ¡Y pensar que Luigi, hombre de inteligencia amplísima, de condiciones admirables a pesar de todo, no había conseguido hacer carrera política, mientras que Sacco, un enredador, un hombre ansioso de placeres, había entrado subrepticamente en la Cámara y estaba ahora a punto de alzarse con una cartera de ministro! ¡Aquel hombre, pequeño, moreno y asarmentado, de ojos grandes y saltones, mandíbula inferior saliente, saltarín y chillón, de elocuencia inagotable, que no tenía más fuerza que la de su voz, admirablemente enérgica y acariciadora! ¡Aquel hombre insinuante, que se aprovechaba de todo, seductor y dominador!

—Óyeme bien, Stefana: dile a tu marido que el único consejo que yo puedo darle es que vuelva a su modesto empleo de Correos, en el que tal vez pueda ser de alguna utilidad.

Sacco, que había caído en plan de bandido en Roma, en una Roma cuya conquista había costado tan nobles esfuerzos, le sacaba de quicio al viejo soldado, le desesperaba. Sacco, por su parte, la conquistaba, la arrebatava a los que la habían ganado al precio de tanto padecimiento, y la hacía suya con la única finalidad de gozarla, para saciar su ansia desenfrenada de mando. Sus maneras, tan zalameras, ocultaban la resolución de devorarlo todo. Después de la victoria, cuando la presa estaba todavía palpitante, habían acudido los

lobos. El norte había dado vida a Italia, el sur acudía al olor de la ralea, se precipitaba sobre ella, vivía de ella como de una presa. En el fondo de la indignación del héroe fulminado no había más que esto: la rivalidad, cada vez más marcada, entre norte y sur. El norte era trabajador y económico, previsor en política, enterado, conocedor de todas las grandes ideas modernas. El sur era ignorante y perezoso, se entregaba a las alegrías inmediatas del vivir, actuaba con un desorden infantil, se movía en el resplandor huero de la hermosa palabrería sonora.

Stefana se sonreía bondadosamente, mirando a Pierre, que se había retirado hacia la ventana.

—Aunque usted dice eso, tío, yo sé muy bien que nos quiere, y que en más de una ocasión me ha dado buenos consejos, que yo le agradezco... Lo mismo digo en lo del asunto de Attilio...

—Lo de Attilio es otra cosa —exclamó Orlando—. El pertenece a mi raza como tú. Es portentoso cómo ha salido a mí ese mozo. Sí, es tal como era yo cuando tenía sus años: hermoso, valiente y entusiasta... Ya ves qué piropos me echo a mí mismo. La verdad es que Attilio me llega al alma, porque él es el porvenir, él me devuelve la esperanza... ¿Y cómo va lo suyo?

—Pues lo suyo nos proporciona bastantes quebraderos de cabeza. Cuando se lo conté se encogió de hombros, y me dijo que en esta clase de asuntos había que dejar que los enamorados se las arreglasen por sí mismos... Sin embargo, nos molesta que se diga por todas partes que somos nosotros los que empujamos a nuestro hijo a que rapte a la princesita para que se case luego con ella por su dinero y por su título.

Esto produjo a Orlando franco regocijo.

—¡Valiente escrúpulo! ¿A que ha sido tu marido quien te ha encargado que me lo transmitieses? Sí, ya sé que requiere este asunto una gran delicadeza. Pero yo te vuelvo a repetir que si tuviese un hijo como el tuyo, recto, bueno y enamorado de verdad, le consentiría que se casase con quien quisiese y como quisiese... Después de todo, ¿quiénes son los Buongiovanni? Con toda su nobleza y todo el dinero que les queda será para ellos un gran honor el tener un yerno guapo, joven y de gran corazón.

Stefana mostró nuevamente su expresión de placidez satisfecha. Seguramente sólo venía para escuchar palabras de aprobación.

—Está bien, tío, le repetiré sus palabras a mi marido, quien las tendrá muy en cuenta. Aunque se muestra muy severo con mi marido, él siente verdadera veneración por usted... En cuanto a lo de su entrada en el ministerio, es

posible que todo quede en una suposición. Sacco se guiará por las circunstancias.

Se levantó y se despidió, lo mismo que al llegar, besando cariñosamente a su tío. Le dijo que le encontraba muy bien, muy hermoso, y le arrancó una sonrisa cuando le nombró a una dama que seguía locamente enamorada de él. A continuación se retiró, con su andar modesto y prudente, después de contestar con una ligera reverencia al mudo saludo del joven sacerdote.

Orlando permaneció callado unos instantes, con su mirada fija en la puerta, dominado otra vez por la tristeza, pensando sin duda en el momento presente, feo y doloroso, tan distinto del pasado, lleno de gloria. De pronto se acordó de Pierre, que continuaba esperando.

—De modo, amigo mío, que se hospeda usted en el palacio de los Boccanera. ¡Qué catástrofe también por ese lado!

Pero cuando el sacerdote le repitió su conversación con Benedetta, y la frase en que le afirmó que seguía queriéndole y que jamás se olvidaría de su bondad, sucediese lo que sucediese, se enterneció, y su voz tembló.

—Benedetta no es mala, tiene un buen corazón. ¿Qué le vamos a hacer? No estaba enamorada de Luigi, y tal vez éste se comportó con algo de violencia... Le hablo a usted con esta franqueza porque no son ya estas cosas un misterio para nadie. Todos están enterados, y bien que lo siento.

Orlando se abandonó a sus recuerdos, y refirió cuánto se había alegrado, en vísperas de aquel matrimonio, pensando en que le llegaba una hija admirable, que volvería a rodear su sillón de enfermo con una atmósfera de juventud y de encanto. Orlando había rendido siempre culto a la belleza, un culto apasionado de amante, que sólo habría vivido para la mujer de no haber entregado lo mejor de su ser a la patria. Y, en efecto, Benedetta llegó a adorarle y a venerarle; subía a pasar horas y horas en su compañía, vivía con él en aquella pobre habitación, haciendo que ésta se iluminase con el resplandor de la gracia divina que emanaba de ella. Y Orlando se sentía volver a la vida sintiendo ese aliento juvenil, ese aroma puro y esa ternura acariciadora de mujer con que Benedetta sabía rodearle, atenta siempre a toda clase de detalles. Y luego vino el horrible drama, y su corazón sangró al no conseguir reconciliar a los esposos. No podía censurar a su hijo por la pretensión de ser aceptado y amado como marido que era. Los primeros días, después de la primera noche desastrosa, después del choque de aquellas dos almas, aferradas una y otra a sus conceptos absolutos, tuvo la esperanza de hacer entrar en razón a Benedetta, arrojándola otra vez en brazos de Luigi. Pero después, cuando ella le confesó, arrasada en lágrimas, su antiguo amor

por Dario, y la repulsión que había surgido de pronto en ella al comprender el acto, al darse cuenta de que entregaba su virginidad a otro hombre, Orlando vio claro que no había nada que hacer. Y transcurrió un año entero, y vivió clavado en su sillón, mientras allá abajo, en los lujosos apartamentos de los que no le llegaba a él ni un ruido siquiera, se desarrollaba el drama conmovedor. ¡Cuántas veces había aguzado el oído, temiendo oírlos disputar, sintiendo el desconsuelo de no poder ser útil una vez más derramando felicidad! Su hijo se callaba y no le decía nada; sólo se enteraba de algún detalle por Benedetta, en las ocasiones en que se dejaba dominar por la ternura y se entregaba por entero a él. Aquel matrimonio, que en ciertos momentos le había hecho entrever la tan deseada unión de la antigua y la nueva Roma, aquel matrimonio que no había llegado a consumarse, le llenaba de desesperación, como si con él hubiesen quebrado todas sus esperanzas, como si se tratase del aborto final del ideal que había llenado su vida. Y acabó deseando que se realizase el divorcio, porque los sufrimientos que semejante situación acarrea eran ya insoportables.

—Amigo mío, jamás había comprendido hasta entonces lo fatal de ciertos antagonismos, y cómo se puede hacer la desgracia de uno mismo y la desgracia de los demás, a pesar de tener un corazón todo ternura y una gran rectitud de criterio.

En ese instante se abrió de nuevo la puerta, y esta vez fue el conde Prada quien entró sin llamar. E inmediatamente, después de saludar rápidamente al visitante, que se había puesto en pie, cogió cariñosamente las manos de su padre, las palpó, con la preocupación de encontrarlas demasiado frías o demasiado febriles.

—Acabo de llegar de Frascati. He tenido que pasar allí la noche. Estoy preocupado con la suspensión de todas las obras. Me han dicho que ha pasado usted una mala noche.

—Te aseguro que no.

—Claro que no me va a decir usted que sí... ¿Por qué se empeña en vivir aquí sin ninguna comodidad? Esto ya no es propio de sus años. ¡Con el placer que me causaría el que aceptase una habitación más cómoda, en la que seguramente dormiría mejor!

Pierre quedó muy sorprendido al comprobar el cariño ardiente que ardía en las miradas de aquellos dos hombres. Le resultó profundamente conmovedor, de una ternura maravillosamente bella, porque les separaban ideas y actos contrarios, e infinidad de rupturas morales.

Pierre tomó interés en compararlos. El conde Prada, más bajo de estatura, rechoncho, tenía, sin embargo, la misma cabeza enérgica y sólida, coronada por una áspera cabellera negra; los mismos ojos llenos de franqueza, de mirada algo dura, encuadrados en un rostro de cutis blanco, cortado por tupido bigote. Pero la boca era distinta, tenía dientes de lobo, era una boca sensual y voraz, una boca de animal de presa, moldeada para los atardeceres de los días de batalla, cuando ya no es cuestión sino de hincar el diente en lo conquistado por otros. Y era corriente que, cuando se hablaba de la franqueza de su mirada, se contestase: «Sí, pero no me satisface su boca». Tenía los pies grandes, las manos gruesas y anchas, muy bien formadas.

Pierre se quedó maravillado, porque correspondía al retrato que de él se había hecho. Conocía con bastante intimidad su historia, y por eso le era fácil reconstruir con esos datos al hijo del héroe, echado a perder por la conquista, dedicado a masticar a boca llena el fruto cortado por la espada gloriosa del padre. Examinaba muy especialmente la manera cómo las virtudes del padre se habían ido desviando hasta transformarse en vicios en el hijo; las más nobles cualidades se habían ido pervirtiendo, la energía heroica y desinteresada se trocaba en feroz apetencia de goces, el hombre de las batallas iba a parar al hombre de presa al agotarse los grandes entusiasmos, desde que ya no se batallaba, y se vivía en el descanso, entre los despojos acumulados, saqueando y devorando. ¡El héroe, el padre paralítico, inmovilizado, presenciaba todo aquello, asistía a la degeneración de su hijo, de manipulador de negocios, ahíto de millones!

Pero Orlando presentó a Pierre:

—El señor abate Pierre Froment, de quien te he hablado, y cuyo libro te he dado a leer.

Prada se mostró muy amable, y se puso a hablar inmediatamente de Roma con una pasión inteligente, como hombre que quisiera convertirla en una capital moderna. Había visto la transformación de París, realizada por el segundo imperio; había visto el ensanche y engrandecimiento de Berlín después de las victorias de Alemania, y sostenía que si Roma no seguía la misma ruta, si no se convertía en la ciudad acogedora de un gran pueblo, se hallaba amenazada de una rápida muerte. O un museo que se desmorona o una ciudad rehecha y resucitada. Pierre escuchaba con interés, casi convencido ya, a aquel hombre hábil, cuya firmeza y claridad de espíritu le encantaba. Estaba Pierre al corriente de la habilidad con que se había desenvuelto en el negocio de la villa Montefiori, enriqueciéndose mientras otros se arruinaban, porque sin duda había previsto la catástrofe inevitable en

el momento mismo en que la furia de la especulación tenía enloquecida a la nación entera. Sin embargo, Pierre sorprendió en ese rostro voluntarioso y enérgico algunos signos de fatiga, arrugas precoces, labios caídos, como si se empezase a sentir fatigado de la lucha continua entre aquellos derrumbamientos que se producían en torno suyo y que minaban el suelo, amenazando con arrastrar a las fortunas mejor asentadas. Se contaba que Prada había tenido en los últimos tiempos serias inquietudes; ya no había nada sólido, todo podía caer en la sima como consecuencia de aquella crisis, que se agravaba cada día más. Ese rudo hijo de la Italia del norte era víctima de una especie de decadencia, de una putrefacción lenta, por el influjo pervertidor y reblandecedor de Roma. Había soltado la rienda a todos sus apetitos para que se saciasen, hacía toda clase de esfuerzos agotadores con objeto de contentarlos: ansias de poseer dinero, ansias de poseer mujeres. Y ésa era precisamente la causa de la gran tristeza silenciosa de Orlando. Veía la rápida decadencia de su raza conquistadora, y veía por otro lado que Sacco, italiano del sur, apoyado por el clima, habituado a aquella atmósfera de voluptuosidad, a la vida de sus ciudades de ruinas antiguas quemadas por el sol, se desarrollaba como vegetación propia de un suelo saturado por los crímenes históricos, y se iba adueñando poco a poco de todo: de la riqueza y del poderío.

Cuando se pronunció el nombre de Sacco, informó el padre a su hijo en breves palabras del objeto de la visita de Stefana. Y como único comentario se miraron y se sonrieron. Corrían rumores de que tal vez no se nombrase inmediatamente un sucesor del difunto ministro de Agricultura, que se encargaría otro ministro interinamente de la cartera hasta la apertura del parlamento.

Luego derivó la conversación hacia el palacio de los Boccanera. Pierre aguzó los oídos.

—¿De modo que se hospeda usted en la via Giulia? —le preguntó el conde—. Allí duerme, en medio del silencio y del olvido, toda la vieja Roma.

Y habló con toda naturalidad del cardenal, y hasta de Benedetta, la señora condesa, como él llamaba a su mujer. Evitaba cuidadosamente todo indicio de ira. Pero el joven sacerdote se dio cuenta de que se estremecía, de que la herida seguía abierta, de que el rencor rezongaba en su alma. La pasión por la mujer, el deseo, saltaba en él con la violencia de las necesidades cuya satisfacción debe ser inmediata; era, sin duda alguna, otra de las virtudes paternas que se habían echado a perder en el hijo: el entusiasmo por el ideal, que impele hacia él, que exige acción inmediata. De ahí que cuando dio por

terminados sus amores con la princesa Flavia, cuando quiso que Benedetta, sobrina angelical de su siempre hermosa tía, fuese suya, se resignó a todo: a la boda, a la lucha contra la misma joven, que no le amaba, al peligro indudable de comprometer toda su vida. Antes que dejar de hacerla suya hubiera pegado fuego a Roma. Y lo que ahora le atormentaba sin esperanza de curación, la herida reabierta sin cesar que llevaba en el costado era el pensamiento de no haberla gozado, el recuerdo de que, perteneciéndole, se había negado a él. Jamás perdonaría aquella injuria, la herida seguía sangrante en lo más hondo de su carne, y bastaba el más leve soplo para que sintiese su quemadura. Y entonces, bajo las apariencias del hombre todo corrección, surgía delirante el temperamento sensual, celoso y vengativo, capaz de llegar al crimen.

—El señor abate se halla ya al tanto de todo —murmuró el viejo Orlando con acento de tristeza.

Prada hizo un ademán, que equivalía a decir que lo sabía todo el mundo.

—¡Ay, padre! Si no hubiese sido por obedecerle, yo no me habría avenido jamás a ese proceso de anulación del matrimonio. La condesa no hubiera tenido más remedio que reintegrarse al domicilio conyugal, y no se burlaría como se burla hoy de nosotros con su amante, su primo Dario.

Orlando hizo a su vez un ademán como para protestar.

—No lo ponga usted en duda, padre. ¿Por qué cree que se escapó de aquí, sino para ir a vivir entre los brazos de su amante en su misma casa? Yo tengo derecho para afirmar que el palacio de la via Giulia, con su cardenal, sirve de cobijo a líos poco limpios.

Éstos eran los rumores que él mismo se encargaba de divulgar, ésa era la acusación que lanzaba en todas partes contra su mujer, aquéllos sus amores públicos y desvergonzados. Sin embargo, en su interior, ni él mismo creía en sus afirmaciones, porque conocía demasiado bien el buen juicio de Benedetta, la idea supersticiosa y medio mística que se había formado de su virginidad, su firme resolución de no ser sino del hombre a quien ella amase y con quien estuviese casada religiosamente. Pero a Prada le parecía aquella acusación un recurso lícito de guerra y muy eficaz.

—A propósito —exclamó de pronto con brusquedad—, ¿sabe usted, padre, que me han enviado copia de la memoria que ha presentado Morano? La cosa no admite discusión: si no se ha podido consumir el matrimonio es porque el marido es impotente.

Y soltó una carcajada, para demostrar que aquella conclusión le parecía el colmo de la ridiculez. Pero había empalidecido con sorda exasperación, y la risa de su boca era dura, de una crueldad asesina; y era evidente que si se



había decidido a defenderse en aquel proceso, del que al principio no quería darse por enterado, era únicamente porque la falsa imputación de impotencia resultaba insultante para un hombre de su virilidad. Se defendería, pues, convencido además de que su mujer no conseguiría la anulación del matrimonio. Y entonces, entre risas, dio algunos detalles algo libres sobre cómo pasaron las cosas, explicando que la cosa no tenía nada de fácil cuando la mujer se resiste, araña y muerde. Por lo demás, no estaba muy seguro de no haberse salido con la suya. De todos modos, él solicitaría una prueba, el juicio de Dios, como decía con regocijo cada vez mayor, que había de tener lugar delante de los cardenales, si éstos llevaban su escrupulosidad de jueces hasta el extremo de comprobar la verdad por sí mismos.

—¡Luigi! —dijo bondadosamente Orlando, señalando con la mirada al sacerdote.

—Sí, padre, ya comprendo que tiene usted razón. Pero todo esto es tan odioso y ridículo... Ya conocerá usted la frase de Lisbeth: «¡Ay, amigo mío, por lo que veo va a resultar que daré a luz otro niño Jesús!».

Otra vez dio Orlando señales de desagrado, porque no le gustaba que su hijo hablase tan tranquilamente de sus relaciones con Lisbeth delante de personas ajenas a la casa. Lisbeth Kauffmann tendría apenas treinta años, era muy rubia, muy alegre, y pertenecía a la colonia extranjera; era viuda, su marido había fallecido en Roma hacía dos años víctima de una enfermedad de los pulmones que había ido a cuidarse allí. Al quedar libre y lo bastante rica para no necesitar de nadie, permaneció en Roma por gusto, porque era apasionada del arte y tenía algo de pintora. Compró un palacete en la via Principe Amadeo, en un barrio nuevo, y la sociedad de gentes amables e inteligentes se familiarizó con el gran salón del segundo piso, tapizado con telas antiguas, transformado en taller y embalsamado en todas las épocas del año con el aroma de las flores. Allí recibía a las visitas, siempre alegre, vestida con largas blusas, con aires de chiquilla, lanzando frases corrosivas, pero siendo para todos una buena compañera, aunque con el único que se había enredado era con Prada. Le había gustado, desde luego, y se limitó a entregarse a él a los cuatro meses de haber sido abandonado por su propia mujer. Y Lisbeth había quedado encinta; el embarazo era ya de siete meses, y no se cuidaba de ocultarlo, tan tranquila y feliz con lo que le ocurría que, a pesar de todo, el amplio círculo de sus amistades continuaba yendo a visitarla como si no ocurriese nada de particular, porque la vida en las grandes ciudades cosmopolitas es así de fácil e independiente. Como es natural, dadas las circunstancias, el conde estaba encantado con aquel embarazo, que ante

sus ojos era el mejor de los argumentos contra la acusación que tanto lastimaba a su orgullo. Pero en su interior, y sin que él quisiese confesarlo, la herida incurable continuaba sangrando; ni aquella próxima paternidad ni la posesión agradable y aduladora de Lisbeth compensaban la amargura de haber sido rechazado por Benedetta. Era a ésta a la que ansiaba ardientemente poseer, a la que hubiera querido castigar trágicamente por no haberla hecho suya.

Pierre, que no estaba enterado, no podía comprender todo aquello. Se sentía algo molesto, y para disimularlo cogió de entre los periódicos que había encima de la mesa un grueso volumen, que le causó sorpresa encontrar allí, porque era nada menos que una de esas publicaciones clásicas que sirven de manuales para el bachillerato, y en las que se encuentran resumidos todos los conocimientos que se exigen en los programas. No pasaba de ser un libro modesto y práctico, de primera enseñanza, pero abarcaba forzosamente todas las ciencias naturales, y trataba, como no podía menos, de todas las ciencias matemáticas, físicas, químicas y naturales. Era, pues, un resumen al por mayor de las conquistas del siglo, una especie de balance del estado actual de la inteligencia humana.

—¡Ah! —exclamó Orlando, encantado de poder desviar la conversación—, ¿está usted hojeando el libro de mi viejo amigo Théophile Morin? Ya estará usted enterado de que fue uno de los «Mil de Marsala», y que conquistó con nosotros la Sicilia y Nápoles. ¡Todo un héroe!... Regresó a Francia hace más de treinta años, y ocupó de nuevo su cátedra de profesor, en la que no se ha enriquecido. Por eso publicó este libro; según parece, su venta marcha admirablemente, y esto le ha sugerido la idea de sacar algún provecho suplementario haciéndolo traducir, entre otros idiomas, al italiano... Seguimos siendo como hermanos, y por eso se le ha ocurrido valerse de mi influencia, que a él se le antoja de efectos decisivos. Pero se engaña, y mucho temo que no podré conseguir que lo adopten como texto.

Prada, que había vuelto a ser el hombre correcto y encantador, se encogió ligeramente de hombros; estaba poseído por el escepticismo de su generación, deseaba únicamente la conservación de las cosas existentes para sacar de ellas el mayor provecho posible.

—¿Y qué se adelantaría con eso? —refunfuñó—. ¡Hay ya demasiados libros! ¡Demasiados libros!

—¡No, no! —contestó con exaltación el anciano—. ¡Nunca sobran los libros! ¡Hacen falta más, harán falta más cada día! Por el libro, y no por la espada, llegará la humanidad a vencer la mentira y la injusticia, y a conquistar

la paz definitiva, realizando la fraternidad entre los pueblos... Sí, tú te sonríes, ya sé que llamas a todo esto ideas del 48, ideas de viejos carcamales, como ustedes suelen decir en Francia, ¿no es así, señor Froment? Pero no es menos cierto que podemos dar por muerta a nuestra Italia si no nos apresuramos a acometer el problema desde la base, es decir, si no formamos al pueblo. Y para formar al pueblo no hay más que un sistema: el de formar hombres, el de instruirlos, desarrollando por medio de la enseñanza la fuerza inmensa que hoy se esconde bajo la capa de la ignorancia y de la ociosidad... ¡Sí, sí! Hemos formado a Italia, formemos ahora a los italianos. ¡Libros, más libros cada día! Y avancemos siempre, amontonando más ciencia cada día y más claridad, si queremos vivir como hombres sanos, buenos y fuertes.

El viejo Orlando estaba magnífico, había erguido su potente rostro leonino, que llameaba con la albura centelleante de la barba y de los cabellos. Y había dejado escapar en aquella habitación tan llena de ingenuidad, tan conmovedora en su pobreza, su grito de esperanza, poniendo en él una fe tan grande, que el joven sacerdote vio surgir ante sus ojos otra figura: la del cardenal Boccanera, de pie y envuelto en sus ropas negras, todo negro, menos la cabellera de nieve, admirable él también en su belleza heroica, en medio de su palacio ruinoso, cuyos techos amenazaban con derrumbarse sobre sus hombros. ¡Magníficas figuras las de aquellos hombres obstinados y creyentes, las de aquellos ancianos que seguían siendo más viriles y más entusiastas que los jóvenes! Estos de ahora se alzaban en los dos extremos opuestos de la fe, no tenían ni una idea, ni un solo cariño común; y en aquella Roma antigua, en la que todo se desmoronaba, parecían ser ellos la única realidad indestructible, irguiéndose en son de protesta, cara a cara, por encima de su ciudad, como dos hermanos separados, inmóviles en el panorama. Y al haberlos visto así, al uno después del otro, tan grandes, tan solos, tan despegados de toda bajeza terrenal, parecía haberse llenado la jornada de Pierre con un trasunto de eternidad.

Prada se apresuró a coger las manos del anciano para calmarlo con un apretón tiernamente filial.

—Sí, padre, sí. Usted es quien tiene razón, tiene razón siempre, y yo soy un imbécil llevándole la contraria. Le suplico que no se agite de este modo, porque se destapa y se le van a enfriar otra vez las piernas.

Y se arrodilló, arreglándole la manta con infinito esmero. Y luego, sin moverse del suelo, como un niño pequeño, a pesar de sus cuarenta y dos años, alzó sus ojos húmedos, poniendo en su súplica una adoración muda, mientras

que el viejo, recobrando la calma, muy emocionado, le acariciaba los cabellos con sus dedos temblones.

Pierre llevaba allí dos horas cuando decidió retirarse, muy admirado y conmovido de cuanto había visto y oído. Tuvo que prometer nuevamente que volvería para continuar la conversación. Una vez en la calle caminó al azar, con el propósito de ir así a través de Roma sin fijar de antemano el itinerario, aprovechando esa hora deliciosa en que caía el sol y se refrescaba la atmósfera, inmensamente azulada. Pero se encontró de pronto en la via Nazionale, por la que había bajado en coche a su llegada; reconoció los jardines verdes que subían hacia el Quirinal, el edificio desmesurado y gris del Banco, el pino destacándose sobre el fondo del firmamento, de la villa Aldobrandini. Y al doblar un recodo, cuando se detenía para volver a contemplar la columna de Trajano, que se destacaba ahora como un asta oscura en medio de la plaza, invadida ya por el crepúsculo, le sorprendió el ver que se paraba bruscamente una victoria, desde la que un joven le llamaba cortésmente, acompañando sus palabras con un ligero ademán.

—¡Señor abate Froment! ¡Señor abate Froment!

Era el joven príncipe Dario Boccanera, que iba a dar su paseo cotidiano por el Corso. Se mantenía Dario gracias a las liberalidades de su tío el cardenal, y andaba siempre escaso de dinero. Pero, al igual que todos los romanos, era capaz de vivir a pan seco, si no había más remedio, con tal de conservar carruaje, caballo y cochero. El coche es en Roma un artículo de lujo indispensable.

—Si quiere usted montar en mi coche, señor abate Froment, tendré una gran satisfacción en enseñarle una parte de nuestra ciudad.

Era evidente que le guiaba el deseo de agradar a Benedetta, mostrándose amable con su protegido. Además, le resultaba agradable, como entretenimiento de su ociosidad, el iniciar en lo que a él le parecía la crema de Roma, su vida inimitable, al abate Froment de quien todos le hablaban como de una persona inteligentísima.

Aunque a Pierre le hubiera agradado más el proseguir su paseo solitario no pudo rehusar. Además se interesaba por el joven Dario, último vástago de una familia que se extinguía, incapaz de pensamiento y de acción, pero a pesar de todo, muy atrayente por su mismo orgullo e indolencia. Como era mucho más romano que patriota, no había tenido jamás la menor veleidad de alistarse en el régimen imperante, y estaba muy satisfecho de vivir apartado e inactivo. Aunque era de carácter exaltado, no cometía jamás locuras; era en el fondo un hombre práctico, muy razonable, como lo son todos los habitantes

de Roma, a pesar de su fogosidad externa. Y desde que el carruaje se metió por el Corso, después de atravesar la piazza Venezia, dio rienda suelta a su vanidad infantil, a su amor a la vida en la calle, a la vida feliz y alegre, bajo la hermosura del cielo. Y todos esos sentimientos se manifestaron con toda claridad en el ademán sencillo con que exclamó:

—¡El Corso!

Y, al igual que la víspera, Pierre se quedó maravillado. Otra vez se extendía ante él la calle larga y estrecha, hasta desembocar en la plaza, toda blancura y luz, y la única diferencia que ahora observaba era que las casas bañadas por el sol eran las del lado derecho, en tanto que las del lado izquierdo estaban sumidas en negra sombra. ¡De modo que eso era el Corso! ¡Aquella trinchera semioscura, ahogada entre las altas y pesadas fachadas! ¡Aquella calzada mezquina, por la que apenas podían pasar en línea paralela tres carruajes, y a lo largo de la cual se alineaban los escaparates chillones de los apretujados comercios! ¡Ni espacio libre, ni amplitud de perspectiva, ni verdor refrescante de arbolado! ¡Empujones, aglomeraciones, ahogo, y nada más, a todo lo largo de las pequeñas aceras, bajo el dosel de una estrecha franja de cielo! Y por mucho que Dario se empeñase en nombrarle los palacios históricos y fastuosos: el palacio Bonaparte, el palacio Doria, el palacio Odescalchi, el palacio Sciarra, el palacio Chigi; por mucho que le citase la piazza Colonna, con la columna de Marco Aurelio, que es la plaza de mayor animación que tiene la ciudad, ya que por ella va y viene de continuo una multitud de gentes, conversando y curioseando; por mucho que hasta llegaron a la piazza del Popolo le hiciese admirar iglesias, casas, calles transversales, la via Condotti, al extremo de la cual se erguía, envuelta en la aureola del atardecer, la aparición de la Trinità dei Monti, como una masa de oro, en lo más alto de la triunfal escalinata de la piazza di Spagna, Pierre no conseguía borrar su impresión desilusionada de una calle sin amplitud y sin aire; los palacios le producían la impresión de hospitales y cuarteles tristes; en la piazza Colonna se echaba de menos de una manera cruel la vegetación, y sólo la Trinità dei Monti había logrado seducirle por su aureola lejana de apoteosis.

Pero no tuvo más remedio que ir desde la piazza del Popolo a la piazza Venezia, y volver otra vez, y otra vez más, dos, tres y cuatro vueltas, sin descanso. Dario, en sus glorias, se exhibía, miraba, era saludado, saludaba. Y una muchedumbre compacta desfilaba por las dos aceras, clavando sus miradas en el interior de los coches, que tenía al alcance de su mano. Los carruajes fueron haciéndose poco a poco tan numerosos, que no había más

remedio que caminar al paso, formando en la doble hilera ininterrumpida, apretada. Y en ese constante rozamiento de los que iban y de los que volvían, la gente de los coches establecía contacto, se examinaban los unos a los otros. Era una especie de promiscuidad al aire libre, el amontonamiento de Roma en el menor espacio posible, gentes que se conocían ya, que volvían a encontrarse allí como en la intimidad de un salón, gentes que no se dirigían la palabra, pertenecientes a dos mundos enemigos, pero que, a pesar de todo, se codeaban y se examinaban los unos a los otros con la mirada, queriendo hurgar hasta en sus almas respectivas. De pronto, tuvo Pierre la revelación de lo que era el Corso, lo comprendió, comprendió aquella costumbre inmemorial, pasión y orgullo de la ciudad. En eso radicaba precisamente su placer, en la estrechez de la calle, en un codearse forzoso, que hacía posibles los encuentros esperados, las curiosidades satisfechas, la exhibición de las vanidades felices, el sentido de los inacabables comadreos. Allí era donde la ciudad se volvía a ver todos los días, exhibiéndose, espiándose, dándose en espectáculo a sí misma, abrasada por el ansia, que, a la larga, se había hecho indispensable, de verse de aquella manera, hasta el punto de que ninguna persona que se tuviese en algo dejaba de acudir al Corso, porque lo contrario equivalía a desarraigarse, a vivir a lo salvaje, sin enterarse de nada. Y además, la atmósfera era de una suavidad deliciosa, y la estrecha franja de cielo, entre los pesados palacios rojizos, era de una infinita pureza azul.

Dario no cesaba de repartir sonrisas y de hacer leves inclinaciones de cabeza, y al mismo tiempo iba dando a Pierre el nombre de los príncipes y de las princesas, de los duques y de las duquesas, nombres resonantes que han llenado con su brillo las páginas de la Historia, cuyas sílabas sonoras parecen evocar el crujido de las armaduras en las batallas, los desfiles pomposos de los papas, entre vestiduras de púrpura, tiaras de oro y ornamentos sagrados en que centelleaban las piedras preciosas. Y al escuchar aquellos nombres se desesperaba Pierre, viendo que correspondían a obesas damas, a insignificantes señores, a individuos abotagados o enclenques, a los que las ropas modernas afeaban todavía más. Sin embargo, entre esa gente se veían algunas mujeres hermosas, sobre todo mujeres jóvenes, silenciosas, de grandes ojos transparentes. Cuando Dario le enseñó el palacio Buongiovanni, inmensa fachada del siglo XVII, cuyas ventanas estaban encuadradas en un marco de follaje esculpido, y que producía una impresión de desagrado por la pesadez de su estilo, agregó enseguida con aire risueño:

—A propósito, ahí le tiene a Attilio, ese que está en la acera... Supongo que ya está usted enterado... el teniente Sacco.

Pierre hizo un gesto queriéndole decir que, en efecto, estaba enterado. Attilio, que iba de uniforme, despertó enseguida su simpatía; era joven, de expresión decidida y despierta, y en su rostro franco destacaba la ternura de los ojos azules de su madre. Encarnaba, verdaderamente, la juventud y el amor en lo que tienen de esperanza entusiasta y de despreocupación de toda baja preocupación del porvenir.

—Fíjese cuando volvamos a pasar por delante de este mismo palacio — siguió diciendo Dario—. No se habrá movido de donde está, y yo le enseñaré algo más.

Hablaba alegremente de las muchachas jóvenes, de aquellas princesitas y duquesitas, educadas de una manera muy discreta en el Sacro Cuore, pero la mayor parte de ellas completamente ignorantes; su educación se terminaba luego junto a las faldas de sus madres, saliendo únicamente de casa para dar por el Corso el obligado paseo, volviendo después a los interminables días de enclaustramiento y de prisión en el interior de sombríos palacios. ¡Qué de tormentas en el fondo de aquellas almas mudas, a las que nadie tenía acceso! ¡Cómo estallaba en ocasiones subrepticamente un retoño de energía bajo la capa de una obediencia pasiva, bajo la inconsciente apariencia de todo lo que sucedía a su alrededor! Y entonces se empeñaban obstinadamente en vivir ellas su propia vida, eligiendo al hombre que les gustaba, haciéndole suyo a pesar del mundo entero. Y así surgía el enamorado que ellas habían elegido en el Corso, entre las oleadas de jóvenes; el enamorado al que habían pescado con el anzuelo de los ojos durante el paseo, con ojos llenos de candor, que hablaban, que eran suficientes para declararse, para entregarse por completo, sin que los labios, castamente cerrados, tuvieran que articular una sola palabra. Y venían luego las cartitas amorosas, entregadas furtivamente en la iglesia, y las doncellas que se prestaban a todo y que procuraban facilitar las entrevistas, completamente inocentes al principio. Y aquello acababa muchas veces en boda.

Así es como Celia quiso a su Attilio, desde el momento mismo en que se cruzaron sus miradas, cierto día de mortal hastío en que le vio desde una de las ventanas del palacio Buongiovanni. Nada más levantar Attilio la cabeza, y ya Celia le había hecho suyo y se había entregado a él toda entera, a fuerza de clavar sus grandes ojos azules en los ojos del joven. Celia era temperamental, y nada más. Le gustaba él, le quería para ella; él precisamente, y no otro. Era capaz de esperarle veinte años; pero estaba segura de conquistarle inmediatamente, gracias a la tranquila obstinación de su voluntad. La gente hablaba de los terribles arrebatos de su padre, que se estrellaban contra su

silencio respetuoso y obstinado. El príncipe, de sangre mestiza, que era hijo de una americana y que se había casado con una inglesa, no tenía más preocupación en sus luchas que la de conservar intactos su nombre y su fortuna, entre el derrumbamiento de todos sus convecinos; y se decía que durante una de esas disputas, quiso hacer responsable de todo a su mujer, acusándola de no haber velado lo bastante por su hija, y que entonces la princesa se había rebelado, dando suelta a su orgullo y a su egoísmo de extranjera que ha aportado al matrimonio cinco millones. ¿No había hecho bastante dándole cinco hijos? Y desde entonces no pensó la mujer en otra cosa que en sí misma, y dio de lado a Celia, dejando de interesarse por lo que ocurría en aquella casa en que soplaban aires de tormenta.

El carruaje iba a pasar otra vez por delante del palacio, y Dario se lo advirtió a Pierre.

—Fíjese, ya está ahí otra vez Attilio... Y ahora fíjese allá arriba, en la tercera ventana del primer piso.

Fue un segundo encantador. Pierre vio alzarse una punta del visillo y apareció el rostro encantador de Celia, como albo lirio, todavía cerrado. No sonrió, no se movió. Su boca de pureza no expresaba nada, sus ojos transparentes y sin fondo no decían nada. Y, sin embargo, con ellos se adueñaba de Attilio y se entregaba a él sin reserva alguna. El visillo descendió.

—¡Máscara encantadora! —murmuró Dario—. ¿Quién sabe todo lo que se puede esconder detrás de semejante inocencia?

Al darse la vuelta Pierre, se fijó en Attilio, que permanecía con la cabeza vuelta hacia arriba, inmóvil y pálido el rostro, cerrada la boca y abiertos desmesuradamente los ojos. Y quedó infinitamente conmovido ante aquel amor absoluto, violentamente todopoderoso; ante aquel amor verdadero, eterno y joven, ajeno a las ambiciones y a los cálculos de los miembros de las respectivas familias.

Dario ordenó después a su cochero que subiese al Pincio: era obligatoria una vuelta por el Pincio en aquellos claros atardeceres magníficos. Y llegaron primero a la piazza del Popolo, la más abierta y de mayor regularidad que tiene Roma, con las calles que a ella afluyen y las iglesias simétricas, el obelisco central y sus dos masas de arbolado, que hacían juego, a uno y otro lado de la blanca calzada, entre los edificios majestuosos, dorados por el sol. A continuación se metió el coche por los cuetos del Pincio, camino zigzagueante, magnífico, adornado de bajos relieves, de estatuas, de fuentes; una verdadera apoteosis de mármol, un recordatorio de la Roma antigua que



se alzaba entre la vegetación. Cuando llegaron a lo alto, el jardín le produjo a Pierre una impresión de pequeñez; no era más que un gran cuadrado, con las cuatro avenidas indispensables para que los carruajes pudiesen girar. Las avenidas se hallaban bordeadas por una hilera ininterrumpida de bustos de los hombres ilustres de la antigua y de la nueva Italia. Admiró, sobre todo, los árboles, los ejemplares más variados y raros, seleccionados y conservados con sumo cuidado, casi todos de follaje permanente; esto hacía que, lo mismo en verano que en invierno, persistiese allí la admirable umbría, matizada con toques de todos los tonos verdes imaginables. El carruaje empezó a dar vueltas por las frescas avenidas, en pos de otros carruajes, que formaban una corriente continua, que nunca disminuía.

Pierre se fijó en una dama que iba sola, en una victoria pintada de azul oscuro, atalajada con gran corrección. Era muy linda, pequeña de estatura, cabellos castaños, cutis mate, ojos dulces, aire de modestia y porte de agradable sencillez. Llevaba un vestido sin pretensiones, del color de las hojas secas, y lo único que resultaba algo llamativo era el voluminoso sombrero. Al ver que Dario la miraba fijamente, el sacerdote le preguntó quién era, y el joven se sonrió. Nadie, Tonietta, una de las pocas mujeres galantes a las que Roma prestaba atención. Y a continuación le fue dando detalles acerca de ella, expresándose sin rodeos, con la hermosa franqueza de su raza en todo lo que se refiere al amor. Era una joven de orígenes bastantes confusos, porque mientras algunos afirmaban que procedía de muy bajo, de alguna de las tabernas de Tívoli, otros afirmaban que había nacido en Nápoles y que era hija de un banquero; fuese como fuese, lo cierto era que se trataba de una joven muy inteligente, que se había educado a sí misma, que daba admirables recepciones en su pequeño palacio de la via dei Mille, regalo del anciano marqués de Manfredi, muerto ya. No era mujer que gustase exhibirse; nunca tenía más de un amante a la vez, y las princesas y duquesas que la observaban todos los días en el Corso con curiosidad, la encontraban muy de su agrado. Se había hecho célebre, sobre todo por una particularidad: por las corazonadas que la acometían de repente, haciendo que se entregase gratuitamente al hombre de quien estaba enamorada, aceptando de él únicamente un ramo de rosas blancas cada mañana. Por eso, cuando la gente la veía pasar por el Pincio, a veces durante semanas enteras, adornada con aquellas rosas puras, con aquel blanco ramo de novia, la gente se sonreía con tierna complacencia.

Pero Dario cortó las explicaciones para saludar ceremoniosamente a una dama que pasaba dentro de un enorme landó, acompañada por un señor. Y se

limitó a decir al sacerdote:

—Es mi madre.

A ésta ya la conocía Pierre. Por lo menos, había oído contar su historia al vizconde de la Choue: su segundo matrimonio, a los cincuenta años, después de morir el príncipe Onofre Boccanera; cómo conservaba toda su lozanía y cómo había cazado con su mirada en el Corso, igual que cualquier jovencita, a un hombre de su gusto, quince años más joven que ella. Y sabía también quién era aquel hombre, aquel Jules Laporte, antiguo sargento de la guardia suiza, y, según rumores, agente vendedor de reliquias, complicado en un fantástico asunto de reliquias falsas; sabía también Pierre cómo ella le había convertido en marqués de Montefiori, hombre elegante, uno de los últimos aventureros de suerte, que triunfaba en el país de leyenda en el que los pastores se casaban con reinas.

Al cruzarse en la siguiente vuelta al gran landó, se fijó Pierre en la pareja. Causaba la marquesa verdadera sorpresa; era la clásica belleza romana en toda su plenitud, alta, fuerte, muy morena, con una cabeza de diosa, de rasgos muy perfectos, algo macizos, en los que sólo el labio superior, recubierto de bozo, delataba su verdadera edad. En cuanto al marqués, suizo, de Ginebra, romanizado, tenía verdaderamente un aspecto altivo, con su magnífica planta de fornido oficial y su bigote enhiesto; no tenía nada de tonto; según se decía, era muy alegre y de muy buen carácter, sumamente simpático para las damas. Ella estaba orgullosa, y le llevaba y exhibía por todas partes, y había recommenzado a vivir con él como si tuviese veinte años, gastándose entre besos la pequeña fortuna que había salvado del desastre de la villa Montefiori; y tan olvidada de su hijo que, cuando, a veces, lo encontraba en el paseo, lo saludaba como si se tratase de una de tantas personas conocidas.

—Vamos a ver cómo se pone el sol por detrás de San Pedro —dijo Dario, siguiendo su papel de hombre que sabe enseñar a conciencia todas las curiosidades.

Volvió el carruaje a la terraza, en la que una banda militar interpretaba piezas de música entre terribles estallidos de los instrumentos de cobre. Muchos carruajes se habían detenido ya para escucharla, y los peatones, simples paseantes, se iban amontonando, y formaban una muchedumbre cada vez mayor. El panorama que se descubría desde la terraza, muy elevada y muy espaciosa, era uno de los más soberbios de Roma. Al otro lado del Tíber, por encima del caos gris del nuevo barrio Prati di Castello, se alzaba San Pedro, por entre la vegetación verdegueante del monte Mario y del Janículo. Se extendía luego, a mano izquierda, toda la ciudad antigua, una superficie

ilimitada de tejados, un mar movedizo de edificios, hasta perderse de vista. Pero la mirada retornaba siempre a San Pedro, erguido como un trono en el azul del firmamento, con una grandiosidad pura y soberana. Vistas desde la terraza, las lentas puestas de sol, a espaldas del coloso, sobre el fondo del cielo inmenso, resultaban sublimes.

Surgían a veces nubarrones sangrientos que chocaban unos contra otros, como en una batalla de gigantes que sucumben entre las ruinas monstruosas de las ciudades envueltas en llamas. Otras veces parecía el cielo un lago oscuro, en el que destacaban únicamente algunas grietas rojas, que parecían como una red de luz con la que se pretendiese volver a pescar entre las algas al astro hundido allí. Otras veces desciende una neblina color de rosa, un polvillo finísimo, estriado de perlas por un chaparrón lejano, telón que recubre el horizonte misterioso. Otras veces resulta una apoteosis, un desfile de púrpura y oro, los carros de nubes que ruedan sobre una pista de fuego, galeras que flotan en un mar de azur, pomposidades fastuosas y extravagantes que se sumergen poco a poco en el insondable golfo del crepúsculo.

Pero aquella tarde se le presentó a Pierre el espectáculo sublime, rodeado de una grandiosidad serena, enceguecedora y desesperada. En línea vertical sobre la cúpula de San Pedro, descendiendo del cielo immaculado, de una limpidez profunda, brillaba todavía el sol con tal intensidad, que los ojos no podían resistir sus destellos. Y la cúpula, envuelta en aquel esplendor, parecía incandescente, de plata líquida; y en el barrio más próximo, los tejados del Borgo, parecían convertidos en un lago de brasas. Pero, conforme el sol se fue inclinando, perdió intensidad su llama, y fue ya posible clavar en él la vista; casi enseguida, con lentitud majestuosa, se deslizó detrás de la cúpula, y ésta se silueteó en azul oscuro, y el astro, enteramente eclipsado, se convirtió a su alrededor en una aureola, en una gloria de la que brotaban rayos centelleantes formando corona. Y empezó la visión de ensueño, la extraordinaria iluminación de la fila de ventanas majestuosas que hay en la base de la cúpula, que eran atravesadas de parte a parte, quedando convertidas en rojas bocas de horno. Producía aquello la impresión de que la cúpula se hallaba asentada sobre un brasero, aislada en el espacio, elevada y transportada por la fuerza misma del fuego. La visión duró apenas tres minutos. Más abajo, los tejados confusos del Borgo se sumergían en vaporosidades violáceas, y todo el panorama, desde el Janículo al Monte Mario, silueteaba su línea negra bien marcada; y entonces el firmamento, a su vez, se tiñó de púrpura y oro, se envolvió en una serenidad infinita de claridad sobrehumana, formando pabellón sobre la tierra, que se iba aniquilando. Finalmente, se apagaron las

ventanas, se apagó el cielo, y sólo continuó distinguiéndose la curva de la cúpula de San Pedro, silueta vaga, que se iba esfumando cada vez más en la noche, que todo lo invadía.

Y por un subrepticio enlace de ideas surgieron entonces, una vez más, ante la imaginación de Pierre, las figuras grandiosas y tristes y crepusculares del cardenal Boccanera y del viejo Orlando. Al anochecer del día mismo en que los había conocido, a uno después del otro, grandiosos en la obstinación de sus esperanzas, surgían ante él, erguidos; en el horizonte, por encima de su ciudad reducida ya a la nada, en los bordes del firmamento, que parecía caer en los brazos de la muerte. ¿Significaría aquello que todo iba a derrumbarse, que todo se extinguiría, desaparecería en la noche de los tiempos?

## V

**D**arcisse Habert vino al día siguiente, muy afligido, a informar a Pierre de que su primo, monseñor Gamba del Zoppo, camarero secreto, pretextando encontrarse algo enfermo, había pedido dos o tres días de plazo antes de recibir la visita del joven sacerdote y de ocuparse de obtenerle una audiencia. Pierre se encontró, por consiguiente, inmovilizado, y tampoco se atrevía a emprender gestión alguna por otro lado, porque le habían asustado de tal manera, que temía comprometerlo todo si daba algún paso poco hábil. Y no teniendo nada que hacer, se dedicó a visitar Roma, con tal de ocuparse en algo.

Su primera visita la dedicó a las ruinas del Palatino. No más tarde que las ocho de la mañana, con un cielo purísimo, se echó, solo, a la calle y se presentó en la entrada, que se encuentra en la via di San Teodoro y que consiste en una verja flanqueada por los pabellones de los guardianes. Surgió inmediatamente uno de éstos, y se le ofreció para servirle de guía. Pierre hubiera preferido ir de un lado para otro a capricho, vagar a la ventura de su imaginación y de sus hallazgos. Pero le resultó penoso el rehuir los ofrecimientos de aquel hombre, que hablaba, muy correctamente el francés, y que le sonreía con amabilidad. Era un hombrecito rechoncho, antiguo soldado, de unos sesenta años, de rostro cuadrado y rojizo cortado por un poblado bigote blanco.

—Empecemos, pues, si el señor abate tiene la amabilidad de seguirme... Por lo que veo, el señor abate es francés. Yo soy del Piamonte, y conozco bien a los franceses: estuve con ellos en Solferino. Sí, señor, por mucho que se diga, es difícil olvidar que hemos sido hermanos... Por aquí, suba usted por aquí, hacia la derecha. Pierre había alzado la vista descubriendo la línea de cipreses que bordea la explanada del Palatino, por el lado del Tíber; los vio desde el Janículo el día mismo de su llegada. El verde intenso de los árboles semejaba una franja negra trazada sobre el cielo de un azul purísimo. Aquellos árboles eran lo único que se veía, porque la cuesta estaba pelada y como devastada, y era como una mancha gris de polvo, sembrada aquí y allá

de algunos arbustos, entre los cuales asomaban algunos trozos de antiguas murallas. Era un estrago, la tristeza leprosa de los terrenos de excavaciones, que sólo entusiasman a los sabios.

—Las mansiones de Tiberio, de Calígula y de los Flavios —prosiguió el guía—, se encuentran allá arriba. Pero eso lo dejaremos para el final de nuestro recorrido.

De pronto se dirigió hacia la izquierda, deteniéndose frente a una excavación que formaba una especie de gruta en el costado de la montaña.

—Ésta es la cueva lupercal, en la que la loba daba de mamar a Rómulo y Remo. En otros tiempos podía verse todavía a la entrada de la cueva la higuera Ruminai, que daba sombra a los dos gemelos.

Pierre no pudo contener una sonrisa ante la simplicidad y convicción que el antiguo soldado ponía en sus explicaciones; parecía sentirse orgulloso de todas aquellas glorias, que eran suyas. Pero cuando el buen hombre le mostró, no lejos de la cueva, ciertos vestigios de la Roma Quadrata, algunos restos de murallas que parecían remontarse verdaderamente a la fundación de Roma, sintió despertar su interés, y su corazón empezó a palpar de emoción. Y no precisamente porque hubiese nada que admirar en lo que veía, porque sólo se trataba de algunos bloques de piedra tallados, colocados unos sobre otros, sin cal ni mortero. Pero evocaban un pasado de veintisiete siglos, y aquellas piedras sobre las que se había asentado un edificio tan notable de esplendor y de omnipotencia se revestían de una majestad extraordinaria.

Continuó la visita; fueron por la derecha, siguiendo siempre la pendiente del monte. Parece que llegaban hasta allí las construcciones anejas a los palacios: restos de pórticos, salones derruidos, columnas, frisos que habían sido levantados de nuevo, iban bordeando el sendero pedregoso que iba y venía por entre hierbajos de cementerio; y el guía continuaba repitiendo las cosas como un loro, de la misma forma que lo venía haciendo desde hacía diez años, y continuaba dando como seguras las hipótesis más inciertas, dando a cada resto un nombre, señalándole una finalidad y relatando su historia.

—La casa de Augusto —exclamó de pronto, señalando con un ademán unos montones de escombros.

Entonces Pierre, que no veía nada, se atrevió a preguntar:

—¿Dónde?

—¡Qué desgracia, señor abate! Parece que el siglo pasado podía verse todavía la fachada. Se entraba por el otro lado, por la via Sacra. De este lado había una gran terraza, desde la que se dominaba el Circo Máximo, pudiendo

presenciarse los juegos que allí se celebraban... Por lo demás, no tiene usted más que abrir los ojos: el palacio se encuentra casi totalmente enterrado debajo de ese gran jardín que ve usted allí arriba: el jardín de la villa Mills; y cuando se disponga de dinero para las excavaciones, se encontrará de nuevo, sin duda alguna, lo mismo que el templo de Apolo y el de Vesta, que se alzaban junto a él.

Torció a mano izquierda y penetró en el Estadio, pequeño circo para las carreras pedestres, que se alzaba al lado mismo de la casa de Augusto. Entonces fue cuando el sacerdote, maravillado, empezó a exaltarse. No porque aquellas ruinas estuviesen bien conservadas y presentasen un aspecto monumental; no había ni una columna en su sitio, y sólo se conservaban intactas las murallas del lado derecho; pero se había logrado reconstituir todo el plano, las columnas que marcaban la meta; a uno y otro lado, el pórtico que rodeaba la pista, el palco del emperador, construcción colosal que estuvo primeramente al lado izquierdo, pero que después se llevó al lado derecho, adosándola al palacio de Septimio Severo. El guardia seguía su camino por entre los restos esparcidos, y daba acerca de ellos explicaciones abundantes y precisas, asegurando que la dirección de las excavaciones había logrado conocer del Estadio hasta sus menores detalles, estando a punto de establecer el plano exacto, con los órdenes de columnas, las estatuas que había en cada nicho y la clase de mármoles de que estaban recubiertos los muros.

Y acabó diciendo:

—Estos señores son meticulosos. Los alemanes no podrán hacer la menor objeción, y no se repetirá el caso del Forum, donde lo revolvieron todo, y ya no sabe uno orientarse allí, desde que ellos pasaron con su ciencia.

Pierre se sonrió, y su interés fue en aumento cuando iba tras él, por entre escaleras truncadas y puentes de madera tendidos sobre grandes hoyos en las ruinas gigantescas del palacio de Septimio Severo. El palacio se alzaba en la extremidad meridional del Palatino, dominando la vía Appia y toda la Campaña, en la lejanía, hasta perderse de vista. Sólo quedan ya las subestructuras, las salas subterráneas, acondicionadas bajo los arcos de las terrazas que se habían contraído para ensanchar la explanada del monte, que resultaba ya demasiado estrecha; y aquellas subestructuras, aunque desprovistas de las construcciones que sobre ellas se alzaban, bastaban, sin embargo, para dar una idea del magnífico palacio, al que servían de base, porque su masa indestructible conservaba toda su grandeza y toda su fuerza. Allí era donde se alzaba el famoso Septizonium, la torre de los siete pisos, que todavía se conservaba en el siglo XIV. Existe todavía una terraza, sobre

bóvedas ciclópeas, desde donde se divisa un panorama admirable. Todo lo demás es solamente un amontonamiento de muros medio derruidos, de grandes corredores interminables y de salas inmensas, cuya finalidad no se adivina. Todas aquellas ruinas, bien cuidadas por la nueva administración, barridas, desembarazadas de la vegetación salvaje, han perdido su agreste romanticismo para tomar una grandiosidad triste y severa. Pero el sol ponía algunas pinceladas de oro en los muros antiguos, penetraba por algunas brechas hasta el interior de las salas oscuras, daba animación con su polvillo luminoso a la muda melancolía de aquella soberanía muerta, exhumada de la tierra en que había dormido durante siglos. Y el manto purpúreo del sol, extendido sobre las viejas construcciones rojizas, hechas de ladrillo envuelto en cemento y despojadas de su fastuoso revestimiento de mármoles, cubría de nuevo toda aquella gloria imperial.

Pierre llevaba ya caminando hora y media y todavía le quedaba por visitar el bloque de palacios primitivos, construidos sobre la misma cima, al norte y al este.

—Tenemos que volver sobre nuestros pasos —dijo el guía—. Fíjese, los jardines de la villa Mills y del convento de San Bonaventura nos cierran el camino. Hasta que no se hagan excavaciones y se limpie todo este lado, no se podrá pasar... Yo quisiera, señor abate, que usted hubiera venido a pasear por el Palatino hace cincuenta años nada más. Yo lo conozco por los planos de aquel entonces. Todo eran viñedos, pequeños jardines, divididos por setos, esto era pleno campo, un verdadero desierto en el que no había un alma... ¡Y pensar que todos estos palacios dormían debajo!

Pierre iba detrás del guía; volvieron a pasar por delante de la casa de Augusto, ascendieron y desembocaron en la casa de los Flavios, inmensa, medio sepultada aún debajo de la villa contigua; la componían un gran número de habitaciones, pequeñas y grandes, sobre cuya finalidad se discutía todavía. Parece haberse identificado con toda seguridad la sala del trono, la sala de justicia, el comedor y el peristilo. Todo lo demás que se afirma no pasa de ser una fantasía, sobre todo lo que se refiere a las estrechas habitaciones de los apartamentos particulares. Por lo demás, ni un solo muro completo queda en pie; no se ven más que cimientos que salen a flor de tierra, basamentos truncados que dibujan en el suelo el plan del edificio. La única ruina que se ha conservado como por obra de milagro es, en dirección de arriba abajo, la casa que, según se afirma, perteneció a Livia, edificio minúsculo en comparación con los amplios palacios contiguos, y que conserva intactas tres de sus salas, con sus pinturas murales, consistentes en



escenas mitológicas, flores y frutos, que conservan una frescura admirable. De la casa de Tiberio no se distingue absolutamente nada; sus restos yacen debajo de un encantador jardín público, que es una prolongación en la explanada superior de los antiguos jardines Farnese; en cuanto a la casa de Calígula, al lado de la anterior, encima del Forum, lo mismo que de la casa de Septimio Severo, sólo se conservan las enormes subestructuras, contrafuertes, altas bóvedas que sostenían el palacio, una especie de inmenso subterráneo en el que vivía la servidumbre y los puestos de guardia. En resumen: el elevado cerro que domina toda la ciudad no presentaba sino vestigios confusos, grandes espacios de terreno gris y pelado, en los que el pico y la pala iban abriendo huecos, y algunos lienzos de viejos muros que se alzan aquí y allá. Sólo con un gran esfuerzo de imaginación erudita se conseguía reconstruir el antiguo esplendor imperial que allí se desarrolló en otros tiempos.

A pesar de todo, el guía continuaba sus explicaciones, con toda convicción, señalando el espacio vacío, como si tuviese todavía los monumentos delante de él.

Nos encontramos ahora sobre la plaza misma del Palatino. Fíjese, la fachada del palacio de Domiciano, que está a la izquierda, la fachada del palacio de Calígula, a la derecha; dese la vuelta y se encontrará frente al templo de Júpiter Stator... La via Sacra subía hasta esta plaza y pasaba por debajo de la puerta Mugonia, una de las tres antiguas puertas de la Roma primitiva.

Dejó de hablar un momento y señaló con la mano la parte noroeste del monte.

—Habría observado que los Césares no levantaron edificios en este lado del monte. Esto demuestra de un modo evidente que obraron así para respetar ciertos monumentos antiguos, anteriores a la fundación de la ciudad y muy venerados por el pueblo. Allí se alzaba el templo de la Victoria, construido por Evandro y sus Arcades, el antro lupercal que antes le he enseñado, la humilde cabaña de Rómulo, construida de cañas y barro... Todas estas cosas han sido descubiertas de nuevo, señor abate. Su existencia no ofrece duda alguna, aunque los alemanes se empeñen en sostener lo contrario.

Pero, de pronto, dejó escapar una exclamación, como quien se ha olvidado de lo más interesante.

—Vamos a terminar nuestra excursión visitando el corredor subterráneo donde fue asesinado Calígula.

Y bajaron a una larga galería cubierta, en la que hoy deja caer el sol sus alegres rayos a través de algunas de las brechas que ofrece. Sin embargo, el

lugar continúa siendo pavoroso y solitario, como hecho para los horrores de la tragedia. La voz del antiguo soldado adquirió un tono sombrío, y relató que Calígula, que regresaba de los Juegos palatinos, tuvo el capricho de bajar a aquel corredor, con objeto de presenciar ciertas danzas sagradas que ejecutaban allí algunos jóvenes asiáticos. Y así es como el jefe de los conjurados, Quéreas, pudo asestarle la primera puñalada en el vientre. El emperador quiso huir, lanzando alaridos. Entonces los asesinos, que eran hechura suya, sus amigos más preciados, se lanzaron sobre él todos a una, le derribaron al suelo y le acribillaron a cuchilladas, mientras el emperador, loco de terror y de rabia, llenaba el corredor oscuro y sordo con su ulular de animal al que se está degollando. Cuando murió, se hizo allí el silencio, y los asesinos, aterrorizados, huyeron.

Había terminado la clásica visita a las ruinas del Palatino. Cuando Pierre volvió a salir a la superficie, sintió que se apoderaba de él un único deseo: el de desembarazarse del guía, el de quedarse solitario en aquel jardín tan discreto y ensoñador que había en la cima del monte, y desde el cual se dominaba toda Roma. Hacía ya tres horas que iba y venía, escuchando siempre la misma voz gruesa y monótona que bordoneaba en sus oídos, sin perdonarle ni una sola de todas aquellas piedras. Pero entonces el buen hombre volvió a tocar el tema de su amistad hacia Francia, y se puso a explicar con gran detalle la batalla de Magenta. Aceptó con una sonrisa bondadosa la moneda que le dio el sacerdote, e inició una explicación sobre la batalla de Solferino. Aquello llevaba trazas de no acabar nunca, pero, por suerte, se acercó una dama que le hizo alguna pregunta. El guía se fue inmediatamente con ella.

—Buenas tardes, señor abate. Puede bajar usted por el palacio de Calígula. A propósito: ya sabrá que existía una escalera secreta que conducía desde este palacio hasta la casa de las Vestales, que estaba allá abajo, encima del Forum. Hasta ahora no ha sido encontrada, pero existe, con toda seguridad.

¡Qué sensación encantadora de alivio experimentó Pierre cuando, solo al fin, pudo sentarse en uno de los bancos de mármol que había en el jardín! No se veían por allí más que algunos bosquecillos de árboles, bojés, cipreses, palmeras; pero los magníficos robles verdes, bajo los cuales se encontraba el banco, proyectaban una sombra oscura de una frescura exquisita. Y el encanto trascendía también de la soledad ensoñadora, del silencio tembloroso que parecía brotar del viejo suelo saturado de historia, de la historia más rotunda, en el estallido de un orgullo sobrehumano. Los jardines Farnese habían

convertido en otro tiempo aquella parte del monte en un lugar agradable, adornado de sotos; todavía podía verse el edificio de la villa, aunque muy estropeado; y sin duda persiste aún allí el soplo del Renacimiento, como una caricia, entre el brillante follaje de los viejos robles verdes. Se encuentra uno allí en plena alma del pasado, rodeado de la ingrátida población de los aparecidos, envuelto en el aliento errante de las generaciones innúmeras, que duermen sobre las hierbas.

Pero la Roma esparcida a lo lejos, en torno al montículo augusto, atraído con tal viveza la atención de Pierre, que no le permitió permanecer sentado. Se levantó, se acercó a la balaustrada de una terraza, vio extenderse a sus pies el Forum y surgió en su extremidad el Capitolio.

Y no vio allí más que un montón de construcciones grises, sin grandeza y sin belleza. Dominando el monte se veía tan sólo la fachada posterior del palacio de los Senadores, una fachada vulgar, de ventanas estrechas, coronada por un campanil cuadrado. Un gran muro desnudo, con tonalidades de herrumbre, ocultaba la iglesia de Aracoeli, la cima donde en otro tiempo se alzaba resplandeciente el templo de Júpiter Capitolino, como el rey de la protección divina. Luego, hacia la izquierda, en la cuesta del Caprinus, lugar en donde pastaban las cabras durante la Edad Media, se escalonaban feos edificios; por otro lado, los escasos, pero magníficos árboles del palacio Caffarelli, ocupado por la embajada de Alemania, ponían su verdor en la cima de la antigua roca Tarpeya, hoy casi imposible de situar, porque se halla perdida y envuelta entre los muros que sirven de sustentáculo a la villa. ¡Y aquello era todo el monte Capitolino, la más gloriosa de las siete colinas, con su fortaleza, su templo, al que había sido prometido el imperio del mundo, el San Pedro de la Roma antigua! ¡Aquel monte, escarpado del lado del Forum, dominando el Campo de Marte, de aspecto imponente! ¡Aquel monte, hendido por el rayo, y al que envolvía en misterio y en el escalofrío de lo desconocido y pavoroso, desde las más remotas edades, el bosque llamado del Asilo, que era un robledal sagrado! Andando el tiempo, se escribieron allí las tablas del estado civil de la grandeza romana. A él ascendieron los triunfadores, en él adquirieron los emperadores categoría de dioses, al alzarse sus estatuas de mármol sobre los pedestales. La vista, cuando lo contempla, se pregunta con asombro cómo es posible que tal cúmulo de historia y tamaño gloria pudiese caber en espacio tan corto, en aquel islote montuoso y confuso de mezquina techumbre, madriguera que no sobrepasa las proporciones de una aldea que se alzase entre dos valles.

Otra cosa que sorprendió a Pierre fue el Forum, que arranca del Capitolio y que se extiende hasta el pie del Palatino: era un lugar estrecho, ahogado entre las colinas próximas, un bajo fondo en el que Roma, cada vez más grande, pero comprimida, sin espacio libre, había tenido que amontonar las construcciones. Para encontrar el suelo venerable de la República, bajo los quince metros de aluvión arrastrado por los siglos, hubo que cavar muy hondo; por eso el espectáculo que hoy se ofrece a la contemplación consiste en un foso muy extenso y feo, conservado con esmero, libre de escaramujos y de yedras, en el que exhiben, como los restos de un esqueleto, fragmentos del pavimento, los basamentos de las columnas, las moles de los cimientos. La basílica Julia, desenterrada por completo, no es otra cosa que la proyección del plano de un arquitecto a ras de tierra. Por aquel lado, únicamente el arco de Septimio Severo ha conservado intacta su mole cuadrada; las pocas columnas que quedan del templo de Vespasiano, aisladas, erguidas por verdadero milagro entre tantos derrumbamientos, tienen una elegancia altiva, una soberana audacia de equilibrio, esbeltas y doradas, sobre el fondo del cielo azul. También se conserva en pie la columna de Foca, y a su lado algunos rostros que han sido reconstruidos uniendo los pedazos que se descubrieron en los alrededores. Pero es necesario dejar atrás las tres columnas del templo de Cástor y Pólux, ir más allá de los vestigios de la casa de las Vestales, más allá del templo de Faustina, en el que se ha instalado como si tal cosa la iglesia cristiana de San Lorenzo, más allá todavía del templo redondo de Rómulo, para recibir la extraordinaria sensación de enormidad que produce la basílica de Constantino, con sus tres colosales bóvedas en ruinas. Vistas desde el Palatino producen la impresión de soportales construidos para un mundo de gigantes, y es tal el espesor de la obra, que un fragmento venido a tierra desde las bóvedas yace como bloque desgajado de una montaña. Allí, en aquel Forum ilustre, estrecho y desbordante, se cobijó durante siglos la historia del más grande de los pueblos, desde la leyenda de las Sabinas, que sirvieron para reconciliar a los romanos con los sabinos, hasta la proclamación de las libertades públicas, conquistadas paso a paso por los plebeyos a los patricios. Era a la vez Mercado, Bolsa, Tribunal y Sala de asambleas públicas al aire libre. Allí fue donde los Gracos defendieron la causa de los humildes, allí fijó Sila las listas de proscripción, allí peroró Cicerón y allí fue colgada su cabeza sangrante. Vinieron luego los emperadores a nublar el brillo primitivo, y vinieron luego los siglos a sepultar bajo el polvo monumentos y templos, hasta el punto de que los siglos medievales no encontraron aquel sitio aprovechable más que

para instalar un mercado de ganado vacuno. Han venido tiempos en que inspira respeto otra vez, pero es un respeto violador de tumbas, una fiebre de curiosidad y de ciencia que se indigna ante las hipótesis, que se pierde en aquel suelo histórico en el que se superponen las generaciones, y que defiende las quince o veinte reconstrucciones que se han hecho del Forum, y que son todas tan plausibles unas como otras. Para el hombre que pasa casualmente, que no es ni erudito ni hombre de letras profesional, que no se ha empapado en la vieja historia de Roma, se esfuman los detalles y aquel terreno excavado por todas partes le da la impresión de cementerio de una ciudad en el que blanquean las viejas piedras exhumadas y del que trasciende la gran melancolía de los pueblos muertos. De trecho en trecho distinguía Pierre la via Sacra, que gira, reaparece, baja, asciende, pavimentada de losas en las que las ruedas de los carros han abierto surcos; y pensaba en el triunfo, en la ascensión del triunfador, violentamente sacudido por los vaivenes del carro en aquel rudo pavimento de gloria.

Pero el horizonte se ensanchaba más hacia el sudeste, y distinguía la gran masa del Coliseo, más allá del arco de Tito y del arco de Constantino. ¡Aquel coloso en el que los siglos sólo han podido hacer presa por mitad, hendiéndolo como con un inmenso golpe de hoz, subsiste, en toda su enormidad, en toda su majestad, como una puntilla de piedra, con sus centenares de ventanas vacías, que se abren sobre el azul del cielo! Es un mundo de vestíbulos, escaleras, rellanos, corredores; un mundo en el que uno se pierde, entre una soledad y silencio de muerte; en la parte interior, las graderías hendidas, comidas por los vientos, semejan escalones superpuestos e informes de algún antiguo cráter muerto, producen la impresión de un circo natural, tallado en la roca viva indestructible por la fuerza de los elementos. Los soles abrasadores de dieciocho siglos han cocido y enrojecido aquella ruina, que ha vuelto al estado de naturaleza, y que se ofrece desnuda y dorada lo mismo que el flanco de una montaña, ahora que se ha arrancado toda la vegetación que crecía allí, toda la flora que la tenía convertida en un rincón de bosque virgen. ¡Qué magnífica visión la que se nos ofrece cuando, a fuerza de imaginación, recubrimos aquel esqueleto con carne y sangre palpitante de vida, llenándolo con los noventa mil espectadores que cabían en él, reviviendo las escenas de los juegos y combates que tenían lugar en la arena, amontonando en su recinto una civilización entera, desde el emperador y su corte hasta el oleaje de la plebe, animándolo todo con la vivacidad y el colorido de un pueblo apasionado, presidido por los rojos reflejos del gigantesco «velum» de púrpura. También se veía desde allí, un poco más

lejos, otra ruina ciclópea, las termas de Caracalla, que había quedado también como un vestigio de una raza de gigantes desaparecida ya de la faz de la tierra: salas de una espaciosidad y de una altura extravagantes e inconcebibles; dos vestíbulos capaces de cobijar a toda la población de una ciudad; un «frigidarium» cuya piscina podía recibir a la vez quinientos bañistas; un «tepidarium» o «caldarium» de iguales dimensiones, fruto de la manía de lo enorme; y la masa horrenda del monumento, el espesor de los muros, no alcanzado jamás por ninguna muralla de plaza fuerte; aquella cosa inmensa, para decirlo de una vez, en cuyo interior los visitantes semejan hormigas extraviadas, el derroche increíble de cemento y ladrillo, ante cuya vista nos preguntamos cómo serían aquellos hombres y aquellas muchedumbres para las que fue levantado el monstruoso edificio. Hoy nos dan sus ruinas la impresión de un amontonamiento de rocas en bruto, de materiales arrastrados hasta allí desde el alto de alguna montaña, y reunidos para construir con ellos alguna mansión para titanes.

Pierre se sentía penetrado por aquel pasado inmenso en el que estaba sumergido. La Historia resucitaba y subía hacia él desde los cuatro puntos cardinales, como marea que todo lo anega. Al norte y al oeste, unas llanuras azuladas que se extendían hasta el infinito, y que antiguamente formaban la Etruria; al este se dibujaba la silueta de las crestas dentadas de los montes de la Sabina; hacia el sur se espaciaban bajo la lluvia de oro del sol las colinas Albanas y el Latium; allí estaba Alba Longa y también el monte Cava, coronado de encinas, en el que un convento sustituye ahora al viejo templo de Júpiter. Y, finalmente, a sus mismos pies, más allá del Forum, al otro lado del Capitolio, se extendía Roma misma, enfrente el Esquilino, el Celio y el Aventino a mano derecha, y a su izquierda otras colinas que no podía distinguir, el Quirinal y el Viminal. A sus espaldas, en los márgenes del Tíber, se alzaba el Janículo. Y toda la ciudad rompía a hablar y le contaba su grandeza muerta.

Y entonces, por una evocación involuntaria de su imaginación, revivieron y resucitaron todas las cosas. El Palatino que acababa de visitar, el Palatino gris y sombrío, arrasado como ciudad maldita, en el que sólo quedaban algunos muros diseminados, cobró de pronto vida, se pobló, rebrotó con sus palacios y sus templos. Era la cuna misma de Roma, el lugar en que Rómulo había fundado su ciudad, aquella cima desde la que se dominaba el Tíber, frente por frente a los Sabinos, que ocupaban el Capitolio. Probablemente allí vivieron los siete reyes que tuvo durante los dos siglos y medio que duró su monarquía, encerrados dentro de las altas y sólidas murallas, que no tenían

más entrada que la de sus tres puertas. Surgían luego los siete siglos de república, los más grandes, los más gloriosos, los que habían visto el sometimiento de la península itálica y, después, el de todo el mundo, al dominio de Roma. Roma, que se había ido ensanchando durante aquellos años victoriosos de luchas sociales y guerreras, llegó a poblar las siete colinas, y el Palatino sólo fue la cuna venerable, con sus templos de leyenda, y poco a poco irrumpieron también en él las mansiones particulares. Pero allí estaba ya César, encarnando la omnipotencia de la raza, quien, después de las Gallas y de Farsala, coronaba el triunfo en nombre de todo el pueblo romano, dictador, emperador, que daba cima a la empresa colosal de la que se iban a aprovechar los cinco nuevos siglos de imperio de una manera fastuosa, dando rienda suelta a todos los apetitos. Augusto podía tomar ya el poder, la gloria había llegado a su punto de apoteosis, los miles de millones esperaban, allá en las provincias, que fuesen a robarlos, y en la capital del mundo, ante la mirada de las lejanas naciones, deslumbradas y vencidas, empezaban los grandes festejos imperiales. Augusto había nacido en el Palatino y, después de la victoria de Actium, que puso en sus manos el imperio, tuvo el orgullo de volver a aquel monte sagrado, que todo el pueblo veneraba, para reinar desde allí. Compró algunas mansiones particulares y construyó su palacio con un lujo deslumbrante, desconocido hasta entonces: un atrio sostenido por cuatro pilastras y ocho columnas, un peristilo rodeado por cincuenta y seis columnas de orden jónico; todo a su alrededor, apartamentos particulares revestidos de mármoles; mármoles en profusión, de los más vivos colores, brillantes como piedras preciosas, traídos de lejanos países a fuerza de gastos. Y se aposentó allí en compañía de los dioses, construyendo junto a su mansión el gran templo de Apolo y un templo de Vesta, para asegurarse de ese modo la realeza divina, eterna. Y así quedó lanzada la semilla de los palacios imperiales, y éstos iban a surgir y a pulular cubriendo por completo el Palatino.

Omnipotencia de verdad la de Augusto, sus cuarenta y cuatro años de un poderío total, absoluto, sobrehumano, como no lo ha conocido jamás, ni en sus más alocados sueños, ningún déspota! Se había otorgado todos los títulos, había reunido en su persona todas las magistraturas. Como emperador y cónsul, tenía el mando de los ejércitos y desempeñaba el poder ejecutivo; como procónsul ejercía la supremacía en las provincias; como censor perpetuo y príncipe, reinaba sobre el Senado; como tribuno, era el amo del pueblo. Se había hecho proclamar Augusto sagrado, dios entre los hombres, tenía sus templos y sus sacerdotes y era adorado en vida como una divinidad

que se encontraba de paso por la tierra. Finalmente, quiso que le nombraran gran pontífice, sumando el poder religioso al poder civil, y realizando por medio de un golpe genial la totalidad del dominio supremo al que puede llegar un hombre. Como el gran pontífice no podía habitar en una mansión privada, declaró que su mansión era patrimonio del Estado. Como el gran pontífice no podía alejarse del templo de Vesta, tuvo dentro de su mansión un templo de esta diosa, dejando que las Vestales guardasen el antiguo altar al pie del palatino. Aquello no suponía para él ningún sacrificio, porque tenía la certidumbre de que la soberanía humana, el dominio de los hombres y del universo residía precisamente en eso, en ser a la vez rey y sacerdote, emperador y papa. Y en Augusto se condensó toda la savia de una raza fuerte, todas las victorias alcanzadas hasta entonces y todas las que le esperaban, cobrando un esplendor único, que jamás volvería a igualar. Fue un verdadero señor del mundo, con el pie sobre la frente de los pueblos conquistados y pacificados, aureolado por la gloria inmortal de la literatura y del arte. Se diría que en él se sintió saciada, durante aquel momento histórico, la vieja y agria ambición de su pueblo, todos los siglos de conquista paciente que había invertido en llegar a ser el pueblo rey. Y la sangre romana, la sangre de Augusto, se exhibe, al fin, encendida, a la faz del mundo, convertida en púrpura imperial. Es la sangre de Augusto, divina, imperial, soberana absoluta de cuerpos y de almas, aquella sangre de un hombre en quien desemboca la larga ascendencia de siete siglos de orgullo nacional, y de la que brota una descendencia, innúmera e inacabable, a través de las edades, de orgullo universal. Porque la suerte estaba echada desde aquel momento, la sangre de Augusto estaba llamada a renacer y a palpar en las venas de todos los señores de Roma, persiguiéndolos con el sueño, eternamente renovado, de la posesión del mundo. Este sueño fue realidad durante un momento: Augusto, emperador y pontífice, fue dueño de la humanidad, la tuvo entre sus manos, toda entera, sin reservas, como cosa propia. Y, andando los tiempos, cuando llegaron las épocas de la decadencia y el poder se escindió, dividiéndose entre el rey y el sacerdote, no tuvieron los papas otras ansias ni persiguieron secularmente otra política que la de reconquistar la autoridad civil, que la de totalizar en sus manos el dominio, sintiendo la quemazón del atavismo de la sangre, la oleada roja y devoradora de la sangre de aquel antepasado suyo.

Después, muerto ya Augusto y cerrado su palacio, que fue consagrado como un templo, veía Pierre surgir del suelo el palacio de Tiberio. Había estado allí mismo, bajo sus pies, debajo de aquellas hermosas encinas verdes en que se guarecía ahora. Pierre se lo imaginaba grandioso y sólido, con sus



patios, pórticos y salas, contrastando con el humor sombrío del emperador, que vivió apartado de Roma, rodeado por una multitud de delatores corrompidos, con el corazón y el cerebro envenenados por el poder, hasta llegar al crimen, hasta caer en los excesos de las más inauditas demencias. Después surgía el palacio de Calígula, que era un ensanche del palacio de Tiberio, con los arcos que se habían tendido para ampliar las construcciones, el puente por encima del Forum, que conducía al Capitolio, lugar adonde el príncipe iba con frecuencia para conversar a sus anchas con Júpiter, de quien decía ser hijo; también a éste le había vuelto feroz el trono, hasta convertirlo en loco furioso al que su omnipotencia daba plena libertad de acción. Y a continuación de Claudio venía Nerón, el que, deseando sobrepasar lo hecho por sus antecesores, encontró demasiado estrecho el Palatino y quiso disponer de un palacio inmenso, para lo cual se apoderó de los jardines deliciosos que subían hasta la cima del Esquilino, e instaló allí su Casa de Oro, un sueño de lo enorme dentro de lo suntuoso, que quedó inacabada y cuyas ruinas desaparecieron muy pronto durante los disturbios que tuvieron lugar en vida y después de la muerte de aquel monstruo enloquecido por el orgullo. Luego se suceden en el espacio de dieciocho meses y caen unos sobre otros entre fango y sangre, Galba, Otón y Vitelius, convertidos por la púrpura en monstruos y dementes, saciándose de goces, hasta hartarse, en la gamella imperial, como bestias inmundas, y surgen entonces los Flavios, Vespasiano, Tito, remansos de la razón y de la bondad humanas, que lucieron pocas construcciones en el Palatino. Luego Domiciano, que vuelve a iniciar la sombría locura de la omnipotencia, bajo el régimen del terror y de la delación, entregándose a atrocidades absurdas, entregándose al crimen y a un libertinaje contra natura, construyendo edificios de una vanidad loca, que competían en fastuosidad con los templos consagrados a los dioses; ejemplo: la mansión de Domiciano, separada de la de Tiberio por una callejuela, que se alzaba colosal, como un palacio apoteósico, con su salón de audiencias, en el que había un trono de oro, dieciséis columnas de mármoles frigios y numídicos, ocho nichos guarnecidos con estatuas admirables, sala de justicia, gran comedor, peristilo, apartamentos rebosantes de granito, pórfido y alabastros, cincelados por los más famosos artistas y prodigados para deslumbrar al mundo. Finalmente, algunos años más tarde, venía un último palacio a agregarse a la masa enorme de los otros palacios: el de Septimio Severo, otra obra del orgullo, arcos sobre los que se alzaban altísimos salones, pisos levantados sobre terrazas, torres que se erguían sobre los tejados, un amontonamiento babilónico que se levantaba en la cima misma del monte, de cara a la via Appia, con objeto,

según se murmuraba, de que los compatriotas del emperador, los provincianos que llegaban de África, donde aquél había nacido, le distinguiesen desde la lejanía y se quedasen boquiabiertos al ver la suerte de su compatriota, adorándolo en toda su gloria.

Y ahora veía Pierre con la imaginación, de pie y centelleantes, en torno suyo, todos aquellos palacios, iluminados por el sol. Estaban como adosados unos a otros, apenas se interponía entre algunos un estrecho pasadizo. Habían surgido en masa compacta, para no perder ni una pulgada de terreno de aquel montículo sagrado, como una floración monstruosa de la potencia y del orgullo, saciados a fuerza de millones, a fuerza de sangrar al universo, con objeto de satisfacer los goces de un solo hombre; a decir verdad, allí no había más que un solo palacio, ensanchado sin cesar, a medida que el emperador difunto ascendía a la categoría de dios y que el nuevo emperador, abandonando la mansión consagrada, convertida en templo, asustado posiblemente por la sombra del muerto, experimentaba la necesidad imperiosa de construir una mansión propia, haciendo tallar en la eternidad de la piedra el recuerdo indestructible de su reinado. Todos se habían sentido poseídos por aquella furia de construir, que parecía arrancar del suelo mismo, del trono que ocupaban, que renacía en todos ellos con una intensidad creciente, devorándolos con el ansia de luchar, de sobreponerse unos a otros a fuerza de muros cada vez más gruesos y más elevados, a fuerza de amontonar de la manera más inaudita mármoles, columnas y estatuas. Todos tenían los mismos pensamientos de sobrevivir gloriosamente, dejando a las generaciones estupefactas el testimonio de su grandeza, perpetuándose en aquellas maravillas imperecederas, gravitando por siempre sobre la tierra con todo el peso de aquellos colosos, cuando ya el viento hubiese barrido sus ligeras cenizas. Y de ahí que la meseta del Palatino se hubiese convertido exclusivamente en el basamento venerable de un monumento prodigioso, en una vegetación tupida de edificios yuxtapuestos, apilados, en el que cada nueva mansión era como un acceso eruptivo de la fiebre de orgullo, y cuya masa, con el resplandor níveo de sus mármoles blancos, con los tonos vivos de los mármoles de color, había terminado coronando a Roma y al mundo entero con la mansión soberana, palacio, templo, basílica o catedral, más extraordinaria y más insolente que se ha elevado nunca bajo el firmamento.

Pero en aquel exceso de fuerza y de gloria se escondía la muerte. La grandeza de Roma había necesitado siete siglos y medio de monarquía y de república; pero el pueblo rey iba a ser devorado hasta el último músculo en cinco siglos de imperio. Aquel inmenso territorio, las provincias más alejadas,

iban siendo saqueadas y agotadas poco a poco; el fisco lo devoraba todo, abriendo la sima de la inevitable bancarrota; y el pueblo, bastardeado, alimentado con el veneno de los espectáculos, hundido en la vagancia libertina de los césares, dejaba que los mercenarios combatiesen y cultivasen la tierra. Y, a partir de Constantino, surge frente a Roma una rival, Bizancio, y se opera el desmembramiento con Honorio; entonces bastan doce emperadores para acabar la obra de descomposición, para roer la presa moribunda; hasta llegar a Rómulo Augustulo, el último, enclenque y miserable, cuyo nombre suena a burla de toda gloriosa historia, a doble bofetada al fundador de Roma y al fundador del Imperio. El palacio, el colosal amontonamiento de murallas, de pisos, terrazas y elevados tejados, continuaba triunfante sobre el Palatino. Sin embargo, se había echado mano de adornos y se habían arrancado estatuas para transportarlos a Bizancio. Al hacerse cristiano el Imperio, se cerraron los templos, fue apagado el fuego de Vesta, aunque se continuó respetando el antiguo palladium, la estatua de oro de la Victoria, símbolo de la Roma eterna, que se guardaba religiosamente en la cámara misma del emperador. Se mantuvo su culto hasta el siglo IV. Pero los bárbaros se precipitaron sobre ella en el siglo V, saquean e incendian a Roma y se llevan a carretadas los despojos salvados de las llamas. Mientras la ciudad dependió de Bizancio, había un superintendente de los palacios imperiales que vivía en el Palatino y cuidaba del mismo. De pronto, se desmorona todo, hundiéndose en la noche del medievo. Parece que, en efecto, los papas tomaron poco a poco el sitio de los Césares, sucediéndoles en aquella mansión de mármol abandonada, y heredando también su voluntad siempre viva de dominio. Habitaron seguramente en el palacio de Septimio Severo, se celebró un concilio en el Septizonium, y también, andando los años, fue elegido papa Gelasio II, en un monasterio contiguo, levantado en aquel mismo monte apoteósico. Otra vez se alzaba Augusto de su tumba para ser de nuevo amo del mundo, con su Sacro Colegio, en el que iba a resucitar el Senado Romano. El Septizonium pertenecía en el siglo XII a los monjes camáldulos, que hicieron cesión del mismo a la poderosa familia de los Frangipani, que lo fortificó, como había fortificado ya el Coliseo y los arcos de Constantino y de Tito, formando una amplia fortaleza que abarcaba casi por completo el monte venerable, la cuna. Y las violencias de las guerras civiles, los estragos de las invasiones, pasaron a modo de huracanes, derribando murallas, arrasando palacios y torres. Las generaciones que vinieron después invadieron las ruinas, se instalaron allí por derecho de descubrimiento o de conquista, las convirtieron en bodegas, en depósitos de

forraje, en establos para mulos. Las tierras procedentes de desprendimientos que habían venido a cubrir los mosaicos de los palacios imperiales se aprovecharon para plantar huertas y viñas. Las ortigas y los escaramujos fueron brotando por todos los rincones, cubriendo aquellos lugares desiertos, y las trepadoras acabaron por comerse los pórticos derribados. Y llegó un momento en que el colosal amontonamiento de palacios y de templos, la mansión triunfal de los emperadores, destinados a eternizarse por el mármol, se sumergió otra vez en el polvo, desapareciendo bajo el montón de tierra y de vegetación que la Naturaleza, impasible, acumuló encima. Y ya no se vio entre las flores silvestres, bajo los rayos abrasadores del sol, más que el bordoneo de los moscardones que acompañaban a los rebaños de cabras que vagaban de aquí para allá a través del salón del trono de Domiciano o del santuario desplomado de Apolo.

Pierre sintió que le corría por todo el cuerpo un escalofrío. ¡Tanta fuerza y orgullo, tanta grandeza, y luego una ruina tan rápida y todo un mundo barrido para siempre! Un hálito nuevo, bárbaro y vengador, debió de soplar con tal fuerza sobre aquella brillante civilización que la apagó totalmente, y ésta cayó en una noche reparadora, en una ignorancia de niño salvaje, quedando aniquilada de pronto, con toda su fastuosidad y sus obras maestras. Y se decía que cómo era posible que palacios enteros, poblados todavía de sus admirables esculturas, de sus columnas y estatuas, habían podido hundirse poco a poco, soterrarse, sin que nadie se cuidase de defenderlos. No era una catástrofe lo que se había tragado a todas aquellas obras maestras, que, andando el tiempo, habían de ser desenterradas, arrancando un grito de admiración universal; habían ido ahogándose paulatinamente, primero los pies, luego hasta la cintura, después hasta el cuello, y un día desapareció la cabeza bajo la marea de tierra. ¿Cómo explicarse que generaciones enteras hubiesen asistido despreocupadas a semejante espectáculo sin sentir el impulso de tenderles la mano? Se diría que de pronto había descendido sobre el mundo un telón negro, y que hubiese empezado a vivir otra humanidad, dotada de un cerebro nuevo, que había que amasar y amueblar otra vez. Roma se había quedado vacía, ya no se reparaban los edificios que el hierro y el fuego habían dejado tambaleantes; una incuria extraordinaria permitía que se desplomasen los edificios demasiado espaciosos, que ya no podían utilizarse; eso sin contar con que la religión nueva perseguía implacable a la vieja, robándole sus templos, tirando por tierra sus dioses. Vinieron, finalmente, los terraplenamientos a coronar el desastre, porque el suelo iba subiendo constantemente, los aluviones del mundo cristiano recubrían y nivelaban la

antigua sociedad pagana, y después del robo de los templos, después de llevarse los tejados de bronce y las columnas de mármol, se llegó al colmo: al robo de piedras arrancadas del Coliseo y del Teatro de Marcelo, se llegó a romper a martillazos las estatuas y los bajorrelieves, para echarlos a los hornos y para fabricar con ellos la cal necesaria para construir los nuevos monumentos de la Roma católica.

Era ya casi la una de la tarde cuando Pierre se despertó como de un sueño. El sol caía como llovizna de oro entre las brillantes hojas de las verdes encinas, Roma se había amodorrado a sus pies por efecto del intenso calor. Y, al fin, se decidió a abandonar el jardín, y caminó con paso torpe por la calzada de la Victoria, obsesionado todavía por aquellas visiones enceguedoras. Había tomado la resolución de visitar por la tarde la via Appia, con objeto de que su día fuese completo. Por eso resolvió no regresar al palacio de la vía Giulia, y almorzó en una taberna del barrio, en una espaciosa habitación envuelta en la penumbra, donde estuvo completamente solo, sin más compañía que el bordoneo de las moscas; allí, ensimismado, aguardó durante más de dos horas a que el sol empezase a declinar.

Y la via Appia, la que fue en otro tiempo la reina de todas las calzadas, que cortaba la campiña con su interminable línea recta, entre una doble hilera de tumbas orgullosas, resultó para Pierre una prolongación triunfal del Palatino. La misma voluntad de magnificencia y de dominio, el mismo anhelo de eternizar en mármoles, cara al sol, el recuerdo de la grandeza romana. Era el triunfo sobre el olvido, los muertos no admitían el reposo y se erguían entre los vivos, eternamente, en los bordes de la calzada, por la que transitaban las multitudes del mundo entero; y hoy todavía miran con sus ojos vacíos a cuantos pasan por allí aquellas imágenes deificadas de los que ya no son otra cosa que polvo; y también las inscripciones continúan hablando, proclamando en voz alta nombres y títulos. En otros tiempos la doble hilera no se interrumpía, desde la tumba de Cecilia Metella hasta Casal Rotondo, sobre todos aquellos kilómetros de carretera llana y recta, formando una especie de doble cementerio a todo lo largo, y los potentados y los ricos competían en vanidad, esforzándose por dejar el mausoleo más grande, decorado con la más fastuosa prodigalidad: pasión de sobrevivirse, ansia pomposa de inmortalidad, necesidad de divinizar la muerte alojándola en templos, de los que son como un eco lejano la magnificencia actual del camposanto de Génova y del Campo Verano de Roma, con sus sepulcros monumentales. ¡Y qué resurgir en la imaginación de tumbas desmesuradas a derecha e izquierda de la calzada gloriosa que las legiones romanas hollaron cuando volvían después de

conquistar el mundo! Primero la tumba de Cecilia Metella, construida con bloques enormes, y cuyos muros tienen un espesor tal, que hicieron posible el que, durante la Edad Media se aprovechase para convertirla en torre almenada de una fortaleza. Luego, se suceden: las construcciones modernas, levantadas para colocar en el lugar en que primitivamente estuvieron los fragmentos de mármoles descubiertos en los alrededores; los muros antiguos, de cemento y ladrillo, despojados de sus esculturas, y que se han mantenido en pie como rocas carcomidas; los bloques pelados, en los que se adivinan todavía ciertas formas, edículos a modo de templos, urnas y sarcófagos apoyados en basamentos. Toda una asombrosa sucesión de bajorrelieves que representan a los muertos por grupos de tres y de cinco; estatuas en pie que exhibían a los muertos en una especie de apoteosis; bancos colocados en nichos para que los que pasaban pudiesen tomar asiento y bendijesen la hospitalidad de los muertos; epitafios en que se hacía el elogio de los muertos, de los conocidos y de los desconocidos, de los hijos de Sexto Pompeyo Justo, de un Marcus Servilius Quartus, de Hilarius Fuscus, de Rabirius Hermodorus, sin contar los sepulcros atribuidos aventuradamente a Séneca, y los de los Horacios y Curiáceos. Y, para terminar, en el extremo contrario, la tumba más extraordinaria, la más gigantesca, la que se designa con el nombre de Casal Rotondo, de tales dimensiones, que sobre sus cimientos, que servían de base a una doble rotonda adornada de columnas corintias, de grandes candelabros y máscaras escénicas, ha podido instalarse una granja con un bosquecillo de olivos.

Pierre se hizo conducir en carruaje hasta la tumba de Cecilia Metella, y continuó desde allí su paseo a pie, caminando lentamente hasta Casal Rotondo. En algunos lugares aflora el antiguo pavimento: losas grandes, trozos de lava removidos por los años, en los que saltan los carruajes de mejor suspensión. A derecha e izquierda van siguiendo, a la par que la carretera, dos bandas de hierba, en las que se alinean las ruinas de las tumbas; es una hierba descuidada, como de cementerio, quemada por los soles del estío, salpicada de grandes cardos violáceos y de altos hinojos amarillos. Una pequeña tapia, que llega a la altura de los codos, construida con piedras sin cemento, cierra a uno y otro lado aquellos márgenes rojizos, envueltos en un crepitar de chicharras; más allá de las tapias se extiende la Campaña romana, inmensa y pelada, hasta perderse de vista. Apenas se descubre un pino, de trecho en trecho, cerca de las tapias, o un eucaliptus, o algún olivo o higuera cubiertos por una capa de polvo blanco. A mano izquierda destacan sobre el fondo de la pradera los restos de la Acqua Claudia, sus arcos color de herrumbre, y se

extienden a lo lejos algunos pobres campos cultivados, viñedos en torno a pequeñas casas de labor, hasta llegar a los montes de la Sabina y a las colinas Albanas, de un azul violáceo, en los que se distinguen, como manchas claras, los poblados de Frascati, de Rocca di Papa, de Albano, que se van haciendo cada vez mayores y más blancos, a medida que uno se acerca, en tanto que a mano derecha, del lado del mar, se ensancha y se prolonga la llanura en amplias ondulaciones, sin una sola casa, sin un solo árbol, con una grandiosidad sencilla y extraordinaria, formando una línea única, completamente lisa, un panorama de océano, separado del firmamento de un extremo a otro por una línea recta. Y al llegar el estío arde todo aquello; la pradera sin límites llamea con tono leonado de brasero. Cuando llega septiembre empieza a verdear aquel océano de hierba, cubriéndose de pinceladas rosa y malva, y hasta de un azul brillante salpicado de oro en las hermosas puestas de sol.

Pierre, absorto, paseaba solitario, con lento caminar a lo largo de la interminable calzada llana, cuya melancólica majestad surge de la soledad y del silencio, la interminable calzada completamente pelada, que se lanza en línea recta hacia el infinito, hacia la infinitud de la Campaña. Y volvía a realizarse en su interior un fenómeno igual al de la resurrección del Palatino: las tumbas de uno y otro lado volvían a erguirse con la deslumbrante blancura de sus mármoles. ¿No fue aquí, al pie de este macizo de ladrillos, que afectan la extraña forma de un vaso, donde fue encontrada la cabeza de una estatua colosal, mezclada con restos de enormes esfinges? Y Pierre reconstituía la estatua colosal, erguida entre las enormes esfinges acurrucadas. Más allá se había descubierto una hermosa estatua descabezada, de mujer, en la pequeña celdilla de una sepultura; Pierre la veía completa, dotada de un rostro gracioso y enérgico, sonriendo a la vida. De uno a otro extremo, las inscripciones se completaban, las leía, las entendía sin dificultad, circulaba como un hermano por entre aquellos muertos de hacía dos mil años. Y también volvía a hormigear de gente la calzada, rodaban con estrépito los carros, desfilaban los ejércitos con paso pesado, codeándose con el pueblo de la Roma cercana, en medio de la agitación febril de las grandes ciudades. Era el tiempo de los Flavios, de los Antoninos, los grandes años imperiales, cuando alcanzó la via Appia toda la fastuosidad de sus tumbas gigantescas, esculpidas y decoradas como templos. ¡Calle monumental de los muertos, magnífica entrada a Roma por aquella calzada en línea recta, a ambos lados de la cual acogían al que llegaba los muertos ilustres, conduciéndolo hasta las mansiones de los vivos con la fastuosidad grandiosa de su orgullo, que sobrevivía a sus cenizas! ¿Qué

pueblo soberano y dominador del mundo era aquel en que se entraba y que había confiado a sus muertos la misión de decir al extranjero que nada acababa en él, ni siquiera sus muertos, que vivían rodeados de eterna gloria en aquellos monumentos desmesurados? ¡Nada menos que un basamento de ciudadela, una torre de veinte metros de diámetro para que durmiese en ella una mujer! Pierre se volvió, y distinguió con toda claridad en la otra extremidad de la calle, magnífica, deslumbrante, bordeada por los mármoles de sus palacios fúnebres, el Palatino, que se alzaba a lo lejos, irguiendo los mármoles centelleantes del palacio de los emperadores, el enorme amontonamiento de los palacios que dominaban el mundo con su omnipotencia.

De pronto experimentó un ligero sobresalto: de entre las ruinas surgieron dos «carabinieri» en aquel desierto; Pierre no los había visto. El sitio no era seguro, y en pleno día velaban las autoridades discretamente por los turistas. Más allá tuvo otro encuentro, que también le conmovió. Porque tropezó con un hombre de iglesia, con un hombre muy anciano, de sotana negra con ribetes y banda roja, quien resultó ser para su sorpresa el cardenal Boccanera. Se había salido de la calzada y caminaba con paso lento por la franja de hierba, por entre los altos hinojos y los agrestes cardos, y tan absorto y cabizbajo caminaba por entre los restos de las tumbas que rozaban sus pies, que ni siquiera vio al joven sacerdote. Éste se apartó cortésmente, sorprendido de encontrarle solo en un sitio tan apartado. Pero luego lo comprendió todo al ver detrás de una de las construcciones una pesada carroza, tirada por dos caballos negros, y junto a ella, inmóvil, un lacayo de librea oscura; el cochero no se había movido de su asiento. Entonces se acordó de que los cardenales tenían prohibido el caminar a pie por Roma, y que no tenían más remedio que dirigirse en carruaje al campo si querían hacer algo de ejercicio. Y había mucho de tristeza altiva, de grandeza solitaria y como distinta de las demás en aquel anciano meditabundo, doblemente príncipe ante los hombres y ante Dios, forzado a desplazarse a un lugar desierto, a vagar por entre tumbas para respirar un poco del aire fresco del atardecer.

Pierre había pasado allí varias horas, caía ya el crepúsculo y pudo presenciar otra puesta de sol maravillosa. La Campaña, a su izquierda, iba tomando un color pizarroso, confuso, silueteándose en ella los arcos amarillentos de los acueductos y cerrando a lo lejos el horizonte la barrera de las colinas Albanas, que se esfumaban en vaporosidades rosáceas; a su izquierda, en dirección al mar, descendía el astro entre nubéculas, que semejaban un archipiélago de oro, desperdigado en medio de un océano de



ascuas mortecinas. Y nada más, nada más que el firmamento de zafiro, estriado de rubíes, sobre la infinita línea plana de la Campaña. Nada más, ni un montículo, ni un rebaño, ni un árbol. Sólo la silueta negra del cardenal Boccanera, de pie entre las tumbas, destacándose y agrandándose sobre la púrpura postrera del sol.

Al día siguiente volvió Pierre desde muy temprano a la vía Appia, poseído por la fiebre de verlo todo, para hacer una visita a las catacumbas de San Calixto. Es éste el mayor y el más notable de los cementerios cristianos, y allí fueron enterrados algunos de los primeros papas. Se asciende por un jardín medio quemado, entre olivos y cipreses; se llega a una casucha hecha de tablas y de yeso, en la que hay instalado un pequeño comercio de objetos religiosos, y allí están las catacumbas, a las que se baja con bastante comodidad por una escalera moderna. Pierre tuvo la satisfacción de encontrarse con monjes trapenses de Francia, que tienen el encargo de cuidar de las catacumbas y de enseñárselas a los turistas. En ese preciso momento iba a bajar el fraile con dos señoras francesas, madre e hija, radiante de juventud la una y muy hermosa todavía la otra. Y mientras el fraile encendía unas velas muy largas, sonreían, aunque se adivinaba en ellas el temor. El fraile tenía la frente muy abombada, una mandíbula ancha y sólida de creyente obstinado, y sus ojos, de una clara transparencia, pregonaban la ingenuidad de su alma.

—Llega usted a tiempo, señor abate... Si estas señoras no tienen inconveniente, puede formar usted parte del grupo; son ya tres los hermanos que están abajo, y tendría que esperar mucho tiempo... Estamos en la temporada más concurrida.

Las señoras inclinaron galantemente la cabeza, y el fraile entonces entregó al sacerdote una de las velas delgadas y alargadas. Ni la madre ni la hija debían ser muy devotas, porque se pusieron de pronto serias, mirando de soslayo al de la sotana. Bajaron y llegaron a una especie de corredor muy estrecho.

—Con cuidado, señoras —repetía el religioso, al mismo tiempo que proyectaba sobre el suelo la luz de su bujía—. Caminen despacio, porque hay algunos baches y ligeras pendientes en el suelo.

Y dio comienzo a sus explicaciones con voz chillona, impregnada de una certidumbre extraordinaria. Pierre había bajado sin decir una palabra, palpitándole de emoción el pecho y con la garganta oprimida. ¡Cuántas veces había soñado con estas catacumbas de los primeros cristianos, con estos asilos de la fe primitiva en sus años inocentes del seminario! Y últimamente, cuando

escribía su libro, ¡cuántas veces se había acordado de ellas, como del vestigio más antiguo y venerable de aquella comunidad de los humildes y de las gentes sencillas, cuyo retorno él predicaba! Pero tenía su cerebro atiborrado con las páginas que habían escrito los poetas, los grandes prosistas que han descrito las catacumbas. Y las veía a través del cristal de aumento de la imaginación, creyendo que eran amplísimas, una especie de ciudades subterráneas, con grandes avenidas, con amplísimas salas, capaces de contener muchedumbres enteras. ¡Y ahora caía en la realidad pobre y humilde!

—Desde luego, señora —decía el fraile contestando a las preguntas de la madre y de la hija—, esto no tiene más que un metro de anchura, y difícilmente podrían pasar de frente dos personas... ¿Que cómo se han hecho estas excavaciones? De una manera muy sencilla. Una familia, o una corporación fúnebre, abría una sepultura, ¿comprende? Pues bien, para ello excavaba una galería a pico en este terreno, formado de toba granulada, una especie de tierra rojiza, como ustedes ven, blanda y resistente al mismo tiempo, que se trabaja fácilmente y que es absolutamente impermeable; en fin, una tierra que parece hecha a propósito, y que ha conservado de una manera admirable los cuerpos.

Calló un instante, y enseñó a la débil luz de su vela los huecos excavados a derecha e izquierda en las paredes.

—Miren ustedes, estos son los *loculi*... Abrían, como digo, una galería subterránea, y en ella, a ambos lados, estos nichos, en los que colocaban acostados los cuerpos de los muertos, limitándose en la mayoría de los casos a envolverlos en un simple sudario. Cerraban luego la boca del nicho con una chapa de mármol, que cementaban con gran esmero... Y así es como se explica todo. Si otras familias se agregaban a la primera y se extendía la corporación iban prolongando la galería a medida que ésta se iba llenando, o abrían otras, a derecha e izquierda, en todas direcciones; en ciertos casos excavaban un segundo piso a mayor profundidad... Fíjense, estamos ahora en una galería que tiene cuatro metros de altura. Naturalmente, uno se pregunta que cómo se las arreglaban para izar los cuerpos a una altura semejante. Y es que no lo izaban, sino que, por el contrario, los bajaban, porque a medida que las hileras superiores de nichos se iban ocupando excavaban el suelo para abrir otras nuevas... Y así es como en este lugar se abrieron en menos de cuatro siglos dieciséis kilómetros de galerías, en las que están enterrados más de un millón de cristianos. Ahora bien, hay varias docenas de esta clase de

catacumbas, y toda Roma y la Campaña están agujereadas de este modo. Piensen ustedes en esto y hagan un cálculo.

Pierre escuchaba lleno de exaltación. Había tenido ya ocasión de visitar una explotación hullera en Bélgica, y se encontraba aquí con iguales galerías, estrechas, de una atmósfera ahogada y como de plomo, de una oscuridad y silencio de aniquilamiento. Las pequeñas velas parecían puntos luminosos en aquellas tinieblas, que no llegaban a despejar. Y entonces comprendió aquel trabajo de termes funerarios, de aquellas galerías de rata excavadas a la aventura, a medida de las necesidades, sin arte alguno, sin alineamiento y sin simetría, a lo que daban de sí las herramientas. El suelo, abombado, subía y bajaba a cada paso; las paredes se alzaban oblicuamente; allí no se había empleado ni la plomada ni la escuadra. Era obra nacida de la necesidad y de la caridad, hecha por sepultureros espontáneos, por obreros sin instrucción, que habían caído en la torpeza de mano de obra de la época de la decadencia. Esto saltaba especialmente a la vista en las inscripciones y en los emblemas grabados sobre las chapas de mármol. Parecían dibujos pueriles, como los que la chiquillería callejera dibuja sobre las paredes.

—Vean ustedes —continuaba el trapense—, en casi todos los nichos hay un solo nombre; a veces ni siquiera esto, simplemente las palabras in pace... En algunos hay un emblema: la paloma de la pureza, la palma del martirio, o bien el pescado, cuyo nombre griego tiene cinco letras, que coinciden con las iniciales de las cinco palabras griegas: Jesucristo, hijo de Dios, Salvador de los hombres.

Y de nuevo acercaba la lucecita, y se distinguía la palma, hecha con un solo rasgo central erizado de otros trazos pequeños, o la paloma y el pescado en silueta, con un zigzag para representar la cola y un punto redondo para simular el ojo. Las letras de las breves inscripciones eran desiguales, disformes, mal alineadas; en una palabra, recordaban la desmañada escritura de las personas ignorantes y poco instruidas.

Entretanto llegaron a una cripta, especie de pequeño salón, en el que fueron descubiertos los sepulcros de varios papas, entre otros el de Sixto II, santo mártir en honor del cual se había colocado una magnífica inscripción en verso, obra del papa Dámaso. Más adelante, en una sala contigua, tan estrecha como la primera, había un panteón de familia, decorado posteriormente con ingenuas pinturas murales, y allí se mostraba el sitio en que había sido descubierto el cuerpo de Santa Cecilia. Y el fraile continuaba explicando, dedicaba comentarios a las pinturas y sacaba de ellas con gran ahínco la confirmación irrefutable de todos los sacramentos y de todos los dogmas: del

bautismo, de la eucaristía, de la resurrección; Lázaro saliendo del sepulcro, Jonás arrojado por la ballena, Daniel en el foso de los leones, Moisés haciendo brotar agua de una roca, el Cristo rasurado de los primeros tiempos del cristianismo realizando milagros.

—Fíjense ustedes —repetía—, ahí tenemos la confirmación de todo; aquí no hay truco, todo es completamente auténtico.

Contestando a una pregunta que le hizo Pierre, cuyo asombro iba en aumento, se mostró de acuerdo en que las catacumbas habían sido primitivamente simples cementerios, y que en ellas no se celebraba ninguna ceremonia religiosa. Sólo más adelante, en el siglo IV, cuando se empezó a honrar a los mártires, fueron utilizadas las criptas para el culto. Y tampoco sirvieron de lugar de refugio hasta que empezaron las persecuciones, época en la que los cristianos se vieron en la necesidad de disimular la entrada a las catacumbas. Hasta entonces funcionaron con toda libertad y estuvieron abiertas legalmente. Ésa era su verdadera historia: cementerios durante cuatro siglos, se convirtieron en lugares de asilo y fueron saqueados durante los disturbios, y luego fueron objeto de culto hasta el siglo VIII, en que fueron despojados de sus santas reliquias; luego cayeron en el olvido, fueron cegadas por los desprendimientos de tierra, y así permanecieron más de setecientos años, en un estado tal de despreocupación por ellas, que cuando en el siglo XV dieron comienzo los primeros trabajos de búsqueda, pareció su descubrimiento un hallazgo extraordinario, un verdadero problema histórico, acerca del cual sólo en nuestros días se ha dicho la última palabra.

—Tengan, señoras, la bondad de inclinarse —continuó diciendo el fraile con amabilidad—. Vean ustedes en este nicho un esqueleto que permanece intacto. Se encuentra en ese lugar desde hace mil seiscientos o mil setecientos años, y les dará una idea de cómo se colocaban los cuerpos de los muertos... Dicen los hombres de ciencia que se trata del esqueleto de una mujer, probablemente de una joven... El año pasado estaba el esqueleto completo. Pero ahora, como ven, tiene el cráneo hundido. Un norteamericano le dio un golpe con el bastón para cerciorarse de que no se trataba de una cabeza falsa.

Las señoras se inclinaron, y pudo verse el débil resplandor de las luces que bailoteaban la expresión de sus rostros, mezcla de compasión y de espanto. Sobre todo la joven, palpitante de vida, con sus labios rojos y sus ojos negros, se mostró un momento como la imagen lastimosa del dolor. Y todo volvió a quedar sumido en la sombra; las lucecitas se alzaron otra vez, siguieron avanzando, paseándose a lo largo de las galerías por entre las espesas tinieblas. La visita duró todavía una hora, porque el guía no

perdonaba un solo detalle, y sentía verdadera debilidad por algunos rincones, persuadido de que trabajaba por la salvación de los turistas.

Pierre seguía también adelante, y en él se iba realizando una transformación profunda. Poco a poco, conforme iba observando y comprendiendo, su asombro de los primeros instantes, cuando se encontró con una realidad tan distinta de las bellezas pintadas por narradores y poetas, la desilusión que experimentó al verse dentro de aquellas galerías de ratas, excavadas con tanta pobreza y tan burdamente en la tierra rojiza, se fue transformando en una emoción fraternal, en un enternecimiento cordial que le trastornaba. No pensaba en los mil quinientos mártires cuyos huesos habían descansado allí. Pensaba en aquella humanidad todo bondad, resignada y consolada con la esperanza del más allá. Las galerías, ahogadas y oscuras, no eran para los cristianos sino un lugar transitorio para dormir. No quemaban sus cuerpos como los paganos, y los enterraban, porque habían adoptado la fe de los judíos en la resurrección de la carne y de aquella idea afortunada de que sólo se trataba de un sueño, de un placentero descanso después de una vida justa y mientras llegaba el instante de las recompensas celestes, nacía la paz inmensa, el encanto infinito de la profunda ciudad subterránea. Todo hablaba allí de la noche negra y callada, todo estaba dormido en una inmovilidad extática, todo aguardaba pacientemente el lejano despertar. ¿Qué cosa se podía imaginar más conmovedora que aquellas placas de mármol o de terracota, en las que ni siquiera estaba grabado el nombre, sino simplemente las palabras «in pace», en paz? Llegar por fin a la paz, dormir en paz, esperar en paz el cielo futuro después de haber cumplido su misión en el mundo. Y aquella paz resultaba más encantadora todavía, porque se disfrutaba de ella con una perfecta humildad. Desde luego, hasta allí no había llegado el arte; los sepultureros excavaban al azar, con la irregularidad de obreros desmañados; sus dotes de artistas no alcanzaban ni a grabar un nombre ni a cincelar una palma o una paloma. ¡Pero qué clamor de humanidad juvenil se elevaba de toda aquella pobreza e ignorancia! Eran las pobres gentes, los humildes, los sencillos, el pueblo bajo, los que allí estaban acostados, los que dormían bajo la tierra, mientras que allá arriba el astro del día continuaba su obra. Unidos por la caridad y por la fraternidad en la muerte; muchas veces, el esposo y la esposa acostados el uno junto al otro, con el hijo a sus pies; el personaje, el obispo, el mártir, perdidos entre el oleaje creciente de los desconocidos; la igualdad más conmovedora, la de la modestia en medio de todo aquel polvo: nichos iguales, placas sin un adorno, las interminables hileras de cabezas adormecidas, confundiéndose en la misma ingenuidad y en

la misma discreción. Apenas si las inscripciones se permitían expresar un elogio, y aun entonces, ¡con qué prudencia, con qué delicadeza! Si se trataba de varones, eran muy dignos, muy piadosos; si de mujeres, muy bondadosas, muy bellas, muy castas. Todo trascendía a perfume de infancia, a ternura ilimitada y ampliamente humana; era el sentimiento de la muerte que tenía la primitiva comunidad cristiana; la muerte, que equivalía a un esconderse para renacer un día; la muerte, que ya no soñaba con el imperio de este mundo.

Y la imaginación de Pierre evocó súbitamente las tumbas fastuosas que había visto la víspera, a ambos lados de la via Appia, en las que se pregonaba a pleno sol el orgullo dominador de un pueblo entero. Todas ellas manifestaban una ostentación soberbia, con sus dimensiones colosales, el amontonamiento de sus mármoles, sus inscripciones indiscretas, sus obras maestras de la escultura, sus frisos, sus bajorrelieves y sus estatuas. ¡Qué extraordinario contraste ofrecía la avenida pomposa de la muerte, la faz de la Campaña desnuda, verdadera vía triunfal que conducía a la ciudad soberana y eterna, comparándola con la ciudad subterránea de los cristianos, con la ciudad de la muerte oculta, tan bondadosa, tan bella, tan casta! Allí ya no se buscaba más que dormir; era la noche apetecida y aceptada, una resignación llena de serenidad de gentes a las que no costaba sacrificio alguno el entregarse al agradable reposo de la sombra, mientras llegaba la hora de las felicidades celestiales; y hasta la torpeza de mano de los obreros ingenuos, indicio de la agonía del paganismo, que iba perdiendo su belleza, concurría a dar mayor encanto a aquellos pobres cementerios, excavados lejos de la superficie, en la noche de las entrañas de la tierra. Se contaban por millones las personas que se habían reclinado humildemente en aquella tierra que parecía horadada por hormigas prudentes, para dormir allí durante siglos y para continuar durmiendo todavía, envueltos en misterio, acunados por el silencio y la oscuridad, si los hombres no hubiesen bajado a contrariar sus deseos de olvido antes de la hora en que han de sonar las trompetas del Juicio el toque de resurrección. Y entonces la muerte empezó a hablarnos de la vida, y nunca se encontró cosa más viva, realidad animada de una vida más íntima y emocionada que aquellas ciudades enterradas, pobladas por muertos anónimos, desconocidos e innumerables. De allí había salido en otras épocas una vaharada inmensa, la vaharada vital de una humanidad nueva, que iba a renovar el mundo. Con la humildad, con el desprecio de la carne, con el odio aterrorizado de la naturaleza, con el abandono de los goces terrestres y la exaltación de la muerte que liberta y abre las puertas del paraíso, daba principio un mundo nuevo. La sangre de Augusto, tan orgullosa de su púrpura

exhibida a pleno sol, tan satisfecha de ostentar su dominio soberano, pareció eclipsarse temporalmente, como si la hubiese bebido la nueva tierra, en el fondo de aquellas tinieblas sepulcrales.

El fraile insistió en mostrar a las damas la escalera de Diocleciano, y les refirió su leyenda:

—Sí, señoras, se trata de un verdadero milagro... Reinando aquel emperador iban unos soldados persiguiendo a un grupo de cristianos, que se refugiaron en estas catacumbas; los soldados se obstinaron en penetrar, persiguiéndolos, y entonces la escalera se rompió y todos ellos cayeron al fondo... Todavía puede verse la escalera rota. Vengan ustedes a ver, está a dos pasos de aquí.

Pero las señoras estaban molidas; las tinieblas y las historias de muertos habían acabado por producirles un malestar tan grande, que se obstinaron en subir inmediatamente a la superficie. Además, las delgadas bujías se estaban acabando. Cuando salieron de allí quedaron todos deslumbrados al encontrarse a pleno sol, delante del pequeño comercio de objetos piadosos. La joven compró un pisapapeles, un trozo de mármol que tenía grabado un pez, el símbolo de Jesucristo, hijo de Dios, Salvador de los hombres.

La tarde de ese mismo día se empeñó Pierre en visitar la basílica de San Pedro. Sólo conocía, por haber pasado en carruaje, su plaza grandiosa, con el obelisco y las dos fuentes, enmarcada por la amplia columnata de Bernini, cuádruple hilera de columnas y pilastras que le sirvió de cinturón, majestuoso y monumental. Al fondo se alza la basílica, cuya fachada produce una sensación de pesadez y empequeñecimiento, pero cuya cúpula soberana tapa el firmamento.

Bajo la quemazón del sol parecían prolongarse las pendientes, llenas de guijarros, y se sucedían los escalones, bajos, desgastados y blanqueados; Pierre llegó sin aliento y entró. Eran las tres. Por los altos ventanales cuadrados se filtraban los rayos solares, formando largos haces; en la capilla Clementina, a mano izquierda, daba comienzo una ceremonia, probablemente las Vísperas. Pero Pierre no oyó nada, porque la inmensidad de la nave le dejó atónito. Recorrió a paso lento, con los ojos en alto, sus dimensiones desmesuradas. A la entrada misma, las gigantescas pilas de agua bendita, con sus ángeles regordetes, como Amores; luego la nave central, la colosal bóveda en forma de cuna, decorada de arcones; el crucero, las cuatro pilastras ciclópeas que sustentan la cúpula; y, además, el ábside, los transeptos, cada uno de los cuales tiene por sí solo la amplitud de una de nuestras iglesias. También se quedó asombrado ante la fastuosidad deslumbradora, apabullante;

la cúpula, semejante a un astro, centelleaba con las tonalidades luminosas y el oro de los mosaicos; el suntuoso baldaquino, cuyos broncees fueron sacados del Panteón, y que sirve de remate al altar mayor levantado sobre la tumba misma de San Pedro, hasta el que desciende la doble escalinata de la Confesión, iluminada por ochenta y siete lámparas que no se apagan nunca; y los mármoles, en fin, una profusión, una prodigalidad de mármoles extraordinaria, mármoles blancos, mármoles de color, toda una exhibición. ¡Magníficos mármoles policromos, que eran una manía ostentosa de Bernini! Los del espléndido enlosado en que se refleja todo el edificio; los que forman el revestimiento de las pilastras, adornadas de medallones que representan a determinados papas, y que se alternan con otros en que están reproducidas la tiara y las llaves, que están en manos de ángeles gordinflones; los de los muros, recargados con atributos complicados, entre los cuales se repite especialmente la paloma de Inocencio X; los nichos con sus estatuas colosales de gusto barroco; los palcos y sus balcones, la rampa de la Confesión y la doble escalinata, los restantes altares llenos de riquezas y las tumbas mucho más ricas todavía. Todo, la gran nave, los costados bajos, los transeptos, el ábside, todo estaba revestido de mármol, todo sudaba mármol, todo irradiaba la magnificencia del mármol, sin que se pudiese encontrar un solo rincón, del tamaño de la palma de la mano, que no exhibiese la insolencia llamativa del mármol. Y la basílica se erguía triunfadora, sin rival, reconocida y admirada como la iglesia más grande y más opulenta del mundo, la enormidad dentro de la magnificencia.

Pierre no había cesado de caminar; andaba errante por las naves; contemplaba todo, abrumado, sin distinguir todavía nada. Se detuvo unos momentos frente al San Pedro de bronce, de actitud rígida, hierática, sobre su peana de mármol. Algunos fieles se acercaban y besaban el dedo pulgar del pie derecho: había algunos que lo limpiaban antes de besarlo; otros lo besaban sin limpiarlo, apoyaban en él la frente y volvían a besarlo. Luego retornó a los transeptos de la mano izquierda, en donde están los confesionarios. Siempre hay en ellos algún sacerdote, dispuesto a recibir la confesión en todos los idiomas. Hay otros sacerdotes que esperan provistos de una varilla larga, con la que golpean levemente el cráneo de los pecadores que se arrodillan ante ellos, proporcionándoles de este modo treinta días de indulgencia. Pero la concurrencia era escasa; los sacerdotes entretenían la espera escribiendo o leyendo, como si estuviesen en su propio domicilio dentro de aquellos angostos cajones de madera. Volvió a encontrarse delante de la Confesión, atraído por sus ochenta y siete lámparas, que centelleaban como estrellas. El



altar mayor, en el que solamente el papa puede decir misa, parecía envuelto en la altiva melancolía de su soledad, bajo el baldaquino gigantesco y florido, cuya mano de obra y dorados costaron arriba de medio millón. De pronto recordó la ceremonia que se estaba celebrando en la capilla Clementina, y se quedó asombrado, porque no oía nada. Creyó que habría terminado, y quiso comprobarlo. Y entonces, al ir acercándose, percibió un leve rumor, como el sonido de una flauta tañida a lo lejos. Aquel rumor fue agrandándose, y sólo cuando estuvo frente a la capilla cayó en la cuenta de que era el canto del órgano. Unas cortinas rojas, cubriendo los ventanales, servían de tamiz a la luz del sol; y toda la capilla estaba envuelta en una luminosidad rojiza como de boca de horno y de las sonoridades de una música solemne. ¡Pero qué perdida estaba, qué minúscula parecía dentro de la inmensidad de la nave, para que ni siquiera se la distinguiese y para que ni siquiera se oyesen las voces y el rezongo de los órganos a sesenta pasos de distancia!

Pierre creyó, cuando penetró en la iglesia, que ésta se hallaba completamente solitaria, inmensa y muerta. Luego se dio cuenta de la presencia de algunas personas, columbradas a lo lejos. Había allí gente, pero era tan escasa y tan desparramada, que no daba la sensación de su presencia. Algunos turistas, cansados de caminar con la guía en la mano, parecían desorientados. Un pintor, situado con su caballete en medio de la nave central, trazaba un interior, como si estuviese en una galería pública. Desfiló después un seminario francés completo, guiado por un prelado, que daba explicaciones acerca de las tumbas. Pero aquellas cincuenta o cien personas pasaban inadvertidas; todo lo más producían el efecto, en aquella anchísima extensión, de desorientadas hormigas negras que buscaban azoradas su camino. Y desde aquel instante experimentó Pierre la sensación de encontrarse en un gigantesco salón de ceremonias, en una verdadera sala de pasos perdidos, en un desmesurado palacio de recepciones. Las altas ventanas cuadradas, desprovistas de vidrieras, dejaban caer sobre el piso amplias alfombras de sol, iluminando la basílica con claridad cegadora, atravesándola de parte a parte con un nimbo de gloria. Ni un solo banco, ni una sola silla; únicamente el enlosado magnífico y desnudo, que se prolongaba, infinito, un enlosado de museo, que reverberaba bajo el bailoteo de la lluvia de rayos luminosos. Ni un solo rincón propicio al recogimiento, ni un solo rincón de penumbra y de misterio en donde arrodillarse para rezar. Por todas partes la luz viva, el deslumbramiento de una soberanía y de una suntuosidad en pleno día. ¡Y Pierre, que sentía aún el estremecimiento de nuestras catedrales góticas en las que sollozan las oscuras multitudes entre el bosque de pilastras,

se encontraba de pronto en aquel salón de ópera, desierto e iluminado con el llamear del oro y de la púrpura! ¡Se encontraba de pronto en medio de aquella majestad aparatosa, de aquella pompa enorme y vacía, él, que llegaba con el recuerdo dolorido de la arquitectura y de la estatuaria medieval, todo alma! Sus ojos buscaron en vano alguna pobre mujer arrodillada, algún ser creyente y poseído por el sufrimiento, en una semipenumbra de pudor, abandonándose a lo desconocido, conversando con el mundo invisible, sin despegar sus labios. No se interrumpía nunca el ir y venir de los turistas, fatigados; la expresión de quien está en su negocio, que se leía en el rostro de los prelados que guiaban a los jóvenes sacerdotes a los sitios de obligada estación; y entretanto continuaban las Vísperas en la capilla del lado izquierdo, sin que el rumor de las cantos llegase a los oídos de los visitantes; apenas si éstos percibían una vibración confusa, que era el sonar de una campana, que descendía desde la parte de fuera, atravesando las bóvedas.

Pierre comprendió que se encontraba frente al espléndido esqueleto de un coloso monumental del que se iba retirando la vida. Sólo a fuerza de las aparatosidades de las pompas religiosas se lograba llenarlo, animándolo con su alma verdadera. Se necesitaban los ochenta mil fieles que podía contener la nave, las grandes ceremonias pontificales, el deslumbramiento de las fiestas de Navidad y de Pascua, los desfiles, las procesiones en que se exhibía todo el lujo sagrado, con un decorado y una teatralidad de gran escenario de ópera, Pierre fue evocando entonces todo cuanto él sabía sobre las magnificencias pasadas, cuando desbordaba en la basílica una muchedumbre idólatra, y la sobrehumana procesión desfilaba en medio de las frentes prosternadas; la cruz y la espada abrían la marcha, los cardenales avanzaban de dos en dos como dioses de pléyade, revestidos con sus roquetes de encaje, con su sotana y su manto de muaré rojo, cuya cola era sostenida por los caudatarios; y, finalmente el papa, el Júpiter omnipotente, alzado sobre un pavés de terciopelo rojo, revestido de terciopelo blanco, con la capa de oro, la estola de oro, la tiara de oro. Centelleaban con sus túnicas rojas, bordadas de seda, los portadores de la silla gestatoria. Los *flabelli* agitaban sobre la cabeza del pontífice, único soberano, los enormes abanicos de pluma, los mismos que en otras épocas se balanceaban delante de los ídolos de la antigua Roma. ¡Y qué corte magnífica y deslumbrante la que se apiñaba en torno a la silla triunfal! Allí estaba toda la familia pontifical, el oleaje de los prelados asistentes, los patriarcas, los arzobispos, los obispos, revestidos de ornamentos y de mitras de oro, los camareros secretos participantes, vestidos de seda violeta, los camareros de capa y espada participantes, con sus trajes de terciopelo negro,

con la lima y la cadena de oro; y el séquito incontable, eclesiástico y laico, para cuya enumeración no bastarían cien páginas de la *Gerarchia*; los protonotarios, los capellanes, los prelados de todas clases y grados, sin contar la casa militar; los gendarmes con el gorro de pelo; los guardias palatinos con sus pantalones azules y túnica negra; los guardias suizos con corazas de plata cruzadas por bandas de amarillo, negro y rojo; los guardias nobles, a los que las botas altas, el pantalón blanco de piel, la túnica roja con bordados de oro, las charreteras de oro y el casco de oro, daban una soberbia aparatosidad. Pero desde que Roma se había convertido en capital de Italia, ya no se abrían las puertas de doble batiente, sino que, por el contrario, las cerraban con celoso afán; y en las raras ocasiones en que el papa descendía para officiar, para mostrarse como el supremo elegido, como la encarnación de Dios en la tierra, sólo se llenaba ya la basílica de invitados, siendo necesario ir provisto de tarjeta. Ya no era el pueblo, ya no eran los cincuenta, los sesenta mil cristianos que antes acudían, amontonándose según el azar del oleaje de la multitud: eran una selección, eran una concurrencia de amigos, seleccionados para determinadas solemnidades especiales y reservadas; y aunque se lograra congregarse algunos millares de personas, resultaba siempre un público limitado, al que se había invitado a presenciar un concierto fastuoso.

Y conforme Pierre recorría aquel museo frío y majestuoso, entre el brillo frío de los mármoles, se sentía cada vez más penetrado por la sensación de encontrarse dentro de un templo pagano, elevado en honor del dios de la luz y de la pompa. Un gran templo de la antigua Roma debía forzosamente de tener un parecido con éste, idénticos muros revestidos de mármoles polícromos, las mismas columnas preciosas, las mismas bóvedas de arcones dorados. Y aquella sensación había de ir asegurándose dentro de Pierre cuando visitase las demás basílicas, hasta adquirir categoría de verdad indiscutible. La iglesia cristiana empezó por instalarse, con toda audacia y tranquilidad, en los templos paganos; San Lorenzo de Miranda se instalaba como en casa propia en el templo de Antonio y de Faustino, conservando su mismo extraño pórtico de mármol cipolino y el hermoso entablamento de mármol blanco; otras veces brotaba la iglesia cristiana, retoñada del árbol derribado, del antiguo edificio destruido; ejemplo: el actual San Clemente, que reposa sobre estratificaciones seculares de religiones enemigas, un monumento muy antiguo de los tiempos de la república, otro de los tiempos del imperio, que ha sido identificado como un templo de Mitra, y, finalmente, una basílica de la primitiva fe. Andando el tiempo, como en el caso de Santa Inés Extramuros, la iglesia cristiana se construía exactamente según el modelo de la basílica civil de los

Romanos, del Tribunal y de la Bolsa, que eran inseparables de todo Forum; aunque en la mayoría de los casos se trataba de iglesias cristianas construidas con materiales robados en los templos ruinosos: tal es el caso de las dieciséis columnas magníficas de aquel mismo templo de Santa Inés, todas de mármoles de distintas clases, arrebatados sin duda alguna a varios dioses; las veintiuna columnas de Santa María del Trastevere, pertenecientes a todos los órdenes, arrancadas de un templo de Isis y de Serapis, cuyas figuras están reproducidas en los capiteles; las treinta y seis columnas de mármol blanco de Santa María Maggiore, de orden jónico, que proceden del templo de Juno Lucina; las veintidós columnas de Santa María de Aracoeli, que difieren entre sí por la calidad del mármol, por sus dimensiones y por el trabajo artístico. Según dice la leyenda, algunas de estas últimas fueron robadas a Júpiter mismo, al templo de Júpiter Capitolino, que se alzaba en aquel mismo lugar, en la cima sagrada. Y en nuestros mismos días vemos cómo renacen los templos de la rica época imperial en las basílicas suntuosas, en San Juan de Letrán y en San Pablo Extramuros. La basílica de San Juan, la Madre y Cabeza de todas las iglesias, que se extiende en cinco naves, divididas por cuatro hileras de columnas, que alinea sus doce estatuas colosales de los apóstoles, como dioses que hacen calle hasta el lugar en que se encuentra el señor de todos los dioses, que prodiga con profusión los bajorrelieves, los frisos, los entablamentos, ¿qué otra cosa parece sino el palacio de honor de una divinidad pagana, que tenía en este mundo su reino opulento? Y, más aún: San Pablo, tal como ahora lo vemos terminado, con el brillo nuevo de los mármoles, que parecen espejos, ¿no viene a ser una copia de la mansión de los Inmortales del Olimpo, el templo tipo, la majestuosa columnata cubierta por un techo plano, de arcones dorados, con el piso de mármol, de una impecable belleza de materiales y de mano de obra, pilastras color violeta con el basamento y los capiteles blancos, entablamento blanco con friso violeta, y por todas partes esta mezcla de dos colores de una armonía divinamente carnal, que hacen soñar con los cuerpos magníficos de las grandes diosas bañadas de aurora? Y lo mismo que en San Pedro, ni un rincón de penumbra, ni un solo rincón de misterio abierto como ventana hacia lo invisible. Pero San Pedro continuaba siendo el gigante, por su derecho propio de coloso, mayor que los mayores, testimonio desmedido de lo que puede llegar a ser la manía de lo enorme, cuando el orgullo humano sueña con aposentar a Dios, a fuerza de gastar millones, en la mansión de piedras, demasiado amplia y demasiado rica, en que, tomando el nombre de Dios, triunfa el hombre.

¡Y pensar que el fervor de la fe primitiva había venido a parar, al cabo de los siglos, a aquel edificio colosal hecho para grandes ceremonias! Era una demostración más de la savia de la tierra romana, de la que han brotado en todas las épocas monumentos irracionales. Se diría que los soberanos absolutos que han reinado allí sucesivamente aportaron como cosa natural la pasión por las construcciones ciclópeas, porque la habían recibido del suelo natal en el que habían crecido; y eso explica el que se la transmitiesen unos a otros sin interrupción, de civilización en civilización. Es un rebrotar continuo de la vanidad humana, el ansia incontenible de inscribir el propio nombre en un muro, de dejar rastro indestructible de sí mismo, una prueba tangible de toda aquella gloria de un solo día, el edificio eterno de bronce y de mármol que servirá de testimonio hasta la terminación de los siglos. En el fondo de todo eso no hay otra cosa que el espíritu de conquista, la ambición y orgullo de la raza, aquejada siempre del deseo de dominar el mundo; y llega el momento del derrumbamiento total, y renace entre las ruinas una nueva sociedad, a la que se puede suponer curada del orgullo, templada en la humildad, pero no ocurre así, porque lleva en sus venas la vieja sangre y se deja de nuevo llevar por la insolente manía de sus antepasados, entregándose a todas las violencias hereditarias en cuanto se siente grande y fuerte. No ha existido un solo papa ilustre que no haya querido edificar, que no haya reanudado la tradición de los Césares, que eternizaban su reinado en la piedra, que se hacía levantar templos a su muerte, con el fin de pasar a la categoría de dioses. Se exterioriza violentamente la misma preocupación de inmortalidad terrenal: todos quieren ser los que leguen a la posteridad el monumento más grandioso, el de mayor solidez y magnificencia; y la enfermedad adquiere caracteres tan agudos, que los que no logran construir, los menos afortunados, se dedican por lo menos a restaurar, complaciéndose en transmitir a las generaciones el recuerdo de sus modestos trabajos, haciendo cincelar chapas de mármol, en las que graban inscripciones pomposas: ésa es la causa de que se encuentren todos los días placas, de que no haya un muro reparado que no ostente la firma del Pontífice Máximo que mandó ejecutar la restauración. Es como una obsesión, algo así como un desarreglo involuntario, el inevitable florecimiento que brota de aquel mantillo, hecho de escombros, desde hace dos mil años. Surgen sin interrupción monumentos y más monumentos entre el polvo de monumentos y queda uno frente a la perversión con que el viejo suelo de Roma ha mancillado desde el primer momento la doctrina de Jesús, frente al deseo de gloria terrestre al que se debe el triunfo del catolicismo, con

desprecio de los humildes y de los puros, de las gentes fraternales y sencillas del cristianismo primitivo.

Y, de pronto, cuando recorría por segunda vez la inmensa basílica, admirando las tumbas de los papas, vio Pierre cómo la verdad desgarraba su velo y se concretaba en su interior. ¡Aquellas tumbas! A lo lejos, en la Campaña pelada y llana, a pleno sol, bordeando por ambos lados la via Appia, que era como la entrada triunfal de Roma, la que conducía al extranjero hasta el Palatino augusto, ceñido por su corona de palacios, se alzaban las tumbas gigantescas de los potentados y de los ricos, resplandecientes de arte, inigualadas en su magnificencia, eternizando en mármol el orgullo y la fastuosidad de una raza fuerte dominadora de pueblos. Y cerca de allí, debajo de la tierra, en plena noche discreta, en el fondo de unos miserables agujeros de topo, se ocultaban las otras tumbas, las de los pequeños, las de los pobres, las de los que sufrían, desprovistas de arte y de riqueza, pregonando con su humildad el paso de un hálito de ternura y de resignación, como testimonio de la existencia de un hombre que había venido a predicar la fraternidad y el amor, el abandono de los bienes de esta vida a cambio de las alegrías eternas de la vida futura, confiando a la tierra nueva la buena semilla de su Evangelio, desparramando el germen de la humanidad rejuvenecida que habría de transformar al mundo viejo. Pero, he aquí que de esta semilla, hundida en el suelo durante siglos; he aquí que de aquellas tumbas humildes, oscuras, en las que dormían los mártires su dulce sueño en espera del despertar glorioso, he aquí que también habían brotado otras tumbas, tan gigantescas, tan fastuosas como las antiguas tumbas ya destruidas de los idólatras, irguiendo sus mármoles entre el esplendor pagano de un templo, exhibiendo el mismo orgullo sobrehumano, la misma alocada pasión de dominio universal. Roma vuelve a hacerse pagana durante el Renacimiento; asciende otra vez la vieja sangre imperial, arrastrando al cristianismo, por efecto del más rudo de los ataques a que nunca estuvo expuesto. ¡Allí estaban las tumbas de los papas, en San Pedro, con su insolente glorificación, con su enormidad carnal y lujosa, desafiando a la muerte, haciendo posible la inmortalidad en la tierra! Hay papas de bronce, desmesurados; hay figuras alegóricas, ángeles equívocos, bellos como muchachas; hay mujeres apetitosas, con caderas y gargantas de diosas. Pablo III se halla sentado sobre un alto pedestal; la Justicia y la Prudencia se hallan a sus pies, casi tumbadas. Urbano VIII se encuentra flanqueado por la Prudencia y la Religión; Inocencio XI, entre la Religión y la Justicia; Inocencio XII, entre la Justicia y la Caridad; Gregorio XVIII, entre la Religión y la Fuerza. Alejandro VII está arrodillado; le

acompañan la Prudencia y la Justicia, y tiene frente a él la Caridad y la Verdad; hay un esqueleto que se incorpora, mostrando el reloj de arena vacío. También Clemente XIII se encuentra arrodillado, triunfante sobre el sarcófago monumental, en el que se apoya la Religión blandiendo la Cruz; el Genio de la Muerte, que se halla en el ángulo derecho, apoyado en el codo, tiene debajo de él dos leones enormes, que simbolizan la omnipotencia. El bronce pregonaba la eternidad de las figuras, los mármoles de color estallaban en magníficos pliegues, elevaban los monumentos en plena apoteosis, iluminados por la vivísima luz dorada de las naves inmensas.

Pierre iba del uno al otro y proseguía su caminata a través de la basílica soleada, magnífica y solitaria. Era verdad; aquellas tumbas, de una ostentación imperial, se enlazaban con las de la via Appia. Eso no podía ser sino Roma, la tierra romana, tierra en que el orgullo y el ansia de dominio brotan como en los campos la hierba, la que había convertido al humilde cristiano primitivo en el catolicismo victorioso, aliado de los poderosos y de los ricos, máquina gigantesca de gobierno, armada para la conquista de los pueblos. En los papas habían despertado los césares. Las pretéritas leyes de la herencia actuaban; de nuevo había brotado la sangre de Augusto, corriendo por sus venas, abrasándoles el cráneo con ambiciones sobrehumanas. Sólo Augusto había convertido en realidad el imperio de este mundo, siendo a la vez emperador y gran pontífice, señor de los cuerpos y de las almas. De ahí nacía el sueño eterno de los papas, su desesperanza de no ser dueños sino de lo espiritual, su obstinación en no ceder nada de lo temporal, porque mantenían la esperanza secular, a la que nunca habían renunciado, de que el sueño volvería a realizarse, convirtiendo al Vaticano en otro Palatino, desde el que reinarían, como déspotas absolutos, sobre las naciones conquistadas.

## VI

Llevaba ya Pierre quince días en Roma, y el asunto que le había llevado allí, la defensa de su libro, no avanzaba. Estaba entregado por entero a su deseo ardiente de ver al papa, pero ya no preveía el instante en que podría satisfacerlo, porque a cada paso surgían demoras, y porque estaba poseído por el terror que monseñor Nani le había inspirado hacia toda gestión imprudente. Comprendiendo que su estancia podía eternizarse, decidió visar su «celebret» en el vicariato, y todas las mañanas decía la misa en Santa Brígida, piazza Farnese, porque al abate Pisoni, antiguo confesor de Benedetta, le había recibido con gran benevolencia.

Era lunes, y Pierre resolvió bajar temprano a la pequeña recepción íntima de donna Serafina, aguijoneado por la esperanza de nuevas noticias y de activar su asunto. Tal vez estaría allí monseñor Nani, tal vez tendría la suerte de tropezar con algún prelado o con algún cardenal que le ayudara. Intentó inútilmente servirse de don Vigilio, sacándole por lo menos algunos informes seguros. El secretario de Boccanera le esquivaba, como dominado otra vez por el recelo y el miedo, aunque al principio se había mostrado servicial; se leía en su rostro la resolución de no mezclarse en una aventura que se le aparecía francamente turbia y peligrosa. Por lo demás, se hallaba desde la antevíspera atacado por un terrible acceso de fiebre, que le obligaba a guardar cama.

Sólo Victorine Bosquet, la antigua criada que había ascendido a la categoría de ama de llaves, la hija de la región de Beauce que, al cabo de treinta años de vivir en aquella Roma desconocida, conservaba su corazón de la vieja Francia, sólo ella servía para reconfortar a Pierre. Le hablaba de Auneau, como si hubiese salido de allí el día anterior. Sin embargo, aquel lunes no demostraba tener su cortés vivacidad, ni la alegría que era habitual en ella; al saber que Pierre bajaría a la recepción de esa noche para saludar a las señoras, movió la cabeza.



—No las encontrará muy satisfechas. Mi pobre Benedetta pasa por momentos de gran preocupación. Parece que el asunto de su divorcio marcha muy mal.

Era de nuevo el comadreo que revolucionaba lo mismo al mundo blanco que al mundo negro. Lo que ocurría era que monseñor Palma, teólogo, que había sido elegido por la Congregación del Concilio para defender en aquel pleito la causa del matrimonio, acababa de presentar un informe verdaderamente terrible, contestando al informe que había presentado el abogado consistorial Morano, demostrando, mediante testimonios y pruebas escritas, que el matrimonio no se había consumado, debido a la impotencia del marido. Empezaba éste por poner fuertemente en duda el estado de virginidad de la demandante, discutiendo los términos técnicos del certificado de las dos comadronas, exigiendo que dos médicos realizasen un examen de conciencia, formalidad ante la cual había retrocedido la joven por un sentimiento de pudor; y no contentándose con esto, citaba algunos casos fisiológicos, perfectamente establecidos, de muchachas que habían tenido comercio con hombres sin que por eso presentasen síntomas de desfloración.

Sacaba un gran partido de la exposición que del hecho hacía en su alegato el conde Prada; éste manifestaba, con toda sinceridad, que no podía afirmar si el matrimonio había sido consumado o no, porque la condesa había forcejeado desesperadamente; decía que él, en el momento de los hechos, creyó que había consumado el acto por completo, en las condiciones normales, pero después, al reflexionar sobre lo ocurrido, no se decidía a ser categóricamente afirmativo, y admitía la posibilidad de que, engañado por la violencia del deseo, el acto de posesión hubiese sido incompleto. Monseñor Palma hacía hincapié en esta duda, y la agravaba mediante razonamientos sutiles en torno al delicado caso, llegando a retorcer en contra de la esposa violentada las declaraciones de la doncella, citada como testigo por Benedetta; la doncella había oído ruido de forcejeo, y afirmaba que, a partir de aquella noche primera, el señor y la señora no habían compartido más el lecho. El informe agregaba, además, como argumento decisivo que, aun en el caso de que la demandante presentase pruebas completas de su virginidad, no por ello resultaba menos cierto que sólo su negativa había sido la causa de la no consumación del matrimonio, siendo así que la condición fundamental de éste es la obediencia de la mujer. Finalmente, de acuerdo con las conclusiones del miembro informante, que resumía en un cuarto informe y discutía las afirmaciones de los otros tres, había votado la congregación la concesión de la anulación del matrimonio, pero esta resolución sólo había obtenido un voto de

mayoría. La solución resultaba tan precaria que monseñor Palma, usando de sus derechos, había solicitado en el acto mismo que se hiciese una información suplementaria, con lo que se invalidaba todo lo actuado, y se hacía necesario proceder a otra votación.

—¡Pobre contessina! —exclamó Victorine—. Se morirá de pena, porque bajo su aire tranquilo, esa adorable joven arde a fuego lento... Según parece, monseñor Palma es el amo de la situación y puede dar al pleito cuantas largas quiera. Agregue a esto que se ha gastado ya muchísimo dinero, y que tendrá que gastar muchísimo más todavía... La idea del abate Pisoni, a quien usted ya conoce, cuando planeó este matrimonio fue de veras afortunada; yo no quisiera faltar a la memoria de mi buena señora, la condesa Ernesta, que era una santa, pero es indudable que al entregar su hija al conde Prada la hizo desgraciada.

Se calló, pero luego se dejó arrastrar por el espíritu de justicia que era innato en ella, y dijo:

—Hay que reconocer que al conde Prada le sobran motivos para no estar satisfecho. Son excesivas las burlas que se hacen a costa suya... Lo cual no me impide afirmar que mi Benedetta comete una tontería al andarse con tantas formalidades. Si sólo de mí dependiese, esta misma noche se encontraría en su habitación a su Dario, ya que le quiere tanto, ya que los dos se quieren tanto y se desean desde hace tanto tiempo. Como usted lo oye, sí, señor, sin dar parte ni al juez ni al cura, sólo por el gusto de sentirse jóvenes y bellos, sólo para ser felices juntos... ¡Son tan escasos los instantes de felicidad, son tan escasos, Dios mío!...

Al advertir que Pierre la miraba sorprendido, rompió a reír con su expresión de mujer sana, de mujer equilibrada y serena de la clase popular de Francia, que no tiene otro ideal que el de vivir feliz y honradamente su vida.

A continuación, sin tanta espontaneidad en sus palabras, se mostró afligida por otra preocupación que había caído sobre la casa, como consecuencia de aquel desdichado divorcio. Donna Serafina y el abogado Morano se habían peleado; éste se hallaba muy disgustado por el semifracaso que había tenido su informe ante la congregación, y culpaba al padre Lorenzo, confesor de la tía y de la sobrina, de haberlas empujado a un pleito desagradable, que redundaría en desprestigio para todos. Y ya no se dejó ver más por el palacio Boccanera; aquello equivalía a la ruptura de una relación íntima que duraba treinta años, y produjo verdadero estupor en todos los salones de Roma. Todo el mundo censuraba duramente a Morano. Donna Serafina se sintió todavía más lastimada, porque sospechaba que Morano

había aprovechado todo aquello como un pretexto, y que el abandono obedecía a una causa muy distinta, a un brusco deseo, inconfesable y criminal en un varón de su categoría y de su religiosidad, a su pasión que una burguesita joven e intrigante había encendido en él.

En efecto, cuando Pierre penetró esa noche en el salón tapizado de brocatel amarillo, rameado con flores Luis XIV, observó que reinaba la melancolía y que las lámparas, veladas con encajes, esparcían una luz tamizada. Sólo Celia y Benedetta se encontraban allí, sentadas en un canapé, conversando con Dario y el cardenal Sarno, que escuchaba, arrellanado en su sillón y sin despegar los labios, la charla inacabable de la anciana tía, que iba todos los lunes acompañando a la princesita. Donna Serafina se encontraba aislada de todos, al lado derecho de la chimenea, contemplando con secreto furor aquel ángulo izquierdo que estaba ahora desocupado, el mismo en que se colocaba Morano durante los treinta años que le había sido fiel. No se le pasó por alto a Pierre la mirada, llena de ansiedad primero, desesperada luego, que había dirigido hacia la puerta en el instante de entrar él, como si estuviese al acecho, como si esperase aún la vuelta del veleta. Se mantenía, por lo demás, muy derecha y erguida, y su esbelto talle estaba más comprimido que nunca dentro del corsé, y tenía en su rostro, coronado por una cabellera de nieve y por cejas muy negras, la dura expresión de solterona.

No bien le presentó Pierre sus respetos, dejó entrever su preocupación y le preguntó si no tendría el gusto de ver esa noche a monseñor Nani. A lo que donna Serafina contestó, sin poder contenerse:

—Monseñor Nani nos abandona, como todos los demás. Las gentes se esfuman precisamente cuando uno las necesita.

También guardaba rencor al prelado, porque después de haberles hecho toda clase de promesas, había tomado el asunto del divorcio con poco entusiasmo. Era indudable que, bajo su extremada benevolencia, en todas sus buenas palabras ocultaba, como siempre, algún plan preconcebido. Pero donna Serafina se arrepintió enseguida de la confesión, que le había sido arrancada por el enojo, y prosiguió diciendo:

—Es posible, de todos modos, que venga. Es un hombre muy bueno que nos aprecia mucho.

Se esforzaba por dominar la vivacidad de su raza y por mostrarse diplomática, para vencer así las situaciones desventajosas. Su hermano el cardenal le había contado toda la irritación que le producía la actitud adoptada por la Congregación del Concilio, porque estaba seguro de que en la fría acogida hecha a la petición de su sobrina entraba por mucho el empeño que

algunos de los cardenales, colegas suyos, ponían en serle desagradables. El divorcio era deseado también por él, porque era el único medio de asegurar la continuación de su raza, ya que Dario se obstinaba en no querer casarse sino con su prima. Y aquello resultaba toda una coincidencia de desgracias que venía a herir a la familia entera, que le lastimaba a él en su orgullo. Compartía el corazón de la hermana los sufrimientos del hermano lo que sumía en la desesperación a los dos enamorados, que veían cómo se alejaban una vez más sus esperanzas.

Cuando Pierre se aproximó al canapé, donde conversaban los jóvenes, oyó que hablaban, a media voz, de la catástrofe.

—¿Por qué afligiros? —decía Celia—. Lo cierto es que ha sido decidida la anulación del matrimonio por un voto de mayoría. Se ha reanudado el proceso; se trata solamente de un retraso.

Pero Benedetta movía la cabeza.

—¡No, Celia, no! Si monseñor Palma se empeña en ello, Su Santidad no dará jamás su aprobación. Esto se acabó.

—¡Si fuésemos ricos, si fuésemos muy ricos! —exclamó Dario con expresión convencida, que no hizo sonreír a nadie.

Luego, en voz más baja y dirigiéndose a su prima, agregó:

—Es necesario que hablemos sin falta. No podemos seguir viviendo así.

Y ella le contestó, susurrando:

—Baja mañana por la tarde, a las cinco. Me quedaré en casa; estaré aquí mismo, sola.

La velada se fue eternizando desde ese instante. A Pierre le afectó profundamente el abatimiento de Benedetta, que tan tranquila y razonable solía mostrarse siempre. Lágrimas reprimidas parecían velar la mirada de aquellos ojos profundos, que daban a su rostro purísimo una delicadeza de niña. Sentía ya por ella una verdadera ternura, viéndola siempre del mismo humor, un poco indolente, escondiendo la pasión de su alma ardiente bajo una apariencia de mujer extremadamente razonable. Se esforzaba, a pesar de todo, por sonreír, ahora que Celia le hacía sus bellas confidencias, porque los amores de su amiga llevaban mejor camino que el suyo. La conversación sólo se generalizó un momento, al ocuparse la anciana tía de Celia, en voz alta, de la actitud indigna que observaba la prensa italiana frente al Santo Padre. Nunca habían estado tan tirantes las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal. El cardenal Sarno, que solía siempre permanecer callado, anunció que el papa lanzaría una nueva carta de protesta dirigida a todos los estados cristianos,

cómplices del robo por su indiferencia, con motivo de los sacrílegos festejos del 20 de septiembre.

—¡Intente usted casar al papa con el rey! —exclamó donna Serafina con acento agrio, aludiendo al deplorable matrimonio de su sobrina.

Había perdido los estribos; era muy tarde y no se esperaba ya que llegasen ni monseñor Nani ni nadie más. Pero sus ojos relampaguearon al escuchar un ruido inesperado de pasos; clavó la mirada ardiente en la puerta y tuvo una última decepción: Narcisse Habert llegaba y se adelantaba a excusarse por lo tardío de su visita. El cardenal Sarno, tío suyo por alianza, le había presentado en aquel salón tan hermético, donde era recibido con satisfacción, porque se decía que era hombre de ideas religiosas intransigentes. Sin embargo, si había ido esa noche, a pesar de lo tardío de la hora, había sido por Pierre. Le llamó inmediatamente a parte.

—Tenía la certeza de que le encontraría a usted aquí. He cenado en la embajada con mi primo, monseñor Gamba del Zoppo, y tengo que darle una buena noticia... Mañana, a eso de las once, nos recibirá en sus habitaciones del Vaticano.

Bajó todavía más la voz:

—Tengo fundadas esperanzas de que conseguiré presentarle al Santo Padre... En una palabra: creo que la audiencia está asegurada.

Esta seguridad le produjo a Pierre una profunda alegría, y le llegó en medio del ambiente de tristeza de aquel salón, en el que llevaba dos horas dolorido y desesperado. ¡Tendría, pues, su problema una solución! Narcisse estrechó la mano de Dario, saludó a Benedetta y a Celia y se acercó a su tío el cardenal, que se había desembarazado de la tía anciana y que se decidió a hablar. Pero no trató sino de su salud, del tiempo que hacía, de anécdotas insignificantes que le habían contado, sin soltar ni una sola palabra que se relacionase con alguno de los mil complicados y terribles asuntos que pasaban por su mano en la Congregación de la Propaganda. Cuando salía de su despacho de viejo burócrata se sumergía en un baño de mediocridad y de oscurecimiento, y en él descansaba, libre de las preocupaciones del gobierno del mundo. Todos se levantaron y se despidieron.

—No lo olvide, —repitió Narcisse a Pierre—; mañana, a las diez, me encontrará usted en la Capilla Sixtina. Mientras damos tiempo a que llegue la hora de la cita, le enseñaré a Botticelli.

A la mañana siguiente, a las nueve de la mañana, se encontraba Pierre, que había ido hasta allí a pie, en la espaciosa plaza; y antes de doblar a la derecha, en dirección a la puerta de bronce, en el ángulo de la columnata, alzó

los ojos y se detuvo algunos instantes a contemplar el Vaticano. Aquel amontonamiento de edificios, crecidos a la sombra de la cúpula de San Pedro, sin orden arquitectónico de ninguna clase, sin ninguna especie de regularidad, le pareció lo más alejado de la monumentalidad. Los tejados se superponían, las fachadas se extendían, anchas y lisas, al azar de las alas de edificios que se habían ido agregando o levantando. La única excepción la constituían los tres lados del patio de San Dámaso, que surgían simétricos por encima de la columnata, con los grandes ventanales de cristal propios de las antiguas logias, ventanales hoy cerrados, que les daban la apariencia de tres inmensos cuerpos de invernadero, en los que centelleaban los rayos del sol sobre las tonalidades rojizas de la piedra. ¡Era aquél el más hermoso palacio del mundo, el de mayor amplitud, el de las mil cien salas, el que encerraba las obras más admirables del género humano! Después de aquella desilusión, el interés de Pierre se concentró en la elevada fachada del lado derecho, que da a la plaza, porque sabía que en el segundo piso de la misma estaban las ventanas del apartamento particular del papa. Se detuvo largo rato a contemplar las ventanas; le habían dicho que en la quinta del lado derecho se hallaba el dormitorio, y que a través de ella se veía, hasta muy entrada la noche, una luz encendida.

¿Qué sería lo que se ocultaba detrás de aquella puerta de bronce, que tenía ante él, que era el dintel sagrado, la comunicación entre todos los reinos de este mundo y el reino de Dios, cuyo augusto representante se había enclaustrado dentro de aquellos muros, tan altos y tan silenciosos? Lo examinaba desde lejos, con sus tableros de metal guarnecidos de gruesos clavos de cabeza cuadrada, y se preguntaba qué sería lo que se guarecía detrás, lo que ocultaba, con su aspecto severo de puerta de un castillo antiguo. ¿Qué clase de gentes iría a encontrar detrás? ¿Sería un tesoro de caridad humana el que se guardaba celosamente en la penumbra? ¿Estarían allí las esperanzas resucitadas de los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia? Pierre se complacía en semejante sueño, se imaginaba al pastor único y sagrado velando desde el interior del palacio cerrado, preparando el reino definitivo de Jesús, mientras las viejas civilizaciones podridas se derrumbaban. Estaba ya en vísperas de proclamar aquel reino, convirtiendo a nuestras democracias en la más grande de las comunidades cristianas que nos ha prometido el Salvador. Detrás de aquella puerta de bronce se elaboraba el porvenir, y por ella seguramente saldría.

Pierre tuvo la sorpresa de encontrarse frente a monseñor Nani, que salía del Vaticano en ese preciso momento, y que se dirigía a pie al palacio del

Santo Oficio, en el que se aposentaba, por su calidad de asesor.

—¡Estoy encantado, monseñor! Mi amigo el señor Habert me va a presentar a su primo monseñor Gamba del Zoppo, y casi estoy seguro de que conseguiré la tan deseada audiencia.

Monseñor Nani sonreía con su expresión amable y cortés.

—Me alegro tanto como usted, querido hijo. Pero sea prudente.

Y a continuación, como si temiese que sus palabras hubiesen hecho comprender al joven sacerdote que él venía precisamente de ver a monseñor Gamba del Zoppo, que de toda la familia pontifical era el prelado más fácil de asustar, le dijo que andaba toda la mañana de un lado para otro, con objeto de complacer a dos señoras francesas que ardían en deseos de ver al papa; pero mucho temía que no lo conseguiría.

—Tengo que confesarle, monseñor —dijo Pierre— que ya comenzaba a desalentarse. Ya es hora, se lo aseguro, de que reciba algún consuelo, porque mi estancia aquí no es la más adecuada para curar mi alma.

Siguió hablando y dejó entrever que su estancia en Roma acabaría quebrantando definitivamente su fe. Jornadas como las que había pasado en el Palatino y en la via Appia, luego la que había pasado dentro de las catacumbas y en San Pedro, sólo servían para turbar, para echar a perder su ensueño de un cristianismo rejuvenecido y triunfante. Había salido de esas experiencias presa de la duda, invadido por un comienzo de fatiga, habiendo perdido una parte de ese fervor suyo, dispuesto siempre a rebelarse.

Monseñor Nani le escuchaba sin dejar de sonreír, y aprobaba con un gesto de cabeza. Justamente, eso era lo que él esperaba, y así debía de ocurrir. Aquello parecía satisfacerle, porque lo tenía previsto.

—En fin, querido hijo, todo va admirablemente, ya que tiene la seguridad de ver a Su Santidad.

—Cierto, monseñor. Todas mis esperanzas están puestas en el espíritu extraordinariamente justo y clarividente de León XIII. Es el único que puede ser mi juez, porque es el único que verá que en mi libro he traducido fielmente, a mi entender, su propio pensamiento... ¡Basta que él lo quiera, y salvará al viejo mundo, en nombre de Jesús, por la democracia y por la ciencia!

Volvía a dejarse dominar por su entusiasmo, y Nani, cada vez más afectuoso, con sus ojos penetrantes y sus labios finos, hizo nuevamente gestos de aprobación.

—Justamente, hijo mío, justamente. Podrá usted hablar con él, ya lo verá.

Y como ambos alzasen la cabeza para contemplar la fachada del Vaticano, monseñor Nani llevó su amabilidad hasta sacarle de un error. No, aquella ventana que estaba todas las noches iluminada no era el dormitorio del papa. Aquella ventana daba a uno de los rellanos de la escalera y se hallaba iluminada toda la noche por un pico de gas. Se quedaron callados, pero sin apartar la vista de la fachada, con expresión de seriedad, tanto el uno como el otro.

—Bueno, hijo mío, hasta la vista. Ya me contará la entrevista, ¿verdad?

En cuanto Pierre se quedó solo, franqueó la puerta de bronce; el corazón le latía apresuradamente, como si hubiese penetrado en el lugar sagrado y temible donde se elaboraba la felicidad futura. Había allí un centinela, un guardia suizo que caminaba a paso lento, envuelto en una capa de un color gris azulado, de la que emergía únicamente el calzón salpicado de negro, amarillo y rojo. Daba la impresión que con la capa tapase discretamente aquel disfraz, disimulando de ese modo el embarazo que producía su vistosidad. Casi enseguida, a mano derecha, arrancaba la gran escalera cubierta que conduce al patio de San Dámaso. Pero a la Capilla Sixtina se iba por una larga galería, entre una doble hilera de columnas, subiendo después por la escalera Real. Pierre, un poco fatigado en aquel mundo gigantesco, en el que todas las dimensiones eran exageradas, jadeaba un poco mientras subía las amplias escaleras.

Cuando penetró en la Capilla Sixtina, se encontró al principio sorprendido. La encontró reducida, era una especie de sala rectangular, de techo muy elevado, dividida en sus dos terceras partes por un delgado tabique de mármol que marca el sitio reservado a los invitados en los días de gran ceremonia, y el coro, en el que se sientan los cardenales en sencillos bancos de roble, mientras que los prelados permanecen detrás, de pie. El trono pontifical, de una riqueza sobria, está a mano derecha del altar, sobre un estrado bajo. A mano izquierda se abre en el muro la estrecha *loggia*, con su balcón de mármol, que está reservada a los cantores. Pero basta con alzar la cabeza, es suficiente con que los ojos asciendan desde el inmenso fresco del Juicio final, que ocupa toda la pared del fondo, hasta las pinturas de la bóveda, que lo cubren todo desde la cornisa, entre las doce ventanas llenas de luz, seis a cada lado, para que todo se ensanche bruscamente, y se lance el espíritu, libre de obstáculos, en vuelo hacia el infinito.

Por suerte no había en aquel momento más que tres o cuatro turistas, nada bulliciosos. Pierre vio enseguida a Narcisse Habert, sentado en uno de los bancos de los cardenales, encima mismo del escalón en que tienen su asiento



los caudatarios. El joven permanecía inmóvil, como en un éxtasis, con la cabeza echada un poco hacia atrás. Pero no era la obra de Miguel Ángel la que él contemplaba. Sus ojos estaban clavados en uno de los frescos anteriores, situado por debajo de la cornisa. Cuando vio acercarse al sacerdote, se limitó a murmurar, con mirada profunda:

—¡Hola, amigo mío! ¡Fíjese en el Botticelli!

Y volvió a caer en su éxtasis.

Pierre recibió un golpe en pleno cerebro y en pleno corazón, y quedó de pronto y por completo poseído por el genio sobrehumano de Miguel Ángel. Todo lo demás desapareció; ya no había en lo alto, en esa especie de firmamento sin límites, otra cosa que esa extraordinaria obra de arte. Lo que primero le sorprendió, lo que le dejó estupefacto, fue que el pintor se conformase con ser el único artífice de su obra. Ni marmolistas, ni bronceístas, ni doradores, ni ningún otro de los gremios oficiales. Bastó el pintor, con su pincel nada más, para las pilastras, las columnas, las cornisas de mármol, para las estatuas y los adornos de bronce, para los florones y los rosetones de oro, para toda esa decoración, de una riqueza inaudita, que servía de marco a los frescos. Se lo imaginaba el día en que le entregaron la bóveda desnuda, nada más que la obra de yeso, nada más que el muro liso y blanco, formando en total centenares de metros cuadrados que habría de cubrir. Le veía frente a esa página inmensa, sin querer que nadie le ayudase, alejando de allí a los curiosos, aislándose por completo en su tarea gigantesca, celosa y violentamente, pasando cuatro años y medio solitario y arisco, en su diaria gestación del coloso. ¡Obra enorme, capaz de llenar toda una vida, obra a la que dio comienzo con la tranquila confianza en su voluntad y en su fuerza, extrayendo de su cerebro y lanzando allí todo aquel mundo, en un brote continuo de la virilidad creadora, en la expansión plena de su omnipotencia!

Después de esta primera impresión, se quedó Pierre sobrecogido cuando pasó a examinar toda aquella humanidad agigantada propia del visionario, que se desbordaba en páginas de síntesis desmesuradas, de un simbolismo ciclópeo. Resplandecían allí todas las bellezas, la gracia y la nobleza reales, la paz y el dominio soberano, como florescencias espontáneas. Y la ciencia perfecta en todo, los escorzos más violentos acometidos con la certidumbre del éxito, la constante victoria técnica sobre todas las dificultades que ofrecían los planos curvos. Y, por encima de todo, una sencillez increíble de recursos, la materia reducida casi a nada, unos pocos colores, empleados con profusión, sin rebuscamientos ni exuberancias. Y con aquello bastaba, se veía correr la sangre con ímpetu, y los músculos se hinchaban bajo la piel, las

figuras se llenaban de vida y saltaban del cuadro con impulso tan enérgico, que se hubiera dicho que pasaba por lo alto de la bóveda una llamarada, que insuflaba en todas aquellas gentes una vida sobrehumana, inmortal. La vida, era la vida que estallaba, que triunfaba, una vida enorme y hormigueante, un milagro de vida realizado por una mano única, poseedora del don supremo de la sencillez dentro de la fuerza.

Hay quien ha visto en ello todo un sistema de filosofía, hay quien ha querido ver allí todo el destino humano, la creación del mundo, del hombre y de la mujer, la falta, el castigo, la redención después y, finalmente, la justicia de Dios en el último día del mundo; pero Pierre no podía entrar en tales pormenores durante ése su primer encuentro, estupefacto y maravillado ante semejante obra. ¡Qué exaltación del cuerpo humano, de su belleza, de su energía y de su gracia! ¡Aquel Jehová, regio anciano, terrible y paternal, arrastrado por el huracán de su creación, con los brazos extendidos, gestando mundos! ¡Aquel Adán magnífico, de tan noble línea, que está con la mano extendida, y al que Jehová insufla la vida con el dedo, sin tocarle, gesto admirable, espacio sagrado el que hay entre el dedo del creador y el de la criatura, espacio insignificante en el que se encierra el infinito de lo invisible y del misterio! ¡Y aquella Eva enérgica y adorable, Eva de caderas sólidas, capaces de llevar en ellas la humanidad futura, que tiene la gracia altiva y tierna de mujer que quiere ser amada hasta la perdición, la mujer toda, con su seducción, su fecundidad y su señorío! Y hasta aquellas figuras decorativas, sentadas sobre las pilastras, en los cuatro ángulos de los frescos, estaban celebrando el triunfo de la carne: veinte jóvenes, felices de sentirse desnudos, de una magnificencia incomparable de torso y de extremidades, de una intensidad de vida tan grande que parecen arrebatados por una locura de movimiento, que los hace doblarse y caer en actitudes de héroes. Y, entre las ventanas, tronaban los gigantes, los profetas y las sibilas, el hombre y la mujer elevados a la categoría de dioses, de una musculatura y de una grandeza de expresión intelectual desmesuradas: Jeremías, con el codo apoyado en la rodilla, la mandíbula en la mano, meditando, sumido en la visión y en el ensueño; la Sibila de Eritrea, de perfil tan puro, tan juvenil, a pesar de su exuberancia, que tiene puesto el dedo en el libro abierto del destino; Isaías, de labios abultados por la verdad, de boca hinchada bajo la brasa encendida, altivo, con el rostro medio vuelto y una mano levantada en un gesto de mando; la Sibila de Cumes, cuya ciencia y cuya vejez producen terror, que conserva su firmeza de roca viva, con el rostro arrugado, su nariz de ave de presa y su barbilla cuadrada, que avanza hacia adelante con

obstinación; Jonás, vomitado por la ballena, arrojado al lugar en que está mediante un escorzo extraordinario, con el busto retorcido, los brazos doblados, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta para gritar; y los restantes, y los demás, todos miembros de la misma familia grande y majestuosa, todos reinando con la soberanía de la salud eterna y de la eterna inteligencia, realizando el ideal de una humanidad indestructible, más robusta y de mayor estatura. Y, aparte de ellas, en los arcos de las ventanas, en las medias lunas, otras figuras hermosas, llenas de fuerza y de gracia, surgen, se apiñan, brotan en abundancia: los ascendientes del Cristo, madres soñadoras con bellos niños desnudos, hombres con la vista perdida en la lejanía, avizorando el porvenir, la raza castigada, cansada ya de tanto esperar al prometido Salvador; y en las pechinas de los cuatro ángulos, escenas bíblicas, llenas de vivacidad, representando las victorias de Israel sobre el espíritu del mal. Y para remate, el fresco colosal del fondo, el Juicio final, con su muchedumbre hormigueante de figuras, tan incontables, que se necesitan días y días para verlas detalladamente; una muchedumbre desatinada, arrebatada por un soplo ardoroso de vida, que se inicia con los muertos, a los que despiertan los ángeles del Apocalipsis, haciendo sonar furiosamente sus trompetas, que sigue con los réprobos, a los que arrojan los demonios al infierno, en racimos terroríficos, hasta llegar a Jesús justiciero, rodeado de apóstoles y de santos, y a los elegidos que ascienden radiantes, sostenidos por ángeles, mientras que, más arriba aún, otros ángeles, cargados con los instrumentos de la Pasión, triunfan en plena gloria. Y, sin embargo, por encima de esta página gigantesca, que fue pintada treinta años más tarde, en plena madurez, conserva el techo su grandiosidad, su superioridad indiscutible, porque es allí donde el artista dio su esfuerzo virgen, toda su juventud, toda la primera llamarada de su genio.

Y Pierre sólo pudo encontrar una palabra: Miguel Ángel es el monstruo que lo domina todo, que todo lo aplasta. No había más que ver, para convencerse de ello, las demás obras que había bajo la inmensidad de la suya, las del Perugino, las del Pinturicchio, de Roselli, de Signorelli, de Botticelli, los frescos anteriores, admirables, que se extienden por debajo de la cornisa, todo alrededor de la capilla.

Pero Narcisse no había levantado los ojos hacia la esplendorosidad fulminante del techo. Abismado en éxtasis, no separaba su mirada del Botticelli, del que hay allí tres frescos. Al fin habló con leve murmullo:

—¡Botticelli, Botticelli! ¡La elegancia y la gracia de la pasión en pena, el profundo sentimiento de tristeza en medio de la voluptuosidad! Él ha sabido

adivinar toda nuestra alma moderna, traduciéndola con el encanto más turbador que ha brotado jamás de una creación artística.

Pierre le contemplaba estupefacto, y se arriesgó a preguntar al fin:

—¿Pero es que usted viene aquí para contemplar a Botticelli?

—¡Naturalmente! —contestó el joven con expresión tranquila—. Sólo para él vengo, y aquí me estoy horas y horas todas las semanas, y no veo más que a él... ¡Fíjese! Estudie usted esta página: «Moisés y las hijas de Jethro». ¿Ha producido la ternura y la melancolía humanas algo más conmovedor?

Y siguió hablando, con un ligero temblor devoto en su voz, con la expresión del sacerdote que penetra en el misterio delicioso e inquietante del santuario. ¡Botticelli, Botticelli! ¡Y las mujeres de Botticelli, con sus rostros alargados, sensuales y cándidos, con sus vientres algo prominentes, marcándose bajo las ropas ligeras, con el caminar altanero, ágil e ingrávido en el que descubren todo su cuerpo! ¡Y los jóvenes de Botticelli, los ángeles de Botticelli, tan llenos de realismo y tan bellos, a pesar de todo, como las mujeres, de un sexo equívoco, en el que se combina la sabia firmeza de los músculos con la infinita suavidad del contorno, arrebatados todos ellos por una llama tan ardiente de deseo, que se siente en las propias carnes su quemazón! ¡Y las bocas de Botticelli, bocas carnales, consistentes como frutas, irónicas y dolorosas, enigmáticas en sus pliegues sinuosos, que no permiten adivinar si ocultan palabras de pureza o de perversidad! ¡Y los ojos de Botticelli, ojos de languidez, de pasión, de pasmo místico o voluptuoso, rebosantes de un dolor tan profundo a veces en medio de sus alegrías, que no hay en el mundo otros más insondables, abiertos como ellos sobre la inanidad humana! ¡Y las manos de Botticelli, tan trabajadas, tan cuidadas, plenas de vida intensa, que juguetean al aire libre, que se enlazan unas con otras, besándose y hablándose, con una preocupación tal de la gracia, que a veces resultan amaneradas, aunque cada una con su expresión propia, formando entre todas la gama completa de las expresiones del goce y del sufrimiento! Y, con todo esto, nada de afeminado ni de falso, una especie de altiva virilidad en todo, un movimiento apasionado y magnífico, que empuja y arrastra a las figuras, una preocupación absoluta de la verdad, el estudio directo, la consciencia, todo un verdadero realismo, que corrige y realza la genial rareza del sentimiento y del carácter, poniendo hasta en la misma fealdad la inolvidable transfiguración del encanto.

El asombro de Pierre iba en aumento, y escuchaba a Narcisse, fijándose por vez primera en su distinción algo rebuscada, en sus cabellos ensortijados

y cortados a la moda florentina, en sus ojos azules, casi color de malva, que empalidecían todavía más por el entusiasmo.

—No cabe duda alguna —acabó por decir—. Botticelli es un artista maravilloso... Pero me parece que Miguel Ángel...

Narcisse le interrumpió con gesto violento.

—¡No y no! No me hable usted de él. Ese hombre lo ha estropeado todo, lo ha echado todo a perder. ¡Pero si era un hombre que se uncía al trabajo como un buey, que despachaba la tarea como un peón, a tantos metros por día! No hay en él nada de misterioso, nada de incógnito, es tan miope, que sus bellezas le producen a uno náuseas: cuerpos de hombre que parecen árboles, mujeres que no son otra cosa que carniceras gigantescas, masas estúpidas de carne, sin un más allá de almas divinas o infernales... Dígame que era un constructor, un constructor gigantesco, y nada más.

E inconscientemente estallaba en Narcisse, en su cerebro de hombre moderno fatigado, complicado, echado a perder por la búsqueda de lo original y de lo raro, el odio inevitable contra la salud, contra la fuerza y la energía. Veía un enemigo en Miguel Ángel que trabajaba para crear, que había dejado la creación más prodigiosa nacida jamás de artista alguno. Ése era su crimen: el crear, el producir vida, el producirla en cantidad tal, que todas las minúsculas creaciones de los demás, aun las más encantadoras, resultaban ahogadas, y desaparecían en la oleada desbordante de seres que aquél lanzaba a la luz del sol palpitantes de vida.

—Pues bien —declaró Pierre con valentía—, yo no comparto su opinión. Acabo de comprender que la vida es el todo en el arte, y que sólo son inmortales los creadores. El caso de Miguel Ángel me parece decisivo, porque gracias a este gestar extraordinario de carne viviente y magnífica, que lastima la delicadeza de usted, es el maestro sobrehumano, el monstruo que aplasta a todos los demás. Deje que los amantes de curiosidades, los espíritus galantes, los intelectuales agudos, hagan filigranas especulando sobre lo equívoco y lo invisible, que hagan consistir la esencia del arte en la elección del rasgo precioso y en la penumbra del símbolo. Miguel Ángel seguirá siendo el Omnipotente, el Creador de hombres, el Maestro de la claridad, de la sencillez y de la salud, eterno como la vida misma.

Narcisse se limitó a sonreír cuando oyó esto con una expresión de desdén indulgente y cortés. No era de presumir que hubiese muchas gentes que visitasen la Capilla Sixtina, sentándose durante horas y horas para contemplar a Botticelli, sin levantar jamás la cabeza para ver la obra de Miguel Ángel. Y dijo, para terminar:

—Son ya las once. Mi primo quedó en avisarme aquí en cuanto estuviese en condiciones de recibirme, y me sorprende que no haya venido todavía nadie... ¿Quiere usted que subamos entretanto a las habitaciones de Rafael?

Una vez arriba, en las habitaciones, se mostró irreprochable, muy clarividente y muy justo en sus juicios acerca de las obras, volviendo a ser el hombre de ágil entendimiento en cuanto no se dejó ya llevar por su odio a las realizaciones colosales y a la decoración genial.

Por desgracia, Pierre acababa de salir de la Capilla Sixtina, y tuvo que liberarse del abrazo del monstruo, olvidando lo que había visto, haciéndose a lo que ahora tenía delante de los ojos, para saborear toda su pura belleza. Era como si un vino demasiado áspero le hubiese atontado, impidiéndole paladear luego otro vino más ligero, de aroma delicado. La admiración aquí no hiere como un rayo, pero el encanto se opera con un empuje lento e irresistible. Es Racine al lado de Corneille, Lamartine junto a Hugo, la pareja eterna, el apareamiento de la hembra y del macho, que se produce siempre en los siglos de gloria. Triunfan con Rafael la nobleza y la gracia, la línea exquisita y correcta, de una armonía divina; no es ya solamente el símbolo material, lanzado por Miguel Ángel con gesto magnífico: es el análisis psicológico de una penetración profunda. El hombre va depurándose cada vez más, va idealizándose, va siendo visto desde adentro. Y a pesar de que se advierte allí la presencia de un sentimental, de un temperamento femenino rebosante de ternura, la obra tiene una admirable solidez profesional; es grande y es vigorosa. Pierre se iba dejando dominar poco a poco por aquella soberana maestría, se dejaba conquistar por la elegancia viril del hombre joven, y aquella visión de la suprema belleza aliada con la suprema perfección le llegaba al alma. Pero advirtió que, mientras la *Disputa del Santo Sacramento* y la *Escuela de Atenas*, anteriores a las pinturas de la Capilla Sixtina, le parecían las obras maestras de Rafael, por el contrario, en el *Incendio del Burgo*, y más aún en el *Heliodoro arrojado del templo* y en el *Atila detenido ante las puertas de Roma*, había perdido ya el artista su gracia divina, afectado por la aplastadora grandiosidad de Miguel Ángel. ¡Qué efecto fulminante el que se produciría cuando se abrió la Capilla Sixtina y penetraron en ella los rivales! El monstruo había procreado en la parte inferior, y allí dejó su alma el más grande de los hombres, sin poder liberarse ya nunca de la influencia sufrida.

Luego condujo Narcisse a Pierre hacia las logias, galería cerrada con cristales, clara y deliciosamente decorada. Pero Rafael había muerto ya; aquello era trabajo de discípulos suyos, ejecutado de acuerdo con los cartones

que él había dejado. Era como una caída brusca, vertical. Pierre comprendió entonces, como nunca, que el genio es el todo, y que la escuela naufraga en cuanto éste desaparece. El hombre de genio es el compendio de una época, es el que proporciona a determinadas horas de la civilización toda la savia del suelo social; éste queda luego agotado, a veces para varios siglos. Su atención se fijó más en la vista admirable que se distingue desde las logias; pero de pronto advirtió que tenía frente a él, al otro lado del patio de San Dámaso, el piso habitado por el papa. Abajo estaba el patio con su pórtico, su fuente, su blanco enlosado, quemado por el sol, luminoso y pelado. Estaba visto que aquello distaba mucho de la penumbra, del recogimiento lleno de misterio y de religiosidad de los alrededores de las viejas catedrales del norte, en los que tantas veces se había él entregado a la meditación. A derecha e izquierda de la escalinata que conducía a las habitaciones del papa y del cardenal secretario formaban fila cinco carruajes; los cocheros estaban rígidos en sus asientos, los caballos inmóviles en medio de aquella luz viva; ni un alma en el desierto del amplio patio cuadrado, al que daban tres pisos de miradores cerrados, que parecían enormes invernaderos; el centelleo de los cristales y el tono rojizo de la piedra parecía revestir de oro la desnudez del pavimento y de las fachadas, dando a todo una especie de majestad serena de templo pagano consagrado al dios del sol. Pero lo que más sorprendió a Pierre fue el prodigioso panorama de Roma, que se divisaba desde allí al pie de las ventanas del Vaticano. Nunca había pensado en cosa semejante, pero de pronto le vino el pensamiento de que el papa veía desde aquellas ventanas a Roma entera, expuesta ante sus ojos, recogida, como si sólo necesitase extender la mano para hacerse de nuevo con ella. Y Pierre bebió largamente con los ojos y con el corazón, hasta hartarse, aquel espectáculo inaudito; quería llevárselo con él, conservarlo, como fuente inagotable de ensueños estremecedores.

En medio de su contemplación oyó un ruido de voces que le obligó a volver la cabeza, y se encontró con un criado, vestido con librea negra, que dio un recado a Narcisse, y que se retiró después de hacer un profundo saludo.

El joven se acercó a Pierre con expresión de contrariedad.

—Mi primo, monseñor Gamba del Zoppo, me envía a decir que no podrá recibirnos esta mañana. Parece que se lo impide un compromiso imprevisto.

Pero se transparentaba en su azoramiento que no daba crédito a semejante excusa, y que empezaba a sospechar que su pariente sentía miedo de comprometerse. Sin duda que había sido prevenido por alguna alma bondadosa que le había aterrorizado. Esto le producía indignación y le hacía

extremar sus deseos de servir y su valentía. Al fin dejó ver una sonrisa, y agregó:

—Óigame, tal vez haya un medio de forzar las puertas... Si tiene usted libre la tarde, vamos a almorzar juntos, y después volveremos a visitar el Museo de los Antiguos; ya verá cómo al fin doy con mi primo, sin contar con que podríamos tener la buena suerte de tropezar con el papa mismo, en el caso de que éste bajase a los jardines.

Pierre había experimentado al principio una aguda desilusión al enterarse de que se retrasaba aún más la audiencia. Y como tenía libre todo el día, aceptó de buena gana el ofrecimiento.

—Es usted la amabilidad misma, y yo sólo temo abusar... Muchísimas gracias.

Almorzaron frente a San Pedro, en un pequeño restaurante del Borgo, al que acudían por lo general peregrinos. La comida era malísima, dicho sea de paso. A eso de las dos de la tarde dieron la vuelta a la basílica, siguiendo por la plaza de la Sacristía y por la de Santa Marta, para llegar, en la parte de atrás, a la entrada del Museo. Era una construcción rectangular, solitaria y brillante, en la que el joven sacerdote volvió a encontrar, aumentada, la sensación de majestad desnuda y leonada, como recocida por el sol, que había experimentado al contemplar el patio de San Dámaso. Pero cuando acabó de comprender la enormidad de todo aquello fue al contornear el ábside gigantesco del coloso, toda aquella florescencia de arquitecturas amontonadas que bordean los espacios abiertos del pavimento, en el que verdea una hierba muy fina. En aquella inmensidad muda se veían únicamente dos niños que jugaban a la sombra de un muro. A mano izquierda del pasaje que conduce al Museo se encuentra la antigua Casa de la Moneda de los papas: la Zecca, hoy posesión de Italia, guardada por soldados del rey; pero enfrente, a mano derecha, se abre una puerta de honor del Vaticano, en la que vela un piquete de la guardia suiza; ésta es la puerta por donde pasan los carruajes de dos caballos que, de acuerdo con la etiqueta, conducen hasta el patio de San Dámaso a las personas que van a visitar al cardenal secretario de Su Santidad.

Atravesaron el largo pasaje, la calle que asciende entre un ala del palacio y el muro de los jardines pontificales. Y llegaron, finalmente, al Museo de los Antiguos. Museo inmenso, compuesto de un número inacabable de salas. Es un museo que contiene tres museos: el antiquísimo de Pío Clementino, el de Chiaramonti y el de Braccio-Nuovo, todo un mundo encontrado bajo tierra, exhumado y glorificado a plena luz. El joven sacerdote fue recorriéndolo durante más de dos horas, yendo de una sala a otra, cegado por tanta obra



maestra, mareado por tanto genio y tanta belleza. No eran únicamente las obras célebres las que le llenaban de asombro: el Laocoonte y el Apolo Belvedere, ni el Meleagre, ni el torso mismo de Hércules. Le embargaba sobre todo el conjunto, la cantidad incontable de Venus, de Bacos, de emperadores y emperatrices deificados, todo aquel brote magnífico de bellas carnes, de carnes augustas, que celebraban la inmortalidad de la vida. Había visitado tres días antes el Museo del Capitolio, en el que había admirado la Venus, el Galo agonizante, los maravillosos centauros de mármol negro, la colección extraordinaria de bustos. Pero su admiración aumentaba aquí, hasta convertirse en estupor, ante la riqueza inagotable de las salas. Y buscando antes la vida que el arte, volvió a dejar volar su imaginación frente a los bustos en los que resucita, tal cual era, la Roma histórica, que si fue incapaz de alcanzar la ideal belleza de Grecia, supo gestar vida. Allí están todos: los emperadores, los filósofos, los sabios, los poetas; todos reviven con prodigiosa intensidad de vida, tal cual eran, estudiados y reproducidos escrupulosamente por el artista, con sus deformaciones, sus lacras, con las más pequeñas particularidades de sus rasgos; y de aquella preocupación extremada de verdad surge claro el carácter, evocado con una energía incomparable. Son los hombres mismos que resucitan, que rehacen ante nosotros la Historia, aquella falsa Historia, cuya enseñanza es suficiente para que las generaciones de discípulos se dejen dominar por el odio a la antigüedad. Pero ¡qué simpatía inspira esa historia desde el momento en que se llega a comprenderla! Así es como los más pequeños fragmentos de mármol, las estatuas truncadas, los bajorrelieves hechos pedazos, un solo miembro en ocasiones, brazo divino de ninfa o muslo nervioso de sátiro, evocan el esplendor de una civilización luminosa, toda grandiosidad y poderío.

Narcisse llevó a Pierre a la galería de los Candelabros, de cien metros de longitud, y en la que pueden verse magníficas piezas de escultura.

—Escuche, señor abate, son nada más que las cuatro; vamos a tomar asiento aquí durante un rato. Tengo entendido que, a veces, suele el Santo Padre pasar por aquí para bajar a los jardines... ¿No le parece que sería una verdadera suerte que tuviese usted ocasión de verlo, y quién sabe si de hablar con él?... De cualquier modo, esto le servirá a usted de descanso, porque sospecho que ya no puede con sus piernas.

Todos los vigilantes y porteros le conocían, su parentesco con monseñor Gamba del Zoppo le abría todas las puertas del Vaticano, a él le gustaba pasar

allí días enteros. Cerca había dos sillas y tomaron asiento, reanudando en el acto Narcisse su charla artística.

¡Qué destino maravilloso, qué soberana realeza, a pesar de ser prestada, la de Roma! Se diría que ella constituye el centro adonde converge y en donde rinde viaje el mundo entero, un lugar en donde el suelo, condenado desde el primer momento a la esterilidad, no rinde nada propio. Hubo necesidad de aclimatar allí las artes, de trasplantar el genio de los pueblos vecinos, donde florecen magníficamente. Durante el mando de los emperadores, cuando es la reina del mundo, es Grecia la que le envidia la belleza de sus monumentos y de sus esculturas. Después, al nacer el cristianismo, prende éste en ella y se impregna del paganismo; y de la misma manera, aunque en otro plano, produce el arte gótico, que es el arte cristiano por excelencia. Corren los siglos, y si es cierto que el Renacimiento resplandece en Roma en tiempos de Julio II y de León X, los que preparan ese movimiento son los artistas de Toscana y de Umbría, contribuyendo a él con sus prodigiosos arranques. Una vez más le viene el arte de fuera, dándole la corona del mundo al adquirir, dentro de ella, su triunfal amplitud. Ocurre entonces el despertar extraordinario de la antigüedad, resucitan Apolo y Venus, y son los papas mismos quienes les rinden adoración, porque a partir de Nicolás V sueñan con hacer de la Roma papal una igual de la Roma de los emperadores. Y después de los precursores, tan sinceros, tiernos y vigorosos, Fray Angélico, el Perugino, Botticelli y otros muchos, surgen los dos soberanos: Miguel Ángel y Rafael, el sobrehumano y el divino; pero viene inmediatamente la caída brusca, y es necesario dejar pasar cincuenta años para llegar al Caravaggio, resumen de todo lo que es posible obtener cuando se tiene la ciencia de la pintura y se carece de la genialidad y del vigor en el colorido y modelado. Continúa después la decadencia hasta Bernini, el transformador, el creador verdadero de la Roma de los papas actuales, el joven prodigio que cuando sólo tenía dieciocho años empezó a dar vida a toda una serie de colosales criaturas de mármol, el arquitecto universal cuya aterradora actividad puso el remate a la fachada de San Pedro, construyó la columnata, decoró el interior de la basílica, hizo surgir fuentes, iglesias y palacios innumerables. Y en él acabó todo, porque a partir de aquel momento, Roma, que iba apartándose poco a poco de la vida, se fue eliminando cada día más del mundo moderno. Ella, que siempre ha vivido de lo que tomaba a otras ciudades, agonizaba, porque ya no podía tomar nada de ellas para glorificarse nuevamente.

—¡Bernini! ¡Qué encantador es Bernini! —siguió diciendo Narcisse a media voz, con su cara de asombro—. Hay en él energía y exquisitez, tiene

expresión para todo, su ingeniosidad está siempre despierta, su fecundidad se halla impregnada de gracia y de magnificencia... Hablan de Bramante. ¡Bramante! Pues bien, digamos que al dar su obra maestra, la correcta y fría Cancillería, ha alcanzado la categoría de Miguel Ángel y de Rafael en la arquitectura, y con eso está dicho todo... Pero Bernini es sencillamente exquisito, y su pretendido mal gusto encierra más delicadeza, más refinamiento que todo el genio que los demás han puesto en alcanzar la perfección y la enormidad. El alma de Bernini es profunda y multiforme, y en ella debería encontrarse a sí misma toda nuestra época actual, tan magnífica en su rebuscamiento, tan desconcertadora por su afán de lo artificial, tan desprendida de todas las bajezas de la realidad... No deje usted de ir a ver, en villa Borghese, el grupo de Apolo y Dafne, hecho cuando tenía dieciocho años de edad, y, sobre todo, vaya a ver Santa Teresa en éxtasis, obra que se encuentra en Santa María de la Victoria. ¡Qué obra esa Santa Teresa! El cielo que se abre, los estremecimientos con que el goce divino puede hacer vibrar el cuerpo de la mujer, la voluptuosidad de la fe llevada hasta el espasmo, la criatura humana que pierde el aliento, que muere de placer entre los brazos de su Dios... Yo me he pasado contemplándola horas y más horas, sin llegar nunca a agotar su simbolismo, de una riqueza incalculable y agotadora. Al decir esto, calló. Pierre, que ya no sentía sorpresa ante aquel rencor sordo, inconsciente, contra todo lo que significaba salud, sencillez y energía, apenas le escuchaba. Se sentía absorbido cada vez más por una idea: la de la Roma pagana que resucitaba en la Roma cristiana, hasta convertirla en la Roma católica, en el nuevo centro político, jerarquizado y dominador, para el gobierno del universo. ¿Había sido alguna vez Roma cristiana, fuera de la primitiva edad de las catacumbas? Los pensamientos que le habían asaltado en el Palatino, en la via Appia, y después en San Pedro, encontraban una prolongación en los de ahora, se afirmaban de un modo más y más evidente. Esa misma mañana, cuando se encontraba en la Capilla Sixtina y en la cámara de las Firmas, aunque aturdido por la admiración, comprendió perfectamente que la obra del genio constituía una nueva prueba. Es cierto que el paganismo reaparecía en Miguel Ángel y en Rafael transformado por el espíritu cristiano. Pero ¿no era su fundamento mismo? ¿No veía el uno a través del Olimpo las gigantescas desnudeces del cielo terrible de Jehová? ¿No mostraban las ideales figuras del otro, bajo el casto velo de la Virgen, las carnes divinas y apetitosas de Venus? Pierre tenía en ese momento plena conciencia de estas cosas, y esto despertaba en él contrariedad, porque aquel prodigar de cuerpos hermosos, aquellas desnudeces que cantaban un himno a la pasión ardiente de

vivir, chocaban contra la visión que él había descrito en su libro, el cristianismo rejuvenecido que daba la paz al mundo, el retorno a la simplicidad y a la pureza de los primeros tiempos.

En un momento dado, y con gran sorpresa suya, oyó que Narcisse le hablaba, sin que él se explicase la transición, de la vida cotidiana de León XIII.

—Tiene a los ochenta y cuatro años, mi querido abate, una actividad juvenil, lleva una vida de voluntad y de trabajo que seguramente no quisiéramos para nosotros ni usted ni yo... A las seis está ya levantado, celebra su misa en la capilla particular, desayuna un poco de leche. Desde las ocho hasta el mediodía hay un desfile ininterrumpido de cardenales, de prelados; despacha los asuntos de todas las congregaciones, y puede usted creermelo que éstos son numerosísimos y complicados. Por regla general, las audiencias públicas y colectivas tienen lugar al mediodía. Come a las dos. Luego se echa una siesta bien ganada; después se pasea por los jardines hasta las seis. A veces consagra más tarde una o dos horas a las audiencias particulares. Cena a las nueve, su alimentación es ligerísima, vive con nada y come solo en su mesita... ¿Qué me dice usted de la etiqueta que le fuerza a comer en soledad? He aquí a un hombre que, desde hace dieciocho años, no ha tenido un comensal, que vive apartado de todo, dentro de su grandeza... A las diez, después de rezar el rosario con sus familiares, se encierra en su cámara. Pero aunque se acuesta, duerme poco, el insomnio lo ataca con frecuencia, se levanta, llama a su secretario, le dicta notas y cartas. Cuando tiene un asunto interesante que absorbe su atención, se entrega a él por entero, tiene puesto en él su pensamiento sin descanso. En eso precisamente estriba su vida, su salud misma: en que su inteligencia está constantemente despierta, en que trabaja, en que posee una fuerza y una autoridad que tiene la necesidad de agotarlas... No ignorará usted que durante mucho tiempo se dedicó con cariño a cultivar la poesía latina. También se dice que fue, en sus horas de lucha, un fervoroso apasionado del periodismo, y que llegó a inspirar los artículos que se publicaban en los periódicos subvencionados por él, y no falta quien asegure que algunos fueron dictados por él mismo, cuando entraban en juego sus ideas más queridas.

Hubo un momento de silencio. Narcisse alargaba de vez en cuando la cabeza, en aquella inmensa galería de los Candelabros, solitaria y solemne, toda ella llena de mármoles inmóviles, que tenían la albura de los aparecidos. Estaba al acecho para ver si el pequeño cortejo del papa desembocaba de la

galería de los Tapices, en cuyo caso tenía que pasar por delante de ellos para ir a los jardines.

—Ya estará usted enterado de que acostumbran a conducirlo en una silla baja y lo suficientemente estrecha para que pueda pasar por todas las puertas. ¡Vaya un viaje! Casi dos kilómetros, a través de logias, de las cámaras de Rafael, de las galerías de pintura y de escultura, sin contar con las numerosas escaleras, un paseo interminable, hasta dejarlo ahí abajo, en una avenida, donde le espera una calesa tirada por dos caballos. La tarde está magnífica. Seguramente que saldrá. Tengamos un poco de paciencia.

Mientras daba Narcisse estos detalles, Pierre, que también estaba entregado a la espera, sentía revivir ante él toda la Historia. En primer término se le aparecían los papas mundanos y fastuosos del Renacimiento, los que habían dedicado su fervor a resucitar la antigüedad, soñando con vestir a la Santa Sede con la púrpura imperial: Pablo II, el Veneciano magnífico, que construyó el palacio Venezia; Sixto IV, al que se debe la Capilla Sixtina, y Julio II, y León X, que convirtieron a Roma en una ciudad fastuosa y teatral, de fiestas maravillosas, torneos, *ballets*, cacerías, mascaradas y festines. El Papado acababa de descubrir el Olimpo debajo de la tierra, entre el polvo de las ruinas; y como si aquella oleada de vida que brotaba de la vieja tierra le hubiese emborrachado, creaba museos, rehacía los magníficos templos del paganismo, devolviéndolos a la admiración universal. La Iglesia no pasó jamás por un peligro tan mortal como aquél, porque si bien era cierto que en San Pedro seguía honrándose a Jesucristo, Júpiter y todos los dioses y diosas de mármol, se exhibían en el Vaticano con sus carnes triunfadoras, como en un trono. Luego sucedía a ésta otra visión distinta, la de los papas modernos, contemporáneos de la ocupación italiana: Pío IX, libre todavía, saliendo con frecuencia a pasear por su querida ciudad de Roma. Seis caballos tiraban de la gran carroza, roja y dorada; la rodeaba la guardia suiza y venía detrás un pelotón de guardias nobles. Pero, a veces, cuando atravesaban el Corso, bajaba el papa de su carroza y proseguía su paseo a pie; entonces galopaba delante de él un batidor a caballo, avisando, haciendo detener toda la circulación. En el acto se alineaban a un lado los carruajes, descendían sus ocupantes y se arrodillaban en el pavimento, mientras las mujeres, de pie, inclinaban devotamente la cabeza al acercarse el Santo Padre; éste caminaba pausadamente, rodeado de sus cortesanos, hasta la piazza del Popolo, repartiendo sonrisas y bendiciones. Y, por último, se presentaba ante él León XIII, prisionero voluntario, encerrado desde hacía dieciocho años en el Vaticano, revestido de una majestad más elevada todavía, de una especie de

misterio sagrado y temible, al abrigo de las espesas murallas silenciosas, en el fondo de aquel lugar desconocido en que transcurrían discretamente los días de su vida.

¡Un papa con el que nadie se tropieza en la calle, un papa invisible para todos, oculto a la mirada del común de los mortales, como una de aquellas divinidades terribles a las que solamente los sacerdotes osan mirar a la cara! ¡Un papa que se encuentra prisionero en aquel Vaticano suntuoso que sus antecesores del Renacimiento habían construido y decorado para celebrar en él fiestas gigantescas; y que vive allí dentro, lejos de la multitud, encarcelado, entre los hombres magníficos y las bellas mujeres de Miguel Ángel y de Rafael, en compañía de los dioses y de las diosas de mármol, en pleno Olimpo deslumbrante, entre aquel canto que surge de todas partes a la religión de la luz y de la vida! Es un baño de paganismo en el que se impregna él y todo el Papado. ¡Qué espectáculo, el de este anciano caduco, de una blancura de pureza, paseando por las galerías del Museo de los Antiguos, camino de los jardines! A derecha e izquierda, las estatuas le ven pasar, exhibiendo su carne desnuda; y Júpiter, y Apolo, y Venus, la dominadora, y Pan, el dios universal en cuya risa cascabelean las alegrías del universo. Las Nereidas se bañan en el líquido transparente. Las Bacantes retozan desnudas entre los tibios céspedes. Los Centauros galopan, llevando sobre sus espaldas humeantes bellas jóvenes atónitas. Baco sorprende a Ariadna, Ganímedes acaricia al águila, Adonis quema a las parejas con su llama. Y el anciano, todo blancura, sigue adelante entre aquel pregonar triunfal de la carne, entre aquel exhibir de cuerpos desnudos, en plena gloria, que pregonan la omnipotencia de la naturaleza, de la materia eterna. Ésta reina allí de nuevo, imperecedera, desde que los papas la volvieron a encontrar, la desenterraron y la glorificaron; es inútil que hayan cubierto las estatuas con hojas de parra, ni que hayan vestido las grandes figuras de Miguel Ángel: el sexo llamea, la vida desborda, la semilla circula a borbotones por las venas del mundo. Y cerca de allí, en la Biblioteca del Vaticano, de incomparable riqueza, en la que duerme toda la ciencia humana, el peligro sería todavía mayor y podría producirse una explosión que se llevaría al Vaticano y al mismo San Pedro, si por caso un día se despertaban a su vez los libros y se ponían a hablar en voz alta, como hablaban la belleza de Venus y la virilidad de los Apolos. Pero el anciano todo blancura, completamente diáfano, parece no ver nada, ni oír nada, y las cabezas colosales de Júpiter, y los torsos de Hércules, y los Antinoos de caderas equívocas siguen contemplándole al pasar.

Narcisse, impaciente ya, se decidió a preguntar a uno de los guardias, y éste le aseguró que Su Santidad había bajado ya. La mayoría de los días, por lo visto, y con objeto de acortar el camino, pasaba el séquito por una pequeña galería cubierta, que iba a dar frente a la Casa de la Moneda.

—Vamos a bajar nosotros también, si le parece —dijo a Pierre—. Ya me las arreglaré para que pueda usted visitar los jardines.

Al llegar al vestíbulo, en la planta baja, una de cuyas puertas daba a una amplia avenida, entabló conversación con otro guardia, antiguo soldado pontificio, con el que tenía gran amistad. Éste le dejó pasar sin ningún inconveniente, y con él a su compañero; pero no le pudo decir concretamente si monseñor Gamba del Zoppo acompañaba ese día a Su Santidad.

—No importa —volvió a decir Narcisse cuando estuvieron solos en la avenida—; no desespero todavía de que tengamos un feliz encuentro... Bueno, ya está usted en los famosos jardines del Vaticano.

Son unos jardines de gran extensión; atravesando por las avenidas del bosque y siguiendo por los viñedos y las huertas, puede hacer el papa un paseo de cuatro kilómetros. Ocupan la explanada de la colina del Vaticano, que está rodeada en su totalidad por el muro antiguo de León IV, de modo que están aislados de las hondonadas próximas, como si formasen la cima de un recinto fortificado. El muro llegaba en otras épocas hasta el castillo Sant'Angelo, formando lo que se llamaba la ciudad Leonina. No se les domina desde ninguna parte, como no sea desde la cúpula de San Pedro, que es la única cuya enormidad proyecta sobre ellos su sombra en los días tórridos del verano. Forman, por lo demás, un conjunto completo y lleno de variedad, que todos los papas han procurado embellecer: una gran explanada de césped geométricamente dividida, con dos magníficas palmeras, adornada con limoneros y naranjos plantados en tiestos; un jardín más natural, más umbroso, en el que se encuentran, entre profundas florestas, el Aquilone, la fuente de Giovanni Vesanzio y el antiguo Casino de Pío IV; vienen luego los bosques, magníficas encinas verdes, plátanos, acacias y pinos, cortados por grandes avenidas, incomparablemente agradables para pasear por ellas lentamente; finalmente, doblando a la izquierda, y después de pasar otros arbolados, se llega a la huerta, y al viñedo, que está cuidadosamente cultivado.

Mientras iban caminando por los bosques, daba Narcisse a Pierre detalles referentes a la vida que hacía el Santo Padre en aquellos jardines. Cuando el tiempo es bueno, suele pasear por ellos cada dos días. En otros tiempos, cuando llegaba el mes de mayo, abandonaban los papas el Vaticano y se

trasladaban al Quirinal, que es más fresco y más sano. Los grandes calores solían pasarlos en Castel Gandolfo, en las márgenes del lago Albano. Hoy no le queda al papa para residencia veraniega más que una torre que forma parte del antiguo recinto amurallado de León IV, y que se halla casi intacta. Allí acostumbra a pasar los días más calurosos. Ha hecho también edificar, adosado a la torre, una especie de pabellón para alojamiento de sus acompañantes, a fin de instalarse y hacer su vida ordinaria. Narcisse, como persona de la casa, entró allí con toda libertad y consiguió que Pierre echase un vistazo a la única habitación, la que ocupaba Su Santidad; amplia pieza circular, con techo semiesférico en el que están pintadas con figuras simbólicas las constelaciones del cielo, una de las cuales, la del León, tiene por ojos dos estrellas que centellan durante la noche, gracias a un sistema adecuado de iluminación. Es tal el espesor de los muros, que tapando una ventana se pudo acondicionar en la embradura de la misma una especie de habitación en la que hay un lecho de descanso. Todo el mobiliario de la habitación se limita a una gran mesa de trabajo, a otra, portátil, más pequeña, que sirve para comer, a un sillón regio y espacioso, completamente dorado, que es uno de los regalos recibidos cuando el jubileo episcopal. Y al ver todo aquello, piensa uno en los días de soledad y de absoluto silencio que transcurrirán en aquella sala baja de un torreón, fresca como un sepulcro, cuando el pesado sol de julio y de agosto cae llameante sobre la Roma lejana y aniquilada.

Después, aún más detalles. En otra torre, que se distingue entre el arbolado y que está coronada por una pequeña cúpula blanca, ha sido instalado un observatorio astronómico. Hay también, al abrigo de los árboles, un chalet suizo, al que León XIII suele ir a descansar. El papa llega algunas veces hasta el huerto, y tiene particular interés por el viñedo, que gusta de inspeccionar para ver si las uvas maduran y si la cosecha será abundante. Pero lo que más sorprendió al joven sacerdote fue el saber que el papa había sido un cazador empedernido hasta que la edad le restó fuerzas. Solía dedicarse con entusiasmo a la caza con reclamo. A la orilla de un soto, siguiendo el borde de una avenida, se tendían las redes de malla ancha, formando un espacio cerrado por ambos lados. En el centro se colocaban las jaulas de los reclamos, y el canto de éstos atraía muy pronto a los pájaros de los alrededores, cuellirrojos, currucas, ruiseñores y papafigos de toda clase. Cuando se había reunido allí una bandada numerosa, León XIII, que estaba sentado, oculto y al acecho, daba unas palmadas, los pájaros se asustaban bruscamente y, al levantar el vuelo, quedaban prendidos por las alas en las



anchas mallas de la red. No había más que cogerlos y ahogarlos con una ligera presión del dedo pulgar. Los papafigos asados son un bocado delicioso.

Al regresar por el bosque, le esperaba a Pierre otra sorpresa. Fue a parar frente a una Gruta de Lourdes en miniatura, reproducida por medio de rocas y bloques de cemento. Fue tal su emoción, que no pudo pasar inadvertida para su compañero.

—¿Era, pues, cierto?... Me lo habían dicho, pero yo me imaginaba al Santo Padre como un hombre más intelectual, desembarazado de estas bajas supersticiones.

—¡Oh! —contestó Narcisse—. Tengo entendido que la gruta data de los tiempos de Pío IX, que sentía una particular gratitud hacia Nuestra Señora de Lourdes. En todo caso, debe de tratarse de un obsequio, y León XIII se limita a conservarlo.

Pierre permaneció durante algunos momentos inmóvil, silencioso, frente a aquella reproducción, juguete infantil de la fe. Algunos visitantes, impulsados por su ardiente devoción, habían dejado sus tarjetas de visita clavadas en las grietas del cemento. Eso le produjo una gran tristeza, y siguió cabizbajo tras su compañero, ensimismado en afligidos pensamientos acerca de la imbecil miseria de las gentes. Pero al salir del bosque y encontrarse de nuevo frente a la explanada de césped, volvió a levantar la vista.

¡Santo Dios! ¡Qué adorable crepúsculo de un hermoso día, qué encanto triunfal ascendía de la tierra en aquella parte deliciosa de los jardines! Allí era donde Pierre sentía toda la energía de la potente naturaleza, en medio de aquella explanada desnuda, solitaria, noble y abrasadora, más aún que entre las lánguidas umbrías del bosque, más aún que entre los viñedos fecundos. Apenas si se divisaban, por encima del césped ralo, algunos arbustos de poca altura, rosales enanos, áloes, y unas pocas matas de flores medio secas, que adornaban con simetría los dibujos geométricos recortados por las avenidas: siguiendo el gusto barroco de otras épocas, se veían algunos espinos verdes que reproducían el escudo de armas de Pío IX. Sólo turbaba el cálido silencio el leve ruido cristalino del chorro central de agua, lluvia de gotas que caía sin cesar. Toda Roma, con su cielo ardoroso, su gracia soberana y su voluptuosidad conquistadora, parecía dar vida con su propia alma a aquella decoración cuadrada, inmenso mosaico de vegetación, que se impregnaba de melancólico orgullo por el mismo semiabandono, por la misma ruina enriquecida, como si sintiese el estremecimiento muy hondo de una llama inextinguible. Jarrones antiguos, estatuas antiguas de una blanca desnudez en el sol del crepúsculo, se alineaban en los bordes de la explanada. Y

sobreponiéndose al aroma de los eucaliptus y los pinos, más intenso aún que el aroma de las naranjas maduras, se percibía otro aroma, el de los bojes amargos, tan cargado de vida agria, que producía embriaguez al pasar, como si fuese el aroma mismo de la virilidad de aquella tierra antigua, saturada de polvo humano.

—Me parece verdaderamente extraordinario que no hayamos tropezado con Su Santidad —decía Narcisse—. Seguramente que mientras nosotros estábamos en la torre de León IV, habrá tomado el carruaje la dirección de la otra avenida del bosque.

Llevó otra vez la conversación hacia su primo, monseñor Gamba del Zoppo, y le explicó en qué consistían sus funciones de «Copiere», escanciador del papa, que le correspondía por ser uno de los cuatro camareros secretos participantes; el cargo era puramente honorífico, especialmente desde que las comidas diplomáticas y las de consagración episcopal tenía lugar en la Secretaría de Estado, en la mansión del cardenal secretario. La nulidad pusilánime de monseñor Gamba del Zoppo era proverbial, y no parecía tener otra misión que la de distraer a León XIII, que sentía gran afecto hacia él, a fuerza de adulaciones y de contarle toda clase de anécdotas ocurridas tanto en el mundo negro como en el blanco. Aquel hombre grueso y afectuoso, que llegaba hasta la obsequiosidad cuando no entraba en juego su interés personal, era una verdadera gaceta viviente, estaba al corriente de todo y no desdeñaba los cotilleos de las cocinas; y de este modo se encaminaba tranquilamente hacia el cardenalato, seguro de conquistar el capelo sin tomarse otro trabajo que el de soltar las noticias del día en las horas tranquilas del paseo. Y bien sabía Dios que la cosecha era siempre abundante en aquel Vaticano cerrado, en donde hormiguan infatigables los prelados de todas las categorías, en aquella familia pontificia, desprovista de mujeres, compuesta únicamente de solterones ensotados, trabajados por sordas ambiciones desmesuradas, por rivalidades abominables, por odios feroces que, según se asegura, no se detienen ni ante el clásico veneno de los tiempos antiguos.

Narcisse se detuvo de pronto.

—¡Ahí está!... Estaba seguro... Ahí tiene al Santo Padre... Pero hoy no tendremos suerte, porque está a punto de subir al carruaje, y ni siquiera podrá fijarse en nosotros.

En efecto, la calesa se había adelantado hasta el borde del bosque, y hacia ella se encaminaba un pequeño cortejo.

Pierre sintió como un tremendo golpe en el pecho. Inmovilizado, como su compañero, medio oculto por el elevado jarrón de un limonero, sólo pudo ver

desde lejos al anciano, todo blancura, que producía una sensación de fragilidad envuelto en los pliegues flotantes de su blanca sotana, caminando lentamente, como deslizándose a paso menudo sobre la arena del suelo. Apenas si pudo distinguir el enjuto rostro de viejo marfil diáfano, acentuado por una gran nariz sobre la boca delgada. Pero en sus ojos negrísimos centelleaba una sonrisa llena de curiosidad, mientras su oído se inclinaba hacia la derecha, hacia monseñor Gamba del Zoppo, que sin duda estaba a punto de terminar una anécdota; era este último un hombre grueso y pequeño, elegante y lleno de dignidad. Al otro lado, a mano izquierda, caminaba un guardia noble; otros dos prelados venían detrás.

Todo ello no fue más que una aparición familiar, porque León XIII subió enseguida a la calesa. Y, en medio de aquel jardín, ardiente y perfumado, volvió Pierre a sentir la extraña emoción que cuando estaba en la galería de los Candelabros, cuando se representó el paso del papa por entre los Apolos y Venus, que exhibían su desnudez triunfante. Todo aquello no era otra cosa que arte pagano que celebraba la eternidad de la vida, las fuerzas magníficas y todopoderosas de la naturaleza. ¡Qué espectáculo el de aquel papa, el de aquel anciano todo blancura, que paseaba a su Dios de dolor, de humildad y de renunciación por las avenidas de aquellos jardines de amor, en los atardeceres lánguidos de las ardientes jornadas estivales, entre aromas acariciadores, entre los pinos y eucaliptus, entre las naranjas maduras y los grandes bojes amargos! Pan mismo, le envolvía por entero en los efluvios soberanos de su virilidad. ¡Qué bien se vivía allí, entre la magnificencia del cielo y de la tierra; cómo se había de amar allí la belleza de las mujeres, y cómo se gozaría de la fecundidad universal! Y estallaba bruscamente aquella verdad decisiva de que, en un país de luz y de alegría, no era posible que surgiese más que una religión temporal y de conquista, de dominio político, no la religión mística y doliente del norte, religión de espíritu. Pero ya Narcisse hacía caminar al joven sacerdote, relatándole nuevas anécdotas, la campechanía que a veces demostraba León XIII, deteniéndose para hablar con los jardineros, haciéndoles preguntas sobre la lozanía de los árboles, sobre la venta de las naranjas, y asimismo el cariño que sentía por dos gacelas, regalo que le habían enviado de África, lindos y delicados animales, a los que León XIII gustaba de acariciar, y cuya muerte le arrancó lágrimas. Pero ya no prestaba Pierre atención a lo que le decía. Cuando estuvieron los dos otra vez en la plaza de San Pedro, se volvió aún para mirar al Vaticano.

Su mirada fue a posarse sobre la puerta de bronce, y recordó la pregunta que se hiciera por la mañana, lo que podía haber detrás de esos cuadros de

metal adornados con gruesos clavos de cabeza cuadrada. Todavía no osaba dar una respuesta, no se atrevía a sentenciar si los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia, hallarían en aquel lugar la religión que las democracias del día de mañana esperaban, porque la impresión recibida era la primera. ¡Pero cuán viva era y cómo se marcaba ya un principio de desastre para su ideal! Puerta de bronce, eso es, dura e inexpugnable, que encerraba al Vaticano bajo sus hojas antiguas, que lo separaba del resto del universo con tal eficacia, que desde hacía tres siglos no había entrado nada allí. Detrás de aquella puerta había visto renacer los siglos anteriores, inmutables, hasta el dieciséis. Y el tiempo se había detenido allí para siempre. Ya no se movía nada, ni siquiera habían cambiado los trajes de los guardias suizos, de los guardias nobles, de los prelados; y uno tropezaba con la gente de hacía trescientos años, con su etiqueta, sus trajes y sus ideas. Es cierto que los papas, desde veinticinco años atrás, se encerraban voluntariamente en su palacio, como protesta altiva; pero la prisión secular en el pasado, en la tradición, databa de mucho antes y representaba un peligro mucho más grave. Al final, se había encerrado con ellos todo el catolicismo, obstinándose en sus dogmas, para no vivir ya, inmóvil y erguido, más que merced a la fuente de su vasta organización jerárquica. ¿Sería que, en efecto, no había manera de que el catolicismo cediese en nada sin correr el peligro de desaparecer, a pesar de su aparente agilidad? Además, ¡qué gentes terribles eran aquéllas, cuánto orgullo, cuánta ambición, cuántos rencores y rivalidades! ¡Y qué sorprendente prisión, qué género de acercamientos los que se veían detrás de los cerrojos: Cristo en compañía de Júpiter Capitolino, toda la antigüedad pagana en franca fraternidad con los apóstoles, el pastor del Evangelio, que reina en nombre de los pobres y de los humildes, rodeado de todos los esplendores del Renacimiento! El sol declinaba, la dulce voluptuosidad romana descendía del cielo límpido, y el joven sacerdote seguía allí, desorientado, en la plaza de San Pedro, después del hermoso día que había pasado con Miguel Ángel, Rafael, los Antiguos y el papa en el mayor palacio del mundo.

—Mi querido abate, acabó por decir Narcisse. Tendrá usted que perdonarme. Le confieso que estoy sospechando que mi primo no quiere comprometerse en su asunto... Volveré a visitarlo, pero haría usted bien en no confiar demasiado en él.

Cuando Pierre regresó al palacio de Boccanera eran cerca de las seis. Por regla general solía tomar la callejuela y entraba modestamente por la puerta que conducía a la escalera pequeña, de la que tenía una llave. Pero esa mañana había recibido una carta del vizconde Philibert de la Choue, y quería

dársela a leer a Benedetta; subió, pues, por la escalera grande, y quedó sorprendido al no encontrar a nadie en la antecámara. De ordinario, cuando Giacomo tenía que salir, se colocaba allí Victorine, dedicándose con toda campechanía a sus labores de mano. Pero ahora se encontró con que, en efecto, su silla estaba allí, y hasta pudo ver encima de la mesa alguna ropa que ella había dejado; sin embargo, Victorine se había ausentado seguramente, y Pierre se tomó la libertad de entrar en el primer salón. Reinaba en él casi la oscuridad, el crepúsculo se iba apagando con una suavidad de moribundo. El sacerdote no se atrevió a seguir adelante, porque del salón contiguo llegaba el ruido de voces desesperadas, de rozamientos, choques, síntomas todos de lucha. A las súplicas ardientes sucedían rezongos devoradores. Y, de pronto, desaparecieron sus vacilaciones y se sintió arrastrado, a pesar suyo, por la certidumbre de que en aquella habitación había una persona que se defendía y que estaba a punto de sucumbir.

Se precipitó hacia allí, y quedó petrificado de estupor. Porque vio a Dario, enloquecido, entregado al salvajismo del deseo, tan propio de la raza desenfrenada de los Boccanera, a pesar de su agotamiento elegante de último vástago de su raza, y sujetaba a Benedetta por los hombros, después de haberla derribado sobre el canapé, intentando violentarla, ansioso de poseerla, lanzándole a la cara sus palabras de fuego.

—Por amor de Dios, querida mía... Por el amor de Dios, si no pretendes hacerme morir a mí y morir tú... Tú misma lo dices: todo ha terminado, ya no será invalidado tu matrimonio... ¿Por qué hemos de continuar siendo desgraciados? ¡Ámame como me amas y déjame que te ame, déjame que te ame!

Pero la contessina le apartaba de sí, dominada ella también por una energía salvaje, forcejeando con ambos brazos, demostrando en su rostro una ternura y un sufrimiento infinitos, repitiendo una y otra vez:

—¡No, eso, no! Te amo, pero no quiero, no quiero.

En ese instante, cuando dejaba escapar un rezongo desesperado, tuvo Dario la sensación de que alguien entraba. Se irguió violentamente y se quedó mirando a Pierre con una expresión de extravío y aturdimiento, sin acabar de conocerlo. Después se pasó ambas manos por la cara, por las mejillas sonrosadas, por los ojos inyectados de sangre, y huyó, dejando escapar un suspiro, un ¡ay! terrible y doloroso, en el que su deseo contenido luchaba todavía entre las lágrimas y el arrepentimiento.

Benedetta se había quedado sentada en el canapé, jadeante, agotada ya su energía y su fuerza. Pero al advertir que Pierre hacía un movimiento de

retirada, completamente azorado por el papel que le había tocado representar, sin acertar a articular palabra, Benedetta le habló con voz suplicante de quien recupera poco a poco la serenidad.

—No se retire usted, señor abate, no se retire... Se lo ruego, siéntese, deseo hablar con usted unos momentos.

Pierre se creyó en el deber de excusar su brusca llegada, y le dijo que había encontrado entreabierta la puerta del primer salón, y que en la antecámara sólo había sobre la mesa la ropa en que estaba trabajando Victorine.

—Es cierto —exclamó la contessina—. Victorine debía de estar allí, hacía unos momentos que la había visto yo. ¿Por qué no vino? Yo la llamé cuando mi pobre Dario empezó a perder la cabeza.

Y dejándose llevar por la necesidad de desahogarse con alguien, inclinándose un poco hacia Pierre, con el rostro todavía encendido por efecto de la lucha, dijo:

—Escuche, señor abate. Voy a contárselo todo, porque no quisiera que se formara usted un concepto demasiado malo de mi pobre Dario. Lo sentiría muchísimo... A mí me corresponde una parte de culpa en lo que ha ocurrido. Anoche me pidió una entrevista con objeto de poder conversar tranquilamente, y como yo sabía que a esta hora no estaría aquí mi tía, le dije que viniese... ¿No es cierto que no hay nada de sorprendente en todo eso? Queríamos vernos, cambiar impresiones, después de la pena que nos dio la noticia de que mi matrimonio no será ya anulado. Nuestro dolor es demasiado grande, era necesario que tomásemos alguna resolución... Y cuando hemos estado el uno junto al otro nos hemos echado a llorar, abrazados largo rato, acariciándonos, mezclando nuestras lágrimas. Le he dado mil besos, repitiéndole que le adoro, que estoy desesperada por haber sido la causante de su desgracia, que me moriré sin duda de dolor, viéndole tan desgraciado. Tal vez ha creído que con ello le daba yo alas; además, no es ningún ángel, y yo he hecho mal con tenerle tan largo rato apretado contra mi corazón... Ya se da usted cuenta, ¿verdad, señor abate? Acabó por enloquecer y por pretender que yo le entregase la cosa que tengo jurado ante la Madonna que no entregaré sino a mi marido.

Decía todas estas cosas tranquilamente, con naturalidad, sin embarazo alguno, con su expresión de joven hermosa, pero razonable y práctica. Y, al seguir hablando, asomó a sus labios una débil sonrisa.

—Conozco bien a mi pobre Dario, y eso no es obstáculo para que yo le quiera, sino todo lo contrario. Es hombre de aspecto delicado, casi enfermizo;

pero, en el fondo, es un hombre sensual, que tiene necesidad de gozar. Sí, es la vieja sangre que hierve; yo también puedo hablar de eso, porque siendo pequeña me dejaba dominar por los arrebatos y me tiraba al suelo, y ahora mismo, cuando sopla en mí la pasión, tengo que sostener una ardua lucha conmigo misma, y tengo que torturarme para no hacer todas las tonterías imaginables... ¡Pobre Dario mío! ¡No está hecho al sufrimiento! Es como un niño al que hay que dar todos los caprichos; pero en su interior es, a pesar de todo, un hombre razonable, y me espera, porque se dice que su felicidad verdadera está en mí, que le adoro.

Pierre vio entonces cómo se iba dibujando ante sus ojos el rostro del joven príncipe, que hasta entonces se le había aparecido borroso. Aunque parecía de amor por su prima, no por eso había dejado de divertirse. Era el perfecto egoísta, aunque resultase un joven muy amable. Y, sobre todo, era absolutamente incapaz de sufrir, sentía horror hacia el sufrimiento, hacia la fealdad y hacia la pobreza, lo mismo propia que ajena. Estaba hecho en cuerpo y alma para la alegría, para el brillo, para lo exterior, para vivir al sol. Y había llegado al agotamiento, estaba acabado, ya no tenía energías sino para vivir aquella vida de ociosidad; era incapaz de pensamiento y de voluntad, y ni siquiera se le había ocurrido la idea de adherirse al nuevo régimen. Y a todo eso agregaba el orgullo desmedido del romano, la pereza mezclada con cierta sagacidad, el sentido realista siempre en acecho; y envuelto en el encanto suave de una raza agonizante, en sus ansias inagotables de hacerse con mujeres, arrebatos de deseo furioso, una sensualidad leonada que en ocasiones se precipitaba sobre su presa.

—Yo estoy conforme con que mi pobre Dario vaya a casa de otra mujer —agregó Benedetta con su bella sonrisa—. No hay que pedir cosas imposibles al hombre, ¿no es cierto?, y yo no quiero que se muera de pena.

Y al observar que Pierre la contemplaba, como si aquello fuese en contra de la idea que él se había forjado del sentimiento de celos de los italianos, exclamó Benedetta, dejándose llevar por el ímpetu de su adoración apasionada:

—No, no, eso no me da celos a mí. Es gusto suyo, y no me duele. Estoy muy segura de que volverá siempre a mí, que no será sino mío, mío sólo, cuando yo quiera.

Se hizo el silencio, el salón se envolvía en sombra, el oro de las grandes consolas se apagaba, una melancolía infinita descendía de lo alto del oscuro techo y de las viejas colgaduras amarillas, color de otoño. De pronto, por un azar de la iluminación, se fue destacando un cuadro que estaba colgado

encima del canapé en que se hallaba sentada la contessina: el retrato de la joven del turbante, de Cassia Boccanera, tan hermosa, la ascendiente de Benedetta, la enamorada, la justiciera. Y de nuevo quedó el sacerdote sorprendido por la semejanza, y dijo, como si pensara en alta voz:

—La tentación es más fuerte que nosotros, llega siempre un momento en que sucumbimos, como hace un instante, cuando yo entré...

Pero Benedetta le interrumpió violentamente:

—¿Yo, yo?... ¡Cómo se ve que usted no me conoce! Antes me habría dejado matar.

Y dominada por una exaltación religiosa extraordinaria, arrebatada de amor, como si la fe supersticiosa hubiese encendido dentro de ella la pasión hasta transformarla en éxtasis, exclamó:

—He jurado a la Madonna que no entregaré mi virginidad más que al hombre que amo, y únicamente el día que sea mi marido. He mantenido este juramento a costa de mi felicidad, y lo mantendré aunque me cueste la vida misma... Sí, Dario y yo sucumbiremos, si no hay más remedio; pero yo he empeñado mi palabra a la Santísima Virgen, y no tendrán que llorar en el cielo los ángeles.

Con estas palabras se mostraba como era, de una simpleza que a primera vista podía resultar inexplicable y complicada. Se dejaba llevar, sin duda alguna, por la extraña idea de la nobleza humana, que el cristianismo ha hecho consistir en la renunciación y en la pureza, como protesta contra la materia eterna, contra las fuerzas de la naturaleza y la fecundidad inagotable de la vida. Y algo más había en Benedetta: el hacer de la virginidad un premio inestimable del amor, un don exquisito que ella quería hacer al amado, al elegido de su corazón, que se convertiría en dueño y soberano de su cuerpo cuando Dios los uniese. Donde no interviniera el sacerdote, fuera del matrimonio religioso, no había para ella sino pecado mortal y abominación. Así es como se comprendía su obstinada resistencia a Prada, a quien no amaba, y su resistencia desesperada y dolorosa a Dario, al que adoraba, pero al que no quería entregarse sino en unión legítima. ¡Qué tortura significaba para aquella alma apasionada la resistencia al amor! ¡Qué combate constante entre el deber, entre el juramento hecho a la Virgen y la pasión, la pasión propia de la raza, que en ocasiones soplaba sobre ella con la fuerza de un huracán, según acababa de confesar! Por muy ignorante e indolente que fuese, aunque capaz de mantenerse eternamente fiel en su ternura, también ansiaba la parte seria, la parte material del amor. Pocas jóvenes habría tan poco propensas como ella a extraviarse en idealismos.



Pierre la contemplaba en medio del crepúsculo agonizante, y creía distinguirla y comprenderla por vez primera. Su dualidad se manifestaba en sus labios, algo gruesos y sensuales; en sus ojos inmensos, negros y sin fondo; en su rostro sereno, razonable, delicado como el de una niña. Pero detrás de aquellos ojos de llama, bajo el cutis de una blancura de lirio se adivinaba la tensión interior de la mujer supersticiosa, de la mujer altiva y voluntariosa, que se reserva obstinadamente para su amor, que sólo se mueve para gozarlo, y que siempre está preparada y en guardia contra cualquier locura pasional que pudiera arrastrarla. Ahora se explicaba Pierre el que aquella mujer despertase pasiones. Ahora comprendía que una criatura tan adorable era capaz de llenar la existencia de un hombre, por su magnífica sinceridad, por su empeño en reservarse para mejor entregarse después. Y se la representaba como la hermana menor de aquella Cassia, encantadora y trágica, que ya no había querido vivir desde el momento en que su virginidad era ya inútil, y que se había arrojado al Tíber, arrastrando con ella a su hermano Hércules y al cadáver de Flavio, su amante.

En un instante de abandono cariñoso, cogió Benedetta las dos manos de Pierre.

—Señor abate, van para quince días que está usted aquí, y yo le he tomado afecto, porque descubro en usted a un amigo. No nos juzgue mal, aunque no llegue a comprendernos al primer golpe de vista. Yo le juro que, aunque no tengo nada de instruida, me esfuerzo siempre por obrar de la mejor manera posible.

Esa afectuosidad le llegó al alma, y le dio las gracias, reteniendo un momento más sus bellas manos entre las suyas, porque también él sentía una gran ternura hacia ella. Y de nuevo se dejó llevar por un ideal: el de ser un educador, si tenía tiempo para ello; el de no marcharse de allí sin haber conquistado por lo menos aquella alma para las ideas de la caridad y de la fraternidad futuras, que eran también las suyas. ¿No estaba personificada la Italia del pasado en esa mujer admirable, indolente, ignorante, desocupada, que no vivía sino para defender su amor? ¡Aquella Italia del pasado, tan bella y tan amodorrada, de un encanto que se extinguía, seductora en su mismo adormecimiento, que conservaba tanto misterio en el fondo de sus ojos negros, abrasados de pasión! Era una magnífica empresa la de instruir, la de conquistar para la verdad al pueblo de gentes pobres y dolientes, convirtiéndolo en la Italia rejuvenecida del porvenir, tal cual él la soñaba. Hasta le parecía ver en ese matrimonio desastroso con el conde Prada, y en su ruptura, la primer tentativa fallida, el exceso de celo de la Italia moderna del

norte, que ponía demasiada brutalidad en su amor y en su deseo de transformar la dulce Roma retrasada, todavía grande y perezosa. ¿Y por qué no habría de reanudar él la empresa? ¿No había podido convencerse de que su libro, después del asombro de la primera lectura, seguía siendo para Benedetta una preocupación, un interés, en medio del vacío de sus días, llenos únicamente de pesares? ¿Era posible interesarse por los demás, por los pequeños de este mundo, por la felicidad de los miserables? ¿Se encontraría en esa tarea el apaciguamiento de la propia aflicción? Benedetta estaba ya conmovida, y Pierre se prometía hacer saltar sus lágrimas, y se estremecía él mismo al estar junto a ella, pensando en la infinitud del amor que sería ella capaz de entregar cuando amase.

Anochece, y Benedetta se levantó para pedir una lámpara. Y como Pierre se despediese, ella le detuvo todavía unos momentos en la semioscuridad. Pierre no la veía ya, y sólo pudo escuchar estas palabras, que dijo con voz grave:

—Dígame usted, señor abate, que no se formará un concepto demasiado malo de nosotros. Dario y yo nos amamos, y eso no es un pecado, cuando se sabe ser prudente... ¡Sí, le amo desde hace tanto tiempo! Figúrese usted que yo tenía trece años y él contaba apenas dieciocho, y ya nos amábamos, con locura en los grandes jardines de la villa Montefiori, de los que ahora no queda rastro... ¡Cuántos días hemos pasado allí, cuántas tardes enteras corriendo en libertad por entre los árboles, cuántas horas en escondites imposibles, besándonos como querubines! Cuando llegaba el tiempo de la madurez de las naranjas nos embriagábamos con su perfume. ¡Y cómo latía nuestro corazón con el penetrante aroma de los bojes amargos, que nos envolvía como una nube! Desde entonces no puedo aspirarlo sin sentirme desfallecer.

Giacomo llegaba con la lámpara, y Pierre subió a sus habitaciones. En la escalera pequeña topó con Victorine, y ésta se sobresaltó, como si se hubiese apostado allí para espiar el momento en que saldría del salón. Victorine siguió tras él, le habló, quiso saber lo que había ocurrido, y el sacerdote lo comprendió todo de golpe.

—¿Por qué no ha acudido usted al llamamiento de su señora, puesto que estaba cosiendo en la antecámara?

Al principio quiso ella hacerse de nuevas, y aseguró que no había oído nada. Pero su rostro, que era la franqueza misma, no podía mentir. Y acabó confesando la verdad, sin remordimientos.

—Pero, dígame usted, ¿era cosa mía el intervenir en las cosas de dos enamorados? Por lo demás, no sentía preocupación alguna, sabiendo que el príncipe la quiere demasiado para hacerle mal alguno a mi querida Benedetta.

Lo cierto era que, dándose cuenta de lo que ocurría, en cuanto oyó que su señora pedía auxilio colocó tranquilamente su labor encima de la mesa y se alejó sin hacer ruido para no servir de estorbo a sus queridos hijos, nombre que ella les daba.

—¡Qué mal hace mi pobre pequeña en pasar ese martirio por cosas del otro mundo! —dijo para terminar—. ¿Qué harían de mal en darse mutuamente un poco de felicidad, puesto que se aman? Después de todo, la vida no es demasiado divertida, y se arrepentirán, ¡vaya!, cuando sea ya demasiado tarde para hacerlo.

Cuando Pierre se quedó solo en su habitación se sintió tambalear, como si perdiese la razón. ¡Los bojes amargos! ¡Los bojes amargos! También Benedetta, lo mismo que él, había sentido escalofríos al aspirar su agrio aroma de virilidad. Otra vez volvían al recuerdo de Pierre, y veía con la imaginación los de los jardines pontificios, los de los voluptuosos jardines romanos, solitarios y abrasados por los rayos de un sol agosto. Y en ellos se resumía toda su jornada, adquiriendo un claro sentido total. Eran el despertar fecundo, la eterna protesta de la naturaleza y de la vida, la Venus y el Hércules a los que se puede ocultar bajo tierra durante siglos, pero que un buen día resurgen; que pueden ser emparedados en lo más profundo del Vaticano dominador, inmóvil y obstinado, pero que, a pesar de todos los pesares, son los que verdaderamente reinan allí y los que gobiernan el mundo como soberanos.

## VII

Cuando al día siguiente se encontraba Pierre, después de dar un largo paseo, frente al Vaticano, adonde iba siempre a parar, arrastrado por una especie de obsesión, se encontró de nuevo con monseñor Nani.

Era un miércoles por la tarde, y el asesor del Santo Oficio acababa de celebrar su audiencia semanal con el papa, al que había dado cuenta de lo acaecido en la sesión que había celebrado aquella mañana la sagrada congregación.

—¡Qué feliz casualidad, querido hijo! Estaba pensando en usted ahora mismo... ¿No querría ver a Su Santidad en público antes de verlo en audiencia particular?

Hablaba con su habitual expresión de afabilidad sonriente, que dejaba apenas transparentar una leve ironía de hombre superior, que lo sabe todo, lo puede todo y lo prepara todo.

—Desde luego, monseñor —contestó Pierre, algo asombrado por lo inesperado del ofrecimiento—. Cuando uno pierde los días esperando, agradece todo cuanto significa una distracción.

—De ninguna manera —replicó con viveza el prelado—. Usted no pierde sus días. Usted se los pasa viendo cosas, meditando, instruyéndose... Pero vamos a lo que le decía. Ya estará enterado de que el viernes llega a Roma la gran peregrinación internacional del dinero de San Pedro, y que Su Santidad recibirá el sábado a los peregrinos. Al siguiente día, domingo, se celebrará otra ceremonia. Su Santidad dirá misa en la basílica... Pues bien, todavía me quedan algunas tarjetas; aquí tiene localidades muy buenas para ambos días.

Había sacado del bolsillo una elegante carterita, adornada con un monograma de oro, y sacó de ella dos tarjetas, una verde, otra color de rosa, y se las entregó al joven sacerdote.

—¡Si supiese cómo se las disputa la gente!... Ya recordará usted que le hablé de dos señoras francesas que se mueren por ver al Santo Padre. No he querido hacer demasiado hincapié en conseguirles una audiencia, y también ellas tendrán que conformarse con las tarjetas que les he entregado... La

verdad es que el Santo Padre se encuentra un poco fatigado. Le acabo de encontrar febril y amarillento. Aunque es hombre de enorme energía y sólo vive por el espíritu.

Reapareció en su rostro la sonrisa, con su habitual ironía apenas perceptible.

—Ahí tiene usted, querido hijo, un gran ejemplo para los impacientes... Me he enterado de que monseñor Gamba del Zoppo no ha podido hacer nada en su favor. Eso no debe afligirle a usted en exceso. Permítame que vuelva a insistir en que esta larga espera es, con toda seguridad, un don que le hace la Providencia para enseñarle, para obligarle a comprender ciertas cosas que ustedes, los sacerdotes franceses, no aciertan por desgracia a comprender cuando llegan a Roma. Tal vez esto le ahorre algunas faltas... Vamos, tranquilícese, y piense en que los acontecimientos están en la mano de Dios y que no dejarán de producirse en la hora que tiene señalada su soberana sabiduría.

Y le alargó su bella mano, regordeta y ágil, mano suave de mujer, que, sin embargo, apretaba con la fuerza de un tornillo de hierro. Luego subió al carruaje que le estaba esperando.

Precisamente, la carta que Pierre había recibido del vizconde Philibert de la Choue era todo un grito de rencor y desesperanza con motivo de la gran peregrinación internacional del dinero de San Pedro. Escribía desde el lecho, donde le tenía clavado un terrible ataque de gota que le impedía venir. Pero lo que más le dolía era que el presidente del comité, que tenía naturalmente el encargo de presentar los peregrinos al papa, fuese precisamente el barón de Fouras, uno de los adversarios encarnizados del viejo partido católico conservador; no le cabía la menor duda de que el barón aprovecharía aquella coyuntura especialísima para hacer triunfar en el espíritu del papa su teoría de las corporaciones libres, mientras él, de la Choue, sólo esperaba la salvación del catolicismo y del mundo por el sistema de las corporaciones cerradas, obligatorias. De ahí que rogase a Pierre que interviniese cerca de los cardenales favorables, y que se esforzase de todos modos en ser recibido por el Santo Padre, y que no se ausentase de Roma sin llevarle la solución augusta, que era la única que decidiría la victoria. La carta daba además detalles interesantes acerca de la peregrinación; los peregrinos eran tres mil, llegados de todos los países, y eran conducidos en pequeños grupos por los obispos y los superiores de las congregaciones; los había de Francia, de Bélgica, de España, de Austria y hasta de Alemania. La que más ampliamente se hallaba representada era Francia, que enviaba dos mil peregrinos. Había

funcionado en París un comité encargado de toda la organización, tarea delicada, porque se había buscado deliberadamente llegar a una mezcla de individuos de la aristocracia, de las cofradías de señoras de la burguesía, de las sociedades obreras, confundiendo a las clases, edades y sexos, para que fraternizaran todos en la misma fe. Agregaba el vizconde que la peregrinación, que era portadora de varios millones para el papa, había elegido la fecha de su llegada, para presentarse como una protesta del catolicismo universal contra las fiestas del 20 de septiembre, con las que acababa de celebrar el Quirinal el aniversario glorioso de la constitución de Roma capital.

Pierre no fue previsor, y creyó que sería suficiente con llegar a eso de las once, ya que la solemnidad estaba señalada para el mediodía. Tendría lugar en la sala de las Beatificaciones, sala grandiosa y bella, que está situada encima del pórtico de San Pedro, y que fue convertida en capilla a partir de 1890. Una de sus ventanas da a la logia central, desde la que en otros tiempos solían los papas, cuando eran elegidos, dar su bendición al pueblo, a Roma y al mundo. Antes de llegar a ella hay otras dos salas: la Real y la Ducal. Cuando quiso Pierre llegar hasta el sitio a que le daba derecho su tarjeta verde, en la sala de las Beatificaciones, se encontró con que se apretujaba en ellas una muchedumbre tal, que sólo a fuerza de grandes trabajos consiguió abrirse paso. Las tres o cuatro mil personas allí encerradas llevaban más de una hora entre ahogos, dominadas por una fiebre abrasadora y una emoción cada vez más intensa. Al fin pudo llegar hasta la puerta de la tercera sala, pero se desanimó al ver un amontonamiento extraordinario de cabezas y no intentó siquiera avanzar.

La sala de las Beatificaciones, que Pierre abarcaba de una mirada, alzándose sobre las puntas de los pies, presentaba un aspecto de gran riqueza, estaba dorada y pintada, coronándola un techo severo. El trono pontifical, gran sillón de terciopelo rojo, de respaldo y brazos de oro resplandecientes, había sido colocado frente a la entrada, en el sitio del altar, sobre un estrado bajo; las colgaduras del baldaquino, también de terciopelo rojo, caían hacia atrás, desplegando como dos alas de púrpura. Pero lo que le interesó especialmente, lo que le emocionó, fue la muchedumbre, una muchedumbre dominada por una exaltación desenfrenada, como jamás Pierre había visto; una muchedumbre, cuyos corazones sentía latir tumultuosamente, y que entretenía la impaciencia febril de la espera mirando y adorando el trono vacío. Aquel trono los deslumbraba, turbaba sus almas devotas hasta el espasmo, como si fuese la custodia de oro en la que Dios mismo, en persona,

se iba a dignar tomar asiento. Pierre vio obreros endomingados, de clara mirada infantil, de rudas facciones extáticas; señoras burguesas ataviadas con la negra *toilette* reglamentaria, empalidecidas por una especie de terror sagrado por la fuerza del deseo desbordante; señores vestidos de etiqueta, con blancas corbatas, radiantes, arrebatados por la convicción de que iban a salvar con aquello a la Iglesia y a los pueblos. Destacaba especialmente cerca del trono un grupo de esta clase, un verdadero apretujamiento de trajes negros; eran los miembros del comité internacional, a cuyo frente se exhibía triunfante el barón de Fouras, caballero de una cincuentena de años, muy alto, muy grueso, muy rubio, que iba y venía, que se multiplicaba y daba órdenes como general en la mañana de una victoria decisiva. Aquí y allá, entre la masa gris y neutra de los vestidos, restallaba la seda violeta de un obispo, porque todos los pastores habían querido ponerse junto a su rebaño; y por encima de todo se destacaban con sus altas cabezas, barbudas o rapadas, los eclesiásticos regulares, los padres superiores, vestidos con hábitos pardos, negros y blancos. A derecha e izquierda flotaban los estandartes que algunas asociaciones y congregaciones enviaban como regalo al papa. Y el oleaje subía, el ruido de marea se hacía más intenso, y los rostros sudorosos, los ojos febriles, las bocas ansiosas exhalaban un amor tan impaciente, que la atmósfera parecía espesada y ensombrecida con el fuerte olor de aquel montón de gentes.

Pero, bruscamente, vio Pierre cerca del trono a monseñor Nani, que le había reconocido desde lejos y que le hacía señales para que se adelantase; y como Pierre respondiese a ellas con un ademán de modestia, dando a entender que prefería quedarse en aquel lugar, el prelado se obstinó y le envió un ujier con orden de que le abriese paso. Y cuando el ujier le condujo hasta allí le dijo monseñor:

—¿Por qué no venía usted a ocupar su sitio? La tarjeta que tiene le da derecho a estar aquí, a la izquierda del trono.

—Es que no he querido molestar a tanta gente —le contestó el sacerdote—. Y, además, es demasiado honor para mí.

—¡De ninguna manera! Si yo le he reservado este lugar ha sido para que usted lo ocupase. Mi deseo es que esté en primera fila para que pueda ver bien, para que no se pierda nada de la ceremonia.

Pierre no tuvo más remedio que darle las gracias. Y vio entonces que varios cardenales y algunos prelados de la familia pontificia esperaban también a ambos lados del trono. Pero fue inútil que buscase entre ellos al cardenal Boccanera, que no aparecía por San Pedro y por el Vaticano sino los

días en que estaba obligado a ello por su cargo. Vio, en cambio, al cardenal Sanguinetti, alto y robusto, que hablaba en voz muy alta y con el rostro encendido al barón de Fouras. Monseñor Nani volvió a acercarse a él al poco para mostrarle, con su habitual afabilidad, a otras dos Eminencias, que tenían categoría de personajes elevados y poderosos: al cardenal vicario, hombre pequeño y grueso, de rostro febril, devorado por la ambición, y al cardenal secretario, robusto, huesudo, como cortado a hachazos, con tipo romántico de bandido siciliano que hubiese optado por la carrera discreta y sonriente de la diplomacia eclesiástica. Unos pasos más allá, aislado, estaba de pie el gran penitenciario, silencioso, con gesto de sufrimiento, mostrando su perfil gris de enjuto asceta.

Dieron las doce. Se produjo un movimiento de falsa alegría, una emoción que llegó desde las otras salas, como una oleada. Se trataba únicamente de los ujieres que hacían que la muchedumbre se alinease para dejar un callejón libre para que pasase la procesión. Y de pronto, allá en lo más alejado de la sala primera, estallaron las aclamaciones, y fueron en aumento, acercándose. Era que, en efecto, salía la procesión. En primer lugar, un destacamento de guardias suizos en uniforme de pequeña gala, con un sargento al frente; luego los portadores de la silla, en uniforme rojo; detrás de ellos, los prelados de la corte, y entre éstos, los cuatro camareros secretos participantes. Finalmente, entre dos pelotones de guardias nobles con uniforme de media gala, el Santo Padre, que caminaba a pie, solo, sonriendo con pálida sonrisa, bendiciendo a derecha e izquierda muy pausadamente. El clamor que surgía de las salas contiguas hizo irrupción al mismo tiempo que él en la sala de las Beatificaciones, como violento huracán de amor que rayaba en locura; todos aquellos seres, trastornados, habían caído de rodillas bajo la frágil mano blanca que repartía bendiciones, y el pueblo devoto, como fulminado por la aparición de Dios, se aplastó contra el suelo.

Pierre, arrebatado también, se estremeció, y se arrodilló como los demás. Omnipotencia, contagio irresistible de la fe, del soplo temeroso del más allá, que se multiplicaba por el marco y por la fastuosidad de una grandeza magnífica. Se produjo luego un profundo silencio cuando León XIII tomó asiento en el trono, rodeado por los cardenales y por toda su corte. Desde ese momento se llevó adelante la ceremonia, de acuerdo con los usos y el rito. Habló primeramente un obispo, de rodillas, para poner a los pies de Su Santidad el homenaje de los fieles de toda la cristiandad. Le siguió el presidente del comité, barón de Fouras, que dio lectura a un largo discurso con el que hizo la presentación de la peregrinación, explicando su finalidad,



dándole toda la trascendencia de una protesta a la vez política y religiosa. La voz de aquel hombre voluminoso era delgada, chillona; las frases le salían con un rechinar de barreno; hablaba del dolor que afligía al mundo católico frente a la expoliación de que era víctima la Santa Sede desde hacía un cuarto de siglo; de la voluntad que tenían todos los pueblos, a los que representaban aquellos peregrinos, de consolar al jefe supremo y venerado de la Iglesia, llevándole el óbolo de los ricos y de los pobres, el dinero de los humildes, a fin de que el Papado pudiese subsistir altivo, independiente, despreciando a sus adversarios. Habló también de Francia, lamentó sus errores, profetizó su retorno a las tradiciones sanas, afirmó orgullosamente que era la más opulenta, la más generosa, la que enviaba a Roma el oro y los donativos, como manantial perenne. Y, por fin, se levantó León XIII, contestando al obispo y al barón. Tenía la voz gruesa, muy nasal, una voz que causaba sorpresa pudiese salir de un cuerpo tan débil. Testimonió su gratitud con algunas frases, dijo toda la emoción que sentía su corazón en presencia de aquella adhesión abnegada de las naciones al Papado. Por malos que fuesen los tiempos, no podía retrasarse ya el triunfo final. Había señales evidentes de que el pueblo retornaba a la fe, de que pronto cesarían las iniquidades y que Cristo reinaría sobre el universo. Por lo que a Francia respecta, ¿no era ella la hija mayor de la Iglesia y no había dado a la Santa Sede suficientes pruebas de ternura para que el papa no pudiese nunca dejar de amarla? Luego alzó los brazos hacia todos los peregrinos allí presentes, hacia las sociedades y las obras piadosas que representaban, hacia sus familias y hacia sus amigos, hacia Francia y hacia todas las naciones de la catolicidad para darles las gracias por la preciosa ayuda que le enviaban, y les concedió su bendición apostólica. Y cuando volvía a sentarse estallaron los aplausos, en salvas frenéticas, que duraron por espacio de diez minutos, entremezclados con vivas, con gritos inarticulados, en un rugir pasional de tempestad que hacía temblar la sala.

Pierre, sacudido por aquel vendaval de adoración furiosa, contemplaba a León XIII, que había quedado otra vez inmóvil en el trono. Con el bonete papal en la cabeza, los hombros cubiertos por la pelerina roja guarnecida de armiño, y su sotana blanca, tenía la rigidez hierática del ídolo venerado por doscientos cincuenta millones de cristianos. Se destacaba con verdadera majestad sobre el fondo rojo de las cortinas del baldaquino, entre la abertura alada de los cortinajes que parecían abrigar una hoguera de gloria. No era ya el débil anciano que caminaba con paso desarticulado, de cuello frágil como el de un pajarillo enfermo. El rostro descarnado, la nariz demasiado gruesa, la boca demasiado rasgada, desaparecían. Y sólo se distinguía en aquel rostro de

cera los ojos admirables, negros y profundos, de una juventud eterna, de una inteligencia y una penetración extraordinarias. Toda su persona se erguía en un esfuerzo consciente, sabedora de que representaba lo eterno, y adquiriría una nobleza regia por lo mismo que no era ya más que un hálito, un alma pura en un cuerpo de ámbar, tan transparente que se vislumbraba el alma, desembarazada ya de los lazos terrenales. Y entonces comprendió Pierre lo que aquel hombre, el pontífice soberano, el rey obedecido de doscientos cincuenta millones de súbditos representaba para las gentes devotas y doloridas que venían desde tan lejos para rendirle adoración, y que caían a sus plantas, fulminadas por el resplandor de las potencias que él encarnaba. A sus espaldas, en la púrpura de los cortinajes, se abría bruscamente un resquicio hacia el más allá, como una infinitud de ideal y de gloria deslumbrante. ¡Cuántos siglos de Historia, desde el apóstol Pedro, cuánta fuerza, cuánto genio, cuántas luchas y victorias se encarnaban en una sola persona, en el Elegido, el Único, el Sobrehumano! El milagro se renovaba sin cesar, el cielo se dignaba descender y habitar en aquella carne humana, Dios tenía su morada en el servidor que él había elegido, poniéndolo aparte, consagrándolo por encima de la muchedumbre inmensa de los demás seres vivientes, invistiéndolo de todo el poder y de toda la ciencia. ¡Qué estremecimiento sagrado, qué emoción de ternura inconmensurable, Dios morando en un hombre, Dios presente siempre allí, en el fondo de sus ojos, hablando por su voz, irradiando en cada uno de sus gestos de bendición! ¿Quién puede imaginarse aquel absoluto exorbitante de un monarca infalible, la autoridad total en este mundo y la salvación en el otro, Dios hecho visible? Así se comprendía que volasen hacia él todas las almas devotas por la necesidad de creer; que se aniquilasen para no vivir sino en él, las almas que encontraban, por fin, la certidumbre que buscaban con tanto anhelo; que se consolasen entregándose y desapareciendo en Dios mismo.

Pero la ceremonia tocaba a su fin; el barón de Fouras presentó al Santo Padre los miembros del comité, y algunos otros miembros importantes de la peregrinación. Fue un desfile pausado, lleno de genuflexiones temblorosas, de besos glotones a los chapines y al anillo. Después se pasó al ofrecimiento de las banderas, y a Pierre se le oprimió el corazón al reconocer en la más hermosa y rica la bandera de Lourdes, ofrecida sin duda por los Padres de la Inmaculada Concepción. En una cara, sobre la seda blanca, bordada en oro, estaba pintada la Virgen de Lourdes, mientras que en la otra cara figuraba un retrato de León XIII. Vio cómo se sonrió al verse en imagen, y Pierre sintió un gran pesar, como si se derrumbase su ideal de un papa intelectual,

evangélico, desembarazado de toda baja superstición. Y en aquel mismo instante volvió a cruzarse su mirada con la de monseñor Nani, que tenía clavados en él los ojos desde el comienzo de la solemne ceremonia, estudiando sus menores impresiones, con la expresión de curiosidad de un hombre que se halla entregado a una experiencia. Se le acercó y le dijo:

—Es magnífica esa bandera, y ¡qué alegría para Su Santidad el ver su propio retrato, tan bien ejecutado, haciendo compañía a esa Virgen Santa, tan bella! Y como el joven sacerdote había empalidecido y no contestaba, agregó con una expresión de italiano que goza devotamente:

—En Roma tenemos un gran aprecio a Lourdes. ¡Qué historia más encantadora la de esa Bernardette!

Y fue tan extraordinario lo que ocurrió entonces, que Pierre quedó trastornado para mucho tiempo. Había presenciado en Lourdes el espectáculo de una idolatría inolvidable, escenas de fe ingenua, de pasión religiosa exasperada, y cuyo solo recuerdo le estremecía aún de inquietud y de dolor. Pero aquellas muchedumbres que se precipitaban hacia la Gruta, los enfermos que agonizaban de amor frente a la estatua de la Virgen, un pueblo entero en pleno delirio bajo el contagio del milagro, nada, nada podía compararse al arrebato de locura que arrastró a los peregrinos hasta los pies del papa. Los obispos, los superiores de las congregaciones, delegados de todas clases avanzaron para depositar junto al trono las ofrendas que traían de todo el mundo católico, la colecta universal del dinero de San Pedro. Era el impuesto voluntario que paga un pueblo a su soberano: plata, oro, billetes de banco, encerrados en bolsas, en limosneras, en carteras. Se acercaron luego las señoras, que caían prosternadas para ofrecer las limosneras de seda o de terciopelo que ellas mismas habían bordado. Algunas habían hecho poner en las carteras el monograma de León XIII, formado con brillantes. Llegó un momento en que fue tal la exaltación, que hubo mujeres que se despojaron de todo, arrojando sus portamonedas, quedándose sin una sola pieza de cobre. Una mujer, muy hermosa, muy morena, alta y delgada, arrancó el reloj que llevaba colgado del cuello, se quitó las alhajas, las tiró sobre la alfombra del estrado. Todas ellas hubieran sido capaces de arrancarse la carne, para sacar su corazón abrasado de amor, y tirarlo también, y tirarse enteras, sin guardar nada de ellas mismas. Fue una lluvia de presentes, la donación total, la pasión que se despoja en favor del objeto de su culto, feliz con dedicárselo todo. Y, entretanto, crecían los clamores, resonaban nuevamente los vivas, los gritos sobreagudos de adoración, y se producían oleadas cada vez más violentas de la multitud, porque todos y todas cedían al ansia irresistible de besar al ídolo.

Alguien dio una señal, y León XIII se apresuró a bajar del trono, ocupando nuevamente su sitio en la procesión, para volver a sus habitaciones. Los guardias suizos contenían enérgicamente a la muchedumbre, esforzándose por mantener expedito el paso a través de las tres salas. Pero, al ver que el Santo Padre se retiraba, fue creciendo el rumor de desesperación, como si el cielo se hubiese vuelto a cerrar bruscamente, delante de todos aquellos que no habían podido acercarse todavía. ¡Qué horrenda decepción! ¡Haber tenido a Dios ante los ojos y perderlo, antes de alcanzar su salvación, con sólo tocarlo! Fue tan terrible el atropellamiento, que reinó la confusión más extraordinaria, y los guardias suizos fueron barridos. Y entonces se vio a mujeres que se precipitaban detrás del papa, y que se arrastraban a gatas sobre el pavimento de mármol, para besar donde él había pisado, para aspirar el polvo de sus pasos. La señora alta y morena se había dejado caer al borde del estrado y se desvaneció, dejando escapar un grito agudo; dos señores del comité la sostenían, a fin de evitar que se hiriese entre las convulsiones del ataque de nervios. Otra, una rubia muy voluminosa, se comía encarnizadamente con los labios, desatinada, uno de los brazos dorados del sillón en que se había apoyado el pobre codo del frágil anciano. Otras mujeres advirtieron lo que hacía y se acercaron para disputarle la presa, y se lanzaron sobre los dos brazos y sobre el terciopelo, pegando sus bocas a la madera y a la tela, mientras estallaban en sollozos convulsivos. Hubo que arrancarlas de allí a la fuerza.

Cuando todo acabó, salió Pierre de allí, como quien sale de una pesadilla dolorosa, con el corazón indignado y la razón sublevada. Y volvió a tropezar con la mirada de monseñor Nani, que no se apartaba de él un momento.

—La ceremonia ha sido magnífica, ¿no es cierto? —dijo el prelado—. Esto sirve de compensación a muchas iniquidades.

—Desde luego que sí, pero ¡qué escenas de idolatría! —no pudo menos de murmurar el sacerdote.

Monseñor Nani se limitó a sonreírse, sin darse por enterado de la frase, como si no la hubiese oído. En ese momento se acercaron a él las dos señoras francesas a quienes había entregado tarjetas, y le dieron las gracias; y Pierre reconoció en ellas, con gran sorpresa, a las dos visitantes de las Catacumbas, madre e hija, muy bellas, alegres y sanas. Por lo demás, lo único que a ellas les entusiasmaba era el espectáculo, y manifestaron que estaban contentísimas de haberlo presenciado, que era algo asombroso, una cosa única en el mundo.

Cuando avanzaba entre la muchedumbre, que se retiraba sin prisas, sintió Pierre bruscamente que le tocaban en la espalda, y vio a Narcisse Habert, que

también daba señales de gran entusiasmo.

—Mi querido abate, le he estado haciendo señales, pero usted no me ha visto... ¿Qué me dice de la mujer morena que ha caído al suelo rígida, con los brazos en cruz? ¡Qué expresión admirable la suya! ¡Una verdadera obra maestra de los primitivos, un cuadro de Cimabue, de Giotto, de Fra Angélico! ¿Y las demás? Las que se comían a besos los brazos del sillón. ¡Qué grupo rebosante de suavidad, de belleza y de amor! Yo no pierdo ni una sola de estas ceremonias, siempre se ven en ellas cuadros, espectáculos de almas.

El oleaje enorme de peregrinos se iba dispersando, bajaba por la escalera, estremecido todavía por una fiebre abrasadora; Pierre, seguido por monseñor Nani y por Narcisse, que se habían puesto a conversar, meditaba, entre un tumultuoso chocar de ideas dentro de su cráneo. Desde luego, era un espectáculo grande y magnífico, el de aquel papa que se había emparedado dentro del Vaticano, y que conforme iba desapareciendo de la vista, conforme se convertía en un puro espíritu, en autoridad moral desembarazada de toda preocupación terrena, veía crecer la adoración y el terror sagrado que inspiraba a las gentes. Era una racha de espiritualidad, un levantar el vuelo en pleno ideal, que lo conmovía profundamente, porque sus ensueños de un cristianismo rejuvenecido se basaban en aquella depuración del poder, puramente espiritual, del Jefe Supremo; y acababa de comprobar todo lo que había ganado en majestad y en poderío aquel Soberano Pontífice del más allá, a cuyas plantas caían desvanecidas las mujeres, que veían, detrás de él, a Dios. Pero, al mismo tiempo, y para echar a perder su alegría, se alzaba ante él la cuestión del dinero, como un problema que era preciso resolver. Si bien era cierto que el papa había ganado en grandeza al verse forzado a abandonar el poder temporal, desembarazándose de las miserias de que los pequeños reyes se ven siempre asediados, no lo era menos el que la necesidad de dinero seguía siendo un grillete que lo tenía sujeto a la tierra. Ya que no le era posible aceptar la subvención del Reino de Italia, aquella idea verdaderamente conmovedora del dinero de San Pedro hubiera debido bastar para liberar a la Santa Sede de toda preocupación material, a condición de que ese dinero fuese realmente la moneda de cobre del católico, el óbolo de cada uno de los fieles, economizado del pan de cada día, enviado directamente a Roma, cayendo de la mano humilde que lo da en la mano augusta que lo recibe; sin contar con que bastaría que cada uno de los doscientos cincuenta millones de cristianos entregase semanalmente un moneda de cobre, para que este impuesto voluntario, pagado por el rebaño a su pastor, subviniere a todas las necesidades de la Iglesia. De esta manera, siendo el papa deudor de todos,

siendo los acreedores todos sus hijos, no debería nada a nadie. ¡Qué poco, y qué cómodo y qué conmovedor sería el donativo de la moneda de cobre! Por desgracia, la realidad no concordaba con estas ideas, la mayoría de los católicos no daba nada, los ricos enviaban gruesas cantidades por simple exaltación política, y, sobre todo, los donativos se centralizaban entre las manos de los obispos y de ciertas congregaciones, y de este modo parecía que los verdaderos donantes eran los obispos y las poderosas congregaciones, que se convertían abiertamente en los protectores del Papado, en las cajas indispensables de las que se nutre. Los pequeños y los humildes, con cuyo óbolo se llena el cepillo, quedaban como suprimidos; y el papa dependía de los intermediarios, de los altos señores seculares o regulares, y ya no tenía más remedio que guardarles atenciones y escuchar sus amonestaciones, y hasta tenía a veces que plegarse a sus pasiones, si no quería exponerse a que se cegase la fuente de las limosnas. Aunque se había aligerado del peso muerto del poder temporal, no era completamente libre, sino que continuaba tributario de su clero, y tenía que contemporizar con demasiados intereses y apetitos que bullían a su alrededor, no pudiendo ser ya el señor altivo, puro, todo espíritu, el señor capaz de salvar al mundo. Y volvió a la imaginación de Pierre la Gruta de Lourdes que había en los jardines, la bandera de Lourdes que acababa de ver, y recordó que los padres de Lourdes apartaban todos los años, de los ingresos de la Virgen, una suma de doscientos mil francos que enviaban como presente al Sumo Pontífice. ¿No se encerraba en ese hecho la razón de su omnipotencia? Sintió un escalofrío, y tuvo de pronto conciencia de que, a pesar de su presencia en Roma, a pesar de contar con el apoyo del cardenal Bergerot, resultaría derrotado y su libro condenado.

Cuando ya desembocaba en la plaza de San Pedro, en el postrer apretujamiento de peregrinos, oyó que Narcisse preguntaba:

—¿De veras cree usted que los donativos de hoy sobrepasan esa cifra?

—Desde luego; pasan de los tres millones, tengo la plena seguridad — contestó monseñor Nani.

Se detuvieron los tres un momento bajo la columnata de la derecha, y se quedaron contemplando la inmensa plaza soleada, por la que se dispersaban los tres mil peregrinos, parecidos a manchitas negras, muchedumbre agitada, como un hormiguero en revolución.

¡Tres millones! Esta era la cifra que había resonado en los oídos de Pierre. Y alzó la cabeza, y fijó la vista, al otro lado de la plaza, en las fachadas del Vaticano, completamente doradas por el sol, sobre el fondo del infinito cielo azul, como si quisiese seguir, a través de los muros, el caminar de León XIII,

a través de galerías y salas, hacia sus habitaciones, cuyas ventanas distinguía allá en lo alto. Se lo representaba, con el pensamiento, cargado con los tres millones, llevándolos encima, apretándolos entre sus frágiles brazos sobre su pecho, llevándose el oro, la plata, los billetes y hasta las joyas que habían arrojado las mujeres. Y, de pronto, sin darse cuenta, dijo en alta voz:

—¿Y qué va a hacer con esos millones? ¿Adónde se los lleva?

Ante aquella manera de dar rienda suelta a la curiosidad, no pudieron contener Narcisse y monseñor Nani su regocijo. Y fue el joven quien contestó.

—Pues, verá usted. Su Santidad se los lleva a su cámara, o, por lo menos, los hace llevar delante de él. ¿No se ha fijado en que había dos personas de su séquito que lo recogían todo, que tenían los bolsillos y las manos llenas?... Pues ahora, Su Santidad se ha encerrado, completamente solo. Habrá despedido a todo el mundo, y habrá corrido cuidadosamente los cerrojos de las puertas... Y si tuviese usted modo de ver a través de esa fachada, lo encontraría usted contando una y otra vez su tesoro, con cuidadoso esmero, ordenando las monedas de oro, metiendo los billetes en sobres, dividiéndolos antes en paquetes iguales, y, finalmente, lo vería colocar todo en el fondo de escondrijos que él sólo conoce.

Pierre había alzado de nuevo la vista hacia las ventanas del papa, como si estuviese presenciando la escena que su acompañante describía. Y, en tanto, proseguía el joven con sus explicaciones, afirmaba que, en la cámara, adosado al muro de la derecha, había un mueble en el que se encerraba el dinero. También se hablaba de unos cajones muy grandes de una mesa escritorio; y había, finalmente, personas que aseguraban que el dinero dormía en el fondo de la alcoba, pieza muy espaciosa, dentro de grandes maletas cerradas con cadenas. Lo que sí se podía asegurar era que, a mano izquierda del pasillo que conducía a los Archivos, había una gran habitación destinada al cajero general, y en la habitación una monumental caja fuerte de tres cuerpos. Pero allí sólo se guardaban los dineros del patrimonio de San Pedro, los ingresos administrativos que se cobraban en Roma; el producto del dinero, las limosnas de la cristiandad entera, quedaban en las manos de León XIII, que era el único que vivía entre aquellos millones, disponiendo de ellos como soberano absoluto, sin dar cuentas a nadie.

Narcisse se calló un instante, volviéndose a mirar a monseñor Nani.

—¿No es verdad lo que digo, monseñor? Esas cosas las sabe toda Roma.

El prelado, que movía la cabeza sin perder su expresión sonriente, sin aprobar ni desaprobar lo que aquél decía, volvió a examinar en el rostro de

Pierre el efecto producido por aquellas revelaciones.

—¡Claro! Se dicen tantas cosas... Yo no las conocía, pero usted sí, por lo visto, señor Habert.

—Aclaremos —dijo este último—. Yo no acuso a Su Santidad de avaricia sórdida, según dicen las gentes. Circulan mil fábulas, se habla de cofres llenos de oro, y de que se pasa las horas hundiendo las manos entre las monedas; de verdaderos tesoros amontonados en rincones, nada más que por el gusto de contar una y otra vez lo que allí hay... Sin embargo, no veo inconveniente en admitir que al Santo Padre le gusta el dinero, en parte por el dinero mismo, por darse el gusto de palparlo, de arreglarlo cuando se encuentra solo, todo lo cual sería una manía muy explicable en un anciano que carece de distracciones... Pero me apresuro a agregar que su apego al dinero nace principalmente de la fuerza social que ve en él, porque servirá de apoyo decisivo al Papado de mañana, si es que quiere triunfar.

Y entonces se irguió la elevada silueta de aquel papa, prudente y circunspecto, consciente de las necesidades modernas, inclinado a aprovecharse de las armas del mundo profano, para conquistarlo; dado a hacer negocios hasta el punto de que estuvo al borde de perder el tesoro que había dejado Pío IX en un negocio desastroso, y, empeñado ahora en reparar la brecha, en reconstituir el tesoro, a fin de legarlo, sólido y aumentado, a su sucesor. Económico, sí, pero económico con la vista puesta en las necesidades de la Iglesia, que son inmensas, que crecen cada día más, que tienen importancia vital, si ha de combatir al ateísmo en el campo de la escuela, de las instituciones y organizaciones de todas clases. Desprovista de dinero, resultaría avasallada, estaría a merced de los poderes civiles, del reino de Italia y de las demás naciones católicas. Y por eso, a pesar de su corazón caritativo, a pesar de sostener con largueza muchas instituciones útiles que colaboraban en el triunfo de la fe, sentía desprecio por los gastos que no tenían finalidad, y se trataba a sí mismo, y trataba a los demás, con un rigor orgulloso. Personalmente, carecía de necesidades. Desde el principio de su pontificado se había cuidado de marcar una línea divisoria entre su pequeño patrimonio privado y el rico patrimonio de San Pedro, negándose a distraer nada de éste para acudir en ayuda de los suyos. No ha existido jamás Pontífice que cediese menos al nepotismo, hasta el punto de que tres sobrinos y dos sobrinas suyas vivían en la pobreza, con grandes agobios de dinero. No prestaba oídos ni a los comadreos, ni a las quejas, ni a las acusaciones, y se mantenía intratable y firme, defendiendo con rudeza los millones del Papado contra mil ambiciones furiosas, contra su séquito y contra su familia, poseído



por el orgullo de legar a los papas futuros el arma invencible, el dinero que equivale a la vida.

—Pero, vamos a ver —dijo Pierre—, ¿cuáles son los ingresos y cuáles son los gastos de la Santa Sede?

Monseñor Nani se apresuró a contestar con el amable gesto evasivo de siempre:

—Le aseguro a usted que mi ignorancia es total en estas materias... Pregúnteselo más bien al señor Habert, que está, como usted sabe, muy bien informado.

—¡Pues vaya! —manifestó el aludido—. Lo que yo sé es lo que se sabe en las embajadas, lo que es voz corriente... En la cuestión de los ingresos, es preciso establecer una distinción. Existe en primer lugar el tesoro legado por Pío IX, que asciende a una veintena de millones, invertidos de varias maneras, y que producen un rédito de cerca de un millón; pero ya le he dicho que había ocurrido un desastre, aunque se asegura que ha quedado ya reparado. Aparte de este rédito fijo de los capitales invertidos, los derechos de toda clase por concepto de cancillería, los títulos nobiliarios, los mil pequeños gastos que se pagan a las congregaciones, producen al año algunos centenares de miles de francos... Pero como el presupuesto de gastos asciende a siete millones, está claro que todos los años es preciso sacar de alguna parte seis millones, y estos millones han salido seguramente del dinero de San Pedro; tal vez no haya producido éste directamente los seis millones, sino tres o cuatro, pero se ha especulado con éstos, hasta conseguir doblarlos y saldar cuentas... Sería demasiado larga de contar la historia de las especulaciones de la Santa Sede durante los últimos quince años; cómo obtuvo al principio ganancias enormes, y cómo estuvo luego a punto de perderlo todo, y cómo a fuerza de obstinación en los negocios se ha conseguido tapar todos los agujeros. Algún otro día se lo contaré todo, si tiene usted interés.

Pierre le escuchaba con vivo interés.

—¡Seis millones! —exclamó—. ¡Aunque sólo fueran cuatro! Pero, entonces, ¿cuál es el producto exacto del dinero de San Pedro?

—Le repito que eso no lo ha sabido jamás persona alguna exactamente. Hubo un tiempo en que los periódicos católicos publicaban listas, con las cantidades de los donativos; y de ese modo se podía llegar a un cálculo aproximado. Pero se ha debido encontrar perniciosa la costumbre, y ya no se publica documento alguno, y ha llegado a ser radicalmente imposible el formarse una idea de lo que recibe el papa. Él es el único que conoce la cifra exacta total, el único que guarda y dispone del dinero, como dueño soberano.

Se puede creer que los donativos han producido, en los años buenos, de cuatro a cinco millones. En los primeros tiempos aportaba Francia la mitad de esa suma, pero en la actualidad sus donativos han bajado. También América da mucho. Siguen después Bélgica y Austria, Inglaterra y Alemania. Por lo que respecta a España e Italia... ¡Vaya con Italia!...

No pudo disimular una sonrisa al mirar a monseñor Nani, que movía beatíficamente la cabeza, con la expresión de una persona encantada que de pronto se entera de cosas a las que está completamente ajeno.

—Continúe usted, querido hijo, continúe.

—Pues digo que Italia no da muestras de ser espléndida. Si tuviese que vivir el papa con los donativos de los católicos italianos, pronto reinaría el hambre en el Vaticano. Se podría afirmar, incluso, que lejos de servirle de ayuda, la nobleza romana le ha costado muy cara, porque donde más dinero ha perdido ha sido en los préstamos hechos a los príncipes que se dedicaron a la especulación... Los únicos países en donde ha habido personas ricas que han hecho al papa, prisionero y mártir, limosnas verdaderamente regias, han sido Francia e Inglaterra. Se cita el caso de un duque inglés que aportaba todos los años una ofrenda considerable, como consecuencia de un voto hecho para obtener del cielo la curación de un pobre hijo, atacado de imbecilidad... Y no cito la cosecha extraordinaria, los cuarenta millones que fueron a caer a los pies del papa durante los jubileos sacerdotales y episcopales.

—¿Y los gastos? —interrumpió Pierre.

—Ya se lo he dicho: que ascienden, poco más o menos, a siete millones. Las pensiones de los antiguos empleados del gobierno pontifical que no quisieron pasar a servir a Italia, suben a dos millones, pero hay que agregar que este concepto disminuye de año en año, a consecuencia de los fallecimientos... Pongamos luego, en conjunto, otro millón para las diócesis italianas, un millón para la Secretaría y los nuncios, un millón para el Vaticano. En este último capítulo incluyo los gastos de la corte pontificia, las guardias militares, los museos, la conservación del palacio y de la basílica... Con todo eso llegamos a los cinco millones, ¿no es cierto? Aplique los otros dos a las Obras sostenidas, las de la Propaganda y, sobre todo, las de las Escuelas, que León XIII, con su gran sentido práctico, subvenciona siempre con largueza, creyendo, con razón, que la lucha y el triunfo de la religión estriba en eso, en los niños que serán los hombres del mañana, y que defenderán a su madre, la Iglesia, si se consigue inspirarles el horror a las doctrinas abominables del siglo.

Hubo un rato de silencio. Los tres hombres se detuvieron debajo de la majestuosa columnata, por la que paseaban muy despacio. La plaza se había ido vaciando poco a poco de su muchedumbre bulliciosa, y en aquel desierto abrasador del simétrico pavimento quedaban sólo el obelisco y las dos fuentes, mientras que sobre el entablamento del pórtico de enfrente, envueltas en sol, se destacaban las estatuas en fila noble e inmóvil.

Pierre alzó otra vez más la vista hacia las ventanas del papa, y le pareció que volvía a verlo entre aquel manantial de oro del que le habían hablado, sumergiendo toda su persona blanca y pura, todo su pobre cuerpo de cera transparente en los millones, que tanto ocultaba, que ocultaba y recontaba, y que gastaba únicamente para mayor gloria de Dios.

—De modo, pues, que no anda en dificultades de dinero —dijo tranquilamente.

—¿En dificultades? —exclamó monseñor Nani, a quien esas palabras sacaron de quicio, haciéndole olvidar su diplomática discreción—. ¡Ah, hijo mío!... Cuando el cardenal Mocenni, que es el tesorero, se presenta, una vez al mes, en las habitaciones de Su Santidad, ésta le entrega siempre la cantidad que necesita; se la entregaría por muy elevada que fuese. Desde luego, el papa ha tenido la prudencia de hacer economías, y el tesoro de San Pedro es más rico que nunca... ¿Dificultades, decía usted que dificultades? ¡Santo Dios! Sabe usted que si el día de mañana, por la necesidad de circunstancias desgraciadas, hiciese el Soberano Pontífice un llamamiento directo a la caridad de todos sus hijos, de los católicos del mundo entero, caería a sus pies un millón de millones, como ese oro, como esas joyas que llovían hace un momento sobre las gradas de su trono.

Pero se calmó de pronto, y recobró su encantadora sonrisa:

—Por lo menos, es lo que he oído decir en varias ocasiones, porque yo realmente no sé nada, lo ignoro todo; y es una verdadera suerte que haya tropezado usted con el señor Habert, que estaba en condiciones de darle estos informes... ¡Este señor Habert! Yo que lo creía a usted siempre por las nubes, desvanecido en las regiones del arte, lejos de estos bajos menesteres de los intereses terrenales. Estoy viendo que se mueve usted en estos asuntos con la soltura de un banquero o de un notario... Nada tiene misterios para usted, nada. Es verdaderamente prodigioso.

Narcisse debió adivinar la fina ironía, porque, en efecto, allá en lo más recóndito de su ser, bajo el florentino postizo, bajo el jovencito angelical, de cabellos largos y rizados, de ojos color de malva que se humedecían frente a los Botticelli, se escondía un joven práctico, muy habituado a los negocios,

administrador admirable de su fortuna, rayando casi en la avaricia. Se limitó, sin embargo, a entornar los párpados y murmurar con aire lánguido:

—¡Oh! Yo vivo para el ensueño, y mi alma está en otra parte.

—En una palabra —siguió diciendo monseñor Nani, volviéndose hacia Pierre—, estoy encantado de que haya usted podido asistir a un espectáculo tan magnífico. Con unas cuantas oportunidades como ésta, estará usted en condiciones de ver y de comprender sin necesidad de explicaciones ajenas, y esto es lo que más le conviene... Y ahora, hasta mañana, no falte a la gran ceremonia de San Pedro. Será una cosa espléndida, que le dará pie para excelentes meditaciones, no me cabe la menor duda... Y me despido de usted, encantado, porque lo veo en la mejor disposición de ánimo.

Parecía que sus ojos escrutadores hubiesen comprobado, con una última ojeada, el cansancio y la incertidumbre que empalidecían el rostro de Pierre; cuando se hubo marchado, después de que se despidió también Narcisse con un ligero apretón de manos, al quedar solo sintió el joven sacerdote subir dentro de él como una sorda oleada de ira. ¡Que lo veía en la mejor disposición de ánimo! ¿Dónde estaba esa disposición? Por lo visto, lo que ese Nani se proponía era cansarlo, llevarlo a la desesperación a fuerza de chocar con toda clase de obstáculos, para de esa manera poder vencerlo fácilmente. Y por segunda vez tuvo una breve y súbita intuición del sordo trabajo que se realizaba a su alrededor, preparando el ataque y su sometimiento. Y seguro de su capacidad de resistencia, sintió subírsele una oleada de orgullo desdeñoso. Y se juró a sí mismo que no cedería nunca, que no retiraría su libro, ocurriese lo que ocurriese. Cuando uno se aferra a determinada resolución, no hay quien pueda dominarlo, y no cuenta ni los descorazonamientos ni las amarguras. Pero antes de atravesar la plaza alzó otra vez los ojos hacia las ventanas del Vaticano; y todas sus impresiones se condensaron; el único obstáculo que quedaba era aquel dinero que tenía atado al papa, por la fuerza de las necesidades, a la tierra, aun después de haberse libertado de las preocupaciones del poder temporal; aquel dinero presentaba sobre todo el inconveniente de cómo llegaba hasta él. Y, a pesar de todo, se alegró al pensar que no se veía en serio peligro, puesto que sólo se trataba de una cuestión acerca del modo de percibir, su ideal de un papa enteramente espiritual, ley de amor, jefe espiritual del mundo. Y se aferró a la esperanza, poseído por la emoción, feliz de aquel espectáculo que había presenciado, de aquel débil anciano que resplandecía como un símbolo de la liberación humana, al que obedecían y adoraban las multitudes, y que era el único que disponía de la

omnipotencia moral necesaria para hacer que reinasen, al fin, en la tierra la caridad y la paz.

Pierre tenía, por suerte, para la ceremonia del día siguiente, una tarjeta color rosa, lo que le aseguraba un puesto en una tribuna reservada; porque los empujones y apretujamientos para entrar en la basílica fueron terribles desde las seis de la mañana, hora en que se abrieron, como medida de precaución, las verjas; la misa, que había de officiar el papa, no tendría lugar hasta las diez. Todos los turistas que viajaban entonces por Italia acudieron a Roma, deseosos de presenciar una de aquellas grandes solemnidades episcopales, tan raras ya, y la cifra de los tres mil fieles que componían la peregrinación internacional del dinero de San Pedro se iba a ver multiplicada; eso sin tomar en cuenta a la misma Roma, a los partidarios, a los que seguían fieles a la Santa Sede, ni a los de las restantes ciudades del reino, que se apresuraban a manifestar su adhesión en cuanto se les presentaba ocasión propicia. Teniendo en cuenta el número de tarjetas distribuidas, se calculaba que la concurrencia ascendería a cuarenta mil personas. Pierre se encaminó, a eso de las nueve, atravesando la plaza, a la via de Santa Marta, a la puerta Canónica, en donde se entregaban las tarjetas color rosa, y pudo ver todavía la cola interminable que iba entrando lentamente bajo el pórtico de la fachada; unos caballeros vestidos de etiqueta, miembros de un círculo católico, iban y venían en pleno sol, procurando mantener el orden, ayudados por un destacamento de gendarmes pontificios. Y entre la muchedumbre se producían riñas violentas, y hasta conatos de pelea, por los empujones involuntarios. La gente se ahogaba, y hubo que retirar a dos mujeres casi aplastadas.

Ya dentro de la basílica le esperaba a Pierre una sorpresa desagradable. La inmensa nave se había vestido, unas camisas de viejo damasco rojo cubrían las columnas y las pilastras de veinte metros de altura; también el circuito de las naves laterales se hallaba revestido de la misma tela; resultaba de un gusto verdaderamente singular, de una ostentación pobre y afectada, el ocultar los mármoles fastuosos, la decoración tan brillante y magnífica, debajo de aquel adorno de seda antigua, ajada por los años. Pero su asombro subió de punto al fijarse en que también la estatua de bronce de San Pedro se hallaba cubierta y revestida, como si se tratase de un papa vivo, con suntuosos hábitos pontificales, ostentando una tiara sobre su cabeza de metal. Jamás se le había ocurrido la idea de que se pudiese vestir las estatuas, para darles más realce o para dar gusto a los ojos, y el efecto le pareció funesto. El Santo Padre iba a officiar la misa en el altar papal de la Confesión, altar mayor, situado bajo la cúpula. El trono, donde luego se sentaría, se hallaba a la entrada del transepto

de la izquierda, sobre un estrado. Además, se habían alzado tribunas a ambos lados de la nave central, para los cantores de la Capilla Sixtina, para el cuerpo diplomático, para los caballeros de Malta, para la nobleza romana, para los invitados de toda clase. Pero en el centro, frente al altar, sólo había tres hileras de bancos, cubiertos con tapices rojos, el primero para los cardenales, los otros dos para los obispos y para los prelados de la corte pontificia. Todo el resto de la concurrencia tendría que permanecer de pie.

¡Aquella era una muchedumbre de concierto descomunal! ¡Treinta, cuarenta mil fieles venidos de todas partes, ardiendo en curiosidad, en exaltación y fe, agitándose, empujándose, alzándose para ver, produciendo un rumor de marea humana! ¡Era una muchedumbre alegre, que tenía familiaridad con Dios, que se sentía allí como en un teatro divino en el que estuviese sinceramente permitido hablar en voz alta y recrearse con el espectáculo de las pompas de la religión! Al principio se quedó Pierre asombrado, porque sólo conocía el inquieto y silencioso postrarse de rodillas de las catedrales oscuras, y no estaba habituado a una religión de luz, que transformaba con su resplandor una ceremonia religiosa en una fiesta al aire libre. A su alrededor, en la tribuna donde lo habían colocado, había caballeros en traje de etiqueta y señoras en *toilette* negra, que utilizaban sus anteojos, como en la ópera; muchas damas extranjeras, alemanas, inglesas y, sobre todo, americanas, encantadoras, graciosas como pájaros atolondrados y parleros. A su izquierda se hallaba la tribuna de la nobleza romana, y en ella vio a Benedetta con su tía, donna Serafina; resaltando sobre la sencillez reglamentaria de los vestidos, se veían grandes velos de blondas, que competían en riqueza y elegancia. A su derecha estaba la tribuna de los caballeros de Malta, y en ella estaba el gran maestro de la Orden, rodeado por un grupo de comendadores; al otro lado de la nave, frente por frente, veía a los embajadores de todas las naciones católicas, en trajes de gran ceremonia, en los que centelleaban los bordados metálicos. Pero su atención se concentraba de nuevo en la muchedumbre, en aquella enorme muchedumbre movediza y agitada, en la que los tres mil peregrinos se habían diluido, sumergidos entre los restantes millares de fieles. Y, sin embargo, la basílica, en la que cabían fácilmente ochenta mil personas, estaba nada más que a medio llenar con toda aquella muchedumbre, que circulaba libremente a lo largo de las naves laterales, que se amontonaba entre las aberturas de las columnas, porque era más cómodo seguir desde allí el espectáculo. Unos gesticulaban, y sobre el rezongo ininterrumpido de las conversaciones sobresalían las voces de otros, que se llamaban a gritos. Por los altos

ventanales transparentes penetraban grandes retazos brillantes de sol, que caían sobre las colgaduras de damasco rojo, ensangrentándolas, y sobre los rostros tumultuosos, llenos de impaciencia febril, iluminándolos con reflejos de incendio. Y en esa claridad enceguedora palidecían los cirios y las ochenta y siete lámparas de la Confesión; y aquello quedaba transformado en la fiesta de gala mundana del Dios imperial de la fastuosa Roma.

Hubo de pronto una falsa alegría, una alarma. Se propagó por la multitud, de unos a otros, el grito de: *Eccolo, eccolo!* ¡Ahí está, ahí está! Se produjeron empujones y arremolinamientos que hicieron dar vueltas a aquella masa humana; y todos alargaban el cuello, procurando ganar altura, precipitándose frenéticos para contemplar a Su Santidad y al séquito. Pero se trataba únicamente de un destacamento de guardias nobles, que iban a colocarse a derecha e izquierda del altar. Fueron, sin embargo, objeto de admiración, se les ovacionó, y un murmullo halagador les fue acompañando, elogiando todos su magnífica apostura, su impasibilidad, su exagerada rigidez militar. Una americana declaró que eran hombres soberbios. Una señora romana dio detalles acerca de aquel cuerpo de élite a una inglesa amiga suya, y le dijo que los jóvenes de la aristocracia conceptuaban en otro tiempo como un honor el formar parte del mismo, por la riqueza del uniforme y por la alegría de revolotear ante las damas, pero que el reclutamiento había llegado a ser difícil, y que no había más remedio que contentarse con los buenos muchachos pertenecientes a una nobleza dudosa y arruinada, que se sentían felices con cobrar la escasa paga que les permitía vivir. Las conversaciones particulares volvieron a reanudarse durante un buen cuarto de hora, llenando las altas naves con su algarabía de sala impaciente de teatro, que mientras se alza el telón se distrae examinando a los concurrentes y contándose sus respectivas historias.

Por fin desfiló el cortejo, que era lo que despertaba la mayor curiosidad, el fausto cuyo paso se esperaba con ansia, para aclamarlo. Cuando apareció, estallaron, lo mismo que en un teatro, aplausos furiosos, que fueron ascendiendo, que rodaron bajo las bóvedas, sirviéndole de entrada, como se hace con el actor preferido, con el que desempeña el papel protagonista que conmueve todos los corazones. Por lo demás, al igual de lo que sucede en el teatro, se había calculado sabiamente aquella aparición, de modo que produjese todo el efecto posible, dentro del marco de la magnífica decoración en que iba a exhibirse. La procesión acababa de formarse en el interior del escenario, al fondo de la capilla de la Pietá, la primera, a mano derecha, conforme se entra; el Santo Padre, que había llegado de sus habitaciones

contiguas atravesando la capilla del Santo Sacramento, tuvo que ocultarse para llegar hasta allí, pasando por detrás de las colgaduras de la nave lateral, que venía de este modo a servir de telón de fondo. Allí le esperaban los cardenales, los obispos, todos los prelados pontificios, clasificados, agrupados según sus jerarquías, dispuestos a romper la marcha. Y, como si obedeciese a la señal dada por un profesor de baile, hizo su entrada la procesión, desembocando en la nave grande, cruzándola de parte a parte, triunfalmente, desde la puerta central hasta el altar de la Confesión, entre la doble hilera de fieles, que redoblaban sus aplausos en presencia de tanta magnificencia, a medida que iba en aumento el delirio de su entusiasmo.

Era la procesión de las solemnidades de otros tiempos, la cruz y la espada, la guardia suiza de gran gala, los lacayos con zamarra escarlata, los caballeros de capa y espada, con su uniforme estilo Enrique II, los canónigos con roquetes de puntillas, los jefes de las comunidades religiosas, los protonotarios apostólicos, los arzobispos y los obispos, toda la corte pontificia vestida de seda violeta, los cardenales envueltos en la púrpura de su *cappa magna*, avanzando de dos en dos, muy espaciados, solemnemente. Y, finalmente, agrupados en torno a Su Santidad, los oficiales de su casa militar, los prelados de la antecámara secreta, monseñor el mayordomo, monseñor el maestro de cámara, todos los altos dignatarios del Vaticano, el príncipe romano asistente al trono, el defensor tradicional y simbólico de la Iglesia. Y sobre la silla gestatoria, al abrigo de las grandes plumas triunfales de los *flabelli*, balanceado por los portadores, vestidos con túnicas de seda roja, venía Su Santidad, revestida con los ornamentos sagrados que le habían puesto en la capilla del Santo Sacramento, el amito, el alba, la estola, la casulla blanca y la mitra blanca, bordadas de oro, regalos ambos que le habían sido enviados desde Francia, de una suntuosidad extraordinaria. Y cuando él se acercaba, se alzaban las manos, aplaudían cada vez con más fuerza, entre las oleadas de sol vivificador que descendía desde los ventanales.

Entonces recibió Pierre una nueva impresión de León XIII. Ya no era el anciano lleno de familiaridad, cansado y curioso, que se paseaba del brazo de un prelado parlanchín en los más bellos jardines del mundo. No era tampoco el Santo Padre revestido de peregrina roja y de bonete papal, que recibía paternalmente a una peregrinación que venía a traerle una verdadera fortuna. Ahora era el Soberano Pontífice, el Señor todopoderoso, el Dios adorado por toda la cristiandad. Su delgado cuerpo de cera parecía haber adquirido rigidez dentro de los ornamentos blancos, adornados con bordados de oro, como si estuviese dentro de una urna de orfebrería; y conservaba una inmovilidad



hierática y altanera, como ídolo desecado, recubierto de oro desde hace siglos, envuelto en la humareda de los sacrificios. Únicamente los ojos tenían vida, en medio de la rigidez de muerte del rostro; ojos de diamante negro y centelleante, clavados en la lejanía, fuera de la tierra, en el infinito. No tuvo ni siquiera una mirada para la muchedumbre, no bajó los ojos ni a derecha ni a izquierda, se quedó en pleno cielo, desconocedor de cuanto ocurría a sus pies. Y aquel ídolo, paseado de esa manera, como embalsamado, sordo y ciego, a pesar del resplandor de sus ojos, por entre una muchedumbre frenética, a la que no parecía ver ni oír, adquiriría una majestad imponente, una grandiosidad inquietante, toda la rigidez del dogma, toda la inmovilidad de la tradición, exhumada con sus cintajos, que eran los que la sostenían. A Pierre, sin embargo, le pareció que el papa estaba enfermo, fatigado, por efecto, sin duda, de aquel acceso de fiebre del que le había hablado la víspera monseñor Nani, al ensalzar su energía, la grandeza de alma de aquel anciano de ochenta y cuatro años, que sólo vivía por la fuerza de su voluntad, por la soberanía de su misión.

Comenzó la ceremonia. Su Santidad, después de descender de la silla gestatoria en el altar de la Confesión, celebró pausadamente una misa sencilla, asistido por cuatro prelados y por el proprefecto de ceremonias. Al llegar al lavatorio, monseñor el mayordomo y monseñor el maestro de cámara, acompañados por dos cardenales, vertieron el agua sobre las manos augustas del oficiante; y un poco antes de la elevación, todos los prelados de la corte pontificia, con un cirio encendido en la mano, fueron a arrodillarse en torno del altar. Fue un instante solemne; los cuarenta mil fieles allí reunidos se estremecieron, sintieron soplar sobre ellos el viento terrible y delicioso de lo invisible; mientras, en el momento de la elevación, sonaron los clarines, el famoso coro de ángeles que hace siempre que las mujeres se desvanezcan. Y casi en el acto descendió desde la cúpula un canto aéreo, que venía desde la galería superior, en la que había, ocultos a la vista, ciento veinte coristas; y el efecto fue una maravilla, un éxtasis, como si los ángeles mismos hubiesen contestado a la llamada de los clarines. Las voces descendían, revoloteaban bajo las bóvedas, con una ingravidez de arpas celestes; finalmente se desvanecieron en un acorde suave, ascendieron al cielo con un leve aletear de alas que se fue disipando poco a poco. Acabada la misa, y de pie todavía junto al altar, Su Santidad misma entonó el Te deum, contestándole los chantres y los coros de la Capilla Sixtina, cantando cada uno alternativamente un versículo. Pero pronto se unió a ellos toda la asistencia, se elevaron las cuarenta mil voces, y el himno de alegría y de gloria se esparció por la

inmensa nave con una magnificencia imponente. Y el espectáculo resultó de una grandiosidad extraordinaria; el altar coronado por el dosel florido, riquísimo, dorado, obra de Bernini, y en torno del altar la corte pontificia, entre la que ponían una constelación de estrellas los cirios encendidos, y el Soberano Pontífice en el centro, radiante como un astro, dentro de su casulla de oro, frente a los bancos de los cardenales purpúreos, de los arzobispos y obispos envueltos en seda violeta, y las tribunas en las que centelleaban los uniformes oficiales, los trajes recamados del cuerpo diplomático, los uniformes de los oficiales extranjeros, y toda una muchedumbre movediza que avanzaba de todas partes, como un oleaje de cabezas que surgía de las lejanas profundidades de la basílica. Y lo que producía asombro eran las proporciones desmesuradas de todo aquello, las naves laterales en las que cabía una parroquia entera, los transeptos, anchísimos como la iglesia de una ciudad populosa, un templo que no conseguían llenar aquellos millares y millares de devotos. Y el himno mismo de todo aquel pueblo adquiría proporciones colosales, ascendía como un soplo gigantesco de tempestad por entre las tumbas de mármol, por entre las estatuas sobrehumanas, a lo largo de las columnas gigantes, hasta las bóvedas que extendían la enormidad de su cielo de piedra, hasta el firmamento de la cúpula, que se abría al infinito, entre el centelleo de oro de los mosaicos.

Acabado el *Te deum* se oyó un prolongado rumor, mientras León XIII se ponía la tiara en lugar de la mitra, cambiaba la casulla por la capa pontifical y se dirigía a ocupar el trono, encima del estrado que estaba levantado a la entrada del transepto de la derecha. Desde allí dominaba a toda la asistencia. ¡Y cómo se estremeció ésta, sacudida por un soplo que parecía llegar de regiones de misterio, cuando el papa se puso en pie después de las plegarias de ritual! Cubierto con la triple corona simbólica, centro de la vaina de oro que formaba la capa, parecía haberse agigantado. Y en medio de un repentino y profundo silencio, turbado solamente por el latir de los corazones, alzó los brazos con un gesto muy noble y dio lentamente la bendición papal, con voz alta y fuerte, que parecía ser la voz de Dios mismo que hablaba dentro de él. ¡Tan sorprendente resultaba en aquellos labios de cera, saliendo de aquel cuerpo exangüe y sin vida! El efecto fue fulminante, estallaron de nuevo los aplausos en cuanto se volvió a formar el cortejo, para regresar por donde había venido, y el frenesí del entusiasmo alcanzó un paroxismo tal, que ya no bastaba el batir de palmas, y se oyeron exclamaciones y gritos que se fueron propagando poco a poco a toda la muchedumbre. El que primero los dio fue un grupo exaltado que se hallaba junto a la estatua de San Pedro: *Evviva il*

*papa re! Evviva il papa re! ¡Viva el papa rey, viva el papa rey!* Y conforme avanzaba el cortejo, parecieron propagarse como la llamarada de un incendio, prendiendo de uno en otro en todos los corazones, surgiendo finalmente de millares de bocas, como protesta atronadora contra el robo de los Estados de la Iglesia. Toda la fe, todo el amor de los fieles, llevados al colmo de la excitación por el regio espectáculo de una ceremonia tan magnífica, se condensaban en el ideal, en el ansia exasperada del papa rey y pontífice, señor de los cuerpos del mismo modo que señor de las almas, soberano absoluto de la tierra. En ello se encerraba la única verdad, la única felicidad, la única salvación. ¡Todo para él, la humanidad y el universo! *Evviva il papa re! Evviva il papa re!* ¡Viva el papa rey, viva el papa rey!

¡Qué grito aquel! ¡Grito de guerra que tantos errores había hecho cometer, que tanta sangre había hecho derramar; grito de abandono y de ceguera que, de cumplirse, traería otra vez las épocas de dolor! Pierre se sublevó al oírlo, y tomó la decisión de retirarse en el acto de la tribuna, como para escapar al contagio de la idolatría. Después, mientras continuaba aún el desfile del cortejo, caminó un poco por la nave lateral de la izquierda, en medio de los empujones y del clamor ensordecedor de la muchedumbre; ansioso por llegar hasta la puerta de la calle y queriendo evitar los atropellamientos de la salida, tuvo la inspiración de aprovechar una puerta que estaba abierta y que conducía hasta la escalera por donde se ascendía a la cúpula. En esa puerta había un sacristán, de pie, contemplando con delicia la manifestación; miró a Pierre un momento y estuvo a punto de darle el alto; pero, sin duda, se sintió tolerante al ver la sotana, o más aún por efecto de la emoción profunda que lo dominaba. Indicó a Pierre con un ademán que pasase, y éste subió a paso ligero, para huir de todo aquello, para ascender más y más, hasta la paz y el silencio.

De pronto se hizo el silencio, los muros ahogaban los gritos, persistiendo solamente una especie de estremecimiento. La escalera era cómoda y clara, con anchos peldaños enlosados que se enroscaban alrededor de una especie de torre. Cuando salió al tejado de las naves, se le alegró el ánimo al volver a encontrarse a pleno sol y al respirar el aire puro y penetrante que soplaba allí como en campo raso. Se quedó asombrado al contemplar aquella inmensa sucesión de plomo, cinc y piedra, que vivía su existencia propia bajo el cielo azul. Allí veía cúpulas, campanarios, terrazas y hasta casas y jardines, las casas alegres y floridas de algunos obreros que tienen su residencia permanente encima de la basílica, dedicados de continuo a los trabajos de conservación. Allí se mueve, trabaja, ama, come y muere toda una pequeña

población. Quiso acercarse a la balaustrada, poseído por la curiosidad de examinar de cerca las estatuas colosales del Salvador y de los apóstoles, que coronan la fachada, dominando la iglesia de San Pedro; gigantes de seis metros, sometidos a constantes reparaciones, cuyos brazos, piernas y cabezas, carcomidos ya por el aire libre, sólo se sostienen a fuerza de cemento, de barras de hierro y de grapones. Pero al adelantar un poco el cuerpo para echar una mirada al amontonamiento rojizo de los tejados del Vaticano, creyó distinguir, ascendiendo de la plaza, el grito del que había venido huyendo. Y entonces reanudó su ascensión a toda prisa, por el pilar que conduce a la cúpula. Encontró primero una escalera, siguió luego por pasillos ahogados y oblicuos, por rampas entrecortadas con algunos escalones, entre los dos muros de la doble cúpula, la exterior y la interior. Acicateado por la curiosidad, empujó una puerta, y volvió a verse dentro de la basílica, a más de sesenta metros del suelo, en una estrecha galería que daba la vuelta a la cúpula, precisamente encima del friso en que se lee la inscripción *Tu es Petrus et super banc petram...*, en letras de siete pies de altura; y al asomarse para mirar el espantoso agujero que se abría debajo de él, con escapes profundos hacia los transeptos y las naves, recibió con violencia en pleno rostro el grito, el grito delirante de la muchedumbre, que, allá abajo, en medio de enorme bullicio, seguía lanzando clamores. Más arriba volvió a empujar otra puerta, se encontró con otra galería, encima de los ventanales, en el sitio en donde arrancan los mosaicos centelleantes; la muchedumbre, vista desde allí, le pareció más empequeñecida, más lejana, como perdida en el vértigo del abismo, en cuyo fondo parecían simples juguetes las estatuas gigantescas, el altar de la Confesión, el baldaquino triunfal de Bernini; y, a pesar de todo, el grito, el grito de idolatría y de guerra volvió a llegar hasta allí, le abofeteó con la brutalidad de un huracán que aumenta su furor con la distancia. Tuvo que ascender más, tuvo que subir más aún, hasta la galería exterior de la linterna, ya en pleno cielo, y sólo entonces dejó de oírlo.

¡Qué alivio delicioso le produjo al principio aquel baño de aire y de sol, aquel sumergirse en el infinito! Más arriba sólo había la bola de bronce dorado, a la que han ascendido emperadores y reinas, como lo atestiguan las pomposas inscripciones de los pasillos; la bola hueca dentro de la cual resuena la voz con estruendos de trueno, la bola en la que resuenan todos los ruidos del espacio. Había salido Pierre del lado del ábside, y su vista fue a caer primero sobre los jardines pontificios, cuyos macizos de árboles le parecieron, desde aquella altura, simples arbustos a ras de suelo; y reconstruyó su reciente paseo, la amplia explanada de césped, parecida a un

tapiz de Esmirna, de color ajado; el gran bosque de un verde profundo y glauco de mar en calma, el huerto y el viñedo, más familiares, muy cuidados. Las fuentes, la torre del Observatorio, el Casino en donde paseaba el papa las calurosas jornadas estivales, eran simples manchitas blancas en medio de los terrenos irregulares, tapiados a lo burgués por el terrible muro de León IV, que conservaba su aspecto de vieja fortaleza. Pierre dio luego vuelta alrededor de la linterna, a lo largo de la estrecha galería, y se encontró bruscamente frente a Roma, el panorama inmenso que se le presentaba de golpe; al oeste, en la lejanía, el mar; al este y al sur, cadenas sin fin de montañas, y, abarcando todo el horizonte, la Campaña romana, que semejaba un desierto uniforme y verdoso, y a sus pies la Ciudad, la Ciudad eterna. Jamás había experimentado, hasta aquel instante, una sensación tan majestuosa de la extensión. Allí estaba Roma, dentro del radio de una mirada, a vista de pájaro, con la nitidez de un plano geográfico en relieve. ¡Con un pasado como el suyo, con una historia tan grande, con semejante grandeza, y tan empequeñecida por la distancia! Casas liliputienses y bonitas como juguetes, apenas una manchita de moho en medio del vasto mundo. Y lo que más le exaltaba era el comprender de pronto, con toda claridad, de un vistazo, la forma en que estaba dividida la ciudad. Allá a lo lejos la ciudad antigua, en el Capitolio, en el Forum, en el Palatino; la ciudad papal en aquel burgo que quedaba debajo, en San Pedro y en el Vaticano, que daban la cara a la ciudad moderna, el Quirinal italiano, que se elevaba sobre la ciudad del medievo, agolpada al fondo del ángulo recto que forma el Tíber, con la corriente amarilla y pesada de sus aguas. Y acabó de coronar su asombro una última observación, el cinturón blanquecino que formaban los barrios nuevos alrededor del núcleo central de los viejos barrios rojizos, quemados por el sol, verdadero símbolo del rejuvenecimiento que se había intentado; las extremidades que se renovaban como por arte de milagro, en tanto que el viejo corazón sólo podía renovarse lentamente.

Aquella Roma con la que Pierre volvía a enfrentarse, envuelta en el sol ardiente del mediodía, no se parecía a la Roma toda claridad y transparencia que impregnaba de suavidad deliciosa el mismo astro en las horas del alba. Ya no era la Roma sonriente y discreta, medio velada por una bruma de oro, como arrebatada en un sueño de niñez. Ahora se presentaba inundada por una claridad cruda, con una dureza inmóvil, en un silencio de muerte. Los fondos del cuadro aparecían como quemados por una llama demasiado viva, ahogados en una polvareda que los aniquilaba. La ciudad entera se silueteaba violentamente sobre las lejanías descoloridas, formando grandes masas de luz

y de sombra, de rudas aristas. Se hubiera dicho que era una antiquísima cantera de piedra viva abandonada ya, recibiendo la luz desde lo alto y manchada únicamente de un verde oscuro por unos escasos islotes de árboles. En la ciudad antigua se distinguía la torre rojiza del Capitolio, los negros cipreses del Palatino, las ruinas del palacio de Septimio Severo, parecidas a huesos blanqueados, a un esqueleto de monstruo fósil arrastrado hasta allí por los diluvios. La ciudad moderna se erguía enfrente magnífica, con los largos edificios del Quirinal remozados, revocados de un amarillo crudo y brillante, extraordinario, entre las cimas vigorosas del jardín; y más allá, sobre las alturas del Viminal, a derecha, a izquierda, se alzaban los nuevos barrios con su blancura de yeso, formando toda una ciudad de tiza, cruzada por las mil pequeñas rayas de tinta de las ventanas. Y aquí y allá, a capricho, la laguna estancada del Pincio, la villa Medici con su doble campanil, el castillo de Sant'Angelo, de un tono de vieja herrumbre, el campanario de Santa María Maggiore ardiendo como un cirio, las tres iglesias del Aventino adormiladas entre las ramas, el palacio Farnese con sus tejas de oro viejo, cocidas por los estíos, las cúpulas del Gesù, de San Andrés del Valle, de San Juan de los Florentinos, y otras cúpulas, y más cúpulas, todas en plena fusión, incandescentes, en aquel horno del firmamento. Pierre entonces sintió que su corazón se cerraba otra vez, frente a aquella Roma tan violenta y dura, tan poco parecida a la Roma de sus ensueños, a la Roma del rejuvenecimiento y de la esperanza, con la que creyó haberse encontrado la primera mañana, y que ahora se esfumaba, para dejar lugar a la ciudad inmutable del orgullo y del dominio, obstinada en persistir bajo el sol hasta la muerte.

Pierre, aislado allí arriba, comprendió de pronto. Fue como si un dardo llameante se le hubiese clavado, en el espacio libre, sin límites, en que se cernía. ¿Era efecto de la ceremonia a la que acababa de asistir, era el grito fanático de esclavitud que bordoneaba todavía en sus oídos? ¿No sería más bien la visión de aquella ciudad acostada a sus pies, como reina embalsamada, que continúa reinando aún reducida a polvo dentro de su tumba? No hubiera podido asegurarlo; sin duda actuaban las dos causas. Pero se hizo en su cerebro una claridad completa, y tuvo la intuición de que el catolicismo no podía subsistir sin el poder temporal, que desaparecería fatalmente el día en que no reinase como rey en esta tierra. Al principio fue el atavismo el que exigió el imperio del mundo, fueron las fuerzas de la Historia, la larga serie de herederos de los cesares, los papas, los grandes pontífices por cuyas venas no había cesado de latir la sangre de Augusto. Aunque habitasen en el Vaticano, procedían de las mansiones imperiales del Palatino, del palacio de

Septimio Severo, y su política, a través de tantos siglos, había perseguido siempre y exclusivamente los ensueños de la dominación romana, el ver a todos los pueblos vencidos, sometidos y obedientes a Roma. Fuera de esta realeza universal, de la posesión total de los cuerpos y de las almas, perdía el catolicismo su razón de ser, porque la Iglesia no puede reconocer la existencia de un imperio o de un reino, si no es en el terreno político, y el emperador y el rey son simples delegados temporales, encargados de administrar a los pueblos mientras llega el momento de devolvérselos a ésta. Todas las naciones, la humanidad y con ella el mundo entero, pertenecen a la Iglesia, que las recibe de Dios. Si no las tiene hoy en día, real y verdaderamente, en sus manos, es porque se somete a la fuerza, porque no tiene más remedio que aceptar los hechos, pero con la reserva formal de que en todo ello hay una usurpación culpable, que se detentan culpablemente sus propiedades, mientras llega el momento en que se realicen las promesas de Cristo. Éste se encargará de devolverle, en un día señalado, y para siempre, el mundo y la humanidad, la omnipotencia. Tal es la verdadera ciudad futura, la Roma católica, soberana una vez más. Roma forma parte de esos sueños, es también a Roma a la que se anunció que sería eterna, es el suelo mismo de Roma quien ha dado al catolicismo la sed inextinguible del poder absoluto. Y de ahí precisamente que el destino del Papado estuviese ligado al de Roma, hasta el punto de que un papa que tuviese su residencia fuera de Roma dejaría de ser un papa católico. Y Pierre, apoyados los codos en la delgada rampa de hierro, inclinado sobre la sima en que la ciudad, agria y dura, iba desmigajándose bajo el sol abrasador, se quedó espantado, sintió pasar de pronto por sus huesos el gran estremecimiento de los seres y de las cosas.

Había algo que era evidente. Si tanto Pío IX como León XIII habían resuelto encerrarse en el Vaticano, como en una cárcel, era porque existía una necesidad que los sujetaba a Roma. El papa no es dueño de salir de Roma, no puede ser, fuera de allí, el jefe de la Iglesia. De igual manera, cualquiera que sea el criterio que tenga un papa del mundo moderno, no encontraría base, dentro de sí mismo, para renunciar al poder temporal. Éste constituye una herencia inalienable, que está obligado a defender; es además, una cuestión de vida o muerte, sin discusión posible. Por eso ha conservado León XIII el título de Señor de los dominios temporales de la Iglesia, tanto más que, al ser nombrado cardenal y prestar juramento, tuvo que jurar que conservaría intacto aquel dominio. Que Roma seguía siendo capital de Italia durante un siglo más, y los papas que se vayan sucediendo durante ese tiempo no cesarán en sus protestas violentas, reclamando su reino. Y si llega un día a realizarse un

arreglo, será seguramente con la base de que se les entregue un pedazo de territorio. Por eso, cuando se habló de conciliación, se afirmaba que el papa reinante imponía como condición formal el que se le reconociese por lo menos la ciudad Leonina, y que se neutralizase la vía que va de Roma al mar. No basta con nada, para llegar al dominio de todo hay que partir de algo. Porque la ciudad Leonina, aquel rincón estrecho de la ciudad, es ya en sí un dominio de rey; y de ahí se pasa a reconquistar todo lo demás, Roma primero, luego Italia, después las demás naciones y, finalmente, el mundo. La Iglesia no ha desesperado nunca, ni en aquellas horas en que, derrotada, destrozada, parecía que iba a morir. Ella no abdicará, no renunciará a las promesas de Cristo, porque se halla convencida de su ilimitado porvenir, de que es indestructible, eterna. Que le concedan una piedra en donde apoyar su cabeza para descansar, y ella no perderá la confianza de que el campo donde está la piedra vuelva a ser suyo, y después el imperio de que el campo forma parte. Si no es suficiente un papa para recobrar la herencia, vendrá otro, y vendrán otros diez, y veinte, que trabajarán para conseguirlo. No importa que pasen siglos. De ahí que aquel anciano de ochenta y cuatro años emprendiese tareas colosales que requerían la vida de varios hombres, seguro de que tras de él vendrían sus sucesores y de que aquellas tareas se proseguirían sin interrupción hasta llevarlas a buen término.

Y Pierre, al enfrentarse con la vieja ciudad dominadora y gloriosa, obstinada en conservar su púrpura, comprendió que su ideal de un papa puramente espiritual era una imbecilidad. Lo que él soñaba era algo tan distinto, estaba tan desplazado allí, que al pensarlo se apoderó de él la desesperación y la vergüenza. Aquel papa suyo, puramente evangélico, y, por consiguiente, puramente espiritual, rey de almas únicamente, carecía de sentido para el criterio de un prelado romano. Al recordar la corte papal, inmovilizada en los ritos, en el orgullo y en la autoridad, vio de súbito que aquello debía de inspirarles horror y, por decirlo así, repugnancia física. ¡Cuál no sería su asombro y su desprecio al tropezar con la sorprendente imaginación del norte, un papa sin posesiones y sin súbditos, sin casa militar y sin honores reales, puro espíritu, pura autoridad moral, encerrado en el interior de su templo, gobernando el mundo con su gesto de bendición, nada más que por la bondad y por el amor! Eso no era más que una creación gótica, envuelta en brumosas, para la inteligencia de este clero de latinos, de estos sacerdotes de la luz y de la magnificencia, piadosos, desde luego, y hasta supersticiosos, pero que dejaban a Dios bien guardado en su tabernáculo y se dedicaban a gobernar en su nombre, sirviendo de la mejor manera posible



los intereses del cielo, empleando, como es natural, todas las artimañas de los hombres políticos, viviendo de expedientes en medio de las pugnas de intereses humanos, avanzando con paso discreto de diplomáticos a la victoria terrestre y definitiva de Cristo, porque ha de llegar el día en que éste reine sobre los pueblos, en la persona del papa. ¡Qué estupefacción la de los prelados franceses, la de monseñor Bergerot, santo obispo que sólo vivía para el renunciamiento y la caridad, cuando caía en este mundo del Vaticano! ¡Qué dificultades al principio para ver claro, para ponerse a punto, y qué dolor después, al comprobar que no hay manera de entenderse con estos sin patria, con estos hombres internacionales que viven inclinados sobre el mapa de ambos mundos, sumergidos en un sin fin de combinaciones que han de asegurarles el imperio! Era preciso pasar días y días, había que vivir en Roma, y sólo al cabo de un mes de estancia en ella, por efecto de la crisis violenta de las pompas regias de San Pedro, enfrentándose con la antigua ciudad que dormía profundamente al sol, rumiando su sueño de eternidad, había Pierre conseguido comprender.

Abatió su mirada hacia la plaza, allá abajo, frente a la basílica, vio la oleada de gentes, los cuarenta mil fieles que salían, como una avalancha de insectos, como un hormigueo negro sobre el blanco pavimento. Y le pareció entonces que volvía a oírse el grito: *Evviva il papa re! Evviva il papa re!* ¡Viva el papa rey, viva el papa rey! Hacía un instante, cuando ascendía por las escaleras interminables, le había parecido que el coloso de piedra se estremecía por efecto de ese grito frenético, lanzado bajo sus bóvedas. Y aun ahora, en pleno firmamento, parecía llegar el mismo grito hasta él, a través del espacio. Pero, si este coloso que tenía sus pies vibraba todavía, ¿no es verdad que era como una última subida de savia a todo lo largo de sus viejos muros, un rebrotar de la sangre católica que quiso, en otro tiempo, que fuese tan desmesurado, como un rey de los templos, y que aun hoy intentaba inyectarle un soplo poderoso de vida, en el momento preciso en que la muerte rondaba sus naves demasiado espaciosas y solitarias? La muchedumbre continuaba saliendo, llenaba ya la plaza, y Pierre sintió atenazado su corazón por una gran tristeza, porque aquel grito suyo había barrido la última esperanza que tenía. La víspera, después de la recepción de los peregrinos, en la sala de las Beatificaciones, consiguió mantener todavía alguna ilusión, olvidando que la necesidad de dinero tiene sujeto al papa a lo terrenal; se empeñó en no ver en él más que al anciano débil, todo espíritu, resplandeciente como un símbolo de la autoridad moral. Pero su fe en este pastor evangélico, desembarazado de los bienes terrenales, rey únicamente del

cielo, se había acabado ahora. No era solamente el dinero de San Pedro el que imponía una dura servidumbre a León XIII, porque éste era, además, prisionero de la tradición, rey eterno de Roma, clavado a esta tierra, incapacitado para abandonar la ciudad ni para renunciar al poder temporal. El final de todo aquello era la muerte sobre el sitio mismo, y la cúpula de San Pedro se derrumbaría, como se había derrumbado el templo de Júpiter Capitolino, para que el catolicismo cortase la hierba de sus ruinas, en tanto que el cisma estallaba en otra parte, predicando una fe nueva para los pueblos nuevos. Pierre tuvo esa visión trágica y grandiosa, vio su ensueño destruido, su libro arrebatado por aquel grito que se iba esparciendo en todas direcciones, como si quisiese volar hasta los cuatro puntos cardinales del mundo católico: *Evviva il papa re! Evviva il papa re!* ¡Viva el papa rey, viva el papa rey! Y le pareció sentir al propio tiempo cómo oscilaba el gigante de mármol en el resquebrajamiento de las viejas sociedades podridas.

Pierre emprendió finalmente el descenso, y otra vez, con viva emoción, tropezó con monseñor Nani, que estaba en el tejado de las naves, en la explanada soleada, capaz de abrigar una ciudad entera. El prelado iba de acompañante de las dos señoras francesas, madre e hija, felices y contentas, a las que les había ofrecido seguramente llevarlas hasta lo alto de la cúpula. En cuanto vio al joven sacerdote, se acercó y le preguntó:

—¿Qué me dice usted, querido hijo? ¿Le ha impresionado el desfile?

Y con sus ojos escrutadores le hurgaba en el alma, para comprobar el efecto causado por la prueba. Pareció satisfecho, y se rió cariñosamente.

—Vamos, vamos... Es usted, a pesar de todo, un muchacho razonable. Empiezo a creer que el desdichado asunto que lo ha traído aquí tendrá un feliz desenlace.

## VIII

**P**ierre acostumbraba, las mañanas en que permanecía en el palacio de Boccanera, sin salir a la calle, a pasar las horas en el estrecho jardín abandonado, que terminaba en otro tiempo en una especie de balcón con pórtico desde el que se bajaba al Tíber por una doble escalinata.

Hoy formaba este jardín un rincón de soledad deliciosa, inundado por el buen aroma de las naranjas maduras, de naranjos centenarios cuya alineación simétrica era la única indicación del trazado de las primitivas avenidas, desaparecidas ya bajo la capa de hierbas silvestres. Volvía también a aspirar el olor de los bojés amargos, de los grandes bojés que crecían en lo que antes fuera estanque central, y que había sido cegado por desprendimientos de tierra.

Se saboreaba allí, en las mañanas de octubre, tan luminosas, de un encanto tan tierno y tan penetrante, la dulzura infinita de vivir. Pero el sacerdote traía sus ensueños del norte, la preocupación del dolor, su alma de piadosa y constante fraternidad, y por eso le resultaba todavía más dulce la caricia del claro sol en aquella atmósfera de amor voluptuoso. Iba a sentarse junto al muro de la derecha, sobre un fragmento de columna colocada en sentido horizontal, a la sombra de un laurel enorme, que proyectaba una sombra prieta, de una frescura balsámica. Y a su lado, en el antiguo sarcófago verdegueante, en el que unos faunos lascivos violaban a unas mujeres, ponía la persistente música de su nota de cristal el hilillo de agua que caía de la máscara trágica. Allí leía los periódicos, y las cartas, una correspondencia muy fluida con el buen abate Rose, que le tenía al corriente de su obra, de las pobres gentes de aquel París sombrío, helado ya por las nieblas, ahogado en el barro. Qué efecto producían esas desdichas de país frío, esas madres y esos niños que empezaban muy pronto a tiritar en el interior de las buhardillas mal cerradas, y los hombres en paro forzoso por culpa de las fuertes heladas, tanta agonía bajo la capa de nieve en aquel mundo de los pobres, cuando leía su descripción acariciado por los rayos del sol, perfumado con sabor de frutas, en el país del cielo azul y de la feliz ociosidad, en el que, aun en pleno

invierno, se podía dormir a la intemperie, al abrigo de los vientos, sobre las tibias losas.

Una mañana se encontró Pierre a Benedetta, que estaba sentada en el fragmento de columna que servía de banco. La joven dejó escapar un pequeño grito de sorpresa y permaneció unos instantes como pillada en falta, porque en aquel preciso instante tenía entre sus manos el libro del sacerdote, *La nueva Roma*, que ya antes había leído una vez, sin comprenderlo del todo. Pero luego insistió en que se quedase con ella, confesándole con magnífica franqueza, y con su sosegado buen juicio, que había ido allí para poder estar sola y aplicarse en la lectura, lo mismo que una alumna ignorante. Conversaron como amigos, y Pierre pasó una hora encantadora. Aunque Benedetta evitaba hablar de ella misma, Pierre comprendió perfectamente que eran sólo sus penas las que la hacían acercarse a él, como si los sufrimientos le hubiesen ensanchado el corazón, hasta hacer que se preocupase de cuantos sufrían en este mundo. Nunca hasta entonces había pensado Benedetta en aquellas cosas, amparada en su orgullo de patricia, para quien la jerarquía venía a ser una ley divina, en lo alto las gentes felices, y abajo los miserables, sin que fuese posible cambio alguno. ¡Cuál no sería, pues, su asombro frente a ciertas páginas del libro, qué esfuerzo exigía de ella la iniciación! ¿Cómo? ¡Había, pues, que interesarse por el pueblo bajo, había que hacerse a la idea de que tenía la misma alma, los mismos pesares que nosotros, era preciso trabajar por su felicidad como por la de un hermano! Benedetta se dedicaba a ello con ahínco, aunque sin grandes resultados, con el sordo temor de cometer un pecado, porque lo mejor es no alterar en nada el orden social establecido por Dios y consagrado por la Iglesia. Era, desde luego, una mujer caritativa, y no dejaba de dar las pequeñas limosnas habituales; pero no daba su corazón, carecía totalmente de altruismo, de verdadera simpatía, porque había nacido y crecido con el atavismo de una raza distinta, nacida para ocupar, aun allí en el cielo, un trono por encima de la plebe de los elegidos.

No fue ésta la última mañana que volvieron a encontrarse a la sombra del laurel, cerca de la fuente cantarína; Pierre, que nada tenía que hacer, cansado de esperar una solución que parecía retrasarse siempre, se entregó con verdadera pasión a la tarea de insuflar la fraternidad libertadora en aquella joven tan bella, que irradiaba amor juvenil. Seguía inflamado por una idea, le parecía estar catequizando a Italia misma, reina de la belleza que dormitaba todavía en medio de la ignorancia, y que sería capaz de volver a encontrar su antigua grandeza el día que abriese los ojos a los nuevos tiempos, ensanchando su espíritu, llenándolo de piedad para las cosas y para las gentes.

Le leyó las cartas del bondadoso abate Rose, la hizo sentir escalofríos ante el espantable sollozo que sale de las grandes ciudades. Ella, que tenía esa mirada profunda de ternura, que emanaba de todo su ser la felicidad de amar y de ser amada, ¿por qué no había de convenir con él en que la única posibilidad de salvación de la humanidad doliente radicaba en la ley del amor, que corría peligro de muerte a fuerza de odios? Benedetta lo reconocía, se esforzaba por serle grata, asegurándole que creía en la democracia, en que había que refundir fraternalmente a la sociedad, pero eso en los demás países, no en Roma, porque, a pesar suyo, le venía a los labios una risa afectuosa, ante la sola idea de ver a los actuales habitantes del Trastevere fraternizando con los moradores de los viejos palacios principescos. ¡No era posible, no era posible! Las cosas llevaban de aquella manera demasiado tiempo, por qué cambiarlas ahora. En una palabra: el discípulo no hacía progresos, y sólo la conmovía aquella fiebre de amar que ardía con tanta intensidad en el sacerdote, fiebre de amar que había apartado castamente de toda criatura en particular, para dedicarla por completo a todos los seres humanos en conjunto. Y durante aquellas mañanas soleadas de octubre se estableció entre ellos un lazo de exquisito cariño, y, en realidad, se amaron, con un amor profundo y puro en que se condensaba el gran amor que los devoraba a los dos.

Un buen día Benedetta, apoyando su codo en el sarcófago, habló de Dario, cuyo nombre había evitado pronunciar hasta entonces. ¡Qué discreto y arrepentido se mostraba el pobre amigo, después de aquel ataque de demencia brutal! Al principio, para ocultar su vergüenza, se fue a pasar tres días a Nápoles, y se aseguraba que Tonietta, la amable joven de los ramilletes de rosas blancas, perdidamente enamorada, corrió a reunirse con él. Y desde que había regresado al palacio, procuraba no quedarse a solas con su prima, y sólo se veía con ella los lunes por la tarde, y allí imploraba su perdón con los ojos, sin abandonar su expresión sumisa.

—Ayer —siguió diciendo Benedetta— tropecé con él en la escalera y le di la mano; se puso muy contento, porque comprendió que se me había pasado el enojo... ¿Qué quiere usted? No se puede mostrar severidad demasiado tiempo. Además, temo que acabe por comprometerse con esa mujer, si se entrega demasiado a ella. Es necesario que sepa que continúo amándole, que le espero siempre... ¡Porque es mío, mío solamente! Y si yo pudiese pronunciar una sola palabra, estaría aquí, entre mis brazos, para siempre. Pero nuestros asuntos marchan mal, muy mal.

Se calló, y en sus ojos aparecieron dos gruesas lágrimas. En efecto, el proceso de anulación del matrimonio parecía estancarse ante obstáculos de

todo género que surgían, uno tras otro, todos los días.

A Pierre le conmovieron profundamente aquellas lágrimas, tan raras en ella. Benedetta le había confesado en alguna ocasión, con su serena sonrisa, que ella no sabía lo que era llorar. Pero ahora se derretía su corazón, y permaneció unos instantes abatida, con los codos sobre el sarcófago musgoso, medio carcomido por el agua, mientras el hilillo de agua clara que caía de las fauces abiertas de la máscara trágica seguía su desgranar de perlas, como notas de flauta. Surgió bruscamente ante el sacerdote la idea de la muerte, viéndola, tan joven y deslumbrante de belleza, desfallecer al borde de aquel mármol en el que los faunos se precipitaban por entre las mujeres, en una bacanal frenética, pregonando la omnipotencia del amor, de cuyo símbolo solían servirse los ancianos para afirmar la eternidad de la vida. Un ligero hálito de viento caliente corrió por la soledad silenciosa y soleada del jardín, cargado con el olor penetrante de los naranjos y de los bojés.

—¡El que ama, sabe ser fuerte! —dijo él en voz muy baja.

—¡Es cierto, tiene usted razón! —replicó ella, volviendo a sonreír—. Es que soy una chiquilla... Y la culpa la tiene usted, con su libro. Sólo cuando sufro acierto a comprenderlo... ¿No es cierto que, a pesar de todo, voy progresando? Ya que usted lo quiere así, ¡quiero tener por hermanos a todos los pobres, quiero que sean mis hermanas todas las mujeres que sufren como yo!

Por lo general, era Benedetta la que se retiraba primero a sus habitaciones, y Pierre se quedaba allí un rato más, bajo el laurel, solo, envuelto en el leve perfume de mujer que ella dejaba. Y soñaba confusamente en cosas dulces y tristes. ¡Qué dura se mostraba la vida con los pobres mortales que ardían en la fiebre única del amor! El silencio se había hecho más profundo a su alrededor, todo el viejo palacio reposaba en su pesado sueño de ruina, con su patio contiguo sembrado de hierba, rodeado de su pórtico muerto, en el que se enmohecían los mármoles de las excavaciones, un Apolo sin brazos y el torso decapitado de una Venus; y de tanto en tanto, aquel silencio de tumba, turbado por el retumbar brusco de la carroza de un prelado que venía a visitar al cardenal, y que se metía por debajo del pórtico y giraba en el patio desierto, con gran estrépito de ruedas.

Llegó un lunes en que no se reunieron en el salón de donna Serafina más que los jóvenes. Monseñor Nani había estado nada más que un momento, monseñor Sarno acababa de marcharse. La misma donna Serafina, sentada en su sitio de costumbre, junto a la chimenea, parecía mantenerse apartada, fijos los ojos en el puesto, ahora vacío, del abogado Morano, empeñado en no

volver por allí. Dario, el abate Pierre y Narcisse Habert estaban de pie, hablando y riendo, delante del canapé en que estaban sentadas Benedetta y Celia. Narcisse se entretenía desde hacía rato en gastar bromas al príncipe, asegurando que le había visto acompañado de una joven preciosa.

—No se empeñe en negarlo, amigo mío, porque le aseguro que era una mujer soberbia... Caminaban ustedes juntas, y se metieron por una callejuela solitaria, creo que era el Borgo Angelico, y yo no les seguí por discreción.

Dario se sonreía, sin dar muestras de embarazo, como hombre feliz que no es capaz de renunciar a su afición apasionada por todo lo bello.

—Era yo, desde luego, y no tengo por qué negarlo... Pero no es el asunto como usted se lo imagina.

Y volviéndose hacia Benedetta, a la que también divertía la anécdota, sin sombra alguna de inquietud celosa, al contrario, como si la hiciese feliz el pensar en el placer visual que había tenido Dario, agregó:

—Verás, se trata de esa pobre joven que me encontré hace algunas semanas anegada en lágrimas... ¿No te acuerdas? Esa obrera del taller de perlas que sollozaba por no tener trabajo y que, al darle yo una moneda de plata, se puso colorada y echó a correr delante de mí para llevarme a casa de sus padres... Pierina, ¿caes ya?

—Pierina, sí; ya caigo.

—Pues desde entonces me la he encontrado cuatro o cinco veces. Y, lo confieso, es una mujer de tan extraordinaria belleza, que me detengo a hablar con ella... Hace unos días la acompañé hasta la casa de un fabricante. Pero no consiguió el trabajo, y se echó a llorar otra vez; y ¿qué iba yo a hacer? Pues besarla, para consolarla un poco. ¡Y se emocionó, y se quedó contenta, encantada!

Ahora se reían todos. Pero la primera en calmar su risa fue Celia, que dijo con voz severa:

—Usted sabe ya, Dario, que ella le ama. Y no hay que ser cruel.

Sin duda que Dario era de la misma opinión, porque volvió a mirar a Benedetta, y movió alegremente la cabeza, como diciendo que él, por su parte, no la amaba, aunque ella le amase. ¡Se trataba de una obrera de un taller de perlas, de una joven del pueblo bajo! ¡No! Aunque fuese una Venus, no era una querida posible. Aquella aventura romántica le hizo mucho gracia, y Narcisse fue componiendo con ella un soneto según la moda antigua: «La hermosa perlera se enamoró locamente del joven príncipe que pasaba, hermoso como un sol, y que, conmovido por su infortunio, un escudo le dio; la hermosa perlera, a partir de aquel momento, sintió trastornado su corazón,

al verlo tan caritativo como hermoso, y ya no hizo más que soñar con él, siguiéndole a todas partes, atada a sus andanzas por un lazo de fuego; y, en fin, la bella perlera que una noche se negó a recibir el escudo, pidiendo con ojos sumisos y tiernos al joven príncipe que le hiciese limosna de su corazón». A Benedetta le agradó muchísimo aquel juego. Pero Celia, a pesar de su rostro angelical, de su expresión de niña ignorante de todo, permanecía muy seria, y repetía tristemente:

—Dario, Dario, que ella le ama, y no hay que hacerla sufrir.

Y entonces la contessina se apiadó también.

—Estas pobres gentes no son nada felices.

—¡Es una miseria increíble la suya! —exclamó el príncipe—. El día que me condujo hasta su casa, allá en Prati di Castello, creí ahogarme. ¡Es una casa horrible!

—Ahora caigo en la cuenta —siguió diciendo Benedetta—, de que proyectamos el hacer una visita a estas pobres gentes, y hemos hecho mal en haberlo demorado hasta ahora... ¿No es cierto, señor abate Froment? Usted mostró deseos de acompañarnos, para tomar notas, para conocer de cerca a las clases pobres de Roma.

Benedetta alzaba los ojos hacia Pierre, que llevaba un tiempo sin decir nada. Y a Pierre le emocionó el que Benedetta se acordase del proyecto caritativo; porque percibió en el leve temblor de su voz que se esforzaba por demostrar que era una alumna dócil, y que hacía progresos en el amor de los humildes y de los miserables. Por lo demás, se había apoderado de él nuevamente el ardor de su apostolado.

—Yo no me marcharé de Roma sin haber visto antes al pueblo que sufre, falta de trabajo y de pan. Ésa es la enfermedad que aqueja a todas las naciones, y sólo acabando con la miseria puede venir la salvación. Cuando las raíces del árbol no tienen alimento, el árbol se seca.

—¡Pues bien! Vamos a quedar ahora mismo, y usted nos acompañará al barrio de Prati di Castello... Dario nos llevará.

Éste, que había escuchado al sacerdote con expresión de asombro, sin comprender bien la imagen del árbol y de sus raíces, exclamó desconsolado y en son de protesta:

—No, prima, no; llévate tú al señor abate por esos sitios, si eso te divierte... Yo he ido ya una vez, y no vuelvo. Les doy mi palabra de que, cuando regresé a mi casa traía revueltos el cerebro y el estómago, y estuve a punto de tener que meterme en la cama... ¡Yo no voy! Son cosas demasiado tristes, y no es posible resistir semejante abominación.



Entonces surgió desde el rincón de la chimenea una voz descontenta. Donna Serafina salía, por fin de su largo silencio.

—¡Tiene razón Dario! Envíales una limosna, y yo sumaré también la mía... Existen lugares más útiles de ver, y que podrías mostrar al señor abate. ¡Vaya un recuerdo que quieres que lleve de nuestra ciudad!

En el fondo de su mal humor no había otra cosa que orgullo romano. ¿Que se sacaba con enseñar esas lacras a los extranjeros, que tal vez llegaban a Roma acicateados por una curiosidad hostil? Era preciso mostrarse siempre acicalado, no presentar a Roma sino con toda su aureola de gloria. Pero Narcisse se había echado sobre Pierre.

—Es cierto, amigo mío, que se me había olvidado recomendarle que hiciese esa excursión... No deje de ver, en modo alguno, el nuevo barrio que se ha construido en Prati di Castello. Es típico y en él se condensan todos los demás. No dará usted por mal empleado su tiempo, se lo aseguro, porque no hay cosa que retrate mejor la Roma actual. Es algo extraordinario, de veras.

Y volviéndose hacia Benedetta, le dijo:

—Quedamos, pues, conformes. Iremos, si le parece, mañana por la mañana... Nosotros la esperaremos a usted allí; quiero empezar por contar todo al señor abate, para que pueda comprender... ¿Quedamos citados para las diez?

La contessina, que antes de contestar se había vuelto hacia su tía, le hizo frente, con todo respeto.

—Vamos, tía; el señor abate ha debido tropezar ya en nuestras calles con bastantes mendigos, y puede verlo todo. Por lo demás, a estar a lo que dice su libro, no verá en Roma cosas mayores de las que ha visto en París. El hambre, como dice en uno de los pasajes de su libro, es en todas partes igual.

Y luego la emprendió con Dario, con acento amable y expresión comprensiva.

—Ya sabes, Dario, que me darías un alegrón acompañándome hasta allí. Si no vienes tú, parecería que cayésemos del cielo... Tomaremos el carruaje para ir hasta allí, nos daremos un precioso paseo... Hace ya mucho tiempo que no hemos salido juntos.

Era esto precisamente lo que a Benedetta le encantaba, el tener un pretexto para llevarle en su compañía y reconciliarse por completo con él. Dario lo comprendió, y no pudo escabullirse. Y dijo bromeando:

—Tú vas a tener la culpa, prima, de que tenga pesadillas durante toda la semana. Una excursión de placer, como ésta, es para amargarle a uno durante ocho días la felicidad de vivir.

Estallaron otra vez las risas, al ver que se estremecía de indignación, y la cita quedó definitivamente concertada para las diez de la mañana, a pesar de la muda desaprobación de donna Serafina. Celia declaró, al retirarse, que lamentaba mucho no poder tomar parte. En realidad, su inocencia reservada de lirio en capullo se tomaba interés nada más que por Pierina. Por eso, al salir a la antecámara, se inclinó al oído de su amiga.

—Ya te fijarás bien, querida Benedetta, en la hermosura de esa mujer. Y ya me dirás si es de veras hermosa, bellísima, la más bella mujer que existe.

Al día siguiente se encontraron Narcisse y Pierre, a las nueve de la mañana, cerca del castillo Sant'Angelo, y le sorprendió a este último el encontrar a su amigo poseído otra vez por su entusiasmo artístico, lánguido y exagerado. Al principio no se habló para nada de los nuevos barrios, ni de la espantosa catástrofe financiera que habían desatado. El joven refirió que se había levantado con el alba y que había ido a pasar una hora frente a la Santa Teresa de Bernini. Aseguraba que si se le pasaban ocho días sin verla, experimentaba verdadera aflicción y sentía el corazón oprimido, como si le faltase una amante muy querida. La amaba de distinta manera según la hora en que iba a verla, a causa de la luz: por la mañana, a la luz del alba que la ataviaba de blancura, la quería con un arrebato místico de su alma; por la tarde, con la roja pasión de la sangre de los mártires, porque se envolvía en los rayos oblicuos del sol poniente, cuya llama parecía caer a chorros sobre ella.

—Amigo mío —exclamó con expresión fatigada, con ojos anegados en lágrimas color de malva—, no puede formarse usted una idea de su turbador y delicioso despertar de esta mañana... Era una virgen ignorante y pura que abría lánguidamente los ojos, aniquilada de voluptuosidades, sumida aún en el espasmo de sentirse poseída por Jesús... ¡Era para morirse!

Pero habían andado un poco y ya se había calmado, recobrando su voz segura de joven práctico, que sabía andar con paso firme por la vida:

—Dejemos eso, y vamos a acercarnos poco a poco a Prati di Castello, cuyos edificios puede usted ver allá, frente a nosotros. Y mientras caminamos le contaré todo lo que yo sé; es una historia de lo más extravagante, uno de esos ataques de locura de la especulación, que tienen la belleza de una obra monstruosa de algún genio trastornado... Conozco todo lo que ha pasado porque me lo han referido parientes míos que han andado metidos en el juego y han ganado, ¿por qué callarlo?, sumas considerables.

Y refirió la extraordinaria aventura, con toda la claridad y precisión de un hombre de negocios, manejando los términos técnicos con perfecta soltura. Al

día siguiente de la conquista de Roma, cuando Italia entera deliraba de entusiasmo, pensando en que al fin era suya la capital tan ansiada, la ciudad antigua y gloriosa, la eterna a quien se había prometido el imperio del mundo, se produjo una explosión, muy legítima, de la alegría y de la esperanza de un pueblo joven, que acababa de constituirse y que sentía prisa por afirmar su poderío. Se trataba de tomar posesión de Roma, de convertirla en una capital moderna, digna de un gran reino; y, ante todo, la cuestión que se imponía era la del saneamiento, la de desembarazarla de las basuras que la deshonraban. Es imposible imaginar, a estas alturas, toda la inmunda suciedad en que chapoteaba la ciudad de los papas, la *sporca* Roma, tan echada de menos por los artistas: no había letrinas, las necesidades se hacían en la vía pública, las ruinas augustas estaban convertidas en vertederos, los alrededores de los viejos palacios principescos estaban mancillados con toda clase de detritus, las materias en descomposición surgían por todas partes, y las calles eran verdaderas cloacas infectas, de las que brotaban continuas epidemias. Se imponía la necesidad de llevar a cabo grandes trabajos edilicios, constituían éstos una verdadera medida de salud, eran el rejuvenecimiento, la seguridad de una vida más dilatada; y había también que pensar en construir nuevas casas para los nuevos habitantes que empezaban a afluir de todas partes. Después de constituirse el imperio alemán se presentó una situación idéntica: la población de Berlín creció de una manera fulminante, por centenares de miles de almas. También Roma iba seguramente a doblar, triplicar, quintuplicar su población, atrayendo hacia ella las fuerzas vivas de las provincias, convirtiéndose en el centro de la vida nacional. Y a estas consideraciones se sumó el orgullo; había que demostrar al Gobierno, ya caído, del Vaticano, todo lo que era capaz de realizar Italia, y el esplendor que iba a irradiar la nueva Roma, la tercera Roma, que estaba llamada a sobrepasar a las otras dos, a la imperial y a la papal, por la magnificencia de sus arterias y el oleaje desbordante de sus muchedumbres.

Sin embargo, el proceso de la edificación se movió con cierta circunspección durante los primeros años. Se tuvo la prudencia de no construir más que conforme se iban haciendo sentir las necesidades. La población se había duplicado de golpe, pasando de doscientos a cuatrocientos mil habitantes: era todo un pequeño mundo de empleados y de funcionarios, que llegó con las oficinas de las administraciones públicas, toda la batahola de gentes que viven o esperan vivir del Estado, sin contar con las personas ociosas, y con la gente de vida alegre que arrastra consigo una corte. Tal fue la causa primera de aquella borrachera, nadie tuvo ya duda de que iba a

continuar la marcha ascensional, y de que incluso se acentuaría. Ya no bastaba, pues, la ciudad, tal como había sido hasta entonces; había que hacer frente sin más tardar a las necesidades del mañana, ensanchando Roma fuera de sus límites, en todos los antiguos barrios desiertos. Se citaba también como ejemplo al París del segundo imperio, que se había convertido en una ciudad toda luz y salud. Por desgracia, no hubo en las márgenes del Tíber desde el principio un plan de conjunto, ni un hombre con un criterio claro que se adueñase de la situación con el apoyo de sociedades financieras poderosas. Y la especulación coronó lo que había empezado el orgullo, la ambición de sobrepasar en esplendor a la Roma de los césares y de los papas, la voluntad de rehacer la ciudad eterna, predestinada, centro y reina de la tierra. Fue uno de esos extraordinarios huracanes del agiotaje, una de esas tempestades que nacen, rugen, destruyen y arrasan todo, sin que haya nada que anuncie su proximidad ni sea capaz de detenerlas. Empezó, de pronto, a correr la voz de que ciertos terrenos que se habían comprado a cinco francos el metro se habían vuelto a vender a cien; y se encendió la fiebre, la fiebre de todo un pueblo apasionado por el juego. Sobre Roma, la más incauta y noble de las presas, había caído una bandada de especuladores, procedentes de la alta Italia. Y empezó para aquellos montañeses, pobres y hambrientos, la ralea de los apetitos, en aquel mediodía voluptuoso, en donde tan fácil es la vida; de modo, pues, que las delicias del clima, corruptoras por sí mismas, activaron la descomposición moral. Por lo demás, bastaba con tomarse el trabajo de agacharse, porque las monedas se recogían a paladas entre los escombros de los primeros barrios en que se derribaron las construcciones viejas. Gentes astutas, de esas que presienten el trazado de las nuevas vías de comunicación, habían comprado los inmuebles amenazados de expropiación y multiplicaron sus capitales en menos de dos años. Y así fue como aumentó el contagio, hasta infectar a toda la ciudad, de unos a otros; el ciclón arrastró a su vez a los nativos, fue un delirio de todas las clases sociales, de los príncipes, de los burgueses, de los pequeños propietarios, hasta de los pequeños tenderos, panaderos, almacenistas de ultramarinos y zapateros de obra; se citaba pasado el tiempo el caso de un simple panadero, que había hecho una quiebra de cuarenta y cinco millones. Aquello no era ya más que un juego exasperado, un juego formidable, cuya fiebre había sustituido al tranquilo azar de la lotería papal, juego en que se cruzaban millones, en el que los terrenos y los edificios eran ya cosa ficticia, simples pretextos para operaciones de Bolsa. El viejo orgullo atávico que había soñado con transformar a Roma en capital del mundo se exaltó hasta la demencia, en aquel agudo acceso de la especulación,

comprando terrenos, levantando casas para luego venderlas, sin tasa ni medida, como se lanzan acciones, todas las que pueden producir las máquinas de imprimir.

Se puede asegurar que ninguna ciudad ha ofrecido en su evolución un espectáculo igual. Cuando se pone uno a meditar hoy en lo ocurrido, se queda perplejo, por mucho que se esfuerce en comprenderlo. El número de habitantes pasaba ya de los cuatrocientos mil, mas se quedaba estacionario; pero esto no era óbice para que brotasen del suelo barrios y más barrios nuevos, en una vegetación cada vez más tupida. ¿Dónde estaban las gentes del futuro para las que se edificaba de una manera tan desafortada? ¿Qué clase de aberración era aquella que impulsaba a las gentes a no esperar la llegada de los habitantes, a preparar, sin más, miles de viviendas para las familias futuras, para todas las que era posible que viniesen? La única excusa consiste en que de antemano y como una verdad indiscutible se había sentado la afirmación de que la tercera Roma, la capital triunfal de Italia, no podía tener menos del millón de almas. No habían ido todavía, pero irían seguramente; el patriota que dudaba, cometía un crimen de lesa patria. Y se edificaba, se edificaba, se edificaba sin descanso, para aquel medio millón de gentes que venían camino de Roma. Nadie se preocupaba del día en que llegarían: bastaba con tener la seguridad de que habrían de llegar. En la misma Roma, las sociedades que se habían formado para la construcción de las grandes vías, cruzando los viejos bloques de edificios y derribándolos, lograban vender sus inmuebles o los alquilaban, realizando grandes beneficios. Pero, a medida que la locura iba en aumento, se crearon otras sociedades para dar satisfacción a aquel afán de lucro, siendo su finalidad el levantar, fuera de Roma, otros barrios, barrios nuevos, verdaderas pequeñas ciudades, que no hacían ninguna falta. Como por obra de magia, surgieron nuevos barrios en Porta San Giovanni, en Porta San Lorenzo. Se empezó a esbozar una ciudad en los inmensos terrenos de Villa Ludovisi, desde Porta Salaria hasta Porta Pia y Santa Inés. Finalmente, en Prati di Castello se tuvo la pretensión de hacer surgir de golpe una ciudad, con su iglesia, su escuela y su mercado. Y lo que se construía no eran casitas para obreros, habitaciones modestas para los empleados y la gente del pueblo, sino que se edificaban construcciones colosales, verdaderos palacios de tres y cuatro pisos, que presentaban un desarrollo uniforme y desmesurado de fachadas, constituyendo de este modo barrios excéntricos, propios de ciudades babilónicas, que sólo algunas capitales de vida muy intensa y de mucha industria, como París y Londres, serían capaces de poblar. Eran verdaderos artefactos monstruosos, fruto del

orgullo y del juego. ¡Qué página de la Historia, qué amarga lección la de esa Roma, arruinada hoy, y, además, deshonrada, por ese feo cinturón de grandes esqueletos blancuzcos y vacíos, casi todos sin terminar, cuyos escombros empiezan a amontonarse en las calles donde ha crecido la hierba!

El derrumbamiento fatal, el desastre fue espantoso. Narcisse le iba explicando los motivos, iba marcando las diversas fases, con tal claridad, que Pierre comprendió todo. En aquel terreno abonado de la especulación brotaron, como era natural, numerosas sociedades financieras, la Immobiliare, la Società Edilizia, la Fondiaria, la Tiberina, la Esquilino. Casi todas ellas se dedicaban a hacer construir, levantaban casas enormes, calles enteras, para revenderlas. Pero especulaban también con los terrenos, los cedían, con un gran margen de ganancia, a los pequeños especuladores que surgían por todas partes de improviso, soñando con realizar a su vez beneficios, gracias al alza constante y ficticia determinada por la creciente fiebre especuladora. Pero lo peor del caso era que hasta los burgueses, los pequeños tenderos sin experiencia y sin capital, se contagiaban de la locura y hacían también construir con dinero prestado por los bancos, o dirigiéndose a las mismas sociedades que les habían vendido los terrenos y pidiéndoles, con la garantía de los mismos, el dinero que necesitaban para terminar la construcción de los edificios. La mayoría de las veces, y para no perderlo todo, se veían un buen día las sociedades en la necesidad de quedarse con el terreno y con el edificio, sin terminar, lo que provocaba el colapso de sus negocios que habría de llevarlas a la muerte. De haber acudido, en efecto, el millón de habitantes a ocupar las habitaciones que le habían sido preparadas, en un momento de optimismo extraordinario, las utilidades habrían sido incalculables, y Roma se habría enriquecido en diez años, convirtiéndose en una de las más florecientes capitales del mundo. Pero aquellos habitantes se empeñaban en no acudir, no se alquilaba nada, las habitaciones permanecían vacías. Y estalló la crisis como un trueno, con violencia sin igual, por dos razones: en primer lugar, las casas edificadas por las sociedades eran viviendas de excesiva calidad, y no eran accesibles a los rentistas de mediana categoría que buscaban colocación a su dinero en bienes inmuebles. Se había dejado sentir el atavismo, los constructores habían planeado a lo grande, era toda una serie de palacios magníficos, destinados a aplastar a los de otras épocas, pero que iban a permanecer sombríos y desiertos, como uno de los testimonios más inauditos del orgullo impotente. No se encontró, por lo tanto, capitales particulares que se atreviesen o que fuesen capaces de sustituir a los de las sociedades. Además, tanto en París como en Berlín, los barrios nuevos, y las obras de

embellecimiento se han hecho con capital nacional sacado del ahorro. En Roma, por el contrario, todo se construyó a crédito, a base de letras a tres meses de vencimiento, y, sobre todo, con dinero del extranjero. Se calcula que las cantidades gastadas ascendieron a la enorme cifra de mil millones, siendo las cuatro quintas partes dinero francés. Eran operaciones de banquero a banquero, los banqueros franceses prestaban a los banqueros italianos al tres y medio o al cuatro por ciento, y éstos, a su vez, prestaban a los especuladores, a los constructores de Roma, al seis, al siete y hasta al ocho por ciento. Imagínese ahora el desastre que se produjo cuando Francia, molesta por la alianza de Italia y Alemania, retiró en menos de dos años sus ochocientos millones. Se produjo un inmenso reflujó, que vació las cajas de los bancos italianos; y las sociedades inmobiliarias, todas las que especulaban en terrenos y edificios, al verse obligadas a su vez a pagar sus débitos, tuvieron que echarse en brazos de las sociedades de emisión, de las que tenían facultad para emitir papel. Al mismo tiempo coaccionaron al Estado, amenazándole con parar los trabajos, poniendo en mitad de la calle a cuarenta mil obreros desocupados, caso de que él no obligase a las sociedades de emisión a prestarles los cinco a seis mil millones de papel que les eran precisos. Y el Estado, aterrado ante la idea de una quiebra general, acabó por acceder. Como es natural, cuando llegaron los vencimientos no hubo medio de reintegrar los cinco o seis mil millones, porque ni se vendían ni se alquilaban las casas, y de ahí que comenzase el derrumbamiento, y que luego se acelerase, amontonando escombros sobre escombros: los pequeños especuladores arrastraron a los constructores, éstos a las sociedades inmobiliarias, éstas a las sociedades de emisión y éstas, a su vez, gravitaron sobre el crédito público, acarreando la ruina de la nación. Y una simple crisis edilicia se transformó en un espantoso desastre financiero, en un peligro de que se hundiese la nación; desaparecieron inútilmente mil millones, Roma quedó más fea que antes, porque por todas partes se amontonan esas vergonzosas ruinas de edificios jóvenes, esas casas vacías y desportilladas, construidas para los quinientos o seiscientos mil habitantes con los que se había soñado, y que hasta ahora no habían venido.

Por lo demás, en aquel ambiente frenético de gloria, también la visión de los hombres de Estado se hallaba desorbitada. Se trataba de crear de nueva planta una Italia triunfadora, de llevar a cabo en veinticinco años las tareas de unidad y de grandeza en que otras naciones han invertido siglos enteros, para realizarlas con solidez. De ahí que reinase una actividad febril, que se gastase a lo grande, que se construyesen canales, puertos, carreteras, ferrocarriles y

que se emprendiesen en todas las ciudades trabajos públicos desmesurados. Y a las necesidades financieras, cada día mayores, se hacía frente a fuerza de emisiones, y los empréstitos se sucedían de año en año. Hablando de Roma únicamente, la construcción del Ministerio de la Guerra costaba diez millones, la del Ministerio de Finanzas quince, y sólo en muelles, que han quedado sin terminar, se gastaron cien millones, mientras que los trabajos de fortificación, en torno a la ciudad, se llevaban doscientos cincuenta millones. Otra vez y siempre, brotaba la llamarada del fatal orgullo, y la savia de aquel país que no sabía desarrollarse sino acometiendo proyectos demasiado grandes; surgía la voluntad de deslumbrar al mundo y de conquistarlo, en cuanto alguien ponía los pies en el Capitolio, aunque sólo pisase el polvo acumulado de todos los poderes humanos que allí se han derrumbado sucesivamente, unos sobre otros.

—Puede creerme, querido amigo —siguió diciendo Narcisse—, que si yo entrase a contarle todas las anécdotas que circulan, que se cuchichean de un oído a otro, con sólo que yo le citase algunos datos, quedaría usted estupefacto y asombrado ante el grado de demencia a que llegó, en aquel acceso contagioso de la fiebre del juego, esta ciudad de Roma, que es en el fondo tan razonable, tan indolente y egoísta. Y no fueron únicamente las gentes menudas, los ignorantes y los torpes, quienes se arruinaron, porque las grandes familias, casi toda la nobleza romana, ha perdido en esas andanzas las antiguas fortunas, su oro, sus palacios, sus galerías de obras maestras que poseía gracias a la munificencia de los papas. Aquellas riquezas colosales, amontonadas durante muchos siglos de nepotismo entre las manos de unos cuantos, se derritieron como la cera, en menos de un decenio, al fuego nivelador del agiotismo contemporáneo.

Y, a continuación, dejándose llevar, olvidando que hablaba con un sacerdote, relató algunas de esas anécdotas equívocas a que se refería.

—Ahí tiene usted a nuestro buen amigo Dario, príncipe Boccanera, último vástago de este nombre. Vive de las migajas de su tío el cardenal, y éste, a su vez, no tiene más dinero que los estipendios de su cargo. Pues bien, hoy podría disponer de carroza, de no haber ocurrido el extraordinario acontecimiento de la villa Montefiori... Seguro que ya lo conoce usted: los grandes terrenos de la villa fueron cedidos a una compañía financiera por diez millones; luego el príncipe Onofre, padre de Dario, sintió la comezón de especular y rescató sus propios terrenos a un precio más elevado, para meterse a especular y edificar; y luego, la catástrofe final, que arrastró, con los diez millones, todo cuanto él mismo poseía, los restos de la fortuna de los



Boccanera, colosal en otros tiempos... Lo que ignorará usted, seguro, son las causas secretas, el papel que el conde Prada, el esposo separado de la encantadora contessina, a la que ahora esperamos, ha representado en el asunto. El conde era el amante de la princesa Boccanera, de la hermosa Flavia Montefiori, que era la que había aportado la villa cuando contrajo matrimonio con el príncipe. Era una mujer admirable, mucho más joven que su marido, y se afirma que Prada lo manejaba a éste valiéndose de ella, hasta el extremo de que si en alguna ocasión se negaba el anciano príncipe a dar una firma, o a comprometerse aún más en alguna aventura que creía peligrosa, la princesa se le mostraba esquiva al llegar la noche. En ese negocio fue donde Prada ganó los millones que gasta ahora de una manera muy inteligente. Y en cuanto a la hermosa Flavia, hoy ya mujer madura, no ignorará usted que después de haber salvado del desastre una pequeña fortuna, ha renunciado graciosamente a su título de princesa Boccanera, y se ha comprado un nuevo marido, más joven que ella, convirtiéndolo en marqués de Montefiori, y que lo cuida y mima, viviendo en la plenitud alegre de su belleza opulenta, a pesar de que ha pasado ya de los cincuenta años... La única víctima de todo esto es nuestro amigo Dario, que se encuentra totalmente arruinado, y que, además, está resuelto a casarse con su prima, que no es más rica que él. Aunque lo cierto es que ella lo quiere y que él es incapaz de dejarla de amar como ella lo ama. De no mediar esta circunstancia, se habría casado ya con alguna norteamericana, heredera de algunos millones, como ya lo han hecho tantos príncipes; a menos que se hubiesen opuesto el cardenal y donna Serafina, que son, en su género, otros dos héroes, unos verdaderos romanos, orgullosos y obstinados, que se empeñan en conservar su raza limpia de toda mezcla extranjera... Confiamos, de todos modos, en que el bueno de Dario y esa encantadora Benedetta vivan felices juntos.

Se calló; y después de dar algunos pasos en silencio, siguió diciendo, en voz todavía más baja:

—En la villa Montefiori ha ganado un pariente mío cerca de tres millones. ¡Lo que yo siento no haber llegado a Roma hasta después de pasados esos tiempos heroicos de la especulación! Debió de ser interesantísimo, y la ocasión era por demás propicia para un jugador de sangre fría.

Pero, en aquel mismo instante, alzó la cabeza y vio de frente el barrio nuevo de Prati di Castello; y su fisonomía cambió, volviendo a recuperar su alma de artista, a la que producían indignación esas monstruosidades modernas con las que se había mancillado la Roma papal. Sus ojos

empalidecieron, su boca dibujó el gesto de amargo desdén del hombre soñador lastimado en su entusiasmo por los siglos desaparecidos ya.

—¡Vea usted eso, vea usted eso! ¡Y lo han hecho en la ciudad de Augusto, en la ciudad de León X, en la ciudad del poderío y de la belleza eternas!

Pierre mismo se quedó asombrado. En aquel sitio se extendían antes los prados del castillo Sant'Angelo, toda una llanura surcada de álamos, que seguía por las márgenes del Tíber hasta alcanzar las primeras rampas del monte Mario, verde vegetación con la que estaban encariñados los artistas, porque formaba un primer plano, alegre y verdegueante, al Borgo y a la cúpula de San Pedro, que se distinguía en la lejanía. Mientras que ahora había allí, en medio de la llanura revuelta, blancuzca y sucia, una ciudad entera, una ciudad de casas macizas, colosales, bloques cuadrados e iguales de piedra, cortados por anchas calles que se cruzaban formando ángulos rectos, como un inmenso damero de casillas simétricas. De un extremo al otro se repetían las mismas fachadas, como si fuesen conventos, cuarteles u hospitales, cuyas líneas idénticas se multiplicaban indefinidamente. Pero lo que producía asombro y una impresión extraordinaria y penosa era sobre todo la catástrofe, inexplicable a primera vista, que había dejado como inmovilizada, en plena construcción, a toda aquella ciudad, como si algún mago del desastre, con su varita mágica, hubiese detenido una buena mañana los trabajos, hubiese dejado desiertos los talleres turbulentos, haciendo que las construcciones quedasen, como lo estaban en aquel preciso instante, siniestramente abandonadas. Se apreciaban todas las etapas de la construcción de un edificio, desde los terraplenes y los socavones profundos destinados a los cimientos, que continuaban abiertos e invadidos por hierbajos silvestres, hasta casas techadas, terminadas y habitadas. Había casas cuyos muros sobresalían apenas del suelo; otras que llegaban hasta el segundo y el tercer piso, con las vigas de hierro de las bóvedas completamente descarnadas, y sus ventanas abiertas a pleno cielo; y había otras, completamente armadas, techadas, como esqueletos abandonados a los embates de los vientos, parecidas a jaulas vacías. Las había terminadas ya, pero sin el revoco de los muros exteriores; otras que se habían quedado sin maderamen en ventanas y puertas; otras que tenía sus puertas y persianas, pero que las tenían clavadas, como si fuesen las tapas de un féretro, y sus habitaciones estaban muertas, sin vida; finalmente, había casas que estaban habitadas, aunque, casi ninguna totalmente, y en ellas vivía la más sorprendente de las poblaciones. No hay palabras para explicar la horrenda tristeza de todo aquello, de aquella ciudad de la Bella durmiente del

bosque, condenada a sueño mortal aun antes de haber vivido, agotándose en su pesado sueño, en espera de un despertar que no había de llegar jamás.

Pierre se internó, siguiendo a su compañero, por las anchas calles desiertas, que tenían una inmovilidad y un silencio de cementerio. Ni un solo carruaje, ni un solo peatón cruzaban por ellas. Había calles que no tenían aceras, las hierbas invadían la calzada, todavía sin pavimentar, como un campo que vuelve al estado natural, y, sin embargo, los picos de gas instalados provisionalmente seguían todavía allí al cabo de los años, simples tuberías de plomo apoyados en postes. Los propietarios habían cerrado herméticamente, a uno y otro lado, los huecos de las plantas bajas y de los pisos, valiéndose de gruesos tablones, para no tener que pagar el impuesto sobre puerta y ventanas. Otras casas, apenas empezadas, estaban cerradas con empalizadas, por temor a que sus sótanos se convirtiesen en refugio de todos los bandidos de la comarca. Pero lo que más pena daba eran las ruinas jóvenes, los edificios altos y magníficos, sin terminar, sin blanquear, que no habían llegado a vivir su vida de gigantes de piedra y que se resquebrajaban ya por todas partes, hasta el punto de que había habido necesidad de apuntalarlos por medio de complicadas obras de madera, a fin de que no cayesen reducidas a polvo. El corazón se sentía angustiado, como en medio de una ciudad cuyos habitantes hubiesen sido barridos por un azote, por la peste, la guerra, un bombardeo, del que aquellos esqueletos despanzurrados eran el rastro. Luego, pensando en que aquello no era el cadáver de un ser vivo, sino un aborto, y que la destrucción se iba a consumir antes de que los habitantes soñados, esperados inútilmente, hubiesen aportado el hálito de vida a aquellos edificios que habían nacido muertos, se agravaba la melancolía y se anegaba en una infinita desesperanza humana. Y para más horrenda ironía se veían en el ángulo de cada calle unas magníficas placas de mármol con los nombres que se les habían impuesto, nombres todos ilustres, sacados de la Historia, de los Gracos, de Escipión, de Plinio, de Pompeyo, de Julio César, nombres que destacaban su esplendor sobre los muros inacabados y ruinosos, como una mofa, como una bofetada que daba el pasado a la impotencia del presente.

Y de nuevo quedó Pierre impresionado por la verdad de que la locura del mármol devora a todos los que llegan a poseer a Roma, invadiéndolos con el ansia vanidosa de edificar y de legar a los pueblos futuros sus monumentos de gloria. He aquí que ahora, después de los césares que amontonaban palacios y más palacios en el Palatino, después de los papas que reedificaban la Roma del medievo marcándola con sus armas, he aquí que ahora el Gobierno

italiano tampoco había podido hacerse dueño de la ciudad, sin sentir inmediatamente la necesidad de reconstruirla, haciéndola más grandiosa y enorme que nunca. Era la sugestión misma que emanaba de aquella tierra, era la sangre de Augusto que se les subía al cerebro a los que acababan de llegar, precipitándolos en el ataque de demencia de querer convertir a la tercera Roma en la nueva reina de la tierra. Y de ahí nacían los proyectos gigantescos, los muelles ciclópeos, los edificios de unos simples ministerios compitiendo con el Coliseo; y de ahí aquellos barrios nuevos de casas gigantescas, que habían surgido en torno de la antigua ciudad como otras tantas ciudades pequeñas. Pierre se acordó de aquel cinturón blancuzco que ceñía a los viejos tejados rojizos, y que él había visto desde la cúpula de San Pedro, y que daba desde lejos la impresión de una serie de canteras abandonadas; porque lo que veía en Prati di Castello ocurría también en Porta San Giovanni, Porta San Lorenzo, en la Villa Ludovisi, en las alturas del Viminal y del Esquilino; allí también empezaban a derrumbarse barrios enteros, inacabados y desiertos, entre la hierba de las calles solitarias. Por esta vez, y al cabo de dos mil años de prodigiosa fertilidad, parecía que el suelo se encontraba agotado y que ya no había medio de que arraigase en él la piedra de los monumentos. Al igual de lo que ocurre en las huertas donde se cultivan por mucho tiempo árboles frutales, que los ciruelos y cerezos plantados de nuevo se agostan y mueren, así parecía que ocurría en aquel viejo suelo de Roma; se hubiera dicho que los muros nuevos no encontraban manera de extraer de él vida, porque lo había agotado la vegetación secular con su número exorbitante de templos, circos, arcos de triunfo, basílicas e iglesias. Y las casas que ahora se había querido que fructificasen de nuevo, las casas inútiles y demasiado espaciosa, hinchadas de la ambición hereditaria, no habían conseguido llegar a la madurez, y estaban allí con sus medias fachadas agujereadas por los huecos vacíos de las ventanas, sin fuerzas para ascender hasta el tejado, infecundas, como los matorrales secos de una tierra que ha producido ya demasiado. La espantosa tristeza que se apoderaba del ánimo nacía de la comparación entre la grandeza de los tiempos pasados, tan creadora, y la impotencia actual; de pensar en que Roma, que había esparcido sus monumentos indestructibles por el mundo, no sabía dar ya más que ruinas.

—Un día u otro terminarán todas estas obras —exclamó Pierre.

—¿Y quién las va a habitar? —contestó Narcisse.

Ésa era la frase terrible. ¿Dónde vivían en el momento actual aquellos cinco o seiscientos mil habitantes con cuya llegada se había soñado, en qué

campañas agrícolas de las proximidades, en qué lejanas poblaciones? En los primeros tiempos de la conquista pudo el entusiasmo patriótico confiar en que se llegaría a semejante población, pero sólo quien padezca de una singular ceguera puede hoy creer todavía en que vendrán tales habitantes. La experiencia parecía concluyente: Roma seguía estacionaria y no se adivinaba causa alguna que podría hacer que se duplicase el número de sus habitantes, ni los placeres que ofrecía la ciudad, ni las ganancias de un comercio y de una industria de las que carecía, ni la intensa vida social e intelectual, cosas ambas de las que ya no parecía capaz. En el mejor de los casos, harían falta muchísimos años. ¿Cómo se iban, pues, a poblar las casas terminadas ya y sin ocupar, en las que sólo faltaban los inquilinos? ¿Para quién iban a ser terminadas las casas que habían quedado en estado de esqueleto, y que se desmigajaban al sol o a la lluvia? ¿Seguirían, pues, indeterminadamente de aquella misma manera, descarnadas las unas, abiertas al soplo de todos los vientos las otras, mudas como tumbas, en la fealdad lamentable de su inutilidad y de su abandono? ¡Terrible requisitoria, bajo aquel cielo espléndido! Los nuevos señores de Roma habían empezado mal, y aunque era cierto que ahora estaban ya instruidos sobre lo que hubieran debido hacer, ¿se atreverían alguna vez a deshacer lo hecho? Puesto que aquel millar de millones parecía definitivamente malgastado y perdido, es de desear que surja un Nerón de voluntad desmesurada y soberana, que tome el hacha y la piqueta y que lo queme todo, lo arrase todo, en nombre de la razón y de la belleza vengadoras.

—Aquí tenemos a la contessina y al príncipe —exclamó de pronto Narcisse.

Benedetta había hecho detener su carruaje en un cruce de dos calles solitarias; y fue luego caminando a pie por aquellas calles espaciosas y tranquilas, llenas de hierbas, calles que parecían haberse hecho para enamorados, cogida del brazo de Dario, tan encantada como él del paseo, olvidados ya de que habían ido allí para ver tristezas.

—¡Qué día más hermoso! —exclamó ella alegremente, acercándose a los dos amigos—. ¡Y qué sol más agradable! ¡Y qué gusto da pasear por aquí, como si se estuviese en pleno campo!

Dario fue el primero que cesó en las risas que le inspiraba aquel cielo azul, y el gozo de llevar del brazo a su prima.

—Bueno, querida, habrá que ir a visitar a esas gentes, ya que te empeñas en llevar a cabo tu capricho, cosa que nos va a echar a perder la excursión... Veamos, es preciso que me oriente. Yo me olvido enseguida de los lugares

adonde no me gusta ir... Además, este barrio es absurdo, porque todas sus calles están muertas, muertas sus casas, y ni una cara, ni una tienda que le sirva a uno de orientación... Creo que es por este lado. Sígueme de todos modos, ya veremos.

Los cuatro excursionistas se encaminaron hacia la parte central del barrio, en dirección al río Tíber, sitio en que había surgido un principio de población. Los propietarios sacaban el partido que podían de algunas casas terminadas ya, y alquilaban los cuartos a precios muy reducidos, y tampoco se molestaban cuando se retrasaba el cobro de los alquileres. Allí se habían instalado algunos empleados necesitados, algunos matrimonios escasos de dinero, que pagaban como podían, y de los que siempre se sacaban algunas monedas. Pero lo peor del caso fue que, al derribarse el antiguo *ghetto* y al abrir las vías que habían aireado el Trastevere, cayeron sobre las casas sin terminar verdaderas hordas de gentes harapientas, que carecían de pan y de cobijo, y hasta de ropa, invadiéndolas con sus dolores y su miseria; hubo que cerrar los ojos y tolerar aquella brutal toma de posesión, a menos de consentir que toda esa espantosa miseria se exhibiese en mitad de la vía pública. Y los palacios ideales, los grandes edificios de cuatro y cinco pisos, a los que se entraba por pórticos monumentales, adornados con estatuas, y en los que de un extremo a otro de la fachada se multiplicaban las cariátides, fueron a parar a esos huéspedes temibles. Como faltaba en puertas y ventanas el maderamen, cada una de esas familias de gentes harapientas lo había elegido a su gusto, y una vez instaladas habían cerrado las ventanas con tablas, y las puertas con remiendos de trapos, ocupando de acuerdo con su capricho los pisos magníficos o instalándose en las habitaciones más recogidas, en grato amontonamiento. Y en los balcones tallados se secaban las ropas hediondas, empavesando con la inmundicia y pobreza aquellas fachadas producto de un aborto, abofeteándolas en su orgullo. Y los bellos edificios blancos se echaban a perder rápidamente, degradados por suciedades que no es posible nombrar, salpicados de manchas infames, mientras que por los pórticos magníficos, contruidos para un regio desfile de carruajes, desembocaba un arroyo de ignominia, de basura y de estiércol, que se pudría luego formando lagunas en la calzada sin aceras.

Por dos veces había hecho Dario que sus acompañantes volviesen sobre sus pasos. Se perdía, y cada vez se iba poniendo de peor humor.

—Debí haber torcido a la izquierda. ¿Pero cómo se va uno a orientar? Si no es posible, con una gente así...

Encontraron bandadas de chiquillos piojosos que se debatían entre el polvo. Eran de una suciedad espantosa. Iban casi desnudos, quemadas sus carnes por el sol, los cabellos enmarañados como matas de crin. Circulaban mujeres cubiertas con sórdidas faldas, con camisas desgarradas, mostrando sus caderas y sus senos de animales agotados por el trabajo. Otras muchas, bien erguidas, charlaban entre ellas con voces chillonas; y había algunas otras que permanecían sentadas en viejas sillas, las manos sobre las rodillas, y así permanecían durante horas enteras, sin hacer nada. Hombres se veían pocos. Alguno que otro, tumbado entre las hierbas rojizas, vuelta la cara hacia el suelo, dormía pesadamente a pleno sol.

Pero lo más nauseabundo de todo era el olor, olor de pobreza sucia, de rebaño humano que vivía despreocupado en su mugre. Y la hediondez se hizo más violenta al tener que atravesar un pequeño mercado improvisado, en el que se vendían frutas estropeadas, legumbres cocidas y agrias, fritos hechos la víspera, grasa cuajada y rancia. Un rebaño hambriento de chiquillos miraba todo aquello con ansia.

—¡Nada! Está visto que me he perdido, querida —exclamó el príncipe dirigiéndose a su prima—. Sé razonable, ya hemos visto lo suficiente, volvamos hasta donde está nuestro carruaje.

Se le veía sufrir; y ya había dicho la misma Benedetta que era un hombre que no estaba habituado a sufrir. Le resultaba una monstruosidad, un crimen imbécil, el entristecerse la vida con semejante paseo. La vida se había hecho para vivirla alegre y amablemente, bajo el cielo claro. Para alegrarla estaban los espectáculos amables, los cantos y las danzas. Y era tal su egoísmo ingenuo, que todo lo feo le causaba verdadero horror, lo mismo que la pobreza y que el dolor, hasta el extremo de que su sola vista le producía una especie de malestar, una suerte de encorvamiento físico y moral.

Pero Benedetta, que se estremecía como él, quería mostrarse valerosa delante de Pierre. Miró a éste y le vio tan interesado en todo aquello, tan sinceramente compadecido, que hizo un esfuerzo para simpatizar con los humildes y los desgraciados, y no cedió.

—No, Dario, no; no hay que volver atrás... Estos señores desean verlo todo, ¿no es cierto?

—¡Claro! —exclamó Pierre—. Esto es la Roma actual, y lo que aquí se ve tiene mucha mayor elocuencia que todos los paseos clásicos a través de las ruinas y de los monumentos.

—Exagera usted, amigo mío —dijo a su vez Narcisse—, sin que por eso deje yo de reconocer que todo esto es interesante, muy interesante... Sobre

todo las mujeres de edad. ¡Qué expresión tienen las mujeres de edad!

Pero de pronto Benedetta dejó escapar un grito de admiración, a la vista de una joven de soberbia belleza.

—*Oh che bellezza!*

Dario, que había conocido a la joven, exclamó con idéntica expresión de embeleso:

—Es la Pierina... Ella nos servirá de guía.

La joven iba detrás del grupo desde hacía unos instantes, sin atreverse a acercarse. Sus miradas se clavaban ardorosas en el príncipe, y brillaban de alegría de esclava enamorada; luego se fijó vivamente en la contessina, pero sin cólera, con una especie de tierna sumisión, de felicidad resignada, al ver que también ella era muy hermosa. Y en verdad que Pierina era tal cual la había descrito el príncipe: alta, fuerte, con una garganta de diosa, una verdadera estatua antigua, una Juno de veinte años, con la barbilla algo pronunciada, boca y nariz de una perfecta corrección, ojos de becerra, cara encendida, como dorada con una pincelada de sol, coronado todo por un casco de abundantes cabellos negros.

—Entonces, ¿nos vas a servir de guía? —le interrogó Benedetta con expresión familiar, sonriente, como consolada de todas las fealdades que veía con sólo pensar en que pudiese haber seres como aquella mujer.

—Claro que sí, señora, ahora mismo.

Y echó a caminar delante de ellos. Llevaba unos zapatos que no tenían agujeros, e iba vestida con un viejo traje marrón, que se adivinaba recién lavado y remendado. Se advertían en ella ciertos esmeros de coquetería, un cuidado de limpieza que no tenían las demás mujeres. Aunque es posible que todo ello fuese efecto de su gran belleza, que irradiaba, a pesar de la pobreza de sus ropas, convirtiéndola en una diosa.

—*Che bellezza! Che bellezza!* —repetía incansable la contessina, al par que caminaba tras ella—. Dario, es un verdadero placer el contemplar a esta muchacha.

—Ya sabía yo que te gustaría —contestó aquél, halagado por su descubrimiento.

Ya no habló de marcharse, porque tenía algo agradable en donde posar su mirada.

Detrás de ellos venía Pierre, maravillado también, a pesar de que Narcisse le hacía observar sus reparos, porque él era hombre que estaba por lo extraordinario y por lo sutil.



—Sí, hermosa no se puede negar que lo es... Pero, amigo mío, no hay cosa más pesada, menos expresiva, sin perspectiva, que el tipo de mujer romana. Por sus venas corre sangre y no cielo.

Pierina se había detenido mientras tanto, y señaló con un ademán a su madre, que se hallaba sentada sobre un cajón roto delante de la gran puerta de un palacio sin terminar. También ella debió de ser mujer una muy hermosa, pero era ya una ruina a los cuarenta años; la miseria había apagado el brillo de sus ojos; tenía la boca deformada, los dientes negros, el rostro cruzado por grandes arrugas blancuzcas, la garganta enorme y caída; era toda ella de una suciedad horrenda; sus cabellos entrecanos, despeinados, le caían por todas partes en mechones locos; la falda y la blusa que llevaba estaban manchadas, rasgadas, dejando entrever la mugre de sus miembros. Sostenía con ambas manos sobre sus rodillas a un niño de pecho, último de los que había dado a luz, que se había dormido. Y le contemplaba, como apabullada y sin ánimos, con expresión de bestia de carga que se resigna a su suerte, como madre que da hijos al mundo y que los alimenta sin explicarse el porqué.

—¡Ah, sí! —dijo levantando la cabeza—. Es el mismo señor que vino a darme un escudo el día que te encontró llorando. ¡Y vuelve a visitarnos en compañía de amigos suyos! ¡Está bien, está bien! Hay, después de todo, gente buena en este mundo.

Y refirió su historia, pero sin hacer hincapié, sin procurar conmoverlos. Se llamaba Giacinta y había contraído matrimonio con un albañil, Tommaso Gozzo, del que había tenido siete hijos, primero a Pierina, después a Tito, mozalbete de dieciocho años, y cuatro hijas más, una cada dos años, y, para terminar, éste que tenía ahora encima de sus rodillas, chico otra vez. Vivieron durante muchísimo tiempo en una habitación de una vieja casa del Trastevere que acababan de demoler. Y al demolerla parece como que hubiesen deshecho también su existencia; porque desde que se refugiaron en Prati di Castello cayeron sobre ellos todas las desgracias, la crisis terrible de la construcción, que dejó parados a Tommaso y a su hijo Tito, el reciente cierre del taller de perlas de cera en el que Pierina llegaba a ganar hasta dos liras, lo suficiente para no morir de hambre. Pero ahora no trabajaba nadie, y la familia vivía de la casualidad.

—¿Quieren subir las señoras y los señores? Arriba está Tommaso con su hermano Ambrogio, al que hemos admitido con nosotros; ellos se lo explicarán todo mejor que yo, les hablarán a ustedes como se debe... ¡Qué le vamos a hacer! Tommaso está descansando, Tito está durmiendo. Es lo mejor que puede hacer.

Y al decir esto, señalaba con la mano extendida a un mocetón que estaba tumbado en la hierba, de nariz pronunciada, boca dura y ojos admirables, como los de Pierina. Al ver a aquellas gentes, se extrañó, limitándose a alzar la cabeza. Pero al advertir la mirada embelesada con que su hermana contemplaba al príncipe, su frente se contrajo con una arruga salvaje. Y dejó caer otra vez su cabeza, pero sin volver a cerrar los párpados, espiando.

—Pierina, acompaña a esta señora y a estos caballeros, ya que quieren verlo todo.

Se habían ido acercando otras mujeres, arrastrando sus pies desnudos metidos en chancletas; hormigueaban bandadas de niños y de niñas medio desnudas, y entre ellas estaban, sin duda, las cuatro de Giacinta, todas tan parecidas, con ojos negros y negras trenzas revueltas, que sólo sus madres eran capaces de distinguirlas; y era como un hormiguero a pleno sol, un campamento de gentes miserables, en el centro de aquella calle de majestuoso desastre, bordeada por palacios sin terminar y ruinosos ya.

Benedetta dijo por lo bajo a su primo, con ternura sonriente:

—No subas tú... No quiero que mueras, Dario mío... Ya has sido bastante bueno viniendo hasta aquí; espérame al sol, que luce tan hermoso; el señor abate y el señor Habert me acompañan.

También Dario se sonrió al escuchar estas palabras, y aceptó la proposición de muy buen grado; encendió un cigarrillo y se puso a pasear muy despacio, aspirando con delicia la suavidad de la atmósfera.

La Pierina se metió vivamente dentro del alto pórtico, de bóveda alta, decorada con arcones de rosetones; pero las losas de mármol que se había empezado a colocar en el vestíbulo estaban cubiertas por una verdadera capa de estiércol. Venía luego la escalera monumental, de piedra, con balaustrada tallada y calada; los escalones estaban ya mellados, y era tal la capa de inmundicias, que parecían negros. Las manos habían dejado por todas partes el rastro de su pringosidad. Los muros, sin acabar, esperando todavía las pinturas y dorados que habían de decorarlos, eran una verdadera vergüenza.

Pierina se detuvo al llegar al primer piso, en el espacioso rellano; y se limitó a gritar, por el hueco de una gran puerta, sin ceremonia ni jactancia:

—Padre, aquí hay una señora y dos caballeros que quieren verte.

Y, volviéndose hacia la contessina, le dijo:

—Completamente al fondo, en la sala tercera.

Y echó a correr, bajando la escalera mucho más de prisa que lo que había subido, corriendo hacia donde estaba su amor.

Benedetta y sus acompañantes atravesaron dos salones inmensos que tenían toda clase de gibosidades de yeso en el suelo, y cuyas ventanas daban a la calle. Y llegaron finalmente al salón más pequeño, en el que se había instalado toda la familia Gozzo, aprovechando los restos de su mobiliario. Cinco o seis jergones mugrientos andaban por el suelo, sobre las viguetas de hierro sin recubrir. El centro estaba ocupado por una mesa larga y sólida todavía; también había algunas sillas desvencijadas, arregladas por medio de cuerdas. Pero el trabajo mayor había consistido en tapar dos de las tres ventanas por medio de tablas; la tercera ventana y la puerta estaban tapadas con viejas telas de colchón, asaeteadas de manchas y de agujeros.

Tommaso, el albañil, pareció sorprendido, siendo evidente que no estaba acostumbrado a aquella clase de visitas caritativas. Estaba sentado frente a la mesa, con ambos codos apoyados en la madera y la barbilla entre las manos, en actitud de descansar, como había dicho Giacinta. Era un hombre fornido, de cuarenta y cinco años, barbudo y peludo, de rostro grande y alargado; tenía una serenidad de senador romano, a pesar de su inactividad y de su miseria. La vista de aquellos dos señores, que en el acto barruntó que eran extranjeros, le impulsó a ponerse de pie, con un brusco gesto de desconfianza. Pero, en cuanto vio a Benedetta, se sonrió. Al mencionarle ésta a Dario, que había quedado en la calle, y al explicarle la finalidad caritativa de su visita, exclamó:

—La conozco a usted, contessina, la conozco... Sé perfectamente quién es, porque, viviendo mi padre, estuve en el palacio Boccanera para tapiar una ventana.

Se prestó amablemente al interrogatorio, contestando a Pierre, que no eran felices, desde luego, pero que, mal que bien, habrían podido ir tirando, con tal de trabajar al menos dos días por semana. Se adivinaba que, en su interior, no le molestaba apretarse el cinturón, con tal de vivir a su modo, y sin trabajar demasiado. Era la repetición de la anécdota del cerrajero al que llamó un viajero para que le abriese la maleta, porque había perdido la llave, contestándole aquél que esperase a que hiciese la siesta. Como no se pagaba alquiler en aquellos palacios desocupados, que estaban a disposición de cualquier pobre, era suficiente con unas cuantas monedas para comer, porque eran gente sobria y nada melindrosa.

—Le digo, señor abate, que en tiempo de los papas andaba todo mucho mejor... Mi padre era albañil, como yo, y trabajó durante toda su vida en el Vaticano; hoy mismo, los pocos jornales que puedo ganarme los encuentro allí... La verdad es que estos diez años de grandes obras públicas, durante los

cuales no bajábamos del andamio y ganábamos lo que queríamos, nos han echado a perder. Comíamos mejor y vestíamos mejor, no privándonos de ningún placer; por eso nos resultan hoy más duras las privaciones. Pero si usted nos hubiese visto, señor abate, en tiempos de los papas... No se pagaban impuestos, todo se vendía por nada, y la vida no tenía dificultades.

Al decir estas palabras estalló un sordo rezongo, que venía de uno de los jergones tendidos en la parte oscura de la habitación donde estaban tapiadas las ventanas; pero el albañil prosiguió con su hablar pausado y bondadoso:

—Es mi hermano Ambrogio, que no comparte mis opiniones... Fue de los republicanos, allá por el cuarenta y nueve, cuando sólo contaba catorce años... Pero no importa, supimos que se estaba muriendo de hambre y de enfermedades en una bodega y le hicimos venir a vivir con nosotros.

Los visitantes experimentaron en ese instante un escalofrío de compasión. Ambrogio tenía quince años más que su hermano, y aunque apenas había cumplido sesenta, no era más que una ruina; le consumía la fiebre, y como apenas podía arrastrar sus piernas enclenques, se pasaba los días en el jergón, sin salir. Era de estatura inferior a la de su hermano, más enjuto y más inquieto, y había ejercido el oficio de carpintero de muebles. Pero en medio de su decadencia física conservaba una cabeza extraordinaria: rostro de apóstol y de mártir, expresión noble y trágica, encuadrada en una barba erizada y una cabellera blanca.

—El papa, el papa —gruñó Ambrogio—. Yo nunca he hablado mal del papa; sin embargo, culpa suya es si vivimos aún en tiranía. Sólo el papa hubiera podido conducirnos el año cuarenta y nueve a la República; no nos veríamos ahora como nos vemos.

Había conocido a Mazzini, y conservaba su misma vaga religiosidad, el ideal de un papa republicano, que habría de hacer que reinasen por fin en la tierra la libertad y la fraternidad. Pero andando el tiempo, y convertido en un ferviente partidario de Garibaldi, se enturbiaron aquellas ideas, y de allí en adelante tuvo la institución del Papado por una cosa indigna, incapaz de trabajar en favor de la liberación humana. En realidad, ya no sabía a qué atenerse, dividido entre las quimeras de su juventud y la dura experiencia de su propia vida. Lo cierto es que siempre había obrado a impulsos de emociones violentas, y tenía siempre llena la boca de bellas palabras y el ánimo de anhelos vagos y desmesurados.

—Ambrogio, hermano mío —siguió diciendo tranquilamente Tommaso—, el papa es el papa; y lo más prudente es ponerse a su lado, porque siempre

será el papa, es decir, el más fuerte. Palabra de honor, si yo tuviese que votar, votaría por él.

No se dio prisa el obrero anciano en contestarle. La prudencia despierta de la raza lo había calmado.

—Pues yo, hermano mío, votaría en contra, siempre en contra... Y ya sabes que sacaríamos mayoría. Se acabó lo del papa-rey. El Borgo mismo se insurreccionaría... Pero no significa que no convenga entenderse con él, como muestra de respeto a la religión de todo el mundo.

Pierre escuchaba, vivamente interesado. Y se atrevió a plantear una pregunta:

—¿Hay muchos socialistas en Roma, entre la gente del pueblo?

Esta vez se hizo esperar todavía más la contestación.

—Sí, los hay, señor abate, aunque abundan menos que en otras ciudades... Todo eso son novedades que arrastran a los impacientes, aunque tal vez sin entenderlas del todo bien... Nosotros, los viejos, luchábamos por la libertad; no somos partidarios de incendiar y degollar.

Y temiendo haber hablado demasiado en presencia de aquella señora y de aquellos caballeros, se puso a gemir, estirándose todo lo que daba el jergón, mientras la contessina se despedía, un poco molesta por el olor, no sin antes decir al sacerdote que creía preferible entregar la limosna a la mujer cuando bajasen.

Tommaso se había vuelto a colocar como antes, frente a la mesa, con la barbilla entre las manos, al mismo tiempo que saludaba a sus huéspedes, sin dar mayores muestras de emoción a la salida que a la entrada de los mismos.

—Hasta cuando ustedes gusten, y encantado de haberles podido ser de ayuda.

Pero al traspasar el umbral estalló el entusiasmo de Narcisse. Y se volvió aún para admirar la cabeza del viejo Ambrogio.

—¡Qué obra maestra, mi querido abate! ¡Eso sí que es una maravilla, eso sí que es una belleza! ¡Cuánta menos vulgaridad hay que en el rostro de esa joven!... Aquí sí que estoy seguro de que el sexo no me tiende un lazo para hacerme caer en alguna tentación poco limpia... Yo no me emociono por razones bajas... Dígame usted, francamente, si no hay una sensación de infinitud en esas arrugas, y un gran fondo de misterio en esos ojos húmedos, y el erizamiento de la barba y de los cabellos. ¡Le hace pensar a uno en algún profeta, o en Dios Padre!

Giacinta seguía, a la entrada, sentada sobre el cajón medio desfondado, teniendo siempre sobre sus rodillas al niño de pecho; un poco más allá miraba

Pierina, extática, a Dario, que estaba terminando de fumar su cigarrillo. Tito, apretado contra la hierba del suelo, no apartaba los ojos de ellos, como fiera al acecho.

—Ya ha visto usted, señora —dijo la madre con su voz resignada y dolorida—, que no estamos muy bien alojados. La única ventaja que tenemos consiste en que nos sobra sitio. Aparte de eso, hay todo el día y toda la noche unas corrientes de aire como para matar a cualquiera. Además, yo vivo en una constante alarma, por los chicos, de miedo que caigan por algún agujero.

Y refirió lo ocurrido cierta noche a una mujer que creyó salir al rellano de la escalera, y que equivocó la puerta por una ventana, cayendo de cabeza a la calle y matándose. Otra niña se quebró de igual modo los dos brazos, porque la escalera no tenía balastrada. Por lo demás, allí se podía morir cualquiera sin que nadie se enterase ni fuese a recoger el cadáver. El día anterior habían encontrado, en el interior de una habitación apartada, acostado sobre el suelo, el cuerpo de un anciano, que seguramente había muerto de hambre hacía una semana; y allí seguiría seguro, si el olor infecto no hubiese advertido a los vecinos de su presencia.

—¡Si por lo menos no faltase qué comer! —siguió diciendo Giacinta—. Porque si una da de mamar y no come, se agota la leche. ¡Cómo me chupa la sangre este pequeño! Grita, quiere más, y yo, ¡qué le voy a hacer!, me pongo a llorar, porque no es mía la culpa si no saca nada.

En efecto, sus pobres ojos descoloridos se habían llenado de lágrimas. Pero, de pronto, se dejó llevar por un brusco arrebató de cólera, al observar que Tito no se había movido del suelo, repantigado como una bestia que toma el sol. Aquello le parecía una inconveniencia para aquellas personas tan elegantes, que le iban a dejar de fijo una limosna.

—¡Tito, gandul! ¿Por qué no te levantas y vienes aquí para que te conozcan?

Al principio hizo como que no oía, pero al fin se levantó, con expresión de muy mal humor; Pierre, a quien había interesado, se esforzó por hacerle hablar, lo mismo que había hecho arriba con el padre y el tío. Pero no consiguió sino contestaciones lacónicas, llenas de desconfianza y de aburrimiento. ¿Qué iba a hacer sino dormir, al no poder encontrar trabajo? Las cosas no iban a cambiar porque él se indignase. Lo mejor, pues, era vivir como se podía, sin aumentar sus sufrimientos. En cuanto a si había socialistas, sí, había algunos; pero él no conocía a ninguno. De su actitud de fatiga y de indiferencia se deducía claramente que si el padre era partidario del papa, y el tío era partidario de la república, al hijo le traía sin cuidado todo. Pierre sintió

que allí acababa un pueblo, o, mejor dicho, que allí dormía un pueblo que no se había despertado aún a la vida democrática.

Pero como el sacerdote insistiese, queriendo conocer su edad, a qué escuela había ido, en qué barrio había nacido, Tito cortó bruscamente las preguntas, levantando un dedo, volviéndolo hacia su pecho y diciendo con voz solemne:

—*Io sono Romano di Roma!*

En efecto, con ello contestaba a todo: «Yo soy un romano de Roma». Pierre se sonrió tristemente y se calló. Nunca como en aquel instante había podido comprobar el orgullo de la raza, la lejana herencia de gloria, tan difícil de sostener. La vanidad soberana de los césares revivía en aquel mozalbete degenerado, que apenas sabía leer y escribir. Aquel muerto de hambre sabía lo que era su ciudad, hubiera podido referir instintivamente su historia, que tan hermosas páginas tenía. Estaba familiarizado con los nombres de los grandes emperadores y de los grandes papas. ¿Por qué trabajar, después de haber sido los amos del mundo? ¿Por qué no vivir como un noble y en la ociosidad, en la más bella de las ciudades, bajo el más hermoso de los soles?

—*Io sono Romano di Roma!*

Benedetta había deslizado su limosna en la mano de la madre; también Pierre y Narcisse habían querido participar en la buena obra, e hicieron lo mismo. Entonces Dario, que también se había unido a su prima, tuvo una gentil inspiración, en atención a Pierina, a la que no se atrevía a ofrecer una limosna. Rozó levemente sus labios con la punta de los dedos y exclamó con una risa discreta:

—Para esta belleza.

Y fue verdaderamente un espectáculo tierno y agradable, aquel beso enviado, la risa un poco burlona, el príncipe lleno de familiaridad, conmovido por la adoración muda de la hermosa perlera, como en una leyenda amorosa de otros tiempos.

La Pierina enrojeció de placer, perdió la cabeza y se precipitó sobre la mano de Dario, en ella posó sus labios cálidos, en un impulso irracional, en el que había tanto de divina gratitud como de ternura amorosa. Pero por los ojos de Tito pasó una llamarada de cólera, agarró brutalmente a su hermana por la falda y la apartó con el puño, mientras gruñía sordamente:

—Oye, tú: te voy a matar. Y a él también.

Era ya tiempo de retirarse, porque otras mujeres que habían oído que allí había dinero, se acercaban, tendían las manos y ponían por delante a sus niños llorosos. Pasaba un escalofrío por aquel barrio de grandes edificios

abandonados, y de las calles muertas, a pesar de las placas llamativas de mármol, ascendía un grito de aflicción. ¿Qué hacer? No era posible socorrer a todos. No había otro recurso que huir, con el corazón desbordante de tristeza, ante aquella demostración de la impotencia de la caridad.

Cuando Benedetta y Dario llegaron al sitio en que estaba su carruaje, se apresuraron a subir en él, se apretujaron el uno contra el otro, encantados de escapar a semejante pesadilla. Sin embargo, sentíase feliz, porque había sabido mostrarse animosa en presencia de Pierre; y le dio un apretón de manos, como discípulo conmovido, cuando Narcisse manifestó que se quedaba con el sacerdote, para llevárselo a almorzar en el pequeño restaurante de la plaza de San Pedro, desde el que se descubría un panorama interesante del Vaticano.

—Beban ustedes el vinillo blanco de Genzano —les gritó Dario, que se había puesto otra vez muy alegre.

Pero Pierre se mostraba insaciable y quería saber toda clase de detalles. De camino, preguntó a Narcisse acerca del pueblo de Roma, de su vida, de sus costumbres, de sus maneras. La enseñanza era casi nula. Ni había industria, ni comercio de exportación. Los hombres se dedicaban a los oficios corrientes, porque todo se consumía allí mismo. Las mujeres se dedicaban a la fabricación de perlas, a los trabajos de bordado; los artículos religiosos, medallas, rosarios, daban ocupación desde tiempo inmemorial a un cierto número de obreros, lo mismo que la fabricación de objetos de recuerdo. Pero en cuanto la mujer se casaba y se convertía en madre de aquellas bandadas de chiquillos, que brotaban como por arte de magia, dejaba de trabajar. En una palabra: era una población que vivía sin esfuerzo, que trabajaba lo justo para tener que comer, contentándose con legumbres, pastas, carne mala de carnero, sin rebeldías, sin ambiciones de porvenir, sin más preocupación que la de aquella vida precaria y al día. Sus dos únicos vicios eran el juego y los vinos tintos y blancos de los Castillos romanos, vinos pródigos en riñas y muertes, que en los atardeceres de los días festivos, a la salida de las tabernas, dejaban las calles sembradas de hombres que agonizaban entre estertores, con la piel agujereada a cuchilladas. Pocas eran las jóvenes que se descarriaban, pudiéndose contar las que se entregaban antes del matrimonio. Esto ocurría porque la familia seguía manteniendo una gran cohesión y se hallaba estrechamente sometida a la autoridad absoluta del padre. Los mismos hermanos velaban por que sus hermanas se mantuviesen honestas, como lo había hecho aquel Tito mostrándose tan duro con Pierina, guardándola con un cuidado hosco, no por un pensamiento de celos inconfesables, sino por



respeto al buen nombre, al honor de la familia. Y esto ocurría a pesar de que no eran verdaderamente religiosos, puesto que vivían entregados a la más infantil de las idolatrías, confiando en la Madonna y en los santos, los únicos que existían para ellos, los únicos a quienes imploraban, dejando a un lado a Dios, de quien nadie se acordaba.

Se explicaba, pues, perfectamente, el estancamiento de aquel pueblo bajo. Tenía tras él siglos y siglos de pereza fomentada, de vanidad halagada. Los hombres que no eran albañiles, carpinteros o panaderos, se hacían criados, entraban al servicio de los sacerdotes, a sueldo más o menos directo del Papado. Y eso dividía a las gentes en dos bandos antagónicos: a un lado los antiguos carbonarios, que luego se hicieron mazzinianos y garibaldinos, los más numerosos desde luego, lo más selecto del Trastevere, y a otro lado los clientes del Vaticano, todos los que vivían de la Iglesia, de cerca o de lejos, y que echaban de menos al papa rey. Pero tanto unos como otros se colocaban simplemente en el terreno de las opiniones, sin que jamás se les ocurriese la idea de hacer un esfuerzo, de correr un riesgo. Para ello hubiera sido necesario que una brusca exaltación barriese el buen sentido de la raza, arrojándola en un estado de demencia de corta duración. ¿Para qué? La pobreza venía de tantos siglos atrás, era el cielo tan azul, y, sobre todo, no había nada como la siesta en las horas calurosas... Una sola cosa parecía demostrada: el fondo patriótico, la seguridad de que había una mayoría favorable a la capitalidad de Roma, a esa gloria reconquistada, hasta el punto de que, habiendo corrido en cierta ocasión la voz de que se había llegado a un acuerdo entre Italia y el papa, con la base de que se restablecería el poder temporal en la ciudad leonina, estuvieron a punto de sublevarse los habitantes de ésta. Pero si realmente parecía que la miseria era mayor, si el obrero romano se quejaba más que antes, ello se debía a que de nada le habían servido aquellas obras enormes que se habían ejecutado en su ciudad durante quince años. En primer lugar, Roma había sido invadida por más de cuarenta mil obreros, procedentes del norte casi todos, más enérgicos y resistentes, y que trabajaban a precios más bajos. Y aun cuando le llegó a él una parte del trabajo, se dedicó a mejorar su vida, sin realizar economías; de modo que, al producirse la crisis, y después de repatriar a los cuarenta mil obreros de provincias, el obrero de Roma se encontró lo mismo que antes, viviendo en una ciudad muerta, con los talleres cerrados y sin esperanzas de encontrar trabajo en mucho tiempo. De este modo caía en su antigua indolencia, satisfecho, allá en su interior, de no verse ya zarandeado por el trabajo,

llevándose otra vez lo mejor posible con su conocida amante, la miseria, sin una moneda, pero gran señor.

Lo que más le asombraba a Pierre era el carácter tan distinto que presentaba la miseria en París y en Roma. Desde luego, la carencia era aquí más absoluta, la alimentación más inmundada, la suciedad más asquerosa. Siendo así, ¿por qué aquellas gentes que vivían en la más espantosa miseria estaban tan a gusto y tan alegres? Recordando los inviernos de París, las zahúrdas que tantas veces visitara, abiertas a la nieve y en las que tiritaban familias enteras sin fuego y sin pan, sentía atenazado el corazón por el dolor. Aquí, en Prati di Castello, su compasión era menos viva. Y acabó por comprender la diferencia: la miseria en Roma era una miseria sin frío. ¡Tierno y eterno consuelo el de ese sol que lucía siempre, el de ese cielo bienhechor que siempre estaba azul, para consuelo de los desvalidos! ¿Qué importaba que la habitación fuese hedionda, si se podía dormir a cielo abierto, acariciado por la brisa? ¿Qué importaba el hambre, si la familia esperaba siempre la ayuda de la casualidad en las calles soleadas, tumbada entre las hierbas secas? El clima hacía sobria a la gente; no era necesario el alcohol ni la carne para afrontar las nieblas. En esa atmósfera deliciosa que parecía hartar a todos los seres con la dicha de vivir, resultaba la pobreza un goce libre, y la ociosidad divina dejaba oír sus risas en los atardeceres de oro. Decía Narcisse que en Nápoles vivía la gente en plena calle en los barrios del puerto y de Santa Lucía, barrios de calles estrechas, nauseabundas, empavesadas con las ropas de casa puestas a secar. Las mujeres y los niños que no estaban en la calle hacían su vida en los ligeros balcones de madera que lucían en todas las fachadas. Allí cosían, cantaban y se aseaban. Pero, sobre todo, la calle venía a ser la sala común; allí salían los hombres acabando de abrocharse los pantalones, había mujeres a medio vestir que despiojaban a sus hijos y que se hacían ellas mismas el peinado, y el conjunto era el de una muchedumbre de gentes hambrientas que parecían tener siempre puesta la mesa. Allí había un mercado permanente establecido en mesitas y en carruajes, en el que se vendían comestibles baratos, granadas y sandías demasiado maduras, pastas cocidas, legumbres hervidas, pescados fritos, mariscos, en fin, un menú siempre listo al alcance de aquella multitud agitada, que de este modo podía comer al aire libre y en cualquier momento, sin necesidad de hacer la cocina. Y el conjunto del cuadro formaba una batahola hormigueante: las madres que no cesaban de gesticular, los padres sentados en fila a todo lo largo de las aceras, los chiquillos corriendo sueltos en interminable algazara, y todo en medio de una frenética barahúnda, entre gritos, canciones, música y la

despreocupación más extraordinaria. Estallaban de pronto roncas voces en carcajadas; unas caras morenas, nada hermosas, mostraban sus ojos admirables, en que llameaba la alegría del vivir, a la sombra de unas cabelleras desgredadas y revueltas. ¡Pobre pueblo, tan alegre, tan niño, tan ignorante, cuyo único deseo se limitaba a las pocas monedas necesarias para comer a su gusto en aquella feria perpetua! No ha habido nunca una democracia menos consciente de sí misma. Y puesto que, según se afirmaba, echaban de menos la vieja monarquía, que parecía asegurar de una manera más perfecta sus derechos a esa vida de pobreza despreocupada, se ponía uno a pensar en si valía la pena enfadarse por ellos, si valía la pena de empeñarse en procurarles, a pesar suyo, más instrucción, más consciencia, mayor bienestar y dignidad. Sin embargo, esa alegría de los muertos de hambre, borrachos y alucinados de sol, llenaba el corazón de Pierre con una oleada de tristeza infinita. Era, en efecto, el sol quien tenía la culpa de la prolongada infancia de aquel pueblo, y en él estaba la causa de que aquella democracia tardase tanto en despertar. En Roma y en Nápoles, desde luego, hacía sufrir a la gente la carencia de todo; pero no se ocultaba en ellos el rencor de los días atroces del invierno, el negro rencor de haber tiritado de frío, mientras los ricos se calentaban junto al fuego bien provisto; no sabían nada de las meditaciones iracundas, en las zahúrdas expuestas a la nieve, frente al cabo de vela que se apaga, ni de las ansias de justicia, ni de la obligación de rebelarse, para salvar de la tuberculosis a la mujer y a los hijos, para que tengan un rincón tibio en que puedan vivir. La miseria acompañada de frío es el colmo de la injusticia social, la más terrible de las escuelas en que aprenden los pobres a saber lo que es sufrir, a indignarse y a jurar ponerle término, aunque para ello hubiese que echar abajo todo el viejo mundo.

Y aquella misma suavidad del clima servía para que Pierre se explicase el caso de San Francisco, el divino mendicante, todo amor, que iba por los caminos celebrando el encanto prodigioso de la pobreza. Era, sin duda, un revolucionario inconsciente; protestaba a su modo contra el lujo desbordante de la corte de Roma, recurriendo al amor de los humildes, volviendo a la simplicidad de la iglesia primitiva. En un país del norte, helado por los fríos de diciembre, no hubiera sido posible ese despertar a la inocencia y a la sobriedad. Se necesitaba como condición indispensable el encanto de la naturaleza, la frugalidad de un pueblo nutrido de sol, la bendición de la mendicidad por los caminos siempre tibios. De este modo debió de llegar al olvido total de sí mismo. La cuestión resultaba al principio embarazosa: ¿cómo era posible que hubiese podido nacer un San Francisco, con el alma

abrasada por el amor al prójimo, en comunión con las gentes, los animales y las cosas, en este país que hoy es tan poco dado a la caridad, tan duro con los humildes, tan dado a despreciar al pueblo bajo, que por no hacer limosnas no las hace ni al papa? ¿Sería que el orgullo antiguo había secado los corazones, o sería más bien que la experiencia de la vida de los pueblos antiguos conduce a un egoísmo final? Sólo así se explicaba que el alma de Italia se hubiese anquilosado en su catolicismo dogmático y pomposo, en tanto que surgía en nuestros tiempos el movimiento de retorno al ideal evangélico, el amor hacia los humildes y hacia los que sufren, en las llanuras dolientes del septentrión, entre los pueblos privados de sol. Ésa era la verdadera explicación, y eso explicaba principalmente el porqué San Francisco, después de sus alegres desposorios con su señora la Pobreza, pudo pasearla, descalza, sin ropas casi, por entre aquellas espléndidas primaveras, a través de poblaciones en las que ardía entonces la necesidad de compasión y de amor.

Hablando, hablando, llegaron Pierre y Narcisse a la plaza de San Pedro, y tomaron asiento en la puerta del restaurante donde ya otra vez habían almorzado, ante unas mesitas cubiertas con manteles sospechosos, puestas ya en fila a lo largo de la calle. Pero el panorama era verdaderamente soberbio; la basílica enfrente, el Vaticano a la derecha, sobresaliendo por encima del majestuoso desarrollo de la columnata. Pierre alzó enseguida los ojos, y se quedó mirando al Vaticano, que era su obsesión, al segundo piso, que tenía siempre cerradas las ventanas, donde vivía el papa, pero donde jamás se veía alma viviente. Y al ver que el camarero empezaba sirviéndoles los entremeses, *finocchi* y anchoas, dejó el sacerdote escapar una exclamación, para llamar la atención de Narcisse.

—Mire, amigo mío... Allí, en aquella ventana que me dijeron que era la del Santo Padre... ¿No distingue usted una pálida silueta, de pie, inmóvil?

El joven se echó a reír.

—Sí, debe ser el Santo Padre en persona. Usted desea tanto verlo, que es más bien su deseo quien lo evoca.

—Le aseguro —repitió Pierre—, que detrás de aquellos vidrios hay una cara blanca que nos está mirando.

Narcisse, que tenía gran apetito, bromeaba sin dejar de comer. Y, de pronto, exclamó:

—Pues bien, amigo mío: ya que el papa nos está mirando, ninguna ocasión mejor para hablar de él otra vez. En cierta ocasión le prometí que le contaría cómo se había tragado los millones del patrimonio de San Pedro en esa espantosa crisis financiera cuyas ruinas acaba usted de ver. Una visita al

barrio de Prati di Castello no sería completa sin esa historia, que le sirve, en cierto modo, de remate.

Y habló largo y tendido, sin perder bocado. Cuando murió Pío IX, el patrimonio de San Pedro excedía de los veinte millones. El cardenal Antonelli, que se dedicaba a especular por lo general con buena suerte, los tuvo depositados, una parte en la casa Rothschild y otra parte en manos de los diferentes nuncios, a los que, de este modo, daba el encargo de hacer fructificar el capital en el extranjero. Pero, tras morir el cardenal Antonelli, su sustituto, el cardenal Simeoni, pidió a los nuncios que le devolviesen el dinero, para colocarlo en Roma. León XIII, apenas ascendido al Papado, nombró entonces una comisión de cardenales, encargada de administrar el patrimonio; monseñor Folchi fue nombrado secretario de dicha comisión. Este prelado, que durante doce años desempeñó un papel importante, era hijo de un empleado de la Dataría, que dejó al morir una herencia de un millón, ganado por él en hábiles operaciones. También el hijo había salido al padre y era muy hábil, revelándose como un financiero de primer orden; por esto la comisión fue, poco a poco, otorgando en él todos los poderes, dejando que obrase a su gusto, limitándose a dar su aprobación al informe que presentaba en cada sesión. Las rentas que producía el patrimonio no pasaban de un millón, y como el presupuesto de gastos ascendía a siete, era indispensable buscar los otros seis. De lo que producía el dinero de San Pedro acostumbraba el papa a entregar a monseñor Folchi tres millones anuales; este último realizó durante todo el tiempo de su gestión el prodigio de duplicar esa suma, gracias a la ciencia de sus especulaciones y de sus inversiones de dinero, y de este modo hizo frente al presupuesto sin tocar nunca al patrimonio. En los primeros tiempos ganó muchísimo dinero especulando con terrenos en Roma. Tomaba acciones de todas las empresas nuevas, especulaba con los molinos, con los ómnibus, con las conducciones de agua; eso sin contar con un verdadero agio, en el que estaba metida también una casa católica de banca, el Banco de Roma. El papa, que también había venido especulando por su parte, valiéndose de un hombre de confianza, de un tal Sterbini, admirado de semejante habilidad, se desembarazó de este último y dio a monseñor Folchi el encargo de hacer rentar sus capitales, los dineros de la Santa Sede. Aquella fue la época en que el prelado fue gran favorito, llegando al apogeo de su omnipotencia. Empezaban los malos días, el suelo se resquebrajaba ya, y el hundimiento se iba a producir con la rapidez del rayo. Por desgracia, una de las operaciones a las que se dedicaba León XIII consistía en hacer fuertes préstamos a los príncipes romanos que, acicateados por la locura del juego, y

metidos en negocios de terrenos y de construcciones, andaban mal de fondos; en garantía le dejaban sus acciones; de modo, pues, que al sobrevenir el desastre no le quedaron al papa sino pedazos de papel. Se hizo, además, otra tentativa desastrosa, pretendiendo crear en París una casa de crédito para dar salida, entre la clientela religiosa y aristocrática, a las obligaciones que no había modo de colocar en Italia, y, como cebo, se hacía correr la voz de que el papa estaba metido en aquel negocio, y lo peor del caso fue que, en efecto, comprometió allí tres millones. En una palabra, la situación se fue haciendo cada vez más crítica, porque poco a poco había ido comprometiendo los millones de que disponía en la partida de agio que se jugaba en Roma, bajo las ventanas mismas del Vaticano, poseído también por la fiebre del juego, animado tal vez por la oculta esperanza de reconquistar, gracias al dinero, la ciudad que le había sido arrebatada por la fuerza. La responsabilidad iba a ser totalmente suya, porque monseñor Folchi no se arriesgaba jamás en ningún negocio importante sin consultarlo previamente con él; de modo que él fue el verdadero artífice del desastre por sus ansias de ganar, porque predominaba en él el deseo de proporcionar a la Iglesia la omnipotencia moderna de los grandes capitales. Pero, como siempre ocurre, fue el prelado el único en pagar los errores cometidos en común. Era hombre dominante y difícil, y los cardenales de la comisión no simpatizaban con él, porque creían que estaban de más aquellas sesiones, ya que él actuaba como señor absoluto, y únicamente los reunía para aprobar la parte de las operaciones realizadas que se dignaba revelar. Cuando estalló la catástrofe se urdió un complot: los cardenales aterrizaron al papa con el relato de los malos rumores que corrían, y después obligaron a monseñor Folchi a que presentase sus cuentas a la comisión. La situación era muy grave, y ya no había medio de evitar pérdidas enormes. Desde aquel momento cayó en desgracia, y desde entonces ha venido implorando inútilmente una audiencia a León XIII, que éste le ha rehusado con gran dureza, como para castigarle de ese modo por su aberración común, por aquella locura del lucro que los había cegado; pero nunca se lamentó el cardenal, hombre piadoso, muy sumiso, guardador celoso de sus secretos y resignado. Nadie podría asegurar exactamente la cantidad de millones que el patrimonio de San Pedro ha dejado en esta barahúnda de Roma convertida en un tapete verde de juego; hay quien reconoce que se perdieron diez millones, mientras que otros hacen ascender la cifra a treinta. Pongamos que se perdieron quince millones.

Después de las chuletitas con tomate, traía el mozo un pollo frito. Y Narcisse terminó diciendo:

—Ahora bien, el agujero ha quedado ya tapado; ya le dije en otra ocasión que el dinero de San Pedro produce cantidades considerables, y que sólo el papa conoce en qué se invierten... Por lo demás, no vaya usted a creer que se ha corregido; sé de buena fuente que sigue jugando aunque ahora lo hace con más prudencia. También en la actualidad es un prelado su hombre de confianza, monseñor Marzolini creo que se llama, y a él le confía sus negocios de dinero... Y ¡qué diablos!, hace bien, es preciso vivir acorde con su tiempo.

Pierre le había escuchado con asombro cada vez mayor, en el que se mezclaban una especie de terror y de tristeza. Todo aquello era cosa natural y hasta legítima; pero en el ideal que él se había forjado de lo que debía ser un pastor de almas, apartado del mundo, por encima de todo, despreocupado de las preocupaciones terrenales, no se había imaginado jamás que pudiesen existir. De modo que el papa, el padre espiritual de los pequeños y de los que sufren, se había entregado a especulaciones en terrenos y en valores de Bolsa... Había jugado, había colocado sus fondos en manos de banqueros judíos, había practicado la usura, había hecho sudar el dinero de los intereses, ¡y era el sucesor del Apóstol, el pontífice de Cristo, del Jesús del Evangelio, el amigo divino de los pobres! ¡Y qué doloroso contraste! ¡Allá arriba, en aquellas habitaciones del Vaticano, en el interior de algún mueble discreto, tantos millones! ¡Tantos millones que se invertían, que fructificaban, traídos y llevados constantemente de un sitio a otro para que produjesen más, como huevos de oro empollados por un avaro con ternura apasionada! ¡Y, en cambio, allá abajo, en aquellas abominables construcciones del barrio nuevo, tanta miseria! ¡Tantas pobres gentes que se morían de hambre en medio del estiércol, madres que no tenían leche para sus críos, hombres reducidos a la holganza y al paro, viejos que agonizaban como bestias de carga, a las que se da la puntilla cuando ya no sirven para nada! Dios de caridad, Dios de amor, ¿era posible esto? La Iglesia, desde luego, tenía necesidades materiales, no podía vivir sin dinero; reunir un tesoro que le permitiese combatir y vencer a sus adversarios era un pensamiento de prudencia y de alta política. Pero todo aquello era lastimoso, deshonesto, y la obligaba a descender de su realeza divina para no ser ya sino un partido, una vasta asociación internacional, organizada con el propósito de conquistar y poseer el mundo.

Cuanto más lo pensaba, más se asombraba Pierre de aquella extraordinaria aventura. ¿Quién imaginó jamás drama tan inesperado y sobrecogedor? Aquel papa que se mantenía amurallado dentro de su palacio, que era ciertamente una prisión, pero que tenía cien ventanas que se abrían al infinito espacio, que

daban sobre Roma, sobre la Campaña, sobre las colinas lejanas; aquel papa que desde su ventana, a todas las horas del día y de la noche, en todas las estaciones del año, abarcaba con una ojeada, veía tendida a sus pies la ciudad que le habían robado, y cuya restitución exigía con un grito lastimero y quejumbroso; aquel papa que había asistido desde los primeros trabajos, día a día, a las transformaciones que experimentaba su ciudad: a la apertura de nuevas vías, al derribo de viejos barrios, a la venta de terrenos, a la construcción por todas partes de grandes edificios, que acabaron por formar una cintura blanca alrededor de los antiguos techos rojizos; aquel papa, entonces, en presencia de ese espectáculo cotidiano, de esa furia de construcciones que él podía seguir desde que se levantaba hasta que se acostaba, se contagia de la pasión por el juego que emanaba de la ciudad entera como un vaho de borrachera; y aquel papa, desde el interior de su cuarto, herméticamente cerrado, se entrega al juego, especulando con el embellecimiento de su antigua ciudad, esforzándose por enriquecerse con negocios emprendidos por aquel mismo Gobierno italiano al que trataba de expoliador, y de pronto pierde millones y millones en una catástrofe colosal, que él hubiera debido lógicamente desear, pero que no había previsto en modo alguno. Jamás, jamás hubo rey destronado que se entregase a una sugestión tan extraña, que se comprometiese en una aventura tan trágica como aquella que parecía un castigo del papa. Pero no era un rey el que había hecho todo aquello: era el delegado de Dios, era Dios mismo, infalible; así lo creía la cristiandad idólatra.

Les habían servido el postre: queso de cabra y frutas. Estaba Narcisse acabando de comer un racimo de uvas, cuando de pronto alzó la vista y exclamó:

—Pero si tenía usted razón, amigo mío. Estoy viendo perfectamente la sombra pálida, allá arriba, detrás de los cristales, en la habitación del Santo Padre.

Pierre, que no apartaba sus ojos de la ventana, dijo lentamente:

—Sí, sí, antes se había ocultado, pero ya ha vuelto a aparecer, y está siempre allí, inmóvil, enteramente blanca.

—¿Y qué quiere usted? —siguió diciendo el joven con su expresión habitual de languidez, sin dejar entrever si hablaba en serio o se burlaba—. Es un hombre como todos los demás, y cuando quiere distraerse un poco mira por la ventana. Y en este caso con mayor motivo, porque tiene unas vistas como para no cansarse jamás.



Y éste era el hecho que se iba apoderando más y más del ánimo de Pierre, invadiéndole con una emoción cada vez mayor. Se hablaba del Vaticano todo cerrado, y Pierre se lo había imaginado como un palacio sombrío, cerrado por altas murallas, porque nadie había dicho, nadie parecía querer enterarse de que desde aquel palacio se dominaba toda Roma, y que el papa podía ver desde sus ventanas el mundo. Pierre conocía bien toda aquella inmensidad por haberla visto desde el Janículo, por haber vuelto a verla desde la balconada de Rafael y desde la cúpula de la basílica. Y Pierre evocaba en su imaginación ahora el espectáculo que León XIII estaba contemplando en aquel mismo instante, y lo veía como él lo vio. En el centro del anchísimo desierto de la Campaña, limitado por los montes de la Sabina y las colinas Albanas, veía León XIII las siete colinas ilustres; el Janículo, al que servían de corona los árboles de la villa Phampili; el Aventino, en donde sólo quedaban las tres iglesias medio ocultas por el arbolado; el Coelius allá lejos, desnudo aún, perfumado con las naranjas maduras de la villa Mattei; el Palatino, bordeado por una débil línea de cipreses que habían crecido allí como sobre la tumba de los césares; el Esquilino, del que emergía el espigado campanario de Santa María Maggiore; el Viminal, que parecía una cantera despanzurrada, con su amontonamiento confuso y blancuzco de construcciones nuevas; el Capitolio, marcado apenas por la torre cuadrada del palacio del Senado; el Quirinal, en donde desenvolvía su fachada el palacio real, pincelada de amarillo crudo entre las tupidas umbrías de los jardines. Y además de Santa María Maggiore, veía todas las basílicas: San Juan de Letrán, cuna del Papado; San Pablo Extramuros, Santa Cruz de Jerusalén, Santa Inés; las cúpulas del Gesù, San Andrés del Valle, San Carlos, San Juan de los Florentinos, y las cuatrocientas iglesias de Roma, que hacen de la ciudad un camposanto plantado de cruces. Veía también los monumentos famosos, testimonio del orgullo de todos los siglos: el fuerte de Sant'Angelo, tumba de un emperador, transformada en fortaleza papal; la blanca línea de las otras tumbas de la vía Appia, allá lejos, y por otro lado, las ruinas desparramadas de las Termas de Caracalla, de la mansión de Septimio Severo, columnas, pórticos, arcos de triunfo, y los palacios y villas suntuosas de los cardenales del Renacimiento: el palacio Farnese, el palacio Borghese, la villa Medici, y otras muchas, que formaban un vivero de tejados y fachadas. Pero mejor aún, bajo su misma ventana, a mano izquierda, contemplaba aquel horrendo barrio nuevo, sin terminar, Prati di Castello. Y por las tardes, durante sus paseos por los jardines rodeados por el muro de León IV, que les daban aspecto de explanada de ciudadela, se presentaba ante sus ojos el panorama del valle sobre el que se alza el monte

Mario, cuyas tierras han sido revueltas por completo para establecer allí los hornos de ladrillos en la hora febril de la locura constructora. Las verdes laderas han sido destripadas, estando cortadas en todos los sentidos por profundas zanjas amarillentas; y los hornos, hoy apagados, son nada más que ruinas lamentables, con sus altas chimeneas sin vida, que ya no arrojan humo. Y a cualquier hora del día que se acercase a su ventana tenía que ver por fuerza el panorama de los grandes edificios abandonados, para los que habían trabajado todas aquellas fábricas de ladrillos, edificios muertos también antes de haber nacido, que sólo albergaban ahora la miseria bulliciosa de Roma, que se pudría en ellos como si con ella estuviese entrando en descomposición la misma vieja sociedad.

Pero Pierre se imaginaba sobre todo que León XIII, la sombra blanquísima que se veía allá arriba, acabaría por olvidarse de todo para no soñar sino con el Palatino, hoy destronado, que sólo podía hoy alzar hacia el espacio sus negros cipreses. Sin duda que el papa volvía a dar forma con el pensamiento a los palacios de los césares, evocar sus grandes sombras gloriosas, vestidas de púrpura, sus verdaderos antecesores, emperadores y grandes pontífices, únicos que podían decirle cómo se podía reinar sobre todos los pueblos como dueño absoluto del universo. Sus miradas irían luego hacia el Quirinal, y se quedaría absorto durante horas y horas ante el espectáculo de la realeza que surgía frente a él. ¡Qué cotejo curioso el de aquellos dos palacios que se miran: el Quirinal y el Vaticano, dominadores los dos, que se yerguen el uno frente al otro por encima de la Roma del medioevo y del Renacimiento, cuyos tejados, cocidos y dorados por los soles ardientes, se amontonan y se confunden en las márgenes del Tíber! Les basta unos sencillos gemelos de teatro al papa y al rey, cuando se asoman a la ventana, para verse el uno al otro con todo detalle. Son dos puntitos sin importancia en el espacio sin límites; pero ¡qué abismo hay entre ellos, cuántos siglos de Historia, qué de generaciones han luchado y sufrido, qué de grandeza muerta y qué de semilla para el misterioso porvenir! Se ven y están todavía enzarzados en la lucha eterna, disputándose el pueblo, cuyo oleaje se agita allá abajo, ante sus ojos, disputándose quién ha de ser el soberano absoluto, el pontífice, pastor de almas, o el monarca, señor de cuerpos. Y Pierre, entonces, se preguntó hacia dónde irían las meditaciones y los ensueños de León XIII, detrás de aquellos cristales, de León XIII, cuya pálida silueta de aparecido creía distinguir todavía. Frente a la Roma nueva, con sus barrios antiguos devastados y con sus barrios nuevos azotados por un vendaval de desastre, debería alegrarse, sin duda alguna, del aborto colosal del Gobierno italiano.

Le habían robado la ciudad y habían tenido la pretensión de enseñarle cómo se creaba una gran capital, y el resultado era toda aquella catástrofe, todos los horrendos edificios inútiles que nadie acertaba a terminar. Debía, sin duda, de encantarle aquella situación embarazosa en que había caído el régimen usurpador, de la crisis política, de la crisis financiera, del descontento nacional, cada vez mayor, que amenazaba con hacer zozobrar en cualquier momento al régimen; y, sin embargo, ¿no era también su alma la de un patriota, no era un hijo amante de aquella Italia, cuyo genio y cuya ambición secular circulaban por sus venas? ¡Ah, nada contra Italia! Por el contrario, cualquier cesa para que volviese a ser la señora del universo. Seguramente que en medio de las alegrías de su esperanza, cuando la veía arruinada, amenazada de quiebra, exhibiendo aquella Roma revuelta y a medio acabar, que venía a ser la pública confesión de su impotencia, sentía subírsele al corazón un secreto dolor. Y si la dinastía de Saboya estaba llamada a desaparecer algún día, ¿no estaba él allí para ponerse en su lugar, para sustituirla y para volver a entrar en posesión de la ciudad que, desde hacía quince años, sólo podía ver desde su ventana, mientras los obreros que manejaban la piqueta y los albañiles hacían presa en ella? Volvería de ese modo a ser el dueño, reinaría sobre todo el mundo, sobre el escabel de la Ciudad predestinada, a la que los profetas habían asegurado la eternidad y el dominio universal.

El panorama se ensanchaba, y Pierre se preguntaba qué era lo que León XIII podía columbrar por encima de la Campaña romana, más allá de los montes de la Sabina y de las colinas Albanas, en la cristiandad entera. Puesto que desde hacía dieciocho años vivía encerrado en el Vaticano, puesto que la única abertura que tenía cara al mundo era aquella ventana, ¿qué podía ver desde allá arriba, qué ecos, qué verdades y qué certidumbres llegaban hasta él de las sociedades modernas? Llegarían, a veces, desde las alturas del Viminal, en donde se encuentra la estación, los largos silbidos de las locomotoras; aquello era nuestra civilización científica, el acercamiento de los pueblos, la humanidad que camina libre hacia el porvenir. ¿Soñaba, también él, con la libertad, cuando volvía sus miradas hacia la derecha, y divisaba el mar, allá lejos, más allá de las tumbas de la vía Appia? ¿Habría tenido alguna vez la idea de marcharse, de salir de Roma y desembarazarse de su pasado, para fundar en otro sitio el Papado de las nuevas democracias? Si era cierto que poseía, según aseguraban todos, un espíritu tan penetrante, tan clarividente, hubiera debido comprender, hubiera debido temblar, al escuchar los ruidos lejanos que le llegaban desde ciertos países de lucha, por ejemplo,

desde América en la que los obispos revolucionarios iban camino de conquistar al pueblo. ¿Trabajaban por él o trabajaban para ellos? ¿No era de temer un día la ruptura fatal, si el papa se quedaba atrás, si se obstinaba en seguir en su Vaticano, atado con las innumerables ligaduras del dogma y de la tradición? Entonces sentía en su rostro el soplo amenazador del cisma, que venía desde muy lejos, y que le atenaceaba con una angustia cada vez mayor. Por eso se había convertido él en el papa de la conciliación, todo diplomacia, para reunir en sus manos todas las fuerzas dispersas de la Iglesia, haciendo la vista gorda, hasta donde se lo consentía la tolerancia, sobre las audacias de ciertos obispos, esforzándose él mismo en conquistar al pueblo, poniéndose de su lado contra las monarquías caídas ya. Pero ¿no iría nunca más allá? ¿No se había emparedado detrás de la puerta de bronce, en la fórmula católica estricta, a la que le encadenaban los siglos? Esta clase de obstinación le resultaría fatal, y le cerraría el camino para reinar únicamente sobre las almas, únicamente por su fuerza verdadera y omnipotente, por el poder puramente espiritual, por la autoridad moral del más allá, que hacía que la humanidad se prosternase a sus plantas, que los peregrinos cayesen de rodillas y las mujeres se desmayasen. Abandonar a Roma, renunciar al poder temporal, sería como trasladar el centro de gravitación del mundo católico, dejar de ser lo que era, no ser ya el jefe del catolicismo, ser otro, otra cosa. ¡Qué pensamientos inquietos bullirían en aquella ventana, si las auras del atardecer le traían la confusa imagen de ese otro, de esa otra cosa, de la temida religión nueva, confusa aún, que se iba elaborando entre el sordo pataleo de las naciones que avanzaban, de esa religión nueva cuyos murmullos le llegaban simultáneamente desde todos los puntos del horizonte!

Y en ese instante sintió Pierre que la sombra blanca que se vislumbraba detrás de los cristales cerrados, la sombra inmóvil, se mantenía erguida por la fuerza del orgullo, por la certeza inquebrantable de la victoria. Si no bastaban los hombres, se haría el milagro. Tenía la convicción absoluta de que volvería a entrar en posesión de Roma; si no era él, sería su sucesor. La Iglesia, poseída por la indomable energía de vivir, tenía ante ella la eternidad. Pero ¿y por qué no había de ser él mismo? ¿Existía, acaso, lo imposible para Dios? Queriéndolo Dios, y a pesar de todos los razonamientos humanos, contra toda la lógica de las realidades, le sería devuelta su ciudad el día menos pensado, en algún brusco viraje de la Historia. ¡Qué fiestas haría en honor de aquella hija pródiga, cuyas aventuras equívocas no había perdido de vista, siguiéndola con sus ojos paternos arrasados en lágrimas! Pronto olvidaría los desbordamientos, a todas horas y en todas las épocas del año, a los que había

asistido durante dieciocho años consecutivos. Posiblemente estaría ahora pensando en lo que tendría que hacer con aquellos barrios nuevos con que la habían mancillado. ¿Los haría derribar, los dejaría tal cual estaban, como testimonio fehaciente de la demencia de los usurpadores? Volvería a ser la ciudad augusta y muerta, desdeñosa de las vanas preocupaciones de limpieza material y de holgura, que sólo se preocuparía de irradiar luz sobre el mundo, como un alma pura, siguiendo la gloria tradicional de los siglos pasados. Y sus sueños seguirían de aquel modo, procurando representarse el curso que habían de seguir los acontecimientos de allí en adelante. Cualquier cosa antes que la casa de Saboya, aunque fuese la república. ¿Por qué no había de formarse una república federal que dividiese a Italia de acuerdo con las antiguas divisiones políticas, que restituiría Roma al papa, eligiéndole por protector natural del Estado reconstituido de aquel modo? Después desbordaría su mirada a Roma, iría más allá de Italia y se iría ensanchando, ensanchándose siempre, y englobaría a la Francia republicana, a España, que podría serlo otra vez; a Austria misma, que podría ganarse en cualquier momento, a todas las naciones católicas, que formarían los Estados Unidos de Europa, pacificados y fraternizando bajo la alta presidencia del Sumo Pontífice. Y, finalmente, el día del supremo triunfo, desaparecerían todas las demás Iglesias, y vendrían a reconocerle como a su único pastor todos los pueblos disidentes, y Jesús reinaría en la persona del papa sobre la democracia universal.

Pero Pierre fue bruscamente interrumpido en aquel mundo de sueños que ponía en la imaginación del papa León XIII.

—¡Fíjese, amigo mío, fíjese en las tonalidades que presentan aquellas estatuas que hay encima de la columnata!

Se había hecho servir una taza de café y fumaba lánguidamente un cigarro habano, entregado de nuevo por entero a sus preocupaciones de estética refinada.

—Están teñidas de rosa, ¿no es así? De un rosa que tira a malva, como si corriese por sus venas la sangre azul de los ángeles... Es el sol de Roma, amigo mío, lo que les da una vida supraterrrenal, porque esas estatuas viven, las he visto sonreírme y alargar hacia mí sus brazos en ciertos bellos momentos crepusculares... ¡Roma, maravillosa y deliciosa Roma! ¡Uno se siente capaz de vivir aquí del aire, tan pobre como Job, entregado al goce continuo de aspirar el encanto que flota en él!

Pierre no pudo entonces contener una sonrisa, porque se acordó de la voz tan firme, de su espíritu de financiero claro y seco. Y su pensamiento voló

otra vez a Prati di Castello, y su corazón se anegó en horrenda tristeza, al evocar por última vez tanta miseria y tanto sufrimiento. Y vio otra vez la suciedad hedionda en que se malograban tantos seres humanos, la odiosa injusticia social que condena a la mayoría de los hombres a una existencia de animales malditos, sin alegría y sin pan. Y al mirar otra vez hacia allá arriba, hacia las ventanas del Vaticano, pensó, porque creyó ver alzarse una mano pálida detrás de los cristales, en aquella bendición papal que León XIII daba desde lo alto, por encima de Roma, por encima de la Campaña y de los montes, a los fieles de toda la Cristiandad. Y vio de pronto lo que aquella bendición tenía de burla y de impotencia, ya que no había conseguido en tantos siglos suprimir ni uno sólo de los dolores de la humanidad, ya que no había logrado siquiera un poco de justicia para las pobres gentes que agonizaban allí mismo, a sus pies, bajo su ventana.

## IX

**B**enedetta había hecho avisar a Pierre que deseaba hablarle, y éste bajó al salón aquella tarde, a la hora del crepúsculo, encontrándola en el salón, acompañada por Celia, entregadas a sus conversaciones, envueltas en la penumbra del día que se apagaba.

—¿Sabes que he tenido ocasión de ver a esa Pierina? —decía la joven en el instante en que Pierre entraba—. Sí, y precisamente la vi con Dario; mejor dicho, ella debía de estar al acecho, en una de las avenidas del Pincio, y Dario le sonrió. Me di cuenta enseguida... ¡Es una verdadera belleza!

Su propio entusiasmo divirtió a Benedetta. Pero en su boca entristecida se dibujaba un pliegue de dolor; porque, por muy razonable que ella fuese, aquella pasión ingenua y vehemente le hacía sufrir. Comprendía que Dario tenía que divertirse, puesto que ella se negaba a entregarse a él, que era hombre joven y no había hecho voto de castidad. Pero era demasiado el amor que aquella harapienta sentía hacia él, y temía que Dario cediese, porque la belleza en flor lo excusaba todo. Y por eso confesó, al fin, el secreto de su alma, desviando la conversación.

—Siéntese usted, señor abate... Como usted ve, estamos hablando mal. A mi pobre Dario le acusan de traer de cabeza a todas las bellezas de Roma...

Se dice que es él, y nadie más, el dichoso mortal que paga los ramos de rosas blancas que exhibe Tonietta desde hace quince días en el Corso.

Celia se acaloró.

—No hay duda sobre ese extremo, querida. Al principio hubo sus dudas, y se habló del pequeño Pontecorvo y del teniente Moretti. Y ya puedes imaginarte todo lo que se decía... Pero hoy sabe todo el mundo que quien trae desasosegado el corazón de Tonietta es Dario, y nadie más. Y por si alguien lo dudase, Dario fue al palco que ella ocupa en el Constanzi.

Al oír la conversación, se acordó Pierre de aquella Tonietta, que el joven príncipe le había mostrado en el Pincio, diciéndole que era una de las pocas mujeres galantes de que se hablaba en Roma. Y recordó también el detalle de galantería que había hecho célebre a aquella mujer, los arrebatos

desinteresados que se apoderaban bruscamente de ella por algún amante veleta, de quien no consentía en aceptar sino un ramo de rosas blancas cada mañana; de manera que, cuando ella se exhibía en el Corso, a veces durante semanas enteras, con aquellas rosas puras, causaba verdadera sensación entre las damas de la buena sociedad, que se lanzaban, presas de ardiente curiosidad, a la búsqueda del nombre del amante elegido y adorado. Desde que había muerto el anciano marqués de Manfredi, que le había dejado su palacete de la via dei Mille, se elogiaba la corrección de su carruaje, la elegante sencillez de sus *toilettes*, de las que únicamente desmerecían sus sombreros, algo extravagantes. El rico inglés que la mantenía llevaba de viaje cerca de un mes.

—Está muy bien esa mujer, está muy bien —repetía Celia con acento convencido y con su expresión ingenua de virgen que pone todo su interés en las cosas del amor—. Y, además, es bonita, y tiene unos ojos muy dulces. No es tan hermosa como Pierina, no. Eso sería imposible. Pero da gusto verla, es una verdadera caricia para la vista.

Benedetta hizo un ademán involuntario, como si quisiese apartar otra vez a Pierina; en cuanto a Tonietta, la aceptaba, porque sabía bien que no pasaba de ser una distracción, la caricia de un momento, como decía su amiga.

—¡Ese pobre Dario mío que se está arruinando con las rosas blancas! Le voy a gastar algunas bromas... Si nuestro asunto tarda en arreglarse, acabarán esas mujeres por robarme a Dario, por llevárselo... Por suerte, las noticias que tengo son buenas. Sí, parece que el pleito va a verse de nuevo; mi tía ha salido precisamente para algo relacionado con esa vista.

Celia se levantó en el momento mismo en que Victorine traía una lámpara, y Benedetta se volvió hacia Pierre, que también se había levantado.

—Quédese; necesito hablarle.

Pero Celia no se iba, vivamente interesada ahora en el divorcio de su amiga, queriendo saber a qué punto habían llegado las cosas, si se celebraría pronto la boda de los dos enamorados. Y se puso a besar locamente a Benedetta.

—¿De modo que vuelves a tener esperanzas y crees que el Santo Padre te devolverá la libertad? No sabes, amiga mía, cuánto lo celebro por ti. ¡Qué bien vas a estar cuando vivas con Dario!... Yo estoy, por mi parte, muy satisfecha, porque estoy viendo que mi obstinación empieza ya a fatigar a mi padre y a mi madre. Ayer volví a decirles, con la tranquilidad que tú ya sabes tengo: «Quiero que Attilio sea mío, y vosotros me lo daréis». Mi padre entonces estalló en un espantoso arrebató de cólera, me cubrió de insultos, me



amenazó con los puños, diciendo que si yo había nacido con una cabeza tan dura como la suya me la haría añicos. Y, de pronto, se volvió contra mi madre, que estaba callada y molesta, y exclamó: «Vamos, dale su Attilio, y que no nos moleste más...». ¡No te imaginas lo contenta que estoy!

Pierre y Benedetta no pudieron contener la risa a la vista de la alegría inocente y angelical que se dibujaba en su cara de virgen, de una pureza de lirio. Al fin se marchó, en compañía de la doncella, que la esperaba en el primer salón.

En cuanto estuvieron solos, hizo Benedetta sentar a Pierre.

—Amigo mío, estoy encargada de transmitirle un consejo urgente... Resulta que se ha corrido por Roma el rumor de que está usted en la ciudad, y se han hecho circular a propósito de su persona los rumores más inquietantes. Se dice que su libro es una exhortación al cisma, y que usted mismo no es otra cosa que un cismático ambicioso y turbulento, que después de haber publicado su libro en París, se ha apresurado a venir a Roma para airearlo, provocando a su alrededor un escándalo horrible... Por lo tanto, si usted persiste en sus deseos de ver a Su Santidad para defenderse, se le aconseja que no dé señales de vida, que desaparezca por completo durante dos o tres semanas.

Pierre la escuchaba estupefacto. ¡Acabarían por enloquecerlo de rabia! ¡Acabarían por hacer que prendiese en él la idea de un cisma, de un escándalo justiciero y liberador, llevándole de fracaso en fracaso, como para acabar con su paciencia! Quiso rebelarse, protestar. Pero tuvo luego un gesto de laxitud. ¿Qué adelantaba con hacerlo delante de aquella mujer bondadosa, de cuya sinceridad no podía dudar?

—¿Quién es la persona que le ha rogado que me transmitiese ese consejo?

Benedetta no respondió, limitándose a sonreír. Pero Pierre tuvo una brusca intuición.

—Monseñor Nani, ¿no es cierto?

Entonces, sin querer contestar directamente, se puso a hacer un elogio conmovido del prelado. Por fin, había accedido a dirigirla en el interminable asunto de la anulación de su matrimonio. Sobre ese asunto había mantenido una larga conversación con donna Serafina, su tía, y ésta acababa precisamente de salir para dirigirse al Santo Oficio, para darle cuenta del resultado de los primeros pasos intentados. El padre Lorenza, confesor de la tía y de la sobrina, debía asistir también a la entrevista, porque aquel asunto del divorcio era en el fondo obra suya, él había sido el que empujó a las dos mujeres a dar semejante paso, como queriendo cortar el lazo que con tanta

ilusión había anudado el cura patriota Pisoni. Y Benedetta se animaba al hablar, exponiendo los motivos de su esperanza.

—Monseñor Nani lo puede todo, y lo que me llena de felicidad es el pensar que es él quien tiene mi asunto entre sus manos... Amigo mío, sea usted también razonable, no se rebele, déjese llevar. Le aseguro que llegará el día en que se felicitará por ello.

Pierre reflexionaba, cabizbajo. Roma lo había envuelto en sus redes, allí tenía manera de satisfacer a cualquier hora del día su más viva curiosidad, y no era como para desagradarle la idea de tener que permanecer allí dos o tres semanas más. Se daba cuenta, desde luego, de que todos aquellos retrasos contribuían a desmigajar su voluntad, que equivalían a un desgaste constante de su voluntad, y que acabaría saliendo disminuido, desalentado, inutilizado. Pero ¿qué podía temer, dispuesto como estaba a no abandonar nada de su libro, a no entrevistarse con Su Santidad como no fuese para afirmar con la cabeza erguida su nueva fe? Reiteró en voz baja este juramento, y luego accedió. Y, al mismo tiempo, se excusó, por creer que constituía un estorbo en el palacio. Pero Benedetta exclamó:

—¡De ninguna manera! Yo estoy verdaderamente encantada con su presencia aquí. Yo no le dejo marchar, y me imagino que su presencia nos va a traer a todos la buena suerte; ya ve usted cómo han empezado a cambiar las cosas.

Convinieron luego en que ya no volvería a rondar por San Pedro ni por el Vaticano, donde había despertado probablemente suspicacias la vista de su sotana. Llegó incluso a prometer que permanecería una semana sin casi salir del palacio, y que la aprovecharía para volver a leer en Roma algunos libros, ciertas páginas históricas. Se quedó todavía hablando un rato, porque se sentía a gusto en aquella calma absoluta del salón, desde que la lámpara lo iluminaba con su mortecina claridad. Acababan de dar las seis, y era noche cerrada en las calles.

—He oído decir que Su Eminencia está hoy indispuesto —dijo Pierre.

—Es cierto —contestó la contessina—. Un poco de fatiga solamente, es cosa que no nos inquieta... Mi tío me ha mandado decir por intermedio de don Vigilio que no saldría de su habitación, y que éste se quedaría con él para dictarle las cartas... Ya ve usted que debe de tratarse de algo sin importancia.

Volvió a reinar el silencio. De la calle solitaria no llegaba el más leve rumor, y también el palacio vacío estaba mudo y ensoñador como una tumba. Pero, de pronto, hizo irrupción un torbellino de faldas, se precipitó alguien, jadeante de terror, en aquel salón tan muellemente adormecido, envuelto en la

suave atmósfera de un sueño de esperanza. Era Victorine, que se había retirado, después de traer la lámpara, y que ahora volvía sin aliento, fuera de sí.

—Contessina, contessina...

Benedetta se levantó pálida, helada por un frío súbito, como cuando se siente entrar el viento de la desgracia.

—¿Qué ocurre, qué ocurre?... ¿Por qué vienes corriendo, por qué tiemblos?

—Dario, abajo está el señor Dario... He bajado para asegurarme de que estaba encendida la lámpara del pórtico, porque suelen olvidarse de hacerlo... Y allí, dentro del pórtico, en la sombra, he tropezado con el señor Dario... Está caído en tierra, tiene alguna cuchillada en el cuerpo.

Brotó del corazón de la amante un grito:

—¡Le han matado!

—No, no; está herido solamente.

Pero ella no la escuchaba, sino que seguía gritando con voz más aguda cada vez:

—¡Muerto! ¡Muerto!

—No, no lo está... Porque me ha hablado... ¡Y no grite, por favor! Él me ha mandado que me calle, porque no quiere que se divulgue la noticia. Me ha dicho que viniese por usted, que fuese usted sola. Pero, puesto que el señor abate se encuentra aquí, tendrá que bajar a ayudarnos. No estará de más.

Pierre la escuchaba, también fuera de sí. Cuando Victorine fue a coger la luz, se vio que tenía toda la mano manchada de sangre, porque había palpado sin duda al herido que estaba en tierra. Y aquello hizo una impresión tan horrible en Benedetta, que se puso a sollozar como una loca.

—¡Cállese, le digo, cállese! Bajemos sin hacer ruido. Cojo la lámpara porque es necesario alumbrarse... Vamos pronto.

Abajo, frente a la entrada del vestíbulo, yacía Dario sobre las losas del pavimento, como si, después de ser herido en la calle, hubiese tenido fuerza suficiente para dar algunos pasos hasta ir a caer allí. Había perdido el conocimiento y estaba muy pálido, con los ojos cerrados y los labios contraídos. Benedetta, que volvía a encontrar, por la fuerza del dolor, la energía de familia, no se lamentaba ya, no lloraba ya; le contemplaba con sus ojazos sin lágrimas, agrandados y como locos, sin acertar a comprender. Lo más horrible era que aquella catástrofe se había producido como un rayo, de un modo imprevisto, inexplicable, un asesinato sin porqué ni cómo, cometido en medio del silencio negro del viejo palacio desierto, invadido por la noche.

La herida debía de haber sangrado muy poco, porque únicamente estaban manchadas en sangre las ropas.

—¡Pronto, pronto! —repetía Victorine a media voz, después de inclinarse a alumbrar al herido con la lámpara. El portero no está. Habrá ido al lado, a casa del carpintero para bromear con su mujer, y ya ven ustedes que no ha encendido todavía la linterna, pero puede volver de un momento a otro... El señor abate y yo vamos a subir rápidamente al príncipe hasta su habitación.

Era la única persona que conservaba serena la cabeza, como mujer bien equilibrada y de tranquila actividad. Benedetta y Pierre, que no salían de su estupor, la escuchaban sin encontrar palabras qué decir, la obedecían con la docilidad de dos niños.

—Contessina, vamos a necesitar que usted nos alumbre. Tenga, coja la lámpara y bájela un poco, para que veamos bien los escalones... Usted, señor abate, encárguese de cogerlo por los pies. Yo lo levantaré por las axilas. No hay cuidado, el pobrecito no pesa mucho.

Subieron por la escalera monumental, que tenía los escalones muy bajos y los descansos amplios como salones. Esto hacía más fácil la subida de aquel cortejo lúgubre, alumbrado por la luz débil y vacilante de la lámpara que Benedetta sostenía en alto con brazo rígido, a fuerza de poner en tensión su voluntad. En la vieja mansión muerta no se oía ni un ruido, ni un resuello, nada más que el insensible desmigajamiento de los muros, el trabajo roedor de ruina que iba poniendo los techos a punto de derrumbarse. Victorine proseguía haciendo recomendaciones con voz cuchicheante, mientras Pierre hacía esfuerzos exagerados y perdía la respiración por miedo a resbalar en las losas brillantes. Cruzaban grandes sombras en danza loca a lo largo de las pilastras, de los anchos muros desnudos, hasta la alta bóveda decorada de arcones. La subida parecía interminable, y hubo que hacer un alto. Luego se reanudó la lenta ascensión.

Por fortuna, las habitaciones de Dario eran tres, un dormitorio, un cuarto de aseo y un salón, y se encontraban situadas en el primer piso, a continuación de las de su tío el cardenal, en el ala del edificio que daba al Tíber. No tenían, pues, sino que seguir avanzando por la galería, ahogando el ruido de sus pasos. Al fin pudieron respirar, cuando dejaron al enfermo acostado en su cama.

Victorine dejó escapar una pequeña risa de satisfacción.

—¡Ya está!... Deje usted ya la lámpara, contessina, aquí, en esta mesa... Les doy a ustedes la seguridad de que no nos ha oído nadie; hemos tenido la suerte de que donna Serafina esté fuera de casa, y de que Su Eminencia se

haya encerrado con don Vigilio... No ha caído al suelo ni una sola gota de sangre, porque he tenido cuidado de envolverle los hombros con mis faldas; pero, por si acaso, volveré a rehacer el camino dentro de un momento y pasaré una esponja abajo.

Calló, se puso a examinar a Dario y exclamó vivamente:

—Respira... Los dejo a ustedes dos aquí y yo voy corriendo en busca del bueno del doctor Giordano, hombre de confianza que la vio nacer a usted, contessina.

Al quedarse solos, frente al herido que estaba desvanecido, en aquella habitación semioscura en la que parecía vibrar ahora la espantosa pesadilla que los embargaba a los dos, permanecieron Pierre y Benedetta a uno y otro lado de la cama, sin saber qué decir. Benedetta había extendido los brazos, se había retorcido las manos dejando escapar un gemido sordo, porque tenía necesidad de expansionarse y dar suelta a su dolor. Luego se inclinó y acechó ansiosamente el rastro de la vida en aquella cara pálida, que tenía cerrados los párpados. Respiraba, en efecto, pero con respiración lenta, perceptible apenas. Sin embargo, las mejillas empezaban a teñirse de rojo, y el herido abrió al fin los ojos.

Benedetta le cogió enseguida la mano, la estrechó contra sí, queriendo transmitirle toda la angustia de su corazón; y al observar que Dario respondía débilmente a su presión, se sintió feliz.

—Habla, Dario. ¿Me ves? ¿Me oyes?... ¿Qué ha ocurrido, Santo Dios?

Pero Dario no contestaba, y daba señales de inquietud por la presencia de Pierre. Al fin pareció caer en la cuenta de quién era, y se sosegó, aunque siguió mirando por toda la habitación con mirada temerosa, por si había alguien más. Y, al cabo, murmuró:

—No lo sabe nadie, ¿verdad? ¿No lo ha visto nadie?

—Nadie, tranquilízate. Hemos logrado traerte hasta aquí, con la ayuda de Victorine, sin encontrar un alma viviente. Mi tía ha salido, mi tío se halla encerrado en sus habitaciones.

Esto pareció haberle quitado un peso de encima, y sonrió.

—Lo que me ha ocurrido es tan estúpido, que no quiero que nadie lo sepa.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido? —volvió a preguntar ella.

—No lo sé, no lo sé a punto fijo...

Y al decir esto cerraba los párpados con aire de fatiga, procurando eludir la contestación. Pero debió creer que lo mejor era decir en el acto una parte de la verdad.

—Ha sido un hombre que estaba oculto en el pórtico, aprovechando la oscuridad del crepúsculo, y que me acechaba... Y, claro, cuando yo llegué me clavó su cuchillo, ahí atrás, en la espalda.

Pero Benedetta, estremeciéndose, se inclinó hacia él, clavó su mirada en lo más hondo de la suya, y preguntó:

—Pero ¿quién era ese hombre? ¿Quién era?

Y al oírle decir entre balbuceos, con voz cada vez más fatigada, que no lo sabía, que aquel hombre se había escapado aprovechando la oscuridad, sin que llegase a identificarlo, Benedetta dejó escapar un grito terrible.

—Es Prada, es Prada, no lo niegues, estoy segura.

Deliraba.

—Estoy segura, ¿me oyes? Porque no quise ser suya, no quiere que seamos el uno del otro; antes te matará, si llega el día en que yo recobre mi libertad para entregarme a ti. Lo conozco, no podré ser feliz nunca... ¡Ha sido Prada, te digo que ha sido Prada!

Pero el herido reaccionó, movido por una súbita energía, y protestó con acento leal.

—No, te aseguro que no se trata de Prada; ese hombre no ha actuado por cuenta de Prada... Te lo puedo jurar. No he podido identificarlo, pero te aseguro que no se trata de Prada, de ninguna manera.

Tenía la voz de Dario tales acentos de verdad, que Benedetta tuvo que darse por convencida. Pero le acometió de nuevo el espanto, porque advertía que la mano que tenía cogida se volvía húmeda e inerte, como si se fuese helando. El herido, agotado por el esfuerzo que acababa de hacer, se había desvanecido nuevamente; su cara se tornó completamente blanca y cerró los ojos. Parecía que se estaba muriendo.

Benedetta, desesperada, lo palpó con sus manos temerosas.

—¡Señor abate, fíjese, fíjese!... ¡Se está muriendo! ¡Se está muriendo! ¡Está ya frío!... ¡Santo Dios, se me muere!

Pierre, al que aquellos gemidos trastornaban, se esforzó por calmarla.

—Ha hablado con exceso, y se ha desvanecido, como estaba antes... Le aseguro que estoy sintiendo latir su corazón. Fíjese, ponga aquí su mano... Por favor, no pierda usted la cabeza, ahora vendrá el médico y todo se arreglará.

Pero Benedetta no le oía, y Pierre tuvo que ser testigo de una escena que le llenó de sorpresa. La joven se echó de pronto sobre el cuerpo del hombre adorado, lo apretó con un abrazo frenético, lo bañó con sus lágrimas, lo cubrió de besos, balbuceando palabras inflamadas.

—¡Ay de mí si te perdiese, ay de mí si te perdiese!... Y pensar que no he querido entregarme a ti, que he cometido la estupidez de rechazarte, cuando todavía estábamos a tiempo de conocer la felicidad... Sí, lo hice por Nuestra Señora, porque le agrada la virginidad, porque hay que conservarse virgen hasta tener marido, si ella ha de bendecir el matrimonio... ¿Pero qué podía importarle que fuésemos felices inmediatamente? Además, ¡si ella me hubiese engañado, si ella te llevase antes de que hubiésemos dormido uno en brazos del otro! Entonces no me quedaría más que un pesar: el de no haberme condenado contigo, ¡sí, sí! ¡El infierno prefiero antes de dejar de ser el uno del otro, antes de poseernos con todo nuestro ser, con toda nuestra boca!

¿Y era aquella la mujer tan serena, tan razonable, que sabía aguardar a condición de organizar mejor su vida? Pierre la miraba aterrado, ya no le parecía la misma. La terrible sangre de los Boccanera acababa de despertarse en ella, arrastrada por un atavismo de violencia, de orgullo, de apetitos furiosos, exasperados y desencadenados. Quería su parte de vida, su parte de amor. Rugía y clamaba, como si la muerte le arrancase su propia carne al quitarle su amante.

—Le ruego, señora, que se calme —repetía el sacerdote—. Está vivo, su corazón late... Se está usted haciendo un daño atroz.

Pero ella quería morir con él.

—Querido mío, si te marchas, llévame contigo, llévame contigo... Me recostaré sobre tu corazón, te oprimiré tan fuerte con mis brazos, que se confundirán con los tuyos, y no tendrán más remedio que enterrarnos juntos... Sí, aunque muramos, nos casaremos. Te prometí de no ser sino tuya, y seré tuya, a pesar de todo, bajo la tierra, si es preciso... Querido mío, abre los ojos, abre la boca, bésame, si no quieres que me muera yo en cuanto tú te hayas muerto.

Una llamarada de pasión salvaje, de fuego y de sangre había soplado en aquella habitación sombría, de viejos muros amodorrados. Pero, al fin, Benedetta se dejó dominar por las lágrimas y estalló en grandes sollozos, cayendo en el borde de la cama, ciega, sin fuerza. Por suerte, apareció el médico, conducido por Victorine, y puso fin a la bárbara escena.

El doctor Giordano, que había pasado ya de los sesenta, era un viejecito de blancos bucles, bien rasurado, de cutis fresco, y que, a fuerza de servir a gente de iglesia, había adquirido el aire paternal de un prelado bondadoso. Se decía que era un hombre excelente, que atendía gratuitamente a los pobres, dando sobre todo pruebas de una reserva y de una discreción de eclesiástico en los casos delicados. Desde hacía treinta años que nadie más que él cuidaba

a todos los Boccanera, a los hijos, a las mujeres y hasta al mismo eminentísimo cardenal.

Alumbrado por Victorine y ayudado por Pierre, desnudó suavemente a Dario, que volvió en sí por efecto del dolor, le manifestó en el acto, después de examinar la herida, que no había que temer complicaciones. Aficionado, como todos los médicos de Roma, a las cuchilladas bien dadas, porque eso era cosa de todos los días entre sus clientes de ocasión pertenecientes a la clase baja, examinaba con detenida complacencia la herida, y admiraba, como buen conocedor, su ejecución, pareciéndole que era obra de una mano experta. Al fin dijo al príncipe, a media voz:

—A esto lo llamamos nosotros una puñalada de aviso... El que se la dio no tuvo intención de matarle: el golpe ha ido de arriba hacia abajo, de modo que resbalase sobre las carnes, sin llegar al hueso... Es obra de una mano hábil, está bien dada.

—Desde luego, desde luego —murmuró Dario—, me perdonó la vida, pudo haberme agujereado de parte a parte.

Benedetta no oía ya. Desde que el médico había declarado que el caso no revestía gravedad alguna, que el desvanecimiento era debido al violento traumatismo nervioso, Benedetta se dejó caer en una silla, en un estado de postración absoluta. Después de la horrenda crisis de desesperación, la tensión de su organismo se aflojaba. Empezaron a resbalar desde sus ojos unas lágrimas suaves, lentas, y Benedetta se levantó, poniéndose a besar a Dario con una efusión de alegría muda y apasionada.

—Oigame, querido doctor —dijo Dario—, es inútil que la gente se entere. Se trata de una historia ridícula... Parece que nadie ha visto nada, excepto el señor abate, al que pido guarde el secreto... ¿Me comprende? Y, sobre todo, que no se hable nada que pueda inquietar al cardenal, ni siquiera a mi tía, en fin, a ninguno de los amigos de la casa.

El doctor Giordano dejó ver una de sus sonrisas serenas.

—Está bien, está bien; no se preocupe usted... Para todo el mundo, se ha caído por las escaleras y se ha desbaratado un hombro. Y ahora que está ya vendado, procure dormir sin excitarse. Mañana por la mañana volveré.

Entonces se sucedieron lentamente días de gran calma, y se organizó para Pierre una nueva vida. Los primeros días permaneció sin salir siquiera del viejo palacio adormilado, leyendo, escribiendo, sin tener, hasta la caída de la tarde, otra distracción que la de ir a tomar asiento en la habitación de Dario, seguro de que allí encontraría a Benedetta. La curación seguía su curso normal, después de cuarenta y ocho horas de fiebre muy intensa; todo se



desenlazaba de la mejor manera posible. La historia de la caída fue aceptada por todo el mundo, hasta el punto de que el cardenal exigió a la económica Serafina que hiciese encender otra linterna en el descanso de la escalera, para que no volviese a ocurrir el accidente. Aquella paz monótona que volvió a reinar sólo fue turbada por una última sacudida, o, más bien, por una amenaza, en la que tuvo que andar mezclado Pierre cierta tarde que permaneció largo tiempo junto al convaleciente.

Benedetta se había ausentado durante algunos minutos, y Victorine, que había subido a darle un caldo, se inclinó para volver a coger la taza, y dijo al príncipe por lo bajo:

—Señor, hay una joven que anda rondando por aquí todos los días, la Pierina; pregunta, toda llorosa, por usted... Quiero que lo sepa, porque no hay modo de impedir que ande rondando.

Pierre oyó, sin querer, aquellas palabras, y de pronto lo comprendió todo, con absoluta certeza. Dario, que tenía fijos en él los ojos, se dio cuenta de sus pensamientos, y dijo, sin contestar a Victorine:

—Sí, señor abate; fue ese animal de Tito... ¿Qué le parece a usted? ¿Verdad que es una estupidez?

Y aunque sostenía que él no había hecho nada que pudiese motivar aquel aviso que le daba el hermano para que se abstuviese de tocar a su hermana, Dario se sonreía embarazado y muy molesto, como si le avergonzase semejante suceso. Y se vio claramente su satisfacción cuando el sacerdote le dijo que él se encargaría de ir a ver a la joven, si acaso volvía otra vez, y de convencerla de que no debía moverse de su casa.

—Ha sido una aventura estúpida, completamente estúpida —repetía el príncipe, exagerando su enojo, como burlándose de sí mismo—. Es verdaderamente una aventura de otro siglo.

Se calló bruscamente. Benedetta entraba en la habitación. Volvió a sentarse junto a su querido enfermo. Y prosiguió la velada, en aquella habitación adormecida, en el viejo palacio muerto del que no brotaba el más leve murmullo.

Cuando Pierre empezó otra vez a salir, no se aventuró al principio fuera de su barrio, limitándose a tomar el aire breves instantes. Aquella via Giulia le interesaba, estaba enterado del esplendor que había tenido antiguamente, en tiempos de Julio II, que rectificó su trazado y que soñó con verla bordeada por palacios espléndidos. Durante los carnavales solían celebrarse allí carreras; el punto de partida era el palacio Farnese, y la meta estaba en la plaza de San Pedro, tanto en las carreras a pie como a caballo. Acababa Pierre de leer que

el embajador del rey de Francia, d'Estrée, marqués de Couré, que vivía en el palacio Sacchetti, festejó magníficamente en el año 1630 el nacimiento del Delfín, dando tres grandes carreras, desde el puente Sixto hasta San Juan de los Florentinos, para lo que se desplegó un lujo extraordinario; la calle había sido sembrada de flores, y todas las ventanas se hallaban empavesadas con ricas colgaduras. La segunda noche se quemó en el Tíber un artilugio de fuegos artificiales que representaba la nave Argos, a cuyo bordo iba Jason a la conquista del vellocino de oro. En otra ocasión, la fuente de Farnese, la del Mascarón, dio por sus chorros vino en vez de agua. ¡Cómo había cambiado el mundo, y qué lejanos parecían aquellos tiempos! Hoy la calle era todo soledad y silencio, envuelta en la triste grandeza de su abandono, ancha y recta, soleada o cubierta de tinieblas, en el centro de un barrio desierto. Desde las nueve de la mañana caía sobre ella el sol, blanqueando el adoquinado de la calzada, llana y sin aceras; y, entretanto, a uno y otro lado de la calle, todo luz y todo sombra alternativamente, dormían los palacios antiguos, las pesadas y viejas casas, con sus puertas cargadas de chapas y clavos, con sus ventanas de enormes verjas de hierro, y pisos enteros con los postigos cerrados y como clavados para no dejar pasar la claridad del día. Cuando alguna puerta se quedaba abierta, se distinguían desde la calle bóvedas altas, patios interiores húmedos y fríos, salpicados por manchas oscuras de verdor y rodeados de pórticos, dando idea de claustros. Luego, en las dependencias, en las construcciones bajas que se habían ido agrupando allí, y especialmente en las callejuelas que desembocaban en el Tíber, se habían establecido pequeñas industrias silenciosas, un panadero, un sastre, un encuadernador, comercios oscuros, fruterías con cuatro tomates y cuatro ensaladas, todo sobre un tablado; tabernas que anunciaban los caldos de Frascati y de Genzano, y en las que hasta los bebedores parecían muertos. Y no era como para alegrar el barrio el edificio de la cárcel, que hoy se encuentra allí, con su abominable pared amarilla. De un extremo a otro de aquel pasillo de tumba, en el que se iban desintegrando los restos del pasado, discurría un haz de hilos telegráficos, desde los arcos del palacio Farnese, de perspectiva lejana, hasta más allá del río, sobre los árboles del hospital del Santo Spirito. Pero, más aún: en cuanto llegaba la noche, se apoderaba del ánimo de Pierre la desolación, y aquella calle le producía una especie de horror sagrado. Ni una sola alma, el aniquilamiento absoluto. Ni una sola luz en las ventanas; nada más que la doble hilera de los picos del gas, muy espaciados, luces indecisas de lamparillas, comidas por las tinieblas. Todas las puertas con el cerrojo echado, herméticamente cerradas, y ni un ruido, ni un murmullo en su

interior. De trecho en trecho, una taberna iluminada, cristales empañados, detrás de los cuales ardía una lámpara, en absoluta rigidez, sin un estallido de voces, sin una risa. No había más seres vivos en aquella calle muerta que los dos centinelas de la cárcel, uno situado ante la puerta y el otro en el rincón de la estrecha callejuela de la derecha, los dos en posición de firmes.

Por lo demás, le encantaba todo aquel barrio, barrio magnífico caído en el olvido, completamente alejado de la vida moderna, oliendo a habitación cerrada, trascendiendo el aroma insípido y discreto de las cosas eclesiásticas. Del lado de San Juan de los Florentinos, en el sitio en que el corso Vittorio Emanuele, de reciente construcción, lo ha revuelto todo, forman un vivo contraste las altas casas de cinco pisos, cuajadas de esculturas, detonantes, apenas terminadas, y las oscuras mansiones, achatadas y lóbregas, de las callejuelas contiguas. Por las noches, brillan en la primera los arcos eléctricos, de un resplandor deslumbrante, mientras que los escasos picos de gas de la via Giulia resultan a su lado lamparillas humeantes. Estaban cortadas por calles célebres en otro tiempo, por la via dei Banchi Vecchi, por la via del Pellegrino, por la via Monserrato y por otra infinidad de calles transversales que las cruzaban y las unían, desembocando todas ellas en el Tíber, tan estrechas que a duras penas podían pasar los carruajes. Y cada calle tenía su iglesia, una multitud de iglesias, casi todas ellas parecidas, muy decoradas, muy adornadas y pintadas, abiertas únicamente a las horas de los oficios, cuando se llenaban de sol y de incienso. En la via Giulia, además de la iglesia de San Juan de los Florentinos, de San Blas de la Pagnotta, de San Eligio de los Artífices, en lo más bajo, se alzaba la iglesia de los Muertos, a la que le gustaba entrar para ponerse a soñar con aquella indómita Roma, con los fieles que cuidaban de su culto, y cuya misión consistía en salir a la Campaña, así que recibían aviso de que había algún cadáver abandonado, para recogerlo. Cierta noche asistió Pierre a los oficios que se celebraron por el alma de dos desconocidos, cuyos cadáveres habían sido descubiertos en el campo, a mano derecha de la via Appia, y que llevaban quince días insepultos. Pero muy pronto el paseo preferido de Pierre fue el muelle del Tíber, frente a la fachada posterior del palacio Boccanera. Con sólo bajar por la estrecha callejuela, desembocaba en un sitio solitario, todo lo que le rodeaba despertaba en su ánimo infinitos pensamientos. El muelle se hallaba todavía sin terminar, las obras parecían definitivamente abandonadas, y daban la impresión de un tajo enorme, escombros por todas partes, piedras de sillería, empalizadas medio derribadas y barracones para herramientas con los techos desvencijados. El lecho del río ha ido subiendo constantemente, mientras que a ambas orillas ha

ido bajando el nivel de la ciudad a fuerza de excavaciones. Y para poner la ciudad al abrigo de inundaciones, ha sido necesario aprisionar las aguas dentro de aquellos gigantescos muros de fortaleza. Ha sido necesario dar tal altura a los taludes, que la terraza del pequeño jardín del palacio Boccanera, abrigada por su pórtico, del que arrancaba una doble escalinata, a la que en otros tiempos se amarraban las lanchas de recreo, se hallaba ahora en la contrapendiente, bajo la amenaza de ser sepultada y desaparecer en cuanto se acabasen los trabajos de la calzada. Todo se hallaba aún sin nivelar, las tierras formaban montones, tal cual las habían descargado los volquetes, y todo eran hondonadas, y desprendimientos de tierras en medio de los materiales abandonados. Sólo se veían por allí niños miserables jugando entre aquellos escombros en que se iba hundiendo el palacio, obreros sin trabajo que dormían al sol con sueño profundo y mujeres que tendían sobre los guijarros su modesta colada. Sin embargo, aquello era un refugio feliz para Pierre, un asilo seguro de paz, una fuente inagotable de meditaciones, cuando se quedaba allí ensimismado durante horas y horas, mirando el río, y los muelles, y la ciudad, allí enfrente, a uno y otro lado.

Hacia las ocho de la mañana extendía el sol el baño de oro de su blonda luz sobre aquella amplia brecha. Cuando se ponía a mirar a lo lejos, hacia la izquierda, distinguía los tejados lejanos del Trastevere, que silueteaban su gris azulado envuelto en brumas sobre el fondo del firmamento resplandeciente. El río, hacia la derecha, formaba un recodo más allá del ábside circular de San Juan de los Florentinos, los álamos del Hospital del Santo Spirito tendían sobre la otra orilla su verdegueante cortina, dejando entrever, en el horizonte, el claro perfil del castillo Sant'Angelo. Pero casi no podía apartar su vista del talud de enfrente, porque allí subsistía intacto un trozo de la más antigua Roma. En efecto, desde el puente Sixto hasta el puente de Sant'Angelo, había quedado en suspenso la construcción del nuevo muelle que, andando el tiempo, encerraría por completo al río entre aquellas dos colosales murallas de fortaleza, altas y blancas. Sorprendía y encantaba la extraordinaria evocación de épocas remotas, aquel talud cargado con un trozo de la antigua ciudad de los papas. Las fachadas uniformes de la calle de la Pungara habían sido reblanqueadas; pero aquí, las últimas casas, que llegaban hasta el borde del agua, eran abuhardilladas, rojizas, salpicadas de herrumbre, patinadas por la quemazón de los veranos, semejantes a bronce antiguos. ¡Y qué confusión y amontonamiento increíbles! Abajo, las bóvedas negras en que penetraba el río, las estacadas que servían de sostén a los muros, lienzos de paredes romanas que descendían a pico, y escaleras rígidas, dislocadas, verdosas, que

subían desde la arena, y terrazas superpuestas, pisos que alineaban sus ventanucos irregulares, abiertas al azar, casas que se alzaban por encima de otras casas; y todo esto en una completa mescolanza, con una desmedida fantasía de balcones, de galerías de madera, de puentes tendidos a través de los patios, de macizos de árboles que parecían haber crecido encima de los tejados, de buhardillas agregadas, incrustadas entre las rojas tejas. Enfrente, por una boca de piedra, desgastada y manchada, se vertía ruidosamente una alcantarilla. Y en cuantos lugares se retiraban las casas y surgía el talud, lo cubría una vegetación silvestre, hierbajos, arbustos, mantos de hiedra que formaban pliegues majestuosos. Toda la miseria y toda la suciedad desaparecían bajo la gloria del sol; las viejas fachadas hacinadas, apretujadas, se convertían en oro, y las prendas de ropa lavada que se secaban en los balcones formaban un pavés con la púrpura de las faldas rojas y la nieve enceguecedora de las sábanas. Más arriba aún, por encima de aquel barrio, se alzaba el Janículo entre los deslumbrantes resplandores del astro, recortando la fina silueta de San Onofre, entre los cipreses y los pinos.

Pierre se asomaba muchas veces acodado sobre el pretil del enorme muro del muelle, y permanecía allí largo rato, con el corazón acongojado, lleno de la tristeza de los siglos muertos, viendo cómo corrían las aguas del Tíber. No hay palabras para describir la gran laxitud de aquella vieja corriente de agua, que corría con sombría lentitud por el fondo de la trinchera babilónica en que estaba encerrada, por entre aquellos muros de cárcel, rectos, pelados, enteramente descoloridos, feos por lo nuevos. Al recibir los rayos del sol el río amarillo tomaba el color del oro, adquiría irisaciones de verde y de azul, bajo el leve temblor de su corriente. Pero, en cuanto llegaban las sombras, se tornaba opaco, color de barro, de una vejez tan pesada y espesa, que ni siquiera se reflejaban en sus aguas las casas que tenía enfrente. ¡Y qué desolación y abandono, qué río de silencio y de soledad! Es cierto que, a continuación de las lluvias del invierno, solía su caudal correr amenazador, pero durante los largos meses de cielo despejado, atravesaba Roma sin un murmullo, deslizándose callado, como queriendo huir de todo ruido inútil. Podía uno pasarse allí, asomado al murallón, un día entero, sin ver pasar una lancha, sin que una vela pusiese su nota alegre. Los pocos barcos que llegaban, dos o tres vaporcitos venidos desde el litoral, las gabarras que transportaban los vinos de Sicilia, se detenían al pie del Aventino. Más arriba todo era desierto, aguas muertas sobre las que, de trecho en trecho, colgaba la caña de algún pescador.

En uno de aquellos paseos se encontró Pierre cierta mañana con Pierina, que estaba detrás de una de las barracas de madera que habían servido para guardar la herramienta. Alargaba el cuello y miraba fijamente, tal vez llevaría allí algunas horas, hacia la ventana del cuarto de Dario, situada en el ángulo de la callejuela y del muelle. Ya no había vuelto a pasar por el palacio para enterarse del estado del herido, porque, sin duda, le había impresionado la severidad con que la había recibido Victorine; pero se estacionaba allí y pasaba horas enteras, porque sabía por algún criado cuál era su ventana, y esperaba siempre una aparición, una señal de vida y de salud, y solamente con pensar en ella latía a toda prisa su corazón. El sacerdote se sintió conmovido al verla escondida, humilde, temblorosa de adoración y de una belleza tan majestuosa. Y en lugar de reñirla, de mandarla que se retirase, que era lo que le habían encargado, se mostró con ella muy cariñoso y alegre, le habló de los suyos como si nada hubiese ocurrido, se las arregló para sacar a relucir el nombre del príncipe y para darle a entender que antes de quince días estaría levantado. Ella, al principio, se había sobresaltado, había querido escapar, arisca, desconfiada. Pero cuando comprendió la actitud de Pierre, asomaron a sus ojos las lágrimas, sin dejar de sonreír, completamente feliz, y le envió un beso con la mano, al mismo tiempo que echaba a correr y le gritaba: «*Grazie, grazie!*» «¡Gracias, gracias!». Pierre no volvió a verla jamás.

Y también fue de mañana, en la piazza Farnese, al ir a decir misa en la iglesia de Santa Brígida, el encuentro que con gran sorpresa suya tuvo Pierre con Benedetta, que salía tan temprano de aquella iglesia, llevando en la mano un frasco de aceite. Ella le explicó, con toda naturalidad, que iba allí cada dos o tres días, para que el sacristán le diese algunas gotas del aceite de la lámpara que ardía delante de la estatua de la Madonna, en la que ella tenía una completa confianza. No se recataba en decir que era la única Virgen en la que confiaba, porque siempre que se había encomendado a otras Vírgenes o a otras Madonnas de mármol, y hasta de plata, que gozaban de gran fama, no había obtenido ningún favor. Por eso sentía una gran devoción, por eso no tenía en realidad más devoción en su corazón que la de aquella imagen santa, que jamás le negaba cosa alguna. Y aseguró con entera buena fe, como la cosa más natural, indiscutible, que esas gotas de aceite con las que mañana y tarde frotaba ella misma la herida de Dario eran las que estaban realizando una curación tan rápida, completamente milagrosa. Pierre no se permitió ni siquiera una sonrisa, lleno de asombro y desolación al encontrar una religiosidad tan infantil en una criatura tan admirable, toda buen juicio, pasión y encanto.

Por la tarde, cuando regresaba de sus paseos y acudía a pasar un rato en la habitación de Dario, que había entrado en la convalecencia, insistía Benedetta en que le refiriese cuanto le había ocurrido durante el día, con objeto de distraer al enfermo; y las palabras de Pierre, que expresaban sus asombros, sus emociones y, en ocasiones, sus iras, adquirirían un encanto triste en la serenidad y recogimiento de la habitación. Pero, sobre todo, cuando se atrevió de nuevo a salir del barrio, cuando empezó a cobrar cariño a los jardines de Roma, a los que acudía en cuanto se abrían sus puertas para pasear en completa soledad, pudo describirles sus sentimientos de entusiasmo, todo su amor lleno de admiración por los hermosos árboles, por las cascadas de agua, por las amplias terrazas, desde las que se abarcaban panoramas sublimes.

Y no fueron precisamente los jardines más espaciosos los que más conmovieron su corazón. En villa Borghese, que es el pequeño Bois de Boulogne de Roma, había oquedales majestuosos, avenidas magníficas, por las que daban una vuelta los carruajes hasta que llegaba la hora del paseo obligatorio por el Corso; y le emocionó todavía más el jardín reservado que hay delante de la villa, de aquella villa en que resplandecen suntuosos los mármoles y que encierra el museo más bello del mundo: una simple alfombra de hierba fina, un amplio estanque central del que emerge la blanca desnudez de una Venus, fragmentos de antigüedades, jarrones, estatuas, columnas, sarcófagos, formando cuadros simétricos, y nada más que ese césped desierto, soleado y melancólico. Volvió a ir al Pincio, y pasó allí una mañana encantadora, comprendiendo el encanto de ese angosto rincón, de árboles raros y siempre verdes, y desde el que se domina un panorama admirable, toda Roma, y, en la lejanía, San Pedro, envueltos en la claridad suave, límpida, pulverizada del sol. En villa Albani y en villa Pamphili volvió a encontrar los pinos de ancha copa, de una gracia gigantesca y esbelta; las encinas verdes y fuertes, de ramas retorcidas, de hojas verdinegras. En el último de los dos jardines, sobre todo, las encinas proyectaban sobre los paseos una penumbra deliciosa, y el pequeño lago tenía una atmósfera de ensueño con sus sauces llorones y sus tufos de rosales, y el jardín en pendiente, que parecía un mosaico de gusto barroco, con su dibujo complicado de rosetones y arabescos coloreados con la variedad de las flores y de las hojas. Pero lo que más le impresionó del jardín, el más noble, el más amplio y mejor cuidado de Roma, fue el volver a tropezar, caminando a lo largo de un pequeño muro, con San Pedro, y que éste le ofreciese un aspecto nuevo y tan imprevisto, dejándole grabada para siempre su imagen simbólica. Roma había desaparecido por completo, y ya no se veía en el espacio que va

de la pendiente del monte Mario hasta otra colina boscosa que tapaba la vista de la ciudad más que la cúpula colosal; la masa de ésta parecía asentada sobre bloques aislados, blancos y rojizos. Estos bloques eran los islotes que formaban las casas del Borgo, las construcciones amontonadas del Vaticano y de la Basílica, dominadas, aplastadas por aquella cúpula, azul agrisado sobre el puro azul del firmamento. Y como fondo, hasta esfumarse, la campaña azulosa, ilimitada, suave.

Pero los jardines menos suntuosos, de una gracia más recatada, le hicieron sentir a Pierre más intensamente el alma de las cosas. La villa Mattei en la cuesta del monte Coelius, con su jardín formando terrazas, con sus avenidas recatadas que descienden entre filas de aloes, laureles y boneteros gigantes, con sus bojés amagos tallados en forma de toneles, con sus naranjos, sus rosas y sus fuentes. Allí pasó horas encantadoras, y sólo en el Aventino experimentó una sensación de encanto parecida cuando visitó las tres iglesias, hundidas entre el follaje, sobre todo en la de Santa Sabina, cuna de los Dominicos, cuyo pequeño jardín, cerrado por todas partes, sin perspectiva alguna, duerme en una atmósfera de paz tibia y aromada, cuajado de naranjos, entre los que se halla el naranjo secular de Santo Domingo, enorme y nudoso, cargado todavía de naranjas maduras. Y al lado, en el Priorato de Malta, sucedía lo contrario, porque el jardín se abría sobre un horizonte infinito, y daba a pico sobre el Tíber, enfilando la corriente del río, las fachadas y los tejados que se apretujaban a ambas orillas, hasta la cumbre lejana del Janículo. Y en todos estos jardines de Roma encontraba los mismos bojés podados, los mismos eucaliptus de tronco blanco y hojas pálidas, largas como cabellos, las encinas verdes rechonchas y oscuras, los pinos gigantescos, los cipreses negros, los mármoles blanqueados entre los tufos de rosas, las fuentes rumorosas escondidas entre el manto de las yedras. Y sólo en la villa del papa Julio experimentó un gozo más tiernamente triste; su pórtico, abierto en forma de hemiciclo sobre el jardín, es un relato de lo que era la vida en una época amable y sensual, con su decorado en pintura, su enrejado de oro cargado de flores por el que vuelan bandadas de Amorcillos sonrientes. Finalmente, la tarde en que volvía de la villa Farnesina aseguró que traía consigo toda el alma muerta de la vieja Roma; pero lo que le había emocionado no habían sido las pinturas, ejecutadas de acuerdo con los cartones de Rafael, sino la preciosa sala que hay al borde del agua, decorada en azul suave, lila suave y rosa suave, obra de un artista sin genio, pero sumamente encantador y romano, y más aún, el jardín abandonado, que en otro tiempo descendía hasta el Tíber, y que ahora estaba cortado por el muelle



del río, desolado y lamentable, arrasado, lleno de jorobas, cubierto de hierbajos, parecido a un cementerio, pero en el que seguían madurando las frutas doradas de naranjos y limoneros.

Y, por última vez, sintió un estremecimiento en el corazón durante la visita que hizo en un bello atardecer a villa Medici. Allí se encontraba en tierra francesa. ¡Qué magnífico jardín también, con sus bojés, sus pinos, y sus avenidas sorprendentes y encantadoras! Era como un refugio para ensoñaciones antiguas aquel bosque de hojas brillantes en las que el sol de la tarde hacía restallar sus rayos de oro rojo. Se sube hasta allí por una escalera interminable; una vez en lo alto, desde la azotea superior, se domina toda Roma de un vistazo, como si con sólo abrir los brazos se la pudiese abarcar por completo. Desde el refectorio de la villa, decorado con los retratos de todos los artistas que han estado pensionados allí, y más aún desde la biblioteca, amplia sala profundamente tranquila, se domina el mismo panorama admirable, panorama grandioso y dominador, visión de ambición desmesurada, cuya infinitud es como para insuflar en el corazón de los jóvenes allí encerrados la voluntad de poseer el mundo. Pierre, que siempre mostraba cierta hostilidad hacia la institución del Premio de Roma, hacia la educación tradicional y uniforme, tan peligrosa para la originalidad, se sintió en ese momento dominado por aquella paz tibia, por aquella soledad límpida del jardín, por aquel panorama sublime en el que parecía oírse el aleteo del genio. ¡Qué encanto tener veinte años, vivir tres años envuelto en la caricia del ensueño, rodeado de las más bellas obras producidas por el hombre, y pensar que se es todavía demasiado joven para producir, y aislarse, buscarse a sí mismo, y aprender a gozar, a sufrir y a amar! Pero luego se le ocurrió que esa no era tarea de jóvenes, que para paladear el goce divino de aquel refugio de arte y de cielo azul hacía falta haber llegado a la edad madura, haber ganado batallas, sentir la comezón de la laxitud producida por las obras ya realizadas. Habló con los pensionados, y pudo observar que, mientras las almas de los jóvenes soñadores y contemplativos y las de los simplemente mediocres se adaptaban perfectamente a ese vivir enclaustrado en el arte del pasado, los artistas de temperamento luchador y con personalidad se morían de impaciencia con la vista vuelta hacia París, acuciados por la prisa de encontrarse en plena fiebre de producción y de lucha.

Todos estos jardines de los que Pierre les hablaba al atardecer con arrobamiento, despertaban en Benedetta y en Dario el recuerdo del jardín de la villa Montefiori, hoy arrasado, en otro tiempo tan verdegueante, adornado

con los más bellos naranjos de Roma, un verdadero bosque de naranjos centenarios, en el que habían aprendido a quererse.

—Me acuerdo —decía la contessina— de la época en que estaban en flor; era como para morirse de gusto con ese aroma fuerte, embriagador, una vez me quedé tendida en la hierba sin acertar a levantarme... ¿Te acuerdas, Dario? Me cogiste en tus brazos y me llevaste cerca de la fuente, allí se estaba muy bien y hacía fresco.

Se había sentado, como tenía por costumbre, en el borde de la cama, y tenía en su mano la mano del convaleciente; éste se sonrió.

—Lo recuerdo, lo recuerdo, te besé en los ojos hasta que los volviste a abrir... Entonces te mostrabas menos cruel y dejabas que yo te besase en los ojos cuando quería... Pero éramos niños, y si no lo hubiésemos sido nos habríamos entregado en el acto el uno al otro en ese hermoso jardín de aromas penetrantes por el que corríamos en completa libertad.

Benedetta hacía con la cabeza signos de aprobación, convencida de que sólo la protección de la Madonna había sido capaz de guardarlos.

—Es cierto, es completamente cierto... ¡Ya ves tú qué felicidad la nuestra ahora, puesto que vamos a poder ser el uno del otro sin que tengan que llorar por ello los angelitos del cielo!

La conversación volvía siempre a lo mismo: el asunto de la anulación del matrimonio iba tomando un aspecto cada día más favorable, y Pierre presenciaba todos los días aquel éxtasis, y no les oía hablar sino de su próxima unión, de sus proyectos, de sus alegrías de enamorados a quienes se abren las puertas del paraíso. Donna Serafina, dirigida esta vez por una mano omnipotente, debía llevar las cosas adelante con energía, porque apenas si se pasaba día en que no trajese alguna noticia agradable. Tenía prisa de terminar con el asunto, movida por el afán de que perdurase el apellido y de que acabasen las habladurías, porque Dario no quería casarse sino con su prima, y porque, por otra parte, aquel matrimonio lo explicaría todo, lo excusaría todo, poniendo fin a una situación que se hacía intolerable. El escándalo asqueroso, los horribles comadreos que traían revueltos al mundo negro y al mundo blanco habían acabado por sacarla de quicio, y sentía con más impetuosidad aún la necesidad de obtener una victoria ante la eventualidad de un próximo cónclave, en el que el nombre de su hermano debía de brillar con resplandor puro, soberano. Aquella secreta ambición de toda su vida, aquella esperanza de ver que su raza daba a la Iglesia un tercer papa ardía en ella con mayor voracidad que nunca, como si sintiese necesidad de un consuelo en el frío celibato en que vivía desde que la única alegría que tenía en este mundo, el

abogado Morano, la tenía tan duramente olvidada. Vestía siempre de oscuro, y era tan vivaracha, tan esbelta y erguida, que viéndola de espaldas la hubiera tomado cualquiera por una joven. Era como el alma negra del viejo palacio, y Pierre tropezaba con ella en todas partes, yendo y viniendo como cuidadosa administradora, velando celosamente por el cardenal; la saludaba en silencio, sintiendo siempre un ligero escalofrío en el corazón al ver su cara reseca, cruzada por largas arrugas, y que llevaba incrustada la voluminosa nariz, signo de energía, característica de la familia. Pero ella le devolvía apenas el saludo, porque no se había apeado de su desdén por aquel curita extranjero, y si le toleraba en su intimidad era por complacer a monseñor Nani, y porque también deseaba ser grata al vizconde Philibert de la Choue, que tan hermosas peregrinaciones había llevado a Roma.

Poco a poco acabó Pierre por apasionarse con Dario y Benedetta, deseando que su asunto tuviese una solución rápida, siendo testigo todos los días de su alegría ansiosa y de la impaciencia de su amor. El pleito iba a verse otra vez ante la Congregación del Concilio, cuya primera sentencia, favorable al divorcio, había quedado sin efecto porque el defensor del matrimonio, monseñor Palma, había solicitado, de acuerdo con su derecho, una información suplementaria. Por lo demás, el Santo Padre no habría seguramente ratificado esta primera sentencia, dada por un voto de mayoría. En una palabra, se trataba de conquistar algunos votos de entre los diez cardenales que componían la congregación, de convencerlos, para obtener casi la unanimidad; tarea ardua, porque el parentesco de Benedetta, con su tío cardenal, en lugar de facilitar las cosas, como parecía a primera vista, las hacía más difíciles, dadas las complicadas intrigas que se desarrollaban en el Vaticano y las rivalidades de quienes querían matar en él al papa posible, haciendo que el escándalo se eternizase. Donna Serafina, dirigida por su confesor, el padre Lorenza, se lanzaba todas las tardes a la conquista de votos; iba todos los días a entrevistarse con él en el Colegio Germánico, último refugio que tienen los jesuitas en Roma desde que han dejado de ser dueños del Gesù. Las esperanzas de éxito se cifraban especialmente en que Prada, cansado, irritado, había declarado formalmente que ya no volvería a hacer acto de presencia. Ni siquiera contestaba a las repetidas citaciones, porque la acusación de impotencia le resultaba odiosa y ridícula desde que Lisbeth, su amante declarada, había quedado encinta, a sabiendas de toda la ciudad, por obra suya. Optaba, pues, por callarse, afectaba no haber estado casado nunca, aunque en el fondo de su alma sangrase todavía la herida de su deseo burlado y de su orgullo de macho desdeñado, herida reabierto constantemente por las

habladurías del mundo negro, que hacía correr dudas acerca de su paternidad. Ahora bien, ya que la parte contraria se retiraba y desaparecía espontáneamente, era comprensible que creciesen las esperanzas de Benedetta y de Dario, cuando al caer de la tarde llegaba donna Serafina de la calle y les anunciaba que creía haber ganado el voto de algún otro cardenal.

Pero el hombre temible, el que los traía aterrorizados a todos, era monseñor Palma, el abogado de oficio elegido por la congregación para defender el lazo sagrado del matrimonio. Tenía derechos casi ilimitados, podía recurrir otra vez, y, sobre todo, podía dar largas al asunto todo el tiempo que quisiese. Su primer alegato, en contestación al de Morano, había sido terrible, poniendo en duda su estado de virginidad, citando como hombre de ciencia casos en que mujeres que habían sido poseídas presentaban a la vista todas las particularidades que citaban las comadronas que habían examinado a Benedetta, y exigiendo que dos médicos juramentados hiciesen un examen minucioso; declarando, finalmente, que la primera condición del matrimonio era la obediencia de la mujer, y que la demandante, aun en el caso de que fuese virgen, no tenía razón para pedir la anulación de un matrimonio cuya consumación había impedido ella misma con sus negativas insistentes. Lo peor del caso era que, a la vista de aquella magnífica energía, llena de lógica y de verdad, hasta los cardenales mejor dispuestos se abstendrían de aconsejar al Santo Padre la anulación. Por eso, Benedetta empezaba otra vez a desanimarse, hasta que donna Serafina, que volvía de visitar a monseñor Nani, la tranquilizó un poco, diciéndole que un amigo común se había encargado de visitar a monseñor Palma. Este paso costaría muy caro, desde luego. Monseñor Palma, teólogo curtido en los asuntos canónicos y hombre de una completa honradez, tenía en su vida una gran espina: una sobrina pobre, mujer de admirable belleza, de la que se había enamorado con locura en sus últimos años, y a la que para evitar el escándalo había tenido que casar con un gandul, que desde que se casó le daba mala vida. Hasta entonces habían guardado perfectamente las apariencias; el prelado atravesaba en aquellos momentos una crisis espantosa, cansado de acudir con su dinero y sin recursos ya para sacar a su sobrino de un mal paso en que se había metido trampeando en el juego. La feliz idea consistió en salvar al joven, pagando, consiguiendo luego para él una colocación sin pedir nada a cambio al tío, que cierta tarde, anochecido ya, como si contrajese una complicidad, fue a dar gracias, llorando, a donna Serafina por su bondad.

Se hallaba Pierre aquella tarde haciendo compañía a Dario, cuando entró Benedetta dando palmas de alegría y riendo.

—¡Ya está, ya está! En este momento se ha marchado de las habitaciones de mi tía, y le ha jurado un reconocimiento eterno. Ahora no tendrá más remedio que mostrarse condescendiente.

Dario, más desconfiado, preguntó:

—Pero ¿le han hecho firmar algún papel? ¿Se ha comprometido formalmente?

—¿Cómo se iba a hacer eso? Es un asunto muy delicado. Ese hombre tiene fama de una gran honestidad.

Sin embargo, la misma Benedetta sintió que le rozaba una nueva inquietud. ¿Y si monseñor Palma, a pesar del gran servicio que se le había hecho, permanecía incorruptible? Esta idea se convirtió desde entonces en obsesión. Su ansiedad comenzaba de nuevo.

—No te lo había dicho todavía —continuó Benedetta al cabo de unos momentos de silencio—, por fin me decidí a la famosa visita. Esta mañana he ido a ver a los dos médicos acompañada por mi tía.

Y volvió a sonreír, sin dar señales de embarazo alguno.

—¿Y qué? —le preguntó Dario con la misma naturalidad.

—¿Y qué iba a ser? Han podido ver que yo no mentía, y han redactado cada uno de los médicos un certificado en latín... Parece que es absolutamente preciso que monseñor Palma posea esos documentos para retractarse de lo que ha sostenido hasta ahora.

Luego se volvió hacia Pierre:

—¡Mire usted que escribirlo en latín, señor abate!... Yo quería enterarme de todos modos, y me acordé de usted para que me lo tradujese. Pero mi tía no ha querido dejarme los documentos, y los ha hecho unir inmediatamente al proceso.

El sacerdote, azorado, se limitó a contestar con un gesto vago, porque no ignoraba que esos certificados eran una descripción clara y completa, hecha en términos precisos y con todo detalle del estado, color y forma. Los dos jóvenes encaraban el asunto sin pudor alguno, y aquel examen les parecía natural, y hasta afortunado, ya que de él dependía la felicidad de toda su vida.

—Bueno —dijo Benedetta para terminar—, esperemos que monseñor Palma sabrá mostrarse agradecido, y entretanto, Dario mío, cúrate pronto para cuando llegue el día tan ansiado de nuestra dicha.

Pero Dario cometió la imprudencia de levantarse demasiado pronto, su herida se abrió de nuevo, y esto le obligó a guardar cama algunos días más. Pierre siguió visitándole todas las tardes para distraerle con el relato de sus paseos. Poco a poco se iba animando y se lanzaba por los diferentes barrios de

Roma, descubriendo con embeleso las curiosidades clásicas, catalogadas en todas las guías. Y por eso, cierta tarde, se puso a hablar con enternecimiento de las principales plazas de la ciudad, que al principio le habían parecido vulgares, pero que ahora encontraba muy distintas, dotadas cada una de profunda originalidad: la piazza del Popolo, asoleada, noble, monumental dentro de su simetría; la piazza di Spagna, animado lugar de cita de todos los extranjeros, con su doble escalinata de ciento treinta y dos escalones, dorada por los estíos, de una amplitud y de una gracia gigantescas; la piazza Colonna, anchísima, un hormiguero de gente a todas horas, la más italiana por su muchedumbre de gentes ociosas y despreocupadamente esperanzadas, que permanecen de pie o que hacen tiempo paseando alrededor de la columna de Marco Aurelio, en espera de que les caiga del cielo la fortuna; la piazza Navona, larga, regular, solitaria desde que ya no se celebra en ella el mercado, evocando el melancólico recuerdo de su vida bulliciosa de otros tiempos; la piazza di Campo dei Fiori, invadida todas las mañanas por el tumultuoso mercado de frutas y hortalizas, que la convierten en un bosque de grandes sombrillas, en una montonera de tomates, pimientos y racimos de uva, por entre la que circula una corriente bulliciosa de compradores y de amas de casa. La gran sorpresa la tuvo en la piazza del Campidoglio, que despertaba en su imaginación la idea de una cumbre, de un lugar descubierta desde el que se dominaba la ciudad y el mundo; pero la encontró pequeña, cuadrada, encerrada entre sus tres palacios, abierta por uno solo de sus lados sobre un panorama estrecho, limitado por algunos tejados. Nadie sube hasta allí; el acceso se realiza por una cuesta bordeada de palmeras, y los extranjeros dan un rodeo para llegar en carruaje. Los carruajes esperan, los turistas se detienen un momento, echando hacia atrás la cabeza para ver el admirable bronce antiguo colocado en el centro, representando a Marco Aurelio a caballo. Hacia las cuatro, cuando el sol dora el palacio del lado izquierdo y se destacan sobre el cielo azul las finas estatuas del entablamento, se diría que es una acogedora y tranquila plaza provinciana, con las mujeres de la vecindad que hacen trabajos de punto sentadas en el pórtico, y las bandadas de niños desharrapados, que corren como en el patio de recreo de una escuela.

Otra tarde contó Pierre a Benedetta y a Dario su admiración por las fuentes monumentales de Roma, porque no hay en el mundo ciudad donde las aguas corran con tanta abundancia y magnificencia como en Roma, entre mármoles y bronce: desde la navicilla de la piazza di Spagna, el tritón de la piazza Barberini, las tortugas de la estrecha plaza que ha tomado su nombre, hasta las tres fuentes de la piazza Navona, en cuyo centro se alza triunfal la

amplia composición de Bernini, y hasta la fuente colosal de Trevi, de un gusto tan fastuoso, coronada por el rey Neptuno, entre las elevadas figuras de la Salud y de la Fecundidad. Otra tarde volvió a su casa todo contento, explicándoles que, al fin, acababa de comprender el extraño efecto que le habían producido las calles de la antigua Roma, alrededor del Capitolio y en la margen izquierda del Tíber, donde las casuchas se agarraban a los costados de los grandes palacios principescos: era que no tenían aceras y que los peatones caminaban por el centro, a su gusto, entre los carruajes, sin ocurrírseles jamás la idea de apartarse a ambos lados, contra las fachadas de las casas. Viejos barrios a los que tenía cariño, callejuelas que daban vueltas sin cesar, estrechas plazas irregulares, palacios enormes, rectangulares, como perdidos entre la muchedumbre atropellada de casucas que los ahogaban por todas partes. También era similar el barrio del Esquilino; repleto de escaleras que suben por la pendiente, empedradas de guijarros, y con cada uno de sus escalones con un borde de piedra blanca, cuevas brucas que giran, terrazas superpuestas, seminarios y conventos con sus ventanas cerradas, como habitaciones muertas, un gran muro pelado sobre el que se yergue una magnífica palmera, y al fondo el azul impoluto del cielo. Otra tarde, habiendo llevado más lejos su excursión, hasta la Campaña, siguiendo el Tíber, aguas arriba del puente Molle, volvió entusiasmado porque se le había revelado un arte clásico, que hasta ese momento no había podido saborear. Siguiendo la ribera, acababa de ver unos cuadros de Poussin: el río amarillo y sosegado, bordeado de cañaverales, costas bajas, recortadas, cuya blancura de tiza se destacaba sobre el fondo rojizo de la inmensa llanura ondulante, sin más límite que las colinas azules que cerraban el horizonte, y algunos pocos árboles austeros, y las ruinas de un pórtico abierto sobre el vacío, en lo alto del talud, y una hilera oblicua de carneros pálidos que bajaban a beber, mientras el pastor los contemplaba, apoyando un hombro en el tronco de una verde encina. Belleza especial, amplia y tostada, echa de una nada, simplificada hasta alcanzar la línea recta y plana, ennoblecida por los grandes recuerdos: siempre las legiones romanas caminando por las calzadas pavimentadas a través de la Campaña pelada, y siempre el largo sueño del medievo, seguido por el despertar de la antigua naturaleza en plena fe católica, que hizo de Roma por segunda vez la señora del mundo.

Cierto día que Pierre había ido a visitar Campo Verano, el gran cementerio de Roma, se encontró, al hacer su visita de la tarde, a Celia, que estaba con Benedetta junto a la cama de Dario.

—¡Cómo es eso! ¿A usted le distrae, señor abate, el ir a ver los muertos?

—¡Qué franceses estos! —exclamó Dario, a quien la sola idea del cementerio resultaba desagradable—. Encuentran gusto en echarse a perder la vida con su afición a los espectáculos tristes.

—Pero —dijo Pierre cariñosamente— no hay modo de escapar a la realidad de la muerte. Lo mejor es, pues, mirarla cara a cara.

El príncipe dio en el acto pruebas de fastidio.

—La realidad, la realidad. ¿Qué se adelanta con eso? Cuando la realidad no es hermosa aparte de ella los ojos, me esfuerzo por no poner en ella mi pensamiento.

Pero, sin embargo, el sacerdote no dejó por eso de seguir explicando con expresión tranquila y sonriente lo que le había sorprendido en su visita, la buena conservación del cementerio, la atmósfera de fiesta que ponía en él el claro sol de otoño, todo aquel lujo extraordinario de mármol, las estatuas de mármol que se prodigaban sobre las tumbas, las capillas de mármol y los monumentos de mármol. El atavismo continuaba actuando sin duda alguna, era un renacer de los antiguos mausoleos de la via Appia, la fastuosidad, el orgullo ante la muerte. Especialmente en la parte más alta, la nobleza de Roma tenía su barrio aristocrático, un amontonamiento de verdaderos templos, figuras colosales, escenas de varios personajes, de un gusto a veces deplorable, pero que habían costado con seguridad algunos millones. Mas lo encantador entre aquellos arbustos y cipreses era la conservación admirable, la blancura intacta de los mármoles, dorados por los soles abrasadores del estío, pero sin una mancha de moho, sin las cicatrices de la lluvia que tal melancolía dan a las estatuas de los países del norte.

Benedetta, que le escuchaba en silencio, se decidió a interrumpir a Pierre, conmovida por el desasosiego de Dario, y preguntó a Celia:

—¿Ha estado interesante la partida de caza? Cuando entró el sacerdote, estaba la princesita hablando de una caza del zorro, a la que había asistido en compañía de su madre.

—Todo lo interesante que te puedas suponer... La cita era para la una, allá, en la tumba de Cecilia Metella, donde se había instalado el buffet, al abrigo de una tienda. Una concurrencia extraordinaria, la colonia extranjera, la juventud de las embajadas, oficiales del ejército, y nosotras, las mujeres, como es natural, los hombres con librea roja y muchas mujeres vestidas de Amazonas... Se dio la señal de la partida a la una y media, y el galope duró más de dos horas, porque el zorro no se dejó coger sino después de un gran recorrido. Yo no pude seguir la carrera, pero he presenciado, no obstante, cosas extraordinarias, un gran muro que tuvieron que saltar todos los



cazadores, y luego varios fosos y setos, una carrera alocada en pos de la jauría... Ha habido dos accidentes, sin importancia: un caballero que se ha dislocado la muñeca y otro que se ha roto la pierna.

Dario la había escuchado con exaltado interés, porque la caza del zorro constituía la gran diversión de Roma, la alegría de galopar a través de la Campaña romana, tan plana y tan erizada de obstáculos, la alegría de descubrir las artimañas del zorro, seguido de cerca por los perros, sus continuos rodeos, su brusca desaparición en ocasiones y, finalmente, su captura cuando cae rendido por el cansancio; cacerías sin fusil, cacerías por el simple gusto de correr pisando la cola del animal, de aventajarle en velocidad y de vencerle.

—¡Y resulta ya una idiotez el verme amarrado en esta habitación! Acabaré por morirme de aburrimiento.

Benedetta se limitó a sonreír, sin que aquel grito de egoísmo le arrancase un reproche ni un sentimiento de tristeza. ¡Y pensar que era tan feliz teniéndolo para ella sola y cuidándolo en aquella habitación! Pero en su amor, tan juvenil y tan prudente a la vez, tenía un pliegue de maternidad, y se daba perfecta cuenta de que la convalecencia no divertía mucho a Dario, que se veía privado de sus placeres habituales y separado de sus amigos, a los que no recibía por temor a que la novela de su caída por la escalera no despertase sus sospechas. Ni fiestas, ni veladas teatrales, ni visitas a las señoras. Pero lo que más echaba de menos era el Corso, el sufrimiento, que llegaba a la desesperación, de no ver ni saber nada, ese contemplar, de cuatro a cinco, el desfile de toda Roma. Por eso, en cuanto llegaba algún íntimo, todo se le volvía preguntar si había encontrado a éste, si había vuelto a aparecer el otro, cómo habían terminado los amores de un tercero, si había ocurrido alguna nueva aventura que trajese trastornada a la ciudad: cuentos menudos, grandes comadros de un solo día, intrigas pueriles de una hora, cosas todas en las que había empleado hasta entonces sus energías de hombre.

Celia, que gustaba de traerle todas las habladurías inocentes, continuó después de un rato de silencio, clavando en Dario sus ojos inocentes, sus ojos insondables de virgen enigmática:

—¡Lo que tarda en enderezarse un hombro dislocado!

¡De modo que esta niña, que no pensaba más que en el amor, había adivinado todo! Dario, embarazado, se volvió hacia Benedetta, que seguía sonriendo con expresión plácida. Pero ya la princesita saltaba a otro tema.

—A propósito, Dario, he visto ayer en el Corso a una damita...

Se calló, porque esta noticia, que se le había escapado, le produjo sorpresa y perplejidad a ella misma. Luego prosiguió con valentía, como amiga de la infancia que se hallaba en posesión de los pequeños secretos amorosos:

—Sí, a una personita que usted conoce bien. Pues, lo que son las cosas: llevaba un ramillete de rosas blancas.

Esta vez Benedetta dio señales de franca alegría, y Dario, por su parte, la miró también con cara de risa. Los primeros días de su enfermedad le había dirigido bromas, mostrándose extrañada porque no mandase cierta señora a preguntar por su estado. A Dario no le molestaba en el fondo aquella ruptura, que era la cosa más natural, porque esos amores iban a resultarle embarazosos; y aunque un poco lastimado por su fatuidad de buen mozo, le agradaba la, noticia de que Tonietta le había encontrado ya un sustituto.

—Bueno —se limitó a decir—; la culpa es siempre de los ausentes.

—El hombre a quien se ama no está nunca ausente —contestó Celia con su expresión seria e inocente.

Entretanto se había levantado Benedetta para ahuecar las almohadas, a fin de que el convaleciente apoyase en ellas la espalda.

—Vamos, vamos, Dario mío; todas estas miserias han terminado. Te guardaré para mí, y ya no tendrás que amarme sino a mí.

Dario la contempló con pasión, la besó en los cabellos, porque era cierto lo que ella decía, y ella era la única persona a la que había amado. Tampoco se equivocaba en sus cálculos cuando aseguraba que lo retendría siempre, para ella sola, desde el momento en que pudiese entregarse a él. Desde que venía velando por él, en el interior de aquella habitación, se sentía feliz al volver a encontrar en Dario al niño, tal como ella lo había amado en otro tiempo, a la sombra de los naranjos de villa Montefiori. Conservaba una rara puerilidad, nacida, sin duda, del empobrecimiento de la raza, el mismo retorno a la infancia que se observa en los pueblos muy viejos; se entretenía en jugar con imágenes, contemplaba durante horas y horas algunas fotografías que le hacían reír. Su incapacidad para el sufrimiento se había hecho todavía mayor, quería que estuviese alegre y que cantase, la divertía por la gentileza de su egoísmo, que le llevaba a soñar con una vida de alegría continua en compañía suya. ¡Qué gusto daría vivir juntos a pleno sol, sin hacer nada, sin preocuparse de nada, sin moverse, aunque el mundo se derrumbase en alguna parte!

—Lo que me encanta —exclamó bruscamente Dario—, es que el señor abate ha acabado por enamorarse de Roma.

Pierre, que hasta entonces había escuchado en silencio, dio sin dificultad su conformidad.

—Es cierto.

—Ya se lo decíamos a usted —hizo notar Benedetta—. Se necesita tiempo, mucho tiempo, para comprender y amar a Roma. Si su estancia se hubiese limitado a quince días, se habría marchado con un concepto deplorable de nosotros; pero ahora, al cabo de dos meses enteros, estamos bien tranquilos. Usted no podrá acordarse de nosotros sin sentirse conmovido.

Tales palabras resultaban en su boca encantadoras, y por segunda vez se inclinó Pierre en señal de asentimiento. Era éste un fenómeno sobre el que había tenido ya ocasión de meditar, y creía tener la solución. Cuando uno llega a Roma, llega con una Roma de su invención, una Roma como uno la ha soñado, tan ennoblecida por la imaginación, que la Roma verdadera resulta un completo desencanto. Hay, pues, que esperar a que se realice la adaptación, a que la realidad mediocre se atenúe, para dar tiempo a la imaginación a que vuelva a empezar su trabajo de embellecimiento, para no ver ya las cosas reales sino a través del prodigioso esplendor del pasado.

Celia se había levantado, y se despedía.

—Hasta la vista, amiga mía, y a ver si la boda llega pronto. ¿No es cierto, Dario?... Ya sabéis que yo quiero que mis esponsales se realicen antes de fin de mes... Como lo oís... Haré que mi padre dé una gran «soirée»... ¡Qué encanto sería el que las dos bodas pudiesen celebrarse al mismo tiempo!

Dos días más tarde sintió Pierre condensarse en él la terrible y melancólica verdad sobre Roma, después de un gran paseo que dio hasta el Trastevere, y que terminó con una visita al palacio Farnese. Había recorrido ya varias veces el Trastevere, cuya población miserable le atraía, porque su alma estaba embargada por el afecto hacia los pobres y los dolientes. Era una cloaca de miseria y de ignorancia. Pierre había visto ya en París ciertos rincones hediondos de algunos barrios, verdaderas ciudades de espanto en las que se corrompía la humanidad. Pero nada de aquello podía compararse con este estancamiento en el desenfado y la porquería. Hasta en los más hermosos días de sol, pasaba por las callejuelas tortuosas, ahogadas, semejantes a pasillos de bodega, una sombra húmeda; sobre todo el olor era horrible, nauseabundo y se agarraba a la garganta una mezcla de legumbres agrias, de grasas rancias, de rebaño humano amontonado sobre su estiércol. Antiguas casuchas de forma irregular, en revuelta mezclanza, como les gustaba a los artistas, con puertas negras, abiertas de par en par, que se hundían en la tierra con escaleras exteriores para subir a los pisos, con balcones de madera que se

sostenían como de milagro sobre el vacío. Fachadas medio derruidas, que había habido necesidad de apuntalar por medio de vigas, habitaciones sórdidas, a través de cuyas ventanas agujereadas se veían las mugrientas paredes desnudas, locales de ínfimo comercio, todas las cocinas al aire libre de un pueblo que no enciende el fuego por pereza; freidurías, con los pedazos de polenta y con los pescados nadando en aceite repugnante, los vendedores de legumbres cocidas exponiéndolas en calderos enormes, llenos de apio, de coliflor, de espinacas, enfriadas y pegajosas. La carne que vendían los carniceros, mal cortada, estaba negra, pescuezos de animal erizados de cuajos violáceos, como arrancados a tirones. Los panes de los panaderos, colocados en montón sobre un tablado, como adoquines redondos; unas pobres vendedoras de frutas, que no tenían para vender otra cosa que pimientos y piñas, delante de sus puertas, que ostentaban, a manera de guirnaldas, ristras de tomates secos; los únicos comercios atrayentes eran los de los charcuteros, cuyas salazones y quesos corregían un poco, con su olor penetrante, el olor infecto de los arroyos. Los despachos de lotería, en los que se anunciaban los números premiados, alternaban con las tabernas, una taberna cada treinta pasos, en las que se anunciaban con grandes letreros los vinos selectos de los castillos romanos: Genzano, Marino, Frasean. Por las calles del barrio una multitud bulliciosa, harapienta y sucia, bandadas de niños medio desnudos, devorados por la miseria, mujeres desgredadas, en camisa, con faldas de color, gesticulando y vociferando, ancianos sentados en bancos, inmóviles, entre el enjambre bordoneante de las moscas, una vida ociosa y agitada, entre el ir y venir de los borriquillos que arrastraban pequeños carros, hombres que conducían rebaños de pavos a fuerza de latigazos, algunos turistas inquietos sobre los cuales se lanzaban en el acto bandadas de mendigos. Zapateros de viejo, instalados a sus anchas y trabajando en las aceras. A la puerta de un sastre había un cubo colgado, lleno de tierra y con una planta pringosa y florida. De todas las ventanas, de todos los balcones, en cuerdas que iban de una casa a otra, a través de la calle, colgaban las ropas lavadas, formando un empavesamiento de harapos incalificables, que eran como las banderas simbólicas de esta abominable miseria.

Pierre sentía que su alma fraternal se distendía por efecto de una compasión inmensa. Había que derribar, ¡claro que sí!, estos barrios apestados y dolientes, en los que el pueblo había vivido durante tanto tiempo acurrucado como en un calabozo infecto; Pierre era partidario de sanarlo todo, de demolerlo, aun a costa de acabar con la antigua Roma, con gran escándalo de los artistas. Ya el Trastevere había cambiado mucho, había sido desgajado por

varias nuevas vías de comunicación, agujeros, de ventilación abiertos a fuerza de golpes de piqueta, por los que penetraba el sol a raudales. Pero en medio de estos derribos de casas, de estas perforaciones recientes, de estos amplios terrenos sin rasgo distintivo, porque todavía no se había podido construir en ellos, parecía todavía más negro y más hediondo lo que quedaba en pie. La ciudad en plena evolución le interesaba extraordinariamente. Más tarde, sin duda, se daría fin a su reconstrucción: pero ¡qué hora apasionante ésta en que la vieja ciudad agonizaba dentro de la nueva, en medio de tantas dificultades! Era preciso haber conocido la Roma de las inmundicias, sepultada bajo excrementos, aguas sucias y residuos de hortalizas. El *Ghetto*, que acababa de ser arrasado, había, al cabo de los siglos, impregnado el suelo de podredumbre humana, hasta el punto de que su emplazamiento, después de desaparecer de él las construcciones, lleno de gibas y de hoyos, seguía despidiendo una pestilencia infame. Habían acertado dejando que se secase durante largo tiempo y que se purificase al sol. Lo mismo ocurre por todos aquellos barrios, a ambas orillas del Tíber, en donde se han emprendido trabajos edilicios de alguna envergadura: avanza uno por una estrecha callejuela, pestilente, de una humedad glacial, entre fachadas sombrías, cuyos tejados casi se tocan, y se sale de pronto a un espacio abierto, en un claro abierto a fuerza de hachazos, entre el bosque de viejas casucas leprosas. Y allí hay plazas, amplias aceras, altas y blancas construcciones, cargadas de esculturas, una capital moderna en esbozo, sin rematar, con montones de escombros y cortada por empalizadas. Por todas partes se tropieza con trozos de calles en proyecto, con un tajo colosal que parece condenado a no terminarse nunca, por efecto de la crisis financiera, con la ciudad del mañana, que se ha detenido en su crecimiento, que se ha quedado enzarzada en el peligro, por haber sido desmesurada y precipitada en sus comienzos, que desentonan. A pesar de todo, era ésta una tarea buena y sana, de una absoluta necesidad social para una gran ciudad contemporánea, a menos de que se pretendiese que la vieja Roma se pudiese en su mismo emplazamiento, como una curiosidad de pasadas edades, como un ejemplar de museo que se conserva bajo cristales.

Pierre, al ir aquel día desde el Trastevere hasta el palacio Farnese, donde le esperaban, dio un rodeo, pasó por la via dei Pettinari, luego por la via dei Giubbonari, la primera completamente sombría y oprimida entre el gran muro negro del hospital y las casas de enfrente, la segunda palpitante de vida, cruzada por una continua oleada de gente del pueblo, con la alegría de los escaparates de sus joyeros, que exponían gruesas cadenas de oro, y por las

estanterías de los vendedores de telas, que extienden al aire piezas enormes, azules, amarillas, verdes, rojas, de tonos llamativos. Y tanto el barrio obrero que acababa de recorrer como el barrio de pequeños comerciantes que ahora atravesaba, evocaron en su imaginación el otro barrio de horrenda miseria que antes había visitado, con su masa lamentable de trabajadores desheredados, reducidos por el paro a la mendicidad, acampados en los edificios soberbios y abandonados de Prati di Castello. ¡Pobre, triste pueblo, mantenido en la ignorancia, en la niñez y en una credulidad propia de salvajes, por muchos siglos de gobierno teocrático, tan habituado a la noche de su ignorancia, al padecimiento de su cuerpo, que sigue hoy mismo ajeno al despertar social, y se siente feliz con sólo que le dejen gozar a sus anchas de su orgullo, de su pereza y de su sol! Parecía sordo y ciego a su decadencia, continuaba en su vida estancada de otros tiempos, en medio de los profundos trastornos de la nueva Roma, sin experimentar otra cosa que molestias, viendo cómo eran derribados los viejos barrios en que él vivía, cambiando de hábitos, con las subsistencias más elevadas, como si la luz, la limpieza y la salud le molestasen, porque había que pagarlas a costa de una gran crisis obrera y financiera. Sin embargo, lo quisiera o no, esta limpieza de Roma, esta reconstrucción de Roma, a la que se quería convertir en una gran capital moderna, se hacían únicamente para él; porque al final de todas las transformaciones actuales está la democracia, y es el pueblo el que ha de heredar mañana esas ciudades, de las que se está desterrando la suciedad y la enfermedad, y en las que acabará por regir la ley del trabajo, acabando con toda miseria. Y es por esto por lo que, aun maldiciendo de las ruinas bien aseadas, cuidadas a lo burgués, y de que se hayan arrancado las hiedras y arbustos del Coliseo, toda su flora agreste que las jóvenes inglesas colocaban en herbarios, aun sintiendo fastidio en presencia de los horrendos muros de fortaleza con que se ha aprisionado al Tíber, y aun derramando lágrimas por los antiguos taludes, tan románticos, llenos de verdor y de casas antiguas que llegaban hasta el borde del agua, no se puede negar que la vida nace de la muerte y que el mañana necesita indefectiblemente para volver a florecer las cenizas del pasado.

Meditando en todas estas cosas llegó Pierre a la piazza Farnese, desierta, severa, con sus casas cerradas y sus dos fuentes monumentales; una de ellas, en pleno sol, desgranaba un rosario sinfín de perlas en medio del silencio absoluto; contempló unos instantes la fachada desnuda y monumental del pesado palacio cuadrado, el alto portal en que flotaba la bandera tricolor, sus trece ventanas de fachada, su friso famoso de un arte tan maravilloso. Y luego

entró. Le esperaba un amigo de Narcisse Habert, agregado de la embajada, cercano al rey de Italia, que se había ofrecido para enseñarle el inmenso palacio, el más bello de Roma, alquilado por Francia para residencia de su embajador. Mansión colosal, suntuosa y mortal, con su amplio patio de pórtico, de una humedad sombría, con su escalera gigantesca, de escalones bajos, sus pasillos interminables, sus galerías y salones desmesurados. Era de una pompa majestuosa, aunque muerta; se desprendía de sus muros un frío glacial, helaba hasta los huesos de las hormigas humanas que se aventuraban dentro de sus bóvedas. El agregado, con sonrisa discreta, confesaba que las gentes de la embajada se aburrían mortalmente allí, porque en verano era un horno y en invierno parecía de hielo. La única parte un poco alegre y con vida eran las habitaciones que ocupaba el embajador, en el primer piso, que daba al Tíber. Allí estaba la célebre galería de los Carracci, desde la que se ve el Janículo, los jardines Corsini, el Acqua Paola, encima de San Pietro in Montorio. A continuación, después de atravesar un grandioso salón, está el despacho impregnado de suave tranquilidad, alegrado por el sol. Pero el comedor, los dormitorios y las demás habitaciones ocupadas por el personal vuelven a quedar sumidas en la sombra tétrica de una calle lateral. Todas aquellas amplias habitaciones, de siete a ocho metros de altura, tienen los cielos rasos pintados o adornados con admirables sepulturas, las paredes desnudas, menos algunas que están decoradas con pinturas al fresco, el mobiliario de diferentes estilos, consolas magníficas junto a cachivaches modernos. Y esta tristeza de las cosas se trueca en repulsión cuando se penetra en los apartamentos de gala, en las grandes salas de honor que ocupan la parte de la fachada que da a la plaza. Ni un mueble, ni una colgadura, un desastre total, salas magníficas desiertas, abandonadas a las arañas y a los ratones. La embajada sólo ocupa una de ellas para amontonar sus archivos polvorientos, encima de mesas de pino blanco, en el suelo, en todos los rincones. Al lado, la enorme sala de diez metros de altura, como dos pisos, que el antiguo rey de Nápoles, su propietario, se había reservado, y que hoy está convertida en un verdadero depósito de cosas inservibles; en ella se ven maquetas, estatuas sin terminar, un sarcófago muy hermoso, junto a montones incalificables de mil cosas de desecho. Y, sin embargo, todo eso no era más que una parte del palacio: la planta baja se halla completamente deshabitada, nuestra Escuela de Roma ocupa un rincón del segundo piso, mientras que nuestra embajada se acurruca friolera y friolera en el ángulo más habitable del primero, obligada a dejar abandonado todo el resto del edificio y a cerrar las puertas con doble llave para ahorrarse el inútil trabajo de dar de vez en

cuando una barrida. Desde luego, parece cosa de reyes el habitar en el palacio Farnese, edificado por el papa Pablo III y habitado sin interrupción durante más de un siglo por cardenales; pero ¡qué incomodidad cruel, qué espantosa melancolía la de esta ruina inmensa, cuyas tres cuartas partes de habitaciones están muertas, son inútiles, imposibles de habitar, se hallan apartadas de la vida! ¡Y por la noche! El pórtico, el patio, la escalera, los pasillos, envueltos en espesas tinieblas, a pesar de los escasos picos de gas que luchan en vano por ahuyentarlas, y el viaje interminable a través de aquel lúgubre desierto de piedra para llegar hasta el salón tibio y amable del embajador.

Pierre abandonó aquel lugar lleno de asombro, con el cerebro en ebullición. Todos los demás palacios, todos los grandes palacios de Roma que él había visto durante sus paseos se alzaban en su memoria, caídos de su antiguo esplendor, faltos de todo el tren principesco de otras épocas, reducidos al triste papel de malas casas de renta. ¿Qué se podía hacer con esas galerías, con esas salas grandiosas, en estos tiempos en que no hay fortunas capaces de sostener la vida fastuosa para la cual fueron edificados, ni siquiera de mantener a todo el personal necesario para su sostenimiento? Eran muy pocos los príncipes que, como el príncipe Aldobrandini, ocupaban con su numerosa descendencia todo su palacio. Casi todos ellos tenían alquiladas las antiguas mansiones de sus antepasados a sociedades o a particulares, reservándose a veces un simple alojamiento en el rincón más oscuro. El palacio Chigi está alquilado: la planta baja a unos banqueros, el piso primero a la embajada de Austria, mientras que el segundo se halla repartido entre el príncipe, su familia y un cardenal. Alquilado está el palacio Sciarra, el primero al Ministerio de Asuntos Exteriores, el segundo a un senador, en tanto que el príncipe y su madre viven únicamente en el entresuelo. Alquilado el palacio Barberini, la planta baja, el piso primero y el segundo a distintas familias, mientras el príncipe vive en el tercero, en las habitaciones destinadas antes a la servidumbre. Alquilado está el palacio Borghese, la planta baja a un comerciante de antigüedades, el piso primero a una logia masónica, y todo el resto a familias, en tanto que el príncipe se ha reservado solamente unas cuantas habitaciones, formando con ellas un pequeño apartamento de burgués. Alquilado está el palacio Odescalchi, alquilado el palacio Colonna, alquilado el palacio Doria, y los príncipes de esos títulos viven en ellos casi en la estrechez, haciendo producir a sus inmuebles toda la renta posible, para cubrir sus presupuestos sin déficit. Un viento de ruina soplaba sobre todo el patriciado romano, y las más grandes fortunas se acababan de derrumbar en aquella crisis financiera; eran muy pocos los verdaderos ricos, y, además, su



riqueza estaba inmovilizada y muerta, y ni el negocio ni la industria eran capaces de renovarla. Los numerosos príncipes que se habían aventurado a hacer negocios habían quedado arruinados. Los otros, asustados, sujetos a impuestos enormes que se llevaban una tercera parte de sus rentas, debían resignarse de allí en adelante a ver cómo sus millones inmovilizados se agotaban, divididos por los repartos, morir como muere el dinero, como mueren todas las cosas, cuando ya no aciertan a fructificar en una tierra fértil. No había allí sino una cuestión de tiempo, porque la ruina final era irremediable, de una absoluta fatalidad histórica. Y los que se resignaban a alquilar tenían, a pesar de todo, que seguir luchando para vivir, y procuraban amoldarse a la época actual, esforzándose al menos por poblar el desierto de sus palacios, demasiado espaciosos; mientras tanto, la muerte se había instalado ya en casa de los otros, de los obstinados y de los soberbios que sucumbían en el sepulcro de su raza, como el aterrador palacio Boccanera, que se caía a pedazos, helado entre sombras y silencio, porque sólo se oía en él, de tiempo en tiempo, el ruido de la vieja carroza del cardenal, cuando entraba o salía, rodando sordamente sobre la hierba del patio.

Pero lo que más había sorprendido a Pierre fueron aquellas dos visitas sucesivas, la que hizo al Trastevere y la que hizo al palacio Farnese, visitas que se iluminaban mutuamente y que se resumían en la misma conclusión, que Pierre no se había planteado hasta entonces con tan tremenda claridad: todavía no existía pueblo, y pronto no existiría aristocracia. Aquel pensamiento se convirtió de allí en adelante en pesadilla, como si fuese a acabar el mundo. El pueblo, al que él había visto tan miserable, de tan gran resignación e ignorancia, sumido en la larga infancia en que lo mantenían la historia y el clima, y que necesitaría largos años de instrucción y de educación para llegar a constituir una democracia fuerte, sana, laboriosa, consciente de sus derechos y de sus deberes. La aristocracia iba muriendo en el interior de sus palacios en ruinas, no era ya más que una raza agotada, bastardeada, con una mezcla tan grande de sangre americana, austríaca, polaca y española, que el romano pura sangre constituía la excepción; sin contar con que había dejado de ser la espada de la Iglesia, que le repugnaba ponerse al servicio de la Italia constitucional, que huía del Sacro Colegio, cuya púrpura sólo vestían los advenedizos. Y no existía aún, entre los pequeños de abajo y los poderosos de arriba, una burguesía sólidamente asentada, fortalecida con savia nueva, bastante instruida y bastante prudente para ser la educadora transitoria de la nación. La burguesía se hallaba constituida por los antiguos criados, los antiguos clientes de los príncipes, por los granjeros que alquilaban

sus tierras, por los administradores, los notarios y los abogados que gobernaban las fortunas de aquéllos; era el mundo de los empleados, funcionarios de todas las categorías y de todas las clases, diputados, senadores, traídos de provincias por el gobierno; era, por último, la bandada de halcones voraces que se habían precipitado sobre Roma, los Prada, los Sacco, hombres de presa que habían acudido de todo el reino, que lo devoraban todo con sus uñas y con su pico, al pueblo y a la aristocracia. ¿Para quién, pues, se había hecho todo aquel trabajo? ¿Para quién eran las obras gigantescas de la nueva Roma, nacidas de un orgullo y de una esperanza desmesurados, sin posibilidad de ser terminadas? Soplaban un vientecillo de espanto, se oía un crujido, despertando una inquietud llorosa en todos los corazones fraternales. Sí, aquello era la amenaza del fin de un mundo, sin pueblo todavía, sin aristocracia ya, entregado a una burguesía devoradora, que se saciaba a su gusto entre las ruinas. Eran un símbolo espantoso esos palacios nuevos, edificados de acuerdo con los modelos gigantescos de otras épocas, esos palacios enormes, fastuosos, que surgían por todas partes para albergar a centenares de miles de almas que se esperaban inútilmente, esos palacios en los que había de instalarse la riqueza creciente, el lujo triunfal de la nueva capital del mundo, y que, sin embargo, se habían convertido en refugios lamentables, ya mancillados y tambaleantes, de la ruin miseria del pueblo, de todos los mendigos y de todos los vagabundos.

Ese mismo día, siendo ya noche cerrada, salió Pierre a pasar una hora en el muelle del Tíber, frente al palacio Boccanera. A pesar de todos los consejos de Victorine, que afirmaba que aquel lugar era peligroso, Pierre buscaba un sitio de recogimiento, de soledad extraordinaria. A decir verdad, decoración más trágica para una degollina no podía encontrarse en una noche negra como la tinta, como era aquélla. Nadie, ni un transeúnte; silencio, sombra, vacío, a derecha, a izquierda, de frente. Las empalizadas que cerraban el inmenso tajo abandonado no dejaban paso ni a los perros. En la esquina del palacio, anegado en tinieblas, un pico de gas, que había quedado en cuesta desde que se hizo el terraplenamiento, alumbraba el muelle a ras del suelo, con una luz siniestra. Los materiales abandonados, los montones de ladrillos, las piedras de sillería, alargaban sus grandes sombras indecisas. A mano derecha brillaban algunas luces sobre el puente de San Juan de los Florentinos y en las ventanas del Hospital del Santo Spirito. A mano izquierda, en la profundidad indefinida de la corriente del río, se hundían hasta desaparecer, los barrios lejanos. Luego, enfrente, se hallaba el Trastevere, las casas del talud, parecidas a pálidos fantasmas indecisos, con alguna que otra ventana de

cristales amarillentos iluminada por turbia claridad; y más arriba, una franja de sombra era el único indicio del Janículo, en el que los faroles de algún paseo centelleaban, formando un triángulo de estrellas. El Tíber, sobre todo, era lo que más apasionaba a Pierre en aquellas horas nocturnas, de melancólica majestad. Permanecía apoyado sobre el pretil, contemplando la corriente durante largo rato, entre los nuevos muros, que, al llegar la noche, tomaban la apariencia negra y monstruosa edificada para un gigante. Mientras brillaban las luces en las casas de enfrente, veía Pierre cómo pasaban las aguas espesas, tornasolándose lentamente en los reflejos, adquiriendo con su estremecimiento una vida misteriosa. Y no dejaba de soñar en todo el pasado famoso del río, recordando con frecuencia la leyenda que afirma que entre el lodo del río hay escondidas riquezas fabulosas. Según esa leyenda, cada vez que los bárbaros se acercaban, y especialmente con ocasión del saqueo de Roma, fueron arrojados allí los tesoros de los templos y de los palacios, para sustraerlos al pillaje de los vencedores. Allá en el fondo, aquellas barras de oro que temblaban en el agua glauca, ¿no serían los siete brazos del candelero de oro que Tito trajo de Jerusalén? ¿Y no serían aquellas palideces, constantemente deformadas por los remolinos, blancas columnas o estatuas? Y aquellos muarés profundos, en los que brillaban llamas centelleantes, ¿no serían un montón de joyas de toda clase, copas, vasos, alhajas adornadas de pedrería? ¡Qué ilusión aquel hormiguero entrevisto en el lecho del viejo río, la vida oculta de aquellos tesoros, que dormirían allí durante siglos y siglos! ¡Y qué esperanza, qué orgullo y riqueza para un pueblo, los maravillosos descubrimientos que tal vez se hiciesen un día en el Tíber, excavándolo, desecándolo, como ya ha sido proyectado alguna vez! Tal vez estaba en ello la fortuna de Roma.

Pero en esa noche tan negra, Pierre, apoyado en el pretil, no tenía el entendimiento sino para pensar en la realidad. Proseguía sus meditaciones del día, las que le había inspirado su visita al Trastevere, primero, y luego su visita al palacio Farnese. Y frente a aquellas aguas muertas llegaba a la conclusión de que había sido una gran desgracia para la Italia moderna el elegir a Roma para convertirla en una capital moderna. Aunque no ignoraba que aquella elección había sido inevitable, porque Roma era la reina de la gloria, la antigua señora del mundo a la que estaba prometida la eternidad, sin la que hubiera sido imposible la unidad nacional; de manera que la alternativa era terrible, ya que Italia no podía existir sin Roma, y parecía difícil que pudiese subsistir con Roma. ¡Qué sorda voz anunciadora de desastres dejaba oír aquel río muerto durante la noche! ¡Ni una lancha, ni un estremecimiento

de actividad comercial e industrial en aquellas aguas que llevan la vida al corazón de las grandes ciudades! Se habían hecho, desde luego, hermosos proyectos: Roma sería puerto de mar, se harían obras gigantescas, se excavaría el lecho del río para que los navíos de gran tonelaje pudiesen subir hasta el Aventino; pero todo eso eran simples quimeras, y apenas si se desencenagó la embocadura, que se atascaba constantemente. Y la otra causa, la agonía, la Campaña Romana, el desierto de muerte que atravesaba el río muerto rodeando a Roma de un cinturón de esterilidad. Se hablaba de realizar trabajos de desecamiento, de hacer plantaciones; se discutía en vano el tema de si era o no era fértil en tiempo de los romanos; fuese como fuese, lo cierto es que Roma se alzaba en el centro de un gran cementerio, como una ciudad de otros tiempos separada para siempre del mundo moderno, por aquella paramera en la que se ha ido acumulando el polvo de los siglos. Ya no existen las razones geográficas que le dieron el imperio del mundo. El centro de la civilización se ha desplazado otra vez, y la cuenca del Mediterráneo se ha dividido entre dos naciones poderosas. Todas las vías convergen en Milán, ciudad de la industria y del comercio, en tanto que Roma no es ya sino estación de paso. Por eso todos los esfuerzos heroicos que se vienen realizando desde hace veinte años no han podido sacarla del sueño invencible que sigue invadiéndola. La capital que se quiso improvisar con excesiva rapidez ha quedado en situación peligrosa y ha estado a punto de arruinar a la nación. Los recién llegados, el Gobierno, las Cámaras, los funcionarios, están allí como acampados, huyen en cuanto llegan los primeros calores para escapar de aquel clima mortífero; llegan las cosas a tal extremo, que los hoteles y los almacenes tienen que cerrar, las calles y paseos se quedan vacíos, y como la ciudad no ha adquirido vida propia, vuelve a caer en la muerte así que cesa la vida ficticia de que está animada. Por eso toda la vida se concentra en un compás de espera en una capital que es una pura decoración, donde la población no aumenta ni disminuye, donde haría falta una nueva invasión de hombres y de dinero para acabar y poblar las inmensas construcciones inútiles de los barrios nuevos. Y si es cierto que el mañana vuelve a florecer siempre en las cenizas del pasado, no había más remedio que confiar. Pero ¿no estaría agotado ya este suelo y, puesto que ya no brotaban ni siquiera monumentos, no se habría también agotado para siempre la savia que hace a los seres sanos y a las naciones fuertes?

A medida que avanzaba la noche, se iban apagando una a una las luces de las casas del Trastevere. Pierre permaneció allí largo rato, acometido por la desesperanza, inclinado sobre las aguas, completamente negras ya. Eran las

tinieblas sin fondo, y en el espesamiento de la sombra del Janículo sólo quedaban los tres picos lejanos de gas, el triángulo de estrellas. Ya no ponía ningún reflejo en el Tíber la luminosidad de un estremecimiento de oro; ya no danzaban, bajo el misterio de su corriente, las visiones quiméricas de fabulosas riquezas; había acabado la leyenda, y el candelabro de oro de los siete brazos, y los vasos de oro, y las alhajas de oro, y todo el sueño de un tesoro antiguo caído allí durante la noche, como la antigua gloria de Roma misma. Ni una claridad, ni un ruido, el sueño infinito, el chapoteo espeso de la alcantarilla, allá a la derecha, invisible. Las aguas del río habían desaparecido también. Pierre recibía solamente la sensación de que caían a plomo en las tinieblas, la vejez aplomada, la fatiga secular, la inmensa tristeza y el deseo de aniquilamiento de aquel Tíber tan antiguo y tan glorioso, que no parecía arrastrar ya sino la muerte de un mundo. Tan sólo el espacioso firmamento brillante, el eterno cielo fastuoso exhibía la esplendorosa vida de sus millones de astros, por encima del río de sombra que arrastraba las ruinas de cerca de tres mil años.

Pierre, que antes de subir a su habitación había entrado al cuarto de Dario, sentándose allí un momento, tropezó con Victorine, que estaba disponiendo todo para la noche, y al oírle decir de dónde venía, exclamó en son de protesta:

—¡Pero, señor abate! ¡Otra vez se ha paseado usted por el muelle a estas horas! ¿Es que tiene usted empeño en recibir también alguna cuchillada?... Pues bien: no sería yo quien saliese tan tarde a tomar el fresco en esta condenada ciudad.

Luego se volvió con familiaridad hacia el príncipe, que se había arrellanado en el sillón, y sonreía.

—¿Recuerda usted aquella muchacha, la Pierina? No ha vuelto por aquí, pero la he visto rondando por las obras del muelle.

Dario la hizo callar con un ademán. Y se volvió hacia el sacerdote.

—Sin embargo, usted ha hablado con ella. Esto resulta ya intolerable... ¡Imagínense ustedes que ese animal de Tito vuelva a clavarme el cuchillo en el otro hombro!

Se calló bruscamente al ver que estaba frente a él, escuchándole, Benedetta, que había entrado para darle las buenas noches. Dario se quedó confuso, quiso hablar, dar una explicación, jurarle que había sido completamente inocente en aquella aventura. Pero ella se sonreía y se limitó a decirle cariñosamente:

—Dario, ya estaba al tanto de lo que te ha ocurrido. No pienses que soy tan tonta, lo he meditado y comprendido... Si no te he hecho pregunta alguna es porque, a pesar de todo, te amaba.

Aparte de eso, sentíase sumamente feliz, porque se había enterado aquella misma tarde de que monseñor Palma, el defensor del matrimonio en su proceso de divorcio, acababa de dar pruebas de su gratitud por el favor que habían hecho a su sobrino, depositando un nuevo informe que le era completamente favorable. No es que el prelado se hubiese puesto decididamente de parte suya, porque tampoco deseaba desdecirse; pero los certificados de los dos médicos le habían dado pie para deducir que, en efecto, la joven era virgen; a continuación, tocando apenas el hecho de que el no haberse consumado el acto obedecía a la resistencia de la mujer, se había dado maña para agrupar las razones por las que se imponía el divorcio. Desechada toda esperanza de reconciliación era evidente que los esposos se encontraban en peligro constante de caer en la incontinencia. Hacía una alusión discreta al marido, lo presentaba como si hubiese sucumbido ya al peligro; luego exaltaba la elevada moralidad de la mujer, su devoción, todas las virtudes, en fin, que eran una garantía en favor de su veracidad. Y, sin decidirse claramente, se encomendaba a la sabiduría de la congregación. Siendo esto así, puesto que monseñor Palma repetía casi punto por punto los argumentos del abogado Morano, y puesto que Prada se obstinaba en no presentarse, parecía fuera de duda que la congregación votaría la anulación por gran mayoría, lo que daría pie a Su Santidad para actuar con benevolencia.

—¡Dario mío! Ya estamos al cabo de nuestras penas... Pero ¡qué de gastos, qué de gastos! Dice mi tía que apenas nos van a dejar otra cosa que agua para beber.

Y se reía con la hermosa despreocupación de una amante apasionada. No es que la jurisdicción de las congregaciones fuese ruinoso, porque, en principio, la justicia en ellas era gratuita. Pero había una infinidad de pequeños gastos que pagar: los empleados subalternos, los dictámenes médicos, las copias, las memorias, los alegatos. Además, si bien es cierto que no se compraba directamente los votos de los cardenales, algunos de ellos costaban fuertes sumas, porque había que ganar a otras personas que eran hechuras suyas, haciendo que actuase una cantidad de gente alrededor de Sus Eminencias. Sin contar con que los donativos fuertes en metálico, cuando se hacen con tacto, son en el Vaticano la razón decisiva que solventa las

mayores dificultades. En una palabra: el sobrino de monseñor Palma había costado terriblemente caro.

—¿Verdad, Dario? Ya que estás curado, deben permitirnos que nos casemos pronto, y no les pedimos otra cosa... Si se empeñan, les daré hasta mis perlas, que es la única fortuna que me quedará.

También él se reía, porque el dinero no entraba para nada en sus cálculos. Jamás dispuso del que hubiera querido, y sus esperanzas se reducían a continuar viviendo en casa de su tío el cardenal, que no abandonaría al joven matrimonio en mitad del arroyo. Estando como estaban arruinados, ni cien ni doscientos mil francos representaban nada para él; había oído decir, además, que ciertos divorcios habían costado hasta medio millón de francos. Lo echó, pues, a broma:

—Dales también mi anillo, dales todo, amiga mía, y nosotros viviremos felices en este viejo palacio, aunque tengamos que vender hasta los muebles.

Benedetta se mostró entusiasmada, le cogió la cabeza con sus dos manos, le besó locamente en los ojos, arrebatada por un acceso de pasión.

Luego, volviéndose a Pierre, dijo de pronto:

—¡Señor abate! Tiene usted que perdonarme; me han dado un encargo para usted... El que nos ha traído la buena noticia es, como puede suponerse, monseñor Nani, y me ha encargado que le diga que no se deja usted ver lo bastante, que sería necesario que se moviese para defender su libro.

El sacerdote la escuchaba asombrado.

—Pero ¡si ha sido él quien me aconsejó que me ocultase!

—Desde luego... Parece, sin embargo, que ha llegado la hora de que empiece usted a visitar a esos señores, de que defienda su causa, de que se mueva, en una palabra. A propósito: ha encontrado medio de enterarse del nombre del prelado que ha de informar acerca de su libro: es monseñor Fornaro, que vive en la piazza Navona.

La estupefacción de Pierre iba en aumento. El descubrir el nombre del informante era cosa inusitada, porque ese detalle debía de permanecer secreto, para que la libertad de juicio fuese completa. ¿Iba, pues, a entrar en una nueva fase su estancia en Roma? A lo que simplemente respondió:

—Está bien; actuaré, visitaré a todo el mundo.

## X

**P**ierre, que no pensaba sino en acabar de una vez, decidió comenzar su campaña al día siguiente. Pero se había apoderado de él una zozobra: ¿a qué puerta llamaría primero, por qué personaje empezaría sus visitas, si quería evitar toda equivocación, al moverse entre aquel mundo tan complicado y vanidoso? Al abrir la puerta, tuvo la suerte de distinguir en el pasillo al secretario del cardenal, don Vigilio, y le rogó que entrase un momento en su habitación.

—Me va a hacer usted un favor, señor abate. Necesito quien me aconseje, y me confío a usted.

Pierre se daba cuenta de que este hombrecito enjuto, de cutis color de azafrán, sacudido siempre por la fiebre, estaba muy bien informado, y que, a pesar de su discreción exagerada y asustadiza, andaba mezclado en todo. Hasta entonces parecía como que huyese de Pierre, sin duda para escapar a todo peligro de comprometerse. Sin embargo, hacía ya algún tiempo que daba muestras de estar menos arisco, y sus ojos negros llameaban cuando se cruzaban con los de su vecino, como si se sintiese, también él, poseído por la misma impaciencia en que debía de estar ardiendo Pierre, al encontrarse inmovilizado de esa manera durante días y días larguísimos. No intentó, pues, esquivar la entrevista.

Pierre siguió diciendo:

—Le pido disculpas por hacerle pasar a esta habitación, en la que todo está revuelto. Es que he vuelto a recibir esta mañana, desde París, ropa interior y trajes de invierno... Figúrese usted que me vine con una pequeña maleta, pensando estar de vuelta en quince días y tres son ya los meses que llevo aquí, sin haber adelantado más de lo que estaba la mañana de mi llegada.

Don Vigilio hizo un gesto con la cabeza.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Entonces empezó Pierre a explicarle que monseñor Nani le había hecho decir por medio de la contessina que se moviese, que visitase a todo el



mundo, con objeto de defender su libro. Esto le tenía indeciso, porque no sabía cómo disponer sus visitas de modo que resultasen de algún provecho. Por ejemplo: ¿debería ir a visitar a monseñor Fornaro, de quien le habían hablado, y que era el prelado consultor encargado de presentar el informe acerca de su libro?

—¿Cómo es eso? —exclamó todo emocionado don Vigilio—. ¡De modo que monseñor Nani ha llegado hasta ese extremo, hasta confiarle el nombre! El caso es mucho más sorprendente de lo que yo me imaginaba.

Y perdiendo toda reserva, dejándose llevar por su temperamento apasionado, siguió diciendo:

—¡No! No empiece usted por monseñor Fornaro. Vaya primeramente, y con mucha humildad, a hacer una visita al prefecto de la Congregación del Index, a Su Eminencia el cardenal Sanguinetti. Si llegaba un día a saber que su primer acto de homenaje había sido para otro, no se lo perdonaría jamás.

Se calló un instante, y luego agregó, bajando la voz, al mismo tiempo que le sacudía un ligero escalofrío de su fiebre:

—Lo sabría; se sabe todo.

Después, como dejándose llevar por un brusco arrebató de simpatía, cogió las dos manos del joven sacerdote extranjero.

—Querido señor Froment; le juro que me sentiría muy feliz de poder serle útil en algo, porque es usted una alma ingenua y he acabado por dolerme de su situación... Pero no hay que pedirme imposibles. ¡Si usted supiese, si yo pudiese confiarle todos los peligros de que estamos rodeados! A pesar de todo, creo que no tengo por qué ocultarle que no debe contar de ninguna manera con mi señor, Su Eminencia el cardenal Boccanera. En varias ocasiones ha censurado rotundamente, delante de mí, su libro... Pero se trata de un verdadero santo, de un hombre absolutamente leal, y si es cierto que no intervendrá para defenderlo, tampoco lo atacará, se mantendrá neutral, en atención a su sobrina, la contessina, que lo protege... Por eso, cuando lo visite, no argumente usted en favor de su libro, porque no adelantaría nada con ello, y tal vez lo irrite.

Esta confidencia no le dolió en exceso a Pierre, porque desde su primera entrevista con el cardenal, lo mismo que en las pocas visitas que le había hecho después, se había dado cuenta de que sería siempre un adversario suyo.

—Pues entonces, cuando lo visite, le agradeceré su neutralidad.

Pero don Vigilio se sintió acometido por todos sus terrores.

—¡No, no! No haga usted eso, porque enseguida podría comprender que yo había soltado la lengua, y entonces ocurriría un desastre. ¡Mi situación

sería comprometida!... Haga cuenta de que yo no he dicho nada. Empiece usted por visitar a los cardenales, a todos los cardenales. Y dejemos sentado que es lo único que yo le he dicho, ¿no es así?

Y ya no quiso hablar más por aquel día, retirándose de la habitación todo tembloroso, examinando el pasillo a derecha e izquierda con sus ojos febriles e inquietos.

Pierre salió inmediatamente a la calle, para ir a visitar al cardenal Sanguinetti. Eran las diez, y tenía algunas probabilidades de encontrarlo. El cardenal vivía, junto a la iglesia de San Luis de los Franceses, en una calle oscura y estrecha, ocupando el primer piso de un palacete amueblado con gusto de burgués. No era ésta la ruina gigantesca de una magnificencia principesca y melancólica, en la que se obstinaba en habitar el cardenal Boccanera. Lo mismo el antiguo apartamento reglamentario de ceremonia que el séquito, eran reducidos. Allí no había salón del trono, ni gran capelo colgado al abrigo del dosel, ni sillón vuelto de cara a la pared en espera de la visita del papa. Dos habitaciones contiguas servían de antecámaras, luego venía el salón en el que recibía el cardenal; todo sin lujo, hasta sin comodidad, muebles de caoba que databan de tiempos del imperio, colgaduras y tapices polvorientos, ajados a fuerza de usarse. Pero el visitante se vio obligado a llamar varias veces, y cuando un criado, después de ponerse sin prisa alguna su americana, entreabrió la puerta, fue para decirle que Su Excelencia se encontraba en Frascati desde el día anterior.

Entonces recordó Pierre que, en efecto, el cardenal Sanguinetti era uno de los obispos de los suburbios. En Frascati tenía su obispado, en una villa a la que solía ir a pasar de vez en cuando algunos días, llevado del deseo de descansar o por razones de política.

—¿Regresará pronto Su Eminencia?

—¡Vaya usted a saberlo!... Su Eminencia no se encuentra bien. Ha insistido en que no se envíe allí a nadie que pueda molestarle.

Este primer contratiempo dejó desorientado a Pierre, cuando salió a la calle. Puesto que las cosas se precipitaban ahora, ¿le convendría ir a visitar a monseñor Fornaro, que vivía allí al lado, en la piazza Navona? Pero recordó que don Vigilio le había recomendado el visitar en primer lugar a los cardenales; y tuvo una inspiración: iría inmediatamente a visitar al cardenal Sarno, con quien había acabado por trabar relación en los lunes de donna Serafina. A pesar de su empeño en vivir oculto, lo consideraban todos como a uno de los miembros más poderosos y temibles del Sagrado Colegio, lo que no era óbice para que su sobrino Narcisse asegurase que cuando vacaba a sus

ocupaciones habituales era el hombre más obtuso en lo relacionado con asuntos extranjeros. Aunque no fuese miembro de la Congregación del Index, siempre podría dar un buen consejo, y tal vez su gran influencia le diese ocasión de actuar sobre sus colegas.

Pierre se encaminó directamente al palacio de la Propaganda, en donde estaba seguro de encontrar al cardenal. Este palacio, cuya pesada fachada se distingue desde la piazza di Spagna, es un enorme edificio, macizo y pelado, que ocupa todo un ángulo entre dos calles. Pierre, desventajado por la imperfección con que hablaba el italiano, se extravió, subió dos pisos, que luego tuvo que bajar, en un verdadero laberinto de escaleras, pasillos y salas. Por fin tuvo la suerte de tropezar con el secretario del cardenal, joven sacerdote lleno de amabilidad, a quien había visto ya en el palacio de los Boccanera.

—Desde luego, creo que Su Eminencia tendrá a bien recibirle. Ha hecho usted bien en venir a estas horas, porque Su Eminencia suele permanecer aquí durante toda la mañana. Haga el favor de seguirme, se lo ruego.

Hubo que emprender un nuevo viaje. El cardenal Sarno, que era desde muchos años atrás secretario de la Propaganda, presidía hoy como cardenal la comisión organizadora del culto en los países de Europa, África, América y Oceanía, conquistados recientemente para el catolicismo; y como tal, tenía allí un despacho, oficinas y toda una instalación administrativa, en la que reinaba como verdadero funcionario maniático, envejecido en su sillón de cuero, sin haber salido jamás del estrecho círculo de sus cartapacios verdes, sin tener del mundo otra visión que la de la calle, la de los peatones y carruajes que pasaban por debajo de su ventana.

Al llegar a un extremo del pasillo, que era preciso iluminar en pleno día por medio de picos de gas, hizo sentar el secretario a su acompañante en un banquillo. Volvió al cabo de un cuarto de hora con su expresión de hombre afable y atareado.

—Su Eminencia está ocupado en este momento conferenciando con unos misioneros que salen para su destino. Pero terminará pronto, y me ha dicho que le pase a usted a su despacho y que espere usted allí.

Al encontrarse solo Pierre en el despacho, examinó con curiosidad la disposición del mismo. Era una habitación bastante amplia, desprovista de lujo, tapizada de papel verde, y había en ella un mueble de damasco verde con la madera negra. Por las dos ventanas, que daban a una calle lateral, penetraba una triste claridad sobre las paredes ensombrecidas y el papel desteñido, y fuera de las dos consolas no había más que un escritorio, cerca de una de las

ventanas, una sencilla mesa de madera oscura, aunque estaba tan cargada de legajos y papelotes que no se veía. Se aproximó un instante, contempló el sillón desfondado por el uso, el biombo que le servía de cuidadoso abrigo y el viejo tintero salpicado de tinta. Pero luego llegó a impacientarse, porque aquella atmósfera pesada y muerta le producía opresión, porque aquel silencio, turbado solamente por el amortiguado rodar de carruajes de la calle, le resultaba inquietante.

Pierre empezó a pasearse con tiento de un lado para otro, y su mirada cayó sobre un mapa, que despertó en él las más trascendentales reflexiones, hasta el punto de hacerle olvidar todo. Aquel mapa en colores era el del mundo católico, el del universo todo, un mapamundi de gran desarrollo, en el que los diversos países estaban coloreados según que el catolicismo fuese en ellos la religión dominante, la victoriosa, o según el grado de lucha que tenía que mantener todavía contra los infieles, y, en este último caso, la organización en vicariatos y prefecturas. ¿No estaba allí encerrado gráficamente todo el esfuerzo secular del catolicismo, su primitivo ensueño de dominio universal, el ensueño al que nunca ha renunciado y que viene persiguiendo a través de los tiempos? Dios ha hecho a su Iglesia donación del mundo, pero es preciso que ella tome posesión, puesto que el error se obstina en reinar. De ahí la eterna batalla, el disputar, en nuestros mismos días, los pueblos a las religiones enemigas, como cuando los Apóstoles abandonaban la Judea para esparcir por el mundo el Evangelio. La gran tarea a que tuvo que dedicarse durante la Edad Media consistió en organizar la Europa conquistada, y ni siquiera hubo tiempo para intentar la reconciliación con las Iglesias disidentes del Oriente. Luego estalló la Reforma, y el cisma se unió al cisma, y quedó por reconquistar la mitad de Europa, además del Oriente ortodoxo. Pero el ardor combativo se despertó con el descubrimiento del Nuevo Mundo, la ambición de Roma fue reservarse para ella sola aquella segunda faz de la tierra, y se crearon misiones, y los misioneros marcharon allí para someter a Dios aquellos pueblos desconocidos hasta entonces, pueblos que Dios había donado a su Iglesia junto con los demás. Y así fue como, naturalmente se fueron formando por sí mismas las actuales divisiones de la cristiandad: de un lado, las naciones católicas, aquellas en que sólo era preciso conservar la fe, de las que era director soberano el secretario de Estado, instalado en el Vaticano; de otro lado, las naciones cismáticas o simplemente paganas que se trataba de convertir o de volver al redil, y que eran terreno acotado de la Congregación de Propaganda. Esta congregación tuvo, a su vez, que dividirse en dos secciones, con objeto de hacer más fácil el trabajo: la sección oriental,

especialmente encargada de las sectas disidentes del Oriente, y la sección latina, cuya autoridad se extiende a todos los demás países de misiones. Todo ello forma un vasto conjunto de organización conquistadora, una red inmensa de mallas fuertes y apretadas echada sobre el mundo para no dejar escapar ni una sola alma.

Sólo entonces, frente a aquel mapa, experimentó Pierre la sensación clara de la existencia de aquella máquina que funcionaba desde hacía siglos y que estaba destinada a absorber a toda la humanidad. Ricamente dotada por los papas, pudiendo disponer de un presupuesto considerable, se le representó la Propaganda como una fuerza aparte, como un Papado dentro del Papado, y comprendió el porqué del nombre de papa rojo que se aplicaba al prefecto de la congregación. ¿Cuál no sería, en efecto, el poder ilimitado de que gozaba el hombre conquistador y dominador que llega con sus manos de un extremo al otro de la tierra? El cardenal secretario disponía de la Europa Central, que era una estrecha manchita sobre el globo terráqueo; ¿pero no poseía él todo el resto del mundo, los espacios infinitos, las regiones lejanas y desconocidas todavía? Además, las cifras eran elocuentes: Roma ejercía un dominio indiscutible sobre doscientos y pico de millones de católicos, apostólicos, romanos; pero si se sumaban los cismáticos, los de Oriente y los de la Reforma, sobrepasaban ya esa cifra; ¡qué diferencia entre eso y el millar de millones de infieles cuya conversión estaba todavía por hacerse! Estas cifras se grabaron con viveza en su imaginación, y se sintió sacudido por un estremecimiento. ¡Cómo! ¡Era, pues, verdad! Los judíos eran cinco millones; los mahometanos, cerca de doscientos millones; había cerca de setecientos millones de brahmanes y budistas, sin contar con los cien millones de idólatras de todas clases, de todas las religiones, o sea, en total, mil millones, y frente a esa cifra, los cristianos no pasaban de los cuatrocientos millones, y estaban divididos entre ellos, trabados en una constante batalla, la mitad con Roma y la otra mitad contra Roma. ¿Cómo era posible que Jesucristo no hubiese conquistado en dieciocho siglos ni siquiera la tercera parte de la humanidad, y cómo era posible que Roma, la eterna, la todopoderosa, hubiese conseguido someter únicamente a una sexta parte? ¡Proporción aterradora: una sola alma salvada de cada seis! Pero el mapa hablaba con brutalidad: el imperio de Roma, manchado de color rojo, resultaba nada más que un punto perdido si se le comparaba con el imperio de los demás dioses, que estaba manchado de amarillo, constituyendo las regiones que la Propaganda tenía que someter todavía. Y la cuestión que se planteaba era ésta: ¿cuántos siglos serían necesarios para que las promesas de Jesucristo llegasen a cumplirse y

estuviese la tierra enteramente sometida a su ley, sobreponiéndose la sociedad religiosa a la sociedad civil, hasta no formar más que un solo reino de creyentes? Y al plantear esta interrogación, al ponerse a examinar la prodigiosa empresa que quedaba por realizar se llenaba de asombro pensando en la tranquila serenidad de Roma, en su obstinación paciente, que jamás ha titubeado, hoy menos que nunca, siempre consagrada a su obra por medio de sus obispos y de sus misioneros, incapaz de cansancio, trabajando sin descanso en su obra como esos seres infinitamente pequeños que han hecho el mundo, poseída de la absoluta certidumbre de que ha de llegar día en que será ella sola la señora del universo.

Pierre veía aquel ejército que avanzaba sin cesar, lo estaba oyendo en ese momento, más allá de los mares, a través de los continentes, preparando y afirmando la conquista política en nombre de la religión. Ya Narcisse le había referido que las embajadas tenían que vigilar cuidadosamente en Roma las actuaciones de la Propaganda, porque con frecuencia eran las misiones un arma nacional que se esgrimía lejos de la patria como una fuerza decisiva. Lo espiritual afianzaba lo temporal, y las almas conquistadas entregaban también sus cuerpos. De ahí que se librase una lucha incesante, en la que la congregación favorecía a los misioneros de Italia o de naciones aliadas cuya ocupación victoriosa deseaba. Se había mostrado siempre recelosa de su rival francesa, la Propaganda de la Fe, instalada en Lyon, tan rica como ella, tan poderosa como ella y más nutrida de hombres enérgicos y valientes. No se limitaba a hacerle pagar un tributo considerable, sino que contrarrestaba sus actividades y la sacrificaba siempre y en todo lugar ya que su triunfo le hacía sombra. Los misioneros franceses, las órdenes religiosas francesas fueron más de una vez echados de una región, para dejar su campo a misioneros italianos o alemanes. Y este hogar secreto de intrigas políticas era lo que ahora barruntaba Pierre bajo el fervor civilizador de la fe, en el despacho sombrío y polvoriento, en que jamás penetraban los alegres rayos del sol. Volvió a sentir otro escalofrío, el escalofrío de las cosas, que uno conoce y que, de pronto, un día se nos aparecen monstruosas y aterradoras. ¿No era como para turbar a los más prudentes y para hacer empalidecer a los más valientes aquella máquina de conquista y de dominio, organizada en plan universal, que funcionaba en el tiempo y en el espacio con una obstinación de eternidad, que no se limitaba a querer para sí las almas, sino que trabajaba en preparar su reinado futuro sobre todos los hombres, y que al no poder hacerlos suyos por ahora, los cede a un señor temporal para que se los guarde? ¿Era un ensueño prodigioso el de esta Roma sonriente, que espera tranquila el siglo en que le será posible

absorber a los doscientos millones de mahometanos y a los setecientos millones de brahmanes y budistas, para hacer de ellos un pueblo único sobre el que ella reinará espiritual y temporalmente, en nombre de Jesucristo triunfador!

Un ligero carraspeo le hizo volverse, y se estremeció al encontrarse frente al cardenal Sarno, a quien no había visto entrar. El que lo hubiese encontrado contemplando de aquella manera el mapa, le produjo la misma impresión que si le hubiese sorprendido en una incorrección, o en el momento de violar un secreto. Su rostro se cubrió de un sonrojo intenso.

Pero el cardenal, que le había mirado fijamente con sus ojos apagados, se dirigió hasta su mesa y se dejó caer en el sillón sin decir una palabra. Le había dispensado, con un ademán, de la obligación de besarle el anillo.

—He querido presentar mis respetos a Su Eminencia... ¿Está enfermo Su Eminencia?

—No; únicamente me da que sufrir el condenado reuma, que no se quiere ir de una vez. Además, ¡son tantos los asuntos que me asedian en este momento!

Pierre lo contemplaba a la lívida luz de la ventana, y lo veía mezquino y contrahecho, con el hombro derecho más bajo que el izquierdo, sin un destello de vida, ni siquiera de la mirada, en su rostro gastado y terroso. Le recordaba a un tío suyo, que vivía en París, y que al cabo de treinta años de pasarse la vida en el interior de un ministerio, tenía la misma mirada muerta, la misma piel apergaminada, el mismo aturdimiento fatigado de todo su ser. ¿Sería cierto que este hombre, viejecito, arrugado y perdido en su sotana negra, festoneada de rojo, era el señor del mundo, porque dominaba de tal manera el mapa de la cristiandad, aun sin haber salido jamás de Roma, que el prefecto de la Propaganda no tomaba nunca la más pequeña decisión sin antes consultarlo?

—Tome asiento unos momentos, señor abate... Supongo que, puesto que ha venido usted a visitarme, tendrá que hacerme alguna petición...

Y al mismo tiempo que se disponía a escucharle, hojeaba con sus dedos afilados los legajos amontonados delante de él, echaba un vistazo a cada uno, lo mismo que un general, un táctico de ciencia profunda, que dirige su ejército desde lejos, llevándolo a la victoria sin salir de su despacho de trabajo y sin perder un solo minuto.

Pierre se quedó algo perplejo viendo que se le planteaba sin tapujos la finalidad interesada de su visita, y decidió ir derecho al asunto.

—En efecto, me he tomado la libertad de venir a aconsejarme de la alta sabiduría de Su Eminencia. No ignora Su Eminencia que he venido a Roma para defender mi libro, y me sentiría muy feliz si se dignase dirigirme y ayudarme con su experiencia.

Y acto seguido explicó brevemente la situación actual del asunto, y alegó razones en su defensa. Pero, a medida que hablaba, se fijó en que el cardenal se desinteresaba, que su atención estaba en otra parte, que no comprendía nada de aquello.

—Sí, ya lo recuerdo; usted ha escrito un libro, del que se habló la otra noche en casa de donna Serafina... Es un error, porque los sacerdotes no deberían escribir. ¿Qué se adelanta con ello?... Y si la Congregación del Index lo persigue, no me cabe duda de que tiene razón. ¿Qué quiere usted que yo haga en todo eso? No soy miembro de la congregación, y no sé nada, absolutamente nada.

Pierre se esforzó inútilmente en ponerlo al corriente, en conmoverlo, porque le afligía el verlo tan cerrado y tan indiferente. Pero se dio cuenta de que aquella inteligencia, amplia y penetrante en el terreno en que venía evolucionando desde hacía cuarenta años, se obstruía en cuanto la sacaban de su especialidad. No tenía ni curiosidad ni agilidad. Se borró de aquellos ojos toda chispa de vida, el cráneo parecía deprimirse todavía más, y toda su fisonomía adquiría una expresión de sombría imbecilidad.

—No sé nada, no puedo hacer nada —repetía—. Y, además, tengo por norma el no recomendar a nadie.

A pesar de todo, hizo un esfuerzo.

—Tengo entendido que Nani interviene en eso. ¿Qué es lo que Nani le ha aconsejado?

—Monseñor Nani ha tenido la amabilidad de revelarme el nombre del miembro informante, que es monseñor Fornaro, y me ha hecho decir que fuese a visitarlo.

Aquello pareció despertar al cardenal, que dio muestras de sorpresa. Volvió a sus ojos un poco de luz.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo es eso?... Pues si Nani lo ha hecho, es que tiene su plan. Vaya usted, vaya a visitar a monseñor Fornaro.

Se había levantado de su asiento y despidió a su visitante, que no tuvo más remedio que darle las gracias, inclinándose profundamente. Pero el cardenal no le acompañó hasta la puerta, sino que volvió a sentarse enseguida, y ya no se oyó, en aquella habitación muerta, sino el leve ruido que hacían sus dedos huesudos al hojear los legajos.



Pierre siguió dócilmente su consejo. Y tomó la resolución de pasar por la piazza Navona, al regresar hacia la vía Giulia. Pero, al llegar a casa de monseñor Fornaro, le dijo un criado que su señor acababa de salir y que si quería verse con él tendría que ir temprano, hacia las diez de la mañana. De modo que no pudo ser recibido hasta el día siguiente. Había tenido buen cuidado de informarse previamente, y conocía datos suficientes acerca del prelado: que había nacido en Nápoles, que empezó sus estudios en el colegio de los padres Barnabitas de aquella ciudad, que los había terminado en el Seminario de Roma, y, finalmente, que había sido durante muchos años profesor de la Universidad Gregoriana. En la actualidad era consultor de numerosas congregaciones, canónigo de Santa María Maggiore, y la ambición inmediata que lo traía febril era el obtener el canonicato de San Pedro, mientras que acariciaba como un sueño lejano el que lo nombrasen un día secretario de la Consistorial, cargo cardenalicio que tiene aneja la púrpura. Era un teólogo notable, y el único reproche que se le hacía era el de que, de vez en cuando, se dedicase a la literatura, escribiendo artículos para las revistas religiosas, aunque no los firmaba, como medida de gran prudencia. Tenía también fama de ser un hombre de trato mundano.

Pierre fue recibido en cuanto pasó su tarjeta, y es posible que hubiese sospechado que lo esperaban, de no haber sido por la sincera sorpresa, mezclada con un poco de inquietud, que vio en monseñor Fornaro.

—El señor abate Froment, el señor abate Froment —repetía una y otra vez el prelado, mirando la tarjeta que conservaba en la mano—. Pase usted, haga el favor. Precisamente iba a dar orden de que no pasase nadie, porque tengo un trabajo urgente... Pero, no importa; tome usted asiento.

Pero Pierre se había quedado absorto de admiración, al encontrarse con aquel hombre, alto y robusto, que ostentaba sus magníficos cincuenta y cinco años. Rubicundo, bien afeitado, con sólo algunas canas en sus cabellos ensortijados, nariz bien dibujada, labios húmedos, ojos acariciadores, era el tipo más seductor y decorativo de todos los prelados romanos. Resultaba verdaderamente magnífico con su sotana negra de cuello violeta, y era hombre cuidadoso de su físico, de una elegancia sencilla. También la amplia habitación en que recibía las visitas, alegremente iluminada por dos grandes ventanas que daban a la piazza Navona, amueblada con un buen gusto, poco común en el clero romano actual, trascendía bien, formando un cuadro de atmósfera agradable y de grato acogimiento.

—Siéntese usted, señor abate Froment, y tenga la amabilidad de manifestarme a qué debo su grata visita.

Monseñor Fornaro había recobrado su aplomo. Su expresión era de ingenuidad, simplemente cortés; y Pierre, ante una pregunta tan sencilla, que hubiera debido prever, se encontró de pronto perplejo. ¿Debería abordar de inmediato el asunto, confesando el motivo delicado de su visita? Tuvo la intuición de que era éste el camino más expeditivo y más digno.

—Mire, monseñor, yo sé perfectamente que este paso que doy se sale de todo lo corriente. Pero me lo han aconsejado, y he creído que entre personas de buena fe no puede haber nunca incorrección en buscar la verdad.

—Pero ¿de qué se trata? ¿De qué se trata? —interrogó el prelado con expresión de perfecta ingenuidad, sin dejar de sonreír.

—De esto, nada más: me he enterado de que la Congregación del Index le ha entregado a usted mi libro *La nueva Roma*, encargándole de su estudio, y me he tomado la libertad de presentarme por si quisiese usted pedirme algunas explicaciones.

Pero monseñor Fornaro hizo ademán de que no quería oír hablar ni una palabra más del asunto. Se llevó ambas manos a la cabeza, y se echó hacia atrás, aunque sin perder sus maneras corteses.

—Basta, basta, no me diga usted una palabra más, no siga, porque me causaría usted una pena inmensa... Si le parece a usted, quedemos en que le han inducido a usted a error, porque eso no debe saberse, no lo sabe nadie, ni yo ni los demás... Por favor, cambiemos de conversación.

Pero Pierre se había fijado ya en el efecto decisivo que producía el nombre del asesor del Santo Oficio, y se le ocurrió contestar:

—Desde luego, monseñor, no es mi ánimo ocasionarle la menor molestia, y le repito que no me habría tomado la libertad de venir a importunarlo si el mismo monseñor Nani no me hubiese dado a conocer su nombre y su dirección.

El efecto de estas palabras fue inmediato. Pero monseñor Fornaro supo entregarse con la encantadora cortesía que ponía en todo. Mas no se entregó en el acto, porque sabía manejar la picardía, y era todo matices.

—¡Cómo! ¡De manera que es monseñor Nani el indiscreto! Pues me tendrá que oír, porque me enojaré con él... Pero, además, ¿cómo lo sabe? No pertenece a la congregación, y han podido inducirle a error... Dígale que se ha equivocado, que yo no intervengo para nada en su asunto, y esto le servirá de lección para que aprenda a no revelar cosas que es necesario conservar en secreto, haciéndolo respetar por todos.

Y agregó con gran gentileza, poniendo encanto en sus ojos y sonrisas en su boca:

—Veamos, mi querido señor Froment, no tengo inconveniente en departir un momento con usted, ya que tal es el deseo de monseñor Nani, pero a condición de que no he de descubrir a usted nada acerca de mi informe, ni sobre lo que se haya podido hacer o decir en la congregación.

Pierre se sonrió, a su vez, porque le llenaba de admiración la facilidad con que se arreglaban las cosas, con sólo cuidar las formas. Y se puso, una vez más, a explicar el asombro profundo en que lo había sumido la noticia de que su libro había sido sometido a proceso, y la ignorancia en que estaba de las faltas que pudiera haber cometido, por más que se esforzaba en descubrirlas.

—Pero ¡qué me cuenta usted! —decía una y otra vez el prelado, atónito ante semejante inocencia—. La congregación es un tribunal, y no puede actuar sino en asuntos que se le denuncian. Si su libro ha sido enjuiciado, es porque ha sido denunciado, ni más ni menos.

—Sí, ya sé que ha sido denunciado.

—Y, desde luego, el pleito habrá sido entablado por tres obispos franceses, cuyos nombres usted me perdonará que no se los diga; y siendo esto así, no tenía más remedio la congregación que pasar a examinar la obra incriminada.

Pierre le contemplaba azarado. Que lo habían denunciado tres obispos franceses..., ¿por qué y para qué?

Luego volvió a acordarse de su protector.

—Veamos, el cardenal Bergerot me escribió una carta aprobando el libro, y yo la puse encabezando mi libro, como prefacio. ¿No era eso garantía suficiente para el episcopado francés?

Monseñor Fornaro movió pulcramente la cabeza antes de decidirse a contestar:

—Sí, la conozco... La carta de Su Eminencia es, desde luego, muy hermosa... Sin embargo, opino que hubiera sido preferible que no la escribiese, en interés de Su Eminencia, y principalmente, en interés de usted.

Y como el sacerdote, cuya sorpresa iba en aumento, abrió la boca, queriendo forzarle a que se explicase más claro:

—No, yo no sé nada, yo no digo nada... Su Eminencia el cardenal Bergerot es un santo al que todo el mundo reverencia, y si fuese capaz de caer en falta, habría que atribuirla a su buen corazón.

Reinó unos momentos el silencio. Pierre había sentido que se abría un abismo. No se atrevió a insistir, y siguió diciendo con alguna violencia:

—Pero, dígame usted, ¿por qué ha de ser precisamente mi libro? ¿Por qué no se ocupan de otros libros? Yo no tengo intención de meterme a denunciar a

nadie, pero conozco infinidad de libros sobre los cuales hace Roma la vista gorda, y que son muchísimo más peligrosos que el mío.

Monseñor Fornaro pareció satisfecho de poder abundar en su misma opinión.

—Tiene usted razón; sabemos perfectamente que no nos es posible alcanzar con nuestra condenación a todos los libros, y eso nos aflige muchísimo. Piense usted en que las obras que nos veríamos obligados a leer suman cifra incalculable. Por eso precisamente condenamos en montón las peores.

Y se extendió en explicaciones amables. En principio, ningún impresor debería meter en prensa libro alguno sin haber sometido previamente el manuscrito a la aprobación del obispo. Ya se comprenderá que, dada la producción enorme de la imprenta en nuestros días, se verían los obispos en un trance terrible si los impresores acatasen dicha regla. No se dispondría ni de tiempo, ni de dinero, ni de hombres suficientes para hacer frente a empresa tan colosal. Por eso la Congregación del Index condenaba en masa, sin meterse a examinarlos, todos los libros publicados o a publicarse que perteneciesen a determinadas categorías: en primer término, todos los libros peligrosos para las buenas costumbres, los libros eróticos, todas las novelas; después, las Biblias publicadas en lengua vulgar, porque los libros santos no deben dejarse leer a discreción; finalmente, los libros de brujería, los libros científicos, de historia o de filosofía contrarios al dogma, los libros de herejes o de simples eclesiásticos que discuten la religión. Son estas que le digo unas reglas sabias, obra de distintos papas, cuya exposición solía publicarse en el catálogo de los libros prohibidos que publicaba la congregación, y sin las cuales el catálogo sólo hubiera ocupado toda una biblioteca. En una palabra: hojeando el catálogo de libros prohibidos se caía en la cuenta de que la mayoría de los condenados eran obra de sacerdotes. En vista de la dificultad y de la enormidad de la tarea, Roma se preocupaba únicamente de velar con cuidado por la buena disciplina de la Iglesia. Y ése era el caso de Pierre y de su libro.

—Comprenda usted —continuó diciendo monseñor Fornaro—, que nosotros no vamos a hacer publicidad a un montón de libros podridos, honrándolos con una condena nominativa. Esos libros forman legión en todos los pueblos, y a nosotros no nos llegaría el papel y la tinta, si quisiésemos alcanzarlos a todos con nuestra condena. Nos conformamos con castigar de tiempo en tiempo a uno, cuando va firmado por algún nombre célebre, cuando se habla mucho de él o cuando contiene ataques peligrosos contra la fe. Esto

basta para hacer presente al mundo que todavía existimos y que nos defendemos, sin abandonar ninguno de nuestros derechos ni deberes.

—Pero ¡mi libro, mi libro! —exclamó Pierre—. ¿Por qué perseguir mi libro?

—Se lo estoy explicando a usted, hasta el límite de lo que me está permitido, querido señor Froment. Usted es sacerdote, su libro ha tenido éxito, ha publicado una edición popular que se está vendiendo muy bien, eso sin hablar del mérito literario, que es grande, porque sopla por todo él un hálito de verdadera poesía que a mí me ha encantado, lo que me obliga a felicitarle sinceramente... ¿Cómo quiere usted que en estas condiciones cerremos los ojos ante un libro en el que llega usted a la conclusión de que nuestra santa religión debe ser reducida a la nada y Roma destruida?

Pierre se quedó boquiabierto, ahogado por la sorpresa.

—¡Que yo quiero la destrucción de Roma! ¡Pero si yo quiero verla rejuvenecida, eterna, reina otra vez del mundo!

Y dominado otra vez por su ardiente entusiasmo, se defendió, repitió su confesión de fe, el retorno del catolicismo a la Iglesia primitiva, recibiendo una infusión de sangre regenerada del cristianismo fraternal de Jesús, la liberación del Papado de toda realeza terrenal, para que reinase sobre la humanidad entera por la caridad y por el amor, para que salvase al mundo de la espantosa crisis social que le amenazaba, para conducirlo al verdadero reino de Dios, a la comunidad cristiana de todos los pueblos, unidos en uno solo.

—¿Puede desautorizarme el Santo Padre? ¿No son éstas sus secretas ideas, las que ahora empiezan a adivinarse, y, de haber errado yo, no será por haberlas expuesto demasiado pronto y con excesiva libertad? Estoy seguro de que si me fuese posible verlo, conseguiría que cesasen inmediatamente las diligencias del proceso.

Monseñor Fornaro no hablaba ya, se limitaba a mover la cabeza, sin darse por ofendido por aquella fogosidad juvenil del sacerdote. Al contrario, se sonreía con una amabilidad cada vez mayor, como si toda aquella inocencia e idealismo le divirtiesen. Finalmente, contestó risueño:

—Siga, siga; no seré yo quien le haga callar, porque me está vedado el decir nada... Pero, el poder temporal, el poder temporal...

—¿Y qué hay con el poder temporal? —interrogó Pierre.

El prelado se calló otra vez. Levantó al cielo su cara amable, y siguió agitando sus blancas manos. Y cuando volvió a hablar fue para decir:

—Además, su libro habla de una nueva religión... Porque repite usted por dos veces esta palabra, la nueva religión, la nueva religión... ¡Santo Dios!

Pareció excitarse más aún, se quedó boquiabierto, hasta el extremo de que Pierre, asombrado, exclamó:

—Ignoro en qué sentido informará usted, monseñor; pero le aseguro que no he tenido la menor intención de atacar al dogma. Vamos, procedamos con buena fe; todas las páginas de mi libro proclaman que yo sólo he querido escribir una obra de piedad y de salvación... No es posible, si de veras se quiere hacer justicia, prescindir de las intenciones.

Monseñor Fornaro había recobrado por completo su gran serenidad, su aire paternalista.

—¡Oh! Las intenciones, las intenciones...

Se levantó, para despedir al visitante.

—Lleve usted, mi querido señor Froment, el convencimiento de que este paso que ha dado lo considero como un honor para mí... Naturalmente, no me es posible decirle cuál va a ser mi informe; sobre eso hemos hablado ya demasiado, y yo hubiera debido negarme a escuchar su defensa. Pero no por eso me encontrará usted menos dispuesto a serle agradable en todo lo que no vaya contra mis deberes... A pesar de todo, temo mucho que su libro sea condenado.

Y al observar que Pierre se sobresaltaba otra vez, agregó:

—¡Pues, claro!... Lo que se juzgan son los hechos y no las intenciones. Es inútil toda defensa, puesto que ahí está el libro, y ése es lo que es. Por muchas explicaciones que usted dé, no lo cambiará... Por esa razón no acostumbra jamás la congregación a convocar a los acusados, y sólo acepta su retractación pura y simple. Y esto último es, desde luego, lo mejor que usted podría hacer: retirar su libro, someterse... ¿Que no, dice usted? ¡Cómo se ve que es usted joven, amigo mío!

Y su risa subió de tono al observar el gesto de orgullo indomable que acababa de hacer, sin poderlo remediar, su joven amigo, como lo llamaba. Ya en la puerta otra vez, dejándose llevar por una nueva expansión, bajó la voz y dijo:

—Veamos, querido amigo; yo quisiera hacer algo por usted, y voy a darle un buen consejo... Pero tenga en cuenta que, en el fondo, yo no soy nada. Entrego mi informe, lo imprimen, lo leen, y luego lo toman o no lo toman en cuenta... En cambio, quien lo puede todo, hasta lo imposible, es el padre Dangelis, que es secretario de la congregación... Visítelo usted; vive en el

convento de los Dominicos, detrás de la piazza di Spagna... No diga que lo envió yo. Y ¡hasta la vista, amigo mío, hasta la vista!

Pierre se encontró de nuevo en la piazza Navona, aturdido, sin saber a qué atenerse, ni lo que podía esperar. Le invadían pensamientos de cobardía: ¿para qué proseguir aquella lucha en la que los adversarios permanecían agazapados e impalpables? ¿Para qué obstinarse en esta Roma tan apasionante pero engañosa? Huiría, regresaría a París aquella misma tarde, olvidaría las amargas desilusiones sufridas, consagrándose a practicar la caridad más humilde. Se hallaba en una de esas horas de abandono en que la empresa con que venimos soñando durante largo tiempo se nos aparece bruscamente como imposible. Pero, sin embargo, en medio de su desconcierto, avanzaba, se iba acercando, a pesar de todo, a su objetivo. Llegó al Corso, luego a la via Condotti y, finalmente, a la piazza di Spagna, y tomó la resolución de entrar a visitar al padre Dangelis. Allí está el convento de los Dominicos, al pie de la Trinità dei Monti.

Siempre que se ponía a pensar en los Dominicos lo hacía con respeto, mezclado con algo de temor. ¡Qué sostén vigoroso habían sido durante siglos y siglos para la idea autoritaria y teocrática! La Iglesia les era deudora de su más sólida autoridad; eran los soldados gloriosos de su victoria. Mientras que San Francisco conquistaba para Roma las almas de los humildes, le sometía Santo Domingo las almas de las personas entendidas y de los poderosos, todas las almas superiores. Y a esta tarea se habían consagrado apasionadamente, con una fe ardiente y una voluntad admirables, por todos los medios posibles de acción, por la predicación, por el libro, por la presión policíaca y judicial. Es cierto que no creó Santo Domingo la Inquisición, pero se sirvió de ella, y su corazón, todo cariño y fraternidad, combatió el cisma a sangre y fuego. Él y sus monjes vivían en la pobreza, obediencia y castidad, las tres grandes virtudes de aquellos tiempos desordenados y orgullosos, e iban por los pueblos predicando a los impíos, esforzándose por atraerlos a la Iglesia y llevándolos ante los tribunales cuando no era suficiente la predicación. También se preocupó de la ciencia, y quiso hacerla suya, soñando con defender a Dios, valiéndose de las armas de la razón y de los conocimientos humanos, y fue el antecesor del angélico Santo Tomás, lumbrera del medievo, que en la «Summa» lo puso todo: la psicología, la lógica, la política y la moral. Y de este modo llegaron los Dominicos a llenar el mundo, defendiendo la doctrina de Roma en las cátedras célebres de todos los pueblos, luchando casi en todas partes con el espíritu independiente de las Universidades, constituyéndose en guardianes vigilantes del dogma, en artífices infatigables

de la riqueza de los papas, siendo de los más destacados obreros, tanto en el arte como en las ciencias y las letras, que han construido el enorme edificio del catolicismo, tal y como existe en la actualidad.

Pero hoy que Pierre sentía que se derrumbaba aquel edificio, construido a cal y canto, para durar una eternidad, se preguntaba qué utilidad podían tener semejantes operarios de otra edad, con su policía y sus tribunales, que habían sucumbido execrados por todo el mundo, con sus predicaciones, que nadie escuchaba, sus libros, que casi nadie leía, terminado ya su papel de civilizadores en presencia de la ciencia actual, cuyas verdades hacen que los dogmas salten resquebrajados por todas partes. Desde luego, siguen siendo una orden influyente y próspera; pero ¡qué lejos estamos de aquellas épocas en que su general reinaba en Roma, señor del palacio sagrado, y teniendo por toda Europa conventos, escuelas y súbditos! De toda aquella formidable herencia sólo les quedaba en la curia romana alguno que otro puesto reservado, entre otros, el de secretario de la Congregación del Index, antigua dependencia del Santo Oficio, que manejaban a su antojo.

Pierre fue introducido en el acto a presencia del padre Angelis. La habitación era amplia, pelada y blanca, inundada por raudales de sol. Todo lo que allí había era una mesa y unos taburetes, con un gran crucifijo de cobre colgado de la pared. El padre estaba de pie junto a la mesa; era hombre de unos cincuenta años, muy enjuto, envuelto severamente en su amplio hábito negro y blanco. En su cara alargada de asceta, de boca pequeña, barbilla delgada y obstinada, tenían los ojos grises una fijeza molesta. Por lo demás, se mostró terminante, sencillo, de una cortesía glacial.

—Es usted el abate Froment, ¿no es cierto? ¿El autor de *La nueva Roma*?

Tomó asiento en un taburete y le indicó con la mano que se sentase en otro.

—Señor abate, tenga usted la bondad de explicarme el objeto de su visita.

Entonces, Pierre se vio obligado a empezar otra vez sus explicaciones, su defensa, y esto le resultó muy pronto tanto más penoso cuanto que sus palabras caían en un silencio y en un frío de muerte. El padre no se movía, con las manos cruzadas sobre las rodillas, los ojos agudos y penetrantes clavados en los ojos del sacerdote.

Cuando éste cesó de hablar, aquél le dijo pausadamente:

—Señor abate, me he creído en la obligación de no interrumpirle, pero no tenía por qué escuchar todo esto. El proceso de su libro está iniciado, y no hay poder en el mundo capaz de detener su marcha. No comprendo, pues, con claridad lo que usted espera de mí.



Pierre se atrevió a contestar con voz temblorosa:

—Espero bondad y justicia.

Una pálida sonrisa, orgullosamente humilde, subió a los labios del religioso.

—No tema usted; Dios se ha dignado iluminarme siempre en mis modestas funciones. Por lo demás, yo no tengo justicia alguna que administrar, porque soy un simple empleado, que tiene la misión de clasificar y documentar los procesos. Son únicamente Sus Eminencias, los miembros de la congregación, quienes se pronunciarán acerca de su libro... Lo harán seguramente con ayuda del Espíritu Santo, y no tendrá usted que hacer otra cosa que inclinarse ante su sentencia una vez que ésta haya sido ratificada por Su Santidad.

Cortó la conversación y se levantó, con lo que obligó también a Pierre a levantarse. Eran, pues, casi las mismas palabras que había oído en casa de monseñor Fornaro, pero dichas con una concisión tajante, con una especie de tranquila bravuconería. Tropezaba en todas partes con la misma fuerza anónima, con la máquina sólidamente armada, cuyos rodajes pretenden desconocerse mutuamente, pero que lo aplastan todo. Sin duda alguna, continuarían paseándolo durante mucho tiempo todavía de uno a otro, sin que encontrase jamás la cabeza, la voluntad que razonaba y que actuaba. No tenía más remedio que resignarse.

Sin embargo, antes de retirarse se le ocurrió la idea de pronunciar una vez más el nombre de monseñor Nani, cuyo poderío había empezado a comprobar.

—Le ruego que me perdone por haberle molestado inútilmente. Lo hice obedeciendo a los amables consejos de monseñor Nani, que se ha dignado interesarse por mí. Pero el efecto fue imprevisto. El enjuto semblante del padre Dangelis se iluminó otra vez con una sonrisa, con un pliegue de los labios en el que se aguzaba una sonrisa del más irónico desdén. Se había vuelto más pálido, y sus ojos de viva inteligencia llamearon.

—De modo que es monseñor Nani quien lo envía... Pues bien, si a usted le parece que necesita protección es inútil que se dirija a nadie más que a él. Es un hombre que todo lo puede... Visítelo, visítelo.

Y todo lo que Pierre sacó de aquella visita fue ese consuelo: el consejo de que volviese a visitar a la persona que le había enviado. Sintió que perdía pie, y se decidió a regresar al palacio Boccanera para meditar y esforzarse en comprender antes de proseguir sus gestiones. Se le ocurrió en el acto la idea de interrogar a don Vigilio, y quiso la casualidad que se encontrase con él

aquella noche en el pasillo, cuando se retiraba, con la bujía en la mano, para acostarse.

—¡Tengo tantas cosas que contarle! Le suplico, querido señor, que entre usted un instante en mi cuarto.

El abate le hizo callar con un gesto. Luego le dijo en voz baja:

—¿No ha visto usted al abate Paparelli en el primer piso?

Pierre solía encontrarse frecuentemente con el caudatario, cuyas mejillas blanduzcas y expresión astuta y huroneadora de solterona vestida de negro le desagradaban. Pero no le preocupaba en modo alguno, y por eso le sorprendió la pregunta. Pero don Vigilio, sin esperar la respuesta, volvió sobre sus pasos hasta el extremo del pasillo y estuvo largo rato escuchando. Luego regresó de puntillas y apagó la bujía; acto continuo penetró de un salto en el cuarto de su vecino.

—Bueno, ya está —dijo en voz baja, una vez que la puerta estuvo cerrada—. Si no le parece mal, pasaremos a su dormitorio en lugar de quedarnos aquí. Dos paredes es mejor que una sola.

Finalmente, cuando estuvo la lámpara sobre la mesa, y después de sentarse los dos en el fondo de la habitación pálida, cuyo papel gris de lino, los muebles desaparecidos, el pavimento y los muros pelados tenían la melancolía de las cosas ajadas, se fijó Pierre en que el abate era presa de un acceso de fiebre más intenso que de costumbre. Su cuerpo menudo y enjuto tiritaba, y sus ojos, que eran dos brasas, no habían tenido jamás una negrura tan brillante en aquel rostro amarillo y descarnado.

—¿Se siente usted mal? No es mi ánimo cansarle.

—Sí, me siento mal, mi cuerpo está ardiendo. Pero, no obstante, quiero hablar con usted... ¡No puedo más, no puedo más! Llega un día en que no hay más remedio que descargar el peso que uno lleva encima.

¿Deseaba una distracción para su enfermedad? ¿Quería más bien romper su largo silencio para que no le ahogase? Para empezar, hizo que Pierre le refiriese los pasos que había dado los últimos días, y cuando se enteró del modo como el cardenal Sarno, monseñor Fornaro y el padre Dangelis habían recibido sus visitas se mostró más exaltado todavía.

—¡Claro, claro! No me sorprende nada, pero me indigno, sí, señor, me indigno pensando en usted; todo esto me enferma, aunque nada tenga que ver en ello, y despierta en mí el recuerdo de todas mis calamidades, ¡eso es!... No hay que hacer hincapié en lo del cardenal Sarno, hombre que vive apartado de todo esto y que nunca se ha prestado a ayudar a nadie. ¡Pero ese Fornaro, ese Fornaro!

—Me ha hecho la impresión de ser un hombre muy amable, casi bondadoso, y estoy convencido de que después de nuestra entrevista dulcificará su informe.

—¡Que dulcificará! Cuanto más cariñoso se haya mostrado en su entrevista, más cargará la mano. Le devorará a usted y echará carnes a costa de una presa tan fácil. ¡No le conoce usted bien! Tan bondadoso como parece, es un hombre que está siempre al acecho para enriquecerse con las desgracias de los pobres diablos, cuya derrota sabe que resultará agradable a los poderosos... Prefiero al otro, al padre Dangelis, hombre terrible, pero que al menos es franco y valeroso, y de una inteligencia superior. Agregaré que, si de él dependiese, este último le quemaría a usted como un puñado de paja... ¡Si yo pudiese contárselo todo, si pudiese hacerle penetrar en los horribles subterráneos de este mundo, en los apetitos monstruosos de ambición, en las complicaciones abominables de las intrigas, las venalidades, las cobardías, las traiciones y hasta en los crímenes!

Pierre, viéndole tan exaltado, quemado por un rencor tan grande, pensó en sonsacarle todos los datos que hasta entonces había buscado en vano.

—Lo que yo quisiera es que me dijese usted en qué situación se encuentra mi asunto. Cuando yo le interrogué, después de mi llegada, me respondió que hasta entonces no había llegado a manos del cardenal ningún documento. Pero ahora, que se ha iniciado ya el expediente, usted estará sin duda al corriente de todo, ¿no es así?... A este propósito, monseñor Fornaro me ha hablado de tres obispos franceses que han denunciado mi libro, exigiendo que fuese perseguido. ¡Tres obispos! ¿Es posible?

Don Vigilio se encogió violentamente de hombros.

—¡Es usted un alma candorosa! Lo que a mí me sorprende es que hayan sido tres solamente... Sí, han llegado a nuestras manos varios documentos que se refieren a su proceso, aunque yo sospechaba ya en qué consistiría éste. Los tres obispos en cuestión son, en primer lugar, el de Tarbes, que es con toda evidencia un simple ejecutor de la venganza de los padres de Lourdes, y los otros son el de Poitiers y el de Evreux, conocidos ambos por su intransigencia ultramontana, adversarios apasionados del cardenal Bergerot. Este último, como ya sabrá usted, está mal visto en el Vaticano, en donde sus ideas galicanas, su espíritu ampliamente liberal levantan verdadera furia... Y no busque usted más, todo el proceso estriba en eso: se trata de una ejecución que exigen al papa los omnipotentes padres de Lourdes, sin contar con que, además, está el propósito de herir, por encima de su libro, al cardenal, merced a la carta de aprobación que tan imprudentemente le escribió y que usted

reprodujo a guisa de prefacio... Las condenas del Index no son con frecuencia, y desde hace mucho tiempo, otra cosa que golpes de maza que se asestan a escondidas unos a otros los hombres de Iglesia. La delación impera como dueña soberana, y luego se aplica la ley a capricho. Pudiera citarle hechos increíbles, libros inocentes que han sido entresacados entre centenares, con el único designio de matar una idea o anular a un hombre, porque por encima del autor se suele casi siempre apuntar a alguien que está más arriba. Existe en todo ello un nido de intrigas tan grande, una fuente de abusos tal para satisfacer los bajos rencores personales, que la Institución del Index se desmorona, y que aquí mismo, entre las gentes que rodean al papa, se siente la absoluta necesidad de preparar para muy pronto un nuevo reglamento para evitar que caiga en el más completo descrédito... Comprendo, desde luego, que se obstinan en conservar el poder universal, el que gobiernen con todas las armas; pero hay que tener en cuenta la posibilidad de emplearlas, y el que no despierten la indignación con la impudencia de su injusticia y no hagan sonreír con su caduco infantilismo.

Pierre escuchaba con el corazón invadido por un asombro doloroso. Desde que estaba en Roma, desde que veía cómo todo el mundo saludaba y temía a los Padres de la Gruta, que eran los amos por las grandes limosnas que enviaban al dinero de San Pedro, estaba seguro de que andaban en la trastienda de su proceso, y adivinaba que tendría que pagar cara la página de su libro en que dejaba constancia de que en Londres se realizaba un desplazamiento de la fortuna inicua, que era aquél un espectáculo espantoso que hacía dudar de Dios, una causa continua de polémicas, que desaparecería al llegar la sociedad verdaderamente cristiana del día de mañana. También se le hacía ahora perfectamente comprensible el escándalo que había levantado con su manifestación de alegría por la pérdida del poder temporal y, sobre todo, por aquella desdichada frase de la nueva religión, bastante por sí sola para armar a los delatores. Pero lo que le sorprendía y le desconsolaba era aquella noticia inaudita en la que se calificaba de crimen la carta del cardenal Bergerot, de que su libro había sido denunciado y condenado para herir, por encima del mismo, al pastor venerable al que no osaban atacar cara a cara. Le resultaba verdaderamente cruel la idea de causar una aflicción al santo hombre, de ser una causa de derrota para aquel hombre dominado por una ardiente caridad. ¡Y qué desesperante resultaba tropezar en el fondo de aquellas disputas, en las que debería predominar únicamente el amor por los pobres, las más feas cuestiones de orgullo y de dinero, las ambiciones y los apetitos abandonados al más feroz egoísmo!

Luego se rebeló Pierre contra aquel Index odioso y estulto. Seguía su manera de funcionar desde el momento de la delación hasta la publicación del edicto de los libros condenados. Acababa de conocer al secretario de la congregación, al padre Dangelis, a cuyas manos llegó la denuncia, para iniciar desde ese mismo instante el proceso, formando el expediente con exaltación de monje autoritario y letrado, que soñaba con manejar las inteligencias y las conciencias como en los tiempos de la Inquisición. Pierre había visitado a uno de los prelados consultores, a monseñor Fornaro, encargado de redactar el informe acerca de su libro, hombre ambicioso y afable, teólogo sutil, que hubiera sido capaz de descubrir atentados contra la fe en un tratado de álgebra si lo hubiese requerido su medro personal. Venían luego las reuniones, muy espaciadas, de los cardenales, que votaban y suprimían de vez en cuando un libro enemigo, poseídos de la melancólica desesperanza de no poder suprimirlos todos, y venía, finalmente, el papa, que daba su aprobación, que firmaba el decreto por pura formalidad, porque, a decir verdad, ¿no debían ser condenados todos los libros? ¡Extraordinaria y formidable Bastilla del pasado aquel Index caduco, envejecido, caído en la infantilidad! Se daba uno cuenta del formidable poderío que debió haber tenido en otro tiempo, cuando los libros eran escasos y la Iglesia tenía los tribunales de sangre y de fuego para hacer ejecutar sus sentencias. Pero luego se habían multiplicado en tal forma los libros, y el pensamiento escrito e impreso se había convertido en un río tan profundo y tan anchuroso, que había acabado por sumergirlo y arrastrarlo todo. El Index, desbordado, herido de impotencia, se encontraba ahora reducido a la vana protesta de condenar en bloque la producción moderna, restringiendo cada vez más su campo de acción, ateniéndose únicamente al examen de los libros escritos por eclesiásticos, aunque también en este terreno se hubiese falseado su papel, corrompido por las peores pasiones, transformado en un instrumento de intrigas, de odios y venganzas. ¡Qué ruina deleznable, qué confesión de vejez caduca, de parálisis general y creciente, en medio de la indiferencia burlona de los pueblos! El catolicismo, antiguo agente glorioso de la civilización, había quedado reducido a eso, a arrojar en montón los libros al fuego del infierno; ¡pero qué montón! Casi toda la literatura, la historia, la filosofía, la ciencia de los siglos pasados y la del nuestro. Pocos son los libros que se publican ahora que no caerían bajo la condenación fulminante de la Iglesia. Si hace como que cierra los ojos es para evitar la tarea imposible de perseguir y destruir todos; se obstina, sin embargo, en mantener la apariencia de su soberana autoridad sobre las inteligencias, como lo haría una reina antigua, desposeída de sus Estados, que

no dispone ya de jueces ni verdugos, pero que se empeña en dar inútiles sentencias, que sólo son aceptadas por una minoría ínfima. Pero supóngasela por un momento victoriosa, dueña, por obra de milagro, de un mundo moderno, y piénsese en lo que haría con pensamiento moderno en cuanto dispudiese de tribunales para condenar y de gendarmes para ejecutar. Supóngase que se aplican estrictamente las reglas del Index, que ningún impresor pudiese poner nada en prensa sin la aprobación del obispo, que pasasen luego todos los libros a la congregación; se expurgaría el pasado, se agarrotaría el presente, sometiéndolo a un régimen de terrorismo intelectual. ¿No equivaldría esto al cierre de las bibliotecas, a lanzar a una mazmorra la abundante riqueza del pensamiento escrito, a poner un dique al porvenir, a cortar de raíz todo progreso y toda conquista? Ahí tenemos hoy mismo a Roma como terrible ejemplo de tan desastrosa experiencia, con su suelo frío, su savia muerta por obra de los siglos de gobierno papal, a Roma, que ha llegado a ser estéril, hasta el punto de que en veinticinco años de despertar y de libertad no ha podido producir todavía ni un hombre ni una obra. ¿Quién se resignaría con semejante perspectiva no sólo entre los espíritus revolucionarios, sino hasta entre los espíritus religiosos de alguna cultura y amplitud? Todo venía a dar en lo infantil y en lo absurdo.

El silencio era profundo, y Pierre, a quien trastornaban aquellas reflexiones, hizo un gesto de desesperación viendo frente a él a don Vigilio, que no decía una palabra. Los dos se callaron durante algunos instantes, envueltos en la inmovilidad de muerte que ascendía del viejo palacio adormecido, en medio de la habitación cerrada que la lámpara alumbraba con luz tranquila. Hasta que don Vigilio se echó hacia adelante y bisbiseó, chispeándole la mirada y con un estremecimiento febril:

—Claro está que en el fondo de todo están ellos, siempre ellos.

Pierre no comprendió, y se quedó asombrado y algo inquieto al escuchar aquella frase extraviada, pronunciada sin transición aparente.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los jesuitas!

Y el curita enjuto, amarillento, puso en esta exclamación toda la rabia concentrada de su pasión explosiva. ¡Peor que peor si cometía con ello una nueva tontería! Al fin había soltado palabra. Sin embargo, no dejó de recorrer con mirada recelosa los muros de la habitación. Después se explayó a sus anchas en un torrente confuso de palabras, tanto más irresistible cuanto mayor era el tiempo que lo tenía represado en el fondo de su alma.

—¡Los jesuitas, los jesuitas!... Usted se imagina que los conoce y, sin embargo, no sospecha siquiera sus empresas odiosas ni su incalculable poderío. Ellos lo son todo, están en todas partes, siempre ellos. En cuanto tropiece usted con algo inexplicable, tenga presente esto que le digo, si quiere comprender. Cuando sufra, cuando le ocurra un desastre, cuando experimente una desgracia, cuando llore, piense usted inmediatamente: «Son ellos, ellos están ahí». No estoy muy seguro de que no haya uno debajo de esa cama, dentro de aquel armario... ¡Los jesuitas, los jesuitas! Me han dado dentelladas, continúan devorándome, y no me soltarán hasta que no se hayan llevado hasta el último vestigio de mi carne y de mis huesos.

Y se puso a contar con voz entrecortada su historia, su juventud pletórica de esperanzas. Era de una familia perteneciente a la pequeña nobleza de provincias, tenía buenas rentas y estaba dotado de una inteligencia vivaz, ágil, y contemplaba sonriente el porvenir. A estas alturas hubiera podido ser, con toda seguridad, prelado, e iría en camino de conseguir los más elevados cargos. Pero había cometido la estupidez de hablar mal de los jesuitas, de llevarles la contraria en dos o tres ocasiones. Desde aquel instante, a creer lo que decía, habían hecho llover sobre él todas las calamidades imaginables: murieron su madre y su padre, se fugó su banquero, los buenos cargos se le escurrían de las manos en cuanto pretendía ocuparlos, y le perseguían en el ejercicio de su santo ministerio las mayores desgracias, hasta el punto de que corrió peligro de verse en entredicho. Sólo pudo saborear un poco de tranquilidad el día en que el cardenal Boccanera, compadecido de su malaventura, le recogió y le tomó a su servicio.

—Éste es mi refugio, mi asilo. Los jesuitas odian a Su Eminencia, que no ha sido nunca de su partido; pero hasta ahora no se han atrevido a combatirlo, ni tampoco a los miembros de su familia... Pero no me hago ilusiones; al fin volverán a cogerme entre sus garras. Es posible que lleguen a enterarse de la conversación de esta noche y que me la hagan pagar cara, porque hago mal en hablar, hablo a pesar mío... Ellos me han despojado de toda la felicidad, ellos han descargado sobre mí todas las desgracias posibles, ellos lo han hecho todo, ellos, ¡créame!

Pierre se sentía invadido por un malestar creciente, y replicó, haciendo un esfuerzo para quitarle importancia:

—¡Venga, vamos! No irá usted a decirme que han sido los jesuitas los que le han contagiado las fiebres.

—¡Claro que han sido ellos! —aseguró con violencia don Vigilio—. Cogí las fiebres en las orillas del Tíber, cierta noche que me fui allí a llorar, porque

estaba con la pena de que me habían echado de la parroquia que tenía a mi cargo.

Pierre no había creído hasta entonces en la terrible leyenda de los jesuitas. Pertenece a una generación que se reía de los fantasmas, y a la que parecía algo estúpido ese miedo burgués de los famosos hombres negros, que aterrorizaban a las familias escondiéndose en los agujeros de las paredes. Todas esas cosas eran para Pierre cuentos de nodriza, exagerados por las pasiones religiosas y políticas. De ahí que ahora examinase con azoramiento a don Vigilio, asaltado por el temor de encontrarse frente a un maniático.

Sin embargo, se representaba la extraordinaria historia de los jesuitas. San Francisco y Santo Domingo son el alma misma y el espíritu del medievo, los maestros y los educadores; uno da expresión a toda la fe ardiente y caritativa de los humildes; el otro defiende el dogma, fijando la doctrina para los inteligentes y los poderosos. Pero Ignacio de Loyola surge en el umbral de la era moderna para salvar la sombría herencia que está en peligro, realizando la adaptación de la religión a las nuevas sociedades, dándole otra vez el imperio del mundo que estaba a punto de nacer. La cuestión parecía ya decidida: Dios iba a ser vencido en su lucha intransigente contra el pecado, porque era ya seguro que la antigua resolución de suprimir la naturaleza, de matar al hombre dentro del hombre mismo, con sus apetitos, sus pasiones, su corazón y su sangre, tenía que acabar en un desastre, estando la Iglesia en vísperas de naufragar en él; fueron entonces los jesuitas los que acudieron a sacarla del peligro, devolviéndola a su vida de conquistadora, y para ello partieron del principio de que era la Iglesia la que debía de ir hacia el mundo, ya que era cosa vista que el mundo no quería ir ya hacia ella. Ahí se encierra todo: manifiestan que es posible entenderse con el cielo, se pliegan a las costumbres, a los prejuicios, hasta a los vicios; se muestran sonrientes, condescendientes; desechan todo rigorismo, son de una diplomacia amable, están siempre dispuestos a hacer la vista gorda a los peores horrores, todo para la mayor gloria de Dios. Ésta es su consigna, y de ella se deriva su moral, la moral que se les ha reprochado como un crimen: que todos los medios son buenos para conseguir el fin, cuando ese fin es el reino de Dios mismo, representado por el reino de su Iglesia. ¡Así se explica su éxito fulminante! Se multiplican y no tardan en cubrir la tierra, haciéndose en todas partes los maestros indiscutibles. Son confesores de los reyes, adquieren inmensas riquezas, llevan en sí una fuerza de expansión tan victoriosa, que si ponen el pie en un país cualquiera, por muy humildemente que lo hagan, no tarda en ser muy pronto su posesión almas, cuerpos, poder y fortuna. Fundan sobre



todo escuelas, son unos moldeadores incomparables de cerebros, porque comprenden que la autoridad está siempre aneja al mañana, a las generaciones en formación, de las que es preciso apoderarse si se quiere reinar eternamente. Su poderío, que se basa en transigir con el pecado, llega a ser tan grande, que transforman el espíritu del catolicismo, al día siguiente del Concilio de Trento, penetrándolo e identificándose con él, convirtiéndose en soldados imprescindibles para el Papado, que vive de ellos y para ellos. Desde entonces, Roma les pertenece, en Roma manda durante largo tiempo su general, y de allí han salido las consignas de su táctica oscura y genial, ciegamente seguidas por su ejército innumerable, cuya sabia organización cubre al mundo con una red de hierro, oculta bajo el terciopelo de las manos suaves, expertas en manejar a la pobre humanidad doliente. Pero el mayor prodigio que había en todo ello era la estupenda vitalidad de los jesuitas, perseguidos sin cesar, condenados, ejecutados y, a pesar de todo, siempre en pie. No bien se ha afirmado su poderío, cuando ya apunta su impopularidad, que se hace poco a poco universal. Surgen de todas partes contra ellos gritos de imprecación, acusaciones odiosas, procesos escandalosos en los que aparecen como corruptores y malhechores. Pascal los expone al público desprecio, los parlamentos condenan sus libros al fuego, las universidades condenan su moral y sus enseñanzas como si se tratase de venenos. Levantan en todos los reinos disturbios tales y tan grandes peleas, que inmediatamente se organiza su persecución y son arrojados de todas partes. Durante todo un siglo andan errantes, son expulsados, luego se les vuelve a llamar, pasan y repasan las fronteras, salen de un país entre gritos de odio y regresan en cuanto se han aplacado. Finalmente, son suprimidos por un papa, desastre supremo; pero otro restablece la orden, y desde entonces se les tolera, o poco menos. Y en esta diplomática penumbra voluntaria en que saben vivir prudentemente continúan siendo los triunfadores, tranquilos y seguros de la victoria, como soldados que hubiesen conquistado la tierra para siempre.

Pierre sabía que en la actualidad parecían desposeídos de todo en Roma, a juzgar por la apariencia de las cosas. Ya no tenían a su cargo los servicios en la iglesia del Gesù, ya no dirigían el Colegio Romano, en el que habían moldeado las almas de tanta gente; sin casa propia, reducidos a la hospitalidad de los extraños, se habían refugiado modestamente en el Colegio Germánico, en el que había una pequeña capilla. Allí profesaban, y hasta administraban la confesión, pero sin brillo, sin las ostentosas devotas del Gesù, sin el éxito glorioso del Colegio Romano. ¿Sería, pues, indispensable creer en una habilidad soberana, en la astucia de desaparecer para seguir siendo los amos

secretos y omnipotentes, la voluntad oculta que lo dirige todo? Se afirmaba, desde luego, que la proclamación de la Infallibilidad del papa era obra suya, que era el arma con que ellos mismos se habían armado, fingiendo que armaban con ella al Papado, para las empresas inminentes y decisivas que preveía su genio en vísperas de los grandes trastornos sociales. Tal vez fuese exacta esa soberanía oculta de la que hablaba don Vigilio con un escalofrío de misterio, ese secuestro del gobierno de la Iglesia, ese reinado oculto, pero total, en el Vaticano.

En la imaginación de Pierre se fue realizando un acercamiento de ideas, y de pronto preguntó:

—Entonces, ¿monseñor Nani será jesuita?

Ese nombre pareció devolver a don Vigilio toda su exaltación inquieta. Hizo con la mano un ademán tembloroso.

—¡Oh! Monseñor Nani es demasiado fuerte y demasiado hábil para que haya tomado el hábito. Pero ha salido de ese Colegio Romano, en el que se ha formado su generación, y en esa fuente ha bebido el genio jesuítico que tan exactamente se adaptaba a su propio genio. Pero aunque haya comprendido el peligro de dejarse clasificar por una librea impopular y embarazosa, aunque haya querido ser libre, no por eso es menos jesuita, ¡sí, señor!, jesuita en cuerpo y alma, en un plano superior. Para él es una verdad evidente que la Iglesia no puede triunfar si no es sirviendo las pasiones de los hombres, y él ama muy sinceramente a la Iglesia, es un hombre de fondo muy piadoso, sirve a Dios sin debilidades, por el poder absoluto que él da a sus ministros. Además, es hombre sumamente encantador, incapaz de una torpeza o de una falta, tiene el ascendiente que le da una larga lista de nobles antepasados venecianos, y se ha instruido profundamente en el conocimiento mundano, al que ha estado muy ligado en Venecia, en París, en las nunciaturas; lo sabe todo, está al tanto de todo, gracias a las delicadas funciones que ocupa aquí en su calidad de asesor del Santo Oficio... ¡Es verdaderamente todopoderoso, no es el jesuita furtivo, cuya sotana negra despierta a su paso toda clase de recelos, sino que es el jefe sin uniforme que manda, la cabeza, el cerebro!

Pierre se puso muy serio al escuchar estas afirmaciones, porque ya no se trataba de hombres escondidos en los huecos de las paredes, de complots oscuros de una secta romántica. Su escepticismo se rebelaba contra esos cuentos, pero admitía perfectamente la posibilidad de que una moral como la de los jesuitas, oportunista, nacida de las necesidades de la lucha por la vida, se hubiese inoculado hasta predominar en toda la Iglesia. Aun en el caso de que desapareciesen los jesuitas, les sobreviviría su espíritu, porque era su

espíritu el arma de combate, la esperanza en la victoria, la única táctica que podía devolver los pueblos al dominio de Roma. La lucha consistía, en realidad, en la tentativa de conciliación entre la religión y el siglo, que se llevaba adelante. Y así era como ciertos hombres como monseñor Nani adquirían, en concepto de Pierre, una importancia enorme y decisiva.

—¡Si usted lo supiese todo! —prosiguió diciendo don Vigilio—. Es un hombre que se halla en todas partes, que pone la mano en todo. Por ejemplo, no ha ocurrido en este palacio de los Boccanera cosa alguna sin que en el fondo, según yo creo, anduviese él, enredando y desenredando los hilos, de acuerdo con ciertas necesidades que sólo él conoce.

Y en su fiebre inagotable de confidencias, que hacía crisis en él y que le abrasaba, relató el porqué creía que monseñor Nani había trabajado en favor del divorcio de Benedetta. A pesar de su espíritu conciliatorio, los jesuitas se han colocado siempre en una actitud irreconciliable frente a Italia, bien porque no desesperan de reconquistar a Roma, o bien que aguardan la hora en que podrán tratar con el vencedor definitivo. De ahí que Nani, amigo de familia de donna Serafina, la ayudase a recobrar a su sobrina, a precipitar la ruptura con Prada, así Benedetta perdió a su madre. Había sido él quien para desbancar al abate Pisoni, que era un cura patriota con el que se confesaba la joven, razón por la que se le culpaba de haber hecho aquel casamiento, empujó a Benedetta para que tomase el mismo director que su tía, que tenía al padre jesuita Lorenza, buen mozo de ojos claros y bondadosos, cuyo confesonario de la capilla del Colegio Germánico estaba siempre rodeado de fieles. Parecía cierto que era esta maniobra la que había decidido todo: lo que un cura había hecho en favor de Italia, un padre iba a deshacerlo en perjuicio de Italia. Ahora bien, ¿por qué Nani, después de haber consumado la ruptura, adoptó luego la actitud de quien ya no se interesa por el asunto, y por qué consintió que la demanda de anulación del casamiento estuviese a punto de fracasar definitivamente? ¿Y por qué, de pronto, volvía a ocuparse de la marcha del proceso, hacía que comprasen a monseñor Palma, ponía en campaña a donna Serafina y ejercía su influencia personal sobre los cardenales de la Congregación del Concilio? Había zonas oscuras en eso como en todos los negocios en que intervenía, porque Nani era especialista en combinaciones de largo alcance. No hubiera estado descaminada la suposición de que quería activar el matrimonio de Benedetta y Dario para terminar con las odiosas habladurías del mundo blanco, que afirmaba que primo y prima dormían en el mismo lecho, aquí en el palacio, bajo la mirada indulgente de su tío el cardenal. ¿O quién sabe si el divorcio, alargado

deliberadamente y conseguido a precio de oro y bajo la presión de influencias que estaban a la vista, que de pronto precipitaban su resolución, no era sino un escándalo provocado deliberadamente, en daño del mismo cardenal, del que los jesuitas tenían necesidad de desembarazarse pensando en alguna oportunidad que iba a presentarse pronto?

—A esta última suposición es a la que yo me inclino —dijo don Vigilio para terminar—, mucho más desde que he sabido esta noche que el papa está enfermo. Siempre es posible una súbita catástrofe en un hombre que pronto cumplirá los ochenta y cuatro años; es suficiente a estas alturas que el papa tenga un resfriado para tener en vilo a todo el Sacro Colegio y a los prelados, puestos en conmoción por la brusca batalla de ambiciones... Ahora bien, los jesuitas han combatido siempre la candidatura del cardenal Boccanera. Parece que debieran ser partidarios suyos, teniendo en cuenta su raza y su intransigencia frente a Italia; pero se sienten intranquilos ante la perspectiva de elegir para señor suyo a un hombre así, al que tachan de rudeza intempestiva, de tener una fe violenta, sin elasticidad, excesivamente peligrosa en estos tiempos en que la Iglesia se ve obligada a recurrir a las artes de la diplomacia... Y no me sorprendería lo más mínimo que anduviesen buscando la manera de dañarle en su prestigio y de hacer imposible su candidatura por los medios más disimulados y más vergonzosos.

A Pierre empezaba a invadirle un ligero escalofrío de miedo. El contagio de lo misterioso, de las negras intrigas tramadas en la sombra, dejaba sentir sus efectos en medio del silencio de la noche, en el interior del palacio, junto al Tíber, en aquella Roma plagada de dramas legendarios. Volvió bruscamente sobre sí mismo, pensando en su caso personal.

—¡Y yo! ¿Qué tengo que ver yo en todo esto? ¿Por qué monseñor Nani demuestra tal interés en mi caso, por qué medios se encuentra mezclado en el proceso de mi libro?

Don Vigilio hizo un ademán lleno de vaguedad.

—¡Vaya usted a saberlo! ¡Cualquiera lo sabe con exactitud!... Lo que yo puedo afirmarle es que monseñor Nani no se enteró del asunto hasta después de que las denuncias de los obispos de Tarbes, de Poitiers y de Evreux llegaron a manos del padre Dangelis, secretario del Index; me he enterado, además, de que entonces se esforzó por detener el proceso, que sin duda le parecía inútil. Ahora bien, cuando la congregación inicia un proceso, es casi imposible conseguir que desista del mismo; además, ha tropezado aquí con el padre Dangelis, que, en su calidad de fiel dominico, es un adversario encarnizado de los jesuitas... Fue entonces cuando hizo que la contessina

escribiese al señor de la Choue, para que éste le aconsejase que viniese usted a defenderse, y también con el objeto de que se hospedase en este palacio durante su estancia en Roma.

Esta revelación acabó de emocionar a Pierre.

—¿Está usted seguro de todo eso?

—Completamente seguro; le oí hablar de usted cierto lunes, y me pareció que lo conocía íntimamente, como si se hubiese entregado a minuciosas investigaciones. Mi opinión es que Nani había leído su libro y que éste lo tenía muy preocupado.

—Así, pues, ¿usted cree que él comparte mis ideas, que es sincero en su actuación, que al obligarme a defenderme no hace otra cosa que defenderse a sí mismo?

—¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! Hay que conocer todo el desdén hacia el débil, todo el odio hacia el pobre, todo el apego a la autoridad y al mando que oculta bajo su amabilidad acariciadora. Es posible que se le diese muy poco de Lourdes, aunque constituye un arma de gobierno maravillosa. Pero no le perdonará nunca el que se haya declarado usted en favor de los pobres de este mundo, ni que se haya pronunciado en contra del poder temporal. ¡Quisiera que le oyera usted mofarse con bondadosa ferocidad del señor de la Choue, a quien llama el sauce llorón y elegiaco del neocatolicismo!

Pierre se llevó las dos manos a las sienes y se oprimió la cabeza con desesperación.

—¿Por qué, pues? ¿Por qué? Dígamelo, se lo ruego... ¿Por qué ha hecho que viniese, por qué ha querido tenerme aquí, completamente a su disposición? ¿Por qué me pasea por Roma desde hace tres meses, haciendo que choque con todos los obstáculos, que me canse, cuando tan fácil le sería dejar que el Index suprimiese mi libro, si éste le molesta? Aunque le aseguro que las cosas no se habrían desarrollado tranquilamente, porque estaba dispuesto a no someterme, a confesar bien alto mi nueva fe, aunque tuviese que ir contra las decisiones de Roma.

Los negros ojos de don Vigilio centellearon en su rostro amarillento.

—Eso es probablemente lo que él ha querido evitar. Sabe que es usted una persona muy inteligente y entusiasta, y más de una vez le he oído decir que no se debe luchar cara a cara con personas como usted.

Pero Pierre se había levantado y no le escuchaba ya, sino que caminaba de un lado a otro de la habitación como arrebatado por el desorden de sus ideas.

—Vamos a ver, vamos a ver; para continuar luchando es necesario que me entere y lo comprenda todo. Hágame el favor de informarme con todo detalle acerca de cada uno de esos personajes que intervienen en mi proceso... ¡Jesuitas, por todas partes jesuitas! ¡Por los clavos de Cristo! Me está pareciendo que lleva usted razón. Pero me haría falta que me detallase sus diferentes matices... Por ejemplo, la manera de ser de Fornaro.

—Monseñor Fornaro, tiene un poco de todo. Pero también él se ha educado en el Colegio Romano, y tenga la certeza de que es jesuita, por su educación, por su posición y por sus ambiciones. Arde en deseos de llegar a cardenal, y cuando lo sea, arderá en deseos de ser papa. ¡Si desde el seminario son todos ellos candidatos al Papado!

—¿Y el cardenal Sanguinetti?

—¡Un jesuita, un jesuita!... Entendámonos: lo fue, dejó de serlo, ha vuelto a serlo con toda seguridad. Sanguinetti ha coqueteado con todos los poderes. Se creyó durante mucho tiempo que era partidario de la reconciliación entre la Santa Sede e Italia; pero se echó a perder la situación, y Sanguinetti tomó violentamente partido contra los usurpadores. De igual manera, ha estado en varias ocasiones enfrentado con León XIII, ha hecho luego las paces, y hoy se mantiene frente al Vaticano en un plano de reserva diplomática. En una palabra: Sanguinetti sólo tiene un objetivo: la tiara; pero lo deja ver demasiado claramente, y eso acaba por desgastar a un candidato... Por el momento, la lucha parece circunscribirse a él y Boccanera. Y por esta razón ha vuelto a ponerse a bien con los jesuitas y explota el odio que éstos tienen a su rival, calculando que, si quieren derrotarlo, no tendrán más remedio que sostenerlo a él. Pero yo tengo mis dudas; son gente demasiado lista, y se mirarán mucho antes de patrocinar a un candidato que está ya tan comprometido... Pero él, hombre lioso, apasionado, orgulloso, no duda de nada; me ha dicho usted que está en Frascati, y yo estoy seguro de que ha corrido a encerrarse allí en cuanto se ha enterado de la enfermedad del papa, creyendo dar un paso de táctica superior.

—Pero ¿el papa mismo, León XIII...?

Al llegar a esta pregunta, experimentó don Vigilio un corto titubeo, y parpadeó levemente.

—¿León XIII? ¡Es también un jesuita, un jesuita!... Ya sé que hay quien afirma que es partidario de los dominicos, y, en cierto sentido, es cierto, porque se cree animado de su mismo espíritu, ha vuelto a poner de moda a santo Tomás y ha restaurado toda la enseñanza eclesiástica sobre la base de sus doctrinas... Pero existe el tipo del jesuita involuntario, sin saberlo, y el

papa actual será citado como el caso más famoso. Estudie usted sus actos y penetre en el sentido de su política: verá cómo es la emanación, la acción misma del alma jesuítica. Sin saberlo, se ha impregnado de jesuitismo, y es que todas las influencias que sobre él actúan, directa o indirectamente, parten del foco jesuítico... ¿No quiere usted creerme? Le repito que los jesuitas lo han conquistado todo, lo han absorbido todo; que Roma les pertenece, desde el más ínfimo de los clérigos hasta Su Santidad misma.

Siguió hablando, y a cada nuevo nombre que citaba Pierre contestaba él con el mismo grito obstinado y maniático: «¡Jesuita, jesuita!». Se llegaba a creer que no había más remedio que serlo para estar dentro de la Iglesia, y que ello era la prueba de que el clero se había visto obligado a pactar con el mundo nuevo, porque no tenía otro recurso si quería salvar a Dios. La era del catolicismo heroico había pasado, y este último no tenía más remedio que recurrir a la diplomacia y a la astucia, a las concesiones y a los acomodos, para poder subsistir.

—¡Y ese Paparelli! ¡Un jesuita, un jesuita! —prosiguió don Vigilio, bajando instintivamente la voz—. Es el jesuita humilde y terrible, el jesuita que se dedica a la asquerosa tarea de espiar y pervertir. ¡Juraría que lo han puesto aquí para que vigile a Su Eminencia! Y hay que ver qué dotes geniales de astucia y de agilidad ha demostrado en el cumplimiento de su misión; hoy es él quien manda aquí exclusivamente: abre las puertas a quien bien le parece, emplea a su señor como cosa que le pertenece, ejerce influencia en todas las resoluciones que toma; se ha hecho, en fin, con él, gracias a una presión ininterrumpida. Es, como si dijéramos, la conquista del león por un insecto, el infinitamente pequeño que dispone del infinitamente grande; ese curita ínfimo, ese caudatario, cuyo papel consiste en sentarse a los pies del cardenal como un perro fiel, es quien reina verdaderamente sobre él, quien lo empuja hacia donde quiere... ¡Jesuita, jesuita! Desconfíe usted de él cuando pasa a su lado sin hacer ruido, metido en su pobre sotana, semejante a una solterona vestida de negro, con su cara blanduzca y surcada de arrugas de vieja devota. Fíjese bien si no está detrás de alguna puerta o metido dentro de un armario o debajo de la cama. Le aseguro que lo devorarán a usted como me han devorado a mí, que también a usted le contagiarán la fiebre y la peste, si no está en guardia.

Pierre se detuvo bruscamente delante del cura. Sentía que perdía pie, y el temor y la ira invadían su ánimo. Después de todo, ¿por qué no? Todas esas historias extraordinarias debían de ser ciertas.

—Entonces —exclamó— deme usted un consejo. Precisamente le rogué esta noche que entrase en mi cuarto, porque ya no sabía qué hacer y tenía necesidad de que alguien me pusiese en el buen camino.

Se calló, y reanudó sus paseos agitados, como empujado por la fuerza de su exaltación, que empezaba a desbordarse.

—Pero no, no me diga usted nada. Prefiero marcharme. Ya antes pensé hacerlo; pero fue en momentos de cobardía, con el propósito de desaparecer, de volver a vivir en paz en mi rincón; pero ahora, si me marchó, será como un vengador, como un hombre justiciero, para decir a gritos, desde París, todo lo que he visto en Roma, a lo que ha quedado reducido el cristianismo de Jesús, cómo se cae a pedazos el Vaticano, cómo huele a cadáver, cuán imbécil es la ilusión de los que esperan que salga cualquier día un brote del alma moderna de ese sepulcro en donde duerme la descomposición de los siglos... No cederé, no me someteré, publicaré otro libro para defender el primero. Y le aseguro a usted que este segundo libro armará bastante revuelo en el mundo, porque doblará a muerto para una religión que agoniza y que hay que procurar enterrar cuanto antes si no se quiere que sus restos corrompan a los pueblos.

Esto ya no cabía en el cerebro de don Vigilio. Se despertó en él el cura italiano, de fe estrecha, ignorante y temeroso de toda idea nueva. Juntó las manos con espanto y exclamó:

—¡Cállese usted, cállese! Todo eso no son más que blasfemias. Además, no puede marcharse de este modo, sin hacer un último esfuerzo para ser recibido por el Santo Padre. La soberanía la tiene él. Y aunque lo que voy a decirle resulte chocante para usted, sepa que el padre Dangelis le ha dado, burla burlando, el mejor consejo: vuelva a visitar al señor Nani, que es el único que le abrirá las puertas del Vaticano.

Pierre tuvo un nuevo sobresalto de cólera:

—¡Cómo es eso! ¡Volver a monseñor Nani, habiendo empezado por monseñor Nani! ¿Qué juego es éste? ¿Puedo yo resignarme a hacer de pelota que se lanzan unos a otros? Ya veo que se están burlando de mí.

Pierre volvió a dejarse caer en su silla, jadeante, desatinado, frente al cura, que permanecía inmóvil, con cara desencajada por efecto de la larga velada, y manos agitadas constantemente por un ligero temblor. Reinó largo rato el silencio. Por fin manifestó don Vigilio que a él se le ocurría otra idea; tenía alguna relación con el confesor del papa, un padre franciscano, hombre simple, al que podía dirigirse. Es posible que, a pesar de su modestia, pudiese aquel fraile serle útil. Era, por lo menos, una tentativa más. Volvió a reinar el silencio, y Pierre, que tenía fija en la pared su mirada vaga, se fijó al fin en el



cuadro antiguo que tan profunda emoción le produjera el día de su llegada. Poco a poco, a la pálida luz de la lámpara, había ido destacándose y cobrando vida, como si se tratase de la encarnación misma de su caso, de su inútil desesperanza ante la puerta de la verdad y de la justicia, cerrada, cruelmente. ¡Cómo se parecía a él aquella mujer arrojada a la calle, obstinada en su amor, sollozando bajo el manto de sus cabellos, sin dejar ver su rostro, derribada por el dolor en la escalinata de aquel palacio que cerraba implacable sus puertas! Tiritaba de frío, envuelta en una simple tela, sin revelar su secreto, infortunio, pecado o dolor inmenso de verse abandonada; Pierre colocaba su misma cara detrás de aquellas manos que recataban la suya, se la imaginaba como a una hermana, como lo eran todos los pobres seres sin techo ni certidumbre, todos los que lloran porque están desnudos y porque están solos, todos los que se lastiman los puños queriendo atravesar a la fuerza el mezquino umbral de la humanidad. Siempre que la miraba sentía compasión hacia ella, pero aquella noche se sintió tan conmovido al verla eternamente desconocida, sin nombre y sin rostro, bañada siempre en un mar doliente de lágrimas, que no pudo menos que preguntar bruscamente a don Vigilio:

—¿Sabe usted de qué autor es ese antiguo cuadro? Me conmueve hasta lo más profundo de mi alma, como si se tratase de una obra maestra.

El cura alzó la cabeza, atónito ante la imprevista pregunta, miró la tela ennegrecida, abandonada con su pobre marco, y puso cara de asombro.

—¿De dónde procede? —insistió Pierre—. ¿Cómo es que la han relegado a un rincón de este cuarto?

—Eso no quiere decir nada —contestó don Vigilio con un gesto de indiferencia—; verá usted por todas partes cuadros como éste, sin valor... Con seguridad que ha estado siempre en este cuarto. No estoy seguro, porque jamás me había fijado en ella.

Se puso, al cabo, de pie con prudencia. Pero aquel ligero esfuerzo le produjo tales escalofríos, que apenas si pudo despedirse, porque los dientes le castañeteaban.

—No me acompañe, deje la lámpara en esta habitación... Y, para terminar, creo que lo mejor sería que se entregase usted en manos de monseñor Nani, porque éste al menos es persona de talento. Se lo dije a usted desde que llegó, que acabaría haciendo lo que a él se le antojase. Siendo esto así, ¿para qué luchar?... Y que no se le escape jamás ni una sola palabra de todo lo que hemos hablado, porque sería mi sentencia de muerte.

Abrió otra vez las puertas sin ruido, miró con desconfianza, a derecha e izquierda, en las tinieblas del corredor, y luego se aventuró por él,

desapareció; entró en su cuarto tan calladamente, que ni siquiera se percibió el roce de sus pies en medio del sueño de tumba del antiguo palacio.

Al día siguiente Pierre, acuciado de nuevo por un ansia de lucha, queriendo probarlo todo, se hizo recomendar por don Vigilio al confesor del papa, al padre franciscano con quien tenía alguna relación. Fue a dar con un fraile bonachón, sumamente timorato, elegido, con toda evidencia, por su gran modestia y sencillez, para que no ejerciese influencia alguna, para que no abusase de su situación todopoderosa cerca del Santo Padre. Suponía también aquello, de parte del Santo Padre, un acto de humildad afectada, el tener por confesor al más humilde de los frailes regulares, al amigo de los pobres, al santo mendicante de los caminos. Sin embargo, aquel padre gozaba de fama de orador lleno de fe, y el papa asistía a sus sermones, oculto, según el rito, detrás de un velo, porque si en su calidad de Pontífice infalible no podía recibir lecciones de un simple sacerdote, era cosa admitida que en su calidad de hombre podía beneficiarse con la buena palabra. Fuera de su elocuencia natural, aquel buen padre era un simple lavadero de almas, el tipo de confesor que se limita a escuchar y a absolver, sin conservar recuerdo de las impurezas que lava en las aguas de la penitencia. Cuando Pierre lo vio tan cuitado y tan nulo, no insistió en pedir su intervención, dándose cuenta de que era inútil.

Durante todo aquel día se sintió obsesionado por la figura del amante ingenuo de la Pobreza, del delicioso Francisco, como decía Narcisse Habert. Más de una vez había pensado con asombro en la llegada de aquel nuevo Jesús, tan cariñoso con los hombres, con los animales y con las cosas, de un corazón inflamado de caridad hacia los miserables, en aquella Italia todo egoísmos y ansias de placer, en la que sigue siendo reina soberana la alegría de lo bello. Sin duda que los tiempos eran otros, pero fue preciso en aquel entonces un raudal de savia de amor para que aquel consuelo de los humildes, surgido del pueblo, durante el medievo lleno de sufrimientos, saliese a predicar la entrega de sí mismo a los demás, el renunciamiento a toda riqueza, el horror de la fuerza bruta, la igualdad y la obediencia que debían asegurar la paz del mundo. Iba por los caminos, vestido como los pobres, sujetando la túnica de paño pardo con una cuerda que le servía de cinturón, con sandalias en sus pies desnudos, sin bolsa ni bastón. Y tanto él como sus hermanos hablaban alto y claro, con un frescor de poesía y una valentía soberana de quien dice la verdad, presentándose en todas partes como justicieros, atacando a los ricos y a los poderosos, atreviéndose a denunciar a los malos sacerdotes, a los obispos viciosos, simoníacos y perjuros. En todas partes eran acogidos

con un largo clamor de alivio, los pueblos les seguían en montón, eran los amigos, los libertadores de todos los pobres que sufrían. De ahí que, al principio, esos revolucionarios causaran inquietud en Roma y que los papas vacilaran antes de autorizar la orden; cuando, al fin, cedieron, lo hicieron seguramente con la idea de utilizar en provecho suyo aquella fuerza nueva para conquistar al pueblo bajo, a la masa inmensa e indefinida, cuya sorda amenaza ha rezongado siempre en todos los tiempos, hasta en las épocas más despóticas. El Papado tuvo desde entonces en las filas de San Francisco un ejército que le proporcionó constantes victorias, un ejército errante que se desparramaba por todas partes, por los caminos, por los pueblos, por las ciudades, que penetraba en el hogar del obrero y del campesino, conquistando los corazones de las gentes humildes. ¡Imagínese cuál no sería la fuerza democrática de una orden como aquella que había salido de las entrañas del pueblo! Por eso prosperó rápidamente y el número de sus hermanos se multiplicó en pocos años, se fundaron conventos por todas partes y la orden tercera fue invadiendo la parte laica de la población, hasta el punto de impregnarla y absorberla. Y como demostración de que se trataba de un producto del suelo, de una vegetación vigorosa de fuente plebeya, iba a surgir de él todo un arte nacional, los precursores del Renacimiento en la pintura, y el mismo Dante, alma del genio de Italia.

Pierre llevaba ya algunos días viendo a aquellas grandes órdenes de otros tiempos y tropezando con ellas en la Roma actual. Los Franciscanos y los Dominicos, que durante tanto tiempo habían combatido juntos por la Iglesia, como rivales animados por la misma fe, seguían instalados allí, frente por frente, en grandes conventos de próspera apariencias. Sin embargo, parece como que la humildad de los Franciscanos hubiese a la larga contribuido a relegarlos a segunda línea. Es también posible que se haya terminado su papel de amigos y de libertadores del pueblo, desde el momento en que el pueblo mismo se ha libertado a sí mismo, gracias a sus conquistas políticas y sociales. Los únicos entre los cuales no se había decidido todavía la batalla eran los dominicos y los jesuitas, los predicadores y los educadores, porque tanto unos como otros conservan la pretensión de moldear el mundo según la imagen de su fe. Se podía oír el rezongo de las influencias, y la guerra entre ellos no se interrumpía un momento; Roma, el poder supremo dentro del Vaticano, era el premio que se disputaban. Sin embargo, aunque los primeros contaban en sus filas con Santo Tomás, se daban cuenta de que su vieja ciencia dogmática se desmoronaba, y no tenían más remedio que ceder todos los días un poco de terreno a los segundos, que vencían con el siglo. Estaban

también los Cartujos, vestidos con sus túnicas de paño blanco, hombres silenciosos, santísimos y purísimos, hombres contemplativos que huyen del mundo y se refugian en sus claustros y celdas tranquilas, hombres desesperados y consolados, no muy numerosos, pero que vivirán eternamente, como el dolor y la necesidad, de soledad. Estaban también los Benedictinos, los hijos de San Benito, cuya regla admirable santificó el trabajo; los obreros, entusiastas de las letras y de las ciencias, que fueron en su época y durante largo tiempo potentes instrumentos de civilización, que colaboraron en la difusión de la ciencia por medio de sus inmensos trabajos de historia y de crítica; Pierre les tenía cariño a éstos y, de haber nacido dos siglos antes, se habría refugiado entre ellos, pero se admiraba de que ahora estuviesen construyendo en el Aventino una gran residencia, para la cual había contribuido ya León XIII con varios millones, como si hubiese en la ciencia del presente y en la del porvenir espacio que ellos pudiesen cultivar: ¿para qué? Hoy los obreros no son los mismos, y el dogma se cruza en su camino no permitiendo el paso a nadie que aspire a seguir adelante, respetándolo, sin derribarlos totalmente. Y además de las anteriores, existían infinidad de órdenes, pues se cuentan por centenares: allí estaban los carmelitas, los trapenses, los mínimos, los bemabitas, los lazaristas, los euditas, los misioneros, los recoletos, los hermanos de la doctrina cristiana; allí estaban los bernardinis, los agustinos, los teatinos, los observantinos, los Celestinos, los capuchinos; sin contar con las órdenes correspondientes a mujeres, ni las clarisas, ni las innumerables religiosas, como las de la visitación y las del calvario. Cada casa tenía su instalación, modesta o suntuosa, y ciertos barrios de Roma eran nada más que un conjunto de conventos, y todo aquel pueblo se agitaba, ronroneaba, intrigaba, detrás de aquellas fachadas mudas, en una lucha constante de intereses y pasiones. La antigua evolución social que les había dado vida había cesado de actuar desde hacía mucho tiempo, a pesar de lo cual se obstinaban en vivir, aunque cada día fuese mayor su inutilidad y su debilidad, condenados a agonizar lentamente, hasta que llegase el día en que les faltasen a la vez el aire y el suelo en el seno de la nueva sociedad.

Pero, más aún que con los regulares, tropezaba Pierre en sus nuevas andanzas con el clero secular, con aquel clero de Roma al que por fin acababa de entender. Existía una jerarquía rigurosa que lo dividía en dos clases y rangos. En lo más alto, alrededor del papa, reinaba la familia pontifical, los cardenales y los preladis, muy nobles, muy erguidos, de una gran rigidez, a pesar de su aparente familiaridad. Por debajo de ellos estaba el clero de las parroquias, que formaba como una burguesía, muy digna, de un espíritu

prudente y moderado, entre la que no eran escasos los curas patriotas; la ocupación italiana, que llevaba ya más de un cuarto de siglo, había tenido la sorprendente consecuencia de purificar la vida íntima de los sacerdotes romanos, llevando a Roma toda clase de funcionarios, que eran otros tantos testigos de las costumbres de aquéllos; en efecto, hasta entonces la mujer representaba allí un papel preponderante y se podía afirmar literalmente de Roma que estaba gobernada por las amantes que estaban al servicio de los clérigos, que eran verdaderas reinas en aquellas casas de viejos solterones. Y descendiendo más aún se llegaba a la plebe del clero, que con tanta curiosidad se dedicó Pierre a estudiar, plebe que era un revoltillo de curas miserables, mugrientos, medio desnudos, que rondaban a la búsqueda de una misa como bestias famélicas, yendo a alojarse en tabernas dudosas, en compañía de mendigos y ladrones. Pero más aún le interesaba la muchedumbre flotante de sacerdotes que acudían de toda la cristiandad, los aventureros, los ambiciosos, los creyentes, los locos, que se sentían atraídos por Roma como los insectos de las tinieblas se sienten atraídos en la noche por la luz de una lámpara. Los había de todas las nacionalidades, de todas las clases sociales, de todas las edades, y corrían frenéticos hostigados por sus apetitos, atropellándose desde la mañana a la noche en las puertas del Vaticano, para hincar el diente en la presa que habían venido a buscar. Los encontraba en todas partes, y se decía a sí mismo, no sin rubor, que él era uno de tantos, y que aumentaba con su unidad el número incontable de sotanas que circulaban por las calles. El flujo y reflujo, la marea de sotanas negras y de hábitos de todas clases era continua en Roma. Bastaban para empavesar las calles los seminarios de las distintas naciones, con sus colas de alumnos que salían frecuentemente de paseo: los franceses, enteramente de negro; los americanos del sur, de negro con bufanda azul; los americanos del norte, de negro con bufanda roja; los polacos, de negro con bufanda verde; los griegos, de azul; los alemanes, de rojo; los romanos, de violeta, y tantos otros con bordados y con festones de cien colores. Estaban, además, las cofradías, los penitentes, los blancos, los negros, los azules, los grises, con cogullas, con pelerinas distintas, grises, azules, negras y blancas. Y a veces parecía como que resucitaba la Roma papal y se dejaba sentir vivaz y tenaz, luchando para no desaparecer dentro de la actual Roma cosmopolita, en la que se van desdibujando el tono neutro y el corte uniforme de las ropas.

Era inútil que Pierre corriese de un prelado a otro, que anduviese entre sacerdotes, que cruzase iglesias; no conseguía habituarse al culto, a la devoción de los romanos, que le asombraba cuando no le lastimaba. Ciertamente

domingo lluvioso que penetró, de mañana, en Santa María Maggiore, le dio la impresión de que se encontraba en una sala de espera, increíblemente fastuosa, desde luego, con sus columnas y su techo de templo antiguo, con el dosel suntuoso de su altar papal, los mármoles chillones de su Confesión, y, sobre todo, con su capilla Borghese, pero que no parecía ser la casa de Dios. Ni un banco, ni una silla en la nave central; la atravesaban los fieles en un ir y venir constante, como quien atraviesa la nave de una estación de ferrocarril, dejando en el precioso piso de mosaico la marca de sus zapatos mojados; se veían mujeres y niños, a los que la fatiga obligaba a sentarse en los pedestales de las columnas, reproduciendo las escenas de las grandes estaciones a la espera de los trenes. Un sacerdote celebraba misa rezada para toda aquella muchedumbre de gente vulgar que pataleaba en el interior de una capilla lateral, ante la que se había formado una fila única de personas que estaban de pie, cortando de través la nave, como una cola de teatro, estrecha y larga. En el momento de la elevación se inclinaron todos con una expresión de fervor; luego, una vez terminada la misa, se deshizo el rebaño. Encontraba por todas partes la misma concurrencia propia de los países de sol, con prisas, sin afición a instalarse en los asientos, cuyas visitas a Dios eran breves y llenas de familiaridad, y esto ocurría, aparte de las grandes recepciones de gala, en todas las grandes basílicas que Pierre visitaba, lo mismo en San Pablo que en San Juan de Letrán, que en el Vaticano mismo. Únicamente en la iglesia del Gesù cayó Pierre cierto domingo en una misa solemne que le recordó las muchedumbres devotas del norte: allí había bancos, mujeres sentadas, una tibia atmósfera mundana, bajo las bóvedas lujosas, cargadas de oro, de esculturas y de pinturas, de una admirable suntuosidad leonada, ahora que el tiempo ha apagado la excesiva vivacidad del gusto barroco. ¡Pero cuántas iglesias vacías, y entre ellas las más antiguas y las más venerables, la de San Clemente, la de Santa Inés, la de la Santa Cruz de Jerusalén, en las que no se veía, a la hora de los oficios divinos, más que a unos pocos vecinos del barrio! Aún en Roma, cuatrocientas iglesias significaban muchas naves que poblar; había algunas a las que sólo se acudía en días solemnes, y muchas abrían sus puertas una vez al año, el día de la fiesta del santo. Algunas vivían porque tenían la suerte de poseer un fetiche, un ídolo que socorría las miserias humanas: la de Aracoeli disponía del pequeño Jesús milagroso «il Bambino», que curaba las enfermedades de los niños; San Agustín tenía la «Madonna del Parto», la Virgen que concedía un feliz alumbramiento. Otras llevaban fama por el agua de sus pilas, por el aceite de sus lámparas, el poderío de un santo de madera o de una madonna de mármol. Había otras que parecían

abandonadas, reservadas a los turistas, entregadas a la pequeña industria de los sacristanes, como otros tantos museos, poblados de dioses muertos. Y, finalmente, había otras que producían perplejidad, como la de Santa María, la Rotonda, instalada en el Panteón, que tiene la forma redonda de un circo y en la que se ve a la Virgen como moradora del Olimpo. Pierre había tomado interés en las iglesias de los barrios pobres, en la de San Onofre, en la de Santa Cecilia, en la de Santa María del Trastevere, pero no halló en ellas la corriente popular que hubiera esperado. Cierta tarde oyó cómo cantaban los chantres en esta última iglesia, completamente vacía, un canto que resonaba lamentablemente en medio de la soledad. Otro día que entró en San Crisógono se encontró con la iglesia adornada con colgaduras, sin duda porque iba a celebrarse alguna fiesta al día siguiente: las columnas enfundadas en damasco rojo, los pórticos cubiertos con doseles y con cortinajes, alternativamente, amarillos y azules, blancos y rojos, y salió huyendo de aquella horrenda decoración chillona como la de una feria. ¡Qué lejos estaba todo aquello de las catedrales en que había orado y creído durante su infancia! Por todas partes tropezaba con el mismo tipo de iglesia, el de antigua basílica, adaptado al gusto de la Roma del último siglo por Bernini o por sus discípulos. En San Luis de los Franceses, cuyo estilo es mejor, de una sobriedad elegante, sólo consiguieron conmovérle los muertos ilustres, los héroes y los santos que dormían bajo las losas del piso, en tierra extranjera. Y a fuerza de buscar algo gótico descubrió Santa María de la Minerva, que le aseguraron que era la última muestra del estilo gótico en Roma. Y aquello fue para Pierre un último motivo de estupefacción, aquellas columnas enmarañadas, revestidas de mármol, aquellas ojivas que no se atreven a lanzarse, ahogadas en pleno arco de bóveda, y aquellas bóvedas que se redondean, condenadas a la pesada majestad de la cúpula. ¡No y no! La fe, cuyas tibias cenizas tenía delante no era ya esa fe cuyas brasas habían invadido y prendido fuego a toda la cristiandad. Monseñor Fornaro, a quien encontró casualmente cuando salía de Santa María la Minerva, se declaró contrario al gótico, calificándolo de herejía pura. La primera iglesia cristiana era la basílica, nacida del templo pagano, y era una blasfemia afirmar que la iglesia gótica era el verdadero tipo de iglesia cristiana, porque no había que ver en el gótico otra cosa que el espíritu anglosajón, el genio rebelde de Lutero. Pierre quiso contestar arrebatadamente al prelado, pero se calló por temor a hablar demasiado. ¿No era, en efecto, aquello la prueba de que el catolicismo era un producto nacido del suelo mismo de Roma, el paganismo, transformado por el cristianismo? Este último creció en otros países con un

espíritu diferente, hasta el punto de llegar un momento en que se rebeló contra la ciudad madre, produciendo un cisma. La diferencia fue haciéndose cada vez más amplia, las desemejanzas se acusan cada vez más, conforme van evolucionando las sociedades modernas, a pesar de los desesperados esfuerzos que se hacen por conservar la unidad, y una vez más parece inevitable e inminente el cisma. Otro motivo de rencor conservaba Pierre hacia las basílicas; su niñez había sido piadosa y sentimental, y echaba de menos las campanas, las grandes y hermosas campanas, tan gratas a los humildes. Las campanas requieren campanarios, y en Roma no los hay, porque todo son cúpulas. Roma, desde luego, no era la ciudad de Jesús, sonora y timbrada de carillones, desde la que ascendía la oración en ondas sonoras entre el revoloteo de las cornejas y de las golondrinas.

Pierre continuaba, sin embargo, sus gestiones, invadido por una sorda irritación que le impelía a insistir obstinadamente, volviendo una y otra vez a visitar a las mismas personas, manteniendo la palabra que se había dado a sí mismo, de que visitaría, por mucho que lastimase su amor propio, a todos los cardenales de la congregación. Y poco a poco se encontró lanzado en el engranaje de otras congregaciones, que eran otros tantos ministerios del gobierno pontificio, menos numerosas hoy pero de una complicación extraordinaria de rodajes, teniendo cada una por prefecto a un cardenal, con un Consejo superior de cardenales, con prelados como consultores y numerosas categorías de empleados. Tuvo que ir varias veces a la Cancillería en la que tiene su sede la Congregación del Index, se perdió en la inmensidad de escaleras, de pasillos y de salas, sintiendo pena desde que atravesó el pórtico del patio por el escalofrío de los viejos muros; no pudo tomar cariño jamás a aquel palacio, obra maestra de Bramante, del estilo más puro del renacimiento romano, de una belleza tan pelada y tan fría. Conocía ya la Congregación de la Propaganda, en la que había sido recibido por el cardenal Sarno, y fue conociendo las otras congregaciones al azar de sus visitas, cuando andaba a la caza de influencias y le enviaban de un personaje a otro; conoció la Congregación de Obispos y Clero regular, la de los Ritos, la del Concilio. También entrevió la Consistorial, la Dataría, la Sagrada Penitenciaría. Era el mecanismo enorme de la administración de la Iglesia, para el gobierno del mundo entero, para ampliar sus conquistas, administrar los asuntos en los países conquistados, juzgar las cuestiones de la fe, de las costumbres y de las personas, para examinar y castigar los delitos, conceder las dispensas y vender los favores. No es posible hacerse una idea del número espantoso de asuntos que caían en el Vaticano todas las mañanas: las



cuestiones más graves, las más delicadas, las más complejas, cuya solución requería estudio cuidadoso y hábiles investigaciones. No había más remedio que contestar algo a toda esa muchedumbre de visitantes que se agolpaban en Roma, que procedían de todos los puntos de la cristiandad, a todas las cartas, a todas las instancias, a todos esos expedientes cuyo raudal se iba distribuyendo y amontonando en las distintas oficinas. Y era cosa de milagro el ver con qué silencio discreto se llevaba adelante aquella tarea colosal, sin que se oyese el más leve ruido desde la calle; de todos esos tribunales, de esos parlamentos, de esas fábricas de santos y de nobles no salía siquiera la pequeña trepidación del trabajo, porque era una máquina tan bien lubricada que, a pesar de la herrumbre de los siglos y del desgaste profundo e irremediable, funcionaba sin que nadie advirtiese su presencia detrás de aquellos muros. ¿No consistía en eso toda la política de la Iglesia? Callarse, escribir lo menos posible, esperar. Y, a pesar de todo, ¡qué máquina tan prodigiosa, tan anticuada y tan potente aún! Pierre se sentía pillado, entre todas esas congregaciones, por las mallas de hierro del poder más absoluto que se ha organizado jamás para dominar a la humanidad. Aunque Pierre se diese cuenta de que allí había goteras y agujeros, como en una casa vetusta que amenaza ruina, no por eso dejaba de pertenecerle desde el momento en que se arriesgó en ella; se veía agarrado, desmenuzado, arrastrado a través de esa red inexplicable, de ese laberinto sin fin de influencias y de intrigas en el que se agitaban las vanidades y las venalidades, las corrupciones y las ambiciones, tanta miseria y tanta grandeza. ¡Qué lejos estaba de la Roma que él había soñado y qué cóleras le sublevaban de vez en cuando en medio de su laxitud, resuelto como estaba a defenderse!

Se explicaban bruscamente ciertas cosas que Pierre no había comprendido jamás. Cierta día que volvió a la Propaganda, el cardenal Sarno le habló de la francmasonería con una rabia tan fría, que, de golpe, lo vio todo claro. La francmasonería había sido hasta entonces para él motivo de risa, y le merecía tan poco respeto como los jesuitas; le parecían infantiles y ridículas todas las historias que circulaban, envolviendo en una atmósfera de leyenda a aquellos hombres que se movían en el misterio y en la sombra, y de los que se decía que gobernaban el mundo con su secreto poder. Se asombraba, sobre todo, del odio ciego que acometía a ciertas gentes en cuanto asomaba a sus labios la palabra francmasones: cierto prelado, y de los más distinguidos, de los más inteligentes, le afirmó en una ocasión con expresión de profundo convencimiento, que todas las logias masónicas estaban presididas, a lo menos una vez por año, por el diablo en persona, visible. Aquello era como

para poner en confusión al buen sentido. Pierre acababa de comprender la rivalidad, la furiosa lucha de la Iglesia católica y romana contra la otra Iglesia, la Iglesia de enfrente. Por muy triunfante que se sintiese la primera, no por eso dejaba de advertir en la otra una concurrencia, una enemistad muy antigua, ya que afirmaba ser más antigua que ella y que podría con el tiempo resultar la triunfadora. El choque se producía, particularmente, porque las dos sectas acariciaban la misma ambición de soberanía universal, la misma organización internacional, eran la misma red lanzada para pescar a los pueblos; misterios, dogmas, ritos. Dios contra Dios, fe contra fe, conquista contra conquista, y siendo esto así se estorbaban mutuamente, como dos casas rivales establecidas frente por frente en la misma calle, una tenía que acabar matando a la otra. Pero si el catolicismo le parecía caduco y amenazado de ruina, tampoco creía mucho en la fuerza de la francmasonería. Pierre había hecho preguntas e investigaciones para comprobar la realidad de semejante fuerza, en la ciudad de Roma en la que se encontraban frente a frente los dos poderes supremos, en la que el gran maestro se erguía frente al papa. Le habían asegurado que los últimos príncipes romanos se creían obligados a ingresar en la francmasonería, para no dificultarse en exceso la vida, agravando su ya difícil situación, y para no perjudicar el porvenir de sus hijos. Pero ¿no sería que al hacerlo se sometían a la fuerza irresistible de la actual evolución de la sociedad? ¿No iría también la francmasonería a hundirse en su propio triunfo, o sea en el triunfo de las ideas de justicia, de razón y de verdad que había defendido durante tanto tiempo, en las épocas de tinieblas y de violencia de la historia? Es un hecho probado el que la victoria de una idea acaba con la secta que la propaga, haciendo inútil y un poco extravagante el artilugio de que han tenido que revestirse los sectarios para herir las imaginaciones. El carbonarismo no ha podido sobrevivir a la conquista de las libertades políticas que venía exigiendo, y el día en que se derrumbe la Iglesia católica, porque ha dado fin a su obra civilizadora, la otra Iglesia, la Iglesia de enfrente, la francmasonería, desaparecerá del mismo modo, porque ya habrá realizado su tarea libertadora. La famosa omnipotencia de las logias constituiría hoy un pobre instrumento de conquista, porque la traban sus mismas tradiciones, y la echan a perder sus ceremonias, que dan pie a la burla, quedando reducida a una institución fraternal y de socorro mutuo. El vendaval de la ciencia arrastra a los pueblos y ayuda a la destrucción de las religiones envejecidas.

Pierre, quebrantado a fuerza de hacer visitas y dar pasos, volvió a sentirse poseído de ansiedad, porque se había obstinado en no marcharse de Roma

hasta no verse completamente derrotado, como soldado animoso de una esperanza que no quiere rendirse a la evidencia de su derrota. Había visitado a todos los cardenales, cuya influencia podía serle útil. Había visto al cardenal vicario, encargado de la diócesis de Roma, hombre letrado que se había puesto a hablar con él acerca de Horacio, y político algo enredador que le hizo preguntas acerca de Francia, de la República, de los presupuestos de guerra y de marina, sin ocuparse para nada del libro que era objeto de proceso. Había visto al Gran Penitenciario, un cardenal al que había conocido ya en el palacio Boccanera y que era un viejo enjuto, con cara asarmentada de asceta; todo lo que obtuvo de él fue un largo discurso de censura, lleno de frases severas contra los sacerdotes jóvenes, estropeados por el siglo, autores de libros execrables. Había visto finalmente en el Vaticano al cardenal secretario, o sea al ministro de Asuntos Exteriores de Su Santidad, la gran palanca de la Santa Sede; hasta entonces no había ido a visitarle, asustándole las consecuencias de una visita desgraciada. Se había excusado de haber tardado tanto en ir a verlo, le pareció un hombre amabilísimo, que procuraba suavizar mediante una benevolencia diplomática el aspecto, un poco duro, de su persona; después de hacerle sentar le interrogó con aparente interés, le escuchó y hasta le dio ánimos. Pero cuando volvió a salir a la plaza de San Pedro comprendió perfectamente que no había adelantado su proceso ni un solo paso, y que si algún día conseguía forzar la puerta del papa no sería pasando por la secretaría de Estado. Aquella tarde entró en la vía Giulia azorado, agotado, con la cabeza deshecha después de hacer tantas visitas, y tan fuera de sí al darse cuenta de que se había ido dejando atrapar poco a poco por aquella maquinaria, que no pudo menos de preguntarse con terror lo que haría al día siguiente, cuando lo único que le quedaba por hacer era el volverse loco.

Tropezó precisamente en el pasillo con don Vigilio y quiso consultarle otra vez, obteniendo de él un buen consejo. Pero éste le hizo callarse con un ademán inquieto, sin que adivinase él por qué. Su mirada era, como siempre, de terror. Luego le susurró al oído:

—¿Ha visto usted a monseñor Nani? ¡No!... Pues bien, vaya usted a visitarlo, vaya usted a visitarlo. Le repito que es lo que le queda por hacer.

Se sometió. En efecto, ¿para qué resistir? ¿No era su viaje a Roma una experiencia que hacía con independencia de la exaltación de su ardiente caridad que lo llevaba a defender su libro? Había, pues, que llevar las tentativas hasta el final.

A la mañana siguiente, muy temprano, estaba Pierre bajo la columnata de San Pedro, y tuvo que permanecer allí largo rato en espera. Hasta entonces no

se había dado cuenta de la enormidad de las cuatro hileras semicirculares de columnas, de aquel bosque de gigantescos troncos de piedra, en el que, dicho sea de paso, no se pasea nadie. Aquello es un desierto grandioso y triste, y uno se pregunta qué finalidad podía tener pórtico tan majestuoso: sin duda que fue construido por el solo hecho de su majestuosidad, por lo fastuoso de su decoración: una vez más, allí estaba Roma de cuerpo entero. Siguió luego por la calle del Santo Oficio, llegó frente al palacio del Santo Oficio, detrás de la Sacristía, en un barrio solitario y silencioso, turbado apenas de tiempo en tiempo por los pasos de un peatón o por el rodar de un carruaje. El único que se pasea allí, formando pequeñas alfombras blancas sobre el blanco pavimento, es el sol. Se barrunta la proximidad de la basílica, el olor a incienso, la paz de claustro, en aquel dormir de siglos. El palacio del Santo Oficio, situado en uno de los ángulos, es de una desnudez pesada e inquietante: alta fachada amarilla, perforada por una sola hilera de ventanas, en tanto que, en la calle lateral, hay otra fachada más ambigua todavía, con su hilera de ventanas más estrechas con ventanillos de vidrios glaucos. Aquella colosal masa cuadrada de albañilería, color de barro, parecía dormir, cerrada y misteriosa como una prisión, sin casi luz alguna de fuera.

Pierre sintió un escalofrío, que luego le hizo sonreír como si hubiese cometido una niñería. La santa, romana y universal Inquisición, la sagrada Congregación del Santo Oficio, como hoy la llaman, no era ya la congregación legendaria, la que proveía de carne a las hogueras, el tribunal oculto y sin apelación, que disponía de la vida de la humanidad entera. Sin embargo, continuaba manteniendo el secreto acerca de sus actividades, se reunía todos los miércoles, juzgaba y condenaba, sin que nada, ni siquiera un leve soplo, trascendiese fuera de sus muros. Pero, aunque continuaba persiguiendo el crimen de herejía, aunque no se limitaba a condenar a las obras, sino que condenaba también a los hombres, carecía de armas, no disponía de mazmorras, de espadas, ni de hogueras, y su papel se reducía a protestar, porque ni aun a los suyos, a los eclesiásticos, podía imponer otra cosa que penas disciplinarias.

Pero cuando Pierre entró en el palacio y fue conducido al salón de monseñor Nani, que habitaba allí por su condición de asesor, experimentó una agradable sorpresa. Era una habitación espaciosa, que daba al mediodía, a pesar de la rigidez de estilo del mobiliario y del tono oscuro de las colgaduras, como si allí viviese una mujer y realizase el prodigio de impregnar con su gracia las cosas más severas. No había flores, pero se aspiraba un olor

agradable. En cuanto se traspasaba el umbral, se respiraba un encanto, difuso, que se agarraba a los corazones.

Monseñor Nani se adelantó enseguida, sonriente, con cara sonrosada y ojos azules llenos de vivacidad, con finos cabellos rubios espolvoreados de blanco. Y con las dos manos extendidas hacia Pierre, exclamó:

—Ha sido usted muy amable, querido hijo, viniendo a visitarme... Veamos, siéntese, hablemos como dos amigos.

Y le interrogó, sin esperar a que él hablase, aparentando un afecto extraordinario.

—¿Cómo siguen sus asuntos? Cuénteme, dígame detalladamente todos los pasos que ha dado.

Conmoverlo Pierre, a pesar de las confidencias que le había hecho don Vigilio, conquistado por la simpatía que creía encontrar, se confesó sin omitir nada. Refirió sus visitas al cardenal Sarno, a monseñor Fornaro, al padre Dangelis; relató los demás pasos que había dado cerca de los cardenales influyentes, de los de la Congregación del Index, del Gran Penitenciario, del cardenal vicario y del cardenal secretario; hizo hincapié en sus interminables correrías llamando a todas las puertas, a través de todo el clero de Roma, a través de todas las congregaciones, en aquella colmena inmensa, activa y silenciosa, hasta lastimarse los pies, quebrantarse todo el cuerpo y entontecerse el cerebro.

Monseñor Nani, que parecía escucharle con expresión de arrobamiento, repetía en cada estación del calvario del solicitante estas exclamaciones:

—¡Magnífico! ¡Eso va bien! ¡Su asunto marcha a las mil maravillas! ¡Vaya si marcha!

Se mostraba muy satisfecho, sin dejar entrever ninguna ironía de mal gusto. Su mirada escrutadora sondeaba al sacerdote, para ver si estaba ya en el punto de obediencia a que él había querido llevarlo. ¿Estaría lo suficientemente cansado, lo suficientemente desilusionado, lo bastante informado para darle el último golpe? El hombre entusiasta y un poco alocado del primer día, ¿se habría vuelto prudente o, por lo menos, resignado, al cabo de tres meses de estancia en Roma? Monseñor Nani le preguntó bruscamente:

—Querido hijo mío, nada me ha dicho usted todavía de Su Eminencia el cardenal Sanguinetti.

—Monseñor, no he podido ver a Su Eminencia, porque se encuentra en Frascati.

El prelado entonces, como si hubiese retrasado el desenlace, con un secreto placer de artista de la diplomacia, alzó sus manos al cielo, con la

expresión inquieta de quien lo ve todo perdido.

—¡Pues hay que visitar a Su Eminencia, hay que ver a Su Eminencia! Es absolutamente necesario. ¡Figúrese usted! ¡El prefecto del Index! Nos no podemos actuar sino después de que haya hecho usted esa visita, porque si no le ve a él es como si no hubiese visto a nadie... Vaya usted a Frascati, querido hijo, vaya usted a Frascati.

A Pierre no le quedó más remedio que inclinarse.

—Iré, monseñor.

## XI

**A**unque la hora de presentarse en casa de monseñor Sanguinetti eran las once de la mañana, Pierre, que había tomado uno de los primeros trenes, llegó a las nueve a la estación de Frascati. Ya había estado antes allí, aprovechando un día de inactividad forzosa; había realizado la excursión clásica de los Castillos romanos, que empieza en Frascati y va a Rocca di Papa, y de Rocca di Papa al Monte Cave; estaba encantado y se prometía pasar dos horas de agradable paseo en las colinas Albanas, sobre las que se asienta Frascati, entre cañaverales, olivares y viñedos, dominando el inmenso mar bermejo de la Campaña, como desde lo alto de un promontorio, hasta la Roma lejana que surge toda blanca, como un islote de mármol, a seis leguas largas.

¡Ah Frascati, colocado sobre un torreón verdegueante, al pie de las alturas boscosas de Tusculum, con su terraza famosa, desde la que se descubre el panorama más bello del mundo; con sus antiguas villas patricias, de altivas y elegantes fachadas del Renacimiento; con sus parques magníficos siempre verdes, cubiertos de cipreses, pinos y encinas! Era como una caricia, una alegría, una seducción de la que no se hubiera cansado nunca. Llevaba ya una hora vagando encantado por las carreteras bordeadas de antiguos olivos nudosos y por caminos cubiertos, sombreados por los grandes árboles de las propiedades contiguas, y por senderos olorosos que se asomaban en cada recodo a la Campaña infinita, cuando tuvo un encuentro imprevisto que al principio le contrarió.

Había vuelto a bajar hasta cerca de la estación, y se paseaba por terrenos bajos, donde antes había viejos viñedos y ahora se observaba un movimiento de nuevas construcciones levantadas en los últimos años; y de pronto tropezó con una victoria, tirada por dos hermosos caballos, que venía de Roma y que se detuvo junto a él. Pierre oyó que le llamaban por su nombre.

—¡Cómo! ¿Usted de paseo por aquí, tan de mañana? Entonces se dio cuenta de que era el conde Prada. Éste bajó del carruaje y le ordenó al cochero que siguiese adelante, mientras que él hacía a pie los últimos

doscientos o trescientos metros al lado del joven sacerdote. Después de darle un cordial apretón de manos, se explicó a placer.

—Sí, raras veces suelo venir en ferrocarril; casi siempre vengo en coche. Así se estiran un poco los caballos... Ya sabe que tengo intereses aquí, toda una serie de construcciones, asunto que, por desgracia, no marcha bien.

Pierre estaba, en efecto, enterado de todo aquello. Los Boccanera se habían visto obligados a vender la villa suntuosa, que un cardenal antecesor suyo había edificado allí de acuerdo con planos de Jacques de la Porte, en la segunda mitad del siglo XVI; era una residencia real, con umbrías admirables, estanques, cascadas y, sobre todo, una terraza, célebre entre todas las del país, que se adelantaba como un cabo por encima de la Campaña romana, cuya inmensidad infinita va desde las montañas de la Sabina hasta las arenas del Mediterráneo. Y en el reparto, Benedetta heredó de su madre los grandes viñedos, al pie de Frascati, llevándolos como dote a Prada en el momento álgido en que la locura de construir soplaba de Roma hacia las provincias. Por eso había tenido Prada la idea de construir allí todo un barrio de villas burguesas, por el estilo de las que surgen por todas partes en los alrededores de París. Pero habían sido pocos los compradores que se habían logrado; sobrevino después el derrumbamiento financiero y fue liquidado poco a poco y con dificultad aquel negocio molesto, no sin antes haber pagado la parte de su mujer, a raíz de su separación.

—Además —siguió diciendo—, viajando en carruaje, sale y llega uno cuando le da la gana, mientras que haciendo el viaje en ferrocarril, hay que ser esclavo de los horarios. Esta mañana, por ejemplo, estoy citado con los contratistas, con los técnicos, con los abogados, e ignoro el tiempo que me entretendré con ellos... Es una localidad admirable, ¿verdad? Tenemos razón en Roma para mostrarnos orgullosos. Por muchas preocupaciones que yo tenga en este momento, en cuanto vuelvo a verme aquí, mi corazón late de gozo.

Lo que no decía era que su amiga, como él llamaba a Lisbeth Kauffmann, había pasado el verano en una de las nuevas villas, en la que había instalado su estudio de artista y en la que había recibido las visitas de toda la colonia extranjera, que toleraba la irregularidad de su situación desde la muerte de su marido en gracia a su alegría y a su pintura, lo suficiente para ser libre. Se había llegado incluso a pasar por alto su embarazo, y había vuelto a instalarse en Roma, a mediados de noviembre, para dar a luz un hermoso niño, cuya venida había dado nuevo impulso en los salones blancos y en los salones negros a los comadros apasionados acerca del divorcio inminente de



Benedetta y de Prada. El cariño que este último sentía por Frascati nacía seguramente de sus tiernos recuerdos y de la gran alegría orgullosa que le había producido el nacimiento de su hijo.

Pierre, que guardaba en su presencia cierta perplejidad, como una especie de malestar, porque sentía un odio instintivo por los hombres de dinero y de negocios, quiso corresponder a su perfecta amabilidad pidiéndole noticias de su padre, el viejo Orlando, el héroe de la conquista.

—¿Mi padre? Quitando lo de sus piernas, goza de salud admirable. ¡Llegará a los cien años! ¡Tan dichoso como hubiera sido yo instalándolo en una de estas casitas para que pasase aquí el verano! Pero no quiso; se empeña en no salir de Roma, como si temiese que se la quitaran durante su ausencia.

Se echó a reír, como si le complaciese en echar a broma aquella época de la independencia, heroica y pasada de moda. Luego agregó:

—Ayer mismo me hablaba de usted, señor abate. Le sorprende que no haya vuelto por allí.

Pierre se mostró pesaroso, porque había tomado un cariño respetuoso al viejo Orlando. Dos veces había ido a saludarlo después de su primera visita, y las dos veces se negó el anciano a hablar de Roma mientras su joven amigo no hubiese visto, sentido y comprendido todo. Ya habría tiempo más adelante, cuando el uno y el otro estuviesen en disposición de sacar sus conclusiones.

—Le ruego muy encarecidamente —exclamó Pierre— que le diga usted que no le olvido, y que si mi visita se está haciendo esperar, es precisamente por poder complacerle. Pero no me marcharé de Roma sin pasar antes a expresarle todo mi reconocimiento por su acogida.

Iban caminando lentamente por la carretera en cuesta, por entre villas nuevas, algunas de las cuales ni siquiera estaban terminadas. Y cuando Prada supo que el sacerdote había venido para visitar al cardenal Sanguinetti, se sonrió de nuevo, con su risa de lobo amable, que descubría sus dientes blancos.

—El cardenal vive aquí, es cierto, desde que el papa está enfermo... ¡Lo va a encontrar usted completamente febril!

—¿Y por qué?

—Porque las noticias que circulan esta mañana acerca de la salud de Su Santidad no son buenas. Cuando he salido de Roma circulaba el rumor de que había pasado una noche horrible.

Se había detenido en un recodo del camino, frente a una capilla antigua, una iglesita de una gracia solitaria y triste, que estaba situada en la orilla de un olivar. Junto a la ermita se veía una casita en ruinas, y de la casita salía un

sacerdote alto, asarmentado, de cara sólida y terrosa; antes de alejarse cerró la puerta con dos vueltas de llave.

El conde prosiguió burlón:

—Ahí tiene usted otro cuyo corazón debe también estar dando brincos. Seguramente que sube a casa del cardenal a por noticias.

Pierre se quedó mirando con sorpresa al sacerdote. Luego dijo:

—Lo conozco. Si no me equivoco, lo he visto al día siguiente de mi llegada en casa del cardenal Boccanera, al que llevaba un cestillo de higos, al mismo tiempo que iba a pedirle un buen certificado para su hermano más pequeño, que estaba en la cárcel por un acto de violencia, creo que por una cuchillada. El cardenal se negó en redondo a darle el certificado.

—Con seguridad que se trata de la misma persona, porque este cura fue en otro tiempo familiar en la villa Boccanera, en la que su hermano era jardinero. Pero hoy es el cliente y la hechura del cardenal Sanguinetti... Creo que en Francia no tienen ustedes tipos como este Santobono. Vive completamente solitario en esta casita que se cae a pedazos, y tiene a su cargo esta vieja capilla de Santa María de los Campos, a la que suele venir la gente tres veces al año a oír misa. Una verdadera sinecura, que le permite vivir como campesino filósofo, con sus mil francos de sueldo y el cultivo de una huerta bastante grande, esa que ve usted ahí rodeada de una tapia bastante alta.

En efecto, el recinto cerrado se extendía por la cuesta, detrás de la casa sacerdotal, sin acceso alguno, como refugio esquivo en el que no se podía penetrar ni siquiera con la mirada. Sólo se veía, por encima de la muralla de la mano izquierda, una magnífica higuera, una higuera gigantesca, cuyas altas hojas se recortaban en negro sobre el cielo azul claro.

Prada había reanudado la marcha y seguía hablando de Santobono, que le interesaba, sin duda alguna. Era un cura patriota, un garibaldino. Nacido en Nemi, un rincón todavía salvaje de las colinas Albanas, era hombre del pueblo, apegado a la tierra; pero había estudiado, sabía de Historia lo bastante para estar al corriente de la pasada grandeza de Roma y para soñar con el establecimiento del Imperio romano, por obra de la joven Italia. Llegó a exaltarse con la firme creencia de que sólo el papa era capaz de convertir en realidad aquel sueño, apoderándose del poder y conquistando luego a las demás naciones. ¿Había cosa más sencilla, puesto que el papa tenía autoridad sobre tantos millones de católicos? ¿No le pertenecía la mitad de Europa? Francia, España, Austria, se someterían en cuanto le vieses poderoso, dictando leyes al mundo. En cuanto a Alemania e Inglaterra y a todas las naciones protestantes, llegarían indefectiblemente a ser conquistadas, porque

el Papado era el dique único que se podía oponer al error, que se quebraría fatalmente contra él. A pesar de todo, se declaró en política partidario de Alemania, convencido de que era preciso empezar por aplastar a Francia, si se quería que ésta se echase en brazos del Santo Padre. Y en aquel cerebro lleno de nebulosidades chocaban las ideas más contrapuestas y alocadas, y pronto degeneraban en torbellinos de violencia, bajo la influencia de la rudeza primitiva de la raza; era un evangelista bárbaro, un amigo de los humildes y de los dolientes, pero pertenecía a la familia de los sectarios exaltados, capaces de grandes virtudes y de grandes crímenes.

—Sí —concluyó Prada—, se ha entregado al cardenal Sanguinetti, porque ha visto en él a un posible gran papa, al que está llamado a convertir a Roma en la capital de los pueblos. Claro que también se une a este ideal alguna ambición más subalterna, por ejemplo, la de conquistar un nombramiento de canónigo o la de tener una ayuda en las pequeñas dificultades de la vida, como, por ejemplo, cuando tuvo que sacar a su hermano de un mal paso. Se juega a ganar con un cardenal lo mismo que se juega a un cartón de la lotería: si el cardenal sale papa, se ha hecho suerte... Véalo usted caminar a zancadas para llegar cuanto antes y enterarse de si León XIII va a morir y si saldrá su cartón y Sanguinetti ceñirá la tiara.

Pierre le preguntó, lleno de interés y de inquietud:

—¿Cree usted que la enfermedad del papa llega a ese extremo de gravedad?

El conde se sonrió y alzó los brazos.

—¡Quién sabe! Cuando su interés lo requiere, todos se ponen enfermos. Pero yo creo que ahora su indisposición es cierta: un desarreglo del aparato digestivo, según dicen; a su edad, la menor indisposición puede ser fatal.

Caminaron algunos pasos en silencio; luego planteó de nuevo el sacerdote la siguiente cuestión:

—De modo que, si vacase la Santa Sede, ¿es el cardenal Sanguinetti uno de los que tienen mayores probabilidades?

—¡Probabilidades, probabilidades! Eso no se sabe nunca a punto fijo. Lo cierto es que está clasificado entre los posibles candidatos. Si bastase con el deseo de ser papa, seguro que Sanguinetti sería el futuro papa, porque para ello despliega una pasión, un arrebató extraordinario de voluntad, como si esta ambición suprema le quemase hasta los huesos. Ése es precisamente su punto flaco, que se desgasta, y él se da cuenta de ello. De ahí que en estos últimos días de lucha esté decidido a todo. Tenga la seguridad de que si ha venido a encerrarse aquí en este momento crítico ha sido para mejor dirigir

desde lejos su batalla, al mismo tiempo que afecta un deseo de vivir retirado y un desinterés del mejor efecto.

Y se extendió en consideraciones acerca de la personalidad de Sanguinetti, cuyo espíritu de intriga y agrio apetito de conquista, cuya actividad excesiva y algo enredadora le agradaban. Lo conoció al regresar de la nunciatura de Viena, curtido en los negocios, resuelto a poner la mano sobre la tiara. Esta ambición lo explicaba todo: sus indisposiciones y sus reconciliaciones con el papa reinante, el afecto hacia Alemania, seguido luego de una brusca evolución en favor de Francia; sus actitudes sucesivas frente a Italia, que empezó con un deseo manifiesto de llegar a una inteligencia y se trocó luego en absoluta intransigencia, en no querer hacer concesión alguna hasta que Roma fuese evacuada. Esta última posición parecía definitiva, afectaba deplorar el reinado vacilante de León XIII, manifestando una ferviente admiración hacia el papa heroico de la resistencia, hacia Pío IX, cuya bondad de corazón era compatible con una inquebrantable firmeza. Era como decir que él devolvería a la Iglesia su campechanía, que no era debilidad, con independencia de las complicaciones peligrosas de la política. Sin embargo, en el fondo era política todo lo que él maquinaba, y no había tenido más remedio que trazar un programa completo, voluntariamente difuso, pero que sus clientes, sus hechuras, esparcían con una expresión misteriosa y extática. Vivía en una inquietud mortal desde la anterior indisposición que había tenido el papa, porque corrían rumores de que los jesuitas se resignaban a sostener la candidatura del cardenal Boccanera, aunque sintiese poca simpatía hacia ellos. Desde luego, este último era hombre de carácter huraño y de una piedad exagerada y peligrosa en este siglo de tolerancia; pero pertenecía al patriciado y su elección significaba que el Papado no renunciaría al poder temporal. Desde aquel instante se le había aparecido Boccanera a Sanguinetti como el hombre temible, y lo suyo no era vivir, porque se veía despojado y se pasaba las horas buscando alguna combinación que le desembarazase de aquel rival suyo todopoderoso; no perdonaba alusión a las habladurías abominables sobre sus complacencias con Benedetta y Dario, presentándolo una y otra vez como el anticristo en cuyo reinado debía consumarse la ruina del Papado. La última combinación que había ideado para asegurarse el apoyo de los jesuitas consistió en hacer correr por boca de sus familiares el rumor de que no sólo se comprometía a mantener intacto el principio del poder temporal, sino que reconquistaría también ese poder. Y susurraban al oído de las gentes el plan que tenía, un plan que conduciría seguramente a la victoria, de resultados fulminantes, a

pesar de que en apariencia hacía concesiones: no prohibir a los católicos el ser electores y candidatos, enviar al Parlamento primero cien diputados, luego doscientos, finalmente trescientos, y derribar la monarquía de Saboya, para sustituirla por una amplia federación de las provincias italianas, cuyo presidente augusto y soberano sería el Santo Padre, reintegrado al dominio de Roma.

Prada, como remate, volvió a reírse, enseñando sus dientes blancos, que no soltarían fácilmente su presa.

—Ya ve usted que no tenemos más remedio que defendernos, porque se trata de echarnos fuera. Por fortuna, todos estos planes tropiezan con algunos pequeños inconvenientes. Sin embargo, esta clase de fantasías ejercen una influencia enorme sobre ciertos cerebros exaltados, como, por ejemplo, el de ese Santobono; ahí tiene usted un hombre al que Sanguinetti podría llevar adonde quisiese con sólo una palabra... ¡Tiene buenas piernas! Mírelo, ya está allá arriba, ya ha llegado; ahora entra en la villa del cardenal, aquel palacete blanco con balcones tallados.

En efecto, se veía desde allí el palacete, una de las primeras casas de Frascati, construcción moderna, estilo Renacimiento, cuyas ventanas daban a la inmensidad de la Campaña romana.

Eran las once; al despedirse Pierre del conde, para ir hasta la villa del cardenal, aquél retuvo un instante su mano en la suya.

—Mire, señor abate, si quisiese extremar su amabilidad, me acompañaría a almorzar... ¿Quiere? En cuanto haya despachado usted puede venir a buscarme en aquel restaurante, allí, el edificio de fachada color de rosa. Yo arreglaré todos mis asuntos en una hora y será un verdadero placer comer en su compañía.

Pierre rehusó al principio, se disculpó; pero no había excusa posible; al fin tuvo que rendirse, cediendo a su pesar al encanto de Prada. Se separaron, y sólo tuvo Pierre que subir una calle para encontrarse en la puerta del cardenal. Este último era un hombre sumamente accesible, parte por un deseo ingénito de expansión, parte por cálculo, para pasar por hombre popular. En Frascati sobre todo las puertas de su casa estaban abiertas de par en par aun a las más humildes sotanas. El joven sacerdote fue, pues, pasado en el acto; esto le sorprendió un poco, porque recordaba el mal humor del criado que le había recibido en Roma y que le había aconsejado que no emprendiese el viaje, porque a Su Eminencia no le agradaba que le molestasen cuando estaba enfermo. En verdad, que no se veían señales de enfermedad por parte alguna, porque en la agradable villa, inundada de sol, todo parecía sonreír. La sala de

espera, en la que acababan de dejarle solo, carecía de lujo y de comodidades, estando amueblada con feísimo mobiliario de terciopelo rojo; pero tenía para alegrarla la luz más bella del mundo y desde ella se dominaba la Campaña, tan llana, tan pelada, de una belleza sin par, toda ensueño, como si brillasen en ella todos los espejismos del pasado. Por eso, mientras llegaba el momento de que le recibiese el cardenal, se acercó a una de las ventanas, abierta de par en par sobre el balcón, y se quedó extático contemplando aquel mar de hierba sin orillas, hasta las blancuras lejanas de Roma, a las que dominaba la cúpula de San Pedro, pequeña mancha centelleante del tamaño de la uña de un dedo meñique.

Y allí se quedó absorto, hasta que le sacó de su ensimismamiento el ruido de una conversación, cuyas palabras llegaron claramente a sus oídos. Se echó un poco hacia adelante y se convenció de que era Su Eminencia mismo quien, de pie en el balcón contiguo, conversaba con un sacerdote; Pierre sólo veía un extremo de la sotana de éste; pero cayó enseguida en la cuenta de que se trataba de Santobono. Su primer impulso fue el de retirarse por discreción; pero las palabras que oyó le obligaron a no moverse.

—Lo sabremos dentro de un momento —decía Su Eminencia con voz pastosa—. He enviado a Eufemio a Roma, porque sólo tengo confianza en él. Ahí llega el tren en que viene.

En efecto, a través de la amplia llanura se acercaba un tren; todavía se le veía pequeño, como un juguete. Sin duda que Sanguinetti había salido al balcón y se había apoyado sobre la balaustrada para acechar su llegada. Y allí permanecía, clavados los ojos en la lejanía, en Roma.

Santobono pronunció algunas palabras con acento exaltado; pero Pierre no las comprendió bien. Pero sí oyó con claridad la contestación que le daba el cardenal:

—Desde luego, amigo mío, desde luego; sería una gran catástrofe que le ocurriese alguna desgracia. Que Dios nos conserve todavía durante mucho tiempo la vida de Su Santidad...

Calló; pero como no era un hombre hipócrita, completó su pensamiento secreto:

—Por lo menos que nos la conserve por ahora, ya que los instantes son malos; yo me encuentro poseído por la más espantosa angustia, porque los partidarios del Anticristo han ganado mucho terreno en estos últimos tiempos.

Santobono dejó escapar un grito.

—¡Ah! Pero Su Eminencia actuará y triunfará.

—¡Yo, querido amigo! ¿Y qué quiere usted que haga yo? Todo lo que yo puedo hacer es ponerme a disposición de mis amigos, de los que tienen puesta en mí su fe mirando únicamente a la victoria de la Santa Sede.

Son ellos los que deben actuar, cada uno de acuerdo con los medios que tiene a su mano, para cerrar el paso a los malos y hacer que de ese modo sea posible el triunfo de los buenos... ¡Ah! Si triunfara el Anticristo... Aquella palabra de Anticristo, que el cardenal repetía tanto, produjo en el ánimo de Pierre una profunda turbación. Pero de pronto se acordó de lo que le había dicho el conde: el Anticristo era el cardenal Boccanera.

—Reflexione usted, amigo mío, en lo que le digo: el Anticristo, dentro del Vaticano, equivale a dejar que se consume la ruina de la religión, por su orgullo implacable, por su férrea voluntad, su sombría locura de aniquilamiento; porque ya no hay lugar a dudas: él es la bestia mortífera anunciada por las profecías, la que amenaza acabar con todo, la que amenaza arrastrarlo todo en su carrera furiosa hacia las tinieblas del abismo. Lo conozco; él no sueña más que con obstinación y ruinas; se agarrará a los pilares del templo y los sacudirá para sepultarse bajo sus escombros, y con él la catolicidad entera. No pasarán ni seis meses sin que lo arrojen de Roma, reñido con todas las naciones, odiado por Italia, arrastrando por el mundo la sombra errante del último papa.

Un sordo rezongo, una especie de ahogado juramento de Santobono, acogió la espantosa predicción. Pero el tren había ya llegado a la estación, y entre los escasos viajeros que bajaron distinguió Pierre a un curita, que caminaba tan de prisa, que parecía que se azotaba los muslos con la sotana. Era Eufemio, secretario del cardenal. Cuando vio que éste le esperaba en el balcón, dejó de lado toda consideración al qué dirán y echó a correr para salvar la calle en cuesta.

—¡Ahí está Eufemio! —exclamó Su Eminencia, trémulo de ansiedad—. ¡Al fin vamos a saberlo, al fin lo sabremos!

El secretario desapareció por la puerta, y debió de subir con tal rapidez, que Pierre lo vio atravesar casi en el acto el salón de espera donde se encontraba y desaparecer en el despacho del cardenal. Éste se había retirado del balcón para ir al encuentro de su mensajero; pero volvió a salir, entre preguntas precipitadas, exclamaciones y barullo, producido todo por las malas noticias.

—De modo que la noticia era exacta, que ha pasado una mala noche. Su Santidad no ha podido conciliar el sueño... ¿Le han dicho que a causa de

unos cólicos? A una edad como la suya es lo peor que le puede ocurrir, porque se lo pueden llevar en un par de horas... ¿Y qué dicen los médicos?

La contestación no llegó a los oídos de Pierre. Pero la supuso al oír que el cardenal seguía diciendo:

—¡Bah! Los médicos no saben nunca por dónde se andan. Además, cuando se muestran reservados es que la muerte ronda... ¡Dios Santo! ¡Qué catástrofe si no se encuentra manera de retrasar por algunos días la desgracia!

Se calló, y Pierre tuvo la sensación de que se había quedado con los ojos clavados en la lejanía, en Roma, mirando con toda la angustia ambiciosa de que era capaz hacia la cúpula de San Pedro, hacia la manchita centelleante no mayor que la uña de un dedo meñique en medio de la llanura bermeja. ¡Qué revuelo, qué agitación si moría el papa! Sanguinetti hubiera querido que le bastase con extender el brazo para coger en el hueco de su mano la Ciudad Eterna, la Ciudad Sagrada, que allá, en el horizonte, no ocupaba más espacio que el de un montoncito de cascajo tirado allí por algún niño que jugaba con una pala. Y soñaba ya con el cónclave, con el momento en que los palios de los demás cardenales se humillarían hasta el suelo, y el suyo, inmóvil, soberano, se coronaría de púrpura.

—Tenía usted razón, Santobono, amigo mío —exclamó—; hay que actuar, es preciso salvar a la Iglesia... Además, no es posible imaginar que no esté de nuestra parte el cielo, porque nosotros sólo buscamos el triunfo suyo. El cielo sabrá en el momento supremo, y si no hay más remedio, hacer que caiga fulminado el Anticristo.

Entonces, y por primera vez, oyó Pierre con toda claridad la voz ruda de Santobono, que decía con una especie de furia:

—¡Oh! ¡Y si el cielo anda reacio, no faltará quien le ayude!

Y nada más; ya sólo llegó a sus oídos un murmullo confuso. El balcón se había quedado vacío, y Pierre siguió esperando en el vecino balcón soleado, de una alegría serena y encantadora. De pronto se abrió la puerta del despacho de par en par y un criado le hizo pasar; Pierre se admiró al encontrar solo al cardenal, porque no había visto salir a los dos curas, que se habían retirado por otra puerta.

El cardenal estaba de pie, envuelto en la blanda luminosidad, junto a la ventana; su rostro era rubicundo; la nariz, gruesa; los labios, abultados; el aspecto, de juventud; grueso y vigoroso, a pesar de sus sesenta años. Siguiendo su táctica política, había recobrado la sonrisa paternal con que acogía a los humildes. E inmediatamente, en cuanto Pierre se inclinó y le besó el anillo, le hizo señal de que tomase asiento.



—Siéntese, querido hijo, siéntese... Bueno, supongo que vendrá usted por el desdichado asunto de su libro. Tengo verdadero placer en conversar con usted. También él había cogido una silla y se había sentado delante de la ventana que daba hacia Roma, de la que parecía que no podía alejarse. El sacerdote se dio cuenta de que apenas si prestaba atención a lo que él decía y que se le iban los ojos hacia la presa tan calurosamente deseada, mientras Pierre se excusaba por haber ido a turbarle en su lugar de reposo. Sin embargo, la apariencia de amable atención era perfecta, y Pierre se asombró ante la fuerza de voluntad que ese hombre tenía que emplear para aparentar tranquilidad, para mostrarse tan atento a los asuntos de los demás en el momento mismo en que pasaba por su vida un huracán como aquél.

—Su Eminencia se dignará perdonarme.

—Ha obrado usted perfectamente viniendo, ya que mi pobre salud no me permite salir de aquí..., aunque ya me siento mejor. Comprendo, además, que tenga usted interés en darme algunas explicaciones, en defender su libro, en aclarar mi criterio. Si le he de decir la verdad, me extrañaba ya de que no hubiese venido, porque estoy informado de que es usted un hombre de mucha fe y de que no escatima esfuerzos para convertir a los jueces... Hable, querido hijo; le escucho con toda la alegre buena voluntad que tengo para absolverle.

Pierre se dejó engatusar por estas amables palabras. Y por un momento le asaltó la esperanza de ganar para su causa al todopoderoso prefecto del Index. Se hallaba convencido ya de la rara inteligencia y de la cordialidad exquisita del antiguo nuncio, que había aprendido, primero en Bruselas y luego en Viena, el arte mundano de despedir, encantadas, a las personas de quienes se estaba burlando, prometiéndoles todo, sin concederles nada. Por eso supo encontrar una vez más su ardor de apóstol para exponer sus ideas sobre la Roma del mañana, la Roma con que él soñaba, señora del mundo otra vez, a condición de que volviese al cristianismo de Jesús, al amor ardiente de los pequeños y de los humildes.

Sanguinetti se sonreía, movía la cabeza, exclamaba con entusiasmo:

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Muy bien!... Soy de su misma opinión, querido hijo. No es posible expresarlo mejor... Es la evidencia misma, y estarán de su parte todas las buenas almas.

Y agregaba que le conmovía profundamente todo el aspecto poético del tema. Gustaba de pasar, como León XIII, y sin duda por rivalizar con él, por uno de los más distinguidos latinistas, y sentía por Vigilio una ternura especial e ilimitada.

—Ya conozco, ya conozco su página dedicada a la vuelta de la primavera, para consuelo de los pobres a los que el invierno dejó aletargados. Tres veces he leído esa página. No sé si habrá caído usted en la cuenta, pero su estilo está lleno de giros latinos. He subrayado más de cincuenta expresiones que también se encuentran en las Eglogas. ¡Es un encanto su libro, un verdadero encanto!

Como no era ningún tonto y se daba cuenta de que en aquel curita se ocultaba una gran inteligencia, llegó a interesarse, no por él, sino pensando en el provecho que de él podría sacar. En medio de la fiebre de intrigas que siempre le devoraba, su continua preocupación era la de sacar de los demás, de las criaturas que Dios le enviaba, todo lo que podía ser útil a su propio triunfo. Por el momento apartó su mirada de Roma; miraba a la cara de su interlocutor mientras escuchaba sus palabras, preguntándose en qué podría emplearlo inmediatamente durante la crisis que atravesaba, o más tarde, cuando fuese papa. Pero el sacerdote cometió una vez más el error de atacar el poder temporal de la Iglesia y pronunció además algunas palabras poco hábiles sobre la religión nueva.

El cardenal le contuvo con un ademán, sin dejar de sonreír, sin perder su amabilidad, aunque en aquel momento se confirmó definitivamente la resolución que tenía tomada desde hacía tiempo.

—Desde luego, hijo mío, son muchos los puntos en que lleva usted la razón, y mis opiniones concuerdan muchas veces con las suyas por completo, se lo aseguro... Pero veamos; usted ignora, sin duda alguna, que yo soy aquí el protector de Lourdes. Así, pues, después de la página que ha dedicado en su libro a la gruta, ¿cómo quiere que me declare en su favor y contra los padres?

Pierre quedó aterrado al enterarse de este hecho, porque lo ignoraba en absoluto. Nadie se había cuidado de advertírselo. Las obras católicas del mundo entero tienen en Roma como protector a un cardenal, designado por el Santo Padre, y que está encargado de representarlas y defenderlas si llega el caso.

—¡Son unos santos esos padres! —siguió diciendo cariñosamente Sanguinetti—. Usted les ha dado un gran disgusto, y eso verdaderamente ata mis manos, porque no puedo aumentar su pena... ¡Si usted supiera el número de misas que nos envían! Sé de no pocos de nuestros pobres sacerdotes que se morirían de hambre a no ser por ellos.

Pierre no tenía más remedio que resignarse. Una vez más tropezaba con la eterna cuestión de dinero, con la necesidad que tenía la Santa Sede de equilibrar su presupuesto de gastos un año con otro. Era siempre la misma

situación de servidumbre en que se encontraba el papa, libertado de la preocupación de reinar, pero sujeto, no obstante, a la tierra, por su gratitud forzada a los que enviaban limosnas. Eran tan grandes las necesidades, que el dinero era el que allí reinaba, el verdadero soberano, ante el que se doblegaba todo en la corte de Roma.

Sanguinetti se levantó para despedir a su visitante.

—En fin, querido hijo —siguió diciendo con efusión—, no se desespere. A decir verdad, yo no dispongo más que de mi voto; pero le prometo tener en cuenta las excelentes aclaraciones que acaba de proporcionarme... ¡Quién sabe! Si Dios está con usted, él le salvará, aun contra nosotros.

Era su táctica corriente, porque tenía como principio el no acorrallar a nadie, el no despedir a las personas desesperanzadas. ¿Qué adelantaba con decir a éste que era ya cosa decidida la condenación de su libro y que el único partido prudente que le quedaba era el de desautorizarlo? Sólo un salvaje como Boccanera era capaz de avivar la ira en las almas ardientes, empujándolas a la rebelión.

—¡Espere usted, espere usted! —repetía con su sonrisa, dando con ello a entender un sinfín de cosas agradables que se veía obligado a callar.

Pierre, profundamente conmovido, sintió que cobraba nueva vida. Se había olvidado hasta de la conversación que había sorprendido, de aquella áspera ambición, de aquella rabia sorda contra el rival temido. Además, ¡quién sabe si entre los poderosos hacía la inteligencia las veces del corazón! Si Sanguinetti llegaba algún día a ser papa, y si le había entendido, ¿por qué no había de ser él el papa tan esperado? ¿Por qué no había de aceptar la tarea de reorganizar la Iglesia de los Estados Unidos de Europa, señora espiritual del mundo? Le dio las gracias con emoción, se inclinó y le dejó abandonado a su ensueño, de pie frente a la ventana abierta de par en par, desde la que veía a lo lejos Roma, maravillosa y deslumbradora como una joya, como la tiara de oro y de pedrería, en el esplendor del sol de otoño.

Era cerca de la una cuando Pierre y el conde Prada pudieron almorzar en una de las mesitas del restaurante en que se habían dado cita. Uno y otro, debido a sus asuntos, habían llegado con retraso. Pero el conde parecía muy alegre, porque había arreglado ventajosamente algunos de sus negocios; también el sacerdote, nuevamente esperanzado, se abandonaba con delicia a la vida en aquella suavidad de los últimos días hermosos. Por eso el almuerzo resultó agradabilísimo, en aquel salón espacioso y claro, pintado de azul y rosa, absolutamente desierto en esa época del año. En el cielo raso volaban los amorcillos, paisajes que recordaban de lejos los castillos romanos que

decoraban las paredes. Comieron cosas frías, bebieron vino de Frascati, que tiene un gusto de terruño quemado, como si los antiguos volcanes hubiesen dejado a la tierra un poco de su llama.

La conversación se desarrolló durante largo rato acerca de las colinas Albanas, cuya gracia huraña domina, tan felizmente para el encanto de los ojos, la llana Campaña romana. Pierre, que había hecho en carruaje la clásica excursión de Frascati a Nemi, estaba todavía bajo su encanto, y hablaba con pasión. Estaba en primer lugar el adorable camino de Frascati a Albano, que subía y bajaba por las laderas de las colinas plantadas de cañaverales, de viñas y olivos, entre las cuales se abrían a cada paso claros por los que se veía la inmensidad oleosa de la Campaña. A mano izquierda, la ciudad de Rocca di Papa, formando anfiteatro, surgía como mancha blanca, encima de un torreón, debajo del monte Cave, coronado por árboles corpulentos y seculares. Mirando a Frascati, desde aquel sitio del camino se distinguía muy arriba, en la orilla de un bosque de pinos, las ruinas lejanas de Tusculum, unas extensas ruinas bermejas, cocidas por siglos de sol, desde las que se distinguía un panorama admirable y sin límites. Se pasaba luego por San Marino, con su gran calle en cuesta, su gran iglesia y su viejo palacio de los Colonna, ennegrecido y medio carcomido. Luego, después de un bosque de encinas verdes, se pasaba a lo largo del lago Albano, espectáculo único en el mundo; enfrente, las ruinas de Alba la Longue, al otro lado de las aguas inmóviles, claras como un espejo; a la izquierda, el monte Cave, con Rocca di Papa y Palazzola, y a la derecha, Castel Gandolfo, posado en su peña, como un pájaro blanco, entre el lago y el mar, refrescado siempre por la brisa, hasta en las horas más ardientes del verano, célebre en otros tiempos porque allí tenían su villa los papas, en la que gustaba Pío IX pasar días de indolencia, pero a la que León XIII no fue nunca. El camino descendía luego y las encinas verdes surgían otra vez, encinas verdes famosas por su enorme corpulencia, una doble hilera de colosos, de monstruos de miembros retorcidos, dos o tres veces centenarios; al fin se llegaba a Albano, pequeña población, menos limpia y modernizada que Frascati; rincón del terruño que ha conservado su antiguo aroma montaraz; y luego Arricia, con el palacio Chigi, y colinas cubiertas de bosque, y puentes que saltan sobre cañadas desbordantes de umbrías; y más allá todavía Genzano y Nemi, cada vez más alejadas y hurañas, perdidas en medio de rocas y de árboles.

¡Qué inefable recuerdo conservaba Pierre de Nemi, que se alza al borde de su lago; Nemi que desde lejos parece tan delicioso, que surge como visión encantadora, evocadora de antiguas leyendas, de poblaciones de hadas que

brotan en el verdor del misterio de las aguas, pero que, cuando se llega a ellas, resultan de una suciedad repugnante! Lo domina todavía la torre de los Orsini, como genio malo de épocas pretéritas, que parece conservar allí las costumbres feroces, las pasiones violentas y las cuchilladas. De allí era Santobono, cuyo hermano había cometido un asesinato, y que parecía alimentar una llama asesina, con sus ojos de criminal, relucientes como dos carbones encendidos. ¡Y el lago, el lago redondo como una luna apagada, en el fondo de aquel cráter, en aquella cuenca, más estrecha y más profunda que la del lago Albano, rodeada de árboles de un vigor y de una densidad prodigiosas! Los pinos, los olmos, los sauces descienden hasta la orilla en una marea verde de ramas que se aplastan unas a otras. Esta fecundidad formidable tiene su origen en los vapores que se desprenden continuamente del agua bajo la acción tórrida del sol, cuyos rayos se concentran en aquel hoyo, como en un horno. En la humedad, cálida y pesada, las avenidas de los jardines que lo rodean se cubren de verde musgo, y por las mañanas suele verse la inmensa cuenca llena de un vapor blanco, que parece una lechada fuliginosa de bruja, torpemente maléfica. Pierre se acordaba del malestar que le acometió al hallarse frente al lago en que parecen dormitar antiguas atrocidades, toda una religión misteriosa de prácticas abominables que tenían un maravilloso escenario. Lo vio al acercarse la noche, envuelto en la sombra de su cinturón de bosques, como una placa de metal empañado, negro y plata, de una inmovilidad aplomada; de aguas claras, pero profundas; de aguas desiertas, sin una sola barca; de aguas muertas, augustas y sepulcrales, que le habían dejado una impresión de profunda tristeza, una melancolía acongojados, la desesperanza de los momentos de ardiente celo en la soledad, la tierra y las aguas hinchidas del dolor mudo de las semillas, inquietas con su fecundidad. ¡Aquellas orillas negras que se hundían, aquel lago siniestro y negro que yacía allí, al fondo!

El conde Prada se echó a reír cuando Pierre le refirió sus impresiones.

—Desde luego, desde luego; hay días en los que el lago Nema no es alegre. Yo lo he visto, en ciertos días grises, que tenía el color del plomo; tampoco los días de sol radiante le dan animación, aunque lo iluminan. Por mi parte, si tuviese que vivir frente aquellas aguas claras y peladas, le aseguro que me moriría de aburrimiento. Pero se entusiasman con él los poetas y las mujeres románticas, las que perecen por los amores apasionados, de trágico desenlace.

La conversación cambió de tema cuando los dos comensales se levantaron de la mesa para ir a tomar el café en una terraza.

—¿Piensa ir usted esta tarde —siguió diciendo el conde— a la recepción del príncipe Buongiovanni? Le aconsejo que no falte a este espectáculo, que resulta curioso para todo extranjero.

—Sí, tengo ya una invitación —contestó Pierre—. Me la ha conseguido uno de mis amigos, Narcisse Habert, que se encargará también de acompañarme.

En efecto, esa misma noche se daba una fiesta en el palacio Buongiovanni, situado en el Corso; una de las extraordinarias soirées que sólo se dan dos o tres veces en todo el invierno. Se decía que esta fiesta sobrepasaría a todas las demás en magnificencia, porque se daba para celebrar los esponsales de la princesita Celia. El príncipe, que según se susurraba había abofeteado a su hija y había estado a punto de un ataque de apoplejía, a consecuencia de espantosa crisis de furor, había cedido, de pronto, ante la obstinación tranquila y serena de la joven, y había consentido en que se casase con el teniente Attilio, hijo del ministro Sacco; todos los salones de Roma, lo mismo los del mundo blanco que los del mundo negro, estaban trastornados por la noticia.

El conde Prada daba nuevas muestras de estar divirtiéndose.

—Le aseguro que presenciara usted un espectáculo magnífico. Yo me alegro mucho, por mi buen primo Attilio, que es un hombre verdaderamente correcto y encantador. Y por nada del mundo faltaría yo a la entrada de mi querido tío Sacco, que, por fin, acaba de hacerse con la cartera de Agricultura, en los antiguos salones de la familia Buongiovanni. Será una cosa verdaderamente extraordinaria y magnífica... Mi padre, que lo toma todo en serio, me ha dicho esta mañana que no había pegado el ojo en toda la noche.

Se calló, pero al momento siguió diciendo:

—Amigo mío, son ya las dos y media y no tendrá usted otro tren hasta las cinco. Lo que debería hacer es volver a Roma conmigo en coche. Pero Pierre se negaba.

—No puede ser, no puede ser. Y se lo agradezco, pero no puedo retrasarme, porque estoy invitado a comer con mi amigo Narcisse.

—No se retrasará usted, sino todo lo contrario. Saldremos a las tres y estaremos en Roma para las cinco... No hay paseo más hermoso que éste a la caída de la tarde. Además, créame, le prometo una magnífica puesta de sol.

Tanto insistió, que el sacerdote no tuvo más remedio que aceptar, conquistado por tanta amabilidad y buen humor. Pasaron todavía una hora agradabilísima hablando de Roma, de Italia, de Francia. Subieron otra vez, por un momento, a Frascati, porque el conde quería volver a ver a cierto

contratista. Y partieron, al fin, cuando daban las tres, mecidos muellemente, el uno junto al otro, sobre los almohadones de la victoria, al trote ligero de los dos caballos. Aquel regreso a Roma, a través de la inmensa campiña desnuda, bajo el gran cielo límpido, en las últimas y exquisitas horas del más suave día otoñal, resultó verdaderamente delicioso.

Al principio, la victoria tuvo que bajar, a gran velocidad, las cuestas de Frascati, entre continuos viñedos y olivares. La carretera, pavimentada, daba vueltas; los transeúntes eran escasos: algún que otro campesino, de sombrero negro de fieltro, un mulo blanco, un asno que tiraba de un carricoche; únicamente los domingos se llenaban las tabernas, y los artesanos acudían a comer a sus anchas en los caseríos de los alrededores. En un recodo del camino se pasa por delante de una fuente monumental. Desfiló un rebaño entero de corderos, cerrando por un momento el paso. Y en todo momento, al fondo de las leves ondulaciones de la inmensa Campaña bermeja, surgía Roma, en la lejanía, envuelta en las vaporosidades color violeta de la tarde, y parecía hundirse poco a poco, a medida que el carruaje iba descendiendo. Llegó un instante en que, ya a ras del horizonte, se convirtió en una simple rayita gris, en la que centelleaban como blancas estrellas algunas fachadas en que reverberaba el sol. Finalmente se hundió en la tierra, se anegó en el oleaje de los campos infinitos.

La victoria corría ya por la llanura, dejando atrás los Montes Albanos, mientras que a mano derecha, a mano izquierda y enfrente empezaba el mar de praderas y de chozas. Entonces el conde exclamó, inclinándose hacia adelante:

—¡Fíjese! Allá adelante va el hombre de quien hablábamos esta mañana, Santobon' o en persona... ¡Vaya y cómo camina el pollo! Apenas si mis caballos pueden darle alcance.

Pierre se inclinó a su vez. En efecto, era el cura de Santa María de los Campos, alto y asarmentado, como tallado a golpes de podadera, dentro de su sotana negra. Era una dura sombra negra, envuelta en la luz fina del rubio sol que caía a raudales; por su manera de caminar, resuelta y siempre igual, parecía el destino en marcha. Del extremo de su brazo colgaba un objeto que se distinguía confusamente.

Cuando el carruaje iba dándole alcance, Prada ordenó al cochero que contuviese un poco la velocidad, y trabó conversación.

—¡Buenos días, señor abate! ¿Cómo sigue usted?

—Muy bien, señor conde. Muchas gracias.

—Y, ¿adónde va usted tan de prisa?

—Voy a Roma, señor conde.

—¿Cómo es eso? ¡Tan tarde!

—Es que llegaré casi tan pronto como ustedes. El caminar no me asusta. Es una manera fácil de ahorrarse dinero.

Y mientras hablaba continuaba caminando, volviendo apenas la cabeza, alargando el paso para mantenerse al nivel de las ruedas. Prada, al que aquel encuentro parecía haber regocijado, dijo por lo bajo a Pierre:

—Espere usted, nos divertirá.

Y agregó en voz alta:

—Puesto que es a Roma adonde va usted, señor abate, suba al coche, que todavía queda lugar para usted.

Santobono aceptó en el acto, sin hacerse rogar más.

—Acepto y muchas gracias... Esto tiene la ventaja de que no se gastan los zapatos.

Subió y tomó asiento en el estrapontín, rehusando con brusca humildad el sitio que Pierre quería cederle al lado del conde. Los ocupantes del coche pudieron entonces comprobar que el objeto que llevaba era un cestillo, completamente lleno de higos, coquetamente arreglado y recubierto con hojas.

Los caballos arrancaron a un trote más vivo y el carruaje rodaba por la hermosa carretera llana.

—De modo que a Roma, ¿eh? —dijo el conde para que el cura rompiera a hablar.

—Sí, voy a llevar a Su Eminencia reverendísima, el cardenal Boccanera, estos pocos higos, los últimos de la temporada, que se los tenía prometidos.

Había colocado el cestillo sobre sus rodillas y lo sostenía cuidadosamente con sus manazas nudosas, como cosa frágil y rara.

—¡Ya caigo, son los famosos higos de su higuera! Es cierto, son pura miel... Pero, déjelos usted aquí, no es cosa de que los lleve encima de las rodillas hasta Roma. Démelos, los colocaré en la cubierta.

Pero Santobono se puso nervioso, sujetó el cestillo y se negó en absoluto a separarse de sus higos.

—¡Gracias, gracias!... No me molestan en lo más mínimo, están muy bien donde están; así estoy seguro de que no les ocurrirá nada.

Este amor que Santobono demostraba hacia los productos de su huerto parecía divertir mucho a Prada, que hacía señales con el codo a Pierre. Y preguntó de nuevo:

—¿De modo que el cardenal es aficionado a sus higos?



—Señor conde, Su Eminencia se digna sentir verdadera adoración por ellos. En otras épocas, cuando veraneaba en la villa, no los quería de ninguna otra higuera. Y conociendo sus gustos, quedo bien a poca costa.

Al decir esto, clavó en Pierre una mirada tan penetrante, que el conde se creyó obligado a presentarlos el uno al otro.

—Precisamente, aquí tiene usted al abate Froment, que vive desde hace tres meses en el palacio Boccanera.

—Lo sé, lo sé —contestó tranquilamente Santobono—. Tuve ocasión de ver al señor abate en casa de Su Eminencia cierto día en que también le llevaba higos. Pero aquéllos no estaban tan maduros. Éstos están completamente a punto.

Al decir esto, lanzó una mirada complacida a su cestillo y pareció que lo estrechaba todavía más entre sus dedos enormes, recubiertos de pelo hirsuto. Callaron todos; la Campaña se extendía ilimitada a uno y otro lado del camino. Hacía rato ya que no se veían casas, ni una pared siquiera, ni un árbol, nada más que amplias ondulaciones en las que al acercarse el invierno verdeaba una vegetación escasa y baja. Una torre que surgió a mano izquierda, una ruina medio desmoronada, adquirió una importancia extraordinaria, erguida sobre el cielo límpido, sobresaliendo por encima de la línea recta e ilimitada del horizonte. Más adelante, dentro de un gran parque, cerrado con una empalizada, descubrieron las lejanas siluetas de bueyes y de caballos; otros bueyes, uncidos todavía, volvían perezosamente del trabajo, azuzados por el aguijón, y un labrador, galopando sobre un caballito bermejo, daba su último vistazo del día a las tierras labradas. El camino se poblaba cada vez más. Un *biroccino*, cochecito ligero con dos ruedas muy altas y un simple asiento sobre el eje, pasó corriendo como el viento. De trecho en trecho dejaba atrás la victoria a algún *carrotino*, el carro de poca alzada en el que los campesinos, al abrigo de una especie de tienda de vivos colores, llevan a Roma el vino, las verduras y las frutas de los castillos romanos. Se oían a lo lejos las débiles campanillas de los caballos, que marchaban por sí solos por aquel camino que conocían bien, en tanto que el campesino dormía en el carro a pierna suelta. Las mujeres regresaban en grupos de tres y de cuatro, con la falda levantada, al aire la negra cabellera, y con pañoletas color escarlata. Otra vez se quedaba vacía la carretera, el desierto se iba haciendo mayor, sin un transeúnte, sin un solo animal, kilómetros y kilómetros, bajo el cielo redondo e infinito, donde bajaba un sol oblicuo hacia su ocaso, en un extremo de aquel mar solitario, de una monotonía grandiosa y triste.

—¿Y el papa, señor abate? —preguntó de pronto Prada—. ¿Habrá muerto ya? Santobono no se azaró.

—Espero —se limitó a decir— que a Su Santidad le queden largos días de vida, para mayor gloria de la Iglesia.

—Según eso, ¿esta mañana se han recibido buenas noticias en casa de su obispo, el cardenal Sanguinetti?

Esta vez no pudo reprimir el cura un ligero estremecimiento. ¿De modo que alguien lo había visto? Con las prisas que llevaba no había reparado en los dos transeúntes que caminaban detrás de él por el mismo camino.

—Le diré a usted —contestó recobrándose al punto—, nunca sabe uno a punto fijo si las noticias son buenas o malas... Parece que Su Santidad ha pasado una noche bastante molesta, y yo hago votos porque pueda pasar mejor la próxima noche.

Por un momento pareció meditar, luego agregó:

—Por lo demás, si Dios creyese que había llegado la hora de llamar a su seno a Su Santidad, no quedaría su rebaño sin pastor, porque tiene ya elegido y señalado a quien ha de ser el Soberano Pontífice de mañana.

Aquella magnífica contestación acrecentó aún más la alegría de Prada.

—Verdaderamente, señor abate, es usted un hombre extraordinario... ¿Piensa usted que los papas se nombran así, por la gracia de Dios? ¿De modo que es allá arriba donde se le elige? Y él no tiene sino dejar hacer al cielo. Yo creí siempre que en esta elección jugaban un gran papel los hombres... ¡A lo mejor, hasta sabe usted ya cuál es el cardenal que la gracia divina ha elegido de antemano!

Siguió haciendo algunos chistes fáciles, propios de hombre descreído, que no hacían mella alguna en el cura. Incluso llegó Santobono a sonreírse cuando el conde, aludiendo a la pasión que de antiguo ponían los jugadores de Roma en la reunión del cónclave, haciendo apuestas sobre cuál sería el elegido, le preguntó si estaba en el secreto de Dios. Luego se habló de las tres sotanas blancas, de tres tamaños distintos, que había siempre en un armario del Vaticano, listas para el uso: a cuál le tocaría el turno, ¿a la pequeña, a la mediana o a la grande? A la menor enfermedad de cuidado que aquejaba al papa, se producía, como ahora, una emoción extraordinaria, un despertar agudo de todas las ambiciones, de todas las intrigas, hasta el punto de que no solamente en el mundo negro, sino en la ciudad entera, no reinaba otra curiosidad ni se hablaba de otra cosa, ni había lugar más que para discutir los títulos de los cardenales y para predecir cuál sería el triunfador.

—Veamos, veamos —siguió diciendo Prada—, usted lo sabe y yo quiero que me lo diga... ¿Será elegido el cardenal Moretta?

A pesar de su evidente resolución de permanecer digno y desinteresado, como sacerdote piadoso, se iba apasionando poco a poco, dejándose llevar por su llama interior. Este interrogatorio a que ahora lo sometía Prada acabó con él, y ya no le fue posible contenerse.

—¿Moretta? ¡Vamos, hombre! ¡Si está vendido a toda Europa!

—¿Será el cardenal Bartolini?

—¡Ni por pienso!... ¡Bartolini! ¡Es un hombre que se ha gastado queriendo serlo todo sin conseguir nunca nada!

—Entonces, ¿quién? ¿El cardenal Dozio?

—¡Dozio, Dozio! ¡Vamos! ¡Si Dozio triunfase sería como para perder la fe en nuestra santa Iglesia, porque no hay alma más baja ni más malvada!

Prada alzó los brazos como si no se le ocurriese ya el nombre de ningún otro candidato. Experimentaba un placer maligno dejando de citar al cardenal Sanguinetti, que era, seguramente, el candidato del cura, para exasperarlo más todavía. De pronto hizo como que había dado en el clavo y exclamó alegremente:

—¡Ya caigo! ¡Ya sé quién es su candidato!... ¡El cardenal Boccanera!

La puñalada fue a dar en pleno corazón de Santobono, en su odio, en su fe de patriota. Su boca terrible se abría ya para gritar con toda la fuerza de sus pulmones: ¡No, no! Pero logró contener aquel grito, ahogarlo, conservando sobre sus rodillas el cestillo de higos, que sus dos manos apretaron hasta casi romperlo, y se quedó tan agotado por el esfuerzo que había hecho, que no tuvo más remedio que esperar, antes de contestar con voz serena:

—Su Eminencia reverendísima, el cardenal Boccanera, es un santo, digno de ocupar el trono, y mi único temor es que, dado el odio que siente contra la nueva Italia, nos llevase a una guerra.

Pero Prada se quiso dar el gusto de ahondar más la herida.

—Pero, a fin de cuentas, usted se conformaría con él, y el cariño que le tiene le haría alegrarse de sus posibilidades. Por mi parte, creo que esta vez hemos acertado, porque todo el mundo está convencido de que el cónclave no puede nombrar a nadie más que a él... De modo que, como se trata de un hombre de gran estatura, habrá que echar mano de la sotana blanca grande.

—Eso es, la sotana blanca grande, la sotana blanca grande —rezongó sordamente Santobono, y como a pesar suyo—, a menos que...

Se calló, sobreponiéndose de nuevo a su pasión. Pierre, que le escuchaba en silencio, se quedó maravillado, porque recordaba la conversación que

había sorprendido en casa del cardenal Sanguinetti. Evidentemente, el cestillo de higos era nada más que un pretexto para forzar la puerta del palacio Boccanera, en donde algún familiar, el abate Paparelli, sin duda alguna, podía proporcionar a su antiguo camarada informes seguros. Pero ¡qué dominio tan grande tenía sobre sus pasiones aquel hombre exaltado, aun en los momentos en que su alma estaba más agitada!

La Campaña seguía desarrollando hasta el infinito sus alfombras de hierba, y Prada miraba sin ver, súbitamente serio y soñador. De pronto, resumió en voz alta sus reflexiones:

—Ya sabe usted, señor cura, lo que se dirá si muere ahora... Esta brusca enfermedad, estos cólicos, estas noticias que se quieren ocultar, no me huelen a cosa buena... El veneno, el veneno, como a todos los demás.

Pierre experimentó un sobresalto de estupor. ¡El papa envenenado!

—¿Qué es eso del veneno como a todos los demás? —exclamó.

Miraba azorado a los dos. ¡El veneno, a fines del siglo XIX, como en tiempo de los Borgias, lo mismo que en un drama romántico! Aquella suposición le pareció monstruosa y ridícula.

Santobono no contestó; su rostro estaba rígido, impenetrable. Pero Prada movió la cabeza, y la conversación continuó exclusivamente entre él y el joven sacerdote.

—Sí, señor mío, el veneno, ahora como siempre... En Roma han conservado las gentes un miedo muy grande y muy vivo. En cuanto ocurre alguna muerte inexplicable, demasiado brusca o acompañada de circunstancias trágicas, el primer pensamiento es unánime y todo el mundo habla de veneno, y tenga usted en cuenta que en ninguna ciudad ocurren tantas muertes repentinas como en Roma, y tengo entendido que también las fiebres, según se dice... Sí, señor; sí, señor; el veneno legendario, el veneno que mata como el rayo y que no deja rastro, la receta famosa que se ha ido pasando de una edad a otra, bajo los emperadores romanos y bajo los papas, hasta nuestros días de democracia burguesa.

Sin embargo, el mismo Prada acabó por sonreír; él también era un escéptico a pesar del terror instintivo que sentía, fruto de su herencia y de su educación. Y citaba hechos. Las señoras romanas se desembarazaban de sus maridos y de sus amantes empleando el veneno de un sapo rojo. Locusto, más práctico, recurrió a las plantas, y hacía hervir una que, a lo que parece, debía ser el acónito. Después de los Borgias, la Toffana vendía en Nápoles, dentro de pequeñas redomas decoradas con la imagen de San Nicolás de Bari, un agua célebre, cuya base era sin duda el arsénico. Se contaban otras cosas

extraordinarias, se hablaba de agujas que con sólo una picadura hacían caer fulminadas a las personas, de una copa de vino que se envenenaba deshojando en ella una rosa, de una becada que se cortaba en dos mitades con un cuchillo, quedando contaminada una de las dos mitades, que mataba a uno de los comensales.

—Yo que le estoy hablando, tuve en mi juventud un amigo cuya novia, en el momento mismo de ir a casarse, en la iglesia, cayó muerta por haber aspirado simplemente el aroma de un ramo de flores... Y siendo esto así, ¿quién nos impide creer que la famosa receta ha sido, real y verdaderamente, transmitida a través de los siglos, y que existen algunos iniciados que la conocen?

—Por una sencilla razón —dijo Pierre—, porque la química ha progresado demasiado. Si los antiguos creían en venenos misteriosos, era porque les faltaba todo medio de analizar. Hoy la droga de los Borgias conduciría directamente al banquillo de los acusados al ingenuo que recurriese a ella. Todas esas cosas no son sino fábulas insípidas, y apenas si las gentes sencillas las toleran en las novelas de folletón.

—Como usted quiera —siguió diciendo el conde, con una sonrisa embarazada—. Tiene usted razón, desde luego... Pero, vaya a decir todo esto a su huésped, el cardenal Boccanera, que ha visto morir en sus brazos a un viejo y querido amigo, a monseñor Gallo, que falleció el verano pasado en menos de dos horas.

—Para matar en dos horas basta una embolia cerebral; un aneurisma mata en dos minutos.

—Es cierto, pero dígame qué es lo que se le ha ocurrido pensar en presencia de los grandes escalofríos, del rostro que se ponía color de plomo, de los ojos desencajados, de aquellas facciones de espanto en las que no encontraba el más pequeño rasgo de su amigo. El cardenal tiene la convicción absoluta de que monseñor Gallo ha sido envenenado, porque era su más querido confidente, el consejero a quien siempre escuchaba y cuyos sabios consejos eran una garantía de triunfo.

El asombro de Pierre había ido en aumento. Se dirigió directamente a Santobono, que llevaba al colmo su turbación, manteniendo una impasibilidad irritante.

—Todo eso son imbecilidades, aunque causan espanto. ¿También usted, señor cura, cree en esas historias espantosas?

El cura siguió como una estatua. Sus gruesos labios violentados continuaron obstinadamente cerrados, y sus ojos de brasa, clavados

obstinadamente en Prada, no se movieron. Éste continuaba citando nuevos ejemplos. ¡Y monseñor Nazzarelli, al que habían encontrado en su cama, reseco y calcinado como un carbón! ¡Y monseñor Brando, que cayó fulminado en San Pedro mismo durante las vísperas, en la sacristía, revestido de los ornamentos sacerdotales!

—¡Ah, Dios mío! —suspiró Pierre—, tantas cosas me está usted diciendo que acabará por hacer que me eche a temblar yo también y que no me atreva a comer ni un par de huevos en esta terrible Roma.

Aquella salida los alegró un momento, al conde y a él. Y era cierto, de la conversación se deducía la existencia de una Roma terrible, la ciudad eterna del crimen, del puñal y del veneno, en la que, desde hace más de dos mil años, desde que se levantó el primer muro, el ansia furiosa del poder, el hambre de poseer y de gozar había puesto armas en las manos, había ensangrentado el pavimento, había sepultado a las víctimas bajo tierra o en el Tíber. Asesinatos y envenenamientos bajo los emperadores, asesinatos y envenenamientos bajo los papas, la misma oleada de horrores arrastraba cadáveres en aquel suelo trágico, bajo el resplandor glorioso del sol.

—De todos modos —siguió diciendo el conde—, no hacen mal las personas que toman sus precauciones. Se cuenta de más de un cardenal que tiembla y desconfía. Sé de uno que no come sino lo que personalmente compra y prepara su cocinero. En cuanto al papa, si siente temores...

—Pero ¡qué me dice usted! ¡Que también el papa teme que le envenenen!

—Así al menos lo cuentan. Hay días en que, desde luego, se siente más amenazado que nadie. No sabe usted la leyenda que corre por Roma de que los papas no deben hacerse demasiado viejos en el trono, y que, cuando alguno se obstina en no morir, se le ayuda. Cuando un papa cae en el infantilismo, cuando se convierte en un obstáculo y hasta constituye un peligro para la Iglesia por su senilidad, su lugar está en el cielo. Por lo demás, siempre se guardan las formas, y el menor catarro es un buen pretexto para que no se eternice en el trono de San Pedro.

Y a este propósito agregó detalles curiosos. Cierta prelado, se decía, que quiso tranquilizar a Su Santidad, imaginó un sistema completo de precauciones; llegó a idear un carrito, que se cerraba con un candado, para transportar las provisiones destinadas a la mesa del papa, muy frugal, dicho sea de paso. Pero la cosa se quedó en proyecto.

—Además, ¿qué? —dijo para terminar riéndose—, algún día tenemos que morir, sobre todo cuando el bien de la Iglesia lo exige... ¿No es cierto, padre?

Hacía un momento que Santobono, dentro de su inmovilidad, había bajado la vista, como si no pudiese apartar los ojos del cestillo de higos, que conservaba con tanto cuidado sobre sus rodillas, como si fuese un santo sacramento. Al verse interpelado de manera tan directa y tan viva, no pudo menos de alzar la vista. Pero no salió de su mutismo, y se limitó a hacer una larga inclinación de cabeza.

—¿No es cierto, señor cura, que quien mata es Dios y no el veneno?... Al menos, ésas fueron, según se cuenta, las últimas palabras del pobre monseñor Gallo, cuando expiró entre los brazos de su amigo el cardenal Boccanera.

Santobono inclinó la cabeza por segunda vez. Y los tres se callaron, soñadores, ensimismados.

El carruaje seguía rodando, rodando por la inmensidad desnuda de la Campaña. La carretera, completamente recta, parecía seguir hasta el infinito. A medida que el sol descendía hacia el horizonte, las ondulaciones amplias del terreno resaltaban más el juego de la luz y de las sombras, y se sucedían, hasta los bordes lejanos del firmamento, las pinceladas de color, que iban desde el verde rosa hasta el gris violáceo. A todo lo largo del camino, a derecha e izquierda, se veían grandes cardos secos e hinojos gigantescos. Se cruzaron de pronto con una doble yunta de bueyes que regresaban tarde del trabajo y cuyas siluetas negras resaltaban en la pálida atmósfera, tomando proporciones colosales en aquella sombría soledad. Más lejos había unos hatos de carneros, manchas parduzcas sobre el verde del campo, desde donde traía el viento un agrio olor de lana grasienta; de vez en cuando ladraba algún perro, y sus ladridos eran la única voz identificable en aquel desierto de silencio, en donde parecía reinar la paz soberana de los muertos. De pronto se oyó un canto leve, de un vuelo de calandrias, y una de ellas subió muy arriba, muy arriba, en el firmamento de oro límpido. Y al fondo, de frente, sobre el cielo purísimo, que tenía limpidez de cristal, surgía Roma, cada vez más grande, con sus torres y sus cúpulas, como ciudad de mármol blanco, producto de un espejismo que brotase de entre la verdura de un jardín encantado.

—Mateo —gritó Prada a su cochero—, para en la Hostería Romana.

Y dirigiéndose a sus compañeros, les explicó:

—Tendrán que disculparme. Mi padre adora los huevos frescos y voy a ver si los hay para llevárselos.

Llegaban, y el carruaje se detuvo. Era una hostería primitiva, situada junto a la misma carretera, y llevaba un nombre sonoro y altanero: Antica Hostería Romana, simple parada para los carreteros, en la que únicamente se

arriesgaban los cazadores a beber un frasco de vino blanco, mientras comían una tortilla o un trozo de jamón. Sin embargo, la gente del pueblo se acercaba algunos domingos desde Roma, para divertirse. Pero entre semana, en la inmensa campaña desnuda, pasaban días y días sin que entrase en la hostería un alma.

El conde saltó ágilmente del carruaje, diciendo:

—Enseguida vuelvo. Terminó en un segundo.

La hostería no era otra cosa que un edificio largo y bajo, de un solo piso, al que se subía por una escalera exterior, construida con gruesas piedras, que se habían cocido a pleno sol. Por lo demás, toda la casucha estaba reseca y tenía el color del oro viejo. En la planta baja había una sala común, una cochera, una cuadra y algunos cobertizos. Al lado, junto a un grupo de pinos copudos, único árbol que se daba en este suelo ingrato, había un enrejado de cañas, bajo el cual se veían cinco o seis mesas de madera, escuadradas a hachazos. Al fondo de este rincón de vida pobre y mustia se alzaba un trozo de un antiguo acueducto cuyos arcos, abiertos y medio derruidos, eran el único obstáculo que cortaba la línea recta del horizonte sin límites.

El conde volvió bruscamente sobre sus pasos.

—Dígame, padre, espero que no me rehusará usted un vaso de vino blanco. Sé que tiene usted algo de viñador y hay aquí un vinillo que vale la pena probar.

Santobono bajó del coche sin hacerse rogar, tranquilamente.

—Lo conozco, lo conozco. Es un vino de Marino, y se cosecha en unas tierras más pobres que las que tenemos en Frascati.

Pero el conde se impacientó al ver que seguía con el cestillo en la mano y que no lo soltaba por nada.

—¡Pero hombre, déjelo usted en el coche! ¿Para qué lo necesita ahora?

El cura no contestó, siguió adelante, mientras Pierre se decidía también a bajar, agujoneado por la curiosidad de ver una hostería, uno de esos ventorrillos populares de que tanto le habían hablado.

A Prada lo conocían ya en aquella casa; se presentó enseguida una mujer anciana, alta, enjuta, de maneras de reina, a pesar de llevar una falda pobrísima. La última vez que había estado el conde pudo a duras penas reunir media docena de huevos frescos; iba ahora a ver los que podía reunir, aunque no le prometía nada. Las gallinas ponían sus huevos al azar, donde bien les parecía, y tenía que buscar.

—Perfectamente, vea lo que encuentra, y entre tanto que nos sirvan una garrafa de vino blanco.



Penetraron los tres en la sala común, que estaba completamente a oscuras. A pesar de que había pasado el verano, se percibía desde el dintel el sordo ronroneo de las moscas que volaban. Un olor acre de vino agrio y de aceite rancio se pegaba a la garganta. Cuando sus ojos se hicieron a la oscuridad, pudieron distinguir los detalles de la amplia habitación, negruzca, nauseabunda, amueblada simplemente con bancos y mesas, de madera bruta, apenas un poco cepillada. Era tan grande el silencio que allí reinaba, fuera del rumor de las moscas, que parecía estar vacía. Había, sin embargo, dos hombres, dos viajeros, inmóviles y mudos, frente a sus vasos llenos. La hija de la casa, joven delgada y de cara amarillenta, temblaba de fiebre, sentada en una silla baja, cerca de la puerta, con las manos apretadas contra las rodillas, sin nada que hacer.

Dándose cuenta del malestar de Pierre, propuso el conde que les sirviesen fuera de allí.

—¡Estaremos mucho mejor, porque el tiempo es agradabilísimo!

La joven se levantó tiritando para colocar la garrafa de vino y los tres vasos sobre una de las mesas del enrejado, mientras que la madre buscaba los huevos y el padre arreglaba una rueda en uno de los cobertizos próximos. Se embolsó las seis monedas de la garrafa y volvió a sentarse, sin pronunciar una sola palabra, con la expresión huraña de quien se ve obligada a realizar un viaje incómodo.

Cuando estuvieron los tres sentados a la mesa, llenó Prada alegremente los vasos, sin hacer caso de las súplicas de Pierre, que aseguraba que le era imposible beber vino fuera de las comidas.

—Bueno, bueno; beba usted, de todas maneras... ¿No es cierto, padre, que este vinillo da alegría?... Y puesto que el papa está enfermo, ¡bebamos a su salud!

Santobono se echó al cuerpo de un solo trago el contenido del vaso e hizo chasquear la lengua. Había colocado el cesto en tierra, junto a él, cuidadosamente, con cariño paternal; se quitó el sombrero y respiró profundamente. La tarde era verdaderamente deliciosa, el firmamento, de una pureza admirable, un cielo inmenso de oro suave, sobre el mar sin fin de la Campaña, que se iba adormeciendo en una inmovilidad y en una paz soberanas. El céfiro, cuyas bocanadas pasaban a través de aquel silencio absoluto, traía un gusto exquisito de hierbas y de flores silvestres.

—¡Santo Dios! ¡Qué bien se está aquí! —murmuró Pierre, poseído por aquel encanto—. ¡Qué desierto de eterno reposo, propio para olvidarse del resto del mundo!

Pero Prada, que había vaciado la garrafa, llenando de nuevo el vaso del cura, se divertía mucho con un suceso que él sólo había advertido. Guiñó el ojo al joven sacerdote francés, con expresión de alegre complicidad, y desde ese momento siguieron los dos las peripecias dramáticas. Algunas gallinas flacas andaban a su alrededor buscando saltamontes entre las hierbas bermejas. Una de ellas, una gallinita negra, fina y reluciente, y muy atrevida, vio el cestillo de los higos, que estaba en el suelo, y se acercó resueltamente. Sin embargo, cuando estaba ya cerca, se asustó y retrocedió. Estiraba el cuello, volvía la cabeza, dardeaba la brasa de su ojo redondo. La pasión pudo más, al fin; por entre dos hojas asomaba un higo, se adelantó sin prisa, alzando mucho las patas; bruscamente alargó el cuello y dio un gran picotazo, agujereando el higo, que sangró.

Prada, feliz como un niño, dejó al fin escapar la carcajada que hasta entonces había contenido con gran trabajo.

—Cuidado, padre; cuidado con sus higos.

Santobono terminaba en ese instante de vaciar su segundo vaso, con la cabeza hacia atrás, los ojos en alto, con expresión de beatitud. Se sobresaltó, vio a la gallina y lo comprendió todo. Tuvo un estallido de cólera, gesticuló desordenadamente y lanzó invectivas terribles. Pero la gallina, que daba en ese momento un segundo picotazo, no soltó la presa, ensartó el higo en el pico y se lo llevó, agitando las alas, tan rápida y tan cómica, que Prada y Pierre rompieron a reír hasta saltárseles las lágrimas, viendo el furor impotente de Santobono, que la persiguió, amenazándola con el puño.

—Eso le ha pasado por no haber dejado el cestillo en el coche —le dijo el conde—. Si no le llego yo a avisar, le come la gallina todos los higos.

El cura, sin contestar una palabra, aunque mascullando todavía sordas imprecaciones, arregló de nuevo los higos con arte, para llenar el hueco; luego, una vez que hubo colocado las hojas en su sitio y reparado el desaguisado, se tranquilizó.

Era ya hora de marchar, el sol se acercaba al horizonte, la noche estaba encima. El conde se impacientó al fin.

—¡Pero, bueno! ¿Y esos huevos?

Y viendo que no regresaba la mujer, se puso a buscarla. Entró en la cuadra, visitó la cochera. La mujer no estaba allí. Fue entonces a la parte trasera de la casa para echar un vistazo a los cobertizos. Pero al llegar allí se quedó clavado ante un espectáculo inesperado. La gallinita negra yacía en tierra, fulminada, muerta. Del pico le corría un hilillo de sangre violácea.

En el primer momento sólo experimentó el conde cierto asombro. Se agachó, la tocó. Estaba tibia, blanda y sin resistencia, como un trapo. Aquello había sido un golpe de sangre. Pero inmediatamente se puso horriblemente pálido, porque iba comprendiendo la aterradora verdad. Como un relámpago cruzó por su imaginación el recuerdo de León XIII enfermo, de Santobono, que corría a casa del cardenal a recibir noticias, y que a continuación salía para Roma, con objeto de regalar al cardenal Boccanera el cestillo de higos. Recordó las conversaciones que habían tenido desde que salieron de Frascati, la posibilidad de que falleciese el papa, los candidatos posibles a la tiara, las historias legendarias de envenenamientos que todavía tenían aterrizadas a las gentes que andaban alrededor del Vaticano, y volvía a ver al cura con su cestillo sobre las rodillas, lleno de cuidados paternales; y volvía a ver la gallinita negra que picaba en el cestillo, escapándose con un higo en el pico. Y la gallinita estaba allí, muerta, fulminada.

Su convencimiento fue inmediato, absoluto. Pero no tuvo siquiera tiempo de meditar en lo que iba a hacer. Porque a sus espaldas dijo alguien:

—¡Pero si es la gallinita de antes! ¿Qué le ha pasado?

Era Pierre, que, dejando que Santobono subiese al coche, había regresado a la casa para ver más de cerca el acueducto, medio derruido y rodeado de pinos copudos.

Prada sintió un escalofrío, como si fuese culpable, y contestó con una mentira, sin premeditación alguna, dejándose llevar por una especie de instinto.

—Ya ve usted, está muerta... Figúrese que ha habido una verdadera batalla. Cuando yo llegaba, se lanzó contra ésta la gallina que ve usted allí, para arrebatarse el higo que llevaba en el pico, y le ha atravesado el cráneo de un picotazo... Fíjese, aún corre la sangre.

¿Por qué decía todo aquello? Él mismo se maravillaba de aquella fantasía. ¿Sería que quería ser amo único de la situación, sin compartir con nadie la abominable confianza, para obrar luego como mejor le pareciese? En su actitud se mezclaba una perplejidad vergonzosa ante un extranjero, el gusto personal por la violencia, que ponía un dejo de admiración en su indignación de hombre honrado y una sorda necesidad de examinar el asunto desde el punto de vista de su interés personal antes de tomar partido. Era un hombre honrado, desde luego, y no iba a dejar que se envenenase a nadie.

Pierre, que sentía cariño hacia los animales, miraba a la gallinita con la leve emoción que le producía la brusca supresión de cualquier vida. Se conformó, desde luego, con la explicación que le dio Prada.

—Las gallinas son de una ferocidad tan imbécil entre ellas, que apenas si se encuentra igual entre los hombres. Yo tenía en mi casa un gallinero, y cuando alguna gallina sangraba de una pata, todas las demás, viendo gotear la sangre, corrían a picarla y le llegaban hasta el hueso.

Prada se alejó de allí; la mujer lo buscaba por otro lado para entregarle cuatro huevos que, después de grandes trabajos, había encontrado en distintos rincones de la casa. Pagó apresuradamente y llamó a Pierre, que se quedaba atrás.

—Bueno, vámonos. Llegaremos a Roma cuando sea ya noche oscura. Encontraron a Santobono en el coche, esperando tranquilamente. Había vuelto a ocupar su sitio en el estrapontín, apretando la espalda contra el asiento del cochero y recogiendo sus largas piernas; otra vez había colocado sobre sus rodillas el cestillo de higos, arreglándolo tan coquetamente, que lo protegía con sus manazas nudosas, como a cosa rara y frágil que podía estropearse con el menor choque de las ruedas. Su sotana formaba una gran mancha negra. En su cara bastota y terrosa de campesino que vive apegado a la tierra salvaje, y al que habían pulido muy poco los años de estudios teológicos, sólo sus ojos parecían tener vida; ardía en ellos una llama negra, de pasión devoradora.

Al verlo instalado en el coche tan reposadamente, experimentó Prada un ligero escalofrío. Y en cuanto la victoria echó a andar por la carretera, recta e interminable, dijo:

—Ahí tiene usted, querido padre; hemos echado un trago de vino que lo acorazará contra las malas corrientes. Si el papa pudiese hacer lo que nosotros, se curaría, con seguridad, de sus cólicos.

Pero Santobono sólo dejó escapar un gruñido por toda respuesta. No quería, y se encerraba en el silencio más absoluto, como si se dejase penetrar por la noche que caía lentamente. Prada se calló a su vez, clavando en él los ojos y preguntándose qué era lo que debía hacer.

La carretera entraba en una curva; el carruaje seguía y seguía rodando por la calzada interminable, cuyo blanco pavimento parecía un rasgo tirado hasta lo infinito. Pero la carretera blanca se cubría ahora de una especie de luminosidad, mientras que la Campaña inmensa, a uno y otro lado, se anegaba en una sombra fina. Las tinieblas se amazotaban en el hueco de las vastas ondulaciones; parecían extender una marea violácea, recubriendo todo con sus oleajes de hierba, alargando la llanura hasta que la vista se perdía, como un mar desteñido. Todas las cosas se confundían, y de un extremo al otro del horizonte se percibía solamente el oleaje confuso y neutro. Otra vez se vaciaba de vida el desierto, acababa de pasar indolentemente la última carreta,

se apagaba a lo lejos el postrer tintineo de unas cristalinas campanillas; ni un solo transeúnte, ni un animal; la muerte de todo color y de todo sonido, toda la vida adormeciéndose en la paz serena de la nada. A mano derecha, surgían de trecho en trecho los trozos de acueducto, parecidos a los pedazos de un ciempiés gigantesco cortados por la hoz de los siglos; luego brotó a mano izquierda una nueva torre, cuya oscura y alta ruina plantaba en el firmamento una estaca negra; otros pedazos de acueducto cruzaron la carretera y adquirieron al otro lado un valor desmesurado, destacándose sobre la puesta del sol. Hora única, la hora del crepúsculo de la Campaña romana, cuando todo se anega y todo se condensa; la hora de la inmensidad desnuda, del infinito dentro de lo simple. No se ve nada, nada más que la línea redonda y lisa del horizonte, nada más que la mancha de una ruina, aislada, de pie; pero ese nada es de una majestad y grandeza soberanas.

El sol se ocultaba allá a lo lejos, a la izquierda, hacia el mar. Descendía por el cielo límpido como un globo de brasa, de un rojo cegador. Se sumergió lentamente detrás del horizonte, y no hubo más nubes que algunas vaporosidades de incendio, como si la mar lejana se hubiese puesto de pronto a hervir al sentir la llama de su real visitante. En cuanto desapareció de la vista, se enrojeció aquel rincón de cielo con un manchón de sangre, al mismo tiempo que la Campaña se tornaba gris. Ya no se veía al final de la llanura descolorida más que aquel lago de púrpura, cuyos fulgores se iban apagando poco a poco, detrás de los negros arcos de los acueductos; y al otro lado, los arcos esparcidos aquí y allá, que seguían conservando su tinte rosa, alzaban su nota clara sobre el firmamento color de estaño. Luego se disiparon las vaporosidades del incendio, y las luces del crepúsculo se apagaron, en medio de una gran melancolía huraña. En el firmamento amortiguado, teñido de azul ceniza, se iban encendiendo una a una las estrellas, a tiempo que las luces de Roma, todavía lejana, a ras del horizonte, de frente, centelleaban como faros.

Prada entretanto, mientras sus compañeros callaban ensimismados, en medio de la tristeza infinita de la noche, invadido él mismo por una angustia indecible, continuaba preguntándose qué iba a hacer. No había apartado todavía sus ojos de Santobono, cuya silueta se perdía en la noche, pero no su imperturbabilidad, dejando que su corpachón siguiese los balanceos del carruaje. Prada se decía mentalmente, una y otra vez, que no podía consentir que se dejase envenenar así a las gentes. Con seguridad que los higos iban destinados al cardenal Boccanera, y le importaba poco que hubiese un cardenal más o menos, un papa posible cuya acción histórica futura era difícil de prever. En su áspero criterio de conquistador, entregado por entero a las

luchas de la vida, le había parecido siempre que lo mejor era dejar hacer al destino, sin contar con que no le parecía mal que los curas se devorasen unos a otros, con gran regocijo de su ateísmo. Le pareció también que podía ser peligroso intervenir en aquel odioso asunto, meterse a fondo en las intrigas bajas, turbias e insondables del mundo negro. Pero el cardenal no vivía solo en el palacio Boccanera. ¿Y si los higos iban a parar a otras personas a las que no estaban destinados? Sintió la obsesión de aquella idea de azar odioso. Sin que él hiciese fuerza, surgieron ante su imaginación los rostros de Benedetta y de Dario, y aunque él se esforzaba por apartarlos, volvían otra vez, se imponían. ¿Y si Benedetta y Dario comían de aquella fruta? Descartó desde luego a Benedetta, porque sabía que comía aparte, con su tía, y que las dos cocinas eran independientes. Pero Dario almorzaba todas las mañanas con su tío. Y vio por un instante a Dario acometido por un espasmo, cayendo en brazos del cardenal, como el pobre monseñor Gallo, con el rostro plomizo, los ojos desencajados, fulminado en el espacio de dos horas.

¡No, no! Aquello era horrendo, él no podía consentir una abominación así. Y decidió lo que iba a hacer. Esperaría a que se hiciese completamente de noche, y sin decir palabra, se limitaría a coger de golpe el cestillo que el cura llevaba sobre sus rodillas y lo tiraría a algún oscuro agujero. El cura comprendería. El otro, el joven sacerdote extranjero, tal vez no se daría cuenta de la aventura. Por lo demás, esto le tenía sin cuidado, porque estaba resuelto a no explicar aquella acción. Y se tranquilizó, porque pensó tirar el cestillo en el momento que el carruaje pasase por debajo de Porta Furba, algunos kilómetros antes de llegar a Roma. Aprovecharía la oscuridad de la puerta y todo iría bien, porque nadie lo vería.

—Nos hemos retrasado —dijo en voz alta, dirigiéndose a Pierre—. No creo que lleguemos a Roma antes de las seis de la tarde. De todos modos, tendrá usted tiempo suficiente para cambiar de ropa e ir a buscar a su amigo.

Y sin esperar a que le contestase, dijo a Santobono:

—Sus higos llegarán muy tarde.

—¡Bah! —dijo el cura—. Su Eminencia recibe hasta las ocho de la noche. Además, los higos no son para esta noche. A nadie se le ocurre comer higos de noche. Servirán para mañana al mediodía.

Volvió a quedar callado y ya no despegó los labios.

—Para mañana al mediodía, justamente —repitió el conde de Prada—. Y si no hay quien le ayude a comerlos, podrá el cardenal darse un buen hartazgo.

Entonces Pierre, atolondradamente, dio una noticia que sabía.

—Desde luego, que los comerá solo, porque su sobrino, el príncipe Dario, ha debido marchar esta noche a Nápoles, en un breve viaje de convalecencia, después del accidente que le ha retenido en cama durante más de un mes.

Se calló bruscamente, pensando en lo que había dicho. Pero el conde se había fijado en su perplejidad.

—Siga, siga, mi querido señor Froment; no me causa usted pena con ello. Es cosa ya vieja... ¿De modo que ese joven se ha marchado?

—Sí, a menos de que haya retrasado su viaje. Calculo que ya no le encontraré en palacio a mi regreso.

Durante unos momentos no se oyó más que el rodar continuo de las ruedas. Prada se callaba, turbado otra vez, poseído de nuevo por el malestar de su incertidumbre. ¿Para qué iba a mezclarse en nada si no estaba Dario en casa? Aquellas reflexiones acabaron por fatigarle el cerebro, y finalmente dijo en voz alta:

—Si se ha marchado, ha debido ser por guardar las formas, para no asistir a la «soirée» de los Buongiovanni, porque la Congregación del Concilio se ha reunido esta mañana para pronunciarse definitivamente en el pleito que me sigue la condesa... Dentro de un momento sabré si el Santo Padre firmará la anulación de nuestro matrimonio.

Su voz había enronquecido un poco y se adivinaba que la vieja herida se abría y sangraba de nuevo; la herida infligida a su orgullo de varón por aquella mujer que era suya y que se le había negado, reservándose para otro hombre. Aunque su amiga Lisbeth le hubiese dado un niño, la acusación de impotencia, el ultraje a su virilidad, rebrotaba sin cesar, le henchía el corazón de furor ciego. Tuvo un escalofrío violento y brusco, como si le hubiese atravesado la carne un aire helado; y cambiando de conversación, agregó de pronto:

—Verdaderamente que la noche no es calurosa... Ésta es en Roma la hora mala, la hora del crepúsculo, cuándo pueden pescarse unas buenas fiebres, si no se toman precauciones... Vamos, cúbranse las piernas con la manta, envuélvanse con cuidado.

Conforme se acercaban a Porta Furba se iba haciendo el silencio más y más pesado, semejante al sueño invencible en que se hundía la Campaña, arrebujaada bajo la noche. Al fin se distinguió la puerta a la claridad de las estrellas vivaces; en realidad no era otra cosa que uno de los arcos del Acqua Felice, bajo el cual pasaba la carretera. Desde lejos parecía que los restos de acueducto cerraban el paso con la masa enorme de sus viejos muros medio derruidos. Al acercarse, veíase el negro agujero del arco gigantesco, como, un

pórtico a cielo abierto. Y se atravesaba una zona de oscuridad, haciéndose más sonoro el girar de las ruedas.

Pasaron al otro lado, y Santobono seguía con su cestillo de higos sobre las rodillas, y Prada le contemplaba, desatinado, preguntándose qué clase de parálisis le había acometido súbitamente en sus dos manos para no haberlo cogido y arrojado en medio de las tinieblas. Sin embargo, algunos segundos antes de penetrar bajo la bóveda seguía resuelto a ello. Hasta lo miró por última vez para calcular bien sus movimientos. ¿Qué había pasado, pues, dentro de él? Sentíase presa de una indecisión cada vez mayor, incapaz de realizar ya un acto definitivo, acometido por la necesidad de esperar, empujado por la confusa idea de satisfacerse plenamente y por encima de todo. ¿Para qué precipitarse, puesto que Dario se había marchado y puesto que nadie probaría aquellos higos antes del día siguiente? Esa misma noche sabría él si la Congregación del Concilio había anulado su matrimonio, vería hasta qué punto la justicia de los representantes de Dios era venal y mentirosa. Claro que él no consentiría que se envenenase a nadie, ni siquiera al cardenal Boccanera, cuya vida, sin embargo, le tenía sin cuidado. Pero desde que habían salido de Frascati, ¿no era aquel cestillo algo así como el destino en marcha? ¿No estaba paladeando una sensación de amo absoluto, pensando en que él era dueño de detenerlo o de dejarle seguir hasta el final para que cumpliera su obra de muerte? Lo cierto era que Prada se dejaba arrastrar por la más misteriosa de las luchas; no razonaba, tenía atadas las manos y no podía obrar de otro modo, convencido de que antes de acostarse aquella noche iría a echar un aviso en el buzón del palacio, sin dejar por eso de experimentar una verdadera satisfacción al pensar en que, si su interés le aconsejaba no hacerlo, se abstendría.

Hicieron el resto del camino en medio de un silencio fatigado, en medio de los escalofríos de la noche, que parecía haber dejado helados a los tres hombres. Fue en vano que el conde, para escapar al combate de sus pensamientos, volviese a tocar el tema de la soirée de los Buongiovanni, dando detalles, describiendo las magnificencias que iban a presenciar; sus palabras caían lentas, embarazadas y distraídas. Se esforzó luego por consolar a Pierre, reanimando sus esperanzas, hablándole del cardenal Sanguinetti, hombre todo amabilidades y promesas; y aunque el joven sacerdote regresaba de su viaje completamente feliz, sabiendo que su libro no había sido condenado todavía y que no estaba descartada la posibilidad de su triunfo, a poco que le apoyasen, apenas si contestó, porque iba completamente ensimismado. Santobono no dijo palabra, no se movió, como si se hubiese



esfumado, negro en la noche negra. Las luces de Roma se habían multiplicado, y ya encontraban casas a la derecha, a la izquierda, al principio muy espaciadas, luego, poco a poco, ininterrumpidas. Estaban en los alrededores: cañaverales, setos, olivos cuya copa sobrepasaba las extensas tapias, grandes portales con pilastras coronadas por jarrones y, finalmente, la ciudad, con sus hileras de casitas grises, sus pobres comercios, sus tabernas lóbregas, de las que salían de vez en cuando los gritos y los ruidos de una pelea. Prada se empeñó en llevar a sus acompañantes hasta unos cincuenta metros del palacio de la via Giulia.

—Les aseguro que eso no me contraría en lo más mínimo... No es cosa de que hagan ustedes a pie la última parte de su viaje, con la prisa que llevan.

La via Giulia dormía ya en su paz secular, completamente desierta, con una melancolía de abandono y la doble hilera triste de sus picos de gas. En cuanto Santobono bajó del carruaje, echó a andar sin esperar a Pierre, quien, por lo demás, entraba siempre por la puerta pequeña que daba a la calle lateral.

—Hasta la vista, padre.

—Hasta la vista, señor conde. Muchísimas gracias. Pierre y el conde pudieron seguirle con la mirada hasta que llegó al palacio Boccanera, cuya vieja puerta monumental, sombra negra, permanecía todavía abierta de par en par. Por un momento su alta silueta llena de rugosidades se alzó frente a aquel muro de sombra. Luego se metió en él, con su cestillo, portador del destino.

## XII

**E**ran ya las diez cuando Pierre y Narcisse, que habían cenado en el café de Roma, engolfándose luego en una larga charla, bajaban a pie por el Corso en dirección al palacio de Buongiovanni. Tropezaron con las mayores dificultades para llegar a la puerta de entrada. Los carruajes llegaban en filas apretadas, y la muchedumbre de curiosos que se había agolpado desbordaba todo, invadía la calzada, a pesar de los esfuerzos de los agentes; se hacía tan compacta, que ya los caballos no conseguían avanzar. En la ancha fachada monumental llameaban las diez ventanas altas del primer piso, con una enorme claridad blanca, la claridad de pleno día de los focos eléctricos, iluminando, como una oleada de sol, toda la calle, los carruajes atascados en la marea humana, y la marea de cabezas ardientes y entusiastas, en medio del extraordinario tumulto de los gestos y los gritos.

No había allí otra cosa que la curiosidad habitual por ver pasar uniformes y bajar de los carruajes mujeres con ricos atavíos; porque Pierre se enteró pronto de que aquella muchedumbre se había reunido allí para esperar la llegada del rey y de la reina, que habían prometido acudir al baile de gala que daba el príncipe Buongiovanni para festejar los esponsales de su hija Celia con el teniente Attilio Sacco, hijo de uno de los ministros de Su Majestad. Además, aquella boda era un verdadero encanto, el feliz desenlace de una novela de amor que traía apasionada a toda la ciudad; era el amor fulminante, la fidelidad obstinada, vencedora de todos los obstáculos, y todo ello en una atmósfera de romanticismo, cuyo relato circulaba de boca en boca, humedeciendo todos los ojos y haciendo latir todos los corazones.

Aquella novela era la que Narcisse había contado a Pierre, a la hora de los postres, haciendo tiempo hasta las diez; Pierre la conocía ya en parte. Se aseguraba que si el príncipe había cedido al fin, después de una postrer escena borrascosa, había sido por temor a que Celia abandonase el palacio cualquier noche del brazo de su enamorado. No era ésa una amenaza lanzada por Celia; pero se advertía en su tranquilidad de virgen ignorante un desprecio tal por todo lo que no fuese su amor, que se la podía creer capaz de cometer con la

mayor ingenuidad las mayores locuras. El príncipe, hombre inquieto y débil, aun en sus momentos de violencia, obra de su vieja sangre romana, echada ya a perder por su mezcla con una raza extranjera, actuaba en todo momento movido por el temor de ver derrumbarse su casa y su fortuna, que hasta ese momento, y en medio de las ruinas del patriciado que se iban acumulando, permanecían intactas. Aquello era, sin duda, una vergüenza que le escocía; la alianza con los Sacco, gente de poco más o menos, era una herida incurable para su orgullo. Por otro lado, Sacco era ministro, sus progresos habían sido rápidos, había ido de triunfo en triunfo y estaba a punto de ascender todavía más, haciéndose con la cartera de Hacienda, que perseguía desde hacía tiempo, cuando dejase la de Agricultura. Sacco equivalía a estar a bien con el rey, era una manera de asegurarse la retirada por ese bando en caso de que un buen día se hundiese el Papado. El príncipe había tomado, además, informes sobre su hijo, y se había quedado un poco inerme ante Attilio, tan buen mozo, tan valeroso, tan correcto, en el que se ocultaba el porvenir, la Italia gloriosa del día de mañana tal vez; era militar y lo empujarían para que llegase a las más altas posiciones en el ejército. También se decía, con evidente malignidad, que la última razón que había pesado en el ánimo del príncipe había sido la oportunidad que se le presentaba de entregar a Celia una dote ridícula; era un avaro y se desesperaba pensando en que su fortuna habría de dividirse entre sus cinco hijos. Así, pues, una vez que dio su consentimiento al matrimonio, decidió celebrar los esponsales con una fiesta grandiosa, de las que se ven pocas en Roma, abriendo sus puertas a los dos mundos, invitando a los soberanos, iluminando el palacio como en las grandes épocas pasadas, aunque tuviese que derrochar una parte de aquel dinero que defendía con tanto tesón; quería demostrar con ese gesto que no se consideraba vencido y que los Buongiovanni no ocultaban nada, no tenían que avergonzarse de nada. A decir verdad, había quien afirmaba que aquel gesto valiente no era cosa suya, sino que le había sido dictado, sin que él mismo se diese cuenta, por Celia, la tranquila, la inocente, que deseaba exhibir su dicha, del brazo de Attilio, ante Roma entera, que aplaudía aquella novela de amor que tenía un desenlace feliz, como en los hermosos cuentos de hadas.

—¡Diablos! —exclamó Narcisse, inmovilizado por la muchedumbre—. No vamos a poder llegar hasta arriba. Por lo visto han invitado a la ciudad entera.

Y al ver que Pierre se asombraba de ver pasar a un prelado en carroza, dijo:

—Va usted a codearse con unos cuantos. Los cardenales no se arriesgarán a venir, porque saben que estarán presentes los soberanos; pero los prelados harán con seguridad acto de presencia. Se trata de un salón neutro, en el que puede fraternizar el mundo negro y el mundo blanco. Además, las grandes fiestas abundan poco y la gente acude en montón.

Y le explicó que, aparte de los dos grandes bailes que daba la corte en invierno, se precisaban circunstancias excepcionales para decidir al patriciado a dar «soirées» como aquélla. Es cierto que dos o tres salones negros abrían sus puertas una vez, hacia el final de los Carnavales. Pero, por lo general, las pequeñas veladas íntimas ocupaban el lugar de las recepciones fastuosas.

Había princesas que se limitaban a tener un día de recibo. Los pocos salones blancos que había conservaban asimismo una intimidad parecida, más o menos mezclada, porque ninguna señora de casa se había alzado con la soberanía indiscutible del mundo nuevo.

—Por fin hemos llegado —dijo Narcisse en la escalera.

Pierre se mostraba intranquilo.

—No nos separemos. Apenas si tengo alguna relación con la novia, y quisiera que usted me presentase.

Pero todavía les iba a costar un esfuerzo rudo y perseverante el llegar hasta lo alto de la escalera, porque la gente llegaba en montón y se atropellaba. Ni en los tiempos antiguos, cuando se alumbraba con hachones de cera y con lámparas de aceite, había brillado con luz tan esplendorosa. Las lámparas eléctricas lo inundaban con su claridad blanca, ardiendo en ramilletes sobre los admirables candelabros colocados en los rellanos. Las frías paredes estucadas desaparecían bajo una serie de altos tapices, la historia de Psyché y Amor, verdaderas maravillas que estaban en manos de la familia desde los tiempos del Renacimiento. Una tupida alfombra ocultaba el desgaste de los escalones y en todos los rincones había macizos de plantas verdes, palmeras altas como árboles. Por todas partes se sentía la afluencia de sangre nueva, que caldeaba la antigua mansión: era la vida que volvía, que ascendía con la oleada de mujeres sonrientes, que olían bien, con los hombros desnudos, cubiertas de brillantes que centelleaban.

Cuando llegaron arriba, vio Pierre en el acto, a la entrada del primer salón, al príncipe y a la princesa Buongiovanni, de pie, uno junto al otro, recibiendo a sus invitados. El príncipe, de cabellos rubios, que empezaban a ser grises, alto y delgado, había heredado de su madre sus ojos claros de hombre del norte, en un rostro enérgico de antiguo capitán del papa. La princesa, de carita redonda y delicada, parecía tener apenas treinta años, aunque hubiese pasado

ya de los cuarenta; seguía siendo hermosa, tenía una serenidad sonriente que desconcertaba y era feliz con sólo adorarse a sí misma. Llevaba un vestido de satén color rosa y ostentaba un maravilloso aderezo de gruesos rubíes, que parecían estallar en breves llamas sobre su piel fina y en sus sedosos cabellos de rubia. De sus cinco hijos, uno estaba de viaje, y las tres niñas, demasiado jóvenes aún, estaban en un pensionado; la única presente era Celia, ataviada con un vestidito de vaporosa seda blanca, rubia también como su madre, encantadora, con ojazos de joven inocente y boca candorosa; Celia, que conservaba hasta el final de su aventura amorosa la misma expresión de lirio cerrado, impenetrable en su misterio de virgen. Hacía un momento que habían llegado los Sacco, y Attilio, que se había quedado junto a su novia, llevaba su uniforme de teniente y demostraba tan ingenua y tan abiertamente la felicidad que le embargaba, que su hermosa cabeza, con una expresión de boca que indicaba ternura y ojos que indicaban decisión, resplandecía con una juventud y una energía extraordinarias. Novio y novia, el uno junto al otro, en pleno triunfo de su amor, surgían desde el dintel como la alegría, la salud misma de la vida, la esperanza ilimitada en las promesas del porvenir, y todos los invitados que llegaban los veían así y no podían contener una sonrisa, y se enternecían, olvidándose de su maligna curiosidad y de sus habladurías, y entregando su corazón a aquella pareja amorosa tan bella y tan feliz.

Narcisse se adelantó para presentar a Pierre; pero Celia no le dio tiempo. Se adelantó al encuentro del sacerdote y lo condujo hasta donde estaban su padre y su madre.

—El señor abate Pierre Froment, un amigo de mi querida Benedetta.

Hubo saludos ceremoniosos. A Pierre le conmovió la gentileza de la joven, que le dijo luego:

—Más tarde vendrá Benedetta, con su tía y con Dario. ¡Qué feliz debe de ser esta noche! ¡Ya verá usted qué hermosa se presenta!

Pierre y Narcisse la felicitaron. Pero no podían permanecer allí porque la gente los empujaba. El príncipe y la princesa no tenían tiempo sino para saludar con amables inclinaciones de cabeza, anegados, desbordados por la concurrencia. Celia condujo a sus dos amigos hasta donde estaba Attilio, y volvió a tomar su puesto de pequeña reina de la fiesta al lado de sus padres.

Narcisse conocía un poco a Attilio. Hubo nuevas felicitaciones y apretones de manos. Y luego, sin darse cuenta, los dos amigos se las arreglaron para detenerse un instante en aquel primer salón, desde el que se presenciaba un espectáculo digno de verse. Era una habitación muy grande, tapizada de terciopelo verde, con flores de oro, y se la llamaba la sala de las

armaduras, porque, en efecto, contenía una colección de armaduras muy notable, corazas, hachas de armas, espadas, que habían pertenecido en su mayor parte a los Buongiovanni durante los siglos xv y xvi. Entre aquellos útiles de guerra resaltaba una encantadora silla de mano del siglo pasado, adornada con los más delicados dorados y pinturas; en ella se hacía conducir la bisabuela del Buongiovanni actual, la célebre Bettina, de legendaria belleza, cuando iba a la iglesia. Por lo demás, las paredes estaban cubiertas de cuadros históricos, batallas, firmas de tratados, recepciones reales, en todo lo cual habían representado algún papel los Buongiovanni; sin contar los retratos de familia, grandes figuras orgullosas, capitanes de tierra y de mar, grandes dignatarios de la Iglesia, prelados, cardenales, entre los cuales, en sitio de honor, brillaba el papa, el Buongiovanni vestido de blanco, cuyo advenimiento al trono pontificio había servido para enriquecer a toda la larga descendencia. Y allí precisamente, entre las armaduras, cerca de la galante silla de manos, bajo los retratos, se habían colocado hacía un momento los Sacco, marido y mujer, a pocos pasos de los señores de la casa, para recibir su parte en las felicitaciones y en los saludos.

—¡Fíjese! —bisbiseó Narcisse a Pierre—. Allá enfrente están los Sacco, aquel hombrecito de negro y aquella señora con vestido de seda malva.

Pierre reconoció a Stefana, con la que se había encontrado en casa del viejo Orlando; tenía el mismo rostro bondadoso, la misma sonrisa gentil, aunque sus facciones menudas comenzaban a perderse en la incipiente gordura. Pero el que mayor interés despertó en Pierre fue el marido, moreno y enjuto, ojos abultados en un cutis de ictérico, barbilla prominente y nariz de pico de buitres, rostro alegre de polichinela napolitano, que bailaba, gritaba y daba muestras de un buen humor tan contagioso, que todos los que estaban a su alrededor sentían inmediatamente su influencia. Tenía una facundia extraordinaria; pero lo más extraordinario de él era la voz, instrumento incomparable de conquista y encanto. Con sólo verlo en aquel salón, seduciendo con tanta facilidad los corazones, se comprendían sus éxitos fulminantes en el ambiente brutal y mediocre de la política. En el asunto de la boda de su hijo había maniobrado con rara habilidad, afectando una delicadeza exagerada, tomando posición contra Celia, contra el mismo Attilio, manifestando que él no daría su consentimiento por temor a que se le acusase de haber robado una dote y un título. No cedió hasta después que cedieron los Buongiovanni, y antes pidió consejo al viejo Orlando, cuya lealtad altiva y heroica era proverbial en toda Italia; y lo pidió con tanto mayor motivo cuanto que sabía que aquél le daría su aprobación, porque el héroe no se mordía la

lengua para decir muy alto que los Buongiovanni deberían estar encantados de que su sobrino entrase en su familia, porque se trataba de un buen muchacho, sano de corazón y valiente, que regeneraría la raza vieja y decaída, haciendo hermosos vástagos a su hija. Sacco había manejado maravillosamente en todo aquel asunto el nombre legendario de Orlando, haciendo que sonase su parentesco, demostrando una veneración filial por el glorioso fundador de la patria, sin que ni por un solo instante se diese por enterado de todo el desprecio y repulsión que aquél sentía hacia él, porque su llegada al poder le llenaba de desesperación, convencido de que conduciría al país a la ruina y a la vergüenza.

—¡Ah! —repitió Narcisse dirigiéndose a Pierre—. Es un hombre ágil y práctico, que no se da por enterado de las bofetadas. Parece que en los Estados que pasan por momentos difíciles, que se encuentran metidos en crisis políticas, financieras y morales, hacen falta esos hombres sin escrúpulos. Se dice que este Sacco ha conquistado por completo el favor del rey con su aplomo imperturbable, la ingeniosidad de su imaginación, y sus infinitos recursos de resistencia que no retroceden ante nada... Fíjese, fíjese, cualquiera diría que es ya el amo de este palacio; fíjese cómo le rodea una oleada de cortesanos.

En efecto, los invitados que pasaban frente a los Buongiovanni saludando, se apelotonaban alrededor de Sacco, porque éste equivalía al poder, a las buenas colocaciones, a las pensiones y a las cruces; y sin dejar de dibujar una sonrisa por el contraste que ofrecía su delgadez morena y turbulenta junto a los grandes antecesores de aquella casa, le adulaban porque él era la fuerza nueva, la fuerza democrática, tan turbia todavía, que se alzaba por todas partes, hasta en aquel suelo romano, cuyo patriciado se había desmoronado.

—¡Dios santo, qué gentío! —murmuró Pierre—. Pero ¿qué son todas estas gentes?

—¡Oh! —contestó Narcisse—. Las familias están ya muy mezcladas. Ya no pertenecen al mundo blanco ni al mundo negro, pertenecen al mundo gris. La evolución era fatal; una ciudad entera, un pueblo entero, no puede compartir la intransigencia de un cardenal Boccanera. El papa, sí, permanecerá inmutable, dirá siempre que no. Pero a su alrededor todo camina y se transforma de una manera inevitable. De modo que, a pesar de todas las resistencias, dentro de algunos años toda Roma será italiana... Ya estará usted enterado de que cuando un príncipe tiene ahora dos hijos, uno de ellos sigue perteneciendo al Vaticano, pero el otro se adhiere al Quirinal. Hay que vivir, ¿no es cierto? Las grandes familias, amenazadas de muerte, no llevan su

heroísmo hasta el suicidio... Le he dicho antes que aquí estábamos en terreno neutral, porque el príncipe Buongiovanni ha sido uno de los primeros que se dieron cuenta de la necesidad de la reconciliación. Se da cuenta de que su fortuna va camino de morir, no se atreve a arriesgarla en la industria ni en los negocios, la ve ya desmigajada entre sus cinco hijos, que la desmenuzarán todavía más. Por eso se ha pasado al partido del rey, sin querer romper, por prudencia, con el papa... Y de ahí que este salón sea una imagen exacta del desastre, de la confusión que reina en las opiniones y en las ideas del príncipe.

Varió la conversación y señaló a Pierre los nombres de algunos personajes que llegaban.

—Ahí tiene usted a un general que goza del cariño de todos desde su campaña en África. Esta noche veremos a muchos militares, todos ellos jefes de Attilio, a los que se ha invitado con objeto de que sirvan de marco glorioso al joven... ¡Y ahí tiene usted al embajador de Alemania! Es de suponer que vendrá el cuerpo diplomático casi en pleno, desde el momento en que van a venir Sus Majestades... Y, como contraste, ¿ve usted, allá en el fondo, un señor muy grueso? Es un diputado muy influyente, un rico perteneciente a la nueva burguesía. Hace treinta años todavía no era sino un labrantín del príncipe Albertini, que se dedicó a vendedor ambulante, uno de esos mercachifles que recorren la Campaña romana, con sombrero flexible y gruesos borcegués... Fíjese ahora en ese prelado que llega...

—Lo conozco —dijo Pierre—. Es monseñor Fornaro.

—Eso es, monseñor Fornaro, todo un personaje. Ya me dijo usted en una ocasión que era el miembro informante en el asunto de su libro... ¡Es un prelado encantador! ¿Se ha fijado usted bien en la reverencia con que ha saludado a la princesa? ¡Y qué noble porte, qué gracia tiene bajo su pequeño manto de seda violeta!

Narcisse siguió nombrando a príncipes y princesas, a duques y duquesas, hombres políticos y funcionarios, diplomáticos y ministros, burgueses y oficiales, la más increíble mezcolanza, sin contar con la colonia extranjera: ingleses, americanos, alemanes, españoles, rusos; la vieja Europa y las dos Américas. Luego volvió bruscamente a Sacco, a la pequeña señora Sacco, y relató los esfuerzos heroicos que había hecho, movida por la buena idea de ayudar al logro de las ambiciones de su marido, abriendo un salón. Aquella mujer cariñosa, de aspecto modesto, era una persona de gran astucia y estaba dotada de las mejores cualidades, de la paciencia y de la resistencia piamontesa, del orden y de la economía. Era ella la que restablecía el equilibrio en el hogar cuando el marido lo comprometía con su exuberancia.



Sacco le era deudor en muchas cosas, sin que nadie lo sospechase. Sin embargo, hasta aquel momento había fracasado en su propósito de tener un salón blanco que formase opinión, frente a los últimos salones negros. No había conseguido reunir sino a gentes de su mundo, no había ido a su salón ni un solo príncipe, y los lunes se bailaba en su casa, lo mismo que se bailaba en otros veinte pequeños salones burgueses, sin brillo y sin poderío. El verdadero salón blanco capaz de manejar a las personas y a los acontecimientos, dueño de Roma, seguía estando en estado de quimera.

—Fíjese en su débil sonrisa mientras lo va examinando todo —dijo Narcisse—. Estoy seguro de que esto le sirve de lección y que está ya trazando un plan. Ahora que va a aliarse con una familia de príncipes, calcula que conseguirá atraer a la buena sociedad.

Aunque la habitación era espaciosa, la concurrencia era tal, que Narcisse y Pierre se ahogaban, atropellados, apretados contra la pared. Por eso el agregado de la embajada se llevó de allí al sacerdote, dándole detalles sobre el primer piso del palacio, uno de los más suntuosos de Roma, célebre por la magnificencia de sus salones de recepción. Se bailaba en la galería de los cuadros, que era un salón de veinte metros de largo, digno de un palacio real, repleto de obras maestras y cuyas ocho ventanas daban al Corso. El buffet se hallaba instalado en la sala de antigüedades, toda ella de mármol, en la que había una Venus, descubierta cerca del Tíber, que rivalizaba con la del Capitolio. Venían luego una serie de salones maravillosos, en los que resplandecía aún el lujo antiguo, tapizados con los tejidos más raros y con todo su mobiliario de otras épocas, compuesto de piezas únicas, en las que tenían puesto el ojo los anticuarios, confiados en la ruina futura e inevitable de la familia. El más célebre de estos salones era el saloncito de los espejos, habitación circular de estilo Luis XV, enteramente guarnecida de espejos, con sus marcos de madera tallada, riquísimos y de estilo rococó exquisito.

—Luego podrá ver usted todo esto —dijo Narcisse—. Entremos ahora aquí, si queremos respirar un poco... Han traído aquí los sillones de la galería contigua para que se sienten las hermosas damas que deseen descansar y ser vistas y amadas.

El salón era amplísimo, con las más admirables colgaduras de terciopelo de Génova que era posible encontrar, el antiguo terciopelo estilo jardín, con el fondo de satén pálido y flores brillantes, pero en el que los verdes, azules y rojos se hallan divinamente esfumados, con un tono suave y ajado de viejas flores de amor. Se exhibían allí sobre las consolas, en vitrinas, los objetos de arte más preciosos que había en el palacio: cofrecillos de marfil, maderas

talladas, pintadas y doradas; objetos de platería y un sinfín de maravillas. Tal como había dicho Narcisse, eran muchas las damas que se habían refugiado en las sillas, huyendo del tropel, sentadas formando pequeños grupos, riéndose y hablando con algunos hombres que habían descubierto aquel rincón de galantería y de gracia. Resultaba encantador el contemplar, al brillante resplandor de las lámparas, aquel tapiz de hombros desnudos, de una delicadeza de seda; aquellas nuca flexibles, sobre las que se retorcían las cabelleras rubias y morenas. Los brazos desnudos emergían de la encantadora confusión de los atavíos suaves como flores vivas de carne. Los abanicos se movían con lentitud, como para avivar las llamas de las piedras preciosas, desparramando en cada vaivén un olor de mujer que se mezclaba con el perfume dominante de violetas.

—¡Hombre! Aquí tenemos a nuestro buen amigo monseñor Nani, que está saludando a la embajadora de Austria. Lo ve allí.

En cuanto Nani vio al sacerdote y a su acompañante, fue hacia ellos; y una vez reunidos los tres, se encaminaron al hueco de una ventana, para conversar un instante a sus anchas. El prelado sonreía, dando muestras de hallarse encantado por la belleza de la fiesta; pero conservando la serenidad de un alma armada de triple coraza de inocencia en medio de todos aquellos hombros desnudos, como si ni siquiera los hubiera visto.

—Querido hijo —exclamó dirigiéndose a Pierre—. No sabe cuánto me alegro de encontrarlo... Bueno, ¿qué me dice usted de nuestra Roma cuando se pone a dar fiestas?

—Verdaderamente magnífico, monseñor.

Se expresó con palabras de ternura al referirse a la gran piedad de Celia, haciendo como que no veía en casa del príncipe y de la princesa sino a los fieles al Vaticano y como si aquella fiesta fastuosa fuese un honor para él mismo, sin darse por aludido de que iban a acudir el rey y la reina. Y de pronto, dijo a Pierre:

—He dedicado a usted mis pensamientos durante todo el día, querido hijo. Sí, supe que había ido usted a ver a Su Eminencia, el cardenal Sanguinetti, para interesarlo en su asunto... Dígame, ¿cómo lo recibió?

—Lo más paternalmente posible... Al principio me dio a entender que se encontraba en una situación embarazosa por su calidad de protector de Lourdes. Pero cuando me despedí, se mostró muy afectuoso y me prometió formalmente su ayuda, con una delicadeza que me conmovió profundamente.

—¿Qué me cuenta usted, hijo mío? No me extraña, porque Su Eminencia es todo bondad.

—Debo agregar, monseñor, que he regresado con el corazón aliviado, lleno de esperanza. Me parece que tengo el asunto medio ganado.

—Lo comprendo. Es muy natural su estado de ánimo.

Nani seguía sonriendo, con su fina sonrisa de comprensión, en la que se adivinaba un deje de ironía tan fina, tan discreta, que ni siquiera hacía daño. Al cabo de unos momentos de silencio, se limitó a decir:

—Por desgracia, su libro ha sido condenado anteayer por la Congregación del Index, que se reunió ex profeso, convocada por su secretario. La sentencia será llevada a la firma de Su Santidad pasado mañana.

Pierre le miraba, atontado. Si el viejo palacio se hubiese derrumbado sobre su cabeza, no habría quedado más abrumado. ¡Todo había acabado! Su viaje a Roma, la prueba que él había querido hacer, terminaba con aquella derrota, de la que se enteraba bruscamente, en medio de la fiesta. ¡Y ni siquiera había tenido ocasión de defenderse, y había perdido el tiempo sin encontrar una persona a quien poder hablar, delante de quien hacer su defensa! Sentía que se le encrespaba el ánimo de ira, y no pudo menos de exclamar a media voz, con gran amargura:

—¡Cómo han jugado conmigo! Y pensar que ese cardenal me decía esta misma mañana: «¡Si Dios está de su parte, lo salvará, aun a pesar suyo!». ¡Claro, ahora lo comprendo, era un juego de palabras el suyo; él hacía votos por mi derrota, para que yo pudiese ganar el cielo, sometiéndome!... ¡Someterme! No puedo hacerlo todavía, no puedo. Mi corazón rebosa demasiada indignación y demasiada pena.

Nani le escuchaba con atención, lo examinaba.

—Mire usted, querido hijo, todavía no hay nada definitivo mientras no haya firmado el Santo Padre. Dispone usted de todo el día de mañana y de las primeras horas de pasado mañana. Siempre es posible un milagro.

Bajó la voz, lo llevó a un lado, y le dijo, mientras Narcisse examinaba a las damas con su criterio de esteta enamorado de los cuellos alargados y de las gargantas infantiles:

—Escuche, tengo que hacerle una comunicación en el mayor secreto... Más tarde, durante el cotillón, vaya usted al saloncito de los espejos, donde yo estaré y donde podremos hablar con comodidad.

Pierre se lo prometió con un gesto de cabeza; el prelado entonces se alejó discretamente, perdiéndose entre la concurrencia. Pero el sacerdote sentía un borboteo en los oídos y perdía toda esperanza. ¿Qué podía él hacer en tres días, si habían pasado tres meses sin conseguir siquiera ser recibido por el papa? En medio de su atolondramiento, oyó que Narcisse le hablaba de arte.

—Es una cosa asombrosa cómo el cuerpo de la mujer se está echando a perder en estos tiempos de democracia. Se amazacota, se hace horriblemente vulgar. Pase usted revista y no verá ante nosotros ni una sola mujer que tenga la línea florentina, los pechos pequeños, el cuello esbelto y soberano...

Cortó la frase y exclamó:

—Ahí tiene usted una que puede pasar, la rubia, con el pelo sujeto con cintas... Fíjese en aquella a la que ahora se acerca monseñor Fornaro.

En efecto, desde hacía unos momentos, monseñor Fornaro iba de belleza en belleza, con amable expresión de conquistador. Estaba magnífico esa noche, con su elevada estatura tan decorativa, sus mejillas sonrosadas y su amable porte de triunfador. No corría ninguna anécdota ligera a cargo suyo, y se le recibía simplemente como a un prelado galante al que le agradaba estar en compañía de señoras. Se detenía, charlaba, se inclinaba por encima de los hombros desnudos, los rozaba, respiraba su aroma, con los labios húmedos y los ojos reidores, en una especie de éxtasis devoto.

Vio a Narcisse, con el que se veía con alguna frecuencia, y se acercó. El joven no tuvo más remedio que saludarle.

—¿Cómo sigue usted, monseñor, desde la última vez que tuve el honor de verlo en la embajada?

—Perfectamente, perfectamente... ¿Qué me dice usted? Magnífica fiesta, ¿verdad?

También Pierre hizo una inclinación. Era ése el hombre cuyo informe había hecho que fuese condenado su libro; lo que más le echaba Pierre en cara era su expresión de carino, sus promesas engañadoras y su encantador acogimiento. Pero el prelado, muy fino, debió barruntar que Pierre conocía la sentencia de la congregación. Y por eso le pareció lo más digno el aparentar que no lo conocía. También él se limitó a una inclinación de cabeza, que acompañó con una sonrisa ligera.

—¡Qué de gente! —seguía diciendo—, ¡y cuánta belleza! Dentro de poco ya no será posible circular por este salón.

Todos los asientos se hallaban ya ocupados por las damas, y el ambiente comenzaba a enrarecerse, con aquel perfil me dé violetas que se recalentaba con el olorcillo de las nuca rubias y morenas. Los abanicos apresuraban su vaivén, se oían risas cristalinas, entre el barullo cada vez mayor de las conversaciones, en las que se repetían las mismas palabras. Sin duda que alguien había traído alguna noticia, y corría de oído en oído algún rumor que propagaba la excitación por todos los grupos.

Monseñor Fornaro, que estaba al corriente de todo, quiso darles la noticia que nadie daba todavía en voz alta.

—¿Saben ustedes lo que las trae revueltas?

—Será la salud del Santo Padre —dijo Pierre sin saber lo que se decía por el estado de ánimo en que se encontraba—. ¿Es que se ha agravado la situación esta noche?

El prelado le miró asombrado. Y agregó, no sin cierta impaciencia:

—No; Su Santidad sigue mucho mejor, a Dios gracias. Hace un instante que me ha dicho una persona del Vaticano que ya se ha levantado esta tarde, y que ha recibido a sus íntimos, como de costumbre.

—Sin embargo, el susto ha sido mayúsculo —dijo a su vez Narcisse—. Le confieso que en la embajada no estábamos muy tranquilos, porque un cónclave en este momento sería sumamente peligroso para Francia, que no ejercería en él ninguna influencia. Nuestro gobierno republicano hace mal en tratar al Papado como cosa sin importancia... Pero ¿quién sabe cuándo está enfermo el papa y cuando no lo está? De fuente segura he sabido que durante el invierno pasado, cuando nadie decía una palabra, estuvo a punto de irse al otro mundo; mientras que la última vez, cuando todos los periódicos lo daban por muerto, hablando de una bronquitis, tuve yo mismo ocasión de verlo, y estaba muy erguido y muy alegre... Mi opinión es que sus enfermedades son de conveniencia.

Monseñor Fornaro desvió aquel tema inoportuno con un ademán apresurado.

—No, no, por el momento estamos tranquilos, ya no se habla de eso... Lo que ahora trae revueltas a estas señoras es la noticia de que la Congregación del Concilio ha votado la anulación del matrimonio Prada por una gran mayoría.

Pierre se emocionó otra vez. Como no había tenido ocasión de ver a nadie en el palacio Boccanera, a su vuelta de Frascati, temió que la noticia fuese falsa. El prelado se creyó en el caso de dar su palabra de honor.

—La noticia es exacta, me la ha dado un prelado de la congregación.

Pero, de pronto, se excusó y se marchó de allí a toda prisa.

—Ustedes me perdonen. Veo ahí a una señora en la que no me había fijado antes y deseo saludarla.

Y corrió a situarse ante ella. Como no tenía donde sentarse, se quedó de pie, doblando su gran estatura, como si tratase de envolver en su galante cortesía a la joven señora, fresca y desnuda, que dejaba escapar una risa encantadora al sentir el roce leve del pequeño manteo de seda violeta.

—Ya debe conocer a esa señora, ¿verdad? —preguntó Narcisse a Pierre—. ¿Que no, dice usted?... Es la amiga íntima del conde Prada, la encantadora Lisbeth Kauffmann, que acaba de darle un bebé rollizo y que reaparece hoy en sociedad por primera vez... Ya sabrá usted que es alemana, que su marido falleció aquí y que es excelente pintora, y que no lo hace mal. La gente es muy tolerante con estas señoras de la colonia extranjera, y a Lisbeth la quieren de una manera especial por la amabilidad con que recibe a las gentes en su palacio de la via Principe Amadeo... ¡Imagínese usted si la divertirá esa noticia de la anulación del matrimonio!

Lisbeth estaba verdaderamente encantadora, muy rubia, muy sonrosada, muy alegre, con su cutis satinado, sus ojos de un azul suave, y su boca que se había hecho célebre por su sonrisa bondadosa. Aquella noche sobre todo, ataviada con un vestido de seda blanca con briznas de oro, rebosaba tal alegría de vivir, una certidumbre tan feliz de quien se siente libre, amante y amada, que la misma noticia que las gentes se decían al oído, y las habladurías que corrían al abrigo de los abanicos, parecían redundar en gloria suya. Todas las miradas se hallaban clavadas en ella. Todo el mundo repetía el nombre de Prada, el hombre por quien ella había quedado encinta y al que hoy la Iglesia tachaba de impotente: «¡Pobre amigo mío, por lo que veo, voy a dar a luz a otro Jesusito!». Se oían risas ahogadas y se hacían por lo bajo bromas irrespetuosas, que corrían de oído en oído, mientras ella, toda radiante de serenidad insolente, aceptaba con expresión de placer las galanterías de monseñor Fornaro, que la felicitaba por un cuadro que había enviado a una exposición y que representaba a la Virgen con el Lirio.

La anulación del matrimonio, que desde hacía un año hacía el gasto de la crónica escandalosa de Roma, levantaba un rumor sensacional, cayendo de aquel modo en medio del baile. Hacía tiempo ya que el mundo negro y el mundo blanco la habían elegido como un campo de batalla para atacarse con las más increíbles murmuraciones, habladurías sinfín y multitud de anécdotas insípidas. Y allí acababa todo, porque el Vaticano, imperturbable, se había atrevido a pronunciarse por la anulación, con el pretexto de que el matrimonio no se había podido consumir a consecuencia de la impotencia del marido. Toda Roma estallarían en una carcajada, porque en cuanto se trataba de cuestiones de la Iglesia en que mediaba el dinero, daba pruebas de gran escepticismo. Nadie ignoraba los incidentes de la lucha, que Prada, asqueado, se había abstenido de presentarse, y que los Boccanera, inseguros, habían removido cielo y tierra, cómo se había distribuido el dinero a los favoritos de los cardenales para comprar la influencia de éstos y la fuerte suma que había

costado, aunque indirectamente, el informe, esta vez favorable, de monseñor Palma. Se daba, en total, la cifra de cien mil francos, lo que no parecía caro, porque otro divorcio, el de una condesa francesa, había costado cerca de un millón. ¡Tenía tantas necesidades el Santo Padre! Por lo demás, todo aquello no indignaba a nadie, y la gente se limitaba a hacer algunos chistes, continuaba el vaivén de los abanicos aliviando el calor, cada vez más fuerte, y las señoras se estremecían de gozo, entre el vuelo discreto de las frases ligeras, murmuradas apenas, que rozaban sus hombros desnudos.

—¡Qué contenta estará la contessina! —dijo Pierre—. No comprendí, cuando entramos, por qué su amiga nos dijo que la contessina estaría esta noche muy hermosa y muy feliz... Seguramente que el venir a este baile obedece a eso, porque desde que empezó el pleito se consideraba como de luto.

Lisbeth tropezó con la mirada de Narcisse y le sonrió, y éste se vio obligado a ir a saludarla, porque la conocía; él, como toda la colonia extranjera, había pasado por su taller. Volvía al lado de Pierre, cuando una nueva sensación pareció agitar los airones de diamantes y las flores que adornaban las cabelleras. Las cabezas se volvieron a mirar, y el barullo de voces se hizo más fuerte.

—¡Ahí viene el conde Prada en persona! —murmuró asombrado Narcisse—. ¡No se puede negar que es un hombre apuesto! Vístale usted de terciopelo y de oro y tendrá una magnífica figura de aventurero del siglo xv, de los que mordían sin escrúpulo en todo lo que era placer.

Prada se adelantaba con toda naturalidad, alegre, casi triunfador. A decir verdad, encima de la ancha pechera blanca de la camisa, a la que servía de marco negro el traje, tenía todas las trazas de ave de rapiña, ojos francos y duros, cara enérgica, cruzada por un bigote oscuro y tupido. Su boca voraz no había enseñado nunca su dentadura de lobo como aquella noche, con una sonrisa de sensualidad gozosa. Con una mirada rápida, examinó y desnudó a todas las mujeres. Después, al ver a Lisbeth, tan juguetona, tan sonrosada y tan rubia, se dulcificó, se dirigió ostensiblemente hacia ella, y no se preocupó en lo más mínimo de la ardiente curiosidad con que todos lo miraban. Se inclinó y le dijo unas palabras por lo bajo, en cuanto monseñor Fornaro le cedió su puesto. Sin duda la joven le confirmó la noticia que corría, porque al erguirse otra vez, hizo un ademán acompañado de una risa forzada.

En ese instante vio a Pierre y se dirigió hacia él, juntándose los dos en el hueco de la ventana. Dio también un apretón de manos a Narcisse. Y acto seguido exclamó, bravucón:

—Recordará usted lo que le decía cuando regresábamos de Frascati... Pues bien, parece que es un hecho: han anulado mi matrimonio... Es un paso tan burdo, tan desvergonzado y tan idiota, que lo puse en duda cuando me lo dijeron hace un momento.

—Pues la noticia es segura —se permitió decir Pierre—. Nos ha sido confirmada hace un instante por monseñor Fornaro, a quien se la había comunicado un miembro de la congregación. Dicen, además, que han obtenido una mayoría muy considerable.

Prada se estremeció de risa.

—¡No es posible una farsa como ésa! No sé yo que se haya dado nunca a la justicia y al simple sentido común una bofetada igual. Si logran también anular el matrimonio civil, y si aquella amiguita mía que ve usted allí no tiene inconveniente, Roma va a tener motivo de regocijo. ¡Claro! Me casaré con ella en Santa María Maggiore con gran pompa. Y llevaremos a la fiesta, en brazos de su nodriza, a un hombrecito encantador que anda por ahí...

Al hacer esta alusión a su hijo, prueba viviente de su virilidad, se reía con demasiada fuerza, era demasiado rudo. ¿Sufriría tal vez? Porque sus labios se retorcían desdeñosos, mostrando sus dientes blancos. Se le veía estremecerse, luchando contra el despertar de una pasión sorda, tumultuosa, que no quería confesarse ni a sí mismo.

—Y usted, señor abate —dijo de pronto con viveza—, ¿conoce la otra noticia? ¿Le han dicho que iba a venir la condesa?

Se refería a Benedetta, a la que tenía la costumbre de designar de ese modo, olvidándose de que ya no era su esposa.

—Efectivamente; acaban de decírmelo.

Se quedó perplejo un momento, y luego agregó, dejándose llevar por el deseo de evitar toda sorpresa desagradable:

—Veremos también, sin duda, al príncipe Dario, porque no ha salido para Nápoles, como yo le dije a usted. Creo que a última hora ha habido no sé qué inconveniente.

Prada no se reía ya. Se limitó a susurrar, con rostro que se había vuelto bruscamente serio:

—¡También el primo, entonces! Pues bien, los veremos a los dos, los veremos a los dos.

Y se calló, como invadido por una oleada de pensamientos graves, que le impelían a reflexionar, en tanto que los dos amigos continuaban conversando. Luego hizo un ademán, como pidiendo que le disculpasen, se acercó más a la ventana, sacó del bolsillo un libro de notas, arrancó una hoja y escribió en



ella, con letra un poco más tosca que la suya corriente y en lápiz, las cuatro líneas siguientes: «Asegura una leyenda que la higuera de Judas ha brotado de nuevo en Frascati y que sus higos son mortales para todo aquel que aspira a ser papa. No coma sus higos envenenados, no los dé a comer a los suyos, ni a sus gallinas. —Dobló la hoja, la aseguró con un sello de correos y escribió la dirección—: A Su Eminencia Reverendísima e Ilustrísima el cardenal Boccanera». Volvió a meter todo en el bolsillo y respiró profundamente, volviendo a encontrar sus ganas de reír.

Había sentido todo su ser como helado por un malestar invencible, por un terror lejano. Sin que su mentí formulase un razonamiento concreto, acababa Prada de sentir la necesidad de asegurarse contra la tentación de cometer una bajeza o una infamia. No habría sabido explicar él la relación de ideas que le había llevado a escribir aquellas cuatro líneas, en el acto, sin moverse de aquel lugar, so pena de que ocurriese la mayor de las catástrofes. A una cosa estaba bien resuelto: a ir, cuando saliese del baile, a echar aquella misiva en el buzón del palacio Boccanera. Ya estaba tranquilo.

—¿Qué le pasa a usted, señor abate? —preguntó, mezclándose otra vez en la conversación—. Lo veo muy preocupado.

Y al comunicarle Pierre la mala noticia que había recibido, que su libro había sido condenado, y que sólo le quedaba un día para actuar, a menos de conformarse con que su viaje a Roma constituyese una derrota, exclamó Prada, como si también él necesitase reanimarse y aturdirse para conservar, a pesar de todo, una esperanza, y poder vivir:

—¡Bueno, bueno! No se deje dominar por el desánimo, porque eso nos hace perder toda nuestra energía. Un día es mucho, ¡tantas cosas pueden ocurrir en un solo día! Basta una hora, basta un minuto para que el destino se deje sentir, cambiando las derrotas en victorias.

Y agregó, cada vez más febril:

—¡Animo! Vamos al salón de baile. Me han dicho que es una maravilla.

Cambió con Lisbeth una última mirada de cariño, y Pierre y Narcisse le siguieron, abriéndose los tres camino con gran dificultad, llegando hasta la galería contigua entre una apretada corriente de faldas, entre aquel oleaje de nuca y de hombros, del que se desprendía un aroma de pasión, de la pasión que es vida, el aroma del amor y de la muerte.

La galería se alargaba con un esplendor incomparable; tenía diez metros de ancho por veinte de largo, con sus ocho ventanas que daban al Corso, desnudas, sin cortinajes, iluminando como con un incendio las casas de enfrente. Era una claridad deslumbradora, siete pares de enormes candelabros

de mármol, que parecían antorchas gigantescas por sus ramilletes de lámparas eléctricas, verdaderos astros de luz; en lo alto, a lo largo de las cornisas, había más lámparas, encerradas en flores de colores claros, formando una guirnalda maravillosa de flores llameantes, tulipanes, peonías, rosas. El rojo terciopelo antiguo de las paredes tomaba reflejos de brasero, tonalidades de brasa encendida. Las colgaduras de las puertas eran de puntilla antigua, bordada con sedas de colores, formando también flores, de una intensidad viviente. Pero la riqueza sin par, debajo de aquel cielo raso tan suntuoso, decorado con arcones adornados de rosetones de oro, era la colección de obras maestras, que superaban a las de cualquier museo. Allí había cuadros de Rafael, del Tiziano, de Rembrandt, de Velázquez, de Ribera, obras famosas entre las más famosas, que de pronto, ante aquella claridad inesperada, surgían triunfantes de juventud, como despertadas a la vida inmortal del genio. Como Sus Majestades no habían de llegar hasta las doce, se había iniciado el baile, y las parejas se dejaban arrastrar por un vals, como una bandada de tiernas avecillas, a través de la concurrencia fastuosa, verdadero río de condecoraciones y de joyas, de uniformes bordados de oro y de vestidos bordados de perlas, en un desbordamiento de terciopelo, de seda y de satén.

—¡Es verdaderamente prodigioso! —manifestó Prada con expresión agitada—. Síganme, vamos a colocarnos en el hueco de una ventana. Es el sitio mejor para verlo todo sin que lo atropellen a uno demasiado.

Narcisse se les había perdido, y se encontraron los dos solos, Pierre y el conde, cuando llegaron al hueco de la ventana. La orquesta, situada al fondo, sobre un pequeño estrado, había acabado de ejecutar el vals, y los bailarines habían reanudado sus lentos paseos, encantados y aturdidos, entonces entró una partida de invitados que hizo volver a todos la cabeza. Donna Serafina, del brazo del abogado consistorial Morano, entraba majestuosamente; iba ataviada con un vestido de satén carmesí, como si se engalanase con los colores de su hermano el cardenal. Nunca había tenido un talle tan esbelto y tan de mujer joven; nunca, como entonces, su rostro duro de solterona, cruzado por grandes pliegues, suavizado apenas por sus cabellos blancos, tuvo una expresión tan dominadora, tan obstinada y triunfante. Se oyó un murmullo de aprobación discreta, como si la gente se hubiese quitado un peso de encima, porque toda la sociedad romana había condenado sin excepción la indigna conducta de Morano, rompiendo sus relaciones de treinta años, a las que los salones estaban ya habituados, como si se tratase de un matrimonio legítimo. Se susurraba que todo había sido obra de un capricho inconfesable por una burguesita, de un mal pretexto de ruptura buscado en una disputa que

habían tenido a propósito del divorcio de Benedetta, que entonces se veía en peligro. La ruptura había durado cerca de dos meses, con gran escándalo de Roma, ciudad en la que subsiste el culto a los amores largos y fieles. Por eso la reconciliación conmovía a todos los corazones y se la consideraba como una de las más felices consecuencias del proceso que se había ganado aquel mismo día ante la Congregación del Concilio. Morano, arrepentido, y donna Serafina reapareciendo colgada de su brazo en aquella fiesta, era una nota muy positiva, eran el amor que triunfa, las buenas costumbres salvadas, el orden restablecido.

Pero la sensación fue todavía mucho mayor al ver que, detrás de su tía, entraban Benedetta y Dario, el uno a la par del otro. Aquella indiferencia tranquila por las más vulgares conveniencias, aquella victoria de su amor confesado, celebrado a la faz de todos, el día mismo en que había sido anulado su matrimonio, pareció de una audacia tan encantadora, de una jactancia tan juvenil y tan confiada, que fue perdonada por todos en el acto, en medio de un rumor de admiración universal. Los corazones volaban hacia ellos, lo mismo que en el caso de Celia y de Attilio, hacia el resplandor de belleza que irradiaban, hacia la felicidad extraordinaria que resplandecía en sus caras. En Dario, pálido aún a consecuencia de su larga convalecencia, de una finura un poco frágil, con hermosos ojos claros de niño, la barba oscura y rizada de un dios joven, encontraban todos los rasgos de la vieja raza principesca de los Boccanera. Benedetta, blanquísima bajo su casco de cabellos negros, muy tranquila, muy prudente, ostentaba su bella sonrisa, aquella sonrisa tan rara en ella, pero que tenía una seducción irresistible, que la transfiguraba, que daba un encanto de flor a su boca un poco gruesa, que difundía una claridad de cielo por la infinitud de sus enormes ojos oscuros, insondables. Y en aquella segunda infancia en que volvía a vivir, tan alegre, tan bondadosa, había tenido el delicioso instinto de ataviarse con un vestido blanco, un vestidito liso de chica joven, símbolo que pregonaba su virginidad, la pureza de lirio que conservaba obstinadamente para el marido que ella elegiría. No exhibía ni un pedacito de su cuerpo, ni siquiera el escaso escote de la garganta, que estaba admitido para las niñas. Era el amor misterioso e impenetrable, temible, una mujer soberanamente bella, cuya omnipotencia dormía allí, velada de blanco. Ningún adorno, ni siquiera una alhaja, ni en las manos, ni en las orejas. Nada más que un collar sobre el corpiño, pero un collar de reina, el famoso collar de perlas de los Boccanera, que había heredado de su madre y que era conocido en toda Roma, perlas de un grosor

fabuloso, echadas sobre su cuello con negligencia, y que bastaban, a pesar de la sencillez de su vestido, para darle categoría de reina.

—¡Qué feliz es y qué hermosa está! —murmuró Pierre.

Pero enseguida le pesó haber expresado su pensamiento en alta voz, porque a su lado oyó un lamento sordo de fiera, un gruñido involuntario que le hizo recordar la presencia del conde. Aunque éste ahogó enseguida aquel grito que le arrancaba la herida, bruscamente vuelta a abrir. Y todavía tuvo fuerza de voluntad para afectar una alegría brutal.

—¡Diablo! No les falta desparpajo a ninguno de los dos. Sólo falta ya que los casen y que los acuesten en la cama delante de todos nosotros.

Pero luego debió lamentar la grosería de la frase, arrancada a una rebelión de sus deseos insatisfechos de macho, y quiso mostrarse indiferente.

—Está verdaderamente hermosa esta noche. No sé si sabrá usted que tiene los hombros más hermosos del mundo y precisamente por eso no los muestra, para que su éxito sea mayor.

Siguió hablando, hasta hacerlo con expresión de desapego, refiriendo pequeñas anécdotas de Benedetta, a la que se obstinaba en tratar de condesa. Pero se había recogido un poco más en el hueco de la ventana por temor a que viesan su palidez, y el tic doloroso que contraía sus labios. No se sentía capaz de luchar, de mostrarse sonriente e insolente junto a la alegría de la pareja, exhibida con tanta ingenuidad. Y agradeció la tregua que le proporcionó en ese mismo instante la llegada del rey y de la reina.

—¡Ahí llegan Sus Majestades! —exclamó acercándose a mirar por la ventana—. ¡Fíjese cómo se agolpa la gente en la calle!

En efecto, a pesar de que los cristales de la ventana estaban cerrados, llegaba hasta arriba el rumor tumultuoso de la muchedumbre, que se apretujaba en las aceras. Pierre miró también, y vio, a la luz de las lámparas eléctricas, una alfombra de cabezas humanas que irrumpía en la calzada y que se agolpaba en torno de los carruajes. En sus paseos diarios a villa Borghese se había cruzado más de una vez con el rey, que acudía allí como un buen burgués, sin guardia, sin escolta, sin más acompañante en su victoria que un ayuda de campo. Otras veces estaba solo y guiaba un ligero faetón, acompañado nada más que por un lacayo de a pie con librea negra. Una de las veces iba con él la reina, el uno junto al otro, como buen matrimonio que se pasea a su gusto. Y lo mismo la gente ocupada que transitaba por las calles, que los paseantes de los jardines, al verlos pasar, se limitaban a saludarlos con un gesto afectuoso, sin importunarles con sus exclamaciones, mientras los más expansivos se contentaban con acercarse a ellos libremente y saludarlos

con una sonrisa. A Pierre, que tenía la idea tradicional de los reyes que acostumbran a pasar bien guardados, rodeados de una pompa militar, le había sorprendido mucho y le había conmovido la campechanía afable de aquella pareja de soberanos, que iban y venían a su gusto, tranquilamente seguros, entre el amor sonriente de su pueblo. La gente le había dado toda clase de detalles acerca de la vida en el Quirinal, de la bondad y sencillez del rey, de su deseo de paz, de su afición a la caza, a la soledad y a la vida al aire libre, que seguramente le había llevado más de una vez, en su repugnancia al poder, a soñar con una vida libre, lejos de la tarea autoritaria de soberano, para la que no parecía haber nacido. Pero la reina, sobre todo, era adorada por su honestidad, tan natural y serena, porque era la única persona que no se enteraba de los escándalos de Roma, muy culta, muy refinada, al corriente de todas las literaturas, muy feliz por verse inteligente, muy superior a los que la rodeaban, sabiendo que lo era, gustando de hacerlo ver, sin esfuerzo, con una gracia perfecta. Prada, que había permanecido, al igual que Pierre, con el rostro pegado al cristal de la ventana, le señaló la muchedumbre con un gesto.

—Ya han visto a la reina y ya se van contentos a dormir. Y puedo asegurarle que no hay ni un solo agente de policía para vigilarlos... ¡Ser amado, ser amado!

Pero volvía a sentirse mal y se volvió hacia la galería, bromeando.

—¡Atención!, amigo mío; no hay que perder la entrada de Sus Majestades. Es lo más hermoso de la fiesta. Transcurrieron algunos minutos y la orquesta interrumpió bruscamente la polca que estaba ejecutando, para acometer, con toda la sonoridad de los cobres, la marcha real. Los bailarines se desbandaron y el centro de la sala quedó vacío. El rey y la reina entraban, acompañados por el príncipe y por la princesa Buongiovanni, que habían ido a recibirlos hasta el pie de la escalera. El rey vestía simplemente de frac, y la reina traía un vestido de satén paja, recubierto de una admirable puntilla blanca, y bajo la diadema de brillantes que ceñía sus hermosos cabellos rubios conservaba todo su aire de juventud, su cara redonda y fresca, toda amabilidad, bondad y espiritualidad. La música seguía tocando, llevando el entusiasmo de su bienvenida hasta la violencia. Celia surgió, detrás de su padre y de su madre, entre la corriente de la concurrencia, que se arremolinaba para ver; luego se acercaron Attilio, los Sacco, los parientes y los personajes oficiales. Y mientras terminaba la música de ejecutar la marcha real sólo se cruzaban, en medio de la sonoridad de los instrumentos y del resplandor de las luces, saludos, miradas y sonrisas; los invitados, entretanto, de pie, se empujaban, se estiraban, alargando el cuello, brillantes los ojos,

como creciente marea de cabezas y de cuellos, resplandecientes de pedrería. Finalmente se calló la orquesta y tuvieron lugar las presentaciones. Sus Majestades, que ya conocían a Celia, la felicitaron con bondad paternal. Pero Sacco, tanto en su calidad de ministro como en la de padre, se preocupaba, ante todo, de presentar a su hijo Attilio. Dobló sus ágiles espaldas de hombrecito, supo dar con las bellas frases que convenían al momento, y lo hizo tan bien, que si ante el rey se inclinó el militar, reservó para la reina el homenaje del buen mozo, que tal pasión había sabido despertar. Sus Majestades volvieron a mostrarse otra vez extremadamente amables, hasta para la señora Sacco, que se hacía a un lado, siempre modesta y prudente. Y entonces se produjo un hecho que al ser llevado de salón en salón, había de despertar infinidad de comentarios. La reina vio a Benedetta, que le había sido presentada por Prada después de su boda, y le dirigió una sonrisa, nacida de la admiración que le inspiraban su belleza y su encanto; la joven se vio de este modo obligada a acercarse y recibió el insigne favor de conversar con la reina algunos minutos, durante los cuales ésta le dirigió las más amables frases, que fueron escuchadas por todos los que estaban cerca. La reina desconocía, sin duda alguna, el acontecimiento del día, la anulación del matrimonio con Prada, la próxima unión con Dario, que se había anunciado públicamente en aquella fiesta en la que se celebraban dos esponsales. Pero el efecto estaba producido, y ya no se habló sino de las frases amables dirigidas por la más virtuosa y la más inteligente de las reinas a Benedetta, lo que acrecentó su triunfo, realizando aún más su belleza, su altivez y su gloria, radiante de felicidad por poderse entregar al fin al esposo que había elegido.

Aquello produjo a Prada un dolor indecible. Y mientras los soberanos continuaban atendiendo, la reina a las damas que se acercaban a saludarla, y el rey a los oficiales, diplomáticos y a todo el desfile de personajes importantes, Prada sólo veía a Benedetta, felicitada, acariciada, realzada por el cariño de todos y glorificada. Dario, a su lado, se mostraba feliz y brillaba con ella. El baile parecía haber sido organizado en su honor, en su honor centelleaban las lámparas y tocaba la orquesta, y se habían desnudado las más hermosas mujeres de Roma, envolviendo sus gargantas en el centelleo de los brillantes y sus cuerpos en un violento aroma de amor; para honrarlos acababan de entrar Sus Majestades al son de la marcha real, para ellos se convertía la fiesta en apoteosis, para ellos sonreía una soberana, a la que todos adoraban, aportando el regalo de su presencia a los esponsales, como el hada buena de los cuentos, cuya llegada aseguraba a los recién nacidos la felicidad. Y todo se concitaba en aquella hora de extraordinario resplandor, de apogeo

de la dicha y de la alegría, para que triunfase aquella mujer cuya belleza le había pertenecido, sin llegar a poseerla; para que triunfase aquel hombre que iba a quitársela, victoria tan pública, tan descarada, tan insultante, que él la recibía en pleno rostro y que le producía el escozor de una bofetada. Y no eran solamente su orgullo y su pasión los que así sangraban: se veía también herido en su fortuna por aquel triunfo de los Sacco. ¿Sería, pues, cierto que el delicioso clima de Roma acababa por enervar a los rudos conquistadores del norte, y sería por eso que él experimentaba aquella sensación de fatiga y de agotamiento y que estaba ya medio acabado? Aquel mismo día, en Frascati, metido en aquel desastroso negocio de las construcciones, había sentido el resquebrajamiento de sus millones, aunque se obstinase en no reconocer el mal estado de sus negocios, cosa que todos sabían, y aquella noche, en medio de la fiesta, veía cómo triunfaba el sur, cómo se llevaba Sacco la presa, como hombre acostumbrado a las presas todavía calientes, saboreadas golosamente a pleno sol. ¡Qué bofetada era también para su vanidad de hombre, para sus pasiones siempre voraces de placer, el verse empujado fuera de la mesa, antes de que finalizase el festín, por aquel Sacco, ministro, familiar del rey, emparentado por el matrimonio de su hijo con una de las más nobles familias de la aristocracia romana, camino de ser algún día el señor de Roma y de Italia, y manejando ya a manos llenas el dinero del pueblo! Todo se desmoronaba, todo se le iba de las manos, Sacco le robaba sus millones, Benedetta le barrenaba la carne, dejando en él la herida del deseo insatisfecho, de la que ya no se curaría jamás. Pierre oyó de nuevo aquella queja sorda de fiera, el gruñido involuntario y desesperado que ya antes le había hecho dar un vuelco al corazón. Miró al conde y le preguntó:

—¿Se siente usted mal?

Pero lamentó haber hecho una pregunta tan indiscreta, que no tuvo contestación, al ver el rostro lívido de Prada, que conservaba su calma merced a un esfuerzo sobrehumano de voluntad. Y para disipar todo su embarazo, siguió hablando y manifestó en voz alta las reflexiones que le sugería el espectáculo de aquella pompa.

—¡Qué razón tenía su padre! Nosotros, los franceses, que recibimos una educación profundamente católica aun en estos días de duda universal, sólo vemos en Roma a la Roma secular de los papas, sin enterarnos, sin poder casi comprender las modificaciones profundas que van formando, de año en año, la Roma italiana de hoy. Cuando yo llegué a esta ciudad, el rey, con su gobierno, y este pueblo joven que se esfuerza por formar una gran capital, constituían para mí un factor sin importancia. Sí, yo dejaba a un lado todo

eso, no me preocupaba en lo más mínimo, porque soñaba con resucitar a Roma, a la nueva Roma, cristiana y evangélica, que haría la felicidad de los pueblos.

Dejó escapar una pequeña risa, como compadeciéndose de su ingenuidad, y señaló con un ademán la galería, al príncipe Buongiovanni que en ese momento se inclinaba ante el rey, a la princesa que escuchaba las galanterías de Sacco, a la aristocracia papal venida a menos, a los arribistas de ayer que hoy eran recibidos en todas partes, al mundo blanco y al mundo negro mezclados hasta el punto de que ya casi todos eran súbditos, y muy pronto llegarían a constituir un pueblo. La imposibilidad de conciliar al Quirinal y al Vaticano parecía una realidad fatal, aunque no lo fuese teóricamente, en vista de aquella evolución constante, de aquellos hombres y mujeres, regocijadas, sonrientes y ataviadas, y arrebatadas por el ímpetu del deseo. No hay más remedio que vivir, amar, ser amado, crear vida, eternamente. El matrimonio de Celia y de Attilio sería el símbolo de aquella unión necesaria, la juventud y el amor triunfantes de los viejos rencores, el olvido de todas las disputas en el abrazo del buen mozo que se lleva al pasar, prendida a su cuello, la hermosa joven que ha conquistado, para perpetuar la raza humana.

—¡Mírelos —siguió diciendo Pierre—, qué hermosos son estos novios y qué jóvenes y alegres y cómo sonríen al porvenir! Comprendo que su rey haya querido hacer acto de presencia para complacer a su ministro y para dar fin al acto de adhesión al trono de una de las más antiguas familias romanas: es una política valiente y paternal. Pero quiero suponer también que ha comprendido el conmovedor significado de este casamiento; la vieja Roma que, en la persona de esa niña encantadora, tan ingenua y tan enamorada, se entrega a la joven Italia, a ese muchacho entusiasta y leal, que lleva tan airosamente el uniforme. ¡Qué esas nupcias sean definitivas y fecundas, que de ellas nazca el gran país que deseo que sea Italia, que deseo fervientemente ahora que he aprendido a conoceros!

En medio del derrumbamiento doloroso de su antiguo ideal de una Roma evangélica y universal, le había salido de la boca aquel voto, deseando a la ciudad eterna nueva prosperidad, con una emoción tan viva y profunda, que Prada no pudo menos de contestar:

—Yo le agradezco ese deseo que ha expresado, y que está en el corazón de todos los buenos italianos.

Pero su voz se ahogó, porque mientras miraba a Celia y Attilio, que conversaban y se sonreían mutuamente, había visto a Benedetta y a Dario, que iban a juntarse con ellos, y que mostraban la misma sonrisa de felicidad



inmensa. Y cuando vio reunidas a las dos parejas, tan resplandecientes, tan radiantes de vida feliz y magnífica, no tuvo aguante para continuar allí, viéndolos y sufriendo.

—Estoy que reviento de sed —exclamó con brutalidad—. Vamos al buffet a beber algo.

Y se las arregló de modo que se deslizó por detrás de la concurrencia, siguiendo a lo largo de las paredes, de manera que nadie reparase en él, llegando hasta la puerta del salón de antigüedades, a un extremo de la galería.

Pierre iba tras él, pero una oleada de gente los separó, empujando al sacerdote hacia las dos parejas, que seguían en amoroso coloquio. Celia lo vio y lo llamó con un ademán amistoso. Contemplaba la joven con verdadero éxtasis a Benedetta, porque era una adoradora de la belleza; juntaba ante ella sus manos menudas, que eran un lirio, del mismo modo que si estuviese delante de la Madonna.

—Señor abate, deme usted este gusto, dígale que es hermosa, la más hermosa de todas las cosas hermosas que hay sobre la tierra, más hermosa que el sol, que la luna y que las estrellas... ¡Si supieses, amiga mía, qué escalofríos me da al verte tan bella, bella como la felicidad, bella como el amor!

Benedetta se echó a reír, mientras los dos jóvenes se regocijaban.

—Tan hermosa como yo eres tú, querida... Y es que somos hermosas porque nos sentimos muy felices.

Celia contestó cariñosamente:

—Sí, sí, somos felices... ¿Te acuerdas de aquella noche en que tú me decías que las tentativas de casar al rey y al papa no tenían mucho éxito? Pues bien, Attilio y yo los casamos y, sin embargo, somos muy felices.

—Pues Dario y yo no los casamos, sino que los separamos —replicó alegremente Benedetta—. Y es que, como tú me contestaste aquella misma noche, basta amarse para que el mundo se salve.

Cuando Pierre consiguió, por fin, llegar a la puerta del salón de antigüedades, en el que estaba instalado el buffet, encontró a Prada de pie, como clavado en el suelo, inmovilizado, hartándose de mirar el espectáculo del que deseaba huir. Y así fue cómo asistió, con el corazón desgarrado, a la reanudación del baile, consistente en la primera figura de una cuadrilla, que la orquesta ejecutaba con todo el brillo de los cobres. Benedetta y Dario, Celia y Attilio, bailaban frente a frente. Y era una cosa tan adorable, tan encantadora, el contemplar a aquellas dos parejas jóvenes y alegres, bailando en medio de la claridad blanca, entre el lujo y el perfume del amor, que el rey y la reina se

acercaron con interés. Se oyeron ¡bravos! de admiración y todos los corazones se impregnaron de infinita ternura.

—Estoy que reviento de sed. Sígame —repitió Prada, consiguiendo por fin arrancarse de aquella tortura.

Se hizo servir un vaso de limonada helada y se lo bebió de un trago, con la expresión ansiosa de un hombre febril que no logra calmar con nada el fuego interior que le abrasa.

El salón de antigüedades era muy espacioso, con el suelo de mosaico y las paredes estucadas, y a lo largo de las paredes una célebre colección de jarrones, bajorrelieves y estatuas. Predominaban los mármoles, aunque se veían también algunos bronce, entre otros un gladiador moribundo, de una belleza incomparable. Pero la maravilla mayor era la famosa Venus, gemela de la Venus del Capitolio, más fina, más elástica, con el brazo izquierdo extendido en un gesto de voluptuoso abandono. Aquella noche habían colocado un poderoso reflector que proyectaba sobre ella una claridad deslumbradora de astro, y el mármol, en su desnudez divina y pura, parecía palpitar con una vida sobrehumana, inmortal.

El buffet se hallaba instalado contra el muro del fondo y consistía en una mesa muy larga, cubierta con un mantel bordado, sobre el que había fuentes con frutas, pastelería y fiambres. Sobresalían los ramos de flores entre las botellas de champán, los ponches ardientes, los sorbetes helados, y todo un ejército de vasos, tazas de té, tazones para caldo, una verdadera riqueza en cristalería, porcelana, platería, de luces centelleantes. Y como innovación feliz, se había llenado la mitad de la sala con hileras de mesitas, para que los invitados pudiesen sentarse, lo mismo que en un café, en lugar de hacer sus consumiciones de pie.

Pierre vio a Narcisse, que se encontraba sentado a una de aquellas mesitas cerca de una joven. Prada se acercó cuando vio que era Lisbeth.

—Me encuentran ustedes en la más bella de las compañías —dijo galantemente el agregado de la embajada—. Ustedes se perdieron de mi vista y yo no he encontrado nada mejor que acercarme a esta señora y ofrecerle mi brazo para conducirla hasta aquí.

—Ha sido una buena idea —dijo Lisbeth con su hermosa sonrisa—, porque, además, yo tenía mucha sed.

Se habían hecho servir un café helado, que bebían lentamente, sirviéndose de unas cucharitas de oro viejo.

—También yo me muero de sed —manifestó el conde— y no consigo refrescarme... ¿Nos invitan ustedes, verdad, querido señor? Tal vez consiga

calmar un poco mi sed con ese café... A propósito, amiga mía, le presento al señor abate Froment, uno de los más distinguidos sacerdotes jóvenes de Francia.

Los cuatro permanecieron sentados largo rato, hablando y regocijándose un poco a costa de los invitados que desfilaban. Pero Prada seguía preocupado, a pesar de sus muestras habituales de galantería para con su amiga; de vez en cuando se olvidaba de ella, se sumía en su dolor, y, sin él quererlo, se volvían sus ojos hacia la galería próxima, de la que llegaban hasta sus oídos los ruidos de la música y del baile.

—¿En qué piensa usted, amigo mío? —le interrogó con afabilidad Lisbeth viendo que estaba tan pálido y ensimismado. ¿Se encuentra indispuesto?

Prada no contestó a la pregunta, y de pronto exclamó:

—¡Fíjense! ¡Fíjense! Ésa sí que es una pareja modelo, eso sí que es amor y felicidad.

Y señaló con un ligero ademán a la marquesa de Montefiori, madre de Dario, y a su segundo marido, Jules Laporte, el antiguo sargento de la guardia suiza, quince años más joven que ella, al que había pescado en el Corso, con sus ojos llameantes, que todavía conservaban su magnificencia; luego hizo del sargento un marqués de Montefiori, con todos los honores, para que fuese todo suyo. Y en los bailes y fiestas no lo soltaba, lo retenía colgándose de su brazo, aunque chocase con las costumbres; se hacía llevar por él al buffet, feliz de poder exhibir al guapo joven del que tan orgullosa estaba. Y los dos bebían champaña, comían bocadillos, sin sentarse; ella, que conservaba, a pesar de los años, su belleza maciza, y él, de orgullosa apostura, bigote enhiesto, como aventurero feliz, cuya brutalidad era del gusto de las damas.

—Ya sabrán ustedes —siguió diciendo el conde en voz baja— que ella ha tenido que sacarlo de una fea aventura. Sí, se dedicaba a la venta de reliquias, se ganaba la vida haciendo de corredor para colocarlas a los conventos de Bélgica y de Francia, y había urdido todo un negocio de reliquias falsas, en combinación con algunos judíos que fabricaban pequeños relicarios antiguos, en los que ponían restos de huesos de carnero, todo bien lacrado y firmado por las más fidedignas autoridades. Se ha hecho silencio sobre este asunto porque se hallaban comprometidos en él tres prelados... ¡Hombre feliz! ¡Fíjense como ella se lo come con los ojos! ¡Y qué aires de gran señor adopta él, teniéndole el plato mientras ella come esa pechuga de ave!

Y siguió hablando de los amores de Roma, con rudeza, con una ironía sorda y áspera. Las mujeres de Roma eran ignorantes, obstinadas y celosas. La mujer que conquista a un hombre, lo guarda para toda la vida; éste pasa a

ser propiedad suya, de la que puede disponer a todas horas para su placer. Y en prueba de su aserto citaba amores que no acaban nunca, entre otros, el de donna Serafina y Morano, que terminaban siendo verdaderos matrimonios; Prada se burlaba de aquella falta de imaginación, de aquella donación absoluta y demasiado pesada, de aquellos besos aburguesados, que si alguna vez terminaban era en medio de las más desagradables catástrofes.

—Pero ¿qué tiene usted, qué tiene usted, amigo mío? —exclamó otra vez Lisbeth, sonriendo—. Lejos de tener razón, todo eso que nos cuenta está muy bien. Cuando se ama, hay que amarse siempre.

Estaba encantadora, con sus finos cabellos rubios y su delicada desnudez rubia; y Narcisse, que languidecía, con los ojos entornados, la comparó con una figura de Botticelli que había visto en Florencia. Avanzaba la noche. Pierre había caído otra vez en sus sombrías preocupaciones; pero oyó decir a una mujer, al pasar, que estaban bailando el cotillón. En efecto, los cobres de la orquesta resonaban a lo lejos, y Pierre recordó bruscamente la cita que le había dado monseñor Nani en el saloncito de los espejos.

—¿Se retira usted? —preguntó vivamente Prada, viendo que el sacerdote saludaba a Lisbeth.

—No, todavía no.

—Perfectamente; no se retire sin mí. Quiero caminar un poco; le acompañaré hasta su barrio... ¿De acuerdo? Pues venga a buscarme aquí.

Pierre tuvo que atravesar dos salones, uno amarillo y otro azul, antes de llegar, al último de todos, al saloncito de los espejos. Era éste una verdadera maravilla, de un rococó exquisito; una rotonda de espejos pálidos, con admirables marcos dorados de madera. Los espejos continuaban en el techo, formando tableros inclinados, de manera que las imágenes se multiplicaban, se mezclaban, se trastocaban hasta el infinito. Por un feliz rasgo de discreción, no se había instalado allí la electricidad, y solamente había dos candelabros encendidos, cargados de bujías color de rosa. Las colgaduras y el mobiliario eran de seda azul pálido. La impresión que se experimentaba al entrar era de suavidad, de un encanto sin par, como si se entrase en la habitación del algún hada, reina de los manantiales, en el centro de un palacio de aguas límpidas, iluminado hasta sus más recónditas profundidades por ramilletes de estrellas.

Pierre distinguió enseguida a monseñor Nani, sosegadamente sentado en un canapé. Y tal como Nani esperaba, no había nadie allí, porque el cotillón había arrastrado a la concurrencia hacia la galería. Reinaba un gran silencio y apenas se oían las notas de la orquesta, que venían a morir allí, como un soplo leve y confuso de flauta.

El sacerdote se disculpó por haberse retrasado.

—No se preocupe, hijo mío —dijo monseñor Nani con su amabilidad inagotable—; estaba muy a gusto en este asilo... En cuanto vi que la muchedumbre era demasiado amenazadora, me refugié aquí.

No habló de Sus Majestades, pero dio a entender que había esquivado cortésmente el encontrarse con ellos. Si había ido a la fiesta era porque sentía una gran ternura por Celia, y también por un rasgo de diplomacia muy delicada, para que no se dijese que el Vaticano rompía abiertamente con los Buongiovanni, familia antigua y muy famosa en los fastos del Papado. Desde luego, el Vaticano no podía aprobar aquel matrimonio, que parecía estar destinado a unir la vieja Roma con la joven Italia; pero tampoco quería aparecer como que abandonaba el campo, desinteresándose y desdeñando a sus más fieles servidores.

—Pero ahora —siguió diciendo el prelado— se trata de usted, hijo mío... Le he de comunicar que aunque la Congregación del Index haya decidido condenar su libro, la sentencia no será sometida al Santo Padre, para que la firme, hasta pasado mañana. Tiene usted, pues, por delante todo un día.

Pierre no pudo contenerse y le interrumpió con dolorosa vivacidad:

—¿Y qué quiere usted que yo haga, monseñor? Lo he pensado ya, y no encuentro ocasión ni medio de defenderme... ¡Ver a Su Santidad! ¿Y cómo, ahora que está enfermo?

—Tanto como enfermo... —murmuró Nani con su expresión fina—. Su Santidad está mucho mejor, y la prueba es que yo he tenido el honor de ser recibido por él hoy mismo, como todos los miércoles. Cuando se siente un poco fatigado y la gente dice que está enfermo, Su Santidad deja que hablen; con esto descansa, y eso le permite juzgar ciertas ambiciones y ciertas impaciencias que bullen a su alrededor.

Pero Pierre se encontraba demasiado trastornado para prestar atención a lo que Nani decía. Por eso siguió hablando:

—No, esto se acabó; estoy desesperado. Usted me habló antes de la posibilidad de un milagro, y yo creo poco en los milagros. Puesto que he sido derrotado en Roma, me marcharé de aquí, regresaré a París y continuaré la lucha... Sí, mi alma no puede resignarse, mi esperanza de salvar al mundo por el amor no puede morir, y yo contestaré publicando un nuevo libro en el que diré cuál es la tierra virgen en que ha de brotar la nueva religión.

Reinó por unos momentos el silencio. Nani lo examinaba con sus ojos claros, que tenían la lisura y el filo del acero. En la calma absoluta, en la atmósfera pesada y calurosa del saloncito, cuyos espejos reflejaban un

número infinito de bujías, penetró un estallido más sonoro de la orquesta, que marcó la lenta ondulación de un vals, para apagarse luego.

—Querido hijo; la cólera es mala consejera. Ya recordará usted lo que le dije a su llegada: que cuando hubiese agotado todos los medios de ser recibido por el Santo Padre, haría yo a mi vez una tentativa.

Al observar la inquietud del joven sacerdote, dijo:

—Escúcheme y no se excite... Su Santidad, por desgracia, no siempre es aconsejado con prudencia. Está rodeado de personas cuya fidelidad no corre a veces pareja con la inteligencia, como sería de desear. Yo le puse en guardia contra las gestiones poco meditadas... Por eso, hace ya tres semanas, insistí en entregar yo mismo su libro a Su Santidad para que se dignase a leerlo. Tenía la sospecha, que resultó cierta, de que se había impedido que el libro llegase hasta Su Santidad... Y éste es el encargo que tengo para usted: Su Santidad, que ha tenido la bondad extremada de leer su libro, desea formalmente recibir su visita.

De la garganta de Pierre brotó un grito de alegría y de agradecimiento.

—¡Monseñor! ¡Monseñor!

Pero Nani le hizo callar con gran vivacidad; miró a su alrededor con expresión de gran inquietud, como si temiese que alguien les hubiese escuchado.

—¡Silencio! ¡Silencio! Lo que le digo es un secreto. Su Santidad desea que esta visita tenga un carácter particularísimo y no quiere que trascienda a nadie... Escúcheme. Son las dos de la mañana, ¿no es así? Pues bien, usted se presentará en el Vaticano hoy mismo a las nueve en punto de la noche, y preguntará en todas las puertas por el señor Squadra. Le dejarán paso franco en todas partes. El señor Squadra le esperará arriba y lo presentará... Y de todo esto ni una sola palabra, que no sospeche absolutamente nadie.

La felicidad y el agradecimiento de Pierre se desbordaron al fin. Cogió las dos manos suaves y regordetas del prelado.

—¡Ah, monseñor! ¿Cómo expresarle toda mi gratitud? Sepa usted que en mi alma reinaban la oscuridad y la rebeldía desde que me di cuenta de que era yo un juguete de Sus Eminencias, que se burlaban de mí. Pero usted me trae la salvación, porque tengo otra vez la seguridad de vencer, ahora que voy a poder arrojarme a los pies de Su Santidad, el Padre de toda verdad y de toda justicia. No puede menos que absolverme, porque yo le amo, le admiro, porque estoy convencido de que no he luchado jamás sino en favor de su política, de sus ideas más queridas... No es posible, Su Santidad no firmará, no condenará mi libro.

Nani, que había libertado sus manos, procuraba calmarlo con un ademán paternal, sin perder su sonrisita de desprecio ante aquel gasto inútil de entusiasmo. Lo consiguió, y entonces le rogó que se alejase de allí. La orquesta se oía otra vez, a lo lejos. Y cuando el sacerdote se retiró, reiterándole las gracias, le dijo simplemente:

—Querido hijo, recuerde que lo único grande es la obediencia.

Pierre, que sólo pensaba ya en retirarse, encontró enseguida a Prada, en el salón de las armaduras. Sus Majestades acababan de retirarse del baile, con gran pompa, acompañados por los Buongiovanni y por los Sacco. La reina había besado maternalmente a Celia, mientras el rey estrechaba la mano de Attilio, honores de una campechanía encantadora, que llenaron de felicidad a las dos familias. Otros muchos invitados seguían el ejemplo de los soberanos y se retiraban en pequeños grupos. También el conde, que daba muestras de extraordinario enervamiento, que estaba más agrio y áspero, se mostraba impaciente por marcharse de allí.

—¡Ya está usted aquí! Lo estaba esperando. Qué, ¿nos marchamos? Su compatriota, el amigo Narcisse Habert, me ha rogado que le diga que no le busque. Ha bajado para acompañar hasta el carruaje a mi amiga Lisbeth... Yo necesito respirar libremente. Quiero dar una vuelta a pie; le acompañaré hasta la via Giulia.

Y mientras recogían los dos sus prendas en el guardarropa, empezó, sin poderlo remediar, a mofarse, agregando con voz brutal:

—Acabo de verles marcharse juntos a los cuatro, como buenos amigos, y hace bien en volverse a casa a pie, porque no había sitio para usted en su carruaje... ¡Qué magnífico desparpajo el de esta donna Serafina, que se ha arrastrado hasta aquí, a su edad, con su Morano, para ostentar como un triunfo a ese infiel que vuelve al redil! ¿Y los otros dos, los dos jóvenes? Confieso que me resulta muy difícil hablar de ellos con tranquilidad, porque lo que esta noche han hecho, exhibiéndose de esa manera, es una cosa repugnante, de una impudencia y de una extraordinaria crueldad.

Le temblaban las manos, y siguió diciendo en voz baja:

—¡Buen viaje, buen viaje al joven, que se va a Nápoles!... Sí, he oído decir a Celia que se marchaba esta misma noche, a las seis. Pues bien, éstos son mis votos: ¡buen viaje!

Una vez fuera, experimentaron los dos hombres una sensación deliciosa saliendo del calor asfixiante de los salones y entrando en la noche admirable, límpida y fría. Era una noche magnífica de plenilunio, una de esas noches de Roma en que duerme la ciudad bajo el inmenso firmamento, envuelta en una

claridad elísea, como meciéndose en un sueño de infinitud. Y se fueron por el camino más hermoso: bajaron por el Corso y siguieron luego por el corso Vittorio Emanuele.

Prada se había sosegado un poco; pero continuaba con sus ironías y hablaba sin duda para aturdirse, con una verbosidad febril, tocando otra vez el tema de las mujeres de Roma y el de aquella fiesta, que antes le pareció espléndida y de la que ahora se mofaba.

—Sí, todas ellas visten hermoso vestidos, pero que no les sientan bien, porque los han hecho traer de París y, como es natural, no han podido probárselos. Y si pasamos a sus alhajas, verá usted que llevan brillantes y perlas de incomparable belleza, pero con un montaje tan pesado, que resultan horribles. ¿Y qué decir de su ignorancia y de su frivolidad, a pesar de toda su aparente gazmoñería? En ellas es todo superficial, hasta la religión; lo que hay debajo es un vacío insondable. Me he estado fijando cómo hincaban el diente en el buffet. ¡Apetito lo tienen magnífico! Esta noche habrá podido observar usted que los invitados se han portado bastante bien, que no han engullido demasiado. Pero si asistiese a algún baile de la corte, observaría el saqueo incalificable que allí se hace, cómo asaltan el buffet, los platos que se tragan y cómo se atropellan para comer con voracidad extraordinaria.

Pierre sólo contestaba con uno que otro monosílabo. Su alegría desbordante no le daba lugar para atender a nada, y sólo pensaba en la audiencia del papa, que veía ya con su imaginación, estudiándola en sus menores detalles, pero sin poder confiarse a nadie. Sonaban secamente sobre el pavimento los pasos de los hombres, en la calle anchurosa, desierta y clara, y la luna recortaba con nitidez sus sombras negras.

Prada se calló bruscamente. Se había acabado su verbosidad bravucona, dominado y paralizado completamente por la lucha espantosa que se libraba dentro de él. Por dos veces ya había metido la mano en el bolsillo para tocar la misiva escrita a lápiz, cuyas cuatro líneas se repetía mentalmente: «Asegura una leyenda que la higuera de Judas ha brotado de nuevo en Frascati y que sus higos son mortales para todo aquel que aspira a ser papa. No coma sus higos envenenados, no los dé a comer a los suyos, ni a sus gallinas». La misiva estaba, efectivamente, en su bolsillo, la palpaba; si se había ofrecido a acompañar a Pierre era para tener ocasión de echarla en el buzón del palacio Boccanera. Seguía caminando con paso rápido, y antes de diez minutos estaría el billetito dentro del buzón, y no habría en el mundo fuerza capaz de impedirle echarlo, porque estaba formalmente resuelto a ello. Nunca cometería el crimen de dejar que nadie muriese envenenado.



¡Pero qué horrenda tortura la suya! ¡Qué tremenda era la tempestad de rencor celoso que Benedetta y Dario habían levantado en su alma! Ya no se acordaba de Lisbeth, a quien amaba, ni del niño, de aquella criaturita carne suya, del que estaba tan orgulloso. Siempre habían despertado en él las mujeres un ansia de macho conquistador, y sólo las que se le resistían le habían hecho gozar con violencia. Y había hoy una que él había querido que fuese suya, que la había comprado por el matrimonio y que luego se le había negado. Aquella mujer era suya y no la había poseído, y no la poseería jamás. De vivir en otros tiempos, hubiera incendiado a Roma con tal de poseerla; ahora se preguntaba qué podría hacer para impedir que otro la poseyese. ¡Terrible pensamiento que reabría la herida sangrante que llevaba en el costado, el de que otro gozaría de lo que era propiedad suya! ¡Cómo se reirían los dos de él! ¡Cómo se habían complacido en ridiculizarlo, lanzando aquella calumnia de su impotencia, que le alcanzaba, a pesar de cuantas pruebas pudiera presentar de su virilidad! Aunque no estuviese convencido de lo que decía, les había acusado de ser marido y mujer desde mucho tiempo atrás, de que dormían juntos, en una sola alcoba, en el interior del palacio Boccanera, legendario por sus historias de amor. Pero ahora que los dos estaban libres, o por lo menos desligados del vínculo religioso, eso iba a ocurrir sin duda alguna. Y los veía el uno al lado del otro, en el mismo lecho, y evocaba imágenes que le quemaban, sus abrazos, sus besos, la embriaguez de su delirio. ¡No, no! ¡Aquello no ocurriría, antes se hundiría el mundo!

Cuando Pierre y él dejaban el corso Vittorio Emanuele para meterse por las calles antiguas, estrechas y tortuosas, que conducían hasta la via Giulia, se vio con la imaginación en el momento de echar el billetito en el buzón. Y se preguntaba qué era lo que iba a ocurrir después. La misiva dormiría hasta por la mañana en el buzón. El secretario, don Vigilio, que guardaba la llave del mismo por orden expresa del cardenal, bajaría temprano, encontraría la carta y se la entregaría a Su Eminencia, porque no consentía que abriese las cartas otro que él. Y los higos irían a la basura, y no tendría lugar el crimen; el mundo negro haría el silencio sobre aquel asunto. Pero ¿qué ocurriría de no encontrar el billetito en el buzón? Entonces admitió esta suposición: vio con toda claridad cómo llegaban los higos a la mesa, a la una de la tarde, hora de la comida, en su lindo cestillo, coquetamente recubierto de hojas. Dario se encontraba allí, como de costumbre, solo con su tío, ya que no saldría para Nápoles hasta la tarde. ¿Comerían los higos entre el tío y el sobrino o los comería uno solo? ¿Cuál de los dos? Aquí se embarullaba su visión, otra vez surgía el destino, aquel destino que se había cruzado con él en el camino de

Frascati, marchando hacia una meta desconocida, sin que nadie fuese capaz de detenerlo, arrollando toda clase obstáculos. El cestillo de higos avanzaba y avanzaba siempre para realizar su indispensable tarea, que ninguna mano del mundo podía impedir.

La via Giulia se alargaba indefinidamente, blanca de luna, y Pierre salió como de un sueño cuando se encontraron delante del palacio de Boccanera, negro bajo el cielo de plata. Sintió un ligero escalofrío, porque de nuevo oyó junto a él el lamento dolorido de fiera herida de muerte, el gruñido involuntario que el conde, entregado a una lucha horrenda, acababa de dejar escapar.

Pero casi en el acto se echó a reír burlescamente y estrechó la mano del sacerdote, diciendo:

—No, no sigo... Si me vieses aquí, a estas horas, creerían que he vuelto a enamorarme de mi mujer.

Encendió un cigarro y se marchó, en medio de la noche clara, sin volver la cabeza.

## XIII

Cuando se despertó Pierre, se sorprendió al oír que daban las once. Fatigado por la noche de fiesta, puesto que se había retirado muy tarde, había dormido con sueño profundo, con tranquilidad deliciosa, como si al dormirse tuviese su felicidad entre los brazos. El sol radiante que penetraba por las ventanas lo bañó de esperanza en cuanto abrió los ojos. Su primer pensamiento fue que vería, por fin, aquella tarde al papa, a las nueve de la noche. Faltaban todavía diez horas. ¿Qué iba a hacer durante todo ese día de bendición, cuya pureza y esplendor se le antojaban un presagio feliz?

Se levantó, abrió las ventanas, dejó que penetrase la tibieza del aire, que le supo a frutas y a flores, como lo venía haciendo desde el día de su llegada, siendo inútiles todos los intentos hechos para analizar su naturaleza; le supo a naranjas y a rosas. ¿Era esto posible estando como estaban en el mes de diciembre? ¡Clima encantador, en el que parecía volver a florecer abril a la entrada misma del invierno! Cuando, después de haberse aseado, se apoyaba en la ventana para mirar al otro lado del Tíber, color de oro; las cuevas del Janículo, verdes durante todo el año, vio a Benedetta que estaba sentada junto a la fuente, en el pequeño jardín abandonado del palacio. Y no pudiendo parar quieto, cediendo a un comezón de vida, de alegría y de belleza, bajó donde ella estaba.

Al verlo, dejó escapar Benedetta el grito que él esperaba, y fue a su encuentro, radiante, resplandeciente, alargándole las dos manos.

—¡Qué feliz soy, mi querido abate; qué feliz soy!

Habían pasado muchas mañanas en aquel rincón de tranquilidad y de olvido. ¡Qué tristes fueron las mañanas cuando ni el uno ni el otro esperaban triunfar! Hoy, por el contrario, encontraban un encanto infinito, una intimidad soñadora y tierna, a propósito como para dar descanso a su alegría en el abandono de las avenidas invadidas por las malas hierbas, en los bojales que habían brotado en el viejo estanque terraplenado, en los naranjos simétricos, único indicio del antiguo dibujo de las platabandas. Y sobre todo ¡era tan tibia

la temperatura junto al gran laurel, en el rincón en que estaba la fuente! El hilillo de agua corría sin descanso de la boca abierta de la máscara trágica, con su canción de flauta. Subía un aire fresco del gran sarcófago de mármol, cuyo bajo relieve representaba una bacanal frenética, faunos que se llevaban en vilo o que derribaban a las mujeres entre besos voraces. Se vivía allí fuera del tiempo y del espacio, en el fondo de un pasado tan lejano, que se esfumaba el panorama que los rodeaba, las recientes obras de los muelles, el barrio destripado, gris todavía por el polvo de los escombros, y Roma misma, trastornada, en trance de dar a luz un mundo nuevo.

—¡Qué feliz soy!... —repitió Benedetta—. Me ahogaba en mi habitación y he tenido que bajar aquí, porque necesitaba mi corazón expansionarse, respirar el aire puro y el sol para latir a sus anchas.

Se había sentado cerca del sarcófago, sobre el fragmento de columna derribada que servía de banco; quiso que fuese el sacerdote a colocarse a su lado. Nunca la había visto tan hermosa; sus negros cabellos servían de marco a sus facciones puras, sonrosadas y delicadas como una flor a pleno sol. Sus ojos inmensos e insondables, vistos a plena luz, eran como braseros en los que giraba el oro, mientras que su boca infantil, todo candor y prudencia, tenía una risa de buena persona que se ve al fin en libertad para seguir los impulsos de su corazón, sin ofensa para Dios ni para los hombres... Y trazaba proyectos para el porvenir, soñando en voz alta:

—La cosa es ahora muy sencilla; obtenida la separación de cuerpos, conseguiré el divorcio civil, puesto que la Iglesia ha anulado mi matrimonio. Y me casaré con Dario, sí, la primavera próxima, o tal vez antes, si conseguimos apresurar las formalidades... Esta noche, a las seis, se marcha a Nápoles para arreglar algunos asuntos de dinero: una propiedad que nos quedaba todavía allí, y que hemos tenido que vender, porque todo esto nos ha costado carísimo. Pero que importa, ahora que somos el uno para el otro. Regresará dentro de algunos días. ¡Qué buenos ratos pasaremos entonces, cómo nos vamos a reír, qué alegremente pasaremos los días! No he podido dormir desde ese baile tan hermoso, haciendo proyectos, proyectos magníficos. Ya verá, ya verá; porque mi deseo es que no se marche usted de Roma hasta que nos hayamos casado.

Pierre se echó a reír, lo mismo que ella, contagiado por aquella explosión de alegría y de juventud, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no contarle él también su felicidad, la esperanza que inundaba su alma pensando en su próxima entrevista con el papa. Pero había jurado no hablar a nadie del asunto.

En el silencio tembloroso del estrecho jardín soleado resonaba con intervalos el chillido persistente de un pájaro; Benedetta alzó bromeando la cabeza hacia una jaula que estaba colgada en una ventana del primer piso.

—¡Eso es, Tata, eso es! Grita fuerte, ponte alegre. Todo el mundo debe estar alegre en esta casa.

Se volvió luego hacia Pierre con su expresión alocada de niña que está de vacaciones.

—Ya conoce usted a Tata, ¿verdad?... ¿Que no conoce a Tata? Pues es la cotorra de mi tío el cardenal. Se la regalé yo la pasada primavera, y mi tío está encantado con ella, hasta el punto de permitirle que le robe los pedazos de comida del plato. Él mismo la cuida, la saca a la ventana y la recoge en el cuarto, y es tal el miedo que tiene a que se resfríe, que la guarda en el comedor, que es la única habitación de su apartamento que está algo abrigada.

También Pierre alzó los ojos y miró a la cotorra, una de esas lindas cotorritas de un color verde ceniza, sedosas y elásticas. Se colgaba con el pico de los hierros de su jaula, se balanceaba, agitaba las alas, alegre por ver la claridad del sol.

—¿Habla? —preguntó Pierre.

—No —contestó riendo Benedetta—, sólo sabe gritar. Mi tío afirma que él entiende todo lo que ella le dice y que charlan los dos la mar de bien.

Saltó bruscamente a otro tema, como si por una oscura relación de ideas hubiese ido a acordarse del otro tío suyo, del tío por alianza que tenía en París.

—Ya habrá recibido usted una carta del vizconde de la Choue... Me ha escrito ayer diciéndome todo lo que siente que no consiga ser recibido por Su Santidad. Contaba con usted, con su victoria, para ver triunfantes sus ideas.

En efecto, Pierre recibía con bastante frecuencia cartas del vizconde, en las que éste se mostraba desesperado viendo la importancia que iba tomando su adversario, el barón de Fouras, a partir del gran éxito obtenido por él con su última actuación en Roma durante la peregrinación internacional del dinero de San Pedro. Era aquél un despertar del viejo partido político intransigente, la amenaza contra todas las conquistas liberales del neocatolicismo, si no se conseguía del Santo Padre una adhesión formal a las famosas corporaciones obligatorias defendidas por los conservadores. Y abrumaba a Pierre, le enviaba planes complicados, impacientándose por verle al fin recibido en el Vaticano.

—Sí —murmuró Pierre—; el domingo recibí carta suya y ayer me encontré con otra cuando regresaba de Frascati... ¡Qué feliz sería si pudiese

enviarle la buena nueva que tengo!

Y otra vez se sintió desbordado por la alegría al pensar en que aquella noche iba a ver al papa, que le abriría toda su alma abrasada de amor, que recibiría de él la suprema palabra de aliento, que saldría de allí confirmado en su misión de salvar a la sociedad, por la fraternidad con los humildes y con los pobres. No pudo contenerlo más y soltó su secreto, porque ya no le cabía en el corazón.

—¿No sabe usted, Benedetta? Ya está hecho, esta noche seré recibido en audiencia.

La joven no comprendió al principio.

—¿Qué me dice?

—Sí, monseñor Nani se ha dignado comunicarme esta madrugada, durante el baile, que el Santo Padre, a quien él había entregado mi libro, desea verme... Seré recibido esta noche, a las nueve.

Benedetta se había puesto completamente colorada, como si la alegría del joven sacerdote, al que había terminado por querer con ardiente amistad, fuese su propia alegría. Aquel éxito de su amigo, añadido a su propia felicidad, tomaba una importancia extraordinaria, como si fuese la seguridad de un éxito completo para todos. Dejó escapar una exclamación de mujer supersticiosa, exaltada y encantada.

—¡Santo Dios! Esto nos traerá suerte... ¡Qué feliz soy, amigo mío; qué feliz soy al pensar que la felicidad llega para usted al mismo tiempo que para mí! Lo que me dice es para mí un motivo más de felicidad, de una felicidad que usted no puede imaginarse... Y estoy segura de que todo marchará bien de aquí en adelante, porque la casa en que vive una persona que ha sido recibida por el papa es una casa bendita y el rayo no cae jamás sobre ella.

Se reía cada vez con más fuerza, palmoteaba y daba tales señales de alegría, que llegó a sobresaltar a Pierre.

—Pero me han pedido secreto... Yo le suplico que no diga ni una palabra a nadie, ni a su tía, ni siquiera a Su Eminencia... Monseñor Nani se molestaría muchísimo.

Ella prometió entonces callarse. Se mostraba enternecida, hablaba de monseñor Nani como de un bienhechor. ¿No era él precisamente quien había conseguido por fin que se anulase su matrimonio? Y agregó, en una vaharada de loca alegría:

—Dígame, amigo mío: ¿no es cierto que lo único bueno es ser feliz?... Hoy no me pida usted que lllore, ni siquiera por los pobres que sufren, que

tienen frío y hambre. Esto lo cura todo. Cuando se es feliz no se sufre, no se tiene frío ni hambre.

Él la contemplaba estupefacto, sorprendido de aquella curiosa solución que daba Benedetta al temible problema de la miseria. De pronto vio que era vana toda tentativa de apostolado con aquella joven habituada al hermoso firmamento, que llevaba dentro de ella el atavismo de tantos siglos de soberana aristocracia. Había querido catequizarla, ganarla para el amor cristiano de los humildes y de los miserables, conquistarla para la nueva Italia que él soñaba, abiertos los ojos a los tiempos nuevos, llena de compasión por las cosas y por los seres. Si ella se había enternecido con él pensando en los sufrimientos del pueblo bajo, en las horas en que también ella sufría y tenía el corazón desgarrado por las más crueles heridas, ahora que estaba curada se apresuraba a celebrar la felicidad universal, porque era un ser nacido en un país de ardientes estíos y de inviernos suaves como la primavera.

—Pero no todos son felices.

—Sí lo son, sí lo son. Es que usted no conoce a los pobres... Si a una de nuestras jóvenes del Trastevere se le entrega el joven a quien ama, la verá usted tan radiante de felicidad como a una reina, y el pan seco que tendrá que comer cuando llegue la noche le sabrá a gloria pura. Las madres que salvan a un hijo suyo de la enfermedad, los hombres que salen vencedores en una batalla o que se encuentran con que sus números salen premiados en la lotería, todos, todos son así, se conforman con tener suerte y gozar... Mire, por mucho que usted haga para que reine la justicia y se reparta mejor la riqueza, no habrá nunca más personas satisfechas que aquellas cuyo corazón cantará, sin muchas veces saber siquiera la causa, en los bellos días de sol como el de hoy.

Pierre hizo un ademán de renunciamento, porque no quiso entristecerla defendiendo otra vez la causa de tantas pobres gentes que en aquel instante mismo agonizaban lejos de allí, en sitios ignorados, sucumbiendo a su dolor físico o a su dolor moral. Luego, bruscamente, en la atmósfera luminosa y suave, cruzó una sombra inmensa, sintió la tristeza infinita de la alegría, la desesperanza sin límites del sol, como si alguien invisible para ellos hubiese dejado caer aquella sombra. ¿Sería tal vez el aroma demasiado fuerte del laurel, el perfume amargo de los naranjos y de los bojés lo que le producía vértigo? ¿Era el escalofrío de la tibieza sensual lo que hacía latir sus venas, en medio de aquellas ruinas, en aquel rincón que había visto tantas pasiones? ¿O sería aquel sarcófago con su endiablada bacanal lo que despertaba en él la idea de la muerte inminente en el momento mismo de las oscuras

voluptuosidades del amor, bajo el beso no saciado de los amantes? En un momento dado, la canción cristalina de la fuente se le antojó largo sollozo y le pareció que todo se aniquilaba envuelto en aquella sombra formidable que llegaba a lo invisible.

Benedetta le había cogido ambas manos y le despertaba de su ensimismamiento para que se impregnase del encanto de sentirse allí, cerca de ella.

—¡Qué rebelde es este alumno! ¿Verdad? Es que tiene la mollera muy dura, amigo mío. ¿Qué quiere usted? Hay ideas que no entran en nuestra cabeza. Le aseguro que no logrará usted jamás meter esas ideas en la cabeza de una hija de Roma... Debe usted amarnos, debe usted conformarse con amarnos tal cual somos, hermosas con toda la fuerza de nuestro ser, todo lo hermosas que podemos.

Estaba tan hermosa en aquel instante, tan hermosa en el esplendor de su belleza, que se echó a temblar, como delante de un dios, del Dios todopoderoso que gobernaba este mundo.

—Sí, sí —balbuceó Pierre—; la belleza, la belleza, que reina todavía, que reinará siempre... ¡Si con ella bastase para saciar el hambre eterna de la pobre humanidad!

—Bueno, bueno —exclamó ella gozosamente—, la vida es buena... Subamos a comer, porque mi tía debe estar esperándonos.

Se comía a la una; cuando Pierre, lo que ocurría raras veces, no comía fuera, tenía siempre cubierto puesto en la mesa de las señoras, en el pequeño comedor del segundo piso, habitación sumamente triste que daba al patio. A la misma hora, en el primer piso, en el salón soleado cuyas ventanas daban al Tíber, comía también el cardenal, contento porque tenía de comensal a su sobrino Dario; porque su secretario, don Vigilio, que era el otro comensal de todos los días, no abría la boca sino cuando le preguntaban algo. Los dos servicios eran absolutamente distintos, como lo era la cocina y el personal; lo único común era, en el piso bajo, una gran habitación que servía de repostería.

Pero aunque el comedor del segundo piso fuese sombrío y resultase triste por la semiclaridad verdosa del patio, la comida de las señoras y del joven sacerdote fue muy alegre. Hasta donna Serafina, tan rígida de ordinario, parecía haber perdido su tiesura por efecto de una gran felicidad interior. Seguía saboreando sin duda las delicias de su triunfo de la víspera cuando entró en el baile del brazo de su Morano; fue ella la que primero habló de la fiesta, de la que hizo toda clase de elogios, aunque la presencia del rey y de la reina le hubiese contrariado mucho, según aseguraba. Y explicó la esmerada



táctica que tuvo que emplear para no ser presentada a ellos. Por lo demás, esperaba que su cariño, de todos conocido, hacia Celia, que era ahijada suya, bastaría para explicar su presencia en aquel salón neutro, en el que se habían codeado todos los poderes. Sin embargo, algún escrúpulo debía de quedarle, porque les anunció que saldría enseguida de comer e iría al Vaticano para visitar al cardenal secretario, a quien deseaba hablar acerca de una obra pía de la que era dama protectora. Debía de considerar indispensable aquella visita de compensación al día siguiente de la fiesta de los Buongiovanni. Ansiaba como nunca y estaba como nunca también esperanzada de ver elevado en breve a su hermano al trono de San Pedro; sería para ella el triunfo supremo, la consagración de su raza, que su orgullo de familia consideraba necesario e inevitable; tan adelante había llevado las cosas durante la última indisposición del papa reinante, que hasta se preocupó del equipo, que ella deseaba marcar con el escudo del nuevo pontífice.

Benedetta no cesó un instante de bromear, riéndose de todo, refiriéndose a Celia y Attilio con la ternura amorosa de quien ve complacido la felicidad de una pareja amiga. Y en el momento de servir los postres, preguntó al criado con expresión sorprendida:

—A propósito, Giacomo, ¿y esos higos?

Giacomo se le quedó mirando sin comprender lo que decía. Por suerte, Victorine pasaba en aquel mismo momento por la habitación.

—¿Y por qué no nos sirves los higos, Victorine?

—¿Qué higos, contessina?

—Los que he visto esta mañana en la repostería, a la que tuve la curiosidad de entrar cuando bajaba al jardín... Unos higos magníficos que había en un cestillo. Me quedé asombrada de que los hubiese a estas alturas del año... Y a mí me gustan mucho, tanto que se me hizo la boca agua pensando en que los iba a comer ahora.

Victorine se echó a reír.

—Ahora caigo, contessina, ahora caigo... Son unos higos que trajo aquel cura de Frascati; ya lo conocerá usted, vino ayer a traerlos personalmente para Su Eminencia y nos repitió tres veces que eran un regalo, que quería que los sirviesen a la mesa de Su Eminencia sin tocar siquiera una de las hojas con que venían tapados.

—¡Pues sí que está bien! —exclamó Benedetta con cómico enojo—. ¿De modo que esos golosos se permiten saborearlos sin contar con nosotras? Me parece que, por lo menos, debieron haberlos repartido.

Intervino donna Serafina para preguntar a Victorine:

—Ese cura de quien usted habla, ¿no es uno que solía ir hace tiempo a nuestra villa?

—El mismo, el mismo: Santobono, un cura que tiene a su cargo la pequeña iglesia de Santa María de los Campos... Siempre que viene suele preguntar por el abate Paparelli, de quien creo que fue compañero cuando estaba en el seminario. Ayer fue también Paparelli quien lo condujo hasta la repostería con su cestillo... A propósito, a pesar de todo lo que insistió, nos habíamos olvidado de sacarlo a la mesa de Su Eminencia, y allí se habrían quedado los higos esta mañana si el abate Paparelli no hubiese bajado a cogerlos a toda prisa, y los subió con una unción tal, que parecía que llevaba el santo sacramento... Por lo visto, a Su Eminencia le gustan mucho.

—No creo que mi hermano les haga un gran aprecio este mediodía —dijo la princesa—, porque ha pasado mala noche y no se encuentra bien.

Al oír repetir tantas veces el nombre de Paparelli se quedó preocupada. Desde que advirtió la extraordinaria influencia que iba tomando el caudatorio sobre el cardenal, su capa de humildad y modestia, con su cara blanduzca y arrugada y su cuerpo grueso y bajo de solterona devota vestida de negro, sentía donna Serafina repulsión hacia él. No era más que un criado, aparentemente el más enclenque de todos, y, sin embargo, era quien mandaba; donna Serafina se daba cuenta de que era él quien minaba su propia influencia, quien desbarataba muchas veces lo que ella había hecho mirando por el triunfo de las ambiciones de su hermano. Lo peor del caso era que sospechaba que en dos ocasiones había empujado a Su Eminencia a realizar actos que ella consideraba errores. Tal vez estaba equivocada; donna Serafina le hacía la justicia de reconocerle excepcionales cualidades y un fervor religioso verdaderamente ejemplar.

Sin embargo, Benedetta continuaba riéndose y bromeando, y cuando Victorine salió del comedor llamó al criado:

—Escuche, Giacomo, me va usted a hacer un pequeño encargo...

Cortó la frase para decir a su tía y a Pierre:

—Vamos a ver, hagamos valer nuestros derechos... Los estoy viendo sentados a la mesa, casi debajo mismo de nosotros. Seguramente que están también en los postres. Mi tío alza las hojas, se sirve del cestillo muy satisfecho, luego se lo ofrece a Dario, y éste a don Vigilio. Y los tres saborean los higos con verdadera religiosidad... ¿No los ven ustedes? ¿No los ven ustedes?

Ella sí que los veía, porque sus ansias de estar con Dario, su pensamiento que volaba de continuo hacia él, le hacían evocarlos. Su corazón estaba allá

abajo, y veía a Dario, oía su voz, lo sentía por todos los sentidos exquisitos de su amor.

—Giacomo, va usted a bajar y decir a Su Eminencia que nos morimos de ganas de comer algunos higos y que le agradeceríamos que tuviese la amabilidad de enviarnos los que le sobren.

Pero donna Serafina intervino con voz severa esta vez:

—Giacomo, haga el favor de no moverse de aquí.

Y dirigiéndose a su sobrina, le dijo:

—Vamos, basta de niñerías... Sabes que detesto las chiquilladas.

—¡Tía! ¿No ves que soy muy feliz y que hacía mucho tiempo que no me reía con tantas ganas?

Hasta entonces no había intervenido Pierre, limitándose a seguir con regocijo la alegría de su amiga. Pero observando que el ambiente de simpatía se había enfriado un poco, habló, y dijo que le había asombrado el día anterior encontrarse en Frascati con la famosa higuera, que daba higos a semejante altura del año. Su opinión era que el fenómeno se debía a que el árbol estaba al abrigo de un muro y cara al sol.

—¿De modo que usted vio la famosa higuera? —preguntó Benedetta.

—La vi, y hasta puedo decir que esos higos que tanto apetecen han viajado en mi compañía.

—¿Cómo es eso?

Pierre se arrepentía ya de lo que había dicho, pero creyó preferible contarle todo.

—Me encontré en Frascati con una persona que había ido desde Roma en coche, y que se empeñó en traerme de vuelta con él. Por el camino hicimos subir al coche al cura Santobono, que venía a Roma a pie, muy campante, con su cestillo... Nos detuvimos también en una hostería.

Y siguió contando todo lo ocurrido en el viaje, la viva impresión que le había producido viajar por la Campaña romana, cuando la invadían las sombras crepusculares. Pero Benedetta le miraba fijamente, advertida, comprendiéndolo todo, porque no ignoraba que el conde Prada iba con frecuencia a Frascati, a cuidar de sus terrenos y de sus obras.

—Ha dicho usted que con una persona —murmuró Benedetta—; con el conde, ¿verdad?

—Sí, señora; con el conde —se limitó a contestar Pierre—. Le he vuelto a ver esta noche, y estaba trastornado. Hay que compadecerlo.

No molestaron aquellas palabras a las dos señoras, porque el joven sacerdote las había pronunciado con una emoción profunda y natural, en el

desbordamiento amoroso que habría querido derramar sobre los seres vivientes y sobre las cosas. Donna Serafina permaneció inmóvil, afectando no haber oído nada; pero Benedetta hizo un ademán que quería decir que ella no podía testimoniar ni piedad ni odio hacia un hombre que le era ya completamente extraño. Pero ya no se reía, y al cabo exclamó, pensando en el cestillo que se había paseado en el carruaje de Prada:

—¡Dichosos higos! Ya se me pasaron del todo las ganas de comerlos y me alegro de no haberlos probado.

No bien tomaron el café, se marchó donna Serafina, porque tenía prisa por ponerse el sombrero y marchar al Vaticano. Una vez que Benedetta y Pierre se quedaron solos, siguieron todavía un rato sin levantarse de la mesa, dominados de nuevo por su alegría y conversando como buenos amigos. El sacerdote volvió a hablar de su audiencia, de su fiebre de feliz impaciencia. Eran tan sólo las dos, faltaban todavía siete horas: ¿qué haría, en qué ocuparía la interminable tarde? Ella entonces tuvo una idea gentil.

—¿Que no sabe usted qué hacer? Pues bien, ya que estamos todos tan contentos, no nos separemos... Dario dispone de su coche. Ya habrá acabado de comer, como nosotros; voy a mandarle decir que suba a buscarnos y que nos lleve a dar un gran paseo por la orilla del Tíber, hasta muy lejos.

Se mostraba extasiada ante aquel hermoso proyecto, y palmoteaba. Pero en ese preciso momento apareció don Vigilio, azarado.

—¿No está aquí la princesa?

—No, mi tía ha salido... ¿Qué ocurre?

—Me ha mandado venir Su Eminencia... El príncipe se acaba de sentir indispuerto al levantarse de la mesa... Desde luego, que no es nada, no se trata de nada grave.

Lanzó Benedetta un grito, más bien de sorpresa que de inquietud.

—¡Que Dario está indispuerto!... Bajaremos enseguida. Venga usted, señor abate. Hay que curarlo, si queremos que nos lleve en su coche.

Al bajar las escaleras encontró a Victorine y la obligó a bajar también.

—Dario está indispuerto, tal vez te necesiten.

Entraron los cuatro en la misma habitación, muy espaciosa y anticuada, amueblada con sencillez, en la que el joven príncipe acaba de pasar un mes largo, inmovilizado por su herida de la espalda. Para llegar a ella había que atravesar un saloncito, del gabinete de aseo, que estaba contiguo, arrancaba un pasillo que iba hasta el apartamento reservado al cardenal, compuesto de comedor, dormitorio, despacho, habitaciones, todas relativamente poco espaciosas, obtenidas dividiendo por medio de tabiques uno de los inmensos

salones de otros tiempos. Tenía, además, una capilla, con puerta al pasillo, que no era sino una habitación pelada en la que había un altar de madera pintada, sin un tapiz, sin una silla, sin más que el piso duro y frío, para arrodillarse y rezar.

Benedetta se precipitó al entrar hacia la cama, donde yacía Dario acostado, con todas las prendas de vestir. El cardenal Boccanera estaba de pie a su lado, con aire paternal, y aunque comenzaba a inquietarse, se conservaba erguido y altivo, sin perder su tranquilidad de alma soberana y sin reproche.

—¿Qué pasa, Dario mío? ¿Qué te ocurre?

El príncipe se sonrió, queriendo tranquilizarla. Parecía ebrio, y el único síntoma que se advertía hasta entonces era su excesiva palidez.

—No es nada, un mareo... Figúrate que parece que me hubiera pasado con la bebida. Se me nublaron de pronto los ojos y me pareció que iba a caer... Apenas si me ha dado tiempo para llegar y echarme en la cama.

Respiró profundamente, como si necesitase recobrar el aliento. El cardenal, por su parte, dio algunos otros detalles.

—Acabábamos tranquilamente nuestra comida, y estaba yo dando órdenes a don Vigilio para la tarde, a punto de levantarme de la mesa, cuando vi que Dario se levantaba y vacilaba... No quiso volver a sentarse y ha llegado hasta aquí con paso vacilante de sonámbulo, abriendo las puertas a tientas... Le seguimos, sin comprender lo que ocurría. Confieso que todavía no lo entiendo, por más que lo intento.

Manifestaba su sorpresa con un gesto, y señalaba el apartamento, por donde parecía haber pasado una catástrofe imprevista. Todas las puertas habían quedado abiertas de par en par, y se veían en línea recta el gabinete de aseo, luego el pasillo, y al final de éste el comedor, que aparecía en todo el desorden de una habitación abandonada bruscamente, con la mesa servida, las servilletas tiradas y las sillas apartadas en desorden. Sin embargo, nadie daba todavía muestras de alarma.

Benedetta hizo en voz alta la reflexión que se acostumbra en casos semejantes:

—¡Con tal de que no hayan ustedes comido nada malo!

El cardenal hizo otro ademán, y se sonrió, como queriendo decir que ya conocía Benedetta la sobriedad que de ordinario reinaba en su mesa.

—Huevos, costillitas de cordero, un plato de acederas, no son como para cargar el estómago. Yo no bebo más que agua pura y Dario sólo bebe dos dedos de vino blanco... No, desde luego que no hay que echar la culpa a la comida.

—Además —se permitió hacer observar don Vigilio—, que también nosotros nos sentiríamos indispuestos.

Dario, que había cerrado los ojos un momento, los volvió a abrir, respiró otra vez con fuerza e hizo un esfuerzo por reírse:

—Vamos, vamos; ya verán como no es nada, me siento ya mucho mejor. Necesito hacer ejercicio.

—Pues escucha entonces —exclamó Benedetta— el proyecto que yo tenía. Me sacas en coche, a mí y al señor Froment, y nos llevas a la Campaña, muy lejos.

—¡Con mucho gusto! Has tenido una buena idea... Victorine, anda, ayúdame.

Se había incorporado, apoyándose en los puños con dificultad. Pero antes de que se acercase la criada experimentó una ligera convulsión y volvió a caer, como fulminado por un síncope. El cardenal, que no se había separado de la cama, lo recibió en sus brazos; la contessina perdió entonces la cabeza.

—¡Dios santo, Dios santo!... Pronto, pronto, hace falta un médico.

—Iré corriendo a buscar uno —exclamó Pierre, que también empezaba a sentirse trastornado por aquella escena.

—No, no; quédese usted aquí... Victorine ira enseguida. Conoce la dirección... Ya sabes, Victorine, que venga el doctor Giordano.

Salió la criada, y reinó en la habitación un silencio sepulcral, y fue haciéndose más intenso a cada minuto el escalofrío de ansiedad. Benedetta, muy pálida, había regresado junto al lecho, mientras el cardenal, que conservaba a Dario entre sus brazos, apoyada la cabeza en su hombro, lo contemplaba. Una sospecha horrenda, vaga e indeterminada todavía, acababa de brotar en él: tenía la cara plomiza, la misma expresión de angustia aterrorizada que había observado en el amigo más querido de su corazón, en monseñor Gallo, cuando lo tuvo del mismo modo sobre su pecho, dos horas antes de morir. El mismo síncope, la misma sensación de no tener ya entre sus brazos más que el cuerpo frío de un ser amado cuyo corazón se iba parando; pensaba, sobre todo, cada vez con más fuerza, en el veneno, salido de entre las sombras, hiriendo entre las sombras, a su alrededor, como el rayo. Permaneció largo rato en aquella posición, inclinado sobre el rostro de su sobrino, el último de su raza, buscando, estudiando, volviendo a encontrar los síntomas del mal misterioso e implacable, que se había llevado ya al que era la mitad de sí mismo.

Pero Benedetta le suplicaba a media voz:

—Tío, se va usted a cansar... Déjeme, se lo ruego, yo lo sostendré suavemente, se dará cuenta de que soy yo, y tal vez se despierte.

Al fin alzó el cardenal la cabeza y la miró, y le cedió el puesto, después de abrazar y besar como loco a Benedetta, anegados los ojos en lágrimas, embargado por una brusca emoción, en la que la adoración que sentía por ella se sobreponía a la rigidez fría que afectaba habitualmente.

—¡Pobre hija mía, pobre hija mía! —balbuceó con un estremecimiento de encina desgajada.

Pero se dominó inmediatamente, recobrando el control de sí mismo. Y en tanto que Pierre y don Vigilio esperaban que les mandasen algo, desesperados al ver que no podían hacer nada, el cardenal se puso a pasear lentamente por la habitación. Pero luego le resultó estrecha para el rodar de sus pensamientos, se alejó hasta el gabinete de aseo y acabó por encaminarse por el pasillo, siguiendo hasta el comedor en sus paseos. Iba y volvía, serio, impasible, con la cabeza baja, ensimismado en sus sombríos pensamientos. ¿Qué reflexiones se acumulaban agitadamente en aquel cráneo de hombre de fe, de príncipe orgulloso que se había consagrado a Dios y que nada podía contra el destino inevitable? De vez en cuando se acercaba a la cama, se cercioraba de los avances del mal, observaba por el rostro de Dario el punto en que estaba la crisis; luego reanudaba su paseo con el mismo paso rítmico, desaparecía, reaparecía, como arrastrado por la regularidad monótona de las fuerzas que el hombre no puede detener. Tal vez se equivocaba, tal vez no se trataba sino de una simple indisposición, que haría sonreír al médico. Había que esperar y aguardar. Y seguía caminando, iba y venía, y nada podía ser más angustioso que aquellos pasos rítmicos del anciano en espera del destino.

La puerta se volvió a abrir y entró Victorine, sin aliento.

—¡El médico! Lo he encontrado. Aquí está.

Y se presentó el doctor Giordano, sonriente; era un hombre de cabecita sonrosada con bucles blancos, y había algo en su persona, discretamente paternal, que le daba la apariencia amable de un prelado. Pero en cuanto aspiró la atmósfera de la habitación y vio a todas aquellas gentes angustiadas que le esperaban, adoptó una actitud reservada, de quien está obligado al secreto absoluto eclesiástico, que le imponía su habitual clientela de gentes de Iglesia. No dejó escapar más que una frase, entre dientes, así que echó un vistazo al enfermo.

—¡Cómo! ¡Otra vez!

Sin duda parecía referirse a la cuchillada de que le había curado hacía poco. ¿Quién, pues, se encarnizaba con el joven príncipe, tan inofensivo y tan

poco molesto? Nadie podía entender aquella frase, como no fuesen Pierre y Benedetta; ésta se encontraba tan febrilmente impaciente, ardía en tales deseos de tranquilizarse, que no atendía a nada.

—Oh, doctor; yo se lo ruego, véalo, examínelo, díganos que no es nada... Tiene que ser nada porque hace poco que estaba completamente alegre y bien. ¿No es nada, verdad que no es nada?

—Claro, contessina, claro que no será nada... Ahora veremos.

Se dio vuelta e hizo una profunda inclinación al cardenal, que volvía en ese instante del comedor, caminando con paso rítmico y ensimismado, y que fue a detenerse al pie de la cama, donde quedó inmóvil. Sin duda que el médico leyó en aquellos ojos sombríos que se clavaban en los suyos una inquietud mortal, porque no dijo una palabra más y se puso a examinar a Dario como hombre que conoce el precio de los minutos. A medida que avanzaba en su examen, su expresión de afable optimismo se trocaba en lívida gravedad, en sordo terror, que sólo se manifestaba por un ligero temblor de los labios. Era él precisamente quien había asistido a monseñor Gallo durante la crisis que precedió a su muerte, crisis de fiebre infecciosa, según rezaba el diagnóstico del certificado de defunción. No había duda de que él también advertía los mismos terribles síntomas, el rostro de un gris plomizo, el horrible atontamiento de borrachera, y en su calidad de viejo médico romano, acostumbrado a las muertes súbitas, barruntaba el paso del aire maléfico que mata, y que la ciencia no ha logrado explicar todavía, ya fuese exhalación pútrida del Tíber o el veneno de la leyenda secular.

Levantó la cabeza y su mirada se cruzó de nuevo con la mirada negra del cardenal, que no apartaba los ojos de él. Y este le preguntó al fin:

—Señor Giordano, veo que la cosa no le alarma demasiado, ¿verdad? Supongo que no se trata sino de una indigestión.

El médico volvió a inclinarse ante el cardenal. En el ligero temblor de la voz adivinaba la cruel ansiedad de aquel hombre poderoso, que volvía a sentirse herido en el mayor afecto de su corazón.

—Su Eminencia tiene, sin duda, razón: una indigestión, claro está. Pero estos accidentes son a veces peligrosos, cuando se complican con fiebres... No necesito asegurar a Su Eminencia que puede contar con mi prudencia y con mi celo...

Cortó la frase para seguir casi enseguida hablando en el tono terminante del profesional:

—No hay tiempo que perder, es necesario desnudar al príncipe y actuar a toda prisa. Preferiría que me dejasen un rato solo.



Sin embargo, retuvo a Victorine, diciendo que podía serle de utilidad. Si acaso necesitaba que le ayudase alguien llamaría a Giacomo. Evidentemente, lo que el doctor deseaba era alejar de allí a la familia, a fin de estar con más libertad, sin testigos molestos. El cardenal comprendió, cogió cariñosamente del brazo a Benedetta y se la llevó hasta el comedor, donde les siguieron Pierre y don Vigilio.

Cerraron las puertas, y en el comedor que el sol del invierno inundaba con una luz y una aroma deliciosos, reinó un silencio profundamente sombrío y pesado. La mesa seguía puesta, los cubiertos abandonados, el mantel lleno de migas de pan, una taza de café todavía a la mitad; en el centro se hallaba el cestillo de higos, al que le habían sido quitadas las hojas que los cubrían, sin que faltasen más que dos o tres higos. La cotorra Tata, que había salido de la jaula, se hallaba encaramada en un palo, alegre, radiante, en un manojo de rayos de sol, en el que danzaban las partículas de polvo. Pero al ver entrar a toda aquella gente, dejó de chillar y de alisarse las plumas con el pico, asombrada, prudente, torciendo la cabeza para estudiarlos mejor, con su ojo redondo y escrutador.

Se sucedieron minutos interminables, en la espera febril de lo que estaría pasando en la habitación cercana. Don Vigilio se había sentado en un rincón, sin decir palabra; Benedetta y Pierre, que se habían quedado de pie, callaban también, inmóviles. El cardenal había reanudado sus paseos interminables, el pataleo instintivo y mecedor, con el que parecía querer burlar su impaciencia, para llegar más pronto a la explicación que buscaba confusamente, en medio de una horrenda tempestad de ideas. Mientras su paso rítmico seguía resonando con regularidad de máquina, anidaba en su ánimo un furor sombrío y rebuscaba exasperado el porqué y el cómo, sumido en un mar inquieto de confusiones, las más extremadas y contradictorias. Por dos veces ya, al pasar, había paseado su mirada sobre la mesa en desorden, como en busca de algo. ¿Sería la taza de café a medio vaciar? ¿El pan cuyas migajas estaban todavía desperdigadas? ¿O las costillitas de cordero, de las que sólo quedaban los huesos? Pero cuando pasó por tercera vez, se posaron sus ojos en el cestillo de higos, y se paró en seco, bajo el latigazo de una súbita revelación. Era una idea que se había apoderado de él, que le embargaba, sin que se le ocurriese qué experimento haría para que aquella brusca sospecha se trocase en certidumbre. Así permaneció un momento, desasosegado, sin que se le ocurriese nada, con los ojos clavados en el cestillo. Al fin cogió un higo y lo examinó de cerca. Pero no presentaba nada de particular, y ya iba a colocarlo con los demás, cuando la cotorra Tata, a la que le gustaban con locura los

higos, lanzó un grito estridente. Fue como una iluminación, allí estaba el experimento que buscaba.

Despacio, con expresión grave, el rostro velado por una sombra, llevó el cardenal el higo a la cotorra y se lo dio a comer, sin un titubeo ni un remordimiento. Era un animalito precioso, el cardenal le profesaba un cariño que no había tenido a ningún otro. La cotorra alargó su cuerpecito ágil, cuya seda de color ceniza verde se tornasolaba de rosa bajo el sol, y cogió gentilmente el higo con su pata y hundió su pico en él. Pero, una vez que lo probó, comió muy poco y dejó caer la cascara, sin vaciarla del contenido. El cardenal esperaba, serio, impasible. La espera duró tres minutos largos. Se iba ya tranquilizando, y hasta llegó a rascar la cabeza de la cotorra; ésta, completamente a sus anchas, se dejaba acariciar, torcía el cuello, alzaba hacia su dueño su ojito rojo, que parecía un rubí resplandeciente. Pero de pronto se vino abajo, sin agitar siquiera las alas, y cayó como si fuese de plomo. Tata estaba muerta, fulminada.

Boccanera no hizo más que un ademán, el de alzar, el de lanzar las manos hacia el cielo, aterrado por lo que había descubierto al fin. ¡Santo Dios! ¡Un crimen como aquel, una equivocación tan horrenda, un capricho tan odioso del destino! No dejó escapar la más pequeña exclamación de dolor, mas la sombra que velaba su rostro se había tornado salvaje y negra.

Pero resonó un grito, el grito desgarrador de Benedetta, que al principio había seguido, lo mismo que Pierre y don Vigilio, el acto del cardenal con asombro, que luego se tornó en terror.

—¡Envenenado! ¡Envenenado! ¡Dario mío, corazón mío, alma mía!

El cardenal cogió violentamente a su sobrina por el puño, mirando oblicuamente al mismo tiempo a aquellos dos sacerdotes insignificantes, al secretario y al extranjero, que estaban presentes en la escena.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Pero Benedetta, rebelde, arrebatada por un acceso de cólera y de odio, se arrancó de un tirón.

—¿Por qué he de callarme? Es Prada quien lo ha hecho, lo denunciaré, quiero que muera, que muera él también... Le afirmo que es Prada, lo sé perfectamente, porque el señor Froment regresó ayer de Frascati, en su coche, con el cura Santobono y el cestillo de higos... ¡Sí, sí! ¡Tengo testigos! ¡Ha sido Prada, ha sido Prada!

—¡Te digo que no, estás loca, cállate!

Volvió a sujetar a la joven por las manos, procurando dominarla con toda su autoridad soberana.

Boccanera, que sabía la influencia que el cardenal Sanguinetti ejercía sobre el cerebro exaltado de Santobono, acababa de hallar la explicación de aquel suceso, no en una complicidad directa, sino en un azuzar sordamente, en que aquél había excitado a la fiera, soltándola luego contra el rival molesto en el momento justo en que creía que el trono pontificio iba a quedar vacante. La probabilidad, la certidumbre de que así era como habían pasado las cosas, surgió ante sus ojos bruscamente, sin que tuviese necesidad de comprender en detalle lo ocurrido, y aunque hubiese lagunas y oscuridades en su suposición.

—No ha sido Prada, ¿lo oyes?... Prada no tiene motivo alguno para guardarme rencor, y yo era la única persona a la que se buscaba herir, porque esos higos me fueron regalados a mí... Vamos, ¡reflexiona! Ha sido necesaria una indisposición imprevista para que yo no comiese la mayor parte, porque conocen lo mucho que me gustan. ¡Y pensar que mientras mi pobre Dario se los comía solo yo le dirigía bromas y le decía que me guardase los mejores para mañana! ¡Señor, Señor! La infame maquinación iba contra mí, y he aquí que la víctima es mi sobrino, por el azar más atroz, por la más monstruosa estupidez del destino... ¡Señor, Señor! ¿Es que me has abandonado?

Asomaron las lágrimas a los ojos del cardenal; Benedetta temblaba, pero no parecía convencida todavía.

—Usted, tío, no tiene ningún enemigo. ¿Por qué razón iba a atentar ese Santobono contra su vida?

El cardenal permaneció unos momentos en silencio, porque no encontraba la contestación adecuada. Surgía dentro de él la resolución de callarse, en toda su sublime grandeza. Pareció recordar algo, y se resignó a mentir:

—Santobono ha sido siempre un poco trastornado; sé que me detesta desde que me negué a sacar de la cárcel a su hermano, que fue jardinero nuestro, dándole un certificado de buena conducta, que no se merecía... Ciertos odios mortales no tienen a veces causas más graves que ésa. Se habrá creído en el deber de vengarse de mí. Benedetta entonces, quebrantada, incapaz de discutir más, se dejó caer en una silla, con gesto desesperado de abandono.

—¡Dios mío, Dios mío! Es posible que tenga usted razón. Después de todo, ¿qué más da, estando como está mi Dario? Lo único que ahora importa es salvarlo, quiero que lo salven... ¡Cuánto tardan! ¿Qué estarán haciendo en esa habitación? ¿Por qué no viene Victorine en busca mía?

Reinó otra vez el silencio, el desconsuelo. El cardenal, sin hablar palabra, tomó de la mesa el cestillo de higos y lo llevó a un armario, que cerró con dos vueltas de llave; luego metió ésta en su bolsillo. Tenía seguramente la

intención, en cuanto llegase la noche, de bajar él mismo al Tíber para tirar el cestillo a las aguas. Pero al volverse después de cerrado el armario, se fijó en los dos curitas, cuyas miradas no habían podido menos que fijarse en todo lo que había hecho. Y se limitó a decirles estas palabras, con toda solemnidad:

—Señores, no necesito pedir a ustedes discreción... No se puede permitir que ciertos hechos escandalosos se atribuyan a la Iglesia, porque ella no es, no puede ser culpable. Poner en manos de los tribunales civiles a uno de los nuestros, aunque sea criminal, equivale a herir a la Iglesia entera, porque en el acto se apoderan del proceso las personas mal intencionadas para cargarle a ella toda la responsabilidad del crimen. Nosotros no podemos hacer otra cosa que entregar el asesino a las manos de Dios, que con mayor seguridad sabrá castigarlo. Y por mi parte, aunque me sienta afectado en mi persona o en mi familia, en mis más tiernos afectos, declaro, en el nombre de Cristo que murió en la cruz, que no abrigo ira, ni ansias de venganza, y que borro en este momento de mi memoria el nombre del asesino, enterrando su acto abominable en el eterno silencio de la tumba.

Su estatura, ya grande, parecía haberse agigantado aún más, en tanto que, alzando la diestra con un majestuoso ademán, pronunciaba este juramento por el que abandonaba sus enemigos a la sola justicia de Dios; porque no se refería solamente a Santobono, sino también al cardenal Sanguinetti, cuya influencia nefasta había adivinado. Sentíase trastornado, en medio del heroísmo de su orgullo, por un desconsuelo infinito, por un dolor trágico que lo trastornaba, pensando en aquella lucha atroz en torno de la tiara, en todo lo perverso y voraz que se agitaba en el fondo de aquellas tinieblas.

Luego, cuando Pierre y don Vigilio se inclinaron, prometiéndole su silencio, se sintió atenazado por una emoción irreprimible, y se le subió de pronto a la garganta el sollozo que venía conteniendo. Y balbuceó:

—¡Pobre hijo, pobre hijo mío! ¡El único vástago de nuestra raza, el único amor y la única esperanza de mi corazón! ¡Morir así, morir así!

Benedetta se levantó otra vez, exasperada:

—¿Morir? ¿Quién? ¿Dario?... No quiero que muera, lo cuidaremos, volveremos a su lado. Lo tomaremos en nuestros brazos y lo salvaremos. Venga usted, tío, venga pronto... ¡No quiero que se muera, no quiero, no quiero!

Se dirigió hacia la puerta y nada hubiera sido capaz de impedir que entrase; pero en ese preciso momento apareció Victorine, con semblante extraviado, desalentada, ella que era de ordinario tan serena.

—De parte del médico, que vengan enseguida, inmediatamente, la señorita y Su Eminencia.

Pierre estaba estupefacto ante todas aquellas cosas de las que era testigo, y no les siguió, quedándose breves momentos con don Vigilio en el comedor, inundado de sol. Así, pues, el veneno, el veneno lo mismo que en tiempos de los Borgia, disimulado con elegancia, servido en la fruta por un traidor tenebroso a quien no se atrevían a denunciar. Recordó en ese momento la conversación que había tenido mientras volvían de Frascati, su escepticismo de parisino cuando se habló de aquellas drogas legendarias, cuyo empleo no le cabía en la cabeza sino en el quinto acto de los dramas románticos. Y ahora veía que aquellas odiosas historias eran ciertas, que había ramos de flores y cuchillos envenenados, que se suprimía a los prelados y aun a los papas que resultaban molestos, llevándoles un chocolate por la mañana a la cama; porque aquel Santobono, exaltado y trágico, era, sin duda alguna, un envenenador, no podía dudarlo, porque repasaba todo lo que había hecho el día anterior a la luz horrenda de lo que acababa de suceder: las frases ambiciosas y amenazadoras que había escuchado por sorpresa en casa del cardenal Sanguinetti, su prisa por hacer algo en vista de la muerte probable del papa reinante, la sugestión del crimen en nombre de la salvación de la Iglesia, y luego el encuentro con aquel cura en medio de la carretera, llevando su cestillo de higos, y el transporte de aquel cestillo a la hora del crepúsculo de la melancólica Campaña, siempre sobre sus rodillas, devotamente, aquel cestillo cuyo recuerdo le obsesionaba como una pesadilla, y que tendría siempre delante de los ojos, con su misma forma, con su mismo color, con su mismo olor, que le hacía estremecerse. ¡El veneno, el veneno! De modo que era cierto, existía, circulaba aún en las tenebrosidades del mundo negro, en medio de los ásperos apetitos de conquista y de dominio.

De pronto surgió también en la imaginación de Pierre otra imagen: la de Prada. Hacía un instante, cuando Benedetta le acusó con tal fuerza, Pierre dio un paso para salir en su defensa, relatando todo lo que sabía de las andanzas del veneno, de dónde había salido y cuál era la mano que lo había ofrecido. Pero de pronto se hizo una reflexión que lo dejó helado: si Prada no había cometido el crimen, por lo menos había dejado que se cometiese. Un recuerdo, punzante como la hoja de un cuchillo, se le clavaba, el de la gallinita negra en el sombrío escenario de la hostería, el de la gallinita negra, muerta bajo el cobertizo, fulminada, con el hilillo de sangre violácea que le corría del pico. Y ahora, aquí, al pie de su percha, yacía también la cotorra Tata, blanduzca y tibia, con el pico manchado con una gota de sangre. ¿Por

qué, pues, había mentido Prada al referirle que habían reñido dos gallinas? Todo era una red complicada de pasiones y de pugnas oscuras, entre cuyas tinieblas sentía Pierre que resbalaba, y tampoco acertaba a reconstruir el horrendo combate que sin duda se había librado en el cerebro de aquel hombre durante la noche del baile. No podía imaginárselo a su lado ni evocar durante su regreso, ya de madrugada, al palacio Boccanera, sin sentir escalofríos, adivinando, de una manera confusa, todos los sucesos espantosos que se habían decidido en la puerta. Por otra parte, a pesar de las oscuridades y de las imposibilidades, ya fuese el golpe contra el cardenal, o más bien, ya tuviese la esperanza de que una flecha extraviada le vengase por una salvaje casualidad, la realidad terrible era ésta: Prada lo sabía, Prada hubiera podido detener en su camino al destino y, sin embargo, dejó que siguiera adelante y realizase su ciega tarea mortífera.

De pronto, al volver la cabeza, vio Pierre a don Vigilio que estaba apartado, sin moverse de su silla, tan desencajado y pálido, que creyó también que estaría envenenado.

—¿Se siente usted mal?

Pareció que en un primer momento no podía contestar el secretario, porque el terror le ahogaba. Pero luego dijo en voz baja:

—No, no; yo no he comido... ¡Santo Dios! ¡Cuando pienso en que tenía unas ganas locas de comer de esos higos y que sólo me contuve por respeto al ver que Su Eminencia no comía!

Y le castañetearon los dientes pensando en que era precisamente su humildad la que le había salvado. Conservaba en sus manos, en su rostro, el frío de la muerte que había pasado tan cerca de él, sintiendo el roce de sus alas.

Suspiró por dos veces, haciendo al propio tiempo un gesto de espanto, como queriendo alejar de sí aquella visión horrenda, y exclamó por lo bajo:

—¡Ah! ¡Paparelli, Paparelli!

Pierre, muy emocionado, sabiendo que se refería al caudatario, quiso enterarse.

—¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Le acusa usted?... ¿Cree que lo han empujado a ese acto? En una palabra, ¿cree usted que son ellos?

No se pronunció siquiera la palabra jesuitas, pero la enorme sombra negra cruzó en el alegre sol del comedor, y lo obscureció por un momento.

—¡Sí! ¡Ellos! —exclamó don Vigilio—. ¡Ellos siempre! ¡Ellos por todas partes! ¡Dondequiera que hay llantos, dondequiera que hay un muerto, allí

están ellos, nunca faltan! ¡También a mí me lo destinaban y no he caído de milagro!

Y otra vez dejó escapar aquel lamento sordo de temor, de odio y de ira:

—¡Ah! ¡Paparelli, Paparelli!

Se calló, negándose a contestar, paseando sus ojos extraviados por las paredes de la habitación, como si por ellas fuese a surgir de pronto el caudatario, con su cara blanduzca de solterona, su caminar a pasitos de ratita roedora, sus manos misteriosas y acaparadoras, las mismas con que había ido a la repostería a coger el cestillo de higos que se habían olvidado servir y que él mismo llevó a la mesa.

Entonces resolvieron los dos encaminarse a la habitación, por si los necesitaban; Pierre se quedó emocionado, al entrar, viendo el desgarrador espectáculo que presenció. Desde hacía media hora, el doctor Giordano, que sospechó el envenenamiento, había recurrido inútilmente a los remedios de práctica, un vomitivo y la magnesia. También había ordenado a Victorine que batiese en el agua algunas claras de huevo. Pero el enfermo empeoraba con tanta rapidez, que resultaba ya inútil todo remedio. Desnudado, acostado de espaldas, con el busto sostenido por dos almohadones, y los brazos alargados por encima de las ropas de la cama, ofrecía Dario un espectáculo espantoso, con esa especie de borrachera angustiada que caracterizaba a aquella enfermedad misteriosa y temible, de la que ya habían muerto monseñor Gallo y otros. Parecía herido por un estupor de vértigo, tenía los ojos cada vez más hundidos en el fondo de sus órbitas negras y al propio tiempo se le iba secando toda la cara, y envejecía a ojos vistas, invadido por una sombra gris, color de tierra. Hacía un momento ya que había cerrado los ojos, agotado, y los únicos síntomas de vida que daba eran sus respiraciones fatigosas, difíciles y prolongadas, que enarcaban su pecho. Y Benedetta estaba de pie, inclinada sobre aquel pobre rostro que agonizaba, sufriendo con lo que él sufría, dominada por un dolor impotente y tan intenso, que también ella estaba desconocida, palidísima, desatinada de angustia, como si también la muerte se fuese adentrando en ella, al mismo tiempo que en Dario.

En el hueco de la ventana, donde el cardenal Boccanera había llevado al doctor Giordano, se cruzaron algunas palabras en voz baja:

—No tiene remedio, ¿verdad?

El doctor, trastornado también, hizo un ademán desconsolado de quien se encuentra vencido.

—Por desgracia, no. Debo advertir a Su Eminencia que todo habrá terminado antes de una hora. Reinó un breve silencio.

—Desde luego, ¿se trata de la misma enfermedad que Gallo?

Y como el doctor no contestase, todo tembloroso y apartando los ojos, agregó:

—Entiéndame, una fiebre infecciosa, ¿verdad?

Giordano comprendió bien lo que quería el cardenal. El silencio, el crimen oculto, por siempre jamás, para que no sufriese el buen nombre de la Iglesia. Y no podía imaginarse nada más grande, nada más elevadamente trágico que aquel anciano de setenta años, tan erguido todavía y tan magnífico, que no admitía la posibilidad de que su familia espiritual sufriese menoscabo, como tampoco admitía que su familia humana se viese manchada con las inevitables salpicaduras de un proceso resonante. ¡No y no! ¡El silencio, el silencio eterno en el que todo se sosiega y se olvida!

El doctor hizo al fin una inclinación, con su expresión suave de discreción eclesiástica.

—Evidentemente, una fiebre infecciosa, como ha dicho bien Su Eminencia.

Asomaron de nuevo dos gruesas lágrimas a los ojos de Boccanera. Ahora que había puesto a Dios al abrigo de todo sangraba otra vez su propia humanidad. Suplicó al médico que intentase un esfuerzo supremo, que hiciese lo imposible; pero éste movió la cabeza y le mostraba al enfermo con sus pobres manos temblorosas. Ni aunque se tratase de su padre, ni aunque se tratase de su madre, habría podido hacer más. La muerte estaba a un paso. ¿Para qué fatigar y molestar a un moribundo, si sólo se iba a agravar con ello sus dolores? Y al ver el cardenal, pensando en la inminencia de la catástrofe, que pronunciaba el nombre de su hermana Serafina, y se condolía de que ni siquiera iba a poder dar un último abrazo a su sobrino, si no volvía del Vaticano, donde debía de estar, se prestó el médico a ir a buscarla con su propio coche, que le esperaba a la puerta. Era asunto de veinte minutos. Volvería con ella, por si se requerían sus servicios en los últimos instantes.

El cardenal permaneció todavía inmóvil unos instantes en el hueco de la ventana, después de marcharse el doctor. Con los ojos velados por las lágrimas, miraba por la ventana al firmamento. Y extendió los brazos temblorosos, con un gesto de súplica ardiente. ¡Oh, Dios! ¿Por qué no hacéis un milagro y os mostráis en todo el esplendor de vuestro poder ilimitado? ¡Un milagro, un milagro! Lo pedía desde el fondo de su alma de hombre de fe, con la insistencia y el ruego imperativo de un príncipe de la tierra, que está convencido de haber prestado al cielo un servicio considerable, dedicando su vida entera a la Iglesia. Se lo pedía para que no se extinguiese su raza, para



que su último vástago no desapareciese de aquel modo tan desastroso, para que pudiese casarse con la prima a quien tanto amaba, y que estaba anegada en lágrimas y desconsolada. ¡Un milagro! ¡Un milagro! ¡Por aquellos dos queridos hijos! ¡Un milagro que sirviese para que renaciese la familia! ¡Un milagro que eternizase el nombre glorioso de los Boccanera, haciendo posible que de aquellos dos jóvenes esposos surgiese una progenie numerosa de hombres valerosos y creyentes!

Cuando el cardenal volvió al centro de la habitación, estaba como transfigurado; sus lágrimas se habían secado a fuerza de fe; su alma se había fortalecido y sosegado, desechando toda debilidad. Se había puesto en las manos de Dios y había tomado la resolución de administrar él mismo a Dario la extremaunción. Llamó con un gesto a don Vigilio y se lo llevó a la pequeña habitación contigua que le servía de capilla y cuyas llaves llevaba siempre encima. Aquella habitación pelada, en la que no entraba nadie, contenía únicamente un altarcito de madera pintada, sobre el que había un gran crucifijo de cobre, y estaba considerada por los habitantes del palacio como un lugar sagrado, desconocido y terrible, porque se decía que Su Eminencia se pasaba allí las noches, arrodillado, conversando con el mismo Dios en persona. Y al penetrar ahora públicamente, dejando las puertas abiertas de par en par, era sin duda porque quería obligar a Dios a que saliese en su compañía, buscando un milagro.

Detrás del altar había un armario, y el cardenal fue a ponerse la estola y la sobrepelliz. También estaba allí la caja de los santos óleos, que era un recipiente de plata muy antiguo, con el escudo de los Boccanera. Y en cuanto don Vigilio, siguiendo al oficiante, entró en la habitación del enfermo, alternaron entre los dos las frases latinas.

—*Pax huic domui.*

—*Et omnibus habitantibus in ea.*

La muerte se acercaba, tan amenazadora, tan inminente, que hubo forzosamente que suprimir todos los preparativos habituales. No estaban allí ni los dos cirios, ni la mesita cubierta con un paño blanco. Y como el asistente tampoco había traído el agua bendita y el hisopo, se limitó el oficiante a hacer el ademán habitual, bendiciendo la habitación y al moribundo, mientras pronunciaba las palabras de ritual:

—*Asperges me, Domine, hissopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor.*

Al ver aparecer al cardenal con los santos óleos, cayó Benedetta de rodillas, al pie de la cama; Pierre y Victorine se arrodillaron también un poco

más atrás, trastornados por la dolorosa grandeza de la escena. La contessina tenía clavados en Dario sus ojos inmensos, dilatados en su rostro de una palidez de nieve, y le parecía otro, porque se le había vuelto la cara terrosa, la piel curtida y arrugada como la de un viejo. Y el sacramento que se disponía a administrarle su tío, el todopoderoso príncipe de la Iglesia, no era el del matrimonio, aceptado y deseado por Dario, era el de la ruptura suprema, el que prepara para el fin humano de todo orgullo, para la muerte que acaba y se lleva a todas las razas, como el viento barre el polvo de los caminos.

No podía alargar la ceremonia y recitó con presteza, a media voz, el Credo.

—*Credo in unum Deum...*

—*Amen* —contestó don Vigilio.

Después de las plegarias de ritual, balbuceó éste último las letanías, para que el cielo tuviese piedad de aquel pobre hombre que iba a comparecer ante Dios, a menos de que obtuviese gracia por un prodigio de ese mismo Dios.

Y entonces, sin tomarse tiempo para lavarse los dedos, abrió el cardenal la caja de los santos óleos, y, limitándose a una sola unción, según estaba permitido en casos de urgencia, depositó, con la punta de la aguja de plata, una sola gota sobre la boca reseca, herida ya de muerte.

—*Per istam santam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum, auditum, odoratum, gustum, tactum, deliquisti.*

¡Con qué corazón ardiente de fe pronunciaba aquellas frases en que se solicitaba el perdón, a fin de que la divina misericordia borrara los pecados cometidos por los cinco sentidos, que son las cinco puertas que tiene la eterna tentación para penetrar en el alma! Pero también lo hacía con la esperanza de que si Dios había castigado a aquella pobre criatura por sus pecados, se compadecería plenamente de él, devolviéndolo a la vida, no bien se los hubiese perdonado. ¡La vida, oh Señor, para que la antigua progenie de los Boccanera pueda multiplicarse aún, sirviéndoos a través de las edades, en los combates y delante de los altares!

El cardenal permaneció unos momentos con las manos temblorosas, contemplando aquel rostro mudo, aquellos ojos cerrados del moribundo, en espera del milagro. Pero no ocurrió nada, no se produjo ningún cambio. Don Vigilio acababa de enjugarle la boca con un pedacito de algodón en rama, sin que de aquellos labios saliese un suspiro de alivio. Y fue rezada la última oración, y el oficiante regresó a la capilla, seguido por el asistente, en medio del espantoso silencio que reinó de nuevo. Una vez en la capilla, se

arrodillaron los dos y el cardenal, enloquecido, en una súplica ardiente, alzó los ojos hacia el crucifijo de cobre, ya no vio nada, ni oyó nada, se entregó por entero, suplicando a Jesús que se lo llevase en lugar de su sobrino, si es que necesitaba un holocausto, no perdiendo todavía la esperanza de doblegar la cólera celestial mientras Dario tuviese un soplo de vida y mientras él mismo estuviese allí de rodillas, hablando con Dios. ¡Era tan humilde y tan soberano! ¿Por qué no habían de llegar a un acuerdo, Dios y un Boccanera? Aunque en aquel instante se hubiese derrumbado el viejo palacio, no habría sentido el cardenal la caída de la viguería.

Sin embargo, nada se movía aún en la habitación del enfermo; todo estaba bajo el peso de la majestad trágica que había dejado la ceremonia. Al cabo consiguió Dario abrir los párpados. Se miró las manos, y las vio tan envejecidas, tan consumidas, que en el fondo de sus ojos se pintó un inmenso pesar por la existencia. Tuvo sin duda por primera vez un instante de lucidez en medio de aquella especie de borrachera del veneno que lo tenía aplastado, conciencia del estado en que se encontraba. ¡Qué repugnante y qué odioso resultaba para aquella criatura, todo ligereza y egoísmo, para aquel amante de la belleza, de la alegría y de la luz, incapaz de sufrimiento, el morir entre tantos dolores, en una decadencia tan grande! El destino feroz se ensañaba en su persona con aquella raza que se extinguía. Sintió horror de sí mismo y cayó en un acceso de desesperación, en un terror de niño, y encontró fuerzas para incorporarse y para pasear sus ojos desatinados por la habitación, a fin de asegurarse que no le habían dejado solo. Y cuando su mirada se cruzó con la de Benedetta, que seguía arrodillada al pie del lecho, quiso lanzarse hacia ella en un supremo esfuerzo y le tendió sus dos brazos, quemado por el ansia egoísta de llevársela colgada de su cuello.

—¡Oh Benedetta, Benedetta...! ¡Ven, ven; no me dejes morir solo!

Ella no había apartado de él sus ojos, y permanecía inmóvil, esperando presa de estupor. A medida que su amor languidecía, parecía como si esa enfermedad horrible que se lo llevaba se fuese apoderando de ella, destruyéndola también. Iba adquiriendo una blancura inmaterial, y por los agujeros de sus pupilas clarísimas se iba transparentando el alma. Pero cuando vio que resucitaba y que le llamaba con los brazos extendidos, se alzó ella también, se acercó, se quedó de pie junto al lecho.

—Ya vengo, Dario mío... ¡Aquí estoy!

Y entonces Pierre y Victorine, que seguían arrodillados, asistieron a una escena sublime, de una grandeza tan incomparable, que se quedaron como clavados en el suelo, igual que si estuviesen asistiendo a un espectáculo

supraterrenal en el que no tuviesen ya que intervenir los seres humanos. Benedetta hablaba, actuaba como una criatura libertada ya de los lazos y de los convencionalismos sociales, fuera ya de la vida, y no veía ni las cosas ni las personas, ni les hablaba, sino desde muy lejos, desde el abismo insondable en que iba a desaparecer.

—¡Ah, Dario mío! Han querido separarnos. Sí, han decidido matarte para que yo nunca pudiese darme a ti, para que no fuésemos nunca felices, el uno del brazo del otro, porque sabían que con tu vida se iría la mía... Ha sido ese hombre, ¡sí!; ¡él es tu asesino, aunque sea otro quien haya dado el golpe! Ha sido él la causa primera, el que me arrebató de tu lado cuando iba a ser tuya, el que ha destrozado nuestras dos vidas, el que ha insuflado a nuestro alrededor, dentro de nosotros, el maldito veneno del que vamos a morir... ¡Cuánto le odio, cuánto le odio! ¡Cómo quisiera que mi rencor lo aplastase, antes de marcharme contigo, colgada de tu cuello!

Hablaba sin levantar la voz, susurraba todas esas frases horribles con voz baja, con naturalidad, con toda el alma. Ni siquiera pronunció el nombre de Prada; se volvió un poco hacia Pierre, que estaba detrás de ella, inmovilizada por el terror, para decirle con expresión de mando:

—Usted verá a su padre, y yo le encargo que le diga que he maldecido a su hijo. Ese hombre heroico y bueno me quería mucho, y yo le sigo queriendo; estas palabras, que usted le repetirá, van a desgarrarle el alma. Pero yo quiero que él lo sepa, es necesario que lo sepa, para que triunfen la verdad y la justicia.

Dario, loco de terror, sollozando, tendió otra vez sus brazos hacia ella, al darse cuenta de que miraba a otra parte, de que ya no tenía clavados ella sus ojos serenos en los ojos suyos.

—Benedetta, Benedetta... ¡Ven, ven! ¡Yo no quiero entrar solo en una noche tan negra!

—¡Ya voy, Dario mío, ya voy!... Aquí me tienes.

Se acercó todavía más, hasta casi tocarle, de pie, junto a la cama.

—¡Yo que había jurado a la Virgen que no sería de ningún hombre, ni siquiera de ti, hasta el momento en que Dios lo permitiese, mediante la bendición de uno de sus ministros! Para mí era cuestión de nobleza superior, una cualidad divina, el ser inmaculada, virgen como la Virgen, libre de las salpicaduras y de las bajezas de la carne. Quería hacer, además, al hombre elegido por mi corazón un presente exquisito y raro, para que fuese por siempre el único dueño de mi alma y de mi cuerpo... Y esa virginidad, de la que yo estaba tan orgullosa, la he defendido contra otro, la defendí contra ti

mismo, con lágrimas, para que tú no profanases tu tesoro, en un momento de febril sacrilegio, antes de que sonase la hora en que nos estaban permitidos los placeres... ¡Si tú supieses las luchas terribles que sostenía conmigo misma para no sucumbir! ¡Sentía ansias locas de gritarte que me hicieses tuya, que me poseyeses, que me llevases contigo! Porque te quería a ti, todo lo que tú eres, y me daba a ti toda entera, sin reservas, en mi calidad de mujer que sabe, acepta y exige el amor pleno, el que había de convertirme en esposa y en madre... ¡Qué esfuerzos he tenido que hacer para mantener el juramento que había hecho a la Virgen cuando la sangre de mi raza se ponía a hervir en mis venas furiosamente! Y ahora, ¡qué desastre!

Se acercó aún más, y su voz baja adquirió un timbre de pasión.

—¿Te acuerdas de la noche aquella en que llegaste a casa con la cuchillada en la espalda? Creí que habías muerto, y lloré de rabia pensando en que ibas a marcharte, en que iba a perderte sin que hubiésemos conocido la felicidad. Insultaba a la Virgen y me lamentaba en aquel instante de no haberme condenado en tu compañía, para morir contigo, abrazados los dos en un abrazo tan fuerte que hubiesen tenido que enterrarnos juntos... ¡Y pensar que aquel aviso no nos sirvió de nada! Fui lo bastante ciega, lo bastante estúpida, para no sacar las consecuencias de aquella lección. Y ahora has sido víctima otra vez, y te marchas antes de que me haya podido entregar a ti, cuando todavía estábamos a tiempo... ¡He sido una orgullosa ruin, una soñadora estúpida!

Y su voz ahogada tenía ahora rezongos de cólera contra sí misma, porque hablaba en ella la mujer práctica y razonable que había sido siempre. ¿Podía la Virgen, que era madre, querer la desgracia de los enamorados? ¿Iba a producirle indignación y tristeza el verlos el uno del brazo del otro, felices y apasionados? ¡No y no! Los ángeles no podían llorar porque dos enamorados se amasen en este mundo, sin contar con el cura; al contrario, se sonreirían, cantarían de alegría. Y no cabía duda alguna de que era un engaño odioso el no apurar la alegría de amarse a la luz del sol, cuando la sangre, que es vida, palpita en las venas.

—¡Benedetta, Benedetta! —repetía el moribundo, aterrado como niño que no quiere irse solo de esa manera, hasta el abismo de la eterna noche tenebrosa.

—¡Aquí estoy, aquí estoy! Dario mío... ¡Ahora voy!

Y como en ese instante se imaginase Benedetta que la criada había hecho ademán de levantarse, aunque no se había movido, con intención de impedir lo que ella iba a hacer, dijo:

Deja, Victorine, deja; no hay nada en el mundo que sea ya capaz de impedirlo, porque es más fuerte que todo, más fuerte que la muerte. Algo, una fuerza misteriosa me ha empujado hace un instante, cuando estaba de rodillas, y me ha puesto en pie.

—Sé adonde voy... Además, lo tengo jurado desde que le pegaron la cuchillada. He jurado no ser sino de él, hasta debajo de tierra, si fuese preciso. ¡Que yo me una a él y que me lleve! No moriremos, sino que será como si nos hubiésemos casado para siempre.

Volvió al lado del moribundo, estaba junto a él.

—¡Aquí me tienes, Dario; aquí me tienes!

Y ocurrió luego una cosa inaudita. Poseída de una exaltación cada vez mayor, en una llamarada de amor que la arrebatava, empezó a desnudarse sin prisas. Cayó primero al suelo el corpiño, y surgieron resplandecientes los brazos blancos, los hombros blancos; luego se deslizó la falda, y una vez descalza, mostró los pies blancos, los tobillos blancos, como flores sobre la alfombra; cayeron, por fin, una a una, las prendas íntimas, y surgieron, como ramo de flores blancas maravillosas, el vientre blanco, la garganta blanca, los muslos blancos. Con audacia ingenua, con tranquilidad soberana, como si se hallase sola, se había quedado completamente desnuda. Estaba de pie, como un gran lirio, en su cándida desnudez, con su porte de reina desdeñosa, que no se preocupa de que la estén mirando. Y aquella sombría habitación parecía iluminada, perfumada por la belleza de su cuerpo, que era un prodigio, que reunía la perfección viviente de los mármoles más hermosos, el cuello de una reina, el pecho de una diosa guerrera, la línea altiva y ágil desde los hombros hasta los talones, las redondeces sagradas de los miembros y de las caderas. Y era tal su blancura, que ni las estatuas de mármol, ni las palomas, ni la nieve misma, podían compararse con ella.

—¡Aquí me tienes, Dario mío, aquí me tienes!

Pierre y Victorine la contemplaban enceguecidos, deslumbrados, como si los hubiese derribado una aparición, el glorioso llamear de una visión celestial. Victorine no había hecho siquiera un movimiento para detenerla y para que no llevase a cabo aquel acto extraordinario, embargada por ese respeto aterrorizado que uno experimenta ante las locuras de la pasión y de la fe. Y Pierre, por otra parte, paralizado, sentía acaecer un suceso tan grande, que ante él sólo experimentaba un estremecimiento de admiración y de asombro. Nada de impuro le sugería aquella desnudez de nieve y de lis, aquella virgen, toda candor y nobleza, cuyo cuerpo parecía irradiar luz propia,

por el mismo resplandor de la hoguera de amor en que se consumía. No le ofendía, como no ofende una copia de la verdad, transfigurada por un genio.

—Aquí estoy, Dario, aquí estoy.

Y Benedetta, que se había acostado, tomó entre sus brazos a Dario, que agonizaba, y cuyos brazos no tuvieron siquiera la fuerza de estrecharla. Aquello era, ni más ni menos, lo que ella había ansiado siempre, en la blancura de lirio de su obstinación, en su tranquilidad aparente, bajo la que rezongaba un rojo furor de incendio. Siempre la había devorado aquella violencia, aun en sus horas de calma. Ahora que el destino odioso le robaba su amor, ella no se resignaba al engaño de perderlo sin haberse entregado a él, ya que había cometido la tontería de no hacerlo cuando los dos estaban rebosantes de fuerza y se sonreían tiernamente. Aquella locura suya era una rebelión de la naturaleza, el grito inconsciente de la mujer que no quiere morir infecunda, inútil como el grano arrastrado por un huracán de desastre y del que ya no germinará ninguna otra vida.

—¡Aquí estoy, Dario mío, aquí estoy!

Ella le estrechaba con todo su cuerpo desnudo, con toda su alma desnuda. Y Pierre vio en ese momento, sobre la pared, en la cabecera de la cama, las armas de los Boccanera, un antiguo paño bordado en oro y seda de color sobre terciopelo violeta. Era, en efecto, el dragón alado que vomitaba llamas, y la divisa enérgica y arrebatada, *Bocca nera, Alma rossa*, boca negra, alma roja, boca entenebrecida por un rugido, alma llameante como un brasero de fe y de amor. Toda aquella vieja raza exaltada y violenta, de trágicas leyendas, acababa de renacer, para empujar a aquella joven, la última de la raza, tan encantadora, a la realización de una boda en la muerte, tan maravillosa y espantosa a la vez. La vista del escudo bordado evocó en él otro recuerdo: el del retrato de Cassia Boccanera, la enamorada y justiciera, que se había arrojado al Tíber con su hermano Flavio Corradini. ¿No era aquél el mismo abrazo desesperado que se esforzaba por vencer la muerte, no era el mismo arrebatado de arrojarse al abismo con el cuerpo del bien amado, del elegido, del único? Las dos resultaban así dos hermanas, la que revivía allá arriba, en el cuadro antiguo, y la que se moría aquí, porque moría su amor, como si esta última no fuese más que la otra rediviva, con sus mismos rasgos infantiles y delicados, su misma boca apasionada y los mismos ojos ensoñadores, en la misma carita redonda, prudente y obstinada.

—¡Aquí me tienes, Dario, aquí me tienes!

Se quisieron en un estrechamiento que duró un segundo o una eternidad. Ella se dio a él con frenesí, con un frenesí que no se detenía en la vida, sino

que se lanzaba hacia la infinidad tenebrosa de lo desconocido, que empezaba para ellos. Ella se mezclaba con él, penetraba dentro de él, sin terror ni repugnancia de la enfermedad que lo desfiguraba; y él, que acababa de expirar entre la dicha infinita de aquella felicidad que le llegaba al fin, permanecía con los brazos apretados, anudados convulsivamente alrededor de su cuello, como si se la llevase con él. ¿Fue el dolor que le produjo aquella posesión incompleta, fue el pensar en su virginidad inútil ya, porque no podía ser fecundada? ¿O fue el goce supremo de haber consumado, a pesar de todo, el matrimonio, poniendo en el acto toda la energía de su naturaleza? Aquel abrazo de la muerte impotente llevó a su corazón una oleada tan grande de sangre, que lo hizo estallar. Benedetta murió abrazada al cuello de su amante, muerto ya, estrechamente apretados el uno contra el otro, mutuamente anudados sus brazos.

Se oyó un gemido de Victorine, que se había acercado, porque había comprendido todo; Pierre, de pie también, estaba estremecido por la admiración y por las lágrimas, en pleno arrebató de lo sublime.

—Fíjese, fíjese —balbuceó con voz muy baja la criada—; ya no se mueve, ya no respira. ¡Pobre hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Se ha muerto!

Y el sacerdote murmuró:

—¡Santo Dios! ¡Qué hermosos están!

Era cierto; jamás rostros de muertos tuvieron una belleza tan sublime, tan resplandeciente. El rostro de Dario, que tenía hacía un momento un aspecto terroso y envejecido, acababa de adquirir una palidez y una nobleza de mármol, con las facciones alargadas, estilizadas, como en un arrebató de inefable alegría. El de Benedetta estaba muy serio y sus labios mostraban un pliegue de ardiente energía, y todas sus facciones expresaban una dicha dolorosa e infinita, infinitamente blancas. Sus cabellos estaban revueltos unos con otros y sus ojos, abiertos de par en par, mirándose fijamente, mutuamente, en una mirada sinfín, acariciadora, de una dulzura eterna. Eran la pareja que se enlaza para siempre, que marcha hacia la inmortalidad en medio del encantamiento de su unión, que ha vencido la muerte, y que irradia la belleza extasiada del amor inmortal y vencedor.

Pero al fin estalló Victorine en sollozos, mezclados con tales lamentos, que se siguió una gran confusión. Pierre, trastornado, no se explicó la invasión de gentes agitadas por una especie de terror desesperado que entraron de pronto en la habitación. Sin duda que el cardenal había acudido desde la capilla con don Vigilio. Sin duda también que en ese mismo instante llegaba el doctor Giordano con donna Serafina, a la que había avisado que su



sobrino se estaba muriendo, porque se la veía como estupefacta ante aquella sucesión de catástrofes que se desencadenaban sobre la casa. Y hasta el médico demostraba el asombro perplejo de los médicos envejecidos en la carrera, que se muestran azorados ante la realidad, y procuró dar una explicación, habló con titubeos de un posible aneurisma o tal vez de una embolia.

Victorine, como criada a la que el dolor igualaba con los amos, se atrevió a interrumpirle.

—Señor doctor, estos muchachos se amaban demasiado el uno al otro. ¿No es eso bastante para morirse juntos?

Donna Serafina, después de haber besado en la frente a sus queridos hijos, quiso por fin cerrarles los ojos. Pero no lo consiguió, porque sus párpados volvían a abrirse en cuanto ella retiraba sus dedos, y sus ojos volvían a sonreírse, cambiando fijamente la caricia de sus miradas de eternidad. Y como dijese donna Serafina que convendría, por decencia, separar los dos cuerpos, y procurase desenlazar sus miembros, protestó de nuevo Victorine:

—¡Oh señora, señora! Antes tendría usted que romperles los brazos. Fíjese, parece que sus dedos se han incrustado en los hombros; no se separarán jamás.

Entonces intervino el cardenal. Dios no se había dignado hacer el milagro. Estaba lívido, sin una lágrima, sumido en una desesperación fría que lo engrandecía. Hizo un ademán majestuoso de absolución, de santificación, como si, a título de príncipe de la Iglesia, dispusiese de la voluntad del cielo y aceptase a los dos enamorados ante el tribunal supremo tal cual estaban, rechazando con desdén todos los convencionalismos sociales frente a aquel magnífico ejemplo de amor, conmovido hasta sus más íntimas fibras por los sufrimientos de aquellos muchachos en vida y por la belleza de su muerte.

—Déjalos, hermana mía, déjalos, no los molestes en su sueño... ¡Que sigan con los ojos abiertos, puesto que han querido estarse mirando hasta el fin de los siglos, sin cansarse jamás! ¡Y que duerman el uno en brazos del otro, ya que no pecaron jamás en vida y puesto que han querido enlazarse de ese modo para acostarse debajo de la tierra!

Y agregó, sintiéndose otra vez príncipe romano, de sangre orgullosa, palpitante aún de antiguas aventuras de batallas y pasiones:

—Dos Boccanera pueden dormir de ese modo, Roma entera los admirará y los llorará... Déjalos, déjalos el uno con el otro, hermana mía. Dios los conoce y los espera.

Todos los presentes se habían arrodillado, y el mismo cardenal recitó las plegarias de los muertos. Se echaba encima la noche, una oscuridad cada vez más espesa inundaba la habitación, y pronto ardieron dos llamas de cirio como dos estrellas.

Pierre, sin darse cuenta, se encontró en el pequeño jardín abandonado del palacio, a orillas del Tíber. Seguramente que bajó porque necesitaba respirar el aire puro y le ahogaban la fatiga y la pena. El rincón encantador se hallaba anegado en sombras, y el hilillo de agua, cayendo al sarcófago antiguo desde la máscara trágica, cantaba su aguda canción de flauta; el laurel que le daba sombra, los bojes amargos, los naranjos de las platabandas no eran ya sino masas confusas bajo el firmamento de un azul oscuro. ¡Qué tierno y que alegre resultaba por las mañanas aquel delicioso jardín melancólico! ¡Y qué eco de desolación habían dejado las risas de Benedetta y toda la sonora alegría de la felicidad inminente, que ahora yacía allá arriba, en el aniquilamiento de las cosas y de los seres! Sintió una angustia tan grande en su corazón, que estalló en sollozos ruidosos, sentado en el sitio mismo en que ella se había sentado, sobre el fragmento de columna derribada, respirando el aire que ella había respirado y que parecía guardar aún su puro aroma de mujer adorable.

De pronto dio un reloj las seis. Pierre experimentó un brusco sobresalto, acordándose que esa misma noche, a las nueve, había de ser recibido por el papa. Todavía faltaban tres horas. Lo había olvidado durante las terribles escenas de la catástrofe; ahora le parecía que habían transcurrido meses y meses, y le hacía el efecto de una cita muy antigua, a la que acudimos después de muchos años de ausencia, a la que llegamos envejecidos, con el corazón y el cerebro transformado por los innumerables acontecimientos que nos han sucedido. Se fue serenando con gran esfuerzo. Dentro de tres horas iría al Vaticano, vería por fin al papa.

## XIV

Cuando Pierre desembocó esa noche en el Vaticano, procedente del Borgo, el reloj dejó caer un golpe sonoro en medio del silencio profundo que reinaba en aquel barrio entenebrecido ya y soñoliento: las ocho y media. Llegaba con adelanto, resuelto a esperar veinte minutos, para estar allá arriba, en la puerta de las habitaciones del Santo Padre, a las nueve, hora exacta de la audiencia.

Y en medio de la emoción y de la tristeza infinitas que le atenaceaban el corazón, sintió un gran alivio. Llegaba con los miembros quebrantados, horriblemente fatigado por la tarde trágica que acababa de pasar en aquella cámara mortuoria en la que Dario y Benedetta dormían su sueño eterno, el uno en brazos del otro. No había podido tragar bocado, le perseguía como una pesadilla la imagen espantosa y dolorosa de los dos amantes, y tan ocupado estaba su ánimo con lo sucedido, que a su pesar se le escapaban suspiros involuntarios y las lágrimas se le venían una y otra vez a los ojos. ¡Cuánto hubiera dado por poder ocultarse, por llorar a sus anchas y satisfacer aquella necesidad imperiosa que le ahogaba de verter lágrimas! Aquel enternecimiento iba impregnando todos sus pensamientos; la muerte lamentable de los dos enamorados se sumaba en su corazón al lamento que surgía de su libro, conmoviéndolo con una compasión todavía más profunda, con una verdadera angustia caritativa hacia todos los desgraciados y hacia todos los que padecen en el mundo. Sentíase tan desolado por la evocación de todas las llagas físicas y morales de aquel París, de aquella Roma, en la que había sido testigo de sufrimientos injustos y monstruosos, que tenía miedo de estallar en sollozos a cada paso que daba, con los brazos extendidos hacia el oscuro cielo.

Para calmarse un poco se puso a pasear muy despacio por la plaza de San Pedro, que era, a semejantes horas de la noche, una inmensidad de tinieblas y de soledad. Cuando entró en ella, se creyó perdido en un mar de tinieblas. Pero sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco; la anchurosa explanada no tenía más alumbrado que los cuatro candelabros de siete picos, en los

cuatro ángulos del obelisco, y alguno que otro, muy espaciados, a lo largo de los edificios que suben hasta la basílica. Otros faroles brillaban con luz amarillenta bajo el doble pórtico de la columnata, entre aquel bosque colosal formado por cuatro hileras de pilastras, cuyos cuerpos silueteaban de una manera fantástica. En toda la plaza no se distinguía otra cosa que el obelisco, que se erguía pálido, con aspecto de aparición. También se adivinaba la fachada de San Pedro, completamente esfumada, como una aparición, cerrada y muerta, con una grandiosidad extraordinaria de sueño, de inmovilidad y de silencio. No distinguía Pierre la cúpula, que debía de ser circular y azulada, gigantesca, y que se adivinaba allá en el firmamento. Sin que sus ojos las vieran, oyó Pierre el murmullo de las fuentes, en las profundidades de aquella oscuridad confusa; pero, al cabo de un rato, llegó a distinguir el fantasma delgado y ondulante de los chorros de agua que caían convertidos en lluvia. Y por encima de la inmensa plaza se extendía el cielo inmenso, sin luna, de un terciopelo azul oscuro, en el que las estrellas abultaban como carbunclos; la Osa Mayor parecía haber caído sobre los tejados del Vaticano, con sus ruedas, sus parihuelas de oro, y el espléndido Orion lucía los tres astros de oro de su tahalí, sobre Roma, hacia la via Giulia.

Pierre alzó sus ojos hacia el Vaticano. Pero sólo vio un amontonamiento de confusas fachadas, en las que no brillaban sino dos lucecitas, en el piso en el que estaban las habitaciones del papa. Únicamente en el patio de San Dámaso, iluminado interiormente, relucían como brasas de fuego la fachada del fondo y la de la mano izquierda, blanqueadas por los reflejos de los innumerables vidrios, que les daban aspecto de invernadero. Y ni un solo ruido, ni un solo movimiento, ni siquiera se movía una sombra. Dos personas atravesaron la inmensidad de la plaza y un tercero desapareció a su vez, y sólo persistió el ruido rítmico de pasos, que sonaban muy a lo lejos. Era el desierto absoluto, sin paseantes ni transeúntes, sin ni siquiera la sombra de un vagabundo bajo la columnata, entre el bosque de pilastras, tan desierto como los salvajes árboles centenarios de las épocas prehistóricas. ¡Qué desierto solemne, qué silencio de orgullosa desolación! Pierre no había percibido nunca la sensación de un sueño tan extenso y tan negro, que tenía la nobleza majestuosa de la muerte.

A las nueve menos diez minutos, Pierre se decidió, encaminándose hacia la puerta de bronce. Una sola de sus hojas se hallaba todavía abierta, al final del pórtico de la mano derecha, en medio de un espesamiento de tinieblas que la sumía en la noche. Recordaba con exactitud las instrucciones que le había dado monseñor Nani: preguntar en cada puerta por el señor Squadra, sin

agregar nada más; con lo que se irían abriendo las puertas y no tendría más que dejarse llevar. Nadie en el mundo sospechaba que él estuviese allí, ya que Benedetta había muerto. Cuando cruzó la puerta de bronce y se encontró frente al guardia suizo inmóvil, que guardaba el umbral con aire soñoliento, se limitó a pronunciar la palabra convenida.

—El señor Squadra.

Y como el guardia suizo no se movió ni hizo ademán de cortarle el paso, siguió adelante, torció después a mano derecha, por el gran vestíbulo de la Scala Pia, escalera de piedra que ocupa un enorme hueco cuadrado y que asciende hacia el patio de San Dámaso. Ni un alma, nada más que el eco ahogado de pasos, nada más que la luz adormilada de los picos de gas, cuyos globos mate la tamizaban de suave blancura.

Una vez arriba, cuando atravesaba el patio, se acordó que otra vez que estuvo allí había visto la galería de balcones de Rafael, con su pórtico, su fuente, su blanco pavimento, en horas de sol ardiente. Pero ahora no distinguió ni los cuatro o cinco coches que estaban de espera, con sus caballos inmóviles y los cocheros rígidos en sus asientos. Era la soledad, un inmenso cuadro pelado y pálido, de un sueño sepulcral, iluminado por la triste luz de los faroles, cuyas reverberaciones blanqueaban los altos vidrios de las tres fachadas. Algo inquieto, invadido por aquel ligero escalofrío de vacío y de silencio, se dirigió hacia la escalinata de la derecha, que estaba protegida por una marquesina y cuyos escalones conducen a las habitaciones del papa.

Allí estaba de pie, magnífico, un gendarme, con uniforme de gala.

—El señor Squadra.

El gendarme le señaló, con un simple ademán, sin pronunciar palabra, la escalera.

Pierre subió. Era una escalera muy ancha, de escalones bajos, toda de mármol, con las paredes pintadas de amarillo. Una mano, sabiamente ecónoma, había amortiguado ya la luz de los picos de gas que ardían dentro de sus globos de cristal mate. La luz de lamparilla daba una solemnidad infinitamente triste a aquella desnudez, tan fría y tan lívida. En cada rellano velaba un guardia suizo, armado de alabarda, y en el sueño pesado que envolvía al palacio se oían únicamente los pasos regulares de aquellos hombres, que iban y venían, sin duda para no sucumbir al embotamiento que trascendía del lugar.

El ascenso le pareció a Pierre interminable, en un silencio escalofriante, a través de la oscuridad pegajosa. Cada piso estaba dividido en varios tramos, uno, y otro, y otro más. Cuando, al fin, llegó a la plataforma del segundo piso

se imaginó que llevaba subiendo escaleras lo menos cien años. Un último guardia suizo velaba ante la puerta de cristales de la sala Clementina, que tenía abierta una sola de sus hojas.

—El señor Squadra.

El guardia suizo se hizo a un lado y dejó pasar al joven sacerdote.

La sala Clementina, que es inmensa, parecía no tener límites a aquella hora, iluminada por la luz crepuscular de las lámparas. La decoración, riquísima, las esculturas, las pinturas, los dorados, se perdían, no eran más que una vaga aparición, muros de ensueño en los que dormían los reflejos de las joyas y pedrerías. Por lo demás, no se veía allí ni un solo mueble, el pavimento interminable, una soledad que se ensanchaba, que se perdía en el abismo de la penumbra.

Por fin, en la otra extremidad, junto a una puerta, creyó Pierre distinguir unas sombras, a lo largo de un banco. Eran tres guardias suizos, sentados y medio dormidos.

—El señor Squadra.

Uno de los guardias se levantó muy despacio y desapareció. Pierre comprendió que tenía que esperar allí. No se atrevió a moverse, porque el ruido de sus pasos lo llenaba de turbación. Se limitó a mirar a su alrededor, evocando las muchedumbres que se habían apiñado en aquella sala. Aún hoy era la sala accesible a todos y que todos tenían que atravesar, en una palabra, era una sala de guardias, en la que resonaba siempre el ruido de pasos, las idas y venidas innumerables. ¡Pero, qué muerte abrumadora, en cuanto la invadía la noche, qué desesperación y fatiga la suya ante tanto desfile de cosas y de personas!

El guardia volvió al fin, y detrás de él apareció, en el dintel de la habitación contigua, un hombre de unos cuarenta años, todo de negro, con aires de servidor de casa grande y de bedel de catedral. Su cara correcta y afeitada, su nariz algo gruesa, entre dos ojos grandes, de mirada clara y penetrante.

—El señor Squadra —dijo Pierre por última vez.

El hombre se inclinó, indicando con ello que él era el señor Squadra. Luego hizo otra reverencia invitándole a seguirle. Y los dos, uno tras otro, pausadamente, se lanzaron por la sucesión interminable de salas.

Pierre, que estaba al corriente del ceremonial por haber hablado varias veces de este asunto con Narcisse, reconoció, al pasar, las distintas salas, se acordó de la finalidad que tenía cada una, las pobló con los personajes que tenían derecho a permanecer en ellas. Cada dignatario sólo puede llegar hasta

una sala determinada, de acuerdo con su rango; de modo que las personas que han de ser recibidas por el papa pasan de mano en mano, de las de la servidumbre a las de los guardias nobles, de las de éstos a las de los camareros de honor, luego a las de los camareros secretos, y de allí al Santo Padre. Pero las salas quedan vacías a las ocho de la noche y sólo quedan algunas luces encendidas sobre las consolas, y ya no es aquello más que una sucesión de salas desiertas, semioscuras, adormiladas en el abismo del aniquilamiento augusto en que cae todo el palacio.

La primera sala, la de la servidumbre, la de los *bussolanti*, simples ordenanzas, vestidos de terciopelo con el escudo papal bordado, tienen por misión el conducir a los visitantes hasta la antecámara de honor. Uno sólo quedaba allí a esa hora tan tardía, sentado en un taburete, en un rincón tan oscuro, que su túnica de púrpura parecía negra. Alzó la cabeza y dejó pasar, por entre las tinieblas en que se apagaba toda la pompa brillante del pleno día. Atravesó luego la sala de los gendarmes, en la que el ceremonial imponía que esperasen los secretarios de los cardenales y de los altos personajes la vuelta de sus señores; ahora estaba completamente vacía, no se veía ni uno solo de los hermosos uniformes azules con cinto blanco. Vacía también la sala de las finas sotanas, que se mezclaban allí durante las horas brillantes de las recepciones. También estaba vacía la sala siguiente, más pequeña, reservada a la guardia palatina, milicia que se reclutaba entre la pequeña burguesía de Roma y que vestía túnica negra, hombreras de oro y chacó coronado por airón rojo. Doblaron hacia la derecha, atravesando otra serie de salas, vacía también la primera en que entraron, la sala de los Tapices, sala de espera de gran magnificencia, con elevado cielo raso pintado y adornada con admirables gobelinos, firmados por Audran, que representan los milagros de Jesús y las Bodas de Canaán. Vacía también la sala de los guardias nobles, con sus taburetes de madera, su consola al lado derecho, sobre la que se alza un crucifijo entre dos lámparas, su gran puerta del fondo, que da a otra habitación pequeña, una especie de alcoba en la que hay un altar en la que el Santo Padre dice misa, aislado, mientras que los asistentes permanecen arrodillados en las losas de mármol de la sala contigua, en la que brillan los uniformes resplandecientes de los guardias nobles. Finalmente, también estaba vacía la antecámara de honor y la sala del trono, en la que el papa recibe en audiencia pública entre doscientas y trescientas personas a la vez. Cara a las ventanas, sobre un estrado bajo, se encuentra el trono, que es un sillón dorado recubierto de terciopelo rojo, bajo un dosel de la misma tela. Junto al trono está el almohadón, para el besapié. A derecha e izquierda dos

consolas, cara a cara, sobre la una un reloj, sobre la otra un crucifijo entre dos grandes candelabros con velas. El tapizado es de damasco rojo, con grandes palmas Luis XIV, y llega hasta el fastuoso friso que encuadra al techo con atributos y figuras alegóricas; sobre el piso magnífico de mármol, frente al trono, una simple alfombra de Esmirna. Pero en los días de audiencia privada, cuando el papa recibía en la sala del trono pequeño, y a veces en su propia habitación, la sala del trono quedaba convertida en antecámara de honor y en ella esperaban todos los prelados, los altos dignatarios de la Iglesia, mezclados con los embajadores y con los grandes personajes civiles de todas las categorías. Cuidaban allí del servicio los dos camareros de honor, uno vestido de sotana violeta, el otro de capa y espada, que recibían, de manos de los *bussolanti*, a las personas a las que se concedía el inapreciable honor de una audiencia, para conducirlos hasta la otra puerta, la de la antecámara secreta, en la que los entregaban a los camareros secretos. Era aquella la sala más lujosa, la de vida más intensa, por el brillo de los uniformes y de los trajes, y porque la emoción subía de punto a medida que se acercaban al tabernáculo habitado por el Elegido y el Único, a través de aquella sucesión interminable de salas, que hacían que el corazón latiese cada vez más deprisa, apretado hasta el ahogo por aquella sabia gradación, por aquel escalonamiento de una fastuosidad menor a otra mayor. Pero a esas horas de la noche no se encontraba un alma, no se advertía un ademán, no se oía una voz: nada más que el silencio que caía desde las tenebrosidades del techo sobre el trono de terciopelo rojo; sólo una lámpara humeante ardía en el ángulo de una de las consolas en toda la sala vacía y adormilada.

El señor Squadra, que todavía no se había vuelto hacia Pierre y que caminaba con paso lento y sin despegar los labios, se detuvo un instante en la puerta de la antecámara secreta, como para dar tiempo al visitante para reponerse un poco, antes de afrontar la entrada en el santuario. Únicamente los camareros secretos tenían el derecho de vivir allí y únicamente los cardenales podían esperar que el papa se dignase recibirlos. Pierre, en el momento de entrar, cuando el señor Squadra juzgó conveniente introducirlo, se dio perfecta cuenta, por un ligero escalofrío de hombre nervioso, que penetraba en un más allá temible, al otro lado de este bajo mundo humano y razonador. Durante el día, la puerta estaba guardada por un guardia noble que estaba de centinela; pero a esas horas la puerta estaba libre y la habitación contigua estaba tan vacía como las demás, y para poblarla era necesario evocar a los personajes muy nobles y muy poderosos que de ordinario la frecuentaban, con sus uniformes de gran ceremonia. La habitación se



estrechaba un poco, en forma de pasillo, con sus dos ventanas que daban al nuevo barrio de Prati di Castello, pero sólo tenía una ventana que daba a la plaza de San Pedro, al final, junto a la puerta, por la que se pasaba a la sala del trono pequeño. Allí, entre la puerta y la ventana, sentado a una mesa estrecha, solía estar de ordinario el secretario, ausente ahora. Y allí también, como en las otras salas, la consola dorada, con igual crucifijo, entre el mismo par de lámparas. Un gran reloj, en caja de ébano incrustada de cobre, daba pesadamente la hora. La única curiosidad, bajo aquel techo de rosetones de oro, era el tapizado de las paredes, en damasco rojo, salpicado de escudetes amarillos, con las dos llaves y la tiara, alternando con el león que asienta su garra sobre el globo.

El señor Squadra cayó entonces en la cuenta de que Pierre, contrariamente a las normas de la etiqueta, llevaba todavía en la mano su sombrero, que hubiera debido dejar en la sala de los *bussolanti*. Tan sólo los cardenales tienen derecho a conservar el birrete. Con ademán discreto le tomó el sombrero y lo colocó él mismo encima de la consola, queriendo indicarle que debía de quedar por lo menos allí. Y luego, siempre sin hablar palabra, con una simple reverencia, le hizo comprender que iba a anunciar a Su Santidad la llegada del visitante y que debía esperar un momento en aquella habitación.

Cuando estuvo solo respiró Pierre profundamente. Se ahogaba, su corazón latía hasta querer estallar. Sin embargo, su cerebro permanecía lúcido y había formado en la semioscuridad un juicio exacto acerca de las habitaciones magníficas del papa, colección de salones espléndidos, con muros adornados con tapices o recubierto de seda, con frisos dorados y pintados y techos con pinturas al fresco. Pero nada de muebles: simples consolas, taburetes y tronos, y todo eran regalos: las lámparas, los relojes, los crucifijos, hasta los tronos, que habían sido traídos desde las cuatro partes del mundo en las épocas de fervor de los grandes jubileos. Todo era fastuoso, rígido, frío e incómodo, sin nada de confort. Allí estaba retratada la antigua Italia, con sus continuas fiestas y su total ausencia de vida íntima y tibia. Había habido necesidad de cubrir con alfombras una parte de los pisos de mármol, porque los pies se quedaban helados. Últimamente se habían instalado caloríferos, aunque no se atrevían a encenderlos, por miedo a que se resfriase el papa. Pero lo que más impresión le produjo a Pierre, lo que le penetraba hasta el tuétano, ahora que estaba allí, de pie, esperando, era el silencio extraordinario, un silencio tal como jamás lo había sentido, más profundo, como si todo el aniquilamiento del Vaticano colosal, aletargado en torno suyo, hubiese ascendido hasta aquel

piso, se hubiese instalado en la sucesión de salas desiertas, suntuosas y muertas, en las que ardían las llamas inmóviles de las lámparas.

Dieron las nueve en el reloj de ébano, y Pierre se quedó asombrado. ¡Cómo! ¿Era posible que sólo hubiesen transcurrido diez minutos desde el instante en que había franqueado la puerta de bronce? Él hubiera jurado que venía caminando desde hacía días y días. Quiso entonces combatir la opresión nerviosa que le ahogaba, porque no se sentía aún seguro de sí mismo y temía que su tranquilidad y su razón naufragasen de pronto en una crisis de lágrimas. Se puso a caminar, pasó delante del reloj, echó un vistazo al crucifijo de la consola, miró el globo de la lámpara, en los que habían dejado su huella los dedazos de un criado. Era una luz tan amarilla y tan débil la que daba, que sintió ganas de abrir más la llave del gas; pero no se atrevió. Luego se encontró junto a la ventana que daba a la plaza de San Pedro, de pie y apoyando la frente contra el cristal. Y se quedó sobrecogido, porque la inmensa Roma se extendía ante él, por la abertura que dejaban las persianas mal cerradas, tal como la había visto desde los balcones de Rafael, tal como la había reconstruido el día en que, hallándose en el pequeño restaurante, se había imaginado estar viendo a León XIII mirando desde la ventana de su habitación. Pero aquélla era la Roma nocturna, la Roma agrandada aún más por el fondo de tinieblas, ilimitada como el firmamento estrellado. En medio de aquel mar ilimitado, de olas negras, sólo podían señalarse las grandes vías, transformadas en vías lácteas por los vivos resplandores del alumbrado eléctrico: el corso Vittorio Emanuele, luego la via Nazionale, después el Corso, que las cortaba en ángulo recto, cortado a su vez por la via del Tritone, que se prolongaba en la vía de San Nicola da Tolentino, que, a su vez, se unía a la Estación por el lejano resplandor de la piazza delle Terme. Al otro lado del corso Vittorio Emanuele y de la via Nazionale, hacia la Roma antigua, algunas plazas, algunos trozos de avenidas llameaban todavía; pero la oscuridad lo iba sumergiendo todo. Y fuera de eso, todo lo demás que se veía no era sino un hormiguero de lucecitas amarillas, migajas de un firmamento medio apagado esparcidas por la tierra. Algunas raras constelaciones, algunas estrellas brillantes que dibujaban nobles y misteriosas figuras, pugnaban vanamente por destacarse. Pero resultaban ahogadas, borradas en aquel caos confuso hecho de polvo de un astro viejo que hubiese ido a estrellarse allí, en el naufragio de su gloria, reducida ya a una especie de arena fosforescente. ¡Qué piélago de oscuridad, espolvoreado de luz, qué masa enorme de negrura y de misterio, en que parecían haber naufragado los veintisiete siglos de la Ciudad Eterna, sus ruinas, sus monumentos, su pueblo, su historia, hasta el

punto de que no podía decirse dónde empezaba y dónde acababa, porque tal vez llegaba hasta el borde ilimitado de la oscuridad, que abarcaba la noche entera, y tal vez se habría quedado tan reducida, tan empequeñecida, que cuando volviese el astro del día no alumbraría ya sino un montoncito de cenizas!

La angustia nerviosa de Pierre iba creciendo, a pesar de los esfuerzos que hacía por calmarla, de minuto en minuto, frente a aquel océano de tinieblas, que irradiaba una paz soberana. Se apartó de la ventana, se estremeció con todo su ser al escuchar un ligero ruido de pasos, porque creía que venían en su busca. El ruido procedía de la sala contigua, la del trono pequeño. Pierre se dio cuenta entonces de que se hallaba entreabierta la puerta. Como ya no oía nada, se aventuró y alargó el cuello para ver, poseído de febril impaciencia. Era otra sala más, tapizada de damasco rojo, bastante espaciosa, con un sillón dorado, recubierto de terciopelo rojo, bajo un dosel del mismo terciopelo; también allí había la inevitable consola, el gran crucifijo de marfil, el reloj, las dos lámparas, los candelabros, dos grandes jarrones sobre pedestales, y otros dos de tamaño regular, salidos de la fábrica de Sèvres y decorados con un retrato del Santo Padre. Sin embargo, se advertía allí un poco más de cuidado por el bienestar; una alfombra de Esmirna cubría todo el piso y había algunos sillones alineados contra la pared; una falsa chimenea, recubierta de tela, hacía juego con la consola.

El papa, cuya cámara tenía acceso a la sala, recibía en ella a las personas a quienes quería honrar de manera especial. Los escalofríos de Pierre eran cada vez mayores, pensando en que ya no tenía que atravesar más que una habitación, en que León XIII se encontraba tan cerca de él, detrás de una simple puerta de madera. ¿A qué obedecía la espera? ¿Estaban preparándose para recibirlo en aquella misma habitación, con objeto de que no penetrase en una intimidad demasiado reservada? Había oído hablar de visitas misteriosas, a una hora como aquella, de personajes desconocidos, a los que se hacía pasar de igual modo que a él, en absoluto silencio, de grandes personajes cuyos nombres se susurraba en voz baja. En su caso, juzgarían que era demasiado comprometerse, desearían hablar con toda holgura, a espaldas del séquito, sin que pareciese que se comprometían a nada. Pero, de pronto, comprendió cuál era la causa del ruido que había escuchado, porque vio, encima de la consola, un cajoncito de madera, una especie de bandeja profunda y con asas, en la que estaba el servicio para la cena: los platos, el cubierto, la botella y el vino. Comprendió lo sucedido: el señor Squadra, que había entrado para que todo estuviese arreglado, había visto el servicio en la cámara del papa y lo había

sacado allí. Conocía Pierre la gran frugalidad del papa, que solía hacer sus comidas sobre un guerdón, y comprendió que en esa bandeja iba todo: un plato de carne, otro de verdura, dos dedos de vino de Burdeos, por orden del médico y, sobre todo el caldo, porque el papa gustaba de ofrecer a los viejos cardenales, favoritos suyos, una taza de caldo, lo mismo que suele ofrecerse el té, como una verdadera golosina reparadora de solterones. El gasto diario de León XIII estaba calculado en ocho francos diarios. ¡Orgías de Alejandro VI, festines y grandes fiestas de Julio II y de León X!

Oyó Pierre otro pequeño ruido, esta vez procedente de la cámara, y no acertó a explicárselo; entonces, aterrado por su indiscreción, se apresuró a retirar su cabeza, imaginándose que toda la sala roja del trono pequeño, que dormía en una paz de muerte, se iluminaba con un brusco incendio. Entonces tomó la resolución de pasear, ahogando el ruido de sus pasos, demasiado nerviosos, para permanecer inmóvil. Ahora recordaba que ya Narcisse le había hablado del señor Squadra: todo un personaje, el hombre más importante, el más influyente, el ayuda de cámara preferido por Su Santidad, el único que conseguía que el papa se pusiese, en los días de recepción, una sotana blanca nueva cuando la que llevaba puesta se encontraba demasiado sucia de tabaco. Su Santidad se obstinaba también en dormir a puerta cerrada y solo, en su cámara, sin admitir que nadie pasase la noche cerca de él, fuese un rasgo de independencia o fuese, como se aseguraba, por una inquietud de avaro, que quiere dormir a solas con su tesoro; esto causaba constantes inquietudes, porque no era razonable que un anciano de su edad se encerrase de aquel modo; el señor Squadra era el único que se acostaba en una habitación contigua, y estaba siempre al acecho, dispuesto a acudir a la más ligera llamada. También era él quien osaba intervenir respetuosamente cuando Su Santidad velaba demasiado o trabajaba con exceso. Aunque en esta importante cuestión no era fácil hacer que entrase en razón, se levantaba durante las horas de insomnio, mandaba despertar a su secretario para dictarle notas o para poner en el papel algún proyecto de encíclica. Cuando le apasionaba la redacción de una encíclica, era capaz de pasarse los días y las noches trabajando en ella, del mismo modo que en otros tiempos cuando estaba orgulloso de sus dotes de versificador latino le sorprendía el alba puliendo alguna estrofa. Dormía poco, dedicado siempre al trabajo, era de una actividad cerebral extraordinaria y siempre estaba obsesionado con la realización de algún designio antiguo. Sólo la memoria le había flaqueado en los últimos tiempos. Tal vez el señor Squadra habría encontrado en ese instante a Su Santidad algo indispuerto, debido al exceso de trabajo, ya que el

día anterior se aseguraba que estaba enfermo, y porque no se preocupaba nunca de cuidarse.

Mientras iba Pierre caminando calladamente por la sala, se sentía poseído cada vez más por aquella figura alta y soberana. De los detalles ínfimos de la vida cotidiana pasaba Pierre a la vida intelectual, al papel de gran papa que León XIII se había propuesto sin duda representar. Pierre había visto en San Pablo Extramuros, el friso interminable en que están representados los 262 papas, y se preguntaba a cuál de ellos se había querido parecer León XIII en toda aquella larga serie de mediocres, de santos, de criminales y de genios. ¿Sería tal vez a uno de aquellos primeros papas, tan humildes, a alguno de los que se sucedieron durante los tres primeros siglos, cuando vivían ocultos como simples jefes de asociaciones funerarias, pastores fraternales de la comunidad cristiana? ¿Sería al papa Dámaso, el primer gran bautizador, el cerebro letrado que se complacía en las cosas del espíritu, el creyente de fe viva que abrió las catacumbas a la piedad de los fieles? ¿Sería a León III, cuya mano atrevida, al consagrar a Carlomagno acabó la ruptura con el Oriente, separado ya por el gran cisma, y trajo el imperio a Occidente por la única y omnipotente voluntad de Dios y de su Iglesia, que dispuso de allí en adelante de las coronas? ¿Sería al terrible Gregorio VII, el purificador del templo, el soberano de reyes, o a Inocencio III, o a Bonifacio VIII, señores de almas, de pueblos y de tronos, manejando el arma de la excomunicación feroz, reinando sobre las gentes aterradas del medievo, llevando su dominio hasta un punto muy próximo a su ideal? ¿Sería a Urbano II, a Gregorio IX o a cualquier otro de los papas en cuyo corazón ardió la roja pasión de las cruzadas, el ansia de aventuras santas que arrastró a las muchedumbres, lanzándolas a la conquista de lo desconocido y de lo divino? ¿Sería a Alejandro III, que defendió al Papado contra el imperio, que luchó hasta el fin para no ceder un ápice de la autoridad suprema que había recibido de Dios, y que acabó por triunfar, colocando su pie sobre la cabeza de Federico Barbarroja? ¿Sería, mucho tiempo después de las tristezas de Aviñón, a Julio II, que vistió la coraza y que fortaleció el poderío político de la Santa Sede? ¿Sería a León X, el fastuoso, el glorioso emperador del Renacimiento, de todo aquel gran siglo de arte, hombre por otro lado de tan corto criterio y de tan poca previsión que no se le ocurrió sino tratar a Lutero como a un simple monje revoltoso? ¿Sería a Pío V, representante de la reacción negra y vengativa, la llama de las hogueras para castigar al mundo, vuelto al paganismo, o sería a algún otro de los papas que reinaron después del Concilio de Trento, hombres de una fe absoluta, de la fe restablecida en toda

su integridad, de la Iglesia salvada a fuerza de orgullo, de intransigencia y de obstinación en el respeto total a los dogmas? ¿Sería, tal vez, en el declinar del Papado, cuando no fue más que una directora de ceremonias que regulaba la gran fiesta de las grandes monarquías de Europa, a Benedicto XIV, el hombre de vasta inteligencia, el teólogo profundo que, viéndose atado de manos e imposibilitado de disponer de los reinos de este mundo consagró su magnífica vida a reglamentar las cosas del cielo? Así es cómo se iba desarrollando la historia del Papado, la más prodigiosa de las historias, con toda clase de altibajos, desde las situaciones más bajas y más humildes a las más elevadas, a las más brillantes, con una voluntad obstinada de vivir a la que debía su misma vida, a través de incendios, degollinas y derrumbamiento de pueblos, siempre militante y siempre de pie en la persona de los papas, la más extraordinaria dinastía de soberanos absolutos, conquistadores y dominadores, dueños todos de este mundo, hasta los más encanijados y humildes, envueltos todos en el nimbo imperecedero de la gloria celestial. Así la evocaba Pierre en aquel Vaticano secular, en el que de fijo se despertaban sus sombras para ir a rondar por las interminables galerías, por las salas inmensas, en el abismo de un silencio anonadado de tumba, cuyo temblor parecía venir del suave roce de sus pasos en las losas de mármol.

Pero de pronto cayó Pierre en la cuenta de cuál era el papa a quien León XIII quería parecerse... A Gregorio el Grande, allá en los comienzos del poderío católico, al papa conquistador y organizador. Procedía de familia romana, latía en su corazón un poco de la vieja sangre imperial. Administró a Roma, libertada de los bárbaros, hizo cultivar los dominios eclesiásticos, distribuyó los bienes de este mundo, un tercio para los pobres, un tercio para el clero, un tercio para la Iglesia. Y fue el primero que dio vida a la Propagación de la Fe, envió sus sacerdotes a civilizar y a pacificar las naciones, y llegó en sus conquistas hasta someter la Gran Bretaña a la divina ley de Cristo. Y también quería parecerse, dando un enorme salto de siglos, a Sixto V, el papa financiero y político, al hijo del jardinero, que en cuanto ciñó la tiara se reveló como uno de los cerebros más amplios y ágiles de una época que fue fértil en grandes diplomáticos. Atesoró riquezas, se mostró de una avaricia ruda, quiso gobernar como monarca que guarda siempre en sus cofres el oro necesario para la guerra o para la paz. Sus negociaciones con los reyes duraban años, y él no desesperaba jamás del triunfo. Tampoco fue nunca contra las tendencias de su tiempo, sino que lo aceptaba tal cual era, procurando modificarlo poco a poco de acuerdo con los intereses de la Santa Sede, y conciliador para todo y con todos, soñaba ya con un equilibrio

europeo, calculando que sería él su centro y su señor. Aparte de esto, un papa que era un santo, místico fervoroso, pero siempre papa, carácter de señor absoluto y de soberano que se combinaba en él con el político dispuesto siempre a la acción para asegurar el reinado de Dios sobre este mundo.

Por lo demás, en el ánimo de Pierre desaparecía toda prudencia y toda duda ante la oleada de entusiasmo que se iba apoderando de él, a pesar de su resolución de mantenerse tranquilo. Y se preguntaba de qué servía interrogar así al pasado. La verdad es que León XIII era únicamente el papa de su libro, el gran papa que le había sido revelado a él, y que él había retratado con los rasgos que le dictaba su corazón, tal cual lo esperaban las almas. Desde luego, la semejanza del retrato no era absoluta, pero sin duda alguna que era cierto en sus grandes líneas, desde el momento en que la humanidad no desesperaba de su salvación. Y surgieron en su memoria, llameantes, numerosas páginas de su libro, y volvió a ver a su León XIII, el político prudente, el conciliador, trabajando por conseguir la unidad de la Iglesia para hacerla fuerte e invencible pensando en el momento de la lucha inevitable. Y volvió a verlo, desembarazado de las preocupaciones del poder temporal, engrandecido, purificado, resplandeciendo con el esplendor moral, como única autoridad que quedaba en pie, por encima de las naciones, porque había comprendido el gran peligro que significaba el abandonar a los enemigos del cristianismo la solución socialista, y porque estaba resuelto desde ese instante a intervenir en la gran lucha contemporánea, como Jesús en otro tiempo, cuando tomó la defensa de los pobres y de los humildes. Lo vio colocarse del lado de la democracia, aceptar la república francesa, dejar que siguiesen en el destierro los reyes que habían sido arrojados de su trono, y realizar la profecía que prometía de nuevo a Roma el imperio de este mundo, cuando el Papado, después de hacer que reinase una sola fe, se pusiese a la cabeza del pueblo. Los tiempos llegaban, el César había sido derribado, sólo el papa seguía enhiesto, y el pueblo, el eterno mudo, que durante tanto tiempo se habían disputado las dos potestades, se entregaría al Padre, ahora que lo veía justo y caritativo, ardiente el corazón y extendida la mano para acoger a los trabajadores sin pan y a los mendigos que recorren los caminos. ¡No había otra salida posible a la catástrofe espantosa que amenazaba a las sociedades podridas, ni a la espantosa miseria que destrozaba a las ciudades! León XIII, el predestinado, el redentor necesario, el pastor enviado para salvar de un desastre inminente a sus ovejas, restableciendo la comunidad cristiana, la olvidada edad de oro del cristianismo primitivo. ¡La justicia reinaría al fin, la verdad resplandecería como el sol, todos los hombres se reconciliarían, y sólo

formarían ya un pueblo que viviría en paz y que no obedecería sino a la ley igualitaria del trabajo, bajo el alto patronato del papa, único lazo de caridad y de amor!

Pierre se sintió entonces como arrebatado por una llama, que lo arrastraba, que lo empujaba. ¡Al fin iba a verlo, iba a vaciar su corazón, le abriría su alma! ¡Hacía tantos días que ansiaba apasionadamente que llegase aquel minuto y que luchaba con todo su ánimo para conseguirlo! Se acordaba de los obstáculos, sin cesar renovados, con los que se había querido trabarle desde que llegó a Roma, y aquella prolongada lucha, aquel éxito final e inesperado redoblaban su fiebre y exasperaban su deseo de victoria. ¡Sí, sí! Vencería, confundiría a los enemigos de su libro. Ya se lo había dicho a monseñor Fornaro: era posible que el Santo Padre lo desautorizase. ¿No se había limitado sencillamente a exponer sus secretas ideas, aunque lo hubiese hecho prematuramente, falta muy perdonable? Recordaba también las manifestaciones que había hecho a monseñor Nani el día en que le juró que no suprimiría por nada su libro, que no se arrepentía de nada, que no desautorizaba nada. Y en ese mismo instante se escudriñaba a sí mismo y le parecía encontrarse con todo su ánimo, con toda su voluntad de defenderse, de hacer triunfar su fe, a pesar de la excitación nerviosa en que lo tenía sumido la espera, después de haber atravesado en una carrera interminable aquel Vaticano enorme, que se le presentaba tan mudo y oscuro. Sin embargo, su turbación se iba haciendo cada vez mayor, y se preocupaba de poner en orden sus ideas, preguntándose cómo entraría, lo que hablaría y en qué términos. Aunque él no quisiese reconocerlo, se habían ido amontonando en su interior pensamientos confusos y pesados. En el fondo, Pierre estaba ya quebrantado, fatigado, sin más empuje que el aleteo de sus ideales, su exclamación de piedad frente a la odiosa miseria. ¡Sí, sí! Entraría precipitadamente, caería de hinojos, se expresaría como pudiese, dejaría que su corazón se desbordase. Y seguramente que el Santo Padre se sonreiría y le despediría diciéndole que él no firmaría la condenación de su libro, porque se acababa de ver retratado en él de cuerpo entero, con sus más queridos pensamientos.

Pierre desfalleció de tal manera, que no tuvo más remedio que dirigirse otra vez hasta la ventana, para apoyar su frente febril contra el vidrio helado. Sentía un bordoneo en sus oídos, sus piernas flaqueaban y la sangre le golpeaba el cerebro con fuertes latidos. Hacía esfuerzos para no pensar en nada, clavaba sus ojos en Roma, envuelta en sombras, pidiéndole un poco de aquel sueño en que ella se aniquilaba. Quiso distraer su obsesión, se esforzó



por identificar las calles, los monumentos, por la manera como se agrupaban las luces. Pero era un mar sin orillas, sus ideas se embrollaban, se desvanecían, perdiéndose en el abismo de aquel golfo tenebroso sembrado de claridades engañosas. ¡Que viniese la noche, la noche total y reparadora, la noche en la que no se despierta ya, curado de miserias y dolores, para calmarse, para no pensar ya en nada! De pronto tuvo la sensación de que había alguien de pie a sus espaldas, inmóvil, y se volvió con un ligero sobresalto.

En efecto, el señor Squadra, con su librea negra, esperaba. Se limitó a hacer una de sus reverencias para invitar al visitante a seguirle. Luego echó a andar delante, atravesó la sala del trono pequeño y abrió lentamente la puerta de la cámara. Se hizo a un lado, le dejó pasar, y volvió a cerrar la puerta sin hacer ruido alguno.

Pierre se encontró en la cámara de Su Santidad. Había temido que se apoderase de él una de esas emociones fulminantes, que enloquecen o que paralizan, había oído contar de mujeres que llegaban moribundas, desfallecidas, como borrachas, y de otras que se precipitaban, en un arrebató, como bailarinas, impulsadas por el aleteo de unas alas invisibles. Pero, de pronto, la angustia de su espera, su fiebre intensa de hacía un momento degeneraba en una especie de sobrecogimiento, en una reacción que le hacía estar muy tranquilo, que despejaba sus ojos, que le hacía ver todo con claridad. Comprendió en el momento de entrar la importancia decisiva que tenía esta entrevista, él, siempre sacerdote ante el supremo pontífice, jefe de la Iglesia, señor soberano de las almas. De ella dependía toda su vida religiosa y moral, y era posiblemente este pensamiento súbito el que lo heló de pronto, en el dintel del santuario temible, al que acababa de llegar con paso tembloroso, creyendo que sólo podría penetrar en él con el corazón desolado, los sentidos aniquilados, y sin saber balbucear otra cosa que sus oraciones de niño.

Más adelante, cuando quiso clasificar sus recuerdos, recordó que primero había visto a León XIII, pero como un objeto del cuadro en que se encontraba, en aquella gran habitación tapizada de damasco amarillo, con una alcoba inmensa y tan profunda que desaparecía en ella la cama y el pequeño mobiliario, una silla larga, un armario, los baúles, los baúles famosos en los que encerraba con triple llave, según se decía, el tesoro del dinero de San Pedro. Un mueble Luis XIV, una especie de escritorio con cobres cincelados, estaba frente a una gran consola Luis XV, dorada y pintada, sobre la que ardía una lámpara junto a un alto crucifijo. La habitación estaba desnuda, no había más que tres sillones y cuatro o cinco sillas recubiertas de seda clara para

llenar aquel amplio espacio recubierto por una alfombra bastante gastada. Y allí estaba León XIII, sobre uno de aquellos sillones, sentado junto a una mesita portátil, en la que habían colocado una segunda lámpara adornada con una pantalla. Sobre ella había tres periódicos, dos franceses y uno italiano, éste medio abierto, como si el papa lo hubiese dejado en ese instante de la mano para ponerse a revolver, sirviéndose de una larga cucharilla de oro viejo, un vaso de jarabe que tenía al lado.

Después de ver la habitación se fijó Pierre en el traje, en la sotana de paño blanco con botones blancos, en el solideo blanco, la pelerina blanca, en la faja blanca con flecos de oro, en las extremidades bordadas de las llaves de oro. Pero lo que le causó sorpresa fue el rostro, y el cuerpo del papa, porque lo encontraba empequeñecido, hasta el punto de que casi no lo reconocía. Era la cuarta vez que se encontraba con él. Lo había visto una hermosa tarde, en las delicias de los jardines, sonriente y familiar, escuchando los chismorreos de su prelado favorito, mientras caminaba con su pasito de anciano, parecido a los saltitos de un pájaro herido. Le había visto en la sala de las Beatificaciones, en su papel de papa bienamado y enternecido, con las mejillas sonrosadas por la satisfacción, mientras las mujeres le ofrecían bolsas, solideos blancos rebosantes de oro, y se arrancaban las joyas para tirarlas a sus pies, y hasta hubieran querido arrancarse el corazón para tirárselo también. Lo había visto en San Pedro, alzado sobre el pavés, pontificando, con toda su gloria de Dios visible, adorado por la cristiandad, como ídolo encerrado en su funda de oro y de piedras preciosas, el rostro rígido, con una inmovilidad hierática y majestuosa. Y volvía a verlo ahora en aquel sillón, en la mayor intimidad, con aspecto empequeñecido, tan frágil, que le hacía experimentar una especie de inquietud mezclada con ternura. El cuello, sobre todo, era extraordinario, un hilo inverosímil, el cuello de un pajarillo muy viejo y muy blanco. Tenía una palidez de alabastro y el rostro era de una transparencia admirable: a través de aquella nariz dominante se veía el resplandor de la lámpara, como si se hubiese quedado completamente exangüe. La boca enorme, de labios de nieve, cortaba con una línea fina la parte inferior del rostro, y únicamente los ojos seguían siendo hermosos y jóvenes, de un brillo y de una fuerza que penetraba en las almas, obligándolas a confesar la verdad en voz alta. Los pocos cabellos que conservaba salían por debajo del solideo en ligeros bucles blancos, coronando de blanco la delgada figura blanca, cuya fealdad se purificaba con toda esa blancura, con esa blancura todo espíritu, en la que la carne parecía fundirse con una cándida floración de lirio.

Pero al primer golpe de vista pudo convencerse Pierre de que si el señor Squadra le había hecho esperar no había sido para dar tiempo a que Su Santidad se mudase de sotana, porque la que tenía puesta ostentaba grandes manchas de tabaco, suciedades negruzcas que se habían deslizado a lo largo de los botones, y el Santo Padre, como cualquier burgués, tenía el pañuelo sobre las rodillas, para limpiarse. Por lo demás, parecía encontrarse en buen estado de salud, repuesto de su indisposición de la víspera, como se reponía siempre, con gran facilidad, como anciano sobrio y prudente que no tenía ninguna enfermedad orgánica y que se iba, simplemente, consumiendo cada día un poco más, por agotamiento natural, como una tea que, a fuerza de dar su llama, acaba por extinguirse.

En cuanto atravesó el umbral sintió Pierre que se clavaban en él los dos ojos centelleantes, los dos ojos que eran dos diamantes negros. El silencio era enorme, las lámparas ardían con una llama pálida e inmóvil, en medio de aquella calma inmensa del Vaticano dormido, y sólo se percibía a lo lejos la Roma antigua, envuelta en un montón de tinieblas, como lago de tinta en el que se reflejaban las estrellas. Tuvo que acercarse, hizo las tres genuflexiones, y se inclinó para besar el chapín de terciopelo rojo, colocado sobre el almohadón. Ni una palabra, ni un gesto, ni un movimiento. Cuando se alzó, volvió a tropezar con los dos diamantes negros, con los dos ojos de llama y de inteligencia que no cesaban de mirarle.

Finalmente León XIII, que no había querido dispensarle de la humillación de besar su pie, y que ahora lo dejaba estar de pie, fue el primero en hablar, sin dejar de examinarlo, buceando en su alma hasta lo más profundo de su ser.

—Hijo mío, usted ha deseado con gran interés ser recibido por mí, y yo he accedido a darle esa satisfacción.

Hablaba en francés, un francés algo inseguro, que pronunciaba al estilo italiano, tan lentamente, que se hubieran podido escribir sus frases, como en un dictado. La voz era fuerte, nasal, una de esas voces gruesas y resonantes que causan sorpresa cuando salen de ciertos cuerpos débiles, que parecen exangües y sin aliento.

Pierre se limitó a hacer otra inclinación, en señal de profundo reconocimiento, porque no ignoraba que el respeto exigía que no se hablase antes de que el papa preguntase directamente.

—Vive usted en París, ¿no es así?

—Sí, Santo Padre.

—¿Y está usted adscrito a alguna de las grandes parroquias de aquella ciudad?

—No, Santo Padre, sirvo en una pequeña Iglesia de Neuilly.

—Sí, ya caigo, eso está hacia el Bois de Boulogne, ¿verdad? ¿Y qué años tenéis, hijo mío?

—Treinta y cuatro años, Santo Padre.

Hubo un breve silencio. León XIII bajó al fin los ojos. Volvió a coger con su frágil mano de marfil el vaso de jarabe, lo revolvió con la larga cucharilla, y bebió un sorbo. Todo esto suavemente, con expresión prudente y razonada, como todo lo que aquel hombre hacía y pensaba.

—He leído su libro, hijo mío; una gran parte de él. Generalmente me suelen dar a leer algunos fragmentos. Pero una persona que se interesa por usted me ha entregado directamente el libro, rogándome que lo leyese. Y por eso lo conozco.

Hizo un leve ademán, en el que Pierre creyó ver una protesta contra el aislamiento en que lo tenían las personas que lo rodeaban, ese odioso séquito que montaba la guardia para que no entrase desde fuera nada que pudiese causar inquietud, según había dicho el mismo monseñor Nani.

—Doy gracias a Su Santidad por el gran honor que con ello se ha dignado hacerme —se atrevió a decir el sacerdote—. No podía yo aspirar a una dicha mayor ni más ardientemente ansiada.

¡Qué feliz se sentía! Se imaginó que su causa estaba ganada, porque veía al papa muy tranquilo, sin cólera, hablándole de su libro de esa manera, como hombre que ya lo conocía a fondo.

—Usted, hijo mío, mantiene relaciones, según tengo entendido, con el señor vizconde Philibert de la Choue. Me ha sorprendido al principio la coincidencia de ciertas ideas de su libro con las de este abnegado servidor nuestro, que nos tiene dadas por otra parte pruebas inapreciables de su buen criterio.

—En efecto, Santo Padre, el señor de la Choue me honra con un poco de cariño. Hemos mantenido largas conversaciones y no es de extrañar que yo haya reproducido algunas de sus más caras ideas.

—Desde luego, desde luego. Por ejemplo, el vizconde se preocupa mucho, tal vez demasiado, de esa cuestión de las corporaciones. En su último viaje me habló del asunto con sorprendente insistencia. Y de igual modo, en estos últimos tiempos, otro compatriota de ustedes, el hombre más bueno y más eminente, el señor barón de Fouras, que nos ha traído esa magnífica peregrinación del dinero de San Pedro, no ha parado hasta que le he recibido para hablarme también del mismo asunto durante cerca de una hora. Y hay

que reconocer que no se entienden, porque uno de ellos me suplica que haga lo que el otro me ruega que no haga.

La conversación se bifurcaba desde el principio. Pierre se dio cuenta de que se iba desviando de su libro, pero recordó la promesa formal que había hecho al vizconde, si era recibido por el papa y se presentaba una oportunidad, de que se esforzaría por obtener de él una palabra decisiva, a propósito de la famosa cuestión de saber si las corporaciones habían de ser libres u obligatorias, abiertas o cerradas. Desde que se encontraba en Roma venía recibiendo cartas y cartas del infeliz vizconde, que estaba clavado en París por la gota, mientras que su rival, el barón, aprovechaba la ocasión admirable de la peregrinación, de la que era jefe, para intentar arrancar al papa la simple frase de aprobación, que luego esgrimiría en París triunfalmente. El sacerdote se creyó en el caso de cumplir a conciencia su promesa.

—Su Santidad sabe más que todos nosotros en dónde se encuentra el acierto. Cree el señor barón de Fouras que la salvación, la solución de la cuestión obrera, se encuentra simplemente en el restablecimiento de las antiguas corporaciones libres, mientras que el señor de la Choue pretende que sean obligatorias, protegidas por el Estado, sometidas a reglas nuevas. Desde luego, este último concepto parece concordar más con las ideas sociales de nuestros tiempos... Si Su Santidad se dignase pronunciarse en este sentido, el joven partido católico francés sabría sacar admirables ventajas, y daría lugar a un verdadero movimiento obrero para mayor gloria de la Iglesia.

León XIII contestó con su expresión serena:

—Pero no puedo hacerlo. Se me piden constantemente desde Francia cosas que yo no puedo hacer, que yo no quiero hacer. Lo que sí le autorizo a usted es que le diga de mi parte al señor de la Choue, que si bien es cierto que no puedo complacerle, tampoco he dado gusto al señor de Fouras. Todo lo que él ha obtenido de mí ha sido la expresión de mi gran simpatía hacia esos buenos obreros franceses, que tanto pueden hacer para el restablecimiento de la fe. Quisiera que comprendieseis en Francia que hay ciertas cuestiones de detalle, o sea, de simple organización, a las que me es imposible descender, so pena de darles una importancia que no tienen realmente, con lo que disgustaría violentamente a unos, aunque complaciese con exceso a otros.

Y dejó ver una pálida sonrisa, en la que se dibujaba toda su política conciliadora y cauta, a la par que su firme resolución de no dejar comprometer su infalibilidad en aventuras inútiles. Bebió un nuevo sorbo de jarabe y se enjugó con el pañuelo, con aires de soberano que ha dado por

terminada su jornada protocolaria y vive luego a sus anchas, eligiendo aquella hora de soledad y de silencio para conversar sosegadamente todo el tiempo que bien le pareciese.

Pierre procuró retomar la cuestión de su libro.

—El señor vizconde Philibert de la Choue se ha mostrado muy afectuoso conmigo y aguarda con verdadera emoción lo que se decida acerca de mi libro, como si se tratase de una obra suya. Por eso me habría agradado poder llevarle una frase favorable de Su Santidad.

Pero el papa seguía enjugándose la boca, sin contestar.

—Yo trabé relación con él en casa de Su Eminencia el cardenal Bergerot, otro gran corazón, que debería bastar con su ardiente caridad para que surgiese de nuevo una Francia creyente.

Esta vez, el efecto fue inmediato.

—Sí, el señor cardenal Bergerot. He leído su carta, que sirve de prefacio a su libro. Ha estado muy mal inspirado cuando se la escribió, y usted, hijo mío, cometió un gran pecado el día que la publicó... Todavía no me convenzo de que el señor cardenal Bergerot hubiese leído determinadas páginas de su libro cuando le envió su aprobación plena y total. Prefiero acusarlo de ignorancia y de atolondramiento. ¿Cómo puede aprobar él vuestros ataques contra el dogma, vuestras teorías revolucionarias, que tienden a la destrucción total de nuestra santa religión? Si las había leído, no tiene más excusa que una aberración súbita, inexplicable, imperdonable... Pero reina un espíritu tan malo en cierta parte del clero de Francia... Son las ideas galicanas que rebrotan sin cesar como malas hierbas, todo un liberalismo revoltoso que se alza contra nuestra autoridad, en un continuo apetito de libre examen y de aventuras sentimentales.

Se iba animando, y ciertas palabras italianas se mezclaban con su francés titubeante, y su gruesa voz nasal salía de aquel cuerpo frágil, que parecía de cera y de nieve, con sonoridades de cobre.

—Que el señor cardenal Bergerot esté advertido; el día que sólo veamos en él a un hijo rebelde, lo quebrantaremos. Debe dar ejemplo de obediencia, le comunicaremos nuestro descontento y esperamos que se someta. Sin duda que la humildad y la caridad son virtudes grandes, y las hemos honrado en él con verdadera satisfacción. Pero no se debe consentir que sirvan de refugio a un corazón rebelde, porque no son nada en sí mismas si no van acompañadas de la obediencia, de la obediencia, de la obediencia, que es el adorno más bello de los grandes santos.

Pierre le escuchaba, sobrecogido, trastornado. Prescindía de sí mismo y sólo pensaba en el hombre todo bondad y tolerancia sobre el que había atraído aquella cólera omnipotente. De modo que don Vigilio estaba en lo cierto, y las denuncias de los obispos de Poitiers y de Evreux iban a herir, por encima de su cabeza, al enemigo de su intransigencia ultramontana, al bondadoso y buen cardenal Bergerot, alma abierta a todas las miserias, a todos los padecimientos de los pobres y de los humildes. Ese pensamiento lo llenaba de desesperación, y si bien aceptaba la denuncia del obispo de Tarbes, instrumento de los Padres de la Gruta, que sólo iba contra él, como contestación a su página relativa a Lourdes, aquella guerra disimulada de los otros dos obispos le exasperaba, despertaba en él una indignación dolorosa. Aquel anciano enclenque, de cuello de pájaro viejísimo, que bebía tranquilamente su vaso de jarabe, se había transformado en un señor tan airado, tan formidable, que le hacía temblar. ¿Cómo era posible que se hubiese dejado engañar, cuando entró, por las apariencias, llegando a creer que tenía que vérselas con un pobre hombre agotado por los años, deseoso de paz y resuelto a acceder a todo? En la habitación adormecida se hizo el silencio por un instante, y otra vez se imponía la lucha, y despertaban sus dudas y sus angustias. Aquel papa respondía al retrato que de él le habían trazado en Roma, y al que él no había querido dar fe; era más intelectual que sentimental, tenía un orgullo desmesurado, porque desde su juventud había abrigado aquella ambición suprema, hasta el punto de asegurar a su familia que triunfaría, a fin de conseguir de ella los sacrificios necesarios, demostrando en todo y por todo una voluntad única, desde que ascendió al trono pontificio: reinar, reinar a pesar de todo, reinar como señor absoluto y omnipotente. La realidad se alzaba ante él con una fuerza irresistible y, sin embargo, él se resistía, obstinado en volver a convertir en realidad su sueño.

—Santo Padre, sería para mí un dolor verdaderamente grande el que Su Eminencia tuviese la menor contrariedad a consecuencia de mi libro. Yo, culpable, puedo responder de mi falta, pero Su Eminencia se ha dejado llevar únicamente por su corazón, y sólo ha podido pecar impulsado por el exceso de amor que le inspiran los desheredados de este mundo.

León XIII no contestó. Había alzado hacia Pierre sus ojos admirables, sus ojos, animados de una vida ardiente en su rostro rígido de ídolo de alabastro. Otra vez le miraba fijamente.

Y en medio de la fiebre que volvía a apoderarse de Pierre, veía éste que el papa iba creciendo en resplandor y en poderío. Se imaginaba ahora que, detrás de León XIII, se alargaba hasta hundirse en la lejanía de las edades

pretéritas, la larga serie de papas que había evocado hacía un rato, los santos y los soberbios, los guerreros y los ascetas, los diplomáticos y los teólogos, los que habían ceñido coraza, los que habían vencido con la cruz y los que habían dispuesto de los imperios como de simples provincias que Dios había encomendado a su custodia. Y, en particular, veía a Gregorio el Grande, el conquistador y fundador; veía a Sixto V, el negociador y el político, que había sido el primero en vislumbrar la victoria del Papado sobre las monarquías vencidas. ¡Qué muchedumbre de príncipes magníficos, de reyes soberanos, de cerebros y de brazos todopoderosos, respaldaban a aquel anciano, pálido e inmóvil! ¡Qué suma acumulada de voluntad inagotable, de genio obstinado, de dominio sin límites! Toda la historia de la ambición humana, todo el esfuerzo para someter los pueblos al orgullo de un solo hombre, la fuerza más elevada que se ha dedicado jamás a conquistar, explotar y moldear a los hombres, en nombre de su propia felicidad. Y ahora, a pesar de que se había acabado su realeza terrenal, ¡a qué soberanía espiritual se había remontado aquel débil anciano, tan pálido, ante el que había visto desvanecerse a las mujeres, como fulminadas por la temible divinidad que trascendía de su persona! Ya no eran únicamente las glorias resonantes, los triunfos dominadores de la historia, los que se exhibían a espaldas suyas, sino que era el cielo mismo que volvía a abrirse, el más allá que resplandecía con todo el deslumbramiento del misterio. Él estaba a las puertas del cielo, tenía en su mano las llaves, abría su puerta a las almas, y el símbolo antiguo revivía con una intensidad nueva, desembarazado al fin de la sucia realeza de este mundo.

—Se lo suplico, Santo Padre, si hay que dar un ejemplo, que sea yo el único castigado. He venido, aquí me tenéis, decidid acerca de mi suerte, pero no agravéis mi castigo, dándome el remordimiento de haber hecho condenar a un inocente.

León XIII continuaba mirándole con sus ojos, que quemaban, pero no contestó. Pierre ya no veía a León XIII, papa número 263, vicario de Jesucristo, sucesor del príncipe de los Apóstoles, soberano pontífice de la Iglesia universal, patriarca de Occidente, primado de Italia, arzobispo y metropolitano de la provincia romana, soberano de los dominios temporales de la santa Iglesia. Veía al León XIII que él había soñado, al esperado mesías, al salvador enviado para conjurar el horrendo desastre social en que naufragaba la vieja sociedad podrida. Lo veía con su inteligencia ágil y amplísima, su táctica fraternal de conciliación, evitando los choques, trabajando por la unidad, con su corazón desbordante de amor, llegando al corazón mismo de las muchedumbres, dando una vez más lo mejor de su



sangre como signo de la nueva alianza. Lo proclamaba como a la única autoridad moral, como al único lazo posible de caridad y de paz, en una palabra, como al Padre, único capacitado para hacer que cesase la injusticia entre sus hijos, para acabar con la miseria, restablecer la ley liberadora del trabajo, haciendo que los pueblos retornasen a la fe de la Iglesia primitiva, a la bondad y a la sabiduría de la comunidad cristiana. Y, en el silencio profundo de la cámara, aquella elevada figura adquiriría una omnipotencia invencible, una majestad extraordinaria.

—¡Por favor, Santo Padre, dignaos escucharme! ¡No me castigue!, no castigue Su Santidad a nadie, ¡a nadie!, ¡a ninguna criatura, a ninguna cosa, a nada de este mundo que pueda sufrir! ¡Sea bueno, sea bueno con toda la bondad que la contemplación de los dolores de este mundo ha debido poner en su alma!

Y viendo que León XIII seguía callado, y que le hacía estar de pie ante él, cayó de rodillas, como si se derrumbase todo entero, fuera de sí por efecto de la emoción creciente que daba tanta pesadez a su corazón. Y experimentó en todo su ser una especie de desastre, la acumulación de todas las dudas, de todas las angustias, de todas las tristezas, que volvían a ahogarle, que estallaban en una oleada irresistible. Sentía los efectos de aquella espantosa jornada, las muertes tan trágicas de Dario y de Benedetta, que habían dejado su corazón dolorido y aterrorizado, que gravitaban inconscientemente sobre él con pesadez de plomo. Y sentía también los efectos de todo lo que había sufrido desde que se encontraba en Roma, con sus ilusiones destruidas, sus más íntimas delicadezas heridas, su juvenil entusiasmo abofeteado por la realidad de los hombres y de las cosas. Y, más profundamente aún, sentía toda la miseria humana, el alarido de los hambrientos, las madres que al ver secos sus pechos estallaban en sollozos besando a sus pequeñuelos, los padres sin trabajo que se rebelaban amenazando con los puños cerrados, la execrable miseria, vieja como la humanidad, que carcomía a ésta desde sus primeros días, la miseria que Pierre había encontrado en todas partes, cada vez mayor, devoradora, espantosa, sin que, hubiese esperanzas de curarla nunca. Y sentía Pierre finalmente, más incurable aún, un dolor sin nombre, sin causa precisa, por nada ni por nadie concretamente, un dolor universal, ilimitado, en el que se sentía sumergido y en el que se fundía él mismo, con ansia desesperada, y que tal vez no era otra cosa que el dolor de vivir.

—¡Santo Padre, dejemos a un lado a mi persona, dejemos a un lado mi libro! Yo quería ver a Su Santidad, quería verlo con verdaderas ansias, para explicarme, para defenderme. Pero me encuentro desorientado, y ya no

recuerdo ni una siquiera de las cosas que traía preparadas, y no tengo sino lágrimas, lágrimas que me ahogan... Sí, soy un pobre hombre, y no tengo más anhelo que el de hablar a Su Santidad de los pobres. De los pobres, de los humildes, a los que he visto desde hace dos años en los arrabales de París, tan plagados de miseria y de dolor, de los pobres niños que yo recogía en medio de las calles nevadas, de los angelitos que llevaban dos días sin comer, de las mujeres carcomidas por la tisis, sin pan, sin fuego, viviendo en chamizos inmundos, de los hombres que se veían en el arroyo sin trabajo, cansados de ir pidiendo trabajo como quien pide una limosna, teniendo que volver a sus cuevas borrachos de cólera, sin más pensamiento en sus almas que la resolución vengadora de pegar fuego a la ciudad por sus cuatro costados. Y de aquella noche, de aquella noche de espanto en que vi a una madre, en una cueva de pesadilla, a una madre que se había suicidado con sus cinco pequeñuelos, que había expirado sobre un jergón de paja con su hijo recién nacido al pecho, sus dos hijitas rubias durmiendo a su lado el sueño eterno, y los dos hijos caídos un poco más lejos, el uno apretujado contra la pared, el otro en mitad de la habitación, retorciéndose en un supremo espasmo de protesta... ¡Santo Padre! Yo no soy más que su embajador, el enviado de todos los que sufren y sollozan, el humilde delegado de los humildes que se mueren de miseria, aplastados por la execrable dureza, por la espantosa injusticia social. Y traigo a Su Santidad sus lágrimas, y arrojé a sus pies las torturas de aquéllos, y quiero que llegue hasta Su Santidad su grito de angustia, como un grito que ascendiese desde el fondo del abismo, pidiendo justicia, si no se quiere que se hunda el firmamento... ¡Sed bueno, Santo Padre, sed bueno!

Había extendido los brazos hacia él, le imploraba, con un gesto de suprema apelación a la piedad divina. Luego siguió diciendo:

—Pero, Santo Padre, ¿es que en esta Roma eterna y esplendorosa no existe también una miseria horrenda? Llevo semanas enteras vagando al azar, esperando, cruzando sobre el polvo famoso de sus ruinas, y no hago más que tropezar con males incurables, que han puesto espanto en mi alma. ¡Cómo se derrumba todo, cómo va muriendo todo y agoniza tanta gloria, qué espantosa melancolía la de un mundo que se muere de agotamiento y de hambre!... Ahí cerca, bajo las ventanas de Su Santidad, he visitado yo un barrio de espanto, palacios sin terminar, víctimas de una herencia maldita, como hijos raquíuticos que no pueden llegar hasta su total crecimiento, palacios que están ya en ruina y en los que se ha refugiado toda la miseria lamentable de Roma. Y, lo mismo que en París, una población que sufre, exhibiendo sus miserias a la luz del día,

con mayor impudor que allí, todas las llagas sociales, el cáncer devorador, tolerado y exhibido en toda su terrible inconsciencia. Familias enteras que viven en una ociosidad de hambrientos, bajo un sol espléndido, los viejos convertidos en enfermos, los padres esperando que les caiga del cielo un poco de trabajo, los hijos durmiendo entre las hierbas secas, las madres y las hijas arrastrando de un lado para otro su pereza charlatana, viejas antes de tiempo... ¡Oh Santo Padre, yo le suplico que, mañana mismo, abra Su Santidad esa ventana y que saque de su sueño con su bendición a ese pueblo que es un niño, que dormita aún en medio de su ignorancia y de su pobreza! ¡Dele Su Santidad el alma que a ese pueblo le falta, el alma consciente de la dignidad humana, de la ley de la ineluctabilidad del trabajo, de la vida libre y fraternal, regulada únicamente por la justicia! ¡Sí, que Su Santidad convierta en un pueblo a ese revoltillo de gentes miserables, a las que hay que perdonar porque es mucho lo que sufren en su inteligencia y en su cuerpo, porque viven como las bestias que pasan y que se mueren sin darse cuenta, sin comprender, molidas a palos!

Poco a poco le iban ahogando los sollozos y ya todas sus frases le salían como a borbotones, en un arrebatado de exaltación.

—¿Y no es a vos, Santo Padre, a quien yo debo dirigirme en nombre de los miserables? ¿No sois vos su Padre? ¿No es precisamente ante el Padre ante quien debe arrodillarse el enviado de los pobres y de los humildes, como me arrodillo yo en este momento? ¿No es al Padre a quien debo traer la carga enorme de sus dolores, pidiendo al fin piedad, ayuda, y socorro, y justicia, justicia sobre todo?... Y puesto que vos sois el Padre, abrid la puerta de par en par para que pueda entrar aquí todo el mundo, hasta los más humildes de vuestros hijos, los fieles, los que pasan al azar, hasta los rebeldes, los extraviados, todos cuantos vengan aquí, y a los que vos dispensaréis de las faltas del abandono. Sed vos el refugio de los malos caminos, el tierno acogimiento ofrecido a los caminantes, la lámpara de hospitalidad alumbrada siempre, que se ve desde lejos y que nos libra de los peligros de la tormenta... Y ya que sois, oh Padre, el poder, sed también la salvación. Vos lo podéis todo, tenéis a vuestras espaldas siglos de dominio, os habéis remontado para ahora hasta un grado tal de autoridad moral que habéis llegado a ser el árbitro del mundo, os veo en este instante como la majestad misma del sol que ilumina y que fecunda. ¡Sed, pues, el astro de bondad y de caridad, sed el redentor, reanudad la obra de Jesús, que ha sido desfigurada durante los últimos siglos, porque ha caído en manos de los ricos y de los poderosos, que han acabado por convertir la obra evangélica en el más odioso monumento de

orgullo y de tiranía! Y puesto que la obra ha sido falseada, empezadla de nuevo, poneos del lado de los pequeños, de los humildes, de los pobres, traedlos a la paz, a la fraternidad, a la justicia de la comunidad cristiana... ¡Y declarad, oh Padre, que yo he acertado a comprenderos, que me he limitado a expresar vuestras más queridas ideas, el ideal único y vivificador de vuestro reinado! Todo lo demás, mi libro, yo, no tiene importancia alguna. Yo no me defiendo, yo no aspiro más que a vuestra gloria y a la felicidad de los hombres. Decid que habéis oído desde el interior del Vaticano el sordo resquebrajamiento de las viejas sociedades corrompidas. Decid que habéis temblado de piedad enternecida, que habéis querido evitar la espantosa catástrofe, llevando el recuerdo del Evangelio al corazón de vuestros hijos atacados de locura, trayéndolos otra vez a la edad de la sencillez y de la pureza, a los tiempos aquellos en que los primeros cristianos vivían como hermanos inocentes... ¿No es verdad, oh Padre, ¡sí que lo es!; no es verdad que es por esto por lo que os habéis puesto del lado de los pobres, y no es verdad que es precisamente por esto por lo que yo estoy aquí, solicitando vuestra compasión, vuestra bondad, vuestra justicia, con toda mi alma? ¡Sí, con toda mi alma de pobrecito!

Y al llegar a este punto, cayó al suelo, aplastado bajo el peso de su emoción, deshecho en grandes sollozos. Su corazón estallaba y se desparramaba. Eran los suyos sollozos enormes, sollozos sin fin, todo un oleaje espantable que brotaba de todo su ser, que arrancaba desde más lejos, de todas las criaturas miserables, que arrancaba de las gentes por cuyas venas circulaba el dolor en la misma corriente de sangre vital. Allí estaba, acometido por una súbita debilidad de niño nervioso, el embajador del dolor, como él mismo se había calificado. Y era él, rendido ante las plantas de aquel papa inmóvil y mudo, el exponente de toda la miseria humana sollozante.

León XIII, que gustaba de hablar él, y que tenía que dominarse para dejar hablar a los demás, había levantado, al principio, sus manos pálidas, haciendo ademán de interrumpirle. Pero luego, poseído poco a poco por el asombro, contagiado también él por la emoción, le permitió que siguiese hablando, que llegase hasta su último grito final, que se abandonase a la corriente irresistible que lo empujaba. Le había subido un poco de sangre a la nieve del rostro, sus labios y sus mejillas se habían coloreado ligeramente, y sus ojos negros brillaban con un resplandor más vivo. Cuando vio que se le había acabado la voz, que caía a sus plantas, sacudido por fuertes sollozos que parecía que le arrancaban el corazón, se sintió inquieto y se inclinó hacia él.

—Cálmese, hijo mío, levántese...

Pero los sollozos continuaban, desbordantes, arrollando todo buen parecer y todo respeto, en un gemir desatinado de alma herida, en un rezongo de la carne que sufre y que agoniza.

—Levántese, hijo mío, por el buen parecer... Vamos, siéntese en esa silla. Y con un gesto autoritario, le invitó al fin a tomar asiento.

Pierre se levantó con dificultad y se sentó para no caer. Apartó los cabellos que le caían sobre la frente, se enjugó con las manos sus lágrimas ardientes, con aire extraviado, haciendo esfuerzos por recobrase, incapaz de comprender lo que acababa de ocurrirle.

—Habéis hecho un llamamiento al Santo Padre. Estad bien seguro de que su corazón es un nido de compasión y de ternura para los desgraciados. Pero no se trata de eso, sino de nuestra santa religión... He leído su libro, un mal libro, quiero decírselo desde ahora, el libro más peligroso y censurable, precisamente por sus méritos, por ciertas páginas en las que yo mismo he llegado a interesarme. Sí, me ha seducido muchas veces, y si he seguido leyéndolo ha sido porque me he dejado llevar por el soplo ardiente de su fe y de su entusiasmo. ¡Qué magnífico tema, y cómo absorbe mi atención! *La nueva Roma*; desde luego, hacía falta un libro con ese título, pero había que escribirlo con un espíritu completamente distinto del que ha puesto usted en el suyo... Usted ha creído, hijo mío, que me ha comprendido, que se ha penetrado de todos mis escritos y de todos mis actos, hasta el punto de que sólo ha expresado las ideas que me son más gratas. ¡Pues, no! Usted no me ha comprendido, y por eso he querido que viniese a verme, para explicarle y para convencerle.

Ahora era Pierre quien escuchaba, mudo e inmóvil. Sin embargo, sólo había ido allí para defenderse, y desde hacía tres meses que ansiaba febrilmente aquella entrevista, preparando sus argumentos, seguro de vencer, y ahora oía que calificaba su libro de peligroso, de censurable, y no protestaba, y no contestaba con las sólidas razones que le habían parecido irrefutables. Sentíase apabullado por un aflojamiento extraordinario de energías, como si aquel acceso de lágrimas lo hubiese dejado exhausto. Pero luego recobraría ánimos y diría todo lo que estaba resuelto a decir.

—¡No me comprenden, no me comprenden! —repetía León XIII con expresión de irritada impaciencia. Sobre todo en Francia, es increíble lo que me cuesta hacer que me comprendan... Por ejemplo, en la cuestión del poder temporal, ¿cómo ha sido usted capaz de creer que la Santa Sede podría transigir nunca? El suyo es un lenguaje indigno de un sacerdote, es la quimera de un ignorante que no se da cuenta de las condiciones en que ha vivido el

Papado hasta ahora, y en que seguirá viviendo si no quiere desaparecer de este mundo. ¿No ve usted el sofisma en que incurre cuando declara que su elevación es tanto mayor cuanto más despreocupado se encuentre de las preocupaciones de su reino terrenal? ¡Magnífica fantasmagoría esa de la pura realeza espiritual, de la soberanía por la caridad y el amor! Pero entonces, ¿quién hará que nos respeten? ¿Quién nos hará la limosna de una piedra donde reposar nuestra cabeza el día en que nos arrojasen de aquí y tuviésemos que peregrinar por los caminos del mundo? ¿Quién nos asegurará nuestra independencia cuando estemos a la merced de todos los Estados?... ¡No, de ninguna manera! Esta tierra de Roma nos pertenece, porque la hemos recibido en herencia de toda la larga serie de antepasados nuestros y porque es el suelo indestructible, eterno, sobre el que se asienta el edificio de la santa Iglesia, católica, apostólica y romana. Además, tampoco nos estaría permitido renunciar a ella, porque estamos ligados por juramento que hemos hecho ante Dios y ante los hombres.

Se calló un instante para darle a Pierre ocasión de contestar. Pero éste experimentaba el estupor de no encontrar nada que contestar, porque se daba cuenta de que el papa hablaba como debía. Se esclarecían de pronto todas aquellas cosas confusas y abrumadoras que se habían amontonado en su cerebro y que tal embarazo le habían causado hacía un rato, cuando se encontraba en la antecámara secreta; poco a poco se iban destacando con mayor nitidez. Todo lo que había visto, todo lo que había comprendido desde que llegó a Roma, la suma de sus desilusiones, de las realidades que encontraba, que habían aplastado ya, hasta dejarlo moribundo, su sueño de un retorno al cristianismo primitivo. Se acordó bruscamente de aquel momento en que, estando en lo más alto de la cúpula de San Pedro, comprendió lo ridículo de su concepto de un papa puramente espiritual, cuando tuvo ante sus ojos la vieja ciudad de gloria obstinada en seguir envuelta en su púrpura. Aquel día quiso huir del grito furioso de los peregrinos del dinero de San Pedro, que aclamaban al papa rey. Había reconocido la necesidad del dinero, de aquella última esclavitud del papa. Pero luego se había derrumbado todo, cuando surgió ante él la verdadera Roma, la ciudad secular, orgullosa y dominadora, en la que no cabía el papa si no era con su poder temporal. Eran demasiados los lazos, la tradición, el ambiente, el suelo mismo; era ya inmutable, siempre la misma. No podía ceder más que en las apariencias, pero llegaría al cabo el momento en que sus concesiones se acabarían, ante la imposibilidad de ir más lejos, sin suicidarse. Si la Roma nueva llegaba a ser realidad algún día, sería fuera de Roma, lejos de allí, y sólo entonces

despertaría el cristianismo, porque el catolicismo tenía que morir en el sitio mismo en que había nacido, cuando el último de los papas, enraizado en aquella tierra de ruinas, desapareciese con el resquebrajamiento definitivo de la cúpula de San Pedro, que acabaría hundiéndose, como se había hundido el templo de Júpiter Capitolino. Y por lo que respecta al papa actual, aunque estuviese sin reino, aunque tuviese la fragilidad enfermiza de su vejez, la palidez exangüe de un viejísimo ídolo de cera, no por eso ardía en él con menos fuerza la roja pasión de la soberanía universal, no por eso era hijo menos obstinado del Pontífice Máximo, el César Imperator, por cuyas venas corría la sangre de Augusto, señor del mundo.

—Usted ha visto perfectamente el deseo ardiente de unidad de que hemos estado poseídos siempre. Fue para Nos un día de verdadera felicidad aquel en que logramos unificar el rito, imponiendo a todo el mundo católico el rito romano. Ha sido ésta una de nuestras más gratas victorias, porque con ella gana mucho nuestra autoridad. Espero que nuestros esfuerzos en Oriente acabarán por atraer hacia Nos a todos nuestros caros hermanos extraviados, de las comuniones disidentes, de igual modo que no desespero de convencer a las sectas anglicanas, sin hablar de las sectas protestantes, que se verán obligadas a volver al seno de la Iglesia única, de la Iglesia católica, apostólica y romana, cuando lleguen los tiempos predichos por Cristo... Pero lo que usted no ha dicho en su libro es que la Iglesia no puede hacer abandono alguno del dogma. Al contrario, usted parece dar a entender que se llegará a una inteligencia, mediante concesiones de una y otra parte; ése es un concepto censurable, un lenguaje criminal en boca de un sacerdote. ¡No, la verdad es absoluta y ni una sola piedra del edificio será tocada! En cuestiones de forma, todo lo que se quiera. Estamos dispuestos a llegar a todos los extremos de conciliación, si sólo se trata de limar ciertas dificultades, de suavizar las frases para facilitar más la inteligencia... Y lo mismo digo del papel que nos corresponde en el movimiento social contemporáneo. Entendámonos. Desde luego, esos que usted ha llamado con tanta exactitud los desheredados de este mundo, merecen toda nuestra solicitud. Si el socialismo consiste simplemente en un ansia de justicia, en una determinación constante de acudir en socorro de los débiles y de los que sufren, ¿hay alguien que se preocupe más que Nos, que trabaje en ello con más tesón? ¿No ha sido siempre la Iglesia la madre de los afligidos, la ayuda y la bienhechora de los pobres? Nos defendemos todos los progresos razonables, admitimos todas las formas sociales nuevas que ayuden a la paz y a la fraternidad... Pero no podemos hacer otra cosa que condenar ese socialismo que empieza por arrojar lejos a Dios, pretendiendo

asegurar la felicidad de los hombres. Eso sería volver al estado de salvajismo, un abominable salto hacia atrás, que nos conducía a toda clase de catástrofes, incendios y muertes. Y tampoco esto lo ha hecho usted resaltar con fuerza bastante, porque no ha demostrado que fuera de la Iglesia no hay progreso posible, que ésta es, en suma, la única iniciadora, la única conductora a la que uno se puede confiar sin temor. Y hasta creo que es ahí donde habéis cometido un crimen, porque me habéis dado la impresión de que prescindáis de Dios y que consideraréis a la religión como un simple estado del alma, como una floración del amor y de la caridad, bastando estas dos cualidades para salvarse. Herejía execrable, porque Dios se halla presente en todo, señor de almas y de cuerpos, y la religión es el lazo, la ley, el gobierno de la humanidad, y sin ella no puede haber más que barbarie en este mundo y condenación en el otro... Y aquí también, la forma es lo de menos: lo que importa es el dogma. Así, por ejemplo, al reconocer en Francia la república, hemos demostrado que no queremos ligar la suerte de la religión a una forma gubernamental, por muy augusta y secular que sea. Las dinastías pueden pasar, pero Dios es eterno. ¡Que perezcan los reyes, pero que viva Dios! Por lo demás, la forma republicana no tiene nada de anticristiana y, parece, por el contrario, que fuese como despertar de aquella comunidad cristiana a la que ha dedicado usted páginas verdaderamente encantadoras. Lo peor es que la libertad degenera inmediatamente en licencia y que muchas veces somos muy mal recompensados por nuestros deseos de conciliación. ¡Qué mal libro ha escrito usted, hijo mío, con las mejores intenciones, así quiero creerlo, y cómo demuestra su silencio que empieza usted a entrever las consecuencias desastrosas de su falta!

Pierre seguía callado, abrumado, sintiendo cómo se derrumbaban uno a uno sus argumentos, como si tropezasen con una roca, sorda, ciega, impenetrable, y fuese pretensión inútil e irrisoria el querer hacerlos penetrar en ella. ¿Qué se adelantaba? Allí no entraba nada. Sólo tenía una preocupación: se preguntaba sorprendido cómo era posible que un hombre de semejante inteligencia, tan ambicioso, no hubiera conseguido formarse una idea del mundo moderno más clara y exacta. Evidentemente, Pierre advertía que el papa estaba documentado, que se informaba de todo, que todo despertaba su curiosidad, y que tenía bien metido en su cerebro el mapa de la cristiandad, con sus necesidades, sus esperanzas y sus realidades, manteniéndose lúcido y sereno en medio de la complicada madeja y de las luchas diplomáticas. Pero, a pesar de todo, ¡cuántos errores! Lo cierto debía ser que sólo conocía al mundo por lo que había visto durante su breve



nunciatura en Bruselas. De allí pasó al obispado de Perusa, donde tuvo que relacionarse con los episodios del nacimiento de la joven Italia. Y desde hacía dieciocho años que se encontraba encerrado en su Vaticano, aislado del resto de los mortales, comunicándose únicamente con los pueblos por medio del personal que lo rodeaba, y que era con frecuencia lo menos inteligente, de lo menos veraz y leal que pueda imaginarse. Además, era un sacerdote italiano, gran pontífice, supersticioso y despótico, con todas las ataduras de la tradición, sometido a las influencias de raza y de ambiente, y se dejaba llevar por la necesidad de dinero, por las conveniencias políticas, sin hablar de su orgullo desmesurado, de su certidumbre de que era el Dios a quien hay que obedecer, el único poder legítimo y razonable de la tierra. De ahí las causas fatales de su deformación, de que fuese un cerebro extraordinario, con sus errores, sus lagunas, entre tantas admirables cualidades, la comprensión vivaz, la voluntad paciente, el esfuerzo enorme que generaliza y que actúa. Pero, sobre todo, su intuición parecía prodigiosa, porque era ella, ella sola, la que le permitía adivinar, desde el interior de su prisión voluntaria, la enorme evolución que tenía lugar, lejos de allí, en la humanidad contemporánea. De ahí que tuviese conciencia neta del espantoso peligro que le rodeaba, de aquella marea creciente de la democracia, de aquel océano sin límites de la ciencia, que amenazaba por sumergir el estrecho islote coronado todavía por la cúpula de San Pedro. Sin necesidad siquiera de asomarse a la ventana, las voces de fuera atravesaban los muros y le llevaban el grito de parto de las nuevas sociedades. De ahí arrancaba toda su política, porque jamás había sentido otro estímulo que el de triunfar, para reinar. Quería la unidad de la Iglesia, pero era para hacerla fuerte e inexpugnable ante los asaltos que preveía. Predicaba la conciliación, cediendo, a pesar de su poder, en cuestiones de forma, tolerando las audacias de los obispos de América, pero era porque, muy en secreto, sentía profundos temores de ver dislocada la Iglesia misma, de que surgiese de pronto un cisma que la llevase a un desastre. ¡El cisma! Lo olfateaba en el aire, por los cuatro puntos del horizonte, como una amenaza inminente, como peligro inevitable y mortal, contra el que había que prepararse de antemano. Aquel temor explicaba de por sí aquel renacimiento de ternura hacia el pueblo, las preocupaciones que le inspiraba el socialismo, la solución cristiana que ofrecía a las miserias de este mundo. Una vez abatidos los césares, la disputa para saber si se llevaría al pueblo el César o el papa carecía de sentido, desde el momento en que sólo quedaba enhiesto el papa, y porque llegaba el momento de que el pueblo, mudo siempre, iba a hablar, tal vez para entregarse a él. La prueba se

realizaba en Francia, donde había abandonado a la monarquía vencida, reconociendo la república y deseando verla fuerte y victoriosa, porque ella era siempre la hija primogénita de la Iglesia, la única nación católica con poderío bastante para restaurar tal vez algún día el poder temporal de la Santa Sede. ¡Reinar, reinar con la ayuda de Francia, ya que parecía imposible reinar con ayuda de Alemania! ¡Reinar gracias al pueblo, ahora que el pueblo se convertía en señor y dispensador de tronos! ¡Reinar con una república italiana, si no había otro medio de arrancar a Roma de las manos de la casa de Saboya para dársela al papa, formando una república federal y nombrando al papa presidente de los Estados Unidos de Italia, mientras llegaba el día de que lo fuese de los Estados Unidos de Europa! ¡Reinar a pesar de todo, fuese como fuese, reinar sobre el mundo, como había reinado Augusto, de cuya sangre devoradora se nutría únicamente aquel anciano agonizante, obstinado en mandar!

—Otro crimen, además, ha cometido usted, hijo mío —continuó León XIII—: el de haber tenido la osadía de pedir otra religión nueva. Esto es una impiedad, una blasfemia, un sacrilegio. No puede haber más que una religión, nuestra santa religión católica, apostólica y romana. Fuera de ella no puede haber más que tinieblas y condenación... Comprendo perfectamente que lo que usted pretende es un retorno al cristianismo. Pero el error de los protestantes, tan culpable y tan nefasto, no tuvo más pretexto que ése. En cuanto uno se aparta del cumplimiento estricto de los dogmas, del respeto absoluto a las tradiciones, cae en los más espantosos precipicios... ¡El cisma, hijo mío, el cisma es el crimen imperdonable, equivale a asesinar al verdadero Dios, es la bestia inmundada de tentación, suscitada por el infierno para perder a los fieles! Aunque sólo fuese por esta frase de nueva religión, que ha escrito usted en su libro, merecía éste ser condenado y destruido como un veneno mortal para las almas.

Siguió hablando largo rato aún en esta forma. Pierre meditaba en lo que le había dicho don Vigilio, en aquellos jesuitas omnipotentes, que se movían en la sombra, lo mismo que en otras partes en el Vaticano, siendo los verdaderos rectores de la Iglesia. ¿Sería cierto que aquel papa político, de un oportunismo siempre despierto, sin él mismo darse cuenta, y por muy imbuido que creyese estar de las doctrinas de Santo Tomás, era uno de tantos, simple instrumento dócil entre sus ágiles manos de conquistadores de la sociedad? También él pactaba con el siglo, también él iba hacia el mundo, se prestaba a halagarlo, con tal de poseerlo. Pierre no había tenido nunca, como en ese instante, la fuerte sensación de que la Iglesia estaba, de allí en adelante, reducida a eso, a

vivir a fuerza de concesiones y de diplomacia. Se le presentaba por fin el panorama de aquel clero romano, que tan difícil de entender resulta al principio para los sacerdotes franceses, de aquel gobierno de la Iglesia, encarnado en el papa, con sus cardenales y prelados, a los que Dios en persona ha dado el encargo de administrar sus dominios de este mundo, los hombres y la tierra. Para empezar, relegan a Dios al interior del tabernáculo, no toleran que nadie lo discuta, imponen los dogmas como verdades consustanciales con él, pero ellos no se preocupan más de él, y no se entretienen ya en demostrar su existencia por medio de vanas discusiones teológicas. Es evidente que existe, puesto que ellos gobiernan en nombre suyo. Basta con esto. Desde ese momento se hacen ellos los amos, en nombre de Dios, acceden a firmar, por pura fórmula, concordatos, pero no los observan, doblegándose únicamente ante la fuerza, reservándose siempre la soberanía final, que ha de triunfar algún día. En espera de ese día, actúan como simples diplomáticos, y organizan la conquista paulatina, como funcionarios del Dios que ha de triunfar andando el tiempo, y de este modo la religión viene a ser exclusivamente un homenaje que le rinden públicamente, con toda la fastuosidad y la magnificencia que deslumbra a las muchedumbres, con la única finalidad de hacer que reine sobre la humanidad conquistada y extasiada, o, más bien, con la finalidad de reinar ellos en su lugar, puesto que ellos son sus representantes visibles, sus delegados. Tienen su ascendencia en el derecho romano, no han sido nunca otra cosa que hijos del viejo suelo pagano de Roma, y si han subsistido, si esperan subsistir eternamente, hasta que suene la hora en que ha de serles devuelto el imperio de este mundo, es porque son los herederos directos de los Césares y se envuelven en su misma púrpura, formando una progenie ininterrumpida de la sangre de Augusto.

Pierre se avergonzó entonces de sus lágrimas. ¡Esos pobres nervios suyos, esos desfallecimientos de hombre sentimental y entusiasta! Experimentaba un sentimiento de pudor, como si acabase de mostrar las desnudeces de su alma. ¡Y qué inútilmente, Santo Dios! ¡En el interior de la cámara del papa, en la que jamás se habían oído palabras como aquellas, ante el pontífice-rey que no podía escucharle! Aquella idea política de los papas, el querer reinar con la ayuda de los humildes y de los pobres, le causaba horror. Aquel ir en busca del pueblo, después de que éste se había libertado de sus antiguos señores, era como la reconciliación del lobo para devorarlo a su vez. En verdad que había estado rematadamente loco el día en que llegó a suponer que un prelado romano, un cardenal, un papa, podían ser capaces de admitir el retorno a la

comunidad cristiana, el nuevo florecimiento del cristianismo primitivo que pacificaría a los pueblos envejecidos, devorados por el odio. Semejante concepto no era siquiera comprensible para hombres que, desde hacía siglos, vivían como señores del mundo, poseídos de un desdén despreocupado hacia los pequeños y los que sufren, hasta llegar a enfermar de una impotencia total para la caridad y para el amor.

Pero León XIII seguía hablando con su voz inagotable. El sacerdote oyó que decía:

—¿Y cómo ha escrito usted esa página sobre Lourdes, impregnada de tan mala intención? Lourdes, hijo mío, ha prestado a la religión inestimables servicios. Yo he manifestado con mucha frecuencia a las personas que se me han acercado para referirme los conmovedores milagros que se registran casi a diario en la Gruta que tendría un vivísimo interés en que tales milagros se viesen confirmados y garantizados por métodos científicos rigurosos. Después de lo que he leído a este respecto, me parece que los espíritus malévolos no pueden ya dudar, porque los milagros han sido ya controlados científicamente de una manera irrefutable... La ciencia, hijo mío, debe estar al servicio de Dios. Nada puede contra él y sólo por él llega a la verdad. Todas las soluciones que hoy se cree encontrar y que parece que destruyen los dogmas serán por fuerza reconocidas como falsas algún día, porque cuando se llegue a la plenitud de los tiempos, la verdad de Dios saldrá victoriosa de todo. Todas estas son verdades tan sencillas, que las saben hasta los niños pequeños y que bastarían para que reinase la paz y para la salvación de la humanidad, si los hombres quisiesen darse por enterados... Y convéznase usted, hijo mío, que la fe no es incompatible con la razón. Ahí tiene a Santo Tomás, que lo ha previsto todo, que lo ha explicado y regulado todo. Su fe, hijo mío, ha quedado quebrantada por los asaltos del espíritu de crítica, ha sentido usted dudas y angustias de las que el cielo suele librar a nuestros sacerdotes en este país de fe antigua, en esta Roma santificada por la sangre de tantos mártires. Pero no nos asusta el espíritu de crítica, siga usted estudiando, lea concienzudamente a Santo Tomás, y su fe resurgirá más sólida, definitiva y triunfante.

Pierre escuchaba aquellas cosas azorado, como si le cayesen sobre el cráneo trozos de la bóveda del firmamento. ¡Dios de verdad! ¡Oír decir que los milagros de Lourdes habían sido demostrados científicamente, que la ciencia era sólo una servidora de Dios, que la fe era compatible con la razón, que bastaba Santo Tomás para devolver la certidumbre al siglo actual! ¿Qué iba a contestar, Santo Dios? Y, después de todo, ¿por qué iba a contestar?

—Es el libro más censurable y peligroso —dijo León XIII para terminar—, un libro cuyo simple título, *La nueva Roma*, es por sí solo una mentira y un veneno, un libro más censurable aún porque posee todas las seducciones del estilo, todas las perversiones de las quimeras generosas, un libro, en fin, que ha podido concebir un sacerdote en momentos de extravío y que debe quemar en público, por penitencia, con la misma mano que le ha servido para escribir las páginas de error y de escándalo.

Pierre se levantó bruscamente, se irguió. Y en medio del imponente silencio que se hizo a su alrededor, en aquella cámara muerta, débilmente iluminada, sólo estaba presente la Roma del exterior, la Roma nocturna, anegada en tinieblas, inmensa y negra, espolvoreada únicamente con una polvareda de astros. E iba a gritar:

—Es cierto, había perdido la fe, pero creía haberla encontrado, gracias a la compasión que la miseria del mundo había hecho nacer en mi corazón. Vos erais mi única esperanza, el Padre, el salvador esperado. Pero ha sido un sueño más. Vos no podéis ser un nuevo Jesús, ni pacificar a los hombres en vísperas de la horrenda guerra fratricida que se prepara. Vos no podéis abandonar vuestro trono, ni andar por los caminos con los humildes, con los pobres, para realizar la obra suprema de fraternidad. ¡Pues bien! ¡Adiós vos, el papa, adiós vuestro Vaticano y vuestro San Pedro! Todo se derrumba ante el empuje del pueblo, que va subiendo, y de la ciencia, que se engrandece. Ya no existís, ya no hay aquí más que escombros.

Pero no pronunció tales palabras. Se inclinó y dijo:

—Santo Padre, yo me someto y repruebo mi libro.

Su voz temblaba, de asco y de amargura, y abrió las manos con un ademán de abandono, como si se desprendiese de su alma. Aquella era la fórmula exacta de sumisión: *Auctor laudabiliter se subjecit et opus reprobavit*. No había desesperanza mayor, ni grandeza más soberana en la confesión de un error y en el suicidio de una esperanza. ¡Pero, qué horrible ironía! Pierre renegaba del libro que había jurado no retirar jamás y por cuyo triunfo había combatido con tal encarnizamiento, lo suprimía de pronto, por sí mismo, y no porque lo creyese digno de censura, sino porque acababa de tener la sensación de que era inútil y quimérico como un deseo de amante, como un sueño de poeta. Sí, ya que se había equivocado, ya que todo aquello era un sueño, ya que no había encontrado allí ni al Dios ni al sacerdote que había buscado para la felicidad de los hombres, ¿a qué obstinarse con la ilusión de un posible despertar? Era preferible dejar caer al suelo su libro,

como una hoja seca, era preferible renegar de él, seccionarlo de sí mismo, como miembro muerto que ya no tiene objeto ni finalidad.

León XIII, algo sorprendido de su rápida victoria, dejó escapar una ligera exclamación de satisfacción.

—¡Eso está muy bien, hijo mío, eso está muy bien! Acaba usted de decir las únicas palabras sabias que convenían a vuestro carácter de sacerdote.

Y él, que no dejaba nunca resquicio alguno al azar, que preparaba de antemano todas sus audiencias, con las palabras que había de pronunciar y los ademanes que tenía que hacer, aflojó un poco la tensión de su ánimo y dio pruebas de una verdadera campechanía, evidenciando así su satisfacción. Como no llegaba a comprender, como se equivocaba acerca de los verdaderos motivos de la sumisión de aquel rebelde, saboreaba la alegría orgullosa de haberlo reducido a silencio con tanta facilidad, porque las personas de su séquito se lo habían presentado como un terrible revolucionario. De ahí que semejante conversión le halagase mucho.

—Por lo demás, hijo mío, no esperaba yo menos que eso de su claro criterio. No hay goce más elevado que el de reconocer las propias faltas, el de someterse y hacer penitencia.

Había vuelto a coger de la mesita, con ademán familiar, su vaso de jarabe, y antes de beber se puso a revolver el último sorbo con la larga cucharilla. Y Pierre se quedó asombrado de tener otra vez la sensación de que el papa se había empequeñecido, que había descendido de su majestad soberana, que se parecía a un pequeño burgués, muy anciano, que antes de acostarse se ponía a beber a solas su vaso de agua azucarada. Después de agrandarse y ponerse resplandeciente, como un astro que asciende a su cenit, la figura del papa caía otra vez hacia el horizonte, se ponía a ras del suelo, en su mediocridad humana. Volvía a verlo enclenque, frágil, con su cuello delgado de pajarillo enfermo, con su fealdad senil, que le hacía estar tan descontento en materia de retratos, telas pintadas o fotografías, medallas de oro o bustos de mármol, porque decía que no había que representar al papa Pecci, sino a León XIII, el gran papa, acuciándole la ambición de legar a la posteridad una elevada imagen del mismo. A Pierre, que había dejado de verlos un momento, le producían cierto embarazo el pañuelo que seguía teniendo el papa sobre las rodillas, y la sotana sucia, manchada de tabaco. Sólo experimentaba ya una compasión enternecida hacia aquella vejez tan pura y tan blanca, y una profunda admiración hacia aquella obstinada energía vital que se había refugiado en los ojos negros, y una deferencia respetuosa de trabajador hacia

aquel poderoso cerebro, que concebía proyectos de tanta envergadura y que desbordaba en pensamientos y empresas innumerables.

Se había acabado la audiencia. Pierre hizo una profunda inclinación.

—Doy gracias a Su Santidad por el acogimiento paternal que se ha dignado dispensarme.

Pero León XIII tuvo a bien retenerle todavía unos minutos, hablándole nuevamente de Francia, manifestándole su vivo deseo de verla próspera, tranquila y fuerte para mayor bien de la Iglesia. Durante aquellos últimos momentos tuvo Pierre una extraña visión, una verdadera pesadilla. Miraba la frente marfilina del Santo Padre y pensaba en su avanzada edad, y en que el más pequeño resfriado podía acabar con él, y, por una involuntaria asociación de ideas, vino a su imaginación la escena ritual, de una solemnidad escalofriante: Pío IX, Giovanni Mastai, ha fallecido hace dos horas, y tiene el rostro cubierto con una sábana blanca; la familia pontificia, consternada, rodea al cadáver; luego el cardenal Pecci, camarlengo, se acerca al lecho fúnebre, hace levantar la sábana que cubre la cara, y da tres golpes con su martillo de plata sobre la frente del cadáver, llamándolo a cada golpe por su nombre: «¡Giovanni, Giovanni, Giovanni!». Y al no obtener contestación alguna del cadáver, después de esperar algunos segundos, se vuelve el camarlengo y exclama: «¡El papa ha muerto!». Pierre, en aquel instante, había visto alzarse, allá, en la via Giulia, al cardenal Boccanera, actual camarlengo, que esperaba, armado de su martillo de plata, y se había representado a León XIII, Joaquim Pecci, dos horas después de muerto, con el rostro cubierto por un lienzo blanco, rodeado de sus preladados, en aquella misma cámara; veía acercarse al camarlengo, hacer que apartasen el lienzo, dar tres golpes sobre la frente marfilina, llamándolo a cada vez por su nombre: «¡Joaquim, Joaquim, Joaquim!». Y como no contestase el cadáver, después de esperar algunos instantes, se volvía el camarlengo y exclamaba: «¡El papa ha muerto!». ¿Se acordaría León XIII de los tres golpes que había dado en la frente a Pío IX? ¿No sentiría a veces sobre su propia frente el escalofrío de los tres golpes, el frío mortal del martillo con el que había armado al camarlengo, al cardenal Boccanera, que era, bien lo sabía él, su implacable adversario?

—Vaya usted en paz, hijo mío —dijo al fin Su Santidad a modo de bendición corriente—. Su falta le será perdonada, una vez que la habéis confesado y que testimoniáis el horror que os inspira.

Pierre, sin contestar nada, con el alma angustiada, aceptando aquella humillación como castigo bien merecido de su quimera, se retiró sin volver la espalda, según el ceremonial de costumbre. Se inclinó profundamente por tres

veces, franqueó la puerta sin volverse, seguido por los negros ojos de León XIII, que no se apartaron de él un momento. Tuvo, sin embargo, tiempo para ver que el papa echaba nuevamente mano al periódico cuya lectura había interrumpido para recibirle; el papa conservaba siempre su afición al periódico, su viva curiosidad por las noticias, aunque sufriese ciertas equivocaciones en la importancia que daba a ciertos artículos, a los que atribuía, por el aislamiento en que se encontraba, una importancia que no tenían. Las dos lámparas ardían con una claridad inmóvil, la cámara volvió a quedar sumida en su gran silencio y paz infinita.

El señor Squadra, inmóvil y negro, esperaba de pie en medio de la antecámara secreta. Y al darse cuenta de que Pierre, completamente atolondrado, se olvidaba de tomar el sombrero que había dejado sobre la consola, lo cogió discretamente él mismo y se lo ofreció con una muda reverencia. Y luego, sin prisa alguna, con el mismo paso que a la llegada, echó a caminar delante de Pierre, para llevarlo hasta la sala Clementina.

Y entonces empezó, en sentido inverso, el mismo imponente paseo, el desfile sinfín a través de las salas interminables. Y ni un alma, ni un ruido, ni una respiración. En cada una de las salas vacías ardía la única lámpara, solitaria y como olvidada, cada vez más pálida en un silencio cada vez más profundo. A medida que avanzaba la noche, anegando en sombra los escasos muebles, esparcidos aquí y allá bajo los altos techos dorados, los tronos, los taburetes de madera, las consolas, los crucifijos, los candelabros, que se repetían en todas las salas, el desierto parecía irse ensanchando más y más. Y así atravesaron, después de la antecámara de honor, cuyo damasco despedía reflejos rojizos, la sala de los guardias nobles, adormilada y con un ligero olor a incienso, que había quedado allí desde la misa oficiada aquella mañana, y luego vinieron la sala de los Tapices, la sala de la guardia palatina, la sala de los gendarmes, y en la sala de los *bussolanti*, que venía luego, encontraron al último criado de servicio, que seguía en su taburete, bien dormido, y que no se despertó. Los pasos resonaban débiles sobre las losas, ahogados en la atmósfera pesada del palacio cerrado, rodeado por todas partes de muros, como en una tumba, e invadido a esa hora tardía por el vacío en el que se iba sumergiendo. Llegaron por fin a la capilla Clementina, de la que acababa de retirarse el piquete de la guardia suiza.

El señor Squadra no había vuelto la cabeza todavía. Y sin despegar los labios, sin hacer un ademán, se hizo a un lado, dejó pasar a Pierre, y lo saludó con una postrer reverencia. Luego desapareció.



Pierre bajó los dos pisos de la escalera monumental, alumbrada con luz de lamparilla por los globos de vidrio mate de los picos del gas; reinaba un silencio abrumador, porque ya no resonaban en los rellanos de la escalera los pasos de los guardias suizos que estaban de facción. Atravesó el patio de San Dámaso, vacío y muerto, iluminado por la pálida claridad de los faroles de la escalinata, bajó luego la Scala Pia, la otra escalera gigantesca, completamente vacía y muerta en su semioscuridad, franqueó finalmente la puerta de bronce; un portero, así que salió Pierre, la empujó lentamente, y la cerró. ¡Qué ruido, qué chillido agrio del duro metal, al cerrarse sobre todo aquello, sobre semejante acumulación de tinieblas, sobre tanto silencio amontonado, sobre los siglos inmóviles que perpetuaba allí la tradición, sobre los ídolos indestructibles de los dogmas, conservados al abrigo de sus vendajes de momia, sobre todas las cadenas que pesan y que atan, sobre todo aquel apretado mecanismo de servidumbre, de dominio absoluto, cuyos ecos llegaban desde las salas desiertas y negras en los que resonaban sus ecos!

Y se encontró solo, en la plaza de San Pedro, en medio de aquella inmensidad sombría. Ni un transeúnte retrasado, ni un alma. Únicamente el elevado fantasma del obelisco lívido, emergiendo entre los cuatro candelabros del anchuroso mosaico de los pequeños adoquines grises. También la fachada de la basílica se dibujaba con una palidez de ensueño y, alargaba, como dos brazos enormes, la cuádruple hilera de pilastras de la columnata, anegadas de oscuridad, como oquedades de piedra. Y la cúpula no era sino un círculo desmesurado, que se vislumbraba apenas en el cielo sin luna. Únicamente los chorros de agua de las fuentes, que a fuerza de atención se llegaba a distinguir como delgados fantasmas movedizos, ponían en aquel silencio una voz, un murmullo sinfín de queja triste, que llegaba del misterio de aquellas tinieblas. ¡Sueño de melancólica grandeza el de esta plaza famosa, con el Vaticano, con San Pedro, vistos durante la noche, sumidos en sombra y silencio! De pronto dio el reloj las diez, con campanadas pausadas y fuertes. Jamás sonó una hora más solemne y definitiva en una mayor infinidad de negrura y misterio.

Pierre, inmóvil en medio de aquel espacio abierto, se estremeció con todo su ser quebrantado. De modo que apenas había estado hablando allá arriba tres cuartos de hora, con aquel anciano todo blancura que le había arrancado de cuajo el alma. Sí, ese desraizamiento era definitivo, era el último brote de fe que le arrancaban, un mundo que se había venido abajo dentro de ella. De pronto se acordó de monseñor Nani, pensando que éste era el único que estaba en lo cierto. Le habían asegurado que terminaría por hacer lo que

quisiese monseñor Nani, y ahora caía, estupefacto, en la cuenta de que, en efecto, así había ocurrido.

De pronto se apoderó de su ánimo una brusca desesperación, una angustia tan atroz, que le obligó a levantar sus brazos temblorosos, desde el abismo de tinieblas en que se encontraba, hacia el infinito, y habló en voz alta.

—¡Dios de vida y de amor, Dios de salud! ¡No, no estáis aquí! ¡Venid, pues, manifestad vuestra presencia, porque vuestros hijos perecen al no saber quién sois ni dónde estáis, en esta infinidad del universo!

El inmenso firmamento extendía su terciopelo azul oscuro, superficie infinita y muda y emocionante, en la que titilaban las constelaciones sobre la inmensa plaza. La Osa Mayor parecía haberse acercado aún más a los tejados del Vaticano, y sus ruedas de oro parecían desviarse del camino recto, y su vara de oro apuntaba hacia arriba, mientras que allá abajo, por encima de Roma, del lado de la via Giulia, estaba a punto de desaparecer Orion, y ya no se veía sino una sola de las tres estrellas de oro que reclamaban su tahalí.

## XV

**H**asta el alba no logró Pierre quedarse dormido, ardía de fiebre, quebrantado por la emoción. Desde que regresó al palacio Boccanera, ya muy entrada la noche, volvió a ser testigo del doloroso duelo provocado por la muerte de Dario y de Benedetta. Hacia las nueve, después de levantarse y desayunar, quiso bajar inmediatamente a las habitaciones del cardenal, en las que habían sido expuestos los cuerpos de los dos enamorados, a fin de que la familia, los amigos y otros allegados pudiesen llevarles el homenaje de sus lágrimas y de sus preces.

Mientras Pierre desayunaba, Victorine, que no se había acostado, mostrando una activa energía en medio de su desesperación, le iba relatando los acontecimientos de la noche y de la mañana. Por un sentimiento puritano de respeto a los convencionalismos, había pretendido hacer una nueva tentativa para separar los cuerpos. Su pudor se sentía lastimado ante Benedetta desnuda, aun después de muerta, que se abrazaba apretadamente a Dario despojado también de sus ropas. Pero era ya tarde, porque se había producido la rigidez, y ya no era posible llevar a cabo lo que no se había hecho en los primeros momentos, so pena de realizar una horrible profanación. Era tan potente su abrazo amoroso, que hubiera sido necesario, para desanudarlos, arrancar sus carnes y quebrar sus miembros. El cardenal, que no había consentido desde el principio que se turbase su sueño, su unión para la eternidad, terminó casi por reñir con su hermana. Volvió a encontrar, bajo sus hábitos sacerdotales, a su raza, sintió el orgullo de las pasiones de otras épocas, de los amores magníficos y violentos, de las cuchilladas fieras, pensando que, si bien era cierto que había habido dos papas en la familia, también la habían llenado de gloria los grandes capitanes y los grandes enamorados. No toleraría jamás que se tocara a aquellos dos muchachos, que se habían mantenido puros durante su dolorosa existencia, y que sólo se habían juntado en la muerte. En su palacio mandaba él; serían envueltos en el mismo sudario, y se les encerraría en el mismo ataúd. Se celebrarían luego los

servicios religiosos en la próxima iglesia de San Carlos, cuyo título cardenalicio ostentaba y en la que también era el amo. Y, si era necesario, llegaría hasta el papa. Tal era su voluntad soberana, y la expresaba con tal altivez, que al fin tuvieron que rendirse todos en la casa, obedeciendo sin un gesto ni un murmullo.

Entonces se ocupó donna Serafina del postrer atavío. Según costumbre, estuvieron presentes los miembros de la servidumbre; Victorine ayudó a la familia, porque era la criada más antigua y la más apreciada. Se limitaron al principio a envolver a los dos enamorados en la cabellera suelta de Benedetta, una cabellera perfumada, larga y tupida, como un manto regio; luego los vistieron con el mismo sudario de seda blanca, ceñido a sus cuellos, que hacía de ellos un solo ser en la muerte. El cardenal exigió también que los bajasen a su apartamento, que los acostasen sobre un lecho de ceremonia, en medio de la sala del trono, para rendirles un supremo homenaje, como a los últimos vástagos que llevaban su nombre, novios trágicos con los que volvía a la tierra la gloria de los Boccanera, tan resonante en otras épocas. Por lo demás, donna Serafina se había sometido inmediatamente a ese proyecto, porque le parecía poco decente que la gente viese a su sobrina, aun después de muerta, en la cama de un hombre joven. Circulaba ya una versión amañada de los sucesos: una fiebre infecciosa se había llevado en pocas horas al otro mundo a Dario; Benedetta, loca de dolor, había dado su último aliento cuando estaba abrazada, loca de dolor, al cadáver; se les iban a rendir honores majestuosos y se celebraría una magnífica boda fúnebre, acostados los dos sobre el mismo lecho de eterno reposo. Toda Roma, consternada por aquella historia de amor y de muerte, no hablaría de otra cosa en un par de semanas.

Pierre hubiera querido salir para Francia esa misma tarde, porque tenía prisa por abandonar aquella ciudad de desastre, en la que había tenido que dejar el último retazo de su fe. Pero no quiso faltar a los funerales y demoró su partida para el día siguiente. Pasaría aún toda la jornada en aquel palacio en ruinas, próximo a la difunta que le era tan querida, haciendo esfuerzos para encontrar en el fondo de su corazón vacío y dolorido la fe para rezar por ella.

Cuando bajó y se encontró el amplio rellano delante del apartamento de recepción del cardenal, se acordó del primer día en que se presentó allí mismo. Experimentó la misma sensación de antigua pompa principesca, llena del desgaste y del polvo del pasado. Abiertas estaban de par en par las puertas de las tres inmensas antecámaras; como era aún temprano, las salas estaban todavía vacías. En la primera, la de la servidumbre, se hallaba únicamente Giacomo, con librea negra, inmóvil y de pie, frente al antiguo capelo rojo,

colgado bajo el dosel, con sus borlas medio carcomidas, entre las cuales hilaban su tela las arañas. En la segunda, la que correspondía en otros tiempos al secretario, recibía a las visitas, caminando con paso menudo y callado, el abate Paparelli, caudatario que hacía también las veces de maestro de cámara; nunca se había parecido tanto como entonces a una solterona vieja con faldas negras, lívida, arrugada por hábitos demasiado severos, con su humildad conquistadora y su turbia expresión de omnipotencia obsequiosa. Finalmente, en la tercera antecámara, la antecámara noble, en la que el birrete, colocado sobre una credencia, hacía juego con un gran retrato imponente del cardenal, en hábito de ceremonia, se hallaba don Vigilio, que había abandonado su mesita para colocarse a la puerta de la sala del trono, saludando con una reverencia a cuantas personas cruzaban su dintel. Y en aquella mañana oscura de invierno, las salas parecían más sombrías, más destartadas, con las colgaduras llenas de desgarrones, los escasos muebles empañados por el polvo, y el viejo maderamen desmigajándose por el trabajo ininterrumpido de la polilla; únicamente los techos conservaban su fastuosa decoración de dorados y pinturas triunfales.

Pero Pierre, a quien el abate Paparelli acababa de saludar con una inclinación exagerada, en la que se percibía la ironía de quien despide a un vencido, se hallaba emocionado especialmente por la grandeza triste de las tres grandes salas ruinosas, que eran ese día el camino por donde se llegaba a la sala del trono, transformada en sala de muerte, en la que reposaban los últimos vástagos de la casa. ¡Qué ceremonia magnífica y desoladora, de muerte, con todas las enormes puertas abiertas, con todo el espacio vacío de unas habitaciones demasiado grandes, despojadas de sus antiguas multitudes, y cuyo final era el funeral supremo de una raza que se extinguía! El cardenal se había encerrado en su pequeño despacho, en donde recibía a los miembros de la familia, a las personas íntimas que iban a darle su pésame. Donna Serafina, por su parte, había elegido una habitación próxima, y allí esperaba a las señoras amigas suyas, cuyo desfile no había de interrumpirse hasta el anochecer. Pierre, que se había informado por Victorine de la etiqueta, tuvo que decidirse a entrar directamente en la sala del trono, saludado nuevamente con una gran reverencia por don Vigilio, pálido y mudo, que ni siquiera pareció conocerlo.

Una sorpresa le aguardaba al sacerdote. Se había imaginado que aquello sería una capilla ardiente, los pestillos de las ventanas cerrados, y centenares de cirios ardiendo alrededor del catafalco, en medio del salón tapizado todo de negro. Le habían dicho que se exponían allí los cuerpos porque la antigua

capilla del palacio, que estaba situada en el entresuelo, se hallaba cerrada desde hacía cincuenta años, fuera de uso, y porque la capillita particular del cardenal era demasiado estrecha para un ceremonia semejante. Por eso había habido que improvisar un altar en la sala del trono, y en él se sucedían las misas desde por la mañana. Aunque también se celebrarían misas durante todo el día en la capilla privada, y hasta se habían instalado otros dos altares, uno de ellos en una pequeña habitación contigua a la antecámara noble, y el otro en una especie de alcoba que daba a la segunda antecámara; y los sacerdotes, especialmente franciscanos, los religiosos que pertenecían a las órdenes pobres, iban a celebrar sin interrupción y en los cuatro altares a un tiempo el divino sacrificio. Había querido el cardenal que ni por un solo instante dejase de correr la sangre divina en su casa, para la redención de aquellas dos almas tan queridas, que habían volado al mismo tiempo. En el palacio en duelo resonaba sin interrupción, a través de las salas fúnebres, el tintineo de las campanillas que anunciaban el alzar, no cesaban en ningún instante los murmullos temblorosos de las palabras latinas, ni el crujir de las hostias, y los cálices se vaciaban continuamente, sin que Dios pudiese ausentarse un solo instante de aquella atmósfera pesada, que trascendía a muerte.

Pierre, asombrado, encontró la sala del trono tal como la viera en su primera visita. Ni siquiera se habían corrido las cortinas de las cuatro grandes ventanas, y por ellas penetraba la débil claridad, gris y fría, de aquella mañana de invierno. Y en las paredes, bajo el techo de madera tallada y dorada, el mismo tapizado rojo, un brocatel con grandes palmas, comido y desgastado; allí estaba también el antiguo trono, el sillón vuelto contra la pared, esperando inútilmente la llegada del papa, que nunca venía. El altar improvisado, que se levantaba junto al trono, era lo único que alteraba un poco el aspecto de la habitación, desembarazada de sus escasos muebles, sillas, mesas y consolas. En el centro, sobre una plataforma de poca altura, se había colocado el lecho de ceremonia, en el que descansaban Dario y Benedetta, entre un montón de flores. En la cabecera ardían dos cirios únicamente, uno de cada lado. Y nada más; flores por todas partes, una cosecha de flores tan grande, que uno se preguntaba de qué jardín quimérico se habían podido arrancar; sobre todo, rosas blancas, grandes ramos de rosas sobre la cama, ramos de rosas que se caían de la cama, que cubrían la plataforma y que desbordaban de ésta sobre el magnífico enlosado de la sala.

Pierre se había acercado al lecho, con el corazón trastornado por profunda emoción. Los dos cirios, cuyas lucécitas amarillas quedaban amortiguadas por

la palidez del día; el continuo murmullo de las misas, que parecía un lamento, el perfume penetrante de rosas que gravitaba en la atmósfera, ponían una infinita desolación, un gemido de duelo sin límites, en el gran salón envejecido y polvoriento. Y ni un ademán, ni una respiración; de vez en cuando un leve rumor de sollozos ahogados entre las personas que se encontraban allí. Los criados de la casa se relevaban constantemente, y había siempre cuatro a la cabecera del lecho, de pie, inmóviles, como guardianes familiares y fieles. De tiempo en tiempo, el abogado consistorial, Morano, que se ocupaba de todo, desde por la mañana, atravesaba la habitación apresuradamente, con paso silencioso. Y todos cuantos entraban, iban a arrodillarse sobre la plataforma, rezando y llorando. Pierre vio a tres señoras que se tapaban la cara con el pañuelo. Se acercó también un anciano sacerdote, trémulo de dolor, cabizbajo; Pierre no pudo distinguir su rostro. Pero lo que más le enterneció fue la mirada de una joven, pobremente ataviada, que le pareció sería alguna criada, y que había caído de hinojos sobre el pavimento, tan abrumada de pena, que parecía un pingajo de miseria y de sufrimiento.

Pierre se arrodilló también; sus labios se agitaron con el balbuceo profesional, e hizo un esfuerzo para pronunciar las preces latinas rituales, que tantas veces había tenido que repetir en la cabecera del lecho de los muertos. Su emoción iba en aumento y nublaba su memoria, y acabó por quedar anonadado ante el espectáculo adorable y espantoso de aquellos dos enamorados, de los que no podía apartar sus ojos. Los cuerpos, abrazados, se distinguían apenas entre los montones de rosas; pero surgían las dos cabezas, cuello con cuello, unidas por el sudario de seda. Y eran todavía hermosas, con la hermosura de la pasión satisfecha al fin, apoyadas las dos en el mismo almohadón, entremezclando sus cabellos. Benedetta había conservado su expresión divinamente sonriente, enamorada y fiel para toda la eternidad, orgullosa de haber rendido su último aliento en un beso de amor. Dario, en medio de su felicidad postrera, conservaba una expresión más dolorosa, como los mármoles de las piedras funerarias, a los que las enamoradas se abrazan con vano esfuerzo. Y los dos conservaban aún sus ojos abiertos de par en par, hundiendo cada uno en el otro sus miradas, mirándose eternamente con una ternura acariciadora que ya no podría turbar nada.

¡Santo Dios! ¡Cómo la había amado él a aquella Benedetta, con un amor puro, libre de toda idea de posesión imposible! Pierre sentía removérsele hasta el fondo de su alma recordando las horas deliciosas que había pasado cerca de ella, ligados los dos por un lazo de exquisita amistad, tan dulce como

el amor. ¡Qué hermosa era, y qué prudente, y qué ardientemente apasionada! Pierre mismo se había forjado un hermoso sueño: insuflar su fraternidad libertadora en aquella admirable criatura, de alma de fuego y de expresión indolente, en la que volvía a ver a toda la antigua Roma, que Pierre hubiera querido despertar y conquistar para la Italia del porvenir.

Soñaba con catequizarla, con ensanchar su corazón y su cerebro, comunicándole el amor a los pequeños y a los pobres, la oleada compasiva de nuestra época por las cosas y las criaturas. En ese instante, si no estuviese rebosante de lágrimas, le habría hecho sonreír aquel pensamiento. ¡Qué encantadora se había mostrado Benedetta, cómo se había esforzado por contentarle, a pesar de los obstáculos invencibles, de la raza, de la educación, del ambiente, que le impedían seguirle! Sin embargo, hubo un día en que pareció que se aproximaba a él, como si su propio sufrimiento hubiese abierto su alma a todas las caridades. Luego vino la ilusión de la felicidad, y ya Benedetta no tenía ojos para las miserias de los demás y se había dejado llevar por el egoísmo de sus esperanzas y de su alegría. ¡Santo Dios! De modo que aquella familia estaba condenada a desaparecer, y terminaría de esta manera, a pesar de producir todavía ejemplares tan bellos y tan encantadores, ciega al amor de los humildes y a la ley de caridad y de justicia, única que era capaz de salvar al mundo por medio de la reglamentación del trabajo.

Se apoderó luego del ánimo de Pierre otra desolación, que lo dejó balbuciendo, sin recitar preces concretas. Acababa de acordarse del golpe violento que se había llevado a los dos jóvenes, en una revancha fulminante de la naturaleza. ¡Qué contrasentido el haber jurado a la Virgen Santa que no haría donación de su virginidad sino al que había elegido para esposo, el haber vivido torturada por ese juramento como por un cilicio que se lleva sobre las carnes durante toda su existencia, para luego, durante la agonía, arrojar al cuello del hombre amado, loca de arrepentimiento, ardiendo en deseos de entregarse toda entera! Y, en efecto, se había entregado, con el arrebatado de una última protesta, y había bastado para que despertase en ella el instinto universal del amor aquella realidad brutal de la separación inminente, que le advertía que había vivido engañada. Una vez más caía vencida la Iglesia y triunfaba el gran Pan, sembrador de semilla, el que une las parejas con su ademán eterno de fecundidad. Aunque la Iglesia no se había venido abajo durante el Renacimiento, bajo el empuje de las Venus y de los Hércules exhumados del viejo suelo romano continuaba la lucha tan encarnizada como siempre, y los pueblos nuevos, en todo instante, desbordantes de savia, hambrientos de vida, guerreaban contra una religión que no predicaba sino



una apetencia de la muerte, y amenazaban con arrastrar el antiguo edificio del catolicismo, cuyos muros se resquebrajaban ya de vejez infecunda.

Pierre comprendió en ese momento que la muerte de aquella adorable Benedetta era el supremo desastre para él. Siguió contemplándola, hasta que las lágrimas le quemaron los ojos. Ella se había llevado el último vestigio de su quimera. Al igual que la noche anterior, en el Vaticano ante el papa, se daba cuenta de que se hundía su última esperanza, aquel ideal tan ardientemente deseado de que resucitase la vieja Roma, rejuvenecida y llena de vida. Ahora sí que todo había concluido: Roma, la católica, la de los príncipes, yacía allí, muerta, como estatua de mármol, en aquel lecho fúnebre. No había sido capaz de ir hacia los humildes, hacia las gentes que sufren en este mundo, y acababa de expirar en medio del grito impotente de su pasión egoísta, cuando era ya demasiado tarde para amar y para ser fecundada. Ya no tendría nunca jamás hijos; la vieja casa romana quedaba desierta para siempre, estéril, sin posible despertar. Pierre, cuya alma quedaba como viuda con la muerte de aquella joven adorada, experimentó un dolor tan vivo al verla inmóvil y helada, que casi desfalleció. ¿Era la lividez de aquella atmósfera, en la que brillaban como estrellitas amarillas las luces de los dos cirios, lo que le turbaba la vista; era el perfume de rosas, que daba pesadez a aquel aire de muerte, lo que lo tenía como borracho, o el sordo murmullo ininterrumpido del oficiante que daba fin a su misa lo que bordoneaba en su cerebro y le impedía recitar sus plegarias? Temeroso de caer redondo sobre la plataforma, se levantó y se apartó un poco de allí.

Se refugió luego en el hueco de una ventana, para recobrase, y con gran sorpresa suya se encontró con Victorine, que estaba allí, sentada en un taburete, medio oculta. Donna Serafina le había dado orden de velar desde aquel rincón sobre los dos seres queridos, como ella decía, y de no apartar la vista de las personas que entraban y salían. Al ver al sacerdote, que estaba palidísimo y a punto de desvanecerse, le cedió el asiento.

—¡Ah! —exclamó Pierre después de respirar profundamente—, ¡que al menos tengan la alegría de estar juntos en otra parte, de vivir otra vida en otro mundo!

Victorine se encogió afectuosamente de hombros y replicó en voz baja:

—¡Vivir otra vez! ¿Y para qué? Cuando uno muere, créame, lo mejor que puede hacer es seguir muerto y dormir. Ya han sufrido bastante esos pobres chicos en este mundo y no hay por qué desearles que vuelvan a empezar en otro.

Aquellas frases tan ingenuas y profundas de una mujer iletrada y sin fe sacudieron a Pierre con un escalofrío que le llegó hasta los huesos. ¡Y pensar que a él le habían castañeteado más de una vez los dientes por efecto del terror, al evocar de pronto, en medio de la noche, la idea de la muerte! Aquella mujer, a la que no producían turbación las ideas de eternidad y de infinito, le parecía heroica. ¡Qué súbita tranquilidad reinaría en la humanidad, qué felices vivirían los hombres si tuviese todo el mundo la tranquila irreligiosidad, la despreocupación sabia y alegre de las gentes del pueblo incrédulo de Francia!

Victorine observó el escalofrío del sacerdote y siguió diciendo:

—¿Y qué piensa usted que puede haber después de la muerte? Ya se ha ganado uno el derecho al descanso, y ese pensamiento es lo más deseable y consolador. Sería demasiada tarea la que tendría Dios si le tocase premiar a los buenos y castigar a los malos. ¿Usted cree que es posible ese acto del juicio? ¿No le parece que cada cual lleva dentro de sí mismo el bien y el mal, pero tan mezclados, que lo más prudente sería absolvernos a todos?

—Pero —dijo Pierre por lo bajo—, esos dos, tan cariñosos y tan queridos, no han vivido realmente. ¿Por qué, pues, no hemos de creer que han de volver a vivir, el uno en brazos del otro, eternamente, recibiendo así su recompensa?

Otra vez movió Victorine la cabeza.

—¡No, eso no!... Ya se lo decía yo a mi pobre Benedetta, que hacía mal en torturarse de ese modo con el pensamiento de la otra vida, no queriendo entregarse al hombre que la amaba y a quien ella tanto apetecía. Con sólo que ella lo hubiese querido, le habría yo llevado a su habitación el enamorado, sin preocupación de Registro civil y de sacristía. ¡Son tan escasos los momentos de felicidad! ¡Los echa uno tanto de menos, después que han pasado, cuando es ya tarde para aprovecharlos!... Ésa es toda la historia de esos pobres angelitos míos. Ya es tarde para ellos, han muerto, y por mucho que la gente levante a los enamorados hasta los cuernos de la luna, créame, una vez muertos, no hay nada que hacerle, el estar abrazados no les da ni frío ni calor.

También a Victorine se le vinieron las lágrimas a los ojos y se echó a sollozar.

—¡Pobres hijos míos! ¡Pobrecitos! ¡Pensar que ni siquiera han pasado una noche feliz, que todo es ahora para ellos noche y que ya no amanecerá!... ¡Mire qué blancos están! Y no se olvide usted de que llegará un momento en que sólo quedarán sobre la almohada sus dos calaveras y que sólo se estrecharán los huesos mondos de sus brazos... ¡Que duerman, que duerman! Así no podrán darse cuenta de nada, así no sentirán ya nada.

Estuvieron largo rato en silencio. Pierre no apartaba sus ojos, estremecido de dudas, ansioso y anhelante por sobreponerse, de aquella mujer que no se preocupaba de los curas, que hablaba siempre con la franqueza de campesina de la Beauce, que rebosaba la satisfacción y la tranquilidad de haber cumplido siempre con su obligación, en su humilde situación de criada, perdida desde hacía veinticinco años en medio de aquel país de lobos, cuyo idioma no había llegado a aprender en tanto tiempo. ¡Quién fuera como ella, quién tuviera su magnífico equilibrio de criatura sana y de cortos alcances, para la que no hay otra cosa que la tierra, que al llegar la noche se acuesta plenamente satisfecha, después de realizar sus tareas del día, dándole igual el no despertar jamás! Pero Pierre, que había vuelto a dirigir una mirada hacia el lecho fúnebre, se dio al fin cuenta de quién era el viejo sacerdote arrodillado en la plataforma, cabizbajo, abrumado de dolor, y cuyas facciones no había podido distinguir antes.

—¿No es ese el abate Pisoni, cura de Santa Brígida, en donde yo he celebrado algunas veces la misa? ¡Pobre señor, cómo llora!

Victorine contestó con voz tranquila, pero en la que se traslucía la congoja:

—Y con razón. El día en que se le ocurrió casar a mi pobre Benedetta con el conde Prada hizo algo de que puede estar orgulloso. Nada de toda esta horrible historia habría ocurrido si le hubiesen entregado desde el primer instante su Dario a mi pobre hija. Pero en esta estúpida ciudad andan todos locos con su política, y este buen hombre de cura creyó que había realizado un verdadero milagro y que había salvado al mundo casando al papa con el rey, como solía decir con su afable sonrisa de sabio entrado en años que no ha tenido otro amor que el de sus antigüedades: ya me entiende usted, me refiero a sus ruinas, a sus ideas patrióticas de hace cien años. Y ya lo ve usted ahora cómo se derrite en lágrimas... También ha venido el otro, hará unos veinte minutos, el padre Lorenza, el jesuita, el que fue confesor de la contessina después del abate Pisoni, y que deshizo todo lo que el otro había hecho. Un hombre magnífico, que se complace en estropear la vida de los demás, que les impide ser felices, poniendo toda una serie de astutas complicaciones en el asunto del divorcio... Me hubiera gustado que hubiese usted estado ahí para verle hacer la señal de la cruz, después de arrodillarse. Ése no ha llorado, ¡no!, y parecía pensar que, puesto que las cosas habían terminado de ese modo, sería porque Dios había acabado por desentenderse de este negocio. ¡Peor para los muertos!

Victorine hablaba afablemente, sin interrupción, como si le aliviase el poder vaciar de ese modo su corazón, después de las terribles horas de prisas y ahogos que habían transcurrido desde la víspera.

—Y a esa otra, ¿no la conoce usted?

Y al decir esto señalaba con la mirada a la joven pobremente vestida, que le había parecido al principio una criada y que parecía presa de horrible pena, abrumada de dolor sobre el pavimento, frente al lecho. En ese instante hizo la joven un movimiento de angustia desesperada, y se irguió, echando hacia atrás la cabeza, una cabeza de extraordinaria belleza, cubierta por la más admirable cabellera negra.

—¡La Pierina! —exclamó Pierre—. ¡Pobre chica!

Victorine hizo un ademán de compasión y de tolerancia.

—¡Qué quiere usted! Le he dado permiso para que subiese hasta aquí... Ignoro cómo ha podido enterarse de la desgracia. Es cierto que siempre anda rondando alrededor del palacio. Me ha hecho llamar, bajé, ¡y si usted viera cómo me ha rogado y suplicado entre sollozos que le concediese el favor de contemplar por última vez a su príncipe! ¡Dios Santo! Después de todo, no hace daño a nadie ahí, arrodillada, contemplando a los dos muertos, con sus hermosos ojos de mujer enamorada, arrasados en lágrimas. Ahí la tiene usted desde hace media hora. Yo estaba resuelta a hacerla salir si no se conducía bien. Pero ya que es tan prudente y ni siquiera se mueve de donde está, ¡que se quede y que dé un hartazgo a su corazón para toda la vida!

Y era, en verdad, un espectáculo sublime el de Pierina, el de aquella joven, toda pasión y belleza, fulminada, anonadada al pie del lecho nupcial en el que dormían los dos amantes, abrazados en la muerte, su primera y eterna noche. Se había echado hacia atrás, apoyándose en los talones, dejando caer pesadamente los brazos, con las manos abiertas, y no apartaba la vista de la pareja adorable y trágica, con el rostro erguido, inmóvil y como clavada en un éxtasis de agonía. Nunca hubo rostro humano tan bello que irradiase de un modo tan maravilloso el resplandor de su sufrimiento y de amor; era el dolor antiguo, vibrante de vida, con su frente soberana, sus mejillas de gracia altiva, su boca divinamente perfecta. ¿En qué pensaba, qué era lo que la hacía penar, cuando miraba a su príncipe, en brazos de su rival para siempre? ¿Se helaba la sangre de sus venas por efecto de un sentimiento de celos que no podrían extinguirse nunca? ¿O sería el dolor de haberlo perdido, el pensamiento de que ésa era la última vez que lo vería sin sentir rencor alguno contra aquella otra mujer que intentaba inútilmente devolverle el calor, con su carne, tan helada como la suya? Sus ojos, anegados en llanto, seguían teniendo una

mirada dulce, y sus labios guardaban su ternura, aunque impregnados de amargura. ¡Qué hermosos le parecían y qué puros, bajo el montón de flores que los cubría! Y, a pesar de su propia belleza, de su belleza de reina, toda naturalidad, permanecía allí sin aliento, como humilde criada, como esclava amorosa, cuyos amos, al morir, le hubieran arrancado el corazón y se lo hubiesen llevado con ellos.

Mientras tanto, continuaba el desfilar de personas, penetraban en la sala con paso quedo, mostrando el dolor en sus rostros, se arrodillaban, rezaban durante algunos minutos, y luego se retiraban con la misma expresión muda y desolada. Pierre sintió que se le agarrotaba el corazón cuando vio entrar a la madre de Dario, a la siempre hermosa Flavia, correctamente acompañada de su marido, el apuesto Jules Laporte, el antiguo sargento de la guardia suiza, al que ella había convertido en marqués de Montefiori. Le habían avisado enseguida y había acudido la víspera. Pero ahora volvía ataviada de gran luto, y estaba magnífica, toda de negro, color que le iba muy bien a su majestad de diosa Juno un poco fornida. Se acercó majestuosamente al lecho y permaneció de pie unos segundos, con dos lágrimas en el borde de sus pestañas, pero que no corrían. Luego, al ir a arrodillarse, se cercioró de que Jules estaba a su lado, y le dirigió una ojeada, que equivalía a una orden para que se arrodillase también él, junto a ella. Se inclinaron ambos en la orilla de la plataforma y permanecieron rezando el tiempo preciso: ella, con expresión muy digna y abrumada; él, mejor todavía que ella, mostrando la desolación modelo del hombre que sabe hacer su papel en todas las circunstancias de la vida, aun en las más trascendentales. Luego se pusieron de pie los dos y desaparecieron pausadamente por la puerta de las habitaciones en que el cardenal y donna Serafina recibían a la familia y a los íntimos.

Entraron una tras otra cinco señoras, al mismo tiempo que salían dos capuchinos y el embajador de España en el Vaticano. Victorine, que llevaba sin hablar un rato, exclamó de pronto:

—¡Aquí llega la princesita, y esa sí que está afligida, porque su cariño hacia Benedetta era muy sincero!

Pierre vio, en efecto, entrar a Celia, que se había puesto de luto para hacer aquella visita de atroz despedida. Venía detrás su doncella, con un enorme ramo de rosas blancas en cada brazo.

—¡Pobre chica! —siguió diciendo Victorine—. Ella que quería que se celebrasen a un tiempo las dos bodas, la suya con Attilio y la de estos dos pobres muertos cuyos amores duermen ahí. ¡Ellos le ganaron la mano y han celebrado ya sus bodas, y duermen juntos su primera noche!

Celia se había arrodillado enseguida, haciendo la señal de la cruz. Pero se advertía que no rezaba y que contemplaba a los dos queridos enamorados con el estupor desesperado de encontrarlos tan blancos, tan fríos, con una belleza de mármol. De modo que habían bastado algunas horas para que se retirase de ellos toda vida y para que ya no pudiesen volver a besarse jamás sus labios. Y se los imaginaba, en pleno baile del día anterior, tan gloriosos y rebosantes de amor. Y su joven corazón, abierto a la vida, ávido de alegría y de sol, se rebelaba contra aquella muerte imbécil y protestaba furiosamente. Y en su rostro ingenuo de lirio cándido y cerrado se leían la cólera, el espanto y el dolor ante la muerte, que hiela todo ardor. Y su boca inocente, de labios cerrados sobre la blanca dentadura, sus ojos de agua de manantial, claros y profundos, no habían tenido jamás una expresión de misterio tan insondable; la vida de las pasiones, que ella ignoraba y en la que iba a penetrar, tropezaba, en el dintel mismo, con los cadáveres de aquellos dos seres a los que amaba tiernamente y cuya pérdida le trastornaba el alma.

Procuró cerrar suavemente los ojos y se esforzó por rezar; dos gruesas lágrimas se deslizaban por entre sus párpados entornados. Pasó un rato, en medio del silencio tembloroso, turbado únicamente por los murmullos de la misa que se estaba celebrando. Y se alzó al fin, hizo que la doncella le entregase los dos ramos de rosas blancas, que quería ofrendar ella misma a los muertos. De pie, sobre la plataforma, tuvo unos instantes de indecisión, y acabó poniéndolos, uno a la derecha y el otro a la izquierda de la almohada en que descansaban sus cabezas, como si hubiese querido coronarlos de flores, mezclando las rosas con sus cabellos, impregnando sus jóvenes frentes con aquel perfume tan suave y tan penetrante. Y se quedó con las manos vacías, pero no se apartaba de allí, seguía junto a los muertos, inclinada hacia ellos, toda temblorosa, pensando en decirles algo más, en dejarles algo de ella para siempre. Y lo que se le ocurrió fue inclinarse todavía más y besar muy despacio las frentes heladas del esposo y de la esposa, con un beso en el que puso toda su alma profunda de mujer enamorada.

—¡Mujercita valiente! —exclamó Victorine dejando correr sus lágrimas—. Ya ha visto usted cómo los ha besado, cosa que hasta ahora no se le había ocurrido a nadie, ni siquiera a la madre... ¡Tiene un corazón de oro y es seguro que al hacerlo se ha acordado de su Attilio!

Al volverse para bajar de la plataforma, descubrió Celia a la Pierina, que seguía medio echada hacia atrás, sumida en su adoración dolorosa y muda. Celia la reconoció, y se apiadó de ella cuando vio que estallaba otra vez en sollozos, que agitaban todo su cuerpo, sus caderas y su garganta de diosa de

un modo horrible. Aquella angustia de amor la trastornó, como un desastre que lo arrastra todo. Y se le oyó decir a media voz, con acento de piedad infinita:

—Tranquilícese, querida, tranquilícese... Yo se lo pido, sea usted razonable, querida.

Y después, al ver que la Pierina sollozase con más fuerza todavía, asombrada de verse compadecida de ese modo, y como sus sollozos llamasen excesivamente la atención, Celia la hizo levantarse, la sostuvo entre sus dos brazos por temor a que cayese al suelo. Y abrazándola, con abrazo fraternal, se la llevó como hermana en la ternura y la desesperanza, y la sacó de la sala, prodigándole las más cariñosas palabras.

—Vaya usted detrás de ellas —dijo Victorine a Pierre—, sígalas para ver en qué para eso. Yo no quiero moverme de aquí, porque me sirve de tranquilidad el estar velando a mis queridos hijos.

Otro sacerdote, un capuchino, daba en ese instante comienzo a otra misa en el altar improvisado, y empezó de nuevo la salmodia latina, a tiempo que, en la sala contigua, sonaban los campanillazos de la elevación, dominando el confuso runrún de la misa que estaban diciendo al lado. El perfume de las flores iba en aumento, se hacía cada vez más pesado, parecía una caricia de vértigo en medio de la atmósfera inerte y sombría de la sala. Los criados seguían inmóviles, lo mismo que si estuviesen en una recepción de gala. Y frente al lecho de ceremonia, sobre el cual ponían sus estrellitas pálidas los dos cirios, proseguía el desfile de duelo, mujeres, hombres, que permanecían un instante en aquella atmósfera asfixiante y que se marchaban luego, llevándose la visión inolvidable de los dos amantes trágicos que dormían su sueño eterno.

Pierre alcanzó a Celia y a Pierina en la antecámara noble, en la que estaba don Vigilio. Habían colocado allí en un rincón las escasas sillas que había en la sala del trono, y la princesita había hecho que la obrera tomase asiento en un sillón, para que se recobrase un poco. Celia la contemplaba con éxtasis, encantada de encontrarla tan hermosa, la más hermosa de todas las mujeres, como ella decía. Habló después de los dos muertos queridos, que también le habían parecido hermosísimos, de una belleza magnífica y suave, extraordinaria. Y en medio de sus lágrimas no ocultaba la admiración que la dominaba. Pierre hizo hablar a la Pierina y supo así que su hermano Tito estaba en el hospital, en gravísimo estado, con una terrible cuchillada en el costado; desde la entrada del invierno la miseria se había hecho cada vez más horrible en Prati di Castello. Todos pasaban grandes angustias, y los que

arrebatada la muerte tenían motivo de alegrarse. Pero Celia se esforzaba por olvidar los sufrimientos y hasta la muerte misma, con un ademán de esperanza inquebrantable.

—No, no; hay que vivir. Querida mía, para vivir debe bastar con ser bella. Vamos, querida, no siga usted aquí más tiempo, no llore, viva usted para gozar de la alegría de ser hermosa.

Se la llevó con ella, y Pierre permaneció sentado en uno de los sillones, invadido por una tristeza y una flojedad tan grandes, que no hubiera querido moverse ya de allí. Don Vigilio, en pie, continuaba saludando con una reverencia a todos los visitantes que llegaban. Había sufrido durante la noche un acceso de fiebre y todavía le castañeteaban los dientes; tenía la piel muy amarilla y los ojos ardientes e inquietos. Lanzaba continuas miradas a Pierre, devorado por el deseo de hablarle; pero sin duda que aquel deseo se encontraba contrarrestado por el miedo de que lo viese el abate Paparelli a través de la puerta de la antecámara contigua, que estaba abierta de par en par, porque don Vigilio no dejaba de espiar al caudatario. Pero en un momento que tuvo éste que ausentarse, don Vigilio se acercó al sacerdote:

—Anoche fue usted recibido por Su Santidad.

Pierre le contempló, estupefacto.

—¡Vaya! Le tengo dicho a usted que todo se sabe... ¿Pero, qué ha hecho usted? Tengo entendido que retiró, pura y simplemente, su libro.

La cara de estupefacción del sacerdote bastó para que don Vigilio se diese por enterado, y continuó diciendo, sin darle tiempo a contestar:

—Me lo sospechaba, pero quería tener la certidumbre absoluta... ¡Cómo se ve su mano en todo esto! Supongo que ahora ya creerá lo que le dije, que ya estará usted convencido de que esa gente sabe hacer callar a los que no consiguen envenenar.

Seguramente que se refería a los jesuitas. Alargó el cuello para mirar, como medida de prudencia, para cerciorarse de que no había vuelto el abate Paparelli.

—¿Y qué le ha dicho a usted monseñor Nani?

—Perdone —exclamó Pierre interrumpiéndole—. Todavía no me he entrevistado con monseñor Nani.

—¡Ah! Pues yo creía... Pasó por esta sala antes de que usted llegase. Si no se ha encontrado con él en la sala del trono, será porque ha ido a saludar a donna Serafina y a Su Eminencia. Como tiene que pasar forzosamente por aquí, ya tendrá usted ocasión de verlo.



Y agregó luego, con su terrible amargura de hombre débil que se siente siempre aterrorizado y vencido:

—Ya le había advertido yo a usted que acabaría por hacer lo que él quisiese.

Creyó advertir en ese instante los pasitos ligeros del abate Paparelli, y volvió a su sitio rápidamente, saludando con una gran reverencia a dos señoras ancianas que entraban. Pierre siguió sentado, abrumado, con los ojos a medio entornar, y vio alzarse al fin ante él la figura de Nani, en toda la realidad de su inteligencia y de su diplomacia magníficas. Recordó lo que le había dicho don Vigilio en aquella célebre noche de confidencias, acerca de este hombre, que era demasiado listo para exhibirse con un ropaje impopular, que era, por lo demás, un prelado encantador, que conocía perfectamente a las gentes por los cargos que sucesivamente había desempeñado en las nunciaturas y en el Santo Oficio, que andaba mezclado en todo, que estaba documentado acerca de todo, que era una de las cabezas, uno de los cerebros del moderno ejército negro que tiene la pretensión de atraer nuevamente al mundo hacia la Iglesia, a fuerza de oportunismo. Y de pronto se iluminó su inteligencia y comprendió la táctica admirable y ágil que este hombre había empleado para llevarlo a realizar el acto, obra en apariencia de una voluntad libérrima, que él quería que realizase: la retirada pura y simple de su libro. Al principio había experimentado Nani una viva contrariedad; cuando se enteró de que se había iniciado un proceso contra el libro, una súbita inquietud producida por el temor de que aquel paso impeliese al autor a iniciar una rebelión que sería molesta, e inmediatamente se trazó su plan, tomó sus informes acerca de aquel joven, que era capaz de producir un cisma, provocó su viaje a Roma, lo hizo invitar a hospedarse en un antiguo palacio, en el que hasta los muros helarían su ardor y lo instruirían. Y una vez en Roma fue poniendo constantemente obstáculos en su camino, impidiendo que pudiese ver al papa y prolongando de ese modo su estancia en Roma, prometiéndole que le conseguiría la tan ansiada audiencia cuando llegase el momento, después de haberle hecho andar de un lado a otro, de monseñor Fornaro al padre Dangelis, del cardenal Sarno al cardenal Sanguinetti. Y cuando al fin lo vio quebrantado por las realidades y por los hombres, fatigado, descorazonado, mordido por la duda, le proporcionó la audiencia, para la que venía preparándolo desde hacía tres meses, la visita al papa, que acabaría matando en su corazón todo su sueño. Pierre se representaba ahora a Nani, con su fina sonrisa, sus ojos claros de político sabio que se divertía con el experimento que estaba haciendo, y oía cómo le repetía, con voz en la que se

transparentaba una ligera burla, que todo aquello era una verdadera gracia que le otorgaba la Providencia, porque aquellos retrasos le permitirían visitar toda Roma, meditar, comprender, que serían para él una lección completa, que le darían una educación que iba a ahorrarle muchas equivocaciones. ¡Pensar que él había llegado a Roma poseído de sus entusiasmos de apóstol, ardiendo en deseos de lucha, haciendo juramentos de que por nada del mundo retiraría su libro! ¿No era de la más fina diplomacia, y a la par de la más sagaz, el haber hecho que su sentimentalismo chocase con su razón, el llamamiento dirigido a su inteligencia para que, en presencia de la Roma real, en vista de la ridiculez enorme que encerraba aquel sueño de una Roma nueva, suprimiese, sin el escándalo de una lucha, el libro inútil y erróneo que ella misma había forjado?

En estos pensamientos estaba Pierre cuando vio que monseñor Nani atravesaba la sala del trono y, contrariamente a lo que él creía, no experimentó contra él ningún sentimiento de irritación ni de rencor. Al contrario, experimentó una verdadera satisfacción cuando el prelado, que también le había visto, se acercó a él y le tendió la mano. Pero Nani no tenía entonces su sonrisa habitual, sino que tenía una expresión grave, dolorosamente asombrada.

—¡Qué catástrofe, horrible, querido hijo! Salgo de visitar a Su Eminencia y lo he dejado arrasado en lágrimas. ¡Es horrible, horrible!

Tomó asiento en una de las sillas, invitando al sacerdote a que volviese a sentarse, y permaneció callado durante algunos instantes, rendido sin duda por la emoción, como si necesitase unos minutos de descanso para aliviarse de las reflexiones que ensombrecían claramente su rostro sereno. Hizo por fin un ademán, como queriendo apartar aquella sombra, y recobró su amable cortesía.

—¿Qué me dice usted, querido hijo? ¿Vio usted a Su Santidad?

—Sí, monseñor; ayer noche, y le doy las más sinceras gracias por la gran bondad que puso en satisfacer mi deseo.

Nani le miraba fijamente, y otra vez subió a sus labios su invencible sonrisa.

—Dice usted que me da las gracias... Ya veo que ha sabido ser prudente, haciendo sumisión completa a los pies de Su Santidad. Estaba seguro de que sucedería eso, no esperaba menos de su magnífica inteligencia. Con todo, me deja usted verdaderamente complacido, porque me alegra el comprobar que yo no me había equivocado en el juicio que tenía formado de usted.

Se explayaba. Luego agregó:

—Yo no he querido entablar con usted ninguna discusión. ¿Para qué? Cuando se tiene delante la realidad par a convencerse... Y ahora que ha retirado ya usted su libro, no tendría objeto alguno el que discutiéramos... Sin embargo, vale la pena que reflexione usted en que si estuviese en su mano el hacer que la Iglesia remontase a sus comienzos, retornando a la comunidad cristiana, de la que nos ha trazado un cuadro tan encantador, la Iglesia no podría hacer otra cosa que seguir otra vez la evolución que Dios le ha marcado ya una vez; de modo que, al cabo de igual número de siglos, volvería a encontrarse exactamente en el mismo punto en que hoy se encuentra... No, lo que Dios ha hecho bien hecho está; tal cual es hoy, la Iglesia está llamada a gobernar el mundo, tal cual éste ha llegado a ser, y sólo la Iglesia puede saber los medios que ha de emplear para establecer sólidamente su reino sobre este mundo terrenal. Y por eso, su ataque al poder temporal ha sido un error imperdonable, un crimen, porque desposeyendo al papa de sus dominios, lo deja usted a la merced de los pueblos... Lo que usted llama nueva religión no es otra cosa que el derrumbamiento final de toda religión, la anarquía moral, la libertad del cisma, en una palabra, la destrucción del divino edificio, de este catolicismo secular, tan prodigioso por su sabiduría y por su solidez, que ha sido suficiente hasta ahora para la salvación de la humanidad y que será el único que podrá salvarla en el porvenir.

Pierre se dio cuenta de que era sincero, religioso, de una fe verdaderamente inquebrantable, que amaba a la Iglesia como hijo agradecido, convencido de que era la más hermosa, la única organización social capaz de hacer feliz a la humanidad. Si Nani aspiraba a gobernar el mundo, era, sin duda, por la alegría dominadora del mando, pero también porque se hallaba convencido de que nadie lo gobernaría mejor que él.

—Desde luego, cabe discusión acerca de los medios; yo quisiera que éstos fuesen suaves, todo lo humanos que sea posible, enteramente conciliadores con este siglo que se nos escapa en apariencia, por la sencilla razón de que existe entre nosotros un mal entendido. Pero ya lo atraeremos otra vez; tengo la certidumbre absoluta... Y por eso, querido hijo, es por lo que me regocijo al verlo de vuelta en el redil, identificado con nosotros, dispuesto a luchar a nuestro lado. ¿No es así, hijo mío?

El sacerdote volvía a encontrarse con los mismos argumentos que le había expuesto León XIII. Y queriendo eludir una respuesta directa, apagada ya en su ánimo toda ira, pero sintiendo siempre la llaga en carne viva del derrumbamiento de su ideal, se inclinó otra vez, hablando con voz pausada, para disimular su amargo temblor:

—Vuelvo a insistir, monseñor, en todo mi agradecimiento por la habilidad con que ha sabido extirpar mis vanas ilusiones, con mano habilísima de cirujano consumado. Ya llegará el momento de que sane de mis sufrimientos, y mi gratitud hacia usted será eterna.

Monseñor Nani seguía mirándole, sonriente. Se daba cuenta de que aquel joven sacerdote se apartaría a un lado, de que era una fuerza viva que perdía la Iglesia. ¿Qué camino tomaría andando el tiempo? Con seguridad de que volvería a dar otro mal paso. Pero el prelado se daba por satisfecho con haberle ayudado a salir con bien del primero, y no podía prever el porvenir. Hizo un ademán gracioso, como diciendo que cada día tiene su afán.

—¿Me deja usted terminar, hijo mío? —dijo al fin—. Sea usted prudente; su felicidad, como sacerdote y como hombre, está en la humildad. Si emplea usted contra Dios esa admirable inteligencia que Dios le ha dado, será horriblemente desgraciado.

Hizo un ademán como apartando aquel asunto, dándolo ya por bien terminado, para no ocuparse más de él. Y su rostro volvió a ensombrecerse al pensar en el otro asunto, en el que también se había llegado al final, pero a un final trágico, con la muerte fulminante de aquellos dos muchachos que dormían en la sala contigua.

—¡Pobre princesa, pobre cardenal! ¡Me ha dado un vuelco el corazón al verlos! Es la catástrofe más horrenda que puede caer sobre una casa... ¡No, no! ¡Esto es excesivo! ¡La desgracia ha ido demasiado lejos; el alma se rebela!

Se oyó en aquel instante ruido de voces en la segunda antecámara, y Pierre tuvo la sorpresa de ver pasar al cardenal Sanguinetti, guiado por el abate Paparelli, que redoblaba sus obsequiosidades.

—Tenga Su Eminencia la extrema bondad de seguirme; yo mismo lo conduciré hasta allí.

—Sí, llegué ayer noche de Frascati, y en cuanto me he enterado de la triste novedad, he querido venir a darle mi pésame y mis condolencias.

—Dígnese Su Eminencia detenerse un instante junto a los cadáveres; luego le acompañaré yo mismo.

—Justamente; deseo proclamar bien alto que tomo una parte inmensa en el duelo de esta ilustre casa.

Desapareció por la puerta de la sala del trono, y Pierre se quedó boquiabierto ante semejante audacia. Desde luego, él no lo acusaba de complicidad directa con Santobono; no se atrevía tampoco a medir hasta dónde podía llegar su complicidad moral. Pero al verle pasar de esa manera,

con la frente tan alta y una frase pronunciada de forma tan contundente, tuvo la convicción brusca, cierta, de que lo sabía todo. ¿Cómo? ¿Por quién? No podía decirlo. Sin duda, de la manera como se conocen los crímenes en los bajos fondos tenebrosos entre gentes que tienen interés en saberlo todo. Y Pierre se quedó helado al ver aquel modo altanero de presentarse, tal vez con la idea de poner un dique a las sospechas, o para realizar un acto de buena política dando a su rival un público testimonio de su estima y de su cariño.

—¡El cardenal aquí! —no pudo menos de exclamar por lo bajo.

Monseñor Nani, que seguía la sombra de los pensamientos de Pierre en sus ojos inocentes en los que se leía todo, afectó equivocarse sobre el sentido de aquella exclamación.

—Ya me había enterado yo de que está en Roma desde ayer. No ha querido, sin duda, estar ausente por más tiempo, una vez que supo que el Santo Padre seguía mejor y que podía necesitarle.

Pierre no se dejó inducir a error por aquellas frases, aunque Nani las dijo con acento de la mayor inocencia. Miró otra vez al prelado y se convenció de que también él lo sabía todo. Y de pronto se le apareció el asunto en toda su terrible complicación, con toda la ferocidad que le había dado el destino. Nani, antiguo familiar del palacio Boccanera, no carecía de buen corazón; sentía, desde luego, hacia Benedetta un cariño nacido del encanto que emanaba de tanta hermosura y gentileza. Esto pudiera encerrar la clave de la maestría victoriosa que puso en juego para hacer que se pronunciase la anulación del matrimonio. Pero, de estar a lo que decía don Vigilio, aquel divorcio, obtenido a peso de oro y a fuerza de influencias descaradas, no era más que un motivo de escándalo, al que se dio al principio largas, y que luego se precipitó de una manera ruidosa, con el único objeto de dañar el prestigio del cardenal, para alejarlo de la tiara en vísperas del cónclave, que todo el mundo creía inminente. Por lo demás, no había duda alguna de que el cardenal, hombre intransigente y sin diplomacia alguna, no podía ser el candidato de Nani, hombre muy elástico, que deseaba llegar a una inteligencia universal; de modo que todo aquel largo trabajo que Nani había realizado en aquella casa, al mismo tiempo que se encaminaba a la felicidad de la querida contessina, no podía tener otra finalidad que la de quebrantar de una manera lenta y constante las ardientes ambiciones de la hermana y del hermano, que ansiaban que su antigua familia diese a la Iglesia un tercer papa. Pero aunque fuesen esos los designios de Nani, aunque se hubiese puesto en ciertos momentos del lado del cardenal Sanguinetti, poniendo en él sus esperanzas, no se imaginó jamás que se llegaría al crimen, a la odiosidad imbecil de un

veneno que se equivocaba de dirección y hería a personas inocentes. ¡No, no!, como decía él; aquello era excesivo, sublevaba el alma. Le repugnaba semejante brutalidad, le llenaba de indignación, porque él empleaba medios más suaves; su rostro, tan sonrosado y bien cuidado, conservaba aún la grave expresión de su indignación a la vista de aquel cardenal deshecho en lágrimas y de aquellos dos pobres amantes asesinados en lugar de aquél.

Pierre creía que el cardenal Sanguinetti seguía siendo el candidato secreto del prelado, y le desasosegaba la idea de saber hasta qué punto llegaba la complicidad moral de este último en el odioso suceso. Por eso reanudó el tema.

—Se dice que Su Santidad está enojado con Su Eminencia el cardenal Sanguinetti. Es natural: el papa reinante no puede ver con buenos ojos al papa futuro.

Monseñor Nani mostró por un momento un franco regocijo.

—¡Vaya! El cardenal se ha indisputado y ha hecho las paces con el Vaticano tres o cuatro veces. De todos modos, el Santo Padre sabe que no tiene por qué sentir celos postumos y que puede acoger a Su Eminencia con todo afecto.

Pero se arrepintió de haber expresado de aquel modo su certidumbre y se recobró.

—Esto que le digo es una broma, porque Su Eminencia es muy digno de los altos destinos que tal vez le esperan.

Pierre sabía ya a qué atenerse; el cardenal Sanguinetti no era de ningún modo el candidato de monseñor Nani. Sin duda que lo encontraba excesivamente gastado por su ambición impaciente, y también excesivamente peligroso por las alianzas equívocas que, en medio de sus ansias, había concertado con todo el mundo, hasta con la joven Italia patriota. La situación se despejaba; el cardenal Sanguinetti y el cardenal Boccanera se devoraban entre sí, se suprimían el uno al otro; uno no cesaba jamás de intrigar, no retrocedía ante ninguna concesión, soñaba con reconquistar a Roma por medio de las elecciones; el otro seguía impertérrito y erguido en su intransigencia, excomulgando al siglo, no esperando más que de Dios el milagro que había de salvar a su Iglesia. ¿Por qué no dejar que aquellas dos teorías, puestas frente a frente, se destruyesen una a otra, con todo lo que en sí tenían de extremistas y de peligrosas? Es cierto que Boccanera había escapado al veneno; pero no era menos cierto que aquella trágica aventura había dado en el blanco, imposibilitándole como candidato, anulándolo según los rumores que se susurraban por toda Roma; y Sanguinetti podía creer que

se había desembarazado de un rival; pero no caía en la cuenta de que se había herido a sí mismo, que también había matado su propia candidatura con aquella su pasión arrebatadora de mando, que no reparaba en medios, y que constituía una amenaza para todos. La satisfacción de monseñor Nani era evidente: ni uno ni otro, campo libre, se repetía la leyenda de aquellos dos lobos que se atacaron y devoraron mutuamente, sin que quedase de ellos ni los rabos. Y el único temible misterio que ocultaban los ojos pálidos y toda la discreta persona de monseñor Nani era el de cómo se llamaría el candidato elegido definitivamente, patrocinado por el omnipotente ejército del que él era uno de los más hábiles jefes. Un hombre como Nani no se desinteresaba jamás, tenía siempre lista su solución. ¿Quién sería, pues, el papa de mañana?

Se levantó y se preparó a despedirse cordialmente del joven sacerdote:

—Querido hijo, temo que no vuelva a verlo a usted, y le deseo un feliz viaje...

Pero no se marchaba de allí; seguía mirando a Pierre con su expresión penetrante y vivaz; le hizo sentar otra vez, y volvió también él a sentarse.

—Escúcheme: supongo que, en cuanto llegue usted a Francia, irá a saludar al cardenal Bergerot... Hágame el favor de darle mis respetuosos recuerdos. Lo traté un poco cuando vino a Roma para recibir el capelo. Es una de las más grandes luminarias del clero francés... ¡Si un hombre de su inteligencia quisiese trabajar por la concordia de nuestra Santa Iglesia! Pero me temo, desgraciadamente, que está poseído de ciertas prevenciones de raza y de ambiente, porque no siempre hace por ayudarnos.

Pierre le escuchaba con viva curiosidad, sorprendido de oírle hablar por primera vez del cardenal, en el último instante. Dejó de lado toda consideración y le contestó francamente:

—Es cierto; Su Eminencia tiene un criterio bien definido sobre nuestra vieja Iglesia de Francia. Por ejemplo, profesa verdadero horror a los jesuitas.

Monseñor Nani le contuvo con una ligera exclamación. La expresión de su rostro denotaba el más sincero, el más franco asombro imaginable.

—¿Cómo es eso? ¿Horror a los jesuitas? ¿Y en qué pueden molestarle los jesuitas? ¡Pero si eso de los jesuitas es cosa acabada! ¿Ha visto usted por casualidad en Roma jesuitas? ¿Le han molestado acaso los pobres jesuitas, que no tienen en Roma ni una piedra en que apoyar su cabeza?... No, que no sigan agitando ese espantajo para asustar a niños.

Pierre le miraba a su vez, admirado de la soltura, de la audacia tranquila con que tocaba aquel tema candente. Nani no apartaba la vista; mostraba su rostro como si en él estuviese escrita la verdad.

—Ahora bien: si llaman ustedes jesuitas a los sacerdotes avisados, que, en lugar de entablar batallas estériles y peligrosas con las sociedades modernas, se esfuerzan por atraerlas humanamente a la Iglesia, entonces, ¡claro!, todos nosotros tenemos un poco más o un poco menos de jesuitas, porque sería una locura el no tener en cuenta la época en que vivimos... Por lo demás, el nombre es para mí lo de menos. ¡Jesuitas, sí, señor, si así les place: jesuitas!

Otra vez se sonreía con su bella y fina sonrisa, en la que había tanta ironía y tanta inteligencia.

—Pues bien: cuando usted se vea con el cardenal Bergerot, dígame que es un desatino lo que hacen en Francia persiguiendo a los jesuitas, tratándolos como enemigos de la nación. Porque son todo lo contrario; los jesuitas trabajan en favor de Francia, porque siempre se ponen del lado de la riqueza, de la fuerza y del valor. Francia es la única gran nación católica que sigue en pie, grande todavía; es la única en la que el Papado podría apoyarse sólidamente. Por eso el Santo Padre, que en un momento dado soñó con tener ese punto de apoyo en la Alemania victoriosa, se ha aliado con Francia, la vencida ayer, comprendiendo que, fuera de ella, no hay salvación para la Iglesia. Y al hacer esto, no ha hecho sino obedecer a la política de los jesuitas, de esos odiosos jesuitas que inspiran horror en vuestro París... Diga usted de mi parte al cardenal Bergerot lo bien que haría dedicándose a trabajar en pro del apaciguamiento, haciendo comprender a las gentes lo equivocada que está vuestra República no prestando mayor ayuda al Santo Padre en su obra de conciliación. Afecta considerarlo como cantidad despreciable, y ése es un grave error de parte de los gobernantes, porque aunque se le crea despojado de toda acción política, no por eso es menor la inmensa fuerza moral de que dispone, y esta fuerza moral puede, en cualquier momento, sublevar las conciencias, determinar agitaciones religiosas de un alcance incalculable. Sigue siendo el papa quien dispone de los pueblos, desde el momento que dispone de las almas; la República obra con gran ligereza, mirando por sus propios intereses, cuando hace como que no se da por enterada... Y dígame finalmente que causa verdadera pena el ver cómo elige esa República sus obispos, porque parece que quisiera debilitar voluntariamente su episcopado. Vuestros obispos, aparte algunas felices excepciones, son gentes de muy cortos alcances, y de ahí que vuestros cardenales, cerebros mediocres, no ejercen aquí ninguna influencia, no juegan papel alguno. ¡Triste figura la que haréis cuando se abra el próximo cónclave! ¿Por qué, pues, tratáis con un odio tan estúpido y tan obcecado a esos jesuitas, que son, políticamente, vuestros amigos? ¿Por qué no empleáis más bien su diligente celo, que está siempre a



vuestras órdenes, para aseguraros así la ayuda del papa futuro? Os conviene, mirando por vosotros mismos; es preciso que el nuevo papa lleve adelante entre vosotros la obra de León XIII, esa obra que tan mal ha sido juzgada, que tan combatida ha sido, porque es una obra que no mira a los pequeños éxitos del momento, sino que trabaja, sobre todo, para el porvenir, preparando la unidad de todos los pueblos en el seno de su Santa Madre la Iglesia... Dígale, no deje de decirle al cardenal Bergerot, que se ponga de nuestro lado, que trabaje en favor de su país al mismo tiempo que trabaja en favor nuestro. ¡El papa futuro! Ésa es la gran incógnita, ¡y desgraciada de Francia si no encuentra en el papa de mañana un continuador de León XIII!

Otra vez se puso en pie, esta vez para retirarse. Nunca se había expresado de aquel modo, tan extensamente. Pero con seguridad que no había dicho sino lo que él quería decir, y que lo había dicho con una finalidad que él solo conocía, expresándose con una pausa y con una suavidad llenas de entereza, con frases bien maduras y pensadas de antemano.

—Adiós, mi querido hijo, y le repito otra vez que reflexione en todo lo que usted ha visto y oído en Roma. Sea usted discreto; no malogre su vida.

Pierre se inclinó y estrechó la manecita regordeta y elástica que el prelado le alargaba.

—Monseñor, vuelvo a darle las gracias por todas sus bondades, y tenga la absoluta seguridad de que no olvidaré nada de mi viaje.

Le vio desaparecer, envuelto en su sotana fina, con su paso ligero y conquistador, de hombre que marcha seguro hacia todas las victorias del porvenir. No, Pierre no olvidaría ningún detalle de su viaje. Ya sabía en qué consistía aquella unidad de todos los pueblos en el seno de su Santa Madre la Iglesia, aquella servidumbre temporal, que convertiría a la ley de Cristo en la dictadura de Augusto, señor del mundo. Tampoco le cabía duda alguna de que los jesuitas amaban a Francia, la hija primogénita de la Iglesia, la única que era hoy capaz de ayudar a su madre a reconquistar la realeza universal; pero la amaban como las negras bandadas de langostas aman a los sembrados, precipitándose sobre ellos y devorándolos. Volvió a sentir impregnado el corazón de una tristeza infinita, porque experimentó la sorda sensación de que también habían sido ellos los artífices de dolor y desastre en aquel viejo palacio fulminado, en aquel duelo y en aquel derrumbamiento.

Justamente, al darse la vuelta, vio a don Vigilio, arrimado a la credencia, frente al gran retrato del cardenal, con el rostro entre las manos, como si quisiese anularse, desaparecer para siempre, con un castañeteo de todos sus miembros, obra del miedo tanto como de la fiebre. Aprovechando un

momento en que no llegaba visita alguna, se había dejado vencer por una crisis de desesperación y terror y se dejaba caer.

—Pero ¿qué le sucede a usted, Dios mío? —preguntó Pierre, acercándose—. ¿Está usted enfermo? ¿Puedo servirle de algo?

Pero don Vigilio se tapaba los ojos, se ahogaba, balbuceaba entre sus manos apretadas. Mas sólo salió de su boca el mismo grito ahogado de espanto:

—¡Ah! ¡Paparelli, Paparelli!

—¿Cómo dice? ¿Le ha hecho algo? —preguntó, asombrado, el sacerdote.

Y entonces apartó el secretario sus manos de la cara, volvió a ceder a la escalofriante necesidad de contar sus cuitas a alguien.

—¿Cómo! ¿Me pregunta usted qué me ha hecho?... Pero, entonces, ¿usted no se da cuenta de nada, no ve nada! ¿No ha reparado en la manera que ha tenido de apoderarse del cardenal Sanguinetti para conducirlo hasta donde estaba Su Eminencia? ¡Qué audacia insolente! ¡Atreverse a obligar a Su Eminencia a soportar a ese rival odiado, sobre el que recaen las sospechas del crimen, y hacerlo en un momento como éste! Y algunos minutos antes, ¿no se ha fijado usted en la maligna astucia que ha empleado para no dejar pasar a una señora anciana, amiga de muchísimos años, que no quería hacer otra cosa que besar la mano de Su Eminencia, llevando a éste un poco de sincera ternura, que le habría llenado de felicidad?... Puede usted creerme: se ha hecho aquí el amo, abre y cierra la puerta a su antojo, nos tiene a todos entre sus dedos, como pellizco de polvo que se lanza al viento.

Pierre se intranquilizó viéndolo tan tembloroso y tan amarillo.

—Vamos, vamos, querido amigo, usted exagera.

—¡Que exagero! ¿Sabe usted lo que ha ocurrido esta noche, la escena a que yo he asistido, sin quererlo? No la conoce usted, ¿verdad? Pues voy a contársela.

Y refirió que cuando regresó donna Serafina el día anterior a casa y se encontró con la horrorosa catástrofe, venía ya con el alma llagada, abrumada por las malas noticias que le habían dado. En el despacho del cardenal secretario, primero, y luego, en casa de los demás prelados amigos suyos, había adquirido la certidumbre de que la situación de su hermano se hallaba en inminente peligro, que se había ido creando enemigos cada vez más numerosos en el Sacro Colegio, hasta el punto de que su elección al trono pontificio, que era probable el año anterior, parecía ya punto menos que imposible. Se derrumbaba de pronto el sueño de toda su vida; la ambición que había alimentado siempre yacía, convertida en polvo, a sus pies. ¿Cómo? ¿Por

qué razón? Inquirió desesperadamente las razones de aquel cambio y se enteró de infinidad de errores, del carácter rudo del cardenal, de ciertas manifestaciones inoportunas, de frases y de actos que habían lastimado a ciertas personas; en una palabra, de la actitud provocadora que había tomado y que parecía encaminada voluntariamente a echarlo todo a perder. Lo peor del caso era que donna Serafina había podido comprobar que todos aquellos errores y torpezas eran otros tantos actos en que ella había aconsejado lo contrario, criticando lo que se proponía hacer su hermano, a pesar de lo cual, éste se había obstinado, bajo el influjo inconfesado del abate Paparelli, de aquel humilde caudatario, personaje ínfimo cuya nefasta influencia barruntaba ella, destructor de la influencia de la propia donna Serafina, tan abnegada y tan vigilante. De ahí que, a pesar del duelo en que estaba aquella casa, no había querido retrasar la ejecución del traidor; además, su antigua camaradería con el terrible Santobono, la historia del cestillo de higos que había pasado de las manos de éste a las manos de aquél, la dejaban yerta, con una sospecha que ni siquiera quería esclarecer. Pero en cuanto pronunció las primeras palabras, en cuanto formuló la petición formal de que pusiese en la puerta de la calle al traidor en el acto mismo, halló en su hermano una resistencia brusca e invencible. No quiso oírla, se enojó, montó en una de esas iras huracanadas, cuya violencia lo arrastra todo, afirmando que hacía muy mal en atacar a un hombre santo, muy piadoso y modesto, acusándola de que con ello hacía el juego a sus enemigos; que, después de haber matado a monseñor Gallo, se esforzaban por envenenar su postrer afecto, el que le inspiraba ese pobre sacerdote sin importancia. Afirmó que todas esas historias no eran sino invenciones odiosas, y juró que lo mantendría a su lado, aunque sólo fuese para demostrar el desdén que le inspiraba la calumnia. Donna Serafina no tuvo más remedio que callarse.

Tuvo don Vigilio un nuevo acceso de temblores y se cubrió otra vez el rostro con las dos manos.

—¡Ah! ¡Paparelli, Paparelli!

Balbuzeaba sordas invectivas; turbio fingidor de modestia y de humildad, vil espía que no tenía más misión que la de verlo todo, escucharlo todo, pervertirlo todo en aquel palacio; insecto inmundo y destructor, aficionado a los mejores bocados, que devoraba la melena del león, jesuita, el jesuita lacayo y tirano, en toda su baja hediondez, en su labor victoriosa de insecto repugnante.

—Cálmese, cálmese —repetía Pierre, y aunque se daba cuenta de que había en todo eso una parte de loca exageración, se sentía invadido él mismo

por el escalofrío de lo misterioso y temible, de las cosas amenazadoras y confusas que veía agitarse entre sombras, como una realidad.

Pero desde que había estado a punto de comer aquellos terribles higos, desde que el rayo había caído tan cerca de él, tenía don Vigilio aquel temblor, aquel espanto y trastorno, que con nada se podía ya calmar. Aun estando solo, por la noche, acostado, con la puerta bien sujeta con cerrojos, se apoderaba de él el terror, le obligaba a ocultarse bajo las sábanas, ahogando sus gritos, como si temiese que entrase alguien a través de las paredes para estrangularlo.

Al cabo de un rato siguió hablando, jadeante, con voz desfallecida, como cuando se sale de una lucha:

—Ya se lo decía yo aquel día que hablamos en su habitación, cerrados con tres vueltas de llave... Hice mal en hablarle de ellos con tanta libertad; hice mal en aliviar mi corazón, refiriéndole todas las cosas de que ellos son capaces. Estaba seguro de que lo sabrían, y ya ve usted cómo lo han sabido, y por eso han querido matarme... Ahora mismo hago mal en decirle todo esto, porque ellos lo sabrán, y esta vez sí que no darán el golpe en vano... ¡Se acabó todo; me doy por muerto; esta noble casa, en la que tan seguro me creía, será mi tumba!

Pierre sentía una profunda compasión hacia aquel hombre enfermo, hacia aquel cerebro febricitante, perseguido por pesadillas, que coronaban el fracaso de su vida fallida entre las angustias de la manía de persecución.

—¡Huya usted de aquí! No permanezca aquí más tiempo; véngase a Francia; váyase a cualquier sitio.

Don Vigilio le miró con estupefacción y se tranquilizó un momento.

—¿Huir dice usted? ¿Y qué adelanto con ello? En Francia los encontraría. En cualquier sitio adonde fuese los encontraría. Están en todas partes, y aunque yo huyese, los tendría siempre a mi lado, estaría en su casa... No, no; prefiero quedarme aquí; lo mismo me da morir enseguida, si Su Eminencia no puede defenderme.

Alzó sus ojos hacia el gran retrato en hábito de ceremonia, que representaba al cardenal en toda la gloria de su sotana de muaré rojo, y le dirigió una mirada de súplica infinita, en la que pugnaba por brillar todavía una esperanza. Pero volvió la crisis, lo sacudió, lo sumergió, en un redoble furioso de su fiebre.

—Déjeme, déjeme, se lo ruego... No me haga hablar más. ¡Ah! ¡Paparelli, Paparelli! Si volviese, si nos viese, si me oyese lo que digo... No volveré a hablar nunca más. Me ataré la lengua, me la cortaré... ¡Déjeme, le digo! ¡Le

aseguro que me está usted matando, que va a volver, que eso equivale a mi muerte! ¡Váyase, váyase, se lo suplico!

Don Vigilio se volvió de cara a la pared, como queriendo aplastarla contra ella, para amurallar su boca con un silencio de tumba. Pierre se decidió a dejarlo, temeroso de provocar un acceso todavía más grave si se empeñaba en prestarle ayuda.

Pierre volvió a penetrar en la sala del trono y se encontró otra vez en medio del duelo horrible e irreparable de aquella casa. A una misa sucedía otra, misas y más misas, cuyas preces ascendían en un balbuceo sin fin a implorar la misericordia divina para que acogiese con bondad a las dos queridas almas que habían alzado el vuelo. Y entre el aroma lánguido de las rosas que se ajaban, frente a las dos estrellitas pálidas de los cirios, pensó en aquel derrumbamiento supremo de los Boccanera. Dario era el último de ese nombre. Con él desaparecieron los Boccanera, gentes despiertas, cuyo apellido había llenado la Historia. Se comprendía el amor que sentía el cardenal, cuyo único pecado era el de conservar el orgullo de familia, por aquel débil jovenzuelo, último de su raza, vástago postrero en el que podía reverdecer el viejo tronco; si tanto él como donna Serafina habían querido el divorcio, y luego el matrimonio había sido, más que nada por hacer cesar el escándalo, esperanzados de que nacería de aquella hermosa pareja una progenie nueva y fuerte, ya que tanto el primo como la prima se obstinaban en no contraer matrimonio, si no era el uno con el otro. Y ahora, con sus cadáveres, encima de aquel lecho de gala, en su abrazo mortal e infecundo, yacía el postrer despojo, los pobres restos de una larga serie de príncipes ilustres, prelados y capitanes, que iban a ser tragados por la tumba. Se había acabado todo; nada podía nacer ya de una solterona que había pasado su edad de mujer, ni de un anciano sacerdote que había perdido ya su potencia de hombre. Los dos permanecían erguidos, frente a frente, estériles, como dos encinas que se yerguen todavía en lo que antes fue un bosque, y con cuya muerte iba a quedar la llanura completamente calva. ¡Qué dolor impotente el de sobrevivirse, qué angustia la de pensar que con uno acaba todo, que uno se lleva todo el manantial de vida, toda la esperanza del porvenir! Entre el balbuceo de las misas, en el aroma desfalleciente de las rosas, en la palidez de los dos cirios, percibía ahora Pierre el derrumbamiento que motivaba aquel duelo, la pesadez de la losa que se cerraba para siempre sobre una familia extinguida, sobre un mundo aniquilado.

Comprendió que, como familiar de la casa, estaba en el deber de saludar a donna Serafina y al cardenal. Hizo que lo pasasen inmediatamente a la

habitación contigua, en la que recibía la princesa. Allí estaba, toda de negro, delgadísima, muy erguida, sentada en un sillón, del que se alzaba un instante, con pausada dignidad, para contestar al saludo de cada una de las personas que llegaban. Escuchaba los pésames; pero no contestaba ni una sola palabra, con expresión rígida, sobreponiéndose al dolor físico. Pero Pierre, que había aprendido a conocerla, adivinó, por lo marcado de sus facciones, por sus ojos hundidos y el pliegue amargo de su boca, el horrendo desastre interior, todo lo que se había derrumbado dentro de ella, sin esperanza posible de reparación. No sólo había acabado su raza, sino que tampoco su hermano sería nunca papa, aquel papa que ella había querido hacer de él a fuerza de abnegación, con su renunciamiento de mujer que sacrifica a ese ideal su cerebro y su corazón, sus afanes, su fortuna, su vida fallida de esposa y de madre. En medio de tantas ruinas, posiblemente lo que más cruelmente la hacía sangrar era aquella ambición decepcionada. Se alzó para recibir al joven sacerdote, huésped suyo, del mismo modo que se alzaba para recibir a las demás personas; pero donna Serafina sabía poner matices en su manera de levantarse del asiento, y Pierre comprendió perfectamente que seguía siendo para ella el curita francés, el ínfimo servidor que no había pasado de la categoría de criado, ya que no había conseguido elevarse siquiera a título de prelado. Todavía permaneció Pierre unos momentos de pie, por galantería, después de que ella se sentó acogiendo su pésame con una ligera inclinación de cabeza. Ni el más leve ruido, ni una sola palabra turbaba la paz de aquella habitación. Sin embargo, había allí cuatro o cinco señoras, que habían venido a visitarla, pero que permanecían en una inmovilidad acongojada y muda. Pero lo que más le asombró a Pierre fue el ver al cardenal Sarno, uno de los viejos amigos de la casa, enclenque, con un hombro más alto que otro, arrellanado, casi acostado en un sillón, con los párpados cerrados. Después de dar el pésame se quedó ensimismado y acabó durmiéndose, en medio de aquel silencio pesado, en aquella atmósfera tibia y amodorrada, y todos respetaban su sueño. Estaría soñando, con el mapa de la cristiandad entera, que tan metido tenía en aquel cráneo de expresión obtusa. ¿Proseguiría, en medio de sus sueños, detrás de las facciones lívidas de viejo funcionario, atontado por medio siglo de estrecha burocracia, su terrible labor de conquista, el sometimiento y gobierno de la tierra desde el interior de su despacho oscuro de la Propaganda? Las señoras, enternecidas y deferentes, fijaban en él sus miradas; a veces le solían reñir porque trabajaba demasiado, porque aquella somnolencia que le acometía en todas partes, desde hacía algún tiempo, era para ellas indicio de su genio y de su celo. Aquélla era la última imagen que se llevó Pierre de esta

Eminencia omnipotente, la de un anciano agotado, dormido en medio de la emoción de un día de duelo, sin poder decir si aquel sueño era el principio de la imbecilidad o provenía de la fatiga de una noche pasada en vela trabajando para imponer el reino de Dios en algún continente lejano.

Dos señoras se retiraron, otras tres llegaron. Donna Serafina se levantó de su asiento, saludó, y volvió a adoptar su actitud rígida, con el busto erguido y la cara desesperada y dura. El cardenal Sarno seguía durmiendo. Pierre, entonces, se sintió angustiado, como poseído de vértigo, latiéndole violentamente el corazón. Se inclinó y salió. Al pasar por el comedor para dirigirse al pequeño despacho en el que recibía el cardenal Boccanera, se encontró frente al abate Paparelli, que montaba celosamente la guardia a su puerta.

El caudatario barruntó su estado de ánimo, y pareció comprender que no podía negarle el paso. Además, nada había que temer de aquel intruso, que se marchaba al día siguiente, derrotado y avergonzado.

—Desea usted ver a Su Eminencia, ¿verdad? ¡Perfectamente!... Enseguida... Espere un momento.

Y pareciéndole que se acercaba a la puerta, le empujó hacia el otro extremo de la habitación, temiendo sin duda que pudiese sorprender alguna frase.

—Su Eminencia se halla todavía encerrado con el cardenal Sanguinetti. Espere, espere usted ahí.

En efecto, Sanguinetti había hecho ostentación de permanecer largo rato de rodillas ante los cadáveres en la sala del trono. Luego prolongó también su visita a donna Serafina, para recalcar bien toda la parte que tomaba en la desolación de aquella familia. Y llevaba ya diez minutos con el cardenal, sin que por momentos se oyese otra cosa, a través de la puerta, que el murmullo de sus dos voces.

Pierre, al encontrarse allí con Paparelli, se sintió otra vez obsesionado por todo lo que le había dicho don Vigilio. Y lo veía tan grueso, tan pequeño, inflado con una grasa enfermiza, con su faz blanduzca, deformada por las arrugas, parecido, con sus cuarenta años y su sotana sucia, a una solterona muy vieja a la que el celibato hubiese convertido en un pellejo medio desinflado. Y Pierre se asombraba. ¿Cómo era posible que se dejase envolver y dominar por un ser como aquél, tan cruelmente horrible, que destilaba hasta semejante grado la bajeza y el asco? ¿No sería precisamente aquella decadencia física del ser humano, aquella profunda humildad moral, lo que le había llamado al principio la atención, conturbándolo y seduciéndolo, como si

aquello fuese una cualidad propicia para la salvación, precisamente la que a él le hacía falta? Aquello era como un bofetón dado a su propia belleza, a su propio orgullo. Y él, que no podía llegar a una deformación como aquella, que no conseguía dominar sus ansias de gloria, llegó sin duda, por un esfuerzo de su fe, a sentir celos de aquel ser infinitamente feo e infinitamente pequeño, sintiendo admiración por él, soportándolo como quien se impone una penitencia extraordinaria, de rebajamiento de su humanidad, que le abriría de par en par las puertas del cielo. ¿Quién es capaz de decir el ascendiente que ejerce el monstruo sobre el héroe, o el que el santo, plagado de miseria, convertido en objeto de horror, toma sobre los poderosos de este mundo, cuando creen espantados que han de pagar sus goces terrenales con las llamas eternas? Era, en efecto, el caso del león que se deja devorar por el insecto, tanta fuerza y esplendor destruidos por lo invisible. ¡Quién pudiera ser como aquella alma hermosa, segura del paraíso, encerrada por su bien en un cuerpo inmundo; quién pudiera estar poseído de la venturosa humildad de aquella inteligencia, de aquel teólogo notable que se azotaba todas las mañanas y que se conformaba con ser el último de los criados!

De pie, empaquetado en su grasa lívida, vigilaba el abate Paparelli a Pierre con sus ojillos grises, que hacían constantes guiños entre los mil pliegues de su rostro. Pierre comenzaba a estar inquieto, preguntándose en lo que podrían estarse diciendo las dos Eminencias, encerradas juntas tanto tiempo. ¡Qué entrevista la de aquellos dos hombres, si Boccanera sospechase que Santobono figuraba entre los clientes de Sanguinetti! ¡Qué audaz serenidad la del uno, atreviéndose a presentarse, y qué fuerza de alma la del otro; qué imperio sobre sí mismo, en nombre de la santa religión, para evitar el escándalo, callándose, aceptando la visita como una simple muestra de estima y aprecio! Pero ¿qué es lo que podían decirse? ¡Qué escena apasionante la de aquellos dos hombres, cara a cara, cambiando entre sí las frases diplomáticas que convenían a la situación, mientras que protestaba dentro de sus almas un odio furioso!

La puerta se abrió bruscamente y apareció el cardenal Sanguinetti, con el rostro sereno, no más rojo que de costumbre, un poco menos colorado, conservando en su justa medida la expresión de tristeza que creía oportuno mostrar. Y salía de allí henchido de esperanza, como si fuese ya el único papa posible.

El abate Paparelli se precipitó hacia él.

—Dígnese seguirme Su Eminencia... Yo acompañaré a Su Eminencia...

Y se volvió hacia Pierre para decirle:



—Puede usted pasar ahora.

Pierre los miró hasta que desaparecieron de su vista, el uno tan humilde, en pos del otro tan radiante. Y luego se apresuró a entrar, y vio enseguida, en mitad del despacho, que era estrecho y amueblado simplemente con una mesa y tres sillas, al cardenal Boccanera, que no se había sentado aún, en la misma actitud noble y altiva que había adoptado para saludar al cardenal Sanguinetti, el rival del trono, temido y odiado. Y era también visible la esperanza que tenía Boccanera, creyéndose el único papa posible, el que había de elegir el cónclave futuro.

Pero cuando la puerta se cerró, y tuvo el cardenal ante sí al joven sacerdote, huésped suyo, que había asistido a la muerte de sus queridos hijos, que dormían para siempre en la sala contigua, se apoderó de él una emoción indecible, tuvo un acceso de debilidad inesperada, derrumbándose toda su energía. Era la revancha de su humanidad, que se sobreponía ahora que se había ido su rival y no podía verle. Vaciló, como viejo árbol que recibe un golpe de hacha, y se dejó caer sobre una silla, ahogado de pronto por grandes sollozos. Pierre intentó, según lo exigía el ceremonial, besar la esmeralda que aquél llevaba en el dedo; pero el cardenal lo hizo levantar, invitándole a tomar asiento frente a él, mientras balbuceaba con voz entrecortada:

—No, no, querido hijo; siéntese ahí; espere... Discúlpeme, déjeme un momento de desahogo; mi corazón está a punto de estallar...

Sollozaba, tapándose la cara con las manos, sin poder dominarse, ni ocultar su dolor a fuerza de apretar sus dedos vigorosos contra las mejillas y las sienas.

Pierre sintió entonces que se le subían las lágrimas a los ojos, porque volvió a representarse el horrible suceso, y porque le trastornaba el ver llorar al respetable anciano, a aquel santo y príncipe, tan altivo de ordinario, tan dueño de sí, que no era en ese instante sino una pobre criatura agonizante y dolorida, tan desolado y tan débil como un niño. Aunque también él tenía anudada la garganta, intentó darle su pésame e hizo un esfuerzo para buscar las frases que le ayudarían a aliviar un poco aquella desesperación.

—Suplico a Vuestra Eminencia que se digne recibir la expresión de mi profundo dolor. He sido colmado de bondades en esta casa y he querido manifestarle inmediatamente todo lo que esta pérdida irreparable...

Pero el cardenal le hizo callar con un ademán valeroso:

—No, no; no me diga nada, por favor; no me diga nada.

Reinó el silencio, y el cardenal seguía llorando, sacudido por sus esfuerzos encontrados, esperando recobrar sus energías y dominarse. Al fin,

se impuso a sus estremecimientos, separó lentamente las manos de su rostro, que se fue serenando poco a poco, hasta adquirir otra vez la expresión de un hombre que se hace fuerte en su fe, que se somete a la voluntad de Dios. Puesto que Dios se había negado a realizar un milagro, puesto que tan duramente castigaba a su casa, sus razones tendría, y él, que era uno de sus ministros, uno de los altos dignatarios de su corte terrenal, no podía hacer otra cosa que resignarse.

El silencio se prolongó todavía unos minutos. Luego dijo, con voz a la que había conseguido dar naturalidad y afectuosidad:

—¿De modo, querido hijo, que nos deja usted y se marcha mañana?

—Sí; mañana tendré el honor de despedirme de Su Eminencia, para darle una vez más las gracias por sus inagotables bondades.

—Por lo que veo, está usted ya al corriente de que la Congregación del Index ha condenado su libro, como no podía menos de suceder.

—Sí; he sido favorecido con el insigne favor de ser recibido por Su Santidad, y ante él me he sometido y he reprobado mi libro.

Los ojos húmedos del cardenal empezaron a brillar con una llama.

—¡Eso ha hecho usted! ¡Muy bien, hijo mío! Ésa era su estricta obligación como sacerdote; pero ¡son tantos en nuestros días los que no cumplen siquiera con su deber! En mi calidad de miembro de la congregación, yo he cumplido la palabra que le di de leer su libro, de leerlo cuidadosamente, en especial las páginas a que se refería la acusación. Pero luego me mantuve neutral; afecté que me desinteresaba del asunto, hasta el punto de que no asistí a la sesión en que se juzgó el caso, y lo hice por dar gusto a mi pobre sobrina, que lo amaba a usted y tomaba su defensa ante mí.

Volvieron a acudir las lágrimas a sus ojos, se calló, sintiéndose desfallecer otra vez con sólo evocar el recuerdo de Benedetta, la adorada, la lloraba. Y reaccionó, expresándose con acritud batalladora:

—¡Qué libro execrable el suyo, querido hijo, permítame que se lo diga! Usted me había asegurado que era respetuoso con el dogma, y yo vuelvo a preguntarme qué clase de aberración ha podido cegarlo hasta el punto de perder la conciencia de su crimen. ¡Respetuoso del dogma, Santo Dios! Cuando toda su obra es la negación misma de nuestra santa religión... De modo que usted no cayó en la cuenta de que al pedir una religión nueva condenaba la antigua, la única verdadera, la única buena, la única eterna. Y esto era bastante para convertir a su libro en el veneno más mortífero, en uno de esos libros infames que en otros tiempos eran quemados por la mano del verdugo, y que en nuestros días se permite circular porque no se puede hacer

otra cosa, después de haberlos prohibido, señalándolos de ese modo a la curiosidad perversa, por lo que se explica la podredumbre contagiosa del siglo... Enseguida me di cuenta de que allí estaban las ideas de mi distinguido y poético pariente, el buen vizconde Philibert de la Choue. ¡Un literato, eso es, un literato! ¡Literatura todo, nada más que literatura! Ruego a Dios que le perdone, porque indudablemente no sabe lo que hace ni adónde va con su cristianismo elegiaco, propio de obreros bien hablados y de jóvenes de ambos sexos a los que la ciencia ha llenado de confusiones el alma. Mi indignación va únicamente contra Su Eminencia el cardenal Bergerot, porque éste sí que sabe lo que se hace, y así que hace lo que quiere... No diga usted nada, no le defienda... Ese hombre significa la revolución dentro de la Iglesia, y está frente a Dios.

Pierre, que tenía el firme propósito de no contestar, de no discutir, había dejado escapar un ademán de protesta al oír aquel furioso ataque contra el hombre a quien más él respetaba, contra el hombre más querido en el mundo para él. Pero esto pasó enseguida y se sometió de nuevo.

—No tengo palabras suficientes para expresar mi horror —siguió diciendo Boccanera con aspereza—. ¡Sí! Mi horror de todas esas fantasmagorías de una nueva religión, de ese llamamiento a las más feas pasiones, que levanta a los pobres contra los ricos, anunciándoles yo no sé qué reparto y qué comunidad de bienes, hoy imposible. No tengo palabras bastantes para expresar mi horror de esa adulación rastrera al pueblo bajo, prometiéndole, sin poder dárselas jamás, la igualdad y la justicia, que sólo vienen de Dios y que sólo Dios podrá hacer que reinen al fin el día marcado por su omnipotencia. No tengo palabras bastantes para expresar mi horror de esa caridad interesada de la que se abusa contra el cielo mismo, para acusarlo de iniquidad y de indiferencia, de esa caridad plañidera y sensiblera, indigna de los corazones sólidos y fuertes, como si el dolor humano no fuese condición indispensable para la salvación, como si no nos hiciésemos más grandes, más puros, como si no estuviésemos más cerca de la felicidad infinita a medida que sufrimos más.

Se iba exaltando, y sus palabras destilaban sangre y altivez. Lo que le producía semejante exasperación era su duelo, la herida que tenía en el corazón, el golpe de maza que lo había derribado en tierra durante un momento, y que ahora le hacía erguirse desafiando al dolor, obstinado en su idea estoica de un Dios omnipotente, señor de los hombres, que reserva su felicidad únicamente a los elegidos de su corazón.

Hizo de nuevo un esfuerzo para calmarse y prosiguió con tono más afable:

—En fin, querido hijo, el redil está siempre abierto, ya está usted de retorno en él, desde el momento en que se ha arrepentido. No tengo palabras para expresarle toda mi satisfacción por ello.

Pierre, a su vez, se esforzó por mostrarse conciliador, a fin de no llagar todavía más a aquella alma violenta y dolorida.

—Su Eminencia puede estar seguro que me he de esforzar por no olvidar ninguna de sus amables frases, como tampoco olvidaré el acogimiento paternal de Su Santidad León XIII.

Esta frase pareció remover la intranquilidad de Boccanera. Al principio se limitó a balbucear palabras confusas, poco expresivas, como si estuviese luchando consigo mismo para no interrogar directamente al joven sacerdote.

—¡Sí! Ahora recuerdo que ha sido recibido usted por Su Santidad, que ha hablado con él, y con seguridad, ¿no es cierto?, que le habrá dicho, como a todos los extranjeros que van a saludarle, que él busca la conciliación, la paz... Yo sólo veo a Su Santidad en las ocasiones inevitables, porque hace ya más de un año que no he sido recibido en audiencia particular.

Aquella pública demostración de desfavor, aquella lucha sorda que ponía en pugna, igual que en tiempos de Pío IX, al Santo Padre con el camarlengo, tenía amargado a este último. Le fue imposible dominarse, y habló, haciéndose, desde luego, la reflexión de que estaba tratando con un familiar, con un hombre seguro que, además, se marchaba al día siguiente.

—Paz, conciliación... Se puede ir muy lejos con estas bellas palabras, tan vacías muchas veces de verdadera prudencia y de valentía... La verdad terrible es que los dieciocho años de concesiones de León XIII han sacudido todo el edificio de la Iglesia, y que si él reinase todavía muchos años, el catolicismo se derrumbaría, caería hecho polvo, como edificio al que se han zapado los cimientos.

Pierre se sintió muy interesado y le hizo algunas objeciones, para enterarse.

—No se puede negar que ha dado pruebas de gran prudencia, que ha puesto a un lado el dogma, dentro de una fortaleza inexpugnable. En realidad, aunque parezca que haya cedido en muchos puntos, lo ha hecho únicamente en cuestiones de forma.

—Eso es, ¡la forma! —siguió diciendo el cardenal con creciente apasionamiento—, a usted, como a todos los demás, le ha dicho que, aunque no admite discusión sobre el fondo, se presta gustoso a hacer concesiones en cuestiones de forma. Es una palabra deplorable, una diplomacia equívoca, cuando no una pura y baja hipocresía. Mi alma se rebela contra semejante

oportunismo, contra ese jesuitismo que recurre a las astucias en sus tratos con el siglo, que no consigue otra cosa que sembrar la duda entre los creyentes, el pánico del sálvese quien pueda, que producirá muy pronto irremediables derrotas. Es una cobardía, la peor de las cobardías, es el tirar sus propias armas para hacer más rápida la retirada, es como avergonzarse de sí mismo, es la máscara que uno se pone con la esperanza de engañar al mundo, de penetrar en la casa del enemigo para dominarlo a traición. ¡No, no! La forma es el tono en una religión tradicional, inmutable, que desde hace dieciocho siglos ha sido y continúa siendo, y lo será hasta el fin de los siglos, la ley misma de Dios.

No pudo permanecer sentado, se levantó y se puso a caminar a través de la estrecha habitación, que llenaba toda entera con su figura elevada. Lo que él discutía, lo que condenaba violentamente, era todo el reinado de León XIII, toda su política.

—Se le adjudica como un título de gloria grandísima el haber querido restablecer en la Iglesia la unidad, la famosa unidad, y eso no ha sido otra cosa que la ambición furiosa y ciega de un conquistador que ensancha su imperio, sin reparar en si los nuevos pueblos sometidos van a llevar la desorganización a su pueblo antiguo, que le ha sido siempre fiel, si no van a adulterarlo, llevándole el contagio de todos los errores. Y si los cismáticos de Oriente, si los cismáticos de los demás países, al volver a ingresar en la Iglesia católica, la transforman irremediabilmente, hasta el punto de acabar con ella, transformándola en una Iglesia nueva. No hay más sabiduría que el ser lo que uno es, nada más, y serlo de una manera sólida... ¿De igual modo, no es un peligro y, a la vez, una vergüenza, esa pretensión de aliarse con la democracia, esa política es suficiente para condenar el espíritu secular del Papado? La monarquía procede de derecho divino y abandonarla es ir contra Dios, pactar con la revolución, soñar con la conclusión monstruosa de utilizar la demencia de los hombres para mejor restablecer nuestro poder sobre ellos. La república es siempre un estado de anarquía, y el reconocer la legitimidad de una república con el exclusivo objeto de acariciar el sueño de una reconciliación imposible, equivale a quebrantar para siempre la idea de autoridad, de orden y hasta de religión... A la vista tiene usted a qué ha quedado reducida en sus manos la cuestión del poder temporal. Es cierto que todavía lo reclama, que afecta intransigencia en este asunto del rescate de Roma. ¿Pero, en realidad, no es cierto que ha consumado su pérdida, no ha renunciado a ella definitivamente desde el momento en que pueden arrojar a los reyes para vivir como los animales salvajes en medio de las selvas?

Se detuvo bruscamente, alzó los brazos al cielo con un impulso de cólera santa.

—¡Ah! ¡Ese hombre, ese hombre que va a consumir la ruina de la Iglesia, por su vanidad, por sus ansias de éxitos! ¡Ese hombre, que no ha dejado un instante de corromperlo todo, de disolverlo todo, de desmigajarlo todo, con la única idea de reinar sobre el mundo que cree poder reconquistar de ese modo! ¡Dios todopoderoso! ¿Por qué, por qué no lo habéis llamado todavía a vuestro seno?

Aquel llamamiento a la muerte tenía tales acentos de sinceridad, encerraba un odio ennoblecido por un ansia tan cierta de salvar a Dios del peligro que corría en este mundo, que Pierre no pudo menos de sentirse todo estremecido por un escalofrío. Y se representó a aquel cardenal Boccanera, que odiaba a León XIII con odio tan religioso y apasionado, acechando desde mucho atrás, en el fondo de su negro palacio, la muerte del papa, la muerte oficial que él mismo estaba encargado de comprobar, por su título de camarlengo. ¡Cómo esperaba, cómo ansiaría con impaciencia febril la hora venturosa en que se presentaría, armado de su martillito de plata, a dar los tres golpes simbólicos sobre el cráneo de León XIII, rígido, tendido sobre su lecho, rodeado de su corte pontificia! ¡Golpear al fin en la pared de aquel cerebro, para estar bien seguro de que nada respondía, de que ya no quedaba allí dentro nada, nada más que noche y silencio! Y resonarían las tres llamadas: «¡Joaquim, Joaquim, Joaquim!». Y como el cadáver no respondería, el camarlengo se daría vuelta después de esperar algunos segundos, y diría luego: «¡El papa ha muerto!».

—Sin embargo —volvió a decir Pierre, con intención de traerlo al momento actual—, la conciliación es el arma de la época, y es seguro que si el Santo Padre se presta a ceder en cuestiones de forma, lo hace para triunfar con más seguridad.

—¡No triunfará, será vencido! —exclamó Boccanera—. La Iglesia no ha triunfado sino cuando se ha obstinado en su integralidad, en la eternidad inmutable de su esencia divina. Y el día en que consienta que se toque una sola piedra de su edificio, se derrumbará con toda seguridad... Recuerde usted cómo pasó por terribles momentos en la época del Concilio de Trento. La Reforma la había conmovido hasta en sus cimientos, el relajamiento de la disciplina y de las costumbres se agravaba en todas partes, era como una marea de novedades, de ideas inspiradas por el espíritu del mal, de proyectos malsanos engendrados por el orgullo del hombre, abandonado a todas sus ansias licenciosas. En el concilio mismo eran muchos los miembros que se

encontraban desazonados, gangrenados, dispuestos a votar las más locas modificaciones, creando un verdadero cisma al lado de los otros... Pues bien, si en época tan crítica, bajo la amenaza de peligros tan grandes, se salvó el catolicismo del desastre, fue porque la mayoría, iluminada por Dios, conservó intacto el viejo edificio, fue por su divina obstinación en encerrarse en el dogma estrecho, fue porque no hizo concesiones, ¡ninguna, absolutamente ninguna!, ni en el fondo, ni en la forma. La situación actual no es, desde luego, peor que en la época del Concilio de Trento. Pongamos que sea igual, y dígame si no es más noble, más generoso y más seguro para la Iglesia el tener, como en aquel tiempo, la valentía de pregonar lo que ella es, lo que ha sido, lo que será. No hay para ella salvación sino manteniendo su soberanía total, indiscutible, y puesto que ella ha vencido siempre a fuerza de intransigencia, el querer conciliarla con el siglo equivale a matarla.

Se puso otra vez a caminar, con paso firme, soñador.

—¡No, no! ¡Nada de arreglos, nada de abandonos, nada de debilidades! ¡Ser el muro de bronce que cierra el camino, la pared de granito que sirve de límite al mundo!... Se lo dije ya a usted, querido hijo, el día de su llegada. Querer que el catolicismo se acomode a los tiempos nuevos, equivale a apresurar su fin, si fuese cierto, como afirman los ateos, que se encuentra amenazado de muerte inminente. Y moriría entonces con bajeza, vergonzosamente, en lugar de morir erguido, digno y altivo, envuelto en su antigua realeza gloriosa... ¡Sí, hay que morir erguido, sin renegar nada de su pasado, desafiando al porvenir, haciendo confesión de toda su fe!

Aquel anciano de setenta años parecía irse agrandando cada vez más, sin que mostrase temor ante el aniquilamiento final, con ademán de héroe que desafía a los siglos futuros. La fe le había dado la paz serena, esa paz espiritual que se logra aceptando la explicación de lo desconocido por la divinidad, explicación que satisface plenamente sus ansias de certidumbre, que lo llena del todo. Boccanera creía, sabía, no tenía dudas ni le inspiraba miedo el más allá de la muerte. Pero su voz se había impregnado de una melancolía altanera.

—Dios lo puede todo, incluso destruir su obra, si le parece que está mal. Aunque mañana se derrumbase todo, aunque la santa Iglesia desapareciese entre ruinas, aunque los santuarios más venerados se viniesen abajo aplastados por los astros, habría que inclinarse y que adorar a Dios, cuya mano, después de haber creado el mundo, lo aniquilaría de ese modo, para mayor gloria suya... Yo espero, y me someto por adelantado a su voluntad, que es la única que se deja sentir, porque nada sucede sin que ella lo quiera.

Si en verdad están los tiempos revueltos, si el catolicismo estuviese verdaderamente destinado a caer reducido a cenizas, yo me mantendría en mi puesto, para ser el ministro de su muerte, del mismo modo que he sido el ministro de su vida... Pero, no puedo ocultarlo: hay horas en que me sorprenden signos terribles. Puede que, en efecto, esté próximo el fin de los tiempos y que vamos a asistir al derrumbamiento del viejo mundo con que se nos viene amenazando. Los más dignos, los más nobles, caen fulminados, como si el cielo se equivocase, castigando en ellos los crímenes de la humanidad. ¿No he sentido yo el soplo del abismo en que se va a hundir todo, desde que mi casa, por culpas que yo ignoro, ha sido herida con este duelo horrendo, que la sepulta, que la sume en la noche para siempre?

Pensaba en los dos queridos muertos que estaban en la habitación contigua, y que estaban siempre presentes en su memoria. Le temblaban las manos, volvían a subirle los sollozos a la garganta, todo su cuerpo se veía sacudido por una última rebeldía del dolor, por el mismo esfuerzo que hacía para domarlo. Sí, cuando Dios se permitía herirlo tan cruelmente, suprimiendo su raza, empezando así por el más alto, por el más fiel, no cabía duda de que el mundo estaba definitivamente condenado. El fin de su raza, ¿no equivalía al final de todo? Y, en su orgullo soberano de príncipe y de sacerdote, supo encontrar un grito de suprema resignación.

—¡Oh, Dios poderoso, hágase vuestra voluntad! ¡Que muera todo, que todo se derrumbe, que todo retorne a la noche del caos! ¡Yo esperaré, de pie, entre las ruinas de este palacio, y esperaré a ser sepultado bajo sus escombros! Y si vuestra voluntad me llama a ser el augusto sepulturero de vuestra santa religión, entonces, Señor, perded cuidado, no cometeré ningún acto indigno con objeto de prolongar su vida algunos días más. La mantendré erguida, como yo, tan altiva, tan intratable como en los tiempos de su omnipotencia. Haré afirmación de ella con la misma obstinación valerosa, sin abandonar nada, ni de la disciplina, ni del rito, ni del dogma. Y, cuando llegue el día, la sepultaré conmigo, llevándola entera al sepulcro antes que ceder nada de ella, conservándola entre mis brazos helados para devolverla a vuestro seno, tal como vos la habéis confiado a la guarda de vuestra Iglesia... ¡Oh, Dios poderoso, soberano Señor, disponed de mí, haced de mí, si tales son vuestros designios, el pontífice de la destrucción, de la muerte del mundo!

Pierre, lleno de asombro, sentía escalofríos de miedo y de admiración frente a aquella figura extraordinaria que se erguía, frente al último de los papas, que se disponía a celebrar los funerales del catolicismo. Comprendía que más de una vez Boccanera había tenido aquel sueño, y se lo representaba,



dentro del Vaticano, en su San Pedro, destripado por el rayo, de pie, solitario en aquellas salas inmensas de las que había huido su corte pontificia, aterrada y cobarde. Y lo veía descender, una vez más al santuario, lentamente, vestido con su sotana blanca, llevando aquellas vestiduras blancas como luto por la Iglesia, y aguardaba allí a qué el cielo, en la noche de los tiempos, se desplomase y aplastase a la tierra. Alzaba por tres veces el gran Crucifijo, que había caído a tierra en las supremas convulsiones del suelo. Y luego, cuando el resquebrajamiento final quebrase los mármoles, se abrazaba estrechamente a él, para sucumbir con él, bajo las bóvedas que se derrumbaban. Era un espectáculo de una realeza suprema, de una grandeza insuperable y salvaje.

El cardenal Boccanera se despidió de Pierre con un ademán, sin decir palabra, pero sin dar muestras de debilidad, invencible y tieso, irguiendo toda su figura. Éste, dejándose llevar por su amor a la belleza y a la verdad, convencido de que sólo en aquel hombre estaba la grandeza, que sólo él tenía razón, le besó la manó.

Aquella noche, cuando dejaron de afluir las visitas, en la sala del trono, a hora avanzada, se cerraron las puertas y se procedió a poner los cadáveres en el féretro. Habían acabado las misas, ya no tintineaban las campanillas en el momento de la elevación, se había callado el balbuceo de las preces latinas, después de haber resonado su bordoneo durante doce horas en los oídos de aquellos dos muchachos tan queridos. Sólo quedaba el violento perfume de rosas, y el tibio aroma de los cirios de cera, en la atmósfera pesada, invadida por el silencio. Como éstos alumbraban muy poco la anchurosa sala, se habían traído lámparas, que los criados sostenían en la mano, a guisa de antorchas. Según la costumbre, se hallaba presente toda la servidumbre de la casa, para dar un último adiós a sus señores, que iban a dormir para siempre.

Las cosas sufrieron un pequeño retraso. Morano, que andaba desde por la mañana atareadísimo, velando por mil detalles, había tenido que salir corriendo otra vez, desesperado por no ver llegar el triple féretro. Al fin, lo subieron los criados, y empezó la ceremonia. El cardenal y donna Serafina se mantenían el uno al lado del otro, junto al lecho. También Pierre y don Vigilio estaban presentes. Victorine se encargó de coser a los dos enamorados en el mismo sudario, una larga pieza de seda blanca, que les daba el aspecto de estar vestidos con el mismo vestido de la novia, con aquel atavío alegre y puro de su unión. Luego se adelantaron dos criados y ayudaron a Pierre y a don Vigilio a acostarlos en el primer féretro, hecho de madera de abeto, revestido interiormente de satén rosa. Era poco más ancho que los féretros ordinarios, porque los dos enamorados eran jóvenes, de una elegancia esbelta,

y estaban tan apretadamente abrazados, que no formaban sino un solo cuerpo. Y una vez acostados allí continuaron durmiendo su sueño eterno, con la cabeza medio sumergida entre sus perfumadas cabelleras entremezcladas. Se encerró aquel primer féretro dentro del segundo, que era de plomo, y los dos dentro de un tercero, de roble, y una vez soldadas y atornilladas las tres tapas, continuaron viéndose los rostros de los dos amantes a través de la abertura redonda, guarnecida con un grueso cristal, que se había practicado, de acuerdo con la costumbre romana, en los tres féretros. Y, aun después de separados del mundo de los vivos, solos en el fondo de aquel triple féretro, se sonreían el uno al otro, se miraban mutuamente, con sus ojos obstinadamente abiertos, con toda la eternidad por delante para apagar su amor infinito.

## XVI

**A**l día siguiente, de vuelta del cementerio, después del entierro, almorzó Pierre solo en su habitación, pensando en despedirse por la tarde del cardenal y de donna Serafina. Salía de Roma aquella noche, en el tren de las diez y diecisiete minutos. Ya no había nada que le retuviese allí, sólo le quedaba por hacer una última visita al viejo Orlando, el héroe de la independencia, al que había prometido formalmente que no regresaría a París sin hablar antes extensamente con él. A eso de las dos mandó buscar un coche, que le condujo a la via Venti Settembre.

Había llovido durante toda la noche, una lluvia fina cuya humedad envolvía a toda la ciudad en una bruma gris. La lluvia no caía ya, pero el cielo seguía sombrío, y los grandes palacios nuevos de la via Venti Settembre mostraban, bajo aquel siniestro cielo de diciembre, sus fachadas lívidas, de una melancolía interminable, con sus balcones todos iguales, sus hileras regulares de ventanas que no acababan nunca. Sobre todo, el Ministerio de Hacienda, aquel amontonamiento colosal de albañilería y de esculturas, adquiría un aspecto de cosa muerta, la tristeza infinita de un corpachón exangüe, del que se había retirado la vida. La lluvia había dulcificado la atmósfera, se sentía casi calor, una tibieza húmeda de fiebre.

Al llegar al vestíbulo del palacete de Prada, se quedó Pierre sorprendido viendo a cuatro o cinco señores que se quitaban los gabanes; el criado le informó de que el señor conde tenía una reunión con los contratistas. Pero ya que el señor abate venía a visitar al padre del señor conde, no tenía sino subir hasta el tercer piso, la puerta pequeña, a mano derecha del rellano.

Pero al llegar al primer piso se halló Pierre de pronto frente a Prada, que recibía a los contratistas. Y se fijó en que al verlo se ponía horriblemente pálido. No habían vuelto a verse desde el día del espantoso drama. El sacerdote comprendió cuánta era la turbación que su presencia despertaba en aquel hombre, qué importuno recuerdo de complicidad moral, qué mortal inquietud de haber sido descubierto.

—¿Venía usted a verme? ¿Tiene usted algo que decirme?

—No, me marcho y he venido a decir adiós a su padre.

—¡Ah! Si es por mi padre... Se encuentra algo delicado, no le dé usted ningún disgusto.

Y, a pesar suyo, se adivinaba su angustia, todo lo que él temía, una palabra imprudente, tal vez encargo postrero, la maldición de aquel hombre y de aquella mujer a los que había matado. Claro que su padre habría muerto también de la impresión.

—Pues lo siento mucho; no puedo subir con usted. Me esperan estos señores. De veras que me contraría. ¡En cuanto pueda subiré! ¡Será cosa de un momento, de un momento nada más!

Como no se le ocurría excusa alguna para detenerlo, no tenía más remedio que dejarlo a solas con su padre, porque lo retenían allí sus negocios, que peligraban. Pero ¡con qué ojos angustiados lo vio subir! ¡Cómo le suplicaba profundamente estremecido! ¡Su padre, el único amor verdadero, la gran pasión pura y leal de su vida!

—No le haga usted hablar demasiado, alégrelo; ¿lo hará usted así?

Cuando llegó arriba, no fue Batista, el antiguo soldado, tan fiel a su señor, quien le salió a abrir, sino un muchachito joven en el que no reparó a primera vista. Pierre volvió a encontrarse en el cuartito pelado, blanquísimo, tapizado únicamente de papel claro, con florecitas azules, con la misma pobre cama de hierro, oculta por un biombo, con los cuatro estantes clavados en la pared que servían de biblioteca, su mesa de madera negra y dos sillas de paja por todo mobiliario. Y por la ventana amplia y clara, sin cortinas, se veía el mismo admirable panorama de Roma, Roma toda hasta los árboles lejanos del Janículo, una Roma aplastada aquel día, bajo un cielo de plomo, envuelta en una sombra de tristeza huraña. Pero el viejo Orlando no había cambiado, tenía la misma magnífica cabeza de viejo león canoso, las mismas poderosas facciones, los mismos ojos juveniles, que centelleaban aún con las pasiones que habían rugido en aquella alma fogosa. Pierre volvía a encontrarle en el mismo sillón, junto a la misma mesa en la que se amontonaban los mismos periódicos, con las piernas tapadas, sepultadas en la misma manta negra, como si sus piernas inmovilizadas le hubiesen envuelto en una vaina negra de piedra, hasta el punto de que pasaban meses y años en el mismo sitio, sin cambio posible, con su busto lleno de vida y su cara en que brillaba la energía y la inteligencia.

Sin embargo, aquel día gris parecía abatido, tenía ensombrecidas las facciones.

—Al fin llega usted, querido señor Froment. Desde hace tres días no hago sino acordarme de usted, y me represento los días atroces que ha debido usted vivir en ese trágico palacio de Boccanera. ¡Dios Santo! ¡Qué duelo espantoso! Me dio un vuelco el corazón y los detalles que acabo de leer en los periódicos me lo han trastornado más todavía.

Y al decir esto señalaba los periódicos que tenía encima de la mesa. Luego hizo un ademán para apartar de su pensamiento aquella sombría historia, aquella imagen de Benedetta muerta, que le perseguía como una obsesión.

—Bueno, ¿y usted?

—Me marchó esta noche y no he querido salir de Roma sin estrechar su mano valerosa.

—¿Que se marcha usted? ¿Y su libro?

—¿Mi libro?... Me recibió en audiencia Su Santidad, hice acto de sumisión y lo reprobé.

Orlando clavó en él su mirada. Hubo unos momentos de silencio y durante ellos se dijeron mutuamente sus ojos todo lo que tenían que decirse. Ninguno de los dos creyó necesaria una explicación más detallada.

El anciano se limitó a decir:

—Ha obrado usted perfectamente, porque su libro era una quimera.

—Sí, una quimera, una cosa infantil, y yo mismo, en nombre de la verdad y de la razón, lo he condenado.

Los labios doloridos del héroe fulminado se animaron con una sonrisa.

—De modo, pues, que ya sabe usted todo lo que había que saber, que ya ha comprendido usted.

—Exacto, y por esa razón he querido queuviésemos, antes de marcharme, la conversación lisa y franca que nos prometimos tener.

Aquello fue para Orlando un motivo de alegría. Pero de pronto pareció acordarse del joven que había ido a abrir la puerta, y que luego había vuelto calladamente a ocupar su sitio, algo apartado, en su silla, junto a la ventana. Era casi un niño, tendría apenas veinte años, imberbe todavía, una belleza rubia, de esas que de vez en cuando se encuentran en Nápoles, con largos bucles, tez de azucena, boca de rosa, ojos de una languidez soñadora y de una dulzura infinita. El anciano lo presentó paternalmente: Angiolo Mascara, nieto de uno de sus viejos camaradas de guerra, el épico Mascara, de los Mil, que había sucumbido como un héroe, con el cuerpo cubierto por un centenar de heridas.

—Le he hecho venir para reñirle —siguió diciendo sin dejar de sonreír. Imagínese usted que este mozo, con su aire de niña, se ha declarado en favor de las nuevas ideas. Ha dado en el anarquismo, es uno de ese grupo de tres o cuatro anarquistas que tenemos en Italia. En el fondo es un muchacho encantador, que no tiene más que a su madre, y que la mantiene gracias al modesto empleo que ocupa y del que cualquier día lo van a echar... Vamos, muchacho, es necesario que me prometas ser razonable.

Y Angiolo, cuyas ropas raídas y limpias proclamaban, en efecto, su pobreza decente, contestó con acento grave y musical:

—Yo soy razonable; en cambio el resto de la gente no lo es. Cuando todos los hombres sean razonables, cuando busquen la verdad y la justicia, el mundo será feliz.

—¡Ya ve usted cómo cede! —exclamó Orlando—. ¡La verdad, la justicia! Pobre hijo mío, pregúntale al señor abate dónde se encuentra. No habrá más remedio que darte tiempo para que vivas, veas y comprendas.

Y sin preocuparse ya más de él, volvió a dirigirse a Pierre. Pero Angiolo no se movió de su rincón, y no perdió palabra del diálogo, escuchando con expresión prudente y oídos ansiosos y estremecidos.

—Ya le previne a usted, querido señor Froment, de que sus ideas cambiarían, y que conforme fuese conociendo a Roma formaría opinión más exacta de las cosas, mucho mejor que si yo me hubiese esforzado en convencerle a fuerza de hermosos discursos. Por eso he tenido en todo momento la convicción de que retiraría usted su libro, voluntariamente, como quien retira un error enojoso, en cuanto la realidad de las personas y de las cosas os hiciesen conocer al Vaticano... Pero, bueno; dejemos a un lado al Vaticano, ahí no hay nada que hacer, no hay más remedio que dejar que se venga a abajo, en una ruina lenta e inevitable. Lo que a mí me interesa, lo que a mí me apasiona todavía, es la Roma italiana, nuestra Roma, conquistada con tanto amor, resucitada tan febrilmente, y a la que usted trataba como algo bastante despreciable. Ahora que usted la ha visto y que la conoce, podemos hablar de ella como personas capaces de comprenderse mutuamente.

Y empezó por hacer grandes concesiones, reconoció las faltas cometidas, confesó el estado deplorable de las finanzas, las graves dificultades de toda especie por las que atravesaban, como hombre inteligente y de buen sentido, que, inmovilizado por la parálisis, alejado del ambiente de lucha, dispone de días enteros para meditar y preocuparse. ¡Qué mortales inquietudes, qué sufrimientos indecibles estaba pasando otra vez su Italia idolatrada, su conquista, por la que hubiera querido dar de nuevo la sangre de sus venas! Su

pecado había sido el orgullo, aunque legítimo, habían querido improvisar demasiado a prisa un gran pueblo, soñando con convertir a la Roma antigua en una gran capital moderna, con un simple golpe de varita mágica. De ahí había nacido aquella locura de los nuevos barrios, aquella especulación propia de dementes en terrenos y edificios, que había llevado la nación al borde de la bancarrota.

Pierre le interrumpió con afabilidad, para expresarle la fórmula en que había resumido su criterio, después de sus correrías y de sus estudios a través de Roma.

—Esta fiebre, este arrebatamiento del primer momento, este desastre financiero no son nada. Las heridas del dinero se cicatrizan. Lo grave es que todavía está por hacer Italia... Se acabó la aristocracia, no se ha formado aún el pueblo, y sólo tienen ustedes actualmente una burguesía que ha nacido ayer mismo, que siente apetitos devoradores y que lleva camino de comerse en flor la rica cosecha futura.

Hubo un momento de silencio. Orlando agitó tristemente su cabeza de viejo león, impotente ya. La dureza contundente de la fórmula le llegaba al alma.

—Sí, eso es, ha sabido usted ver la realidad. ¿Para qué mentir, qué se adelanta con decir que no si la realidad está delante, si la ven todos los ojos? ¡Esa burguesía, esa clase media! Ya le había yo hablado a usted de ella. Hambrienta de colocaciones, de empleos, de distinciones, de todo relumbrón, pero avara, desconfiada cuando se trata de su dinero, que lo sitúa en los bancos, sin arriesgarlo jamás en la agricultura, en la industria o en el comercio, acicateada únicamente por el ansia de disfrutar de la vida sin hacer nada, poco inteligente, hasta el punto de que no advierte que está matando a su país con su desgana hacia el trabajo y su desprecio de las gentes del pueblo, con su pasión de ir tirando mezquinamente, con la vanidad de pertenecer a un negociado cualquiera de la administración... Y por otro lado, la aristocracia, que se muere, el patriciado sin corona, arruinado, bastardeado, como toda raza que se agota, reducido en la mayor parte de los casos a la miseria, mientras algunos pocos de sus miembros, los que han conservado su dinero, se ven aplastados por el peso de impuestos demasiado altos y sólo disponen ya de fortunas muertas, incapaces de renovación, disminuidas a fuerza de particiones, llamadas a desaparecer muy pronto, y con ellas los príncipes mismos, entre las ruinas de sus palacios, que no sirven ya para nada... Y finalmente, el pueblo, ese pobre pueblo que ha sufrido tanto, que sufre todavía, pero que se halla tan habituado a sufrir que ni siquiera concibe

la posibilidad de librarse de sus sufrimientos, ciego y sordo, llegando en sus arrebatos hasta echar de menos su antigua servidumbre, abrumado y embrutecido como bestia que descansa sobre su mismo estiércol, de una ignorancia total, la ignorancia abominable que es origen de toda miseria, sin esperanzas, sin porvenir, sin el consuelo que da el comprender que esta Italia, esta Roma son para él, para él solo, y que nosotros las hemos conquistado y nos esforzamos en resucitarlas en todo su antiguo esplendor... Sí, exacto; no hay ya aristocracia, no hay todavía pueblo, y sólo tenemos una burguesía que nos llena de aprensiones. ¿Quién no se deja llevar alguna vez por los terrores de los pesimistas, de los que pretenden que todas nuestras desgracias no son todavía nada, que vamos camino de catástrofes todavía mucho más terribles, como si éstos fueran solamente los síntomas primeros del fin de nuestra raza, precursores del aniquilamiento total?

Había alzado hacia la ventana, hacia la luz, sus dos brazos temblorosos, y Pierre, poseído por la emoción, recordó aquel gesto de angustia suplicante que había hecho la víspera en presencia suya el cardenal Boccanera, cuando hacía un llamamiento al poder divino. Aunque opuestos en creencias, tenían los dos la misma grandeza desesperada y huraña.

—Y, sin embargo, se lo dije desde el primer día: todo lo que nosotros nos propusimos eran cosas lógicas e inevitables. Aquella Roma, con su pasado de esplendor y de dominio, que gravita pesadamente sobre nosotros, tenía que ser inevitablemente nuestra capital, porque era el único lazo, el símbolo vivo de nuestra unidad, al mismo tiempo que la promesa de eternidad, el renacimiento de nuestro gran ideal de resurrección y de gloria.

Siguió hablando, y reconoció las condiciones desastrosas en que se encontraba Roma, la capital. Ciudad puramente decorativa, de suelo agotado, al margen de la vida moderna, ciudad insalubre, sin posibilidad de tener industria ni comercio, invadida invenciblemente por la muerte, en medio del desierto estéril de su Campaña. Luego la comparó con las restantes ciudades rivales suyas: Florencia, que había adquirido una indiferencia de carácter y un escepticismo, una despreocupación feliz, inexplicable después de haber tenido una historia de pasiones frenéticas, de oleadas de sangre; Nápoles, que parece tener bastante, aun hoy día, con su claro sol, con su pueblo infantil, al que uno no sabe si compadecer por su ignorancia y su miseria, ya que tan feliz parece y con tanta pereza las disfruta; Venecia, resignada a no ser ya otra cosa más que una maravilla del arte antiguo, que habría que guardar dentro de un fanal, para conservarla intacta, dormitando en la pompa y majestad de sus anales; Génova, entregada por completo al comercio, activa y bulliciosa, una de las



últimas reinas del Mediterráneo, de ese que hoy es lago ínfimo y que ha sido mar opulento, el centro por el que rodaban las riquezas del mundo; y, sobre todo, Turin y Milán, ciudades industriales, comerciales, llenas de vitalidad, modernizadas, miradas por los turistas con desdén como si no fuesen ciudades italianas, libertadas ambas del sueño de las ruinas, agregadas a la evolución del mundo occidental que prepara el siglo venidero. ¡La vieja Italia! Había que dejarla que se viniese abajo, como museo polvoriento, para dar gusto a las almas que sienten el arte, como esas pequeñas ciudades de la Grecia Grande, de la Umbría y de la Toscana, que parecen juguetes preciosos que nadie se atreve a reparar por temor a estropear sus características. O la muerte próxima, inevitable, o la piqueta demoledora, los muros vacilantes derribados, para construir poblaciones en que reinasen el trabajo, la ciencia y la salud, en fin, una Italia nueva que saliese verdaderamente de sus cenizas, hecha para la nueva civilización, por la que se adentra ya la humanidad.

—Pero ¿por qué desesperar? —siguió diciendo con vehemencia. Por mucho que nuestras espaldas se dobleguen al peso de Roma, no por eso es menos cierto que ella era la cima a la que queríamos llegar. Estamos dentro de ella y en ella permaneceremos, en espera de los acontecimientos... Por lo demás, aunque se ha detenido el aumento de su población, tampoco decrece, permaneciendo estacionada en unas cuatrocientas mil almas, y no hay razón alguna para que la oleada ascendente no se reanude el día en que desaparezcan las causas que han motivado su detención. Hemos caído en el error de creer que Roma iba a ser otro Berlín, otro París; hasta ahora parece que se han opuesto a ello toda clase de condiciones sociales, históricas y hasta étnicas; pero ¿quién sabe las sorpresas que nos reserva el porvenir, y por qué hemos de poner coto a nuestra esperanza, a la fe que tenemos en la sangre que corre por nuestras venas, sangre de antiguos conquistadores del mundo? Yo no puedo moverme ya de esta habitación, tengo mis dos piernas muertas, estoy fulminado, anulado, pero en ciertas horas vuelve a apoderarse de mí la locura y recobro mi fe en Roma, como en una madre invencible, inmortal, días en que me parece que van a llegar esos dos millones de habitantes que han de poblar esos lamentables barrios nuevos que usted ha visto, vacíos y medio derruidos ya. Vendrán, con toda seguridad. ¿Por qué no han de venir? Ya lo verá usted, ya lo verá usted, todo se poblará, habrá que construir todavía más... Y luego, hablando con franqueza, ¿se puede afirmar que es pobre una nación que posee la Lombardía? ¿No encierra incalculables riquezas nuestra misma región del sur? Esperemos a que reine la concordia, a que el sur se fusione con el norte, a que crezca toda una nueva generación de gentes

trabajadoras, y puesto que tenemos ya el terreno tan fértil, no dudemos de que ha de llegar el día en que brote y madure a pleno sol la gran cosecha que esperamos.

Se dejaba llevar por el entusiasmo y sus ojos llameaban de ardor juvenil. Pierre se sonreía, sentíase conquistado, y cuando le llegó la vez de hablar, dijo también:

—Hay que acometer de nuevo el problema, pero desde abajo, por el pueblo. Hay que hacer hombres.

—Muy bien dicho —exclamó Orlando—. Yo no ceso de repetir que hay que hacer a Italia. Se diría que un viento del este ha arrastrado hacia otra parte, lejos de nuestro viejo país, la semilla humana, la semilla de los pueblos vigorosos y pujantes. Nuestro pueblo, a diferencia del vuestro, de vuestra Francia, no es un depósito inagotable de hombres y de dinero, en el que se puede entrar a saco, a manos llenas. Lo que yo quisiera es precisamente que se llegase a crear entre nosotros ese depósito de reserva. Hay que empezar, pues, por abajo; escuelas, escuelas por todas partes, para ahuyentar la ignorancia, para combatir la brutalidad y la pereza a fuerza de libros, para que la instrucción intelectual y moral nos proporcione el pueblo trabajador del que todos tenemos necesidad, si no queremos desaparecer del concierto de las naciones. Y también suelo preguntarles: ¿para quién habéis pensado que estabais trabajando cuando conquistasteis a Roma, cuando os propusisteis que fuese por tercera vez gloriosa? ¿No fue para la democracia del porvenir? Y así es como se explica el que se derrumbe todo, el que no crezca ya nada con vigor, desde el momento en que no se ve por parte alguna esa democracia... ¡Sí, sí! Ahí justamente está la solución del problema: en crear un pueblo y una democracia italiana.

Pierre se había enfriado, estaba intranquilo, porque no se atrevía a decir que no era cosa tan sencilla el modificar a una nación, que Italia era lo que su suelo, su historia y su raza habían hecho de ella, y que pretender transformarla radicalmente, de golpe, podía resultar una labor peligrosa. ¿No tienen los pueblos, como los individuos, una juventud activa, una edad madura gloriosa, una vejez más o menos lenta, que desemboca en la muerte? ¡Santo Dios! Una Roma moderna, democrática... Las Romas contemporáneas se llaman París, Londres, Chicago. Por eso se limitó a decir prudentemente:

—Pero, mientras se lleva a efecto esa gran labor de renovación, empezando por el pueblo, ¿no harían ustedes bien en ser prudentes? Vuestras finanzas se encuentran en un estado tan lamentable, son tan grandes las dificultades sociales y económicas que estáis atravesando, que corréis el

riesgo de que os ocurran las peores catástrofes antes de que podáis disponer de hombres y de capitales. Qué ministro prudente sería el que os dijese desde la tribuna: «Confesémoslo: nuestro orgullo se ha equivocado, hemos cometido el error de convertirnos de la noche a la mañana en una gran nación; para ello se requiere un espacio de tiempo mayor, una suma mayor de trabajo y de paciencia; nos conformaremos, pues, con ser por algún tiempo un pueblo joven que se recoge sobre sí mismo para laborar en su rincón para adquirir mayor fortaleza, sin pretender en mucho tiempo representar un papel dominador, y empezamos por quedarnos desarmados, por borrar de un plumazo de nuestros presupuestos el capítulo de guerra, el capítulo de marina, todos los capítulos de ostentación exterior, para consagrarnos únicamente a la prosperidad interior, a la instrucción, a la educación física y moral del gran pueblo, que juramos ser de aquí a cincuenta años». ¡Frenar, eso es!, ¡frenar, en eso estriba su salvación!

Orlando le había estado escuchando y, poco a poco, se fue ensombreciendo otra vez su rostro, dominado de nuevo por un ensimismamiento angustioso. Hizo un ademán vago de fatiga y exclamó a media voz:

—¡No, no! Al ministro que tal dijese lo abuchearían todos. No se puede pedir a un pueblo que haga una confesión tan dura. Los corazones pegarían un bote y saltarían fuera de los pechos. Además, tal vez sólo se consiguiese aumentar el peligro, al dejar que se derrumbe bruscamente todo lo hecho hasta ahora. ¡Cuántas esperanzas abortadas, cuánta ruina, cuántos materiales inútilmente desparramados! ¡No! ¡Sólo podemos salvarnos ya si somos pacientes y valerosos, si caminamos adelante, adelante siempre! Somos un pueblo muy joven, hemos querido hacer en cincuenta años la unidad que otras naciones sólo han podido conquistar en doscientos. Pues bien: tenemos que pagar esa prisa, tenemos que esperar que madure la cosecha y que ésta llene todas nuestras paneras.

Hizo un nuevo ademán, firme, amplio, como de quien se obstina en su esperanza.

—Ya sabe usted que yo siempre he sido adversario de la alianza con Alemania. Como le predije ha sucedido, ha sido nuestra ruina. No estábamos todavía en disposición de hacer el camino junto a personaje tan rico y poderoso, y lo que nos hace sufrir de un modo tan cruel es la necesidad de mantener nuestros presupuestos abrumadores de gran nación, teniendo presente siempre la ineluctabilidad de la guerra próxima. Esa guerra, que hasta ahora no ha llegado, lleva agotado lo mejor de nuestra sangre, nuestra

savia, nuestro oro, sin provecho alguno. Hoy no nos queda otro recurso que romper con una alianza que se ha valido de nuestro orgullo, sin habernos servido ella de nada, sin que nos haya proporcionado otra cosa que recelos y execrables consejos... Pero todo esto era inevitable, y es precisamente lo que no se quiere reconocer en Francia. Puedo hablar libremente acerca de este punto, porque soy un amigo declarado de Francia, y hasta hay gentes que no me lo perdonan. Explique, pues, usted a sus compatriotas, cuando se obstinan en no ser comprensivos, que al día siguiente de conquistar Roma, cuando estábamos dominados por el deseo frenético de recuperar nuestro rango de otros tiempos, nos era indispensable representar un papel en Europa, afirmándonos como potencia con la cual había que contar de allí en adelante. No podíamos titubear, todos nuestros intereses parecían empujarnos hacia Alemania, se impuso la evidencia cegadora. Los pueblos están sometidos, al igual que los individuos, a la dura ley de la lucha por la existencia, y esto explica, y hasta justifica, la ruptura entre dos hermanas, el olvido de tanto lazo común, raza, relaciones comerciales, y hasta, si así lo queréis, servicios prestados... ¡Dos hermanas, sí! Y ahora las vemos destrozándose, persiguiéndose con un odio tal, que hemos llegado a un extremo en que parece haberse perdido todo buen sentido. Mi pobre corazón envejecido destila sangre cuando leo los artículos que vuestros periódicos y los nuestros se cruzan como flechas envenenadas. ¿Cuándo cesará la lucha fratricida? ¿Cuál de las dos naciones será la primera en comprender la necesidad de la concordia, que se impone, la alianza de las razas latinas, si es que no quieren perecer en medio de la marea, cada vez más alta, de las demás razas?

Y luego dijo alegremente, con la campechanía del héroe desarmado por la edad, refugiado en el ideal:

—Vamos, vamos, querido señor Froment, me va usted a prometer que nos ayudará, no bien se encuentre usted de regreso en París. Aunque su campo de acción parezca limitado, júreme que trabajará por la concordia de Francia e Italia, porque es la más santa de las empresas. Ha vivido usted tres meses entre nosotros, diga todo lo que ha visto, todo lo que ha oído, dígalo con absoluta franqueza. Si nosotros hemos cometido errores, también vosotros los habéis cometido. ¡Qué demonio! ¡Las disputas de familia no pueden ser eternas!

Pierre contesto, azorado:

—Sin duda alguna. Por desgracia, las disensiones familiares son las más tenaces. Cuando en las familias se exaspera la sangre contra la sangre, se llega hasta el cuchillo y hasta el veneno. Ya no hay perdón posible.

No se atrevió a manifestar por completo su pensamiento. Desde que se encontraba en Roma, desde que escuchaba y comparaba, aquellas disputas entre Francia e Italia le producían el efecto de un trágico cuento de hadas. Éranse una vez dos princesas, hijas de una reina poderosa, dueña del mundo. La hija mayor, que había heredado el reino de su madre, vio con secreto pesar que su hermana menor, establecida en un país vecino, crecía poco a poco en riquezas, en fuerza y esplendor, en tanto que ella venía a menos, como debilitada por los años, quedando desmembrada y tan agotada y dolorida, que se creyó vencida de antemano el día en que realizó un supremo esfuerzo para reconquistar la soberanía universal. Era para ella un espectáculo que la llenaba de amargura, una herida que no se cicatrizaba jamás, el de aquella hermana suya, que se recobraba de las sacudidas más espantosas, que se ataviaba una y otra vez con todos los atavíos esplendorosos de las grandes fiestas, que reinaba sobre el mundo por su energía, por su gracia y por su inteligencia. Y la hermana mayor no se lo perdonó jamás, fuese cual fuese la actitud que su hermana envidiada y detestada tomase con respecto a ella. Era como una herida en el costado, incurable; la vida de la una estaba emponzoñada por la vida de la otra, era un odio de la sangre vieja contra la sangre joven que no se apaciguaría si no era con la muerte. Y aunque llegase un día en que hiciesen las paces entre ellas, la hermana mayor conservaría siempre en lo más profundo de su corazón, frente al triunfo evidente de su hermana más pequeña, el dolor inagotable de ser la vasalla, a pesar de ser la mayor.

—Sea como sea —siguió diciendo Pierre con gran afectuosidad—, cuente usted conmigo. Es, en efecto, una gran pena y un gran peligro esta enconada disputa de los dos pueblos... Pero yo no diré, por la cuenta de ustedes, sino aquello que yo creo que es cierto. Soy incapaz de mentir. Y temo que la verdad no les resulte del todo agradable, porque no están habituados a oírla, ni por temperamento ni por costumbre. Los poetas de todas las naciones que han venido a Roma y que han escrito acerca de ella se han expresado con el entusiasmo tradicional de su cultura clásica, les han emborrachado de elogios, y no creo que estén en disposición de ánimo propicio para abrir los oídos a la pura verdad acerca de su Roma de hoy. Sería inútil que uno se extendiese en lo magnífico, no habría de todos modos más remedio que llegar a la realidad de las cosas, y es precisamente esa realidad la que ustedes no quieren admitir, porque son, ante todo, amantes de la belleza y muy susceptibles, como esas damas que no se sienten ya en la plenitud de su belleza y que se desesperan a la menor alusión que se haga a sus arrugas.

Orlando se había echado a reír, con risa de niño.

—Desde luego, siempre hay que procurar embellecer algo. ¿Qué se gana con hablar de rostros feos? A nosotros sólo nos gusta en el teatro la música agradable, las danzas bellas, las obras bien cuidadas que causan placer. El resto, ¡Santo Dios!, todo lo que es desagradable, ocultémoslo.

—Pues bien —siguió diciendo el sacerdote—, confieso de muy buena gana que mi libro encierra un error capital. Existe, sin duda alguna, esa Roma italiana a la que yo no había dado importancia, sacrificándola a la Roma papal, con cuyo despertar soñaba; existe y es tan poderosa y magnífica, que seguramente es la otra la que está destinada fatalmente a desaparecer con el tiempo. Por mucho que el papa se obstine en permanecer inmutable, encerrado en su Vaticano, cada vez más agrietado y amenazado de ruina, he visto que todo evoluciona a su alrededor, que el mundo negro se ha convertido ya en mundo gris, mezclándose con el mundo blanco. Donde mejor he podido percibirlo ha sido en la fiesta dada por el príncipe Buongiovanni para festejar los esponsales de su hija con vuestro sobrino. Salí de ella completamente encantado, convencido de que es un hecho vuestra resurrección.

Los ojos del anciano centellearon.

—¿Estuvo usted en ella? ¿Verdad que el espectáculo que habéis visto es de los que no se olvidan y que ya no dudaréis de nuestra vitalidad, de que estamos llamados a ser un gran pueblo, el día en que hayamos vencido las dificultades de la hora presente? ¡Qué más da un cuarto de siglo o un siglo entero! Italia renacerá a toda su antigua gloria en cuanto brote del suelo el gran pueblo del porvenir... Es cierto que siento aversión por ese Sacco, porque para mí es la encarnación de los intrigantes y de los vividores que lo han retrasado todo, lanzándose voraces sobre los despojos de nuestra conquista, realizada a fuerza de lágrimas y de sangre. Pero me reconozco a mí mismo en mi querido Attilio, carne de mi carne, tan afectuoso y tan valeroso, que va camino de ser el porvenir, que pertenece a la generación de hombres leales que educarán y purificarán al país cuando llegue su hora... ¡Ojalá que de él y de Celia, la encantadora princesita, naciese el gran pueblo del porvenir! Stefana, mi sobrina, que es en el fondo una mujer razonable, me la trajo de visita el otro día. ¡Si usted hubiera visto cómo se echó esa mujercita a mi cuello, cómo me llamó con los nombres más cariñosos, diciéndome que yo he de ser el padrino de su primer hijo, porque quiere que se llame como yo y que salve por segunda vez a Italia!... ¡Que se haga la paz, sí, que se haga la paz en torno a esa futura cuna, que la unión de estos dos queridos muchachos

sea el aparejamiento indisoluble entre Roma y la nación entera, y que se reparen todos los daños, para que su amor lo envuelva todo en sus resplandores!

Asomaron las lágrimas a sus ojos. Pierre, muy emocionado en presencia de aquella inextinguible llama de patriotismo que abrasaba aún al héroe encadenado, quiso darle gusto.

—Esos mismos son los votos que yo hice en la fiesta de sus esponsales, y eso fue, más o menos, lo que dije yo a su hijo. Sí, que esa boda sea definitiva y fecunda, que surja de ella el gran país en que yo deseo con toda mi alma, ahora que he aprendido a conoceros, ver convertida a Italia.

—¿De modo que eso fue lo que usted dijo? ¿Eso fue lo que usted dijo? — exclamó Orlando—. Vamos, yo le perdono a usted su libro, porque al fin ha comprendido las cosas. ¡Aquí tiene usted la nueva Roma, la nuestra, la Roma que nosotros queremos rehacer en toda la gloria de su pasado, para que sea por tercera vez reina de este mundo! Y señaló, con uno de los amplios ademanes en los que él ponía todo lo que le quedaba de vida, el inmenso panorama que se descubría a través de los cristales sin cortinas de la ventana, la perspectiva de Roma, que se extendía de un extremo al otro del horizonte. Bajo el cielo color de pizarra, en ese día enlutado de invierno, tan poco frecuente, tomaba la ciudad una especie de majestad más elevada, la grandeza melancólica de una ciudad reina, hoy venida todavía a menos, que aguarda, muda, inmóvil, envuelta en una atmósfera sombría, el esplendoroso despertar, el momento en que todos habían de reconocer su realeza, que tiene prometida nuevamente. Desde los barrios nuevos del Viminal hasta los árboles lejanos del Janículo, desde los rojizos tejados del Capitolio hasta las verdes cumbres del Pincio, se extendía la marejada de terrazas, campaniles y cúpulas con una amplitud de océano, en un balanceo sinfín de olas profundas y grises.

Orlando volvió de pronto la cabeza, acometido por un acceso de indignación paternal, apostrofando al joven Angiolo Mascara.

—¡Y es ésa nuestra Roma, bandido, la que tú sueñas con destruir a fuerza de bombas, la que tú hablas de arrasar como una casa bamboleante y podrida, para que no quede ni rastro de ella!

Angiolo, aunque sin hablar palabra, había escuchado con apasionamiento la conversación. Las menores emociones se marcaban en su rostro imberbe, bello como el de una joven rubia, con súbitos sonrojos, y, sobre todo, sus grandes ojos azules lanzaron llamas cuando oyó que hablaban del pueblo, de aquel pueblo nuevo que se trataba de formar.

—Sí —dijo lentamente, con su voz de pureza musical—, arrasarla, no dejar en ella piedra sobre piedra. Pero destruir para reconstruir.

Orlando le interrumpió con una risa cariñosamente burlona.

—¡De modo que tú la reconstruirías! ¡Qué suerte!

—La reconstruiría, sí —repitió el imberbe muchacho, de pie, con voz vibrante de profeta inspirado—, la reconstruiría, pero ¡qué grande, qué bella, qué noble! ¿No es verdad que la democracia mundial del porvenir, la humanidad, libre al fin, necesita una ciudad única, que será el arca de la alianza, el centro mismo del mundo? Y no está Roma designada para ser esa ciudad, porque las profecías la han señalado como ciudad eterna, inmortal, la ciudad en que se han de cumplir los destinos de la humanidad. Pues para que se convierta en el santuario definitivo, en la capital de todas las monarquías destruidas, en la que han de reunirse una vez al año los hombres sabios de todos los países, hay que empezar por purificarla con el fuego, para que no quede rastro de sus antiguas inmundicias. Después, cuando el sol haya evaporado las pestilencias del viejo suelo, la reconstruiremos diez veces más hermosa, diez veces más grande que lo fue nunca. Será una ciudad de verdad y de justicia, la Roma anunciada, esperada desde hace tres mil años, toda de oro, toda de mármol, y abarcará toda la Campaña, desde el mar hasta los montes de la Sabina y hasta las colinas Albanas, tan próspera y tan sabia que sus veinte millones de habitantes vivirán gozando de la vida, después de haber reglamentado la ley del trabajo. ¡Sí, sí! ¡Roma, la Madre, la Reina, la única sobre la faz de la tierra y para toda la eternidad!

Pierre le escuchaba boquiabierto. ¿A semejantes extremos llegaba la sangre de Augusto? No pudieron los papas durante la Edad Media hacerse dueños de Roma sin sentir el deseo imperioso de reconstruirla, poseídos de su voluntad secular de reinar de nuevo sobre el mundo. Aún no hacía mucho tiempo, en cuanto la joven Italia, se apoderó de Roma, se dejó llevar inmediatamente por la locura atávica del dominio universal, queriendo a su vez convertirla en la más grande de las ciudades, edificando barrios enteros para albergar a una población que no acudió. Y ahora, los mismos anarquistas, en su furia de trastornarlo todo, se sentían poseídos del mismo sueño obstinado de la raza, desmesurado esta vez, el sueño de una cuarta Roma monstruosa, cuyos arrabales terminarían invadiendo los continentes, capaz de albergar en su seno a la humanidad libertaria, formando una sola familia. Aquello era ya el colmo; no se daría jamás una prueba más extravagante de la sangre, toda orgullo y soberanía, que había abrasado las venas de aquella raza, desde que Augusto le legara la herencia de su imperio



absoluto, con el furioso instinto de creer que el mundo le pertenecía legalmente a ella, y de que tenía la misión, inminente siempre, de reconquistarlo. Aquello era algo que nacía del suelo mismo, una savia que había emborrachado a todos los hijos de aquel terreno histórico, que los acuciaba a todos para convertir a su ciudad en la Ciudad, la que había reinado, la que reinaría esplendorosa cuando llegase la hora predicha por los oráculos. Pierre recordaba ahora las cuatro letras fatídicas, el S. P. R. R. de la antigua Roma gloriosa, que había encontrado también por todas partes en la Roma actual, como un mandato de triunfo definitivo que se daba al destino, en todos los muros, en todas las insignias, hasta en los volquetes del servicio de limpieza municipal, que recogían las basuras al amanecer. Pierre comprendía la vanidad prodigiosa de aquellas gentes obsesionadas con la grandeza de sus abuelos, hipnotizadas con la contemplación del pasado de su Roma, que os dicen que en ella se encuentra todo, que ni ellos mismos han logrado conocer todos sus secretos, que es la esfinge que tiene la misión de decir un día al universo la palabra mágica, que es tan grande y tan noble, que lo engrandece y ennoblece todo, y que llegan a exigir para ella la idolatría respetuosa del mundo entero, porque viven ilusionados con la leyenda que la envuelve, por la inexplicable confusión entre lo que ha sido grande y lo que ya no lo es.

—Ya la conozco a esa tu cuarta Roma —exclamó Orlando, nuevamente regocijado—. Es la Roma del pueblo, la capital de la República universal, soñada ya por Mazzini. Es cierto que él, por añadidura, ponía en ella al papa... Pues bien, muchacho: has de saber que, si nosotros, los viejos republicanos, nos hemos sometido a la monarquía, ha sido por temor a que, en caso de revolución, cayese el país en manos de locos tan peligrosos como los que a ti te han revuelto el seso. Y, ¡desde luego!, nos hemos resignado a esta monarquía, que no se diferencia mucho de una buena República parlamentaria... Vamos, hasta la vista, y sé prudente, piensa que si te ocurriese algún percance, tu pobre madre se moriría del disgusto... Ven que te dé un beso.

Angiolo se puso rojo como una niña al sentir el beso cariñoso del héroe. Luego se retiró, con su expresión dulce de quien sueña despierto, después de haber saludado cortésmente al sacerdote con la cabeza, sin agregar palabra.

Hubo unos momentos de silencio; la mirada del viejo Orlando tropezó con los periódicos que había sobre la mesa, y volvió a hablar de la horrenda desgracia del palacio Boccanera. ¡Qué muerte fulminante, qué destino trágico el de aquella Benedetta, a la que había querido él como a una hija adorada en los días tristes en que vivió a su lado! ¡Haber sido arrebatada por la muerte

del hombre a quien ella amaba! Algo encontró de extraño en los relatos de los periódicos y sentía su corazón dolorido y angustiado por lo que intuía de oscuro en ellos. Pidió detalles a Pierre, en el instante mismo en que entraba bruscamente su hijo Prada, con expresión de atormentada inquietud, jadeante por haber subido demasiado a prisa. Acababa de despedir a sus contratistas, dominado por una impaciencia brutal, sin preocuparse de la gravedad de su situación ni de su fortuna en peligro inminente de quiebra, cediendo a un deseo tan impetuoso de estar arriba, junto a su padre, que ni siquiera prestaba oídos a lo que ellos decían, sin importarle que fuese a derrumbarse la casa encima de su cabeza. Cuando estuvo arriba, frente al anciano, lo examinó con mirada llena de ansiedad, para darse cuenta de si el sacerdote, por alguna palabra imprudente, no lo había herido de muerte.

Se estremeció al encontrarlo tembloroso, conmovido hasta las lágrimas por el terrible suceso de que estaban hablando. En un primer momento creyó que llegaba demasiado tarde, que la desgracia había ocurrido ya.

—¡Padre! ¿Qué le pasa? ¿Por qué llora usted?

Se arrojó a sus pies, se arrodilló, le cogió las manos, clavando en él una mirada apasionada, con una expresión tal de adoración, que parecía estarle ofreciendo toda la sangre de su corazón para ahorrarle el menor disgusto.

—Hablábamos de la muerte de esa pobre mujer —dijo Orlando con tristeza—. Le decía al señor Froment cuánta desolación me había causado y que todavía no acabó de comprender lo que ha ocurrido... Hablan los periódicos de una muerte repentina y eso resulta muy extraño...

Prada se puso en pie, muy pálido. El sacerdote no había abierto la boca. ¡Minutos de angustia horrible! ¡Iría a contestar, hablaría!

—Usted se hallaba presente, ¿no es así? —prosiguió el anciano—. Usted lo ha podido ver todo... Cuénteme lo que ha ocurrido.

Prada miró a Pierre. Sus miradas se clavaron mutuamente, se penetraron mutuamente. Para ellos todo volvía a empezar. Era el destino en marcha, el encuentro con Santobono al pie de la cuesta de Lrascati, con su cestillo; el regreso a través de la Campaña melancólica, la conversación sobre el tema de los venenos, en tanto que el cestillo era llevado en el carruaje, se balanceaba suavemente sobre las rodillas del cura, y luego la hostería adormilada en medio del desierto; la gallinita negra muerta de manera fulminante, con un hilillo de sangre violácea en el pico. Luego, durante la noche misma, el baile de los Buongiovanni, esplendoroso, olor a cuerpo de mujer, un triunfo completo del amor. Finalmente, frente al palacio Boccanera, negro bajo la luna de plata, un hombre que encendía un cigarro, que se marchaba sin volver

la cabeza, dejando que el oscuro destino realizase su obra de muerte. Los dos conocían aquella historia, los dos la vivían de nuevo, sin necesidad de repetírsela en alta voz, seguros de que, a pesar de todo, se habían calado hasta el fondo del alma.

Pierre tardó en contestar al anciano.

—Han pasado cosas horrendas, horrendas... —dijo, al fin, a media voz.

—Desde luego, lo había sospechado —volvió a decir Orlando—. Puede usted contármelo todo... Mi hijo, ante la muerte, ha perdonado.

Los ojos de Prada buscaron otra vez a los de Pierre, apoyaron la mirada en ellos, con tanta fuerza, con tan ardiente súplica, que el sacerdote se sintió profundamente conmovido. Recordó de pronto la angustia de aquel hombre durante el baile, la tortura atroz de los celos a que había estado sometido antes de dejar al destino el cuidado de su venganza. Y se representaba lo que debió pasar luego, después del horrible desenlace, en el fondo de su alma: al principio, el estupor ante aquella aspereza del destino, ante aquella venganza que había excedido a sus deseos; después, la fría tranquilidad del buen jugador que sabe esperar los acontecimientos, leyendo los periódicos, sin más remordimiento que los que experimenta un capitán a quien la victoria ha costado demasiadas pérdidas de hombres. Se dio cuenta en el acto de que el cardenal echaría tierra sobre el asunto, mirando por el honor de la Iglesia. Y solamente una cosa le pesaba terriblemente sobre el corazón, el sentimiento por la pérdida de aquella mujer tan apetecida, que no había logrado hacer suya, que ya no lo sería jamás, y tal vez también unos horribles celos póstumos, que no quería confesarse a sí mismo, pero que le harían sufrir siempre, los celos que le inspiraba el pensamiento de que dormiría para toda la eternidad en su tumba entre los brazos de otro hombre. Y precisamente de aquel esfuerzo para lograr mantenerse sereno, de aquel esperar frío y sin remordimientos, se alzaba el castigo, el temor de que el destino, caminando con los higos envenenados, no se hubiese detenido todavía en su marcha y viniese, de rechazo, a castigar a su padre. Otro rayo más, otra víctima, la más inesperada, la más idolatrada. Toda su fuerza de resistencia se había derrumbado en un segundo, y Prada estaba inmóvil y aterrado ante el destino, más desarmado y más tembloroso que un niño.

—Pero —dijo Pierre pausadamente—, ya habrá sabido usted por los periódicos que el príncipe había sido el primero en sucumbir y que la contessina se murió de pena, abrazándole por última vez... Respecto a las causas de la muerte, ¡Santo Dios!, ya sabe usted que los mismos médicos no se atreven de ordinario a pronunciarse con toda claridad...

Se detuvo, porque de pronto oyó la voz de Benedetta, moribunda, que le daba una orden terrible: «A usted, que verá a su padre, le encargo de decirle que he maldecido a su hijo. Quiero que lo sepa, debe saberlo, por la verdad y por la justicia». ¡Santo Dios! ¿Obedecería, sería aquella una de esas órdenes sagradas que es preciso ejecutar a toda costa, aunque tengan que correr ríos de lágrimas y de sangre? Durante algunos instantes se libró en su ánimo el combate más desgarrador entre la verdad y la justicia invocadas por la muerta, y sus anhelos personales de perdón y el horror que le causaría el matar al anciano, por cumplir aquella misión implacable que no beneficiaba a nadie. Desde luego, el otro, el hijo, debió de advertir la lucha suprema que se libraba en su interior, y de la que pendía la suerte de su padre, porque su mirada se hizo más pesada, más suplicante.

—Se creyó al principio que se trataba de una mala digestión —siguió diciendo Pierre—. Pero el enfermo empeoraba tan rápidamente, que todos se alarmaron y hubo que llamar corriendo a un médico...

¡Qué ojos aquellos, qué ojos los de Prada! Era tal la desesperación que se leía en ellos, tan conmovedores, tan expresivos se mostraban, que el sacerdote iba leyendo en ellos todas las razones de peso que le impedían continuar. No, él no clavaría el puñal en aquel anciano inocente, él no había prometido nada y le parecía que cargaba con un crimen a memoria de la muerte si obedecía aquella última orden de su rencor. Durante aquellos minutos de angustia sufrió Prada una vida entera de dolor, tan terrible, que ya con ello quedaba hecha en parte la justicia.

—Y cuando llegó el médico, reconoció de una manera formal que se trataba de una fiebre infecciosa. De eso no cabe duda... He asistido esta mañana a los funerales, que han sido magníficos y conmovedores.

Orlando no insistió más. Hizo un ademán, con el que quería expresar que también él se había sentido emocionado durante toda la mañana, pensando en los funerales. Y cuando el anciano se ladeó para arreglar los periódicos que estaban encima de la mesa, Prada, bañado en un frío sudor mortal, vacilante, apoyándose en el respaldo de una silla para no caer, miró otra vez a Pierre, con una mirada fija, rebotante de agradecimiento, que le daba las gracias.

—Me marcho esta noche —repitió Pierre, quebrantado, para cambiar de conversación—. Voy a despedirme de usted... ¿No tiene ningún encargo para París?

—No, ninguno —contestó Orlando.

Pero de pronto se le ocurrió algo:

—Aunque, sí, tengo una comisión... Ya recordará usted el libro de mi viejo compañero de combates, Théophile Morin, uno de los «Mil de Garibaldi»; se trata de un manual para el bachillerato que quisiera se tradujese a nuestro idioma. Puedo anunciarle con gran satisfacción que será declarado de texto en nuestras escuelas, con la condición de que introduzca en él algunas modificaciones... Luigi, dame el volumen, que está ahí, en ese estante.

Cuando su hijo le entregó el volumen, Orlando mostró a Pierre las notas que había escrito a lápiz, en las márgenes, y le dio a entender cuáles eran las modificaciones que se pedían al autor en el plan general de la obra.

—Tenga usted, pues, la amabilidad de llevar personalmente este ejemplar a Morin, cuya dirección tiene usted aquí, en la contratapa. Con eso me ahorra una larga carta y podrá decirle en diez minutos, con claridad y sin olvidos, todo lo que yo le pudiese escribir en diez páginas... Y de paso le da usted a Morin un abrazo de mi parte, y dígame que sigo queriéndolo como siempre, con todo mi corazón, como cuando podía disponer de mis piernas y nos batíamos el uno al lado del otro, como endemoniados, entre la lluvia de balas.

Hubo un corto silencio: el silencio embarazado y tierno del momento de la despedida.

—Vamos, deme usted un beso, de parte de él y de parte suya, béseme cariñosamente, como me ha besado hace un instante el pequeño Angiolo... Soy tan anciano y estoy tan acabado, mi querido señor Froment, que ya me perdonará que lo trate de hijo y que lo bese como si lo fuera, deseándole que tenga valor y que disfrute de paz y que no pierda su fe en la vida, que es la única que nos ayuda a vivir.

Pierre se sintió tan conmovido, que le subieron las lágrimas a los ojos, y cuando besó, con toda su alma, en las dos mejillas, al héroe caído, se dio cuenta de que lloraba también. Lo retuvo un instante, con mano vigorosa que parecía una tenaza, junto a su sillón de enfermo, mientras que con la otra mano le señalaba a Roma, inmensa y enlutada, bajo aquel cielo ceniciento. Su voz adquirió tonalidades graves y se volvió temblorosa y suplicante.

—Y, por favor, júreme que le tendrá usted un poco de cariño, suceda lo que suceda, porque ella es la cuna, la madre. Ámela usted por todo lo que ya no es, por todo lo que quiere ser... No diga que está acabada; ámela, ámela, para que vuelva a ser, para que sea siempre.

Pierre, sin poder contestar, le besó otra vez, embargado por toda aquella pasión que ponía el anciano, que hablaba de su ciudad como se habla a los treinta años de una mujer idolatrada. Y le parecía tan hermoso, tan grande,

con su crin erizada de viejo león canoso, con su voluntad obstinada de una próxima resurrección, que no pudo menos que evocar otra vez al otro gran anciano, al cardenal Boccanera, igualmente obstinado en su fe, que tampoco cedía un ápice de su ideal, dispuesto a caer aplastado sobre el lugar mismo por el derrumbamiento del firmamento. Y los dos se mantenían erguidos, cara a cara, en los dos extremos opuestos de su ciudad, y eran los únicos que avizoraban el horizonte desde su altura, en espera del porvenir.

Después de que Pierre saludó a Prada y se encontró fuera de la casa, en la via Venti Settembre, sólo tuvo una preocupación: la de regresar al palacio de la via Giulia para hacer su maleta y marcharse. Había cumplido con todos y ya no le quedaba más que despedirse de donna Serafina y del cardenal, para agradecerles su bondadosa hospitalidad. Fue la única persona a la que abrieron sus puertas, porque al volver de los funerales se habían encerrado en sus habitaciones, resuelto a no recibir a nadie. Cuando llegó la hora del crepúsculo, Pierre pudo creer que estaba completamente solo en el amplio palacio negro, porque no tuvo en su compañía más que a Victorine. Cuando expresó a ésta sus deseos de cenar en compañía de don Vigilio, le replicó que también el abate se había encerrado en su habitación; entonces se acercó a la habitación contigua a la suya, deseando al menos darle un último apretón de manos, pero nadie le contestó, suponiendo Pierre que el secretario se obstinaba en no abrirle, en un acceso febril y receloso, aterrorizado ante la idea de comprometerse más. Y con ello quedó todo listo, y quedó convenido con Victorine, que como el tren no salía hasta las diez y diecisiete, le haría ella servir la cena en la mesita de su habitación, a las ocho, o sea a la hora de costumbre. Ella misma le trajo una lámpara y se ofreció a acomodarle la ropa. Pero Pierre se negó en absoluto, y Victorine se resignó a dejarle hacer tranquilamente su maleta.

Había comprado un cajoncito, porque no cabían en su maleta la ropa interior y los trajes que había hecho enviar desde París, a medida que se prolongaba su estancia. Sin embargo, la tarea duró poco, vació el armario, revisó los cajones, llenó el cajón y la maleta y los cerró con llave. Todavía no eran más que las siete, tenía por delante una hora de espera, antes de la cena. De pronto, cuando recorría las paredes con la mirada, para asegurarse de que no se dejaba nada olvidado, tropezó con el cuadro antiguo, con aquella obra de un maestro desconocido, que tantas veces lo había conmovido mientras residió allí. Precisamente, la lámpara le daba de lleno, con una luz evocadora, y también ahora recibió Pierre un golpe en el corazón, tanto más profundo cuanto que se imaginó, en aquella hora última, que tenía delante todo un

símbolo de su fracaso en Roma en aquella dolorida y trágica figura de mujer, medio desnuda, con un pedazo de tela sobre el cuerpo, sentada en el umbral del palacio, de donde la habían arrojado, llorando, con la cara oculta entre las manos. Aquella repudiada, aquella amante obstinada, que sollozaba de tal modo, de la que nada se conocía, ni siquiera el rostro, ni de dónde venía, ni lo que había hecho, ¿no era la imagen de todos los esfuerzos vanos para forzar la puerta de la verdad, de todos los desfallecimientos horribles en que caen los hombres cuando chocan con el muro que cierra las regiones del misterio? Se quedó contemplándolo durante largo rato, dominado por la desazón de marcharse de aquella manera, sin haber conocido su rostro, hundido en sus cabellos de oro, aquel rostro de dolorida hermosura, que él se figuraba radiante de juventud, encantador en medio de su misterio. Y se imaginó conocerla, y estaba a punto de poseerla al fin, cuando llamaron a su puerta.

Tuvo la sorpresa de ver entrar a Narcisse Habert, que se había marchado hacía tres días a Florencia, en una de las escapadas tan gratas a los vagabundeos artísticos del joven agregado de embajada. Narcisse empezó por pedir disculpas por aquella súbita invasión.

—Veo que ya tiene usted preparadas las maletas, y sé que esta noche se marcha usted. No he querido que se fuese de Roma sin darle un apretón de manos... ¡Qué cosas más horrendas han sucedido desde nuestra última entrevista! He regresado esta tarde y no he podido asistir al cortejo fúnebre de esta mañana. Pero ya se puede usted imaginar la impresión que me ha embargado el alma al enterarme de esas dos muertes horribles.

Le hizo algunas preguntas, porque sospechaba que allí se ocultaba algún drama inconfesado, porque era hombre que conocía la siniestra leyenda de Roma. Pero tampoco hizo gran hincapié, como hombre lo bastante prudente, en el fondo, para cargarse con secretos temibles. Se limitó a comentar con entusiasmo el cuadro que el sacerdote le pintó de los dos enamorados, abrazados el uno al otro, extraordinariamente hermosos en la muerte. Y se indignó al enterarse de que nadie hubiese sacado un dibujo de los mismos.

—Debió haberlo hecho usted mismo, amigo mío. No importa que no sepa dibujar. Se hubiera visto su ingenuidad y tal vez nos hubiera dejado una obra maestra.

Luego se tranquilizó y dijo:

—¡Pobre contessina! ¡Pobre príncipe! Ya ve usted lo que es este país; aunque todo se derrumbase, les queda la belleza, y la belleza es indestructible.

A Pierre le impresionó aquella frase. Hablaron extensamente de Roma, de Nápoles, de Florencia. ¡Florencia!, repetía con expresión lánguida Narcisse.

Encendió un cigarrillo, su palabra se iba haciendo más lenta y, al mismo tiempo que hablaba, iba paseando sus miradas por la habitación.

—Vivía usted muy bien aquí, en una completa tranquilidad. Yo no había subido nunca a este piso.

Sus ojos seguían vagando por las paredes, y de pronto se detuvieron en el cuadro antiguo, que estaba iluminado por la lámpara. Se quedó pestañeando, sorprendido. Luego se levantó bruscamente, se acercó.

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué es esto? Es un cuadro que está muy bien, es un cuadro bellísimo.

—¿Verdad que sí? —dijo Pierre—. Yo no soy perito en la materia, pero le aseguro que desde el primer día me produjo una gran impresión, y que muchas veces me he quedado frente a él, sintiendo acelerarse los latidos de mi corazón, embargado por sensaciones indecibles.

Narcisse no hablaba ya, examinaba de cerca el cuadro, con el esmero de un conocedor, de un experto que decide de un golpe de vista certero la autenticidad y fija el valor que tiene en el mercado. Su cara rubia y pasmada reflejó la más extraordinaria alegría, mientras le temblequeaban los dedos.

—¡Es un Botticelli! ¡Es un Botticelli! No cabe la menor duda... Vea esas manos, fíjese en los pliegues del ropaje. Y esa tonalidad del cabello, y esa maestría, esa ligereza de toda la composición... ¡Un Botticelli, Dios santo, un Botticelli!

Se desmayaba, rebosando de admiración, cada vez mayor, a medida que penetraba en aquella composición tan sencilla y tan conmovedora. ¿No era aquello de un modernismo agudo? El artista había intuido nuestro siglo dolorido, nuestras inquietudes ante lo invisible, la angustia que sentimos al ver que no podemos franquear la puerta del misterio, cerrada para siempre. ¡Y qué símbolo eterno de la miseria del mundo, aquella mujer cuyo rostro no se veía y que sollozaba con desesperación, sin que nadie pudiese enjugar sus lágrimas! ¡Un Botticelli desconocido, un Botticelli de tal calidad y del que no hablaban para nada los catálogos! ¡Vaya un hallazgo!

De pronto preguntó:

—¿Sabía usted que se trataba de un Botticelli?

—A fe mía que no. Cierta día le hice algunas preguntas a don Vigilio, que no pareció dar mayor importancia al cuadro. También hablé del asunto a Victorine, la que me respondió que todas estas vejeces no servían más que para nidos de polvo.

Narcisse protestó, estupefacto.



—¡De modo que en esta casa tienen un Botticelli y no lo saben! ¡Qué bien retratados están en este detalle mis príncipes romanos, incapaces casi todos de distinguir entre sus obras maestras de arte, si antes no les han pegado la correspondiente etiqueta!... Este Botticelli ha sufrido un poco, pero con un simple lavado quedará hecho una maravilla y adquirirá categoría de cuadro célebre y no creo exagerar si digo que un museo daría por él...

Se calló bruscamente y, no dijo la cantidad, haciendo un ademán vago para acabar la frase. Iba pasando el tiempo y entró Victorine seguida de Giacomo, para poner el cubierto en la mesita; Narcisse se volvió de espaldas al Botticelli y no dijo una palabra. Pero Pierre, cuya atención se había despertado, adivinaba todo el trabajo que se llevaba a cabo en el alma de Narcisse, viéndolo ahora tan frío, con sus ojos antes color malva, y ahora de un azul de acero. No ignoraba que, bajo el exterior del mozo angelical, bajo la capa del Florentino de ocasión, se escondía un hombre curtido en los negocios, admirable administrador de su fortuna, y hasta, según se decía, con ribetes de avaro. Y no pudo menos de sonreírse cuando vio que se plantaba delante de la horrible Virgen, mala copia de un cuadro del siglo XVIII, que estaba colgada cerca de la obra maestra, y que exclamaba:

—¡Hombre! Esto no está mal del todo. A propósito: he recibido de un amigo el encargo de comprarle algunos cuadros antiguos... Dígame, Victorine, ahora que donna Serafina y el cardenal se han quedado solos, ¿no cree usted que tal vez estarían dispuestos a desembarazarse de algunos cuadros de poco valor?

La criada alzó los brazos como diciendo que, si de ella dependiese, se lo podían llevar todo.

—A un chamarilero, no, desde luego, porque correrían enseguida toda clase de rumores; pero estoy segura de que les sería verdaderamente grato dar ese gusto a un amigo. Cuesta sostener la casa, y el dinero vendría muy bien.

Pierre intentó en vano que se quedase Narcisse a cenar. El joven le dio su palabra de honor de que le estaban esperando. Y hasta aseguró que llegaba ya con retraso. Dio un cordial apretón de manos al sacerdote y se marchó deseándole afectuosamente un buen viaje.

Daban en aquel momento las ocho. En cuanto Pierre estuvo solo se sentó a la mesita; Victorine se quedó para servirle, después de decir a Giacomo, que había subido la vajilla y los platos en una cesta, que se retirase.

—Me ponen frenética las gentes estas con su lentitud —exclamó—. Además, señor abate, tengo un verdadero placer en servirle su última comida.

Fíjese, le he hecho preparar una comidita al estilo francés: lenguado gratinado y pollo asado.

Pierre se sintió conmovido por aquella atención, y le satisfizo el que le acompañase, mientras comía, aquella compatriota, en medio del enorme silencio del viejo palacio negro y solitario. Se notaba en Victorine todavía, se observaba en toda su persona regordeta y redonda, la tristeza de su duelo, la pérdida dolorosa de su querida contessina. Pero se había embebido ya en su labor cotidiana, y sentíase sostenida por su servidumbre resignada, que le había devuelto ya su actividad despierta de pobre mujer humilde, que acepta resignada las mayores catástrofes de este mundo. Hablaba casi con alegría, al mismo tiempo que le servía los platos.

—¡Y pensar, señor mío, que estará usted en París pasado mañana! Yo estoy, aunque le extrañe, como si hubiese salido ayer mismo de Auneau. ¡Qué magnífica es la tierra por allí, tierra pingüe, amarilla como el oro! No se parece, de ninguna manera, a la árida tierra de aquí, que huele a azufre. ¡Y aquellos sauces tan verdes y tan bonitos que hay en los bordes de nuestro riachuelo! ¡Y el bosquecito con tanto musgo! Aquí no tienen esas cosas; todos sus árboles parecen revestidos de hoja de lata, a fuerza de ese sol estúpido que quema la hierba. ¡Dios! ¡Lo que yo hubiera dado en los primeros tiempos porque cayese una buena lluvia que me calase y me limpiase de este sucio polvo del país! Ahora mismo siento latir el corazón cuando me pongo a pensar en los hermosos amaneceres de nuestro país, después de un día de lluvia, cuando el campo está tan agradable y suave, como si se echase a reír después de haber llorado... ¡No! Yo no me acostumbraré nunca a esta condenada Roma... ¡Qué clase de gente! ¡Y qué país!

Seguía obstinadamente fiel a su terruño; se alegraba acordándose de él, y al cabo de veinticinco años de residencia, seguía impenetrable, extranjera, y sentía horror de aquella ciudad de luz dura y de vegetación negra, como hija que era de una región amable y templada, sonriente, bañada en los amaneceres con brumas color de rosa. Y Pierre mismo no podía pensar sin sentir viva emoción, en que iba a verse pronto en las orillas tiernas y deliciosas de Sena.

—¿Y qué es lo que la retiene a usted aquí —le preguntó Pierre—, ahora que ha muerto su joven señora? ¿Por qué no toma usted el tren conmigo?

Victorine le miró sorprendida.

—¡Irme yo con usted, volver allá!... Eso es imposible, señor abate. En primer lugar, sería demasiada ingratitud, porque donna Serafina se ha acostumbrado a mí y yo haría muy mal en abandonarla a ella y a Su

Eminencia, ahora que sufren. Además, ¿qué iba a hacer yo allí? Mi rincón está ahora aquí.

—¿Entonces, ya nunca más verá usted Auneau?

—Nunca más, desde luego.

Se echó a reír con toda franqueza.

—Una vez muerta, me da lo mismo estar en cualquier sitio... Para dormir, señor abate, cualquier lugar es bueno. Es curioso lo que les inquieta a ustedes lo que pueda ocurrir después de muertos. ¡Créame, no puede ocurrir nada! Lo que a mí me tranquiliza, lo que a mí me divierte es precisamente el pensamiento de que todo habrá concluido y que me habrá llegado la hora de descansar. Dios no puede negarnos eso a los que tanto hemos trabajado... Usted ya sabe que yo no soy una beata, de ninguna manera. A pesar de lo cual vivo decentemente, hasta el punto de que, aquí donde usted me ve, no he tenido jamás novio. Decir esto, a mis años, parece una tontería. Pero lo digo porque es la pura verdad.

Seguía riéndose, como buena mujer que no cree en los curas, y tampoco tiene sobre su conciencia ningún pecado. Y Pierre se admiraba una vez más de aquel valor frente a la vida, del maravilloso sentido práctico que descubría en aquella mujer tan trabajadora y tan abnegada, que era para él la encarnación del pueblo bajo de Francia, que había perdido la fe y que ya no la recobraría nunca. ¡Quién pudiese ser como ella, realizar su labor y descansar en el sueño eterno, sin rebeldía y sin orgullo, poseído únicamente de la alegría que da el haber realizado su parte de labor!

—Entonces, Victorine, si alguna vez paso por Auneau, saludaré de su parte al bosquecito lleno de musgo...

—Perfectamente, señor abate; y dígame que lo llevo en mi corazón, y que lo veo reverdecer todos los días.

Como Pierre había acabado de cenar, hizo que Giacomo retirase el postre. Después, viendo que no eran más que las ocho y media, aconsejó al sacerdote que pasase tranquilamente una hora más en su habitación. ¿Qué ganaba con ir demasiado temprano a la estación, donde se helaría? A las nueve y media enviaría ella a buscar un coche, y en cuanto llegase, subiría a avisarle, al mismo tiempo que hacía bajar su equipaje. Podía estar tranquilo y no preocuparse de nada.

Cuando se retiró y se quedó Pierre solo, experimentó efectivamente un sentimiento de vacío, de despegue extraordinario. Su equipaje, la maleta y el cajón estaban en el suelo en un rincón del cuarto. ¡Y qué mudo, qué confuso, qué muerto le parecía éste, como si fuese ajeno a él! Ya no le quedaba sino

marcharse; se había marchado ya, porque la Roma que le rodeaba no era ya sino una imagen, la imagen que él llevaba en su memoria. Una hora todavía; aquello le parecía de una duración desmesurada. El viejo palacio, negro y desierto, dormía a sus pies en medio del anonadamiento de su silencio. Se sentó para hacer tiempo y cayó en un profundo ensimismamiento.

Y evocó en su memoria su libro *La nueva Roma*, tal cual él lo había escrito, tal cual él había venido a defenderlo. Y se acordó de la primera mañana que pasó en el Janículo, asomado a la terraza de San Pietro in Montorio, frente a la Roma de sus sueños, rejuvenecida dulce como un niño, cubierta por un cielo purísimo, como flotando en la frescura de la mañana. Entonces se planteó la cuestión decisiva: ¿Podía renovarse el catolicismo? ¿Podía retornar al espíritu del cristianismo primitivo, para ser la religión de la democracia, la fe que el mundo moderno, trastornado y en peligro de muerte, espera para apaciguarse y vivir? Su corazón latía de entusiasmo y de esperanza; venía a Roma, repuesto apenas de su desastre de Lourdes, para intentar otro experimento supremo, buscando en Roma la respuesta. Ahora se encontraba con que el experimento había fracasado, conocía la respuesta que Roma le había dado por medio de sus ruinas, por medio de sus monumentos, por su mismo suelo, por su pueblo, por sus prelados, por sus cardenales, por su papa. ¡No! El catolicismo no podía renovarse, ¡de ninguna manera! No podía retornar al espíritu del cristianismo primitivo. ¡No! Jamás sería la religión de la democracia la fe nueva que podría salvar a las viejas sociedades que se tambalean, que están en peligro de muerte. Aunque sus orígenes fuesen en apariencia democráticos, había arraigado en el suelo de Roma; era rey antes que nada; tenía que obstinarse en el poder temporal bajo pena de suicidarse, porque estaba atado a la tradición, encadenado al dogma, y sólo evolucionaba en apariencia, porque estaba reducido a una inmovilidad tan grande, que, al otro lado de la puerta de bronce del Vaticano, el papa era un prisionero, un aparecido, fruto de dieciocho siglos de atavismo, del ideal ininterrumpido de dominio universal. Allí donde su fe de sacerdote, exaltado por el amor a los pobres y a los que sufren, había venido a buscar la vida, una resurrección de la comunidad cristiana, se encontró con la muerte, con las cenizas de un mundo, destruido, sin posible germinación; con una tierra agotada, de la que ya no brotaría jamás otra cosa que el Papado despótico, dueño de cuerpos de igual modo que era dueño de almas. A su grito desesperado pidiendo una religión nueva, se había Roma limitado a condenar su libro por toda contestación, como a obra herética, y él mismo lo había retirado, afectado por el dolor amargo de su desilusión. Había visto, había

comprendido, y todo se había venido abajo. Y entre aquellos escombros yacía él, yacían su alma y su cerebro.

Pierre se ahogaba. Se apartó de su silla y fue a abrir de par en par la ventana que daba al Tíber, apoyándose en ella durante algunos momentos. Otra vez había llovido aquella noche y otra vez había cesado la lluvia. El tiempo era muy templado, de una suavidad húmeda, fatigosa. En el cielo, de un color gris ceniza, se adivinaba a la luna, porque lo iluminaba detrás de los nubarrones con una luz amarilla y turbia, infinitamente triste. Y en esa claridad adormilada de lamparilla, el ancho horizonte parecía negro, fantasmal; allá enfrente el Janículo, con el amazacotamiento de casas del Trastevere, y el río que corría allá abajo, a mano izquierda, hacia las alturas confusas del Palatino, mientras que, a mano derecha, destacaba su redondez dominadora sobre el fondo de la pálida atmósfera la cúpula de San Pedro. No podía distinguir el Quirinal, pero lo adivinaba detrás de él; se lo imaginaba sirviendo de barrera a un pedazo de cielo con su fachada interminable, en aquella noche tan melancólica, tan vagamente soñadora. ¡Qué distinta era aquella Roma agonizante, medio devorada por la oscuridad, de la Roma juvenil y quimérica que él había visto y amado tan apasionadamente el primer día, desde la cumbre del Janículo, cuya masa entenebrecida apenas distinguía ahora! Se despertó en él otro recuerdo: el de los tres picachos soberanos, el de las tres cumbres simbólicas, que desde aquel día habían representado para él un resumen de la historia secular de Roma, la antigua, la papal, la italiana. Pero, si bien el Palatino seguía siendo el mismo monte destronado, sobre el que se alzaba el fantasma del antecesor, de Augusto emperador y pontífice, señor del mundo, Pierre veía con distintos ojos a San Pedro y al Quirinal, que estaban ya para él en planos distintos. Aquel palacio del rey, al que entonces no concedía importancia y que le daba la impresión de un cuartel aplastado y vulgar; aquel Gobierno nuevo, que le producía el efecto de un ensayo de modernismo sacrílego en medio de una ciudad que vivía al margen, adquirían ahora en su ánimo, como le había dicho a Orlando, el sitio considerable, cada vez mayor, que ocupaban en el horizonte, que pronto llenarían por entero; por el contrario, San Pedro, aquella cúpula que le había parecido triunfadora, color de cielo, rey gigante, cuyo reinado sobre la ciudad parecía indiscutible, se le representaba ahora lleno de agrietamientos, empequeñecido, como una de esas vejeces enormes, cuya masa suele derrumbarse de pronto de un solo golpe porque sus cimientos están secretamente desgastados, y su armazón se ha ido desmigajando poco a poco.

Desde el Tíber, que venía crecido, ascendía un murmullo sordo, un rezongo quejumbroso, y Pierre se estremeció al sentir el soplo helado de sima que le dio en el rostro. Aquella idea de las tres cumbres, del triángulo simbólico, despertaba en él la idea del largo sufrimiento del gran mundo, del pueblo, de la gente menuda y de los pobres, cuya posesión se habían disputado siempre el papa y el rey. Aquello venía de lejos, del día en que, al hacer el reparto de la herencia de Augusto, tuvo el emperador que conformarse con los cuerpos, abandonando las almas al papa, quien, desde ese mismo instante, no había tenido más ambición que la de reconquistar el poder temporal, alegando que se había despojado de él a Dios mismo. Aquella pelea trastornó y ensangrentó toda la Edad Media, sin que ni la Iglesia ni el Imperio pudiesen ponerse de acuerdo en el reparto de la presa, que se la llevaban a jirones. Finalmente, el gran mudo, cansado de sufrir vejámenes y miserias, quiso hablar, sacudió el yugo del papa, en los tiempos de la Reforma, y empezó, andando los años, a derribar a los reyes cuando su furioso estallido del 89. Y, según ya lo había indicado Pierre en su libro, había arrancado de allí la extraordinaria aventura del Papado; era aquella una situación nueva que permitió al Papado reanudar la persecución de su ideal secular, el papa dejaba abandonados a su suerte a los reyes caídos, se ponía del lado de los pobres, esperando que ahora sí que le sería dable conquistar al pueblo para poseerlo por entero. ¿No resultaba asombroso el ver a aquel León XIII, despojado de su reino, llamarse socialista, recoger debajo de su potestad al rebaño de los desheredados, al tiempo que combatía contra los reyes a la cabeza del Cuarto Estado, que habría de ser el amo del siglo próximo? De aquel modo se reanudaba la eterna y ruda lucha en Roma mismo, en espacio más reducido, el Vaticano frente al Quirinal; el papa y el rey podían verse desde sus ventanas uno a otro, y forcejeaban en todo momento por la posesión del Imperio, teniendo ante su vista los tejados rojizos de la vieja ciudad, donde se refugiaba la gentecilla que ellos seguían disputándose, como el halcón y el gavilán se disputan los pajarillos de los bosques. Y ahí era precisamente donde Pierre creía que el catolicismo se encontraba condenado, donde iría a una ruina fatal, porque era esencialmente monárquico, hasta el punto de que el Papado apostólico romano no podía renunciar al poder temporal, so pena de convertirse en otra cosa distinta de lo que era y desaparecer. Era inútil que fingiese un retorno al pueblo; era inútil que se presentase como puramente espiritual, porque en medio de nuestras democracias no había lugar para la soberanía total y universal que decía haber recibido él de Dios. Pierre veía siempre al emperador desalojando al pontífice,

y aquello era precisamente lo que había matado su propio sueño, lo que había destruido su libro, lo que había amontonado todos aquellos escombros entre los que se veía aprisionado, sin energías y sin ánimos.

Aquella Roma cenicienta, cuyos edificios estaban ahora borrosos, acabó por angustiarse el corazón de tal modo, que volvió a dejarse caer en la silla, junto a sus maletas. Nunca había experimentado hasta entonces semejante desconsuelo; creyó que había llegado el fin de su alma. Recordaba que aquel viaje a Roma era como un experimento que había creído indispensable hacer, después de su desastre de Lourdes. No había venido buscando la fe ingenua y total del niño, sino la fe superior del intelectual, que se eleva por encima de ritos y símbolos, que trabaja por la mayor felicidad posible de la humanidad, fundada en su propia certidumbre. Si aquello se venía abajo, si no había modo de que el catolicismo rejuvenecido fuese la religión, la ley moral del nuevo pueblo; si el papa en Roma, con Roma, no era el Padre, el arca de la alianza, el jefe espiritual escuchado por todos, obedecido por todos, había entonces naufragado para él la esperanza última, y las sociedades contemporáneas se vendrían abajo en un supremo resquebrajamiento. Los dolores, demasiado prolongados, de los pobres iban a incendiar al mundo. Todo aquel andamiaje del socialismo católico, que a primera vista le había parecido tan afortunado, tan seguro, capaz de consolidar la vieja Iglesia, lo veía ahora en el suelo, lo juzgaba con severidad como un simple expediente transitorio, capaz tal vez de apuntalar durante algunos años el edificio ruinoso; pero todo aquel artificio estaba presidido por una confusión voluntaria, por una mentira hábil, todo era cosa de diplomacia y de política. ¡No y no! Le causaba repugnancia la idea de ganar al pueblo por el engaño, de acariciarlo para hacerlo esclavo, y todas aquellas combinaciones le parecían bastardas, peligrosas, pasajeras, destinadas fatalmente a desembocar en las peores catástrofes. Así, pues, aquello era el final; nada iba a quedar en pie; el viejo mundo desaparecería en la más espantosa crisis de sangre, cuyas señales ciertas presagiaban la proximidad. Y él, frente a semejante caos, no tenía ya alma, había perdido otra vez su fe en aquella prueba, que era la decisiva, convencido de antemano que iba a salir de ella afirmado o deshecho para siempre. Había caído herido por el rayo. Y ahora, ¡Santo Dios!, ¿qué iba a hacer él?

Sentíase tan terriblemente angustiado, que no pudo menos que levantarse y echar a andar por la habitación buscando un poco de calma. ¿Qué hacer, qué hacer ahora que se había apoderado de él la duda inmensa, la negación dolorosa, ahora que la sotana le pesaba como a nadie le había pesado? Recordó su exclamación, su negativa a someterse, cuando dijo a monseñor

Nani que su alma no podía resignarse, que su esperanza de llegar a la salvación por el amor no podía morir, y que contestaría publicando otro libro, en el que diría en qué tierra nueva había de brotar la nueva religión. Sí, publicaría un libro ardoroso contra Roma, y en él diría todo lo que había visto, todo lo que había oído; un libro en el que expondría la verdadera Roma, la Roma sin caridad, sin amor, a punto de agonizar entre el orgullo y la púrpura. Quería marchar enseguida a París, salir de la Iglesia, producir un cisma. Pues bien: ya tenía hecho el equipaje, se marchaba, escribiría su libro, sería el gran cismático esperado por todos. ¡El cisma! ¿No lo anunciaban todas las señales? ¿No parecía inminente, entre aquella prodigiosa inquietud de las almas, fatigadas de viejos dogmas, y sin embargo, hambrientas de lo sobrenatural? El espíritu de León XIII tenía plena conciencia del peligro, porque toda su política, sus esfuerzos por la unidad cristiana, sus zalemas a la democracia, no tenían otra finalidad que el agrupar la familia alrededor del Papado, ensanchándola y consolidándola, para hacer invencible al papa en la lucha inminente. Pero los tiempos habían cambiado, el catolicismo iba pronto a agotar todas las concesiones políticas, y sería incapaz de ceder más sin riesgo de muerte, inmovilizado en Roma como un viejo ídolo hierático, en tanto que era posible que evolucionase en otros países, en los países de propaganda donde tenía que luchar con las demás religiones. Por eso precisamente era por lo que Roma estaba condenada, tanto más cuanto que la abolición del poder temporal, habituando el espíritu a la idea de un papa puramente espiritual, desprendido de las preocupaciones terrenales, parecía que había de favorecer el advenimiento de un antipapa a la larga, mientras que el sucesor de San Pedro no tendría más remedio que obstinarse en su ficción imperial y romana. Pronto se alzaría algún obispo, algún papa; ¿dónde? ¿Quién podía decirlo? Tal vez allí, en aquella América libre, entre aquellos sacerdotes a quienes las necesidades de la lucha por la vida han convertido en socialistas convencidos, en demócratas ardorosos, dispuestos a marchar a compás con el siglo futuro. Y al ver que Roma no puede abandonar nada de su pasado, ni sus misterios ni sus dogmas, esos sacerdotes abandonarán todo lo que se está cayendo en pedazos por sí mismo. ¡Qué ideal más grandioso, qué papel de mesías esperado, llamado por los pueblos angustiados, ser ese sacerdote, ese gran reformador, ese salvador de las sociedades modernas! Aquel pensamiento enloqueció a Pierre durante un instante, se sintió arrebatado por un soplo de esperanza y de triunfo; si no era en Francia, en París, sería más lejos, allá, al otro lado del océano, o más lejos aún, en cualquier sitio del mundo, en una tierra lo bastante fecunda para que



la nueva semilla brotase en una desbordante cosecha. ¡Una religión nueva, una religión nueva! ¡Era el mismo grito que se le había escapado después de lo de Lourdes! ¡Una religión que no fuese por esencia un ansia de morir! ¡Una religión que realizase al fin, en este mundo, el reino de Dios de que nos habla el Evangelio, repartiendo equitativamente la riqueza, haciendo reinar, con la ley del trabajo, la verdad y la justicia!

Poseído por la fiebre de su nuevo ideal, veía Pierre ya flamear ante él las páginas de su próximo libro, con el que acabaría de destruir la vieja Roma, proclamando la ley del cristianismo rejuvenecido y libertador; pero sus ojos tropezaron con un objeto que había quedado sobre una silla, y cuya presencia le sorprendió al principio. Era también un libro, el de Théophile Morin, que el viejo Orlando le había encargado que entregase a su autor; y se enojó Pierre contra sí mismo cuando cayó en la cuenta, porque se dijo que hubiera sido muy fácil que se le quedase olvidado allí. Antes de volver a abrir la maleta para meterlo en ella, se quedó hojeándolo unos momentos, y sus ideas tomaron bruscamente otro giro, como si le hubiese ocurrido algún suceso extraordinario, uno de esos hechos decisivos que revolucionan el mundo. Sin embargo, se trataba de una obra muy modesta: era el clásico manual del bachiller, que sólo contiene elementos de las ciencias; pero todas estaban representadas en él, y resumía con bastante exactitud el estado actual de los conocimientos humanos. En suma, era la ciencia que hacía irrupción en los sueños de Pierre, bruscamente, en masa, con la energía irresistible de una fuerza omnipotente, soberana. Y no sólo barría al catolicismo, como polvo de ruinas, sino que todas las concepciones religiosas; todas las hipótesis acerca de lo sobrenatural se tambaleaban, se venían abajo. Bastaba con aquel epítome escolar, con aquel librito clásico; bastaba nada más con el ansia universal de saber, con la enseñanza que se va extendiendo cada vez más, que va conquistando al pueblo entero, para que los misterios se conviertan en cosas absurdas, para que se derrumben los dogmas y para que no quede en pie nada de la antigua fe. Un pueblo nutrido de ciencia, que no cree ya en los dogmas ni en el sistema compensador de castigos y recompensas, es un pueblo cuya fe ha muerto para siempre; y sin la fe no puede existir el catolicismo. Ése es el filo del machete, ése el cuchillo que cae y corta. Un siglo, dos, los que le hagan falta; la ciencia los tomará. Ella es la única eterna. Es absurda la afirmación de que la ciencia no es contraria a la fe, que la ciencia debe ser la servidora de Dios. Lo cierto es que, hoy mismo, las Escrituras están deshechas, y que para poner a salvo algunos de sus fragmentos ha habido necesidad de acomodarlos a las nuevas verdades,

refugiándose en el simbolismo. Es una actitud curiosa la de la Iglesia cuando prohíbe a toda persona que haya hecho un descubrimiento contrario a los libros santos el que se pronuncie definitivamente, esperando que ha de llegar el día de que se demuestre que aquella verdad es un error. El papa únicamente es infalible; la ciencia es falible; se explota contra ella el que avance siempre a tientas; se está al acecho para poner sus descubrimientos de hoy en contradicción con los de ayer. ¿Qué importancia tienen para un católico estas afirmaciones sacrílegas? ¿Qué importan las certezas sacrílegas que mellan el dogma, siendo como es seguro que cuando llegue la plenitud de los tiempos se refundirán la fe y la ciencia, y esta última volverá a ser, al pie de la letra, la humilde esclava de aquélla? Y el librito ínfimo, el manual de verdades proseguía su obra, destruyendo siempre el error, amontonando lo que ha de ser tierra firme, del mismo modo que esos seres infinitamente pequeños que han construido poco a poco los continentes.

Aquella brusca claridad que se hacía en su espíritu le hizo sentirse a Pierre en terreno sólido. ¿Había retrocedido la ciencia alguna vez? Quien ha tenido que ir siempre batiéndose en retirada ante ella ha sido el catolicismo, y cada día tendrá que ir cediendo más terreno. La ciencia no se detiene, va conquistando paso a paso la verdad, a costa del error, y es una tontería la afirmación de que está en quiebra, por el simple hecho de que no ha logrado explicar de pronto todos los secretos del Universo. El dominio del misterio existirá siempre, pero cada día más reducido; tal vez se intente una hipótesis nueva que nos lo explique; pero esa misma hipótesis significará la quiebra cada vez mayor de las hipótesis antiguas, de éstas que vemos derrumbarse al embate de las verdades científicas definitivas. En este caso se encuentra el catolicismo, y cada día lo estará más. En el fondo, y como todas las religiones, no es otra cosa que una explicación del mundo, un código social y político superior, destinado a hacer que reine en este mundo toda la paz y toda la felicidad posible. Este código, que quiere abarcar la universalidad de las cosas, es por eso mismo obra humana, mortal como todo lo humano. No es posible aislarlo, afirmando que existe con independencia de la ciencia. La ciencia es totalista, como ya se lo ha demostrado, y como se lo demostrará cada día más, obligándole a reparar las continuas brechas que le produce, hasta que llegue el día en que lo barra, en un postrer asalto de la verdad deslumbradora. Es cosa de risa el ver a ciertas gentes que asignan un papel limitado a la ciencia, que le prohíben invadir éste o el otro dominio, prediciéndole que no pasará de tal o cual límite, declarando, en este fin de siglo, que, fatigada ya, está a punto de abdicar. ¡Qué gente más pequeña, qué

cerebros más desquiciados, políticos dados a expedienteos, gentes dogmáticas con el agua al cuello, o autoritarias que se rebelan ante la necesidad de recomponer sus viejos ideales! ¡La ciencia pasará por encima de ellos, los arrastrará como a hojas muertas!

Pierre seguía leyendo el humilde libro, escuchando lo que le decía la ciencia soberana. La ciencia no puede quebrar, porque no promete lo absoluto, y sólo estriba en la conquista sucesiva de la verdad. Nunca ha tenido la pretensión de proporcionar, de golpe, toda la verdad, porque para esa clase de combinaciones se hace preciso recurrir a la metafísica, a la revelación y a la fe. El papel de la ciencia, por el contrario, consiste en destruir el error a medida que va avanzando y que aumenta la luz. De ahí que, lejos de estar en quiebra, avanza sin que nada la detenga, sigue siendo siempre la única verdad posible para los cerebros equilibrados y sanos. Hay algunos a los que no satisface, y son los que sienten la necesidad del conocimiento inmediato y total, recurriendo para ello a cualquier hipótesis religiosa; pero, sin embargo, para no caer en el absurdo, esas mismas personas tienen que cuidar de edificar su quimera con materiales que sacan de las verdades adquiridas. Todo lo que se sienta sobre un error demostrado no puede menos que venirse abajo. Del hecho de que persista en el hombre el sentimiento religioso, y de que la necesidad de tener una religión sea eterna, no hay que sacar la consecuencia de que el catolicismo sea eterno, porque no es, en resumidas cuentas, más que una forma religiosa que no ha existido siempre, que ha sido precedida por otras formas religiosas y a la que seguirán otras más. Aunque desaparezcan las religiosas, el sentimiento religioso creará otras, aun paralelamente a la ciencia. Pierre pensó en ese pretendido fracaso de la ciencia, frente al despertar actual del misticismo, cuyas causas había indicado en su libro: el malestar de las idea de libertad entre el pueblo, al que se estafó con ocasión del último reparto social, el malestar de las gentes cultas, desesperadas ante el vacío en que las dejan su razón libertada y su inteligencia, que abarca un campo cada vez mayor. Renace la angustia ante lo desconocido; pero esto es sólo una reacción natural y momentánea, después de tanto trabajo, en las horas primeras, porque la ciencia no logra calmar todavía nuestra sed de justicia, ni nuestro deseo de orden y de seguridad, ni la idea secular que nos hemos hecho de la felicidad en la otra vida, en un paraíso eterno. Para que pudiese darse un renacimiento del catolicismo, como se anuncia por ahí, haría falta que cambiase la base social, y no puede suceder eso porque no hay en él la savia necesaria para renovar una fórmula caduca, que las escuelas y los laboratorios van matando cada día más. Como han cambiado las condiciones

del terreno, el árbol que ha de crecer será distinto. Si de la ciencia ha de nacer una religión, constrúyala, porque ella será pronto la única posible para las democracias del porvenir, para los pueblos cada vez más ilustrados, entre los cuales ya no quedan sino cenizas de la religión católica.

Y la consecuencia inmediata que sacó Pierre fue la perfecta estupidez de la Congregación del Index. Había estigmatizado su libro, y seguramente que estigmatizaría también el nuevo libro que había pensado escribir, si lo hacía alguna vez. ¡Magnífica tarea, en verdad! ¡Estigmatizaría unos pobres libros de un soñador entusiasta, unas quimeras que se obstinan en aferrarse a otras quimeras! Y en cambio, era tan idiota, que no se le ocurría estigmatizar el librito clásico que tenía Pierre entre sus manos en ese instante, y que era el único verdaderamente temible, el enemigo al que nada puede oponerse y que acabaría derribando, sin duda alguna, a la Iglesia. Por muy modesto que éste pareciese, con su pobre aspecto de manual escolar, el peligro empezaba en el mismo momento en que los niños deletreaban el alfabeto, y crecía a medida que los programas se iban cargando de nuevos conocimientos, y culminaba en aquellos epítomes de ciencias físicas, químicas y naturales, que han puesto sobre el tapete la cuestión de la creación según la explican las Escrituras. Lo peor era que el Index, desarmado ya, no se atrevía a suprimir aquellos humildes volúmenes, aquellos terribles soldados de la verdad, destructores de la fe. ¿Qué importancia tenía, desde ese momento, todo el dinero que León XIII pudiese sacar de su tesoro oculto del dinero de San Pedro, para dotar con él las escuelas católicas, pensando en formar en ellas la generación creyente del futuro, de la que tenía el papa necesidad para vencer? ¿Qué importaba la donación de aquel dinero precioso, si sólo había de servir para comprar aquellos volúmenes ínfimos y formidables, que nunca serían bastante expurgados, que siempre contendrían demasiada ciencia, de esa ciencia cada vez más grande, cuya culminación acabaría por hacer saltar un día al Vaticano y a San Pedro? ¡Oh Index imbécil e inútil! ¡Oh miseria e irrisión!

Después de que Pierre metió en la maleta el libro de Théophile Morin, volvió a asomarse a la ventana, y tuvo una visión extraordinaria. En la noche templada y triste, bajo el firmamento nuboso, amarillento y como de herrumbre por efecto de la luz de la luna, se habían alzado algunas brumas ligeras, que ocultaban en parte los tejados con sus retazos flotantes como sudarios. Habían desaparecido por completo del horizonte algunos monumentos. Pensó que los tiempos habían llegado, que la verdad acababa de hacer saltar en pedazos la cúpula de San Pedro. Así estaría dentro de cien o de mil años, por tierra, borrada del fondo negro del cielo. Ya Pierre se había

dado cuenta de que vacilaba y se resquebrajaba a sus pies el día febril, en que había pasado una hora allá arriba, desesperado al ver que la Roma papal se obstinaba en vestirse con la púrpura de los Césares, previendo desde entonces que el templo del Dios católico se derrumbaría, como ya antes se había derrumbado el templo de Júpiter Capitolino. Ya estaba, la cúpula había cubierto el suelo con sus escombros amontonados; ya sólo quedaba en pie, con un lienzo de muralla del ábside, las cinco columnas de la nave central, que sostenían aún un trozo del entablamento. Pero, sobre todo, allí estaban siempre las cuatro pilastras del crucero, las que habían sostenido la cúpula, ciclópeas, aisladas y magníficas, como indestructibles, entre todos los derrumbamientos cercanos. Otros espesos jirones de bruma avanzaron a oleadas; habían pasado otros mil años, y ya no quedó nada. Ahora se habían venido abajo el ábside, las últimas columnas, las gigantescas pilastras. El viento había arrastrado el polvo, y se necesitaría hurgar en el suelo para descubrir entre las ortigas y los escaramujos algunos fragmentos de estatuas rotas, de mármoles grabados con inscripciones, acerca de las cuales no llegarían los sabios a ponerse de acuerdo. Y como en otro tiempo, en el Capitolio, entre los escombros sepultados del templo de Júpiter, treparían las cabras, alimentándose de arbustos, en la soledad, en las horas de los grandes silencios, de los soles abrumadores del verano, en los que sólo se oía el bordoneo de las moscas.

Sólo entonces tuvo Pierre la conciencia del derrumbamiento supremo. Aquello había acabado, la ciencia había triunfado, ya no quedaba nada del viejo mundo. ¿Qué adelantaba con ser el gran cismático, el reformador esperado? ¿No equivalía aquello a levantar otro sueño? Lo único que ahora le parecía que tenía importancia era la lucha eterna de la ciencia contra el misterio, acosando siempre, reduciendo cada vez más en el hombre la sed de lo divino; la única duda que le quedaba era el saber si triunfaría alguna vez, hasta el punto de satisfacer todas las necesidades de la humanidad, saciando todos sus apetitos. Y en el desastre de su entusiasmo de apóstol, frente a las ruinas que llenaban toda la capacidad de su alma, en presencia de la muerte de su fe, de la muerte de su esperanza de utilizar el viejo catolicismo para la salvación social y moral del mundo, sólo se sentía ya sostenido por la razón. Esa razón había titubeado un momento. Si Pierre había concebido su libro, si acababa de atravesar aquella terrible segunda crisis, era porque otra vez el sentimiento se había sobrepuesto en él a la razón. Había despertado dentro de él lo que tenía de su madre, y se había echado a llorar en presencia de los dolores de los miserables, acometido por el deseo irresistible de llevarles

algún alivio, con el deseo de conjurar las catástrofes inminentes; y sus ansias de caridad le habían hecho perder los escrúpulos de su inteligencia. Pero ahora escuchaba la voz de su padre, funcionaba su razón, su razón adusta, que se había eclipsado un momento, pero que volvía a imperar en él. Igual que después de Lourdes, protestaba ahora contra la glorificación de lo absurdo y la decadencia del sentido común: era la razón. Ella era lo único que le hacía caminar firme y erguido, entre los restos de las antiguas creencias, aun en medio de las oscuridades y de los fracasos de la ciencia. ¡La razón! ¡Sólo por ella sufría, sólo ella le procuraba satisfacciones, se prometía atenderla cada día más, como a la amante única, aun a costa de su felicidad!

¿Qué camino tomaría? En aquellos momentos se hubiera esforzado en vano por precisarlo. Todo quedaba en el aire, se hallaba ante el inmenso mundo, cargado todavía con las ruinas del pasado, pero que seguramente pronto se vería libre de ellas. Allá en París, en el barrio de dolor, volvería a encontrarse con el bueno del abate Rose, de quien había recibido el día anterior una carta en la que le pedía que regresase, que regresase pronto para cuidar a los pobres, para amarlos, para salvarlos, ya que aquella Roma, que tan esplendorosa parecía desde lejos, se mostraba sorda a los llamamientos de la caridad. Y alrededor del apacible sacerdote, se encontraría con la corriente, cada vez mayor, de gentes miserables, con los pequeños caídos del nido, a los que aquél recogía pálido de hambre, tiritando de frío; con los hogares de miseria inaudita, en los que el padre se emborracha, la madre se prostituye, los hijos y las hijas caen en la miseria y en el vicio; con casas, enteras de las que sale un aliento de hambre, en las que impera la más hedionda suciedad, la más vergonzosa promiscuidad, sin muebles, sin ropas, con gentes que viven como animales, que se satisfacen y se alivian como pueden, al azar del instinto y de la casualidad. Y luego, los golpes de frío del invierno, los desastres del paro, las ráfagas de la tuberculosis, que se lleva a los débiles mientras los fuertes cierran los puños, soñando con vengarse. Y cualquier noche tendría que entrar en alguna habitación de pesadilla, en la que la madre se habría suicidado con sus cinco hijos pequeños, apretando al más pequeño entre sus brazos, pegado a la teta vacía, y los demás esparcidos por el piso desnudo, felices al fin, satisfechos de morir. ¡No, aquello no era posible; la miseria negra terminaba en el suicidio, en medio de aquel gran París rebosante de riqueza, ebrio de goces, que tiraba los millones a la calle por simple placer! El edificio social estaba podrido en su base, y todo se derrumbaba en el cieno y en la sangre. Nunca había tenido la sensación tan clara de la inutilidad de la caridad. Y de pronto, tuvo conciencia de que la

palabra esperada, la palabra que surgía al fin del gran mundo secular, del pueblo aplastado y amordazado, era la palabra justicia. ¡Sí, justicia, y no caridad! La caridad no había hecho sino eternizar la miseria; la justicia la curaría seguramente. Los miserables tenían hambre de justicia, y sólo un acto de justicia sería capaz de barrer el mundo antiguo para reconstruirlo de nuevo. El gran mundo no sería ni del Vaticano ni del Quirinal, ni del papa, ni del rey, porque si había rezongado sordamente durante siglos y siglos, en su larga lucha, tan pronto abierta como misteriosa, no lo había hecho por elegir entre el pontífice o el emperador, cada uno de los cuales lo quería para sí solo, sino que lo había hecho para recobrar, para manifestar su voluntad de no pertenecer a nadie el día en que gritase justicia. ¿Estaría al llegar, por fin, el día de la justicia y de la verdad? En medio de su angustia actual, tironeado por el ansia sobrenatural que atormenta al hombre, y la soberanía de la razón, que le ayuda a mantenerse erguido, estaba, sin embargo, Pierre seguro de que se mantendría fiel a su juramento de ser un sacerdote que ha perdido la fe, pero que velaba por las creencias de los demás, cumpliendo castamente y honestamente con su obligación, recogido en la tristeza altiva de no haber podido renunciar a su inteligencia, del mismo modo que había renunciado a su impulso de enamorado y a su sueño de salvador de los pueblos. Y también ahora, lo mismo que después de Lourdes, esperaba.

Y junto a la ventana, cara a aquella Roma invadida por la oscuridad, sumergida entre brumas que parecían tragarse sus edificios, se había ensimismado tan profundamente en sus pensamientos, que ni siquiera oyó la voz que le llamaba. Fue necesario que una mano le tocara en el hombro.

—Señor abate, señor abate...

Al volverse oyó que Victorine le decía:

—Son las nueve y media. El coche está abajo; Giacomo ha bajado ya las maletas... Es hora de marchar, señor abate.

Y como lo viese parpadear, absorto todavía, Victorine le sonrió.

—Veo que estaba usted despidiéndose de Roma. Maia cara tiene el cielo.

—Sí, muy mala cara —se limitó a contestar.

Bajaron. Le dio un billete de cien francos para que lo repartiese con la servidumbre. Victorine se disculpó y cogió la lámpara, echando a andar delante, porque, según dijo, apenas se distinguía nada, y todo el palacio estaba aquella noche envuelto en tinieblas.

¡Cómo le conmovió a Pierre aquel descenso postrero a través del palacio, negro y vacío! Echó un vistazo alrededor de su habitación, como diciendo adiós, cosa que siempre le desesperaba, porque dejaba siempre un poquito de

su alma, aun cuando se tratase de una habitación en la que ha sufrido. Luego, al pasar por delante de la de don Vigilio, de la que salía un silencio impresionante, se lo imaginó con la cabeza debajo de la almohada, conteniendo la respiración, por miedo de que su aliento hablase y le atrajese alguna venganza. Pero, sobre todo, cuando estuvo en los descansos del primero y del segundo piso, frente a las puertas cerradas de donna Serafina y del cardenal, sintió escalofríos al no oír nada, ni siquiera una respiración, como si pasase ante dos tumbas. No habían dado señales de vida desde que habían vuelto del cortejo fúnebre; se habían encerrado, habían desaparecido, inmovilizado con ellos la casa entera, sin que fuese posible oír ni el bisbiseo de una conversación, ni los pasos perdidos de un criado. Victorine seguía bajando, con la lámpara en la mano, y Pierre la seguía, pensando en aquellos dos seres que se quedaban solos, dentro de su palacio ruinoso, últimos ejemplares de un mundo venido a abajo, en el umbral de un mundo nuevo. Dario y Benedetta se habían llevado con ellos toda esperanza de vida; sólo quedaban allí la solterona y el sacerdote infecundo, sin resurrección posible. ¡Qué interminables pasillos de sombra lúgubre, qué escalera fría y gigantesca, que parecía descender hasta la nada; qué salas inmensas, con los muros agrietados por la pobreza y el abandono! Y el patio interior, parecido a un cementerio, lleno de hierba, con su pórtico húmedo, en el que se enmohecían los torsos de Venus y de Apolo... Y el jardincillo desierto, embalsamado con el aroma de los naranjos maduros, al que ya no iría nadie, porque ya no estaría allí la contessina encantadora, bajo el laurel, junto al sarcófago... Todo se hundía en la abominable desgracia, en el silencio de muerte, y los dos Boccanera no podían hacer ya otra cosa que esperar, envueltos en su grandeza adusta, que su palacio, lo mismo que su Dios, se derrumbase sobre sus cabezas. Pierre no percibía más que un ruido muy leve, un trotecito de ratoncito sin duda alguna, tal vez los dientes de un roedor, el abate Paparelli que andaría por allí, por aquellas habitaciones perdidas, desmenuzando los muros, mordisqueando incansable en sus cimientos la vieja mansión, para que se viniese abajo cuanto antes.

El coche estaba delante de la puerta, con sus dos faroles, que horadaban la oscuridad de la calle con su luz amarilla. Habían cargado ya el equipaje, el cajón junto al cochero y la maleta en el asiento de delante. El sacerdote subió enseguida.

—Tiene usted tiempo —le dijo Victorine, que se había quedado de pie en la acera—. No se preocupe, no le falta a usted nada. Vaya tranquilo.



Le reconfortó a Pierre el ver allí, en el último momento, a aquella compatriota, alma buena, que le había acogido desde el primer día, y que lo despedía ahora al marcharse.

—No le digo hasta la vista, señor abate, porque no creo que vuelva en mucho tiempo a esta condenada ciudad... Adiós, señor abate.

—Adiós, Victorine. Y muchísimas gracias de corazón.

Ya al coche había arrancado al trote vivo del caballo y corría por las calles estrechas y tortuosas que conducen al corso Vittorio Emanuele. No llovía, no había sido necesario levantar la capota del coche; pero aunque el aire húmedo había templado la atmósfera, el sacerdote sintió enseguida frío; pero no quiso perder el tiempo haciendo parar el coche, porque el cochero, hombre callado, parecía tener prisa por desembarazarse de su viajero.

Cuando Pierre desembocó en el corso Vittorio Emanuele, se quedó sorprendido viéndola ya desierta, tan temprano, con las puertas de las casas cerradas, las aceras solitarias; sólo los focos eléctricos brillaban en la melancólica soledad. A decir verdad, no hacía calor tampoco; la bruma parecía espesarse, sumergiendo cada vez más las fachadas. Cuando pasó por delante de la Cancillería le pareció que el severo y colosal monumento retrocedía, se desvanecía como un sueño. Más lejos, a la derecha, al final de la vía Aracoeli, tachonada con las estrellitas de unos pocos humeantes picos de gas, se había hundido el Capitolio en las oscuras tinieblas. El corso se estrechó luego, el carruaje se deslizó entre las dos masas sombrías, aplastadoras, del Gesù oscuro y del palacio Altieri; y al pasar por aquel estrecho pasillo, en el que, aun en los días de hermoso sol, rezumaba toda la humedad de los tiempos antiguos, se echó otra vez a soñar, sintiendo en el cuerpo y en el alma un nuevo escalofrío.

Se le ocurrió de pronto un pensamiento, que a veces le había producido inquietud: que la humanidad, saliendo de Asia, había caminado siempre siguiendo la dirección del sol. Siempre había soplado el viento del este, arrastrando hacia el oeste la semilla humana, para el germinar de los tiempos futuros. Y desde mucho tiempo atrás, la cuna de la humanidad estaba herida de destrucción y de muerte, como si los pueblos pudiesen avanzar únicamente por etapas, dejando tras ellos el suelo agotado, las ciudades destruidas, las poblaciones diezmadas y bastardeadas, a medida que avanzaban de levante a poniente, hacia una meta ignorada. Fueron primero Nínive y Babilonia, en las orillas del Éufrates; fueron luego Tebas y Memphis, en las orillas del Nilo, reducidas a polvo, caídas de vejez y laxitud, mortalmente abotargadas, sin despertar posible. Aquella decrepitud se comunicó de allí a las orillas del gran

lago mediterráneo, sepultando, bajo el polvo de las edades, a Tiro y a Sidón, avanzando aún más hasta aletargar a Cartago, herido de esterilidad en mitad de su poderío. Aquella humanidad en marcha, empujada así de Oriente a Occidente por la fuerza oculta de las civilizaciones, señalaba las jornadas de su camino con ruinas. ¡Qué espantosa esterilidad presenta hoy la cuna de la Historia, Asia, Egipto, vueltos al balbuceo de la infancia, inmovilizados en la ignorancia y en la caducidad sobre las ruinas de sus antiguas capitales, en otro tiempo señoras del mundo!

Al pasar por entre las nieblas de su ensimismamiento, tuvo Pierre la sensación de que el palacio Venezia, envuelto en la noche, parecía rodar por el suelo ante un empuje invisible. La niebla había mellado sus almenas; las altas murallas desnudas, tan temibles, se doblegaban bajo el peso de la oscuridad creciente. Luego, después de la trinchera profunda del Corso, a mano izquierda, desierto también e iluminado con el resplandor descolorido de los focos eléctricos, surgió a mano derecha el palacio Torlonia, con una de sus alas derribada por la piqueta de los demoledores, y, a la izquierda, otra vez, más arriba, el palacio Colonna alargaba su sombría fachada, con todas las ventanas cerradas, como si, al ser abandonado por sus señores, perdida su antigua pompa, esperase también el derribo.

Y siguió el soñar de Pierre, mecido ahora más lentamente por el rodar del carruaje, que empezaba a subir la cuesta de la via Nazionale. ¿No era verdad que también Roma había sido alcanzada ya, no era cierto que también a ella le había llegado el momento de desaparecer, de quedar como rastro de ruinas que los pueblos en marcha dejaban constantemente detrás de ellos? Grecia, Atenas y Esparta, dormitaban a cubierto de sus recuerdos gloriosos, y ya no contaban en el mundo para nada. Toda la parte inferior de la península itálica había sido alcanzada ya por la parálisis ascendente. Y, al propio tiempo que a Nápoles, le llegaba el turno a Roma. Se encontraba en los linderos de la zona contagiada, en la orilla de la mancha de muerto que se va extendiendo sin cesar sobre el viejo continente, en esa orilla en la que se manifiesta la agonía, en donde la tierra empobrecida se niega a seguir alimentando y sosteniendo a las ciudades, en la que los hombres mismos parecen heridos de muerte desde que nacen. Roma venía declinando desde hace dos siglos, se iba eliminando, poco a poco, de la vida moderna, carecía de industria y de comercio, era incapaz hasta de cultivar la ciencia, la literatura y el arte. Ya no era solamente la basílica de San Pedro lo que se venía abajo, lo que esparcía sus restos por la hierba, como en otro tiempo el templo de Júpiter Capitolino. En el ensueño negro y doloroso, era Roma entera la que se derrumbaba con un supremo

resquebrajamiento, cubriendo las siete colinas con el caos de sus ruinas, desapareciendo las iglesias, los palacios y los barrios enteros, para dormir bajo las ortigas y los escaramujos. Al igual que Nínive y Babilonia, al igual que Tebas y Memphis, Roma no era ya sino una llanura pelada, llena de gibas formadas por los escombros, siendo inútiles los esfuerzos que se hacían para señalar el lugar de los antiguos edificios, una llanura habitada solamente por los nidos de serpientes y las bandadas de ratones.

El coche doblaba la calle, y Pierre distinguió a mano derecha, en un pozo enorme que era un montón de tinieblas, la columna de Trajano. A esas horas aparecía toda negra, como el tronco muerto de un árbol gigantesco, que hubiese perdido todas sus ramas a fuerza de años. Más arriba aún, atravesando la plaza triangular, alzó la vista y tropezó con un verdadero árbol, recortado sobre el firmamento plomizo, el pino copudo de la villa Aldobrandini, que se erguía allí como un símbolo de la gracia y el orgullo de Roma, y que ahora se le antojó una manchita, una nubecilla de polvo de carbón que ascendía del derrumbamiento total de la ciudad.

Y al terminar aquel soñar trágico, se apoderó de él el espanto, porque se sobresaltó su sentimiento de fraternidad. Cuando el aletargamiento que se va apoderando del mundo envejecido pasase de Roma, cuando se hubiese apoderado de la Lombardía, cuando Génova, Turin y Milán se adormeciesen, como Venecia, ¿entonces le tocaría la vez a Francia! Saltaría los Alpes, Marsella vería sus puertos cegados por las arenas, al igual que los de Tiro y Sidón, a su vez Lyon quedaría sumido en soledad y sueño, y París finalmente, invadido por un sopor indecible, trocado en un campo estéril de piedras, erizado de cardos salvajes, vendría a acompañar en la muerte a Roma, Nínive y Babilonia, en tanto que los pueblos continuaban su marcha, de levante a poniente, siguiendo al sol eterno. Un grito desgarró las sombras: el grito de muerte de las razas latinas. La Historia, que parecía haber arrancado de la cuenca del Mediterráneo, se desplazaba, y el océano se convertiría en el centro del mundo. ¿A qué altura de su jornada había llegado la humanidad? Salida de allá lejos, de su cuna al clarear el alba, caminando de etapa en etapa, sembrado su camino de ruinas, habría llegado la humanidad a la mitad de su día, allá donde llamea el mediodía. ¿Empezaría entonces la otra mitad de los tiempos, el nuevo mundo después del mundo viejo, y esas ciudades de América, en las que se esboza la democracia y brota la religión del mañana, serán las reinas soberanas del siglo futuro, mientras que más allá, al otro lado del océano, retornando a la cuna, en la otra faz del planeta, espera el Extremo

Oriente inmóvil, China y Japón misteriosos, con todo el pulular amenazador de la raza amarilla?

Pero, a medida que el coche ascendía por la via Nazionale, sentía Pierre disiparse su pesadilla. Soplaban un airecillo más ligero, recobraba esperanza y valor. Sin embargo, el Banco, con su fealdad nueva y su enormidad todavía blancuzca, le hizo el efecto de un fantasma que se paseaba de noche con su sábana; en tanto que allá arriba, por encima de los jardines que se distinguían confusamente, surgía el Quirinal como una raya negra, cortando el cielo. Pero la calle ascendía siempre, se ensanchaba cada vez más, y, al fin, cuando llegó a la cima del Viminal, en la piazza delle Terme, al pasar frente a las ruinas de Diocleciano, pudo respirar a pleno pulmón. ¡No! ¡No! La jornada humana no podía acabar nunca, era eterna, y las etapas de la civilización se irían sucediendo hasta el infinito. ¿Qué importaba que el viento del este empujase a los pueblos en dirección al oeste, como arrastrados por la atracción solar? Volverían, si algún día era preciso, después de dar la vuelta al globo, darían varias veces la vuelta a la tierra, hasta que llegase el día en que pudiesen echar raíces en un sitio, cuando reinasen la verdad y la justicia. Después de la próxima civilización, cuyo centro será el Atlántico, bordeado por ciudades soberanas, nacería otra civilización que tendría por centro el Pacífico, con otras capitales en sus orillas, cuyo emplazamiento exacto no se podía aún prever, porque sus semillas dormían aún en las costas ignoradas. Y luego vendría otra, y otra, en un constante recomenzar. Y en aquel minuto último le asaltó la idea que encerraba la confianza y la salvación, de que aquel gran movimiento de los nacionalismos era el instinto, la necesidad misma que sentían los pueblos de retornar a la unidad, arrancando de una familia única, separados, divididos en tribus, andando el tiempo chocando entre ellos, con odios fratricidas, tendían, a pesar de todo, a volver a formar una familia única. Las personas se reunían formando pueblos, los pueblos formaban razas, las razas acabarían por reunirse en una sola humanidad inmortal. Finalmente, la humanidad sin fronteras, sin guerras posibles, la humanidad viviendo de su justo trabajo, en la comunidad universal de todas las riquezas... El desenlace de la Historia no consistiría precisamente en la evolución. ¿No sería ésa la meta del trabajo que se realiza en todas partes? Había, pues, que desear que Italia se convirtiese en un pueblo sano y fuerte, que se llegase a una inteligencia entre ella y Francia, y que esta fraternidad de razas llegase a ser el comienzo de la fraternidad universal. ¡Ah! ¡Cuándo se llegaría a la patria única, a la tierra pacificada y feliz, cuántos siglos se tardaría en alcanzar ese grandioso ideal!

Después, al llegar a la estación, en medio del atropellamiento, ya no tuvo Pierre lugar para pensar. Tomó su billete e hizo registrar sus equipajes. Subió enseguida al vagón, y dos días después, al clarear el alba, estaría en París.



ÉMILE ZOLA (París 2 de abril de 1840- París 29 de septiembre de 1902) nació en una familia de origen veneciano. Después de unos años de bohemia literaria en París, Zola es jefe de publicidad de la librería Hachette y periodista literario. Escribe también sobre arte y alaba a los pintores de la Escuela de Batignolles (Edouard Manet), es decir, a los futuros impresionistas, lo que provoca un gran escándalo.

Para Zola, el novelista es como el naturalista y apuesta por una literatura de análisis inspirada por la ciencia. Toma partido contra el régimen monárquico y se deshace progresivamente de sus resabios románticos. Con el libro *Thértète Raquin* (1867) nos da su primera novela naturalista. Influido por las investigaciones científicas sobre las leyes genéticas y las pasiones, inicia una gran obra cíclica (1871-1893) a lo largo de veinte volúmenes: *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia durante el 2.º Imperio*. Otras novelas naturalistas describen el París popular en *La taberna* (1876), el mundo de las cortesanas en *Nana* (1880), el poder destructor del capital en *El paraíso de las damas* (1883), la mina y los mineros en *Germinal* (1885), los campesinos en *La tierra* (1887) y otras historias de dramas íntimos: *Los cuatro evangelios* (1889-1903). Toma partido en el caso Dreyfus con su artículo «Yo acuso» (13 de enero de 1898) que le obliga a exiliarse en Inglaterra, convirtiéndose así en el primer intelectual comprometido de la

época contemporánea. De vuelta a Francia un año después, con su fama literaria aún intacta, desempeña un influyente papel como intelectual en la opinión pública. Muere accidentalmente en 1902.